GONZALO ALFARO FERNÁNDEZ

EL SECRETO TURCO

LIBRO I

EL SECRETO TURCO
Libro I

Gonzalo Alfaro Fernández

Intrigas palaciegas, amores peligrosos y la llegada de un fantasma

El hombre misterioso

Palacio de Tréveris

La noche era fría y oscura como un mal presagio; el viento, conjurado con las sombras, helaba la sangre; la luna, menguante y raquítica, daba la espalda a las miserias humanas. A Marcial le castañeteaban los dientes pero no profería una queja. Así se le astillasen todas las muelas que no pensaba mostrar ningún signo de flaqueza. Disimuladamente se frotaba los entumecidos miembros para entrar en calor, o fingiendo un bostezo exhalaba el aliento sobre las manos para sentir los dedos. Le hubiera gustado echarse una gruesa capa de piel de oso sobre la *lorica plumata* —tan lustrosa como ineficaz contra los dardos del viento—, o encender una hoguera como las de los centinelas que protegían el perímetro del palacio. Sin embargo, en lo alto de la escalinata, a los pies de la entrada principal, Marcial guardaba el temple de una columna de piedra, con la salvedad de que era de carne y hueso, con todos los inconvenientes que ello conlleva en noches glaciales.

La sola posibilidad de insinuar en voz alta la necesidad de abrigo se le antojaba la mayor de las locuras. Su rango de capitán de la guardia imperial le obligaba a cierto decoro. Sobre la túnica de lana roja llevaba puesta la armadura, y a modo más distintivo que útil, una capa blanca abrochada a los hombros que le cubría la espalda. El problema era que el viento le venía de cara. Pero así hubiera sumado la noche a sus agujas heladas puñales de fino hierro que Marcial se habría dejado desangrar con el mismo estoicismo con que afrontaba su vida. A sus veintiséis años era el más prometedor oficial del ejército y no pensaba manchar su inmaculada trayectoria con una queja tan poco varonil. Aunque en realidad, si era honesto consigo mismo, su dignidad de capitán no le importaba un pimiento. Nunca fue vanidoso ni doctrinario. Ni siquiera había hecho carrera en el ejército por ambición. Una serie de azares habían guiado su vida militar hasta

encumbrarlo, sin que él opusiera resistencia, pero sin creer jamás en la inexorabilidad de su destino. Estaba agradecido al ejército, pero no amaba la institución. Lo único que lo frenaba en aquel momento de ir a buscar una gruesa piel de oso era su compañero de guardia. Mostrar debilidad de carácter en su presencia era un lujo que no podía permitirse.

Junto a él, vestido con su toga honorífica, hacía guardia el mismísimo comandante, el brazo armado del augusto. Frisaba los cincuenta y sus ojos grises amarillentos traslucían la sabia desconfianza hacia el género humano a que conduce el desgaste de una vida guerreando. Era un hombre férreo e inconmovible al que ni el frío ni las debilidades humanas perturbaban, como si el abolengo guerrero constituyese para él una segunda piel impermeable a las debilidades. Jamás se había amilanado ante las más adversas circunstancias. Era un soldado de la antigua estirpe que se había ganado los galones a pulso, con un temperamento implacable que no conocía ni la piedad ni el miedo y que junto a su sangre fría constituía un muro infranqueable que desbarataba una y otra vez las escaramuzas de los bárbaros. Su nombre causaba igual pavor entre los suyos que entre los enemigos, teniendo tal poder disuasorio que no había un solo oficial que se atreviera a desobedecer sus órdenes, ni enemigo vencido que si milagrosamente conseguía sobrevivir se atreviera a desafiarlo de nuevo.

El comandante había hecho carrera con el augusto Maximiano hasta convertirse en su brazo derecho; después, cuando éste abdicó a los veinte años de mandato por orden de Diocleciano, pasó a servir a su sucesor, al augusto Constancio, al que la gloria imperial le duró sólo un año. Muerto éste, cambió de dueño y se puso al servicio de Constantino, el hijo del malogrado Constancio, sirviéndolo con la misma lealtad con que había servido a los anteriores. Para el comandante tanto daba un emperador como otro. Él defendía el ideal del alma romana, no al pellejo que la lideraba temporalmente.

Marcial notaba que el frío comenzaba a calarle los huesos, pero prefería morir congelado a decepcionar a su superior. "*Las quejas* — recordaba que le había dicho una vez el comandante— *son patrimonio de las mujeres y de los pusilánimes*". El recuerdo de esa frase bastaba para atornillarlo al suelo. ¡El comandante ni siquiera había excluido a los niños!

En el silencio de la noche, para conjurar el frío y los nervios, Marcial recordó la primera vez que vio al comandante. Fue el día en que éste regresaba victorioso de una batalla, vestido con la toga picta y subido a su engalanado corcel, aclamado por la multitud, cuando él, Marcial, entonces un niño de sólo cinco años, se juró como destino

emular las hazañas de aquel héroe. Fue tal el deslumbramiento que imprimió en su alma infantil el vislumbre de aquella gloria que ni siquiera reparó en su propio padre, a quien no veía desde hacía ocho meses y que regresaba, cabalgando junto al resto de oficiales, detrás del comandante. Pero había llovido mucho desde entonces. Sus ideas sobre los hombres y los héroes eran ahora muy distintas. Le hubiera gustado rememorar la anécdota con el comandante, pero la cara de pocos amigos de éste lo disuadió de intentarlo. Además, lo sabía imperturbable a las lisonjas e intransigente con las confianzas. Si estando sereno daba miedo, en aquel momento, con la cara avinagrada por la larga espera en mitad de la noche, dirigirle la palabra, de no ser para responder a una apelación suya, se le antojaba un suicidio.

Marcial volvió a preguntarse cuándo y por qué se torcieron las cosas con el comandante. Hubo un tiempo en que éste se portó como un padre con él. Un padre severo, pero un padre a fin de cuentas. El suyo, el verdadero, había muerto a las órdenes del comandante mientras trataba de frenar una incursión bárbara, y éste asumió su responsabilidad, asegurándole al hijo de su oficial caído en batalla una carrera en el ejército. Después, la inteligencia y el valor de Marcial cautivaron al comandante hasta promocionarlo a capitán de la guardia imperial con sólo veintiún años. Para entonces el trato que le reservaba era el de un ahijado. Era su protegido. Aunque ni siquiera entonces, recordaba con nostalgia Marcial, se andaba con muchas confidencias. Con él todo caía en el terreno de la especulación, pues no había conseguido intimar lo suficiente como para saber qué pensaba, sentía, amaba u odiaba. No obstante, a pesar de su carácter rudo, la relación fue buena entre ambos. Hasta que un día, sin saber por qué, el comandante comenzó a desconfiar de él y a mirarlo raro, hasta evitarlo y retirarle la palabra y su protección. Cuando todo apuntaba a que el comandante lo estaba preparando para ser su sucesor, de repente se volvió contra él. ¿Tendría que ver con su relación con Cleo, la sobrina mimada del augusto? "*Sí, claro que es por eso*", se dijo con tristeza. El nombramiento de capitán de la guardia imperial lo obligó a trasladarse a palacio y así conoció a Cleo y acabó intimando con ella. ¿Pensaría el comandante que el poder lo había corrompido y lo traicionaría antes o después, que el germen de la ambición malsana lo estaba empujando a acciones innobles? ¿O pensaría que Cleo era una mala influencia que acabaría conduciéndolo a la deslealtad y la traición? ¿Tan débil lo consideraba? Estos supuestos le dolían en lo más profundo. Si tal pensaba el comandante es que no había llegado a conocerlo en absoluto. Él no estaba en palacio, como otros, por vanidad o codicia. Y el comandante debería saberlo mejor que nadie. Él lo promocionó a capitán sin que se lo

pidiera, y si vivía en palacio no era por su propio gusto, sino porque a Constantino le gustaba tener cerca y controlados a sus hombres más valiosos. Bastaba que alguien descollara para ser llamado a palacio con una asignación u otra. Era su forma de amarrarlos a su lado y sujetarles las ambiciones naturales que creía germinaban en todos los grandes espíritus, por lo que nunca se sabía si era estima o miedo lo que le inspiraban sus más íntimos colaboradores.

Los nervios de Marcial estaban justificados. Y no sólo por la compañía. La compañía era la confirmación de que se trataba de un asunto de máxima relevancia para los intereses del augusto, una misión que no se podía confiar a cualquiera y de la que, para variar, sólo le habían confiado lo estrictamente necesario para desempeñar su cometido. A pesar de su expediente sin tacha y de sus cuatro años como capitán, Constantino seguía sin incluirlo en su círculo íntimo de confianza. Marcial no sabía otra cosa sino que debían aguardar toda la noche hasta que llegase un hombre escoltado por dos exploradores. No le habían revelado la identidad del personaje ni el objeto de su venida. Ni siquiera su procedencia. Tanto misterio había contribuido a intrigarlo notablemente y a conseguir que la expectación fuera máxima. Intuía que el comandante estaría en el secreto, pero no cometió la imprudencia de preguntarle. Y el ambiente enrarecido que se palpaba en el aire y sofocaba el palacio cuando Constantino andaba inquieto lo disuadió de intentarlo por otros medios. Estaban en vísperas de una batalla que se las prometía decisiva para el futuro del Imperio y donde Constantino se iba a jugar el mármol o la fosa común, la gloria o la ignominia contra Majencio, el rival en Occidente de Constantino y con quien andaba desde hacía tiempo a la gresca. Su comportamiento era el de niños soberbios acostumbrados a la pompa desde el destete que ahora no se conformaban con compartir a medias el reinado de medio orbe. A fin de cuentas eso era gobernar un cuarto y no habían finiquitado la Tetrarquía para tal minucia. Marcial se reprochó este pensamiento, indigno de su profesión y juramento. No le correspondía a él juzgar a los augustos. Ellos sabrían lo que se hacían. El hombre al que esperaban —dedujo— debía traer información crucial para los intereses de Constantino y él cumpliría sin tacha su misión. Para ahuyentar una curiosidad peligrosa se repetía sin cesar una de las máximas del buen soldado: "*Las órdenes ni se juzgan ni se cuestionan: se ejecutan*". Y según rezaba la sabiduría del soldado, cuanto menos se supiera, mejor. La única fórmula para conservar el puesto y el pellejo era callar y obedecer.

Sin embargo, aunque intentaba por todos los medios no hacer cábalas, repitiéndose como un mantra el deber del buen soldado, le era imposible contener del todo su naturaleza humana, tan proclive siempre a encontrar razones que le hagan entender el mundo. Así,

como los preparativos de la guerra contra Majencio estaban en plena efervescencia, la conjetura más plausible era pensar que se trataría de un espía, de un embajador en misión secreta o de un traidor del otro bando que traería, junto con la esperanza de una abultada recompensa, información de la máxima relevancia.

Para matar el tiempo, Marcial se centró en repasar mentalmente el plan. La misión era sencilla: garantizar que los tres jinetes llegaran sanos y salvos a palacio, recibirlos en la entrada y después seguir las instrucciones del comandante. Para evitar que alguna banda de malhechores, de las muchas que pululaban por las noches del Imperio, los atacaran, se había encargado él personalmente de distribuir a sus hombres por las calles de Tréveris. Había apostado a lo largo de la calzada, en un tramo de veinte kilómetros, que era desde donde comenzaba su responsabilidad, cuadrillas de diez guardias cada cinco kilómetros. Con esta medida había enflaquecido considerablemente la guardia de palacio, la única en quien confiaba Constantino, cada día más receloso de sus propios hombres, razón por la que el augusto se había confinado en sus aposentos reales.

Así que allí estaba Marcial, de pie y helado junto al comandante en la entrada de palacio, firme y con los ojos bien abiertos, sin proferir una queja, renunciando a las preeminencias del cargo y haciendo guardia como un soldado raso.

Señoreaba todavía la noche oscura, sin presagios del alba, cuando se escucharon cascos de caballo golpeando sobre el pavimento. Marcial afinó el oído: no debían de ser más de cinco o seis jinetes. Sin duda eran ellos. Pronto pudo confirmarlo. A los pocos minutos asomaron por la avenida seis jinetes cabalgando a galope tendido hacia su posición. Reconoció de inmediato a tres de ellos por sus capas escarlata y las gualdrapas del mismo color que vestían sus aguerridos corceles. Eran hombres de la guardia imperial. Sus hombres. Los otros tres jinetes llevaban unos burdos sacos de arpillera con capucha para ocultar sus identidades. La corpulencia y el manejo experto de sus monturas delataba a los soldados. El invitado, situado en el centro del pequeño pelotón, de mediana estatura y bastante flaco, bailaba sobre el caballo como un juguete, con la torpeza de movimientos de un aprendiz.

Al entrar en la gran explanada del palacio ralentizaron el paso y continuaron a trote.

Marcial descendió al pie de las escalinatas para recibirlos.

Al llegar a su altura, el suboficial que comandaba el grupo tiró del freno y le presentó sus respetos. Había cumplido las órdenes tal como

le habían sido encomendadas. Marcial, con un gesto inequívoco, le ordenó que se retirase. Su misión había terminado. El suboficial, obediente, ordenó a su vez de forma autoritaria a sus hombres que lo siguieran y los tres desaparecieron al momento en dirección a las caballerizas.

Ahora que los tenía cerca, Marcial pudo comprobar que los dos jinetes que flanqueaban al invitado eran de buena hechura. Sin duda, soldados de élite. Ello confirmaba sus sospechas de que se trataba de una misión importante.

Los soldados saltaron ágilmente de sus caballos y se quitaron los sacos. Iban vestidos al uso de los exploradores de las legiones panonias. Sus rostros, francos y duros, estaban curtidos por la intemperie y la disciplina militar.

El tercer hombre, sin embargo, permaneció en el caballo contemplándolos impasible. Llamaban la atención su delgadez y su vestimenta pordiosera. Estaba envuelto en una ruda arpillera, una especie de tabardo de lana basta, muy gruesa, al estilo de la usada por los pastores en invierno. La cabeza, protegida por una capucha que dejaba caer como un velo sobre el rostro, impedía verle la cara.

De pronto, los dos soldados se pusieron firmes y saludaron reverencialmente. El comandante, tras estudiarlos durante un rato, había salido de la sombra para descender la escalinata. Las fórmulas de cortesía nunca habían sido su fuerte, pero devolvió un saludo glacial a los soldados.

Sin decir palabra, el comandante cogió las riendas del caballo del invitado con determinación y con un gesto frío y conminatorio lo invitó a descabalgar. Su impericia como jinete quedó de nuevo manifiesta al estar a punto de enredarse en el estribo y caer de bruces.

Una vez en el suelo, y cara a cara, el comandante lo saludó con una ligera inclinación de cabeza. Éste fue el signo definitivo que confirmó a Marcial la importancia del personaje, porque él sólo le había conocido ese gesto de humildad frente al augusto. A pesar de su legendaria flema, ciertos gestos denotaban la importancia del encuentro. El comandante, con el ceño fruncido, trataba de escudriñar sin éxito, bajo la capucha del forastero, su fisonomía, lo que picó todavía más la curiosidad de Marcial.

Sin embargo, al invitado no pareció impresionarle lo más mínimo la deferencia que le mostraba uno de los hombres más poderosos del Imperio. Seguía con el saco puesto, y la capucha, muy ancha, no permitía ver su rostro. El comandante hizo una mueca de desagrado ante lo que en su fuero interno debió considerar una insolencia

imperdonable. Cualquier otro mortal que no le hubiera mostrado una explícita sumisión tendría ya los grilletes en los pies y las espaldas cubiertas de vergajos. Pero esta vez el comandante apretaba las mandíbulas y no perdía la compostura. Contra todo parecer, aquel falso mendigo debía de ser un personaje de la más alta dignidad. Marcial ya no tenía dudas de ello. Un espía o un traidor de Majencio no sería tratado con tanto honor. ¿Sería algún rey extranjero?, se preguntaba Marcial, cada vez más intrigado.

Viendo el comandante que el misterioso individuo no tenía intención de descubrirse, lo invitó a seguirlo, cogiéndolo del brazo con cierta aprensión, entre la cortesía y la garra policial.

Subieron la escalinata seguidos por los dos soldados, que cumplían su deber con riguroso celo, como si protegieran a Mitra personificado. Tenían orden expresa de no abandonarlo hasta que estuviera delante del mismísimo augusto y por sus barbas que pensaban cumplir a rajatabla las órdenes. Marcial, que al fin reaccionó, pasmado como se había quedado con tanto misterio, en dos zancadas se situó a la izquierda del invitado por instinto protector. A él también se le había confiado su vida y la protegería con la propia. Le daba igual que fuera un apestado o el demonio en persona.

Al entrar en el palacio, el huésped no mostró ni una pizca de admiración por la suntuosidad allí reflejada. Parecía ensimismado en sus pensamientos, reflexivo, ajeno a los vislumbres del poder, como si los lujos del mundo no le produjeran la más mínima emoción. A Marcial esto le pareció el colmo de las rarezas. Quienes entraban por primera vez en palacio mostraban siempre una mezcla entre la congoja de sentir todo el peso de su insignificancia y la fascinación ante el novedoso lujo oriental que Constantino había importado de Nicomedia.

Apenas entraron cuando se encendió una antorcha al otro extremo del recibidor, hiriendo las tinieblas con un resplandor amenazante. Un efecto teatral muy al gusto de Constantino que le puso el corazón en la boca a Marcial y a los soldados las manos en los puños de sus espadas. El comandante, que estaba al tanto de la sorpresa, emitió un leve gruñido de disgusto, y una vez más el invitado volvió a mostrar un temple inaudito al no hacer siquiera un aspaviento.

El autor de la sorpresa fue Amelius, el Superintendente del Dormitorio Sagrado. Con su cabeza siempre al raso y aceitada, brillante, y su túnica verde de lino, característica de los eunucos de palacio, recordaba vagamente a los monjes eleusinos. Esta extravagancia era motivo de elogios para los aduladores, a quienes complacían los caprichos de Constantino, y de desprecio para los nostálgicos de la Roma clásica, entre los que se contaba el

comandante. Éste detestaba la manía de Constantino de importar las aborrecibles modas orientales. Además, privar a un hombre de sus atributos viriles le parecía una profanación imperdonable del único vínculo que encontraba entre los humanos y los dioses.

Afeminado y blando, hecho a la molicie cortesana, criado y pulido en la corte oriental de Nicomedia, Amelius tenía un grado de refinamiento que no encajaba en Tréveris. Su sonrisa, perenne e indescifrable, sacaba de quicio a sus enemigos. Cada cual la interpretaba según su estado de ánimo, siendo su abanico de posibilidades tan amplio como el de las animosidades que germinaban en palacio. Y algo parecido ocurría con su edad, que según las especulaciones oscilaba entre los treinta y los sesenta.

Amelius los observaba en silencio con sus grandes ojos abiertos de par en par, estudiando con detenimiento al invitado, como si Constantino estuviera agazapado tras sus párpados espiando la escena.

Tras un tenso silencio, los apremió a seguirlo.

Con paso firme cruzaron el vestidor y se dirigieron hacia las cocinas. Marcial no entendía el recorrido. Pensó que quizás fuera una extravagancia del augusto recibir allí a un invitado tan especial. ¿Querría agasajarlo con un banquete para aflojarle la lengua? El eunuco andaba con sigilo y tan mudo como una estatua de sal, cumpliendo con el estudiado protocolo.

A juzgar por el ceño fruncido del comandante, Marcial no era el único intrigado en aquel momento. Sólo Amelius parecía conocer el lugar hacia el que se dirigían. O al menos el camino que conducía a él. Esto ofendía gravemente al comandante. No soportaba la idea de que el eunuco conociera secretos a él vedados. Lo miraba con recelo y envidia. Detestaba el poder que ejercía con la anuencia de Constantino. Amelius era especialmente astuto y el comandante sabía que usaba su proximidad al augusto para sus tejemanejes.

Amelius sacó una llave y abrió la puerta de la despensa. Era una estancia grande y húmeda, con un olor penetrante a comida almacenada. Después de invitarlos a entrar y volver a cerrar por dentro con llave, se detuvo frente a unos recios anaqueles de madera que soportaban grandes tinajas de aceite y le pasó la antorcha a Marcial. Entonces sacó otra llave y la introdujo en una pequeña ranura que quedaba escondida en el hueco entre la estantería y la pared. Se oyó crujir un candado y la estantería cedió unos centímetros al soltarse el anclaje que la mantenía amarrada a la pared. El eunuco deslizó la estantería sin esfuerzos por medio de un ingenioso mecanismo de correas que la movió como si en vez de tinajas cargadas de aceite lo estuvieran de plumas.

—Vamos a entrar en territorio privado del augusto —anunció Amelius con solemnidad—. Sólo a los hombres del Sagrado Consistorio o de su guardia privada se les permite portar armas aquí dentro.

Los soldados titubearon, sobrecogidos por el inesperado giro de los acontecimientos. Eran soldados de elite escogidos bajo juramento de lealtad y estaban custodiando a quien consideraban, a todos los efectos, un prisionero. La orden que habían recibido era la de llevarlo sano y salvo ante el augusto Constantino y ahora se les pedía que se desarmasen, quedando su misión a expensas de la buena voluntad de aquel calvo vestido como una mujer. Por sus caras se veía que no eran proclives a obedecerlo y poner así en peligro el cumplimiento de su misión.

El comandante, al ver en ellos la determinación de cumplir fielmente las órdenes recibidas y no dejarse amedrentar por la amenaza del eunuco, reaccionó con presteza.

—¡Deponed las armas como se os ha ordenado! —exclamó con autoridad.

El comandante sabía que estas extravagancias eran propias de Constantino y que Amelius le daría una relación pormenorizada de todo lo que sucediera, por lo que debía andarse con pies de plomo. Todo el mundo sabía que el eunuco era los ojos, oídos y voluntad de Constantino. Ésa era la única razón por la que seguía vivo.

Ante la orden directa del comandante, los soldados no vacilaron en obedecer y dejaron sus espadas y puñales apoyados en la pared. Aquí no había discusión posible. La fama del comandante trascendía las fronteras.

Marcial no entendía nada. Por un momento tuvo la tentación de dejar él también sus armas, olvidando su grado, pero el comandante, que se percató de ello, lo detuvo con un gesto.

Amelius le reclamó de nuevo la antorcha a Marcial y entró con determinación por el hueco que se había abierto en la pared.

Los demás lo siguieron.

Recorrieron un angosto y húmedo pasillo de unos treinta metros de longitud, paralelo a la pared de la cocina, al fondo del cual había un recodo donde una tenue y vacilante luz desafiaba tímida las tinieblas. Al girar el recodo, en un ángulo de casi noventa grados, había un pequeño pasillo de apenas diez metros y al fondo del mismo una celda abierta donde titilaba una luz fantasmagórica.

Marcial nunca había visto una celda parecida. En lugar de barrotes de hierro había una puerta maciza de roble abierta de par en par. Era

una estancia grande y abovedada, bien ventilada por dos orificios enfrentados en la cúpula que garantizaban la corriente de aire y servían de ventanas. Amelius encendió varias antorchas de pared, que inmediatamente iluminaron la estancia con una luz muy agradable. La chimenea chisporroteaba con fuerza y mantenía caldeada la estancia. Estaba suntuosamente decorada, muy limpia y perfumada con hierbabuena. Las paredes, revocadas, estaban pintadas con graciosas escenas bucólicas. Había una cama grande con dosel y ropa suficiente para dormir cómodamente. Y junto a la cama había una mesita baja con una vasija de barro llena de agua fresca y un cesto con fruta confitada. Ninguna de las incomodidades que pueden perturbar el sueño de los reclusos tenía sitio en aquella lujosa celda. Había también una mesa grande con varios pergaminos nuevos, pluma y tintero y una silla acolchada. Una pequeña estantería con varios volúmenes invitaba a pasar las horas entretenido con la lectura. Incluso había un baño anexo a la estancia.

Marcial se quedó boquiabierto. Desconocía que existiera un lugar así en palacio. Una alcoba de emperador disfrazada de celda secreta. No pudo evitar que se le vinieran a la mente las habladurías que corrían en palacio y que aseguraban que Constantino seguía viéndose a escondidas con Minervina, su primera esposa y madre de Crispo, su único hijo hasta la fecha. Todo el mundo sabía que Minervina era el amor de su vida. Amor que se frustró cuando el augusto Maximiano, para reconocerlo como César, lo obligó a repudiarla y desposarse con su hija Fausta. "*Este lugar* —pensó Marcial— *sean o no sean ciertos los rumores, podría servir que ni pintiparado para satisfacer un amor furtivo sin despertar los celos de la legítima*".

—Acomódate —le indicó Amelius al invitado con mucha cortesía —. El augusto te atenderá lo más pronto posible.

El invitado asintió con la cabeza, sin un solo gesto de impaciencia y sin preguntar nada.

A Marcial aquello lo terminó de descolocar. ¿Quién era ese hombre para el que se había activado un protocolo tan extraordinario y que mostraba tan poco interés por lo que estaba sucediendo?

A pesar del calor que desprendía la chimenea seguía con la capa echada y la capucha puesta, escamoteándoles el rostro.

Amelius avivó el fuego de la chimenea y tras repasar con un vistazo la habitación y asegurarse de que todo estaba en orden, invitó con un gesto cortés al comandante y a Marcial a salir de la estancia.

Los dos soldados lo miraron estupefactos. Sin atreverse a protestar, pero con cara de preocupación, vieron cómo el eunuco los dejaba encerrados junto al prisionero sin darles ninguna explicación.

Amelius dio una vuelta a la llave y se la entregó a Marcial.

—A partir de este momento tú respondes de él —le dijo con tono amenazador.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Marcial, desconcertado.

—Esperar órdenes.

—¿Aquí, de pie?

—De pie o sentado, como estés más cómodo —le respondió con hiriente mordacidad Amelius, que no se condolía de su perturbación —. Y pase lo que pase no puedes entrar en la celda, so pena de muerte. Ni hablar con ellos, ¿entendido?

—¿Y si intentan comunicarse conmigo? –preguntó con cierta ingenuidad.

—Tú aquí estás ciego y sordo para lo que suceda dentro de la celda.

El tono fue amenazador y Marcial no se atrevió a cuestionar la orden, aunque tenía muchas dudas y preguntas sobre su nueva e inesperada misión.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí?

—¡El tiempo que sea necesario! —exclamó cabreado el comandante —. Eso no te incumbe a ti —sentenció, visiblemente alterado. La situación lo crispaba. Como no podía desafiar la autoridad conferida al eunuco por Constantino lo pagaba con Marcial. A pesar del relente de la noche, el sudor le perlaba ligeramente la frente. Detestaba que el eunuco llevase la voz cantante en su presencia.

—Sólo nosotros estamos en el secreto —dijo Amelius con una sonrisa macabra, bajando la voz y conminando al comandante a seguir su ejemplo. Era obvio que disfrutaba sacándolo de quicio—. A partir de este momento sólo tú tienes la llave para entrar. Es imposible que nadie más pueda hacerlo. Cualquier cosa que suceda, tú serás el responsable.

Marcial tragó saliva. Sabía que le estaba mintiendo. Como mínimo, Constantino tendría una copia. Y por la mirada aviesa del eunuco intuyó que él tendría otra.

—¿Alguna pregunta más? —El eunuco dirigió la mirada hacia el comandante. En sus ojos brillaba la malicia.

—Entonces… ¿no puedo moverme de aquí? —se adelantó Marcial, antes de que el comandante perdiera la compostura. Intuía que eso sería perjudicial para ambos.

A pesar de cargar sobre sus espaldas con una responsabilidad que parecería concernir directamente al futuro del Imperio, Marcial pensaba sin embargo en problemas más humanos. Aquel lúgubre

pasillo no disponía ni de paja donde echarse a dormir ni un lugar para hacer sus necesidades. Por no hablar del frío, que se las prometía puñetero. Con rabia, se volvió a acordar de la capa de piel de oso que no se había puesto para no decepcionar al comandante. Ahora aquél se iría a dormir caliente a su habitación y él se quedaría en aquel gélido pasillo pasando las de Caín.

—No es necesario que permanezcas aquí todo el tiempo —Amelius, finalmente, se compadeció de él—. De hecho, no debes hacerlo. Le traerás comida por la noche, cuando cierren la cocina –dijo indicándole la poterna baja de la puerta, cerrada por un pestillo que sólo se podía abrir desde fuera.

—Pero por la noche…

—Sí, sólo habrá restos —dijo leyéndole el pensamiento. Aderézalos lo mejor que puedas y haz que parezcan presentables. En la cocina siempre hay leña, además de comida. Asegúrate de que no le falte para calentarse.

Tras estudiar su expresión de asombro, el eunuco prosiguió:

—Debes asegurarte de que nadie te vea y descubra el escondite. Tú responderás ante el augusto si el invitado escapa o alguien hace preguntas. Y todas las noches, después de llevarle la comida —se metió la mano en la túnica y sacó un reloj de arena de cristal, extremadamente largo y fino—, harás guardia hasta que se vierta toda la arena tres veces seguidas. Si para entonces no ha venido nadie podrás irte. Pero si venimos a por él permanecerás aquí hasta que el invitado regrese a su celda. O salgamos de ella —matizó con cierto tono siniestro—. Deberás estar armado y en guardia en todo momento. Sólo abrirás la celda si quienes venimos somos él —dijo señalando al comandante— o yo. Pero no permitirás que ninguno de los dos se quede a solas con él en ningún momento.

—¿Y si viene el augusto?

—¡¿Tú qué piensas?! —explotó el comandante, profundamente irritado por la situación y el tono altanero del eunuco.

—Si viniera el augusto te arrodillarás ante él para que haga contigo lo que quiera —le respondió Amelius con una flema diabólica—. Pero él nunca vendrá solo —dijo esbozando una sonrisa siniestra.

—¿Ni siquiera debo dejarlo a solas contigo? —preguntó Marcial para no quedarse con la duda y verse comprometido si llegaba el caso.

—Ni conmigo, ni con nuestro querido comandante —le respondió el eunuco clavando una mirada cínica en el mismo. Era un recado directo. Por si tenía la tentación.

El comandante se mordió la lengua y la crispación le puso verde el

rostro.

—¿Y si cambiaran las órdenes y uno de vosotros me comunicase que necesita verlo a solas?

—Informas inmediatamente al augusto en persona para confirmar si es verdad.

—¿Y si se resiste? —preguntó Marcial para asegurarse de que si se presentaba a solas aquel demonio para intentar uno de sus ardides tendría una ocasión de oro para ensartarlo con total legitimidad.

—Lo atraviesas con la espada —le confirmó Amelius, tal como había previsto—. Responderás con tu vida si no cumples las órdenes tal y como te las estoy dictando.

—¡Ha dicho que a nadie! —estalló de nuevo el comandante, a quien la rabia amenazaba con reventarle los sesos si no abría una vía de escape—. ¡¿Qué parte no has entendido?! ¡Ni a los mismísimos dioses si se presentaran de visita!

El eunuco, flemático y visiblemente satisfecho, sonrió victorioso por haber sacado de sus casillas al comandante y, sin más vacilación, se encaminó hacia la salida seguido del mismo, quien farfullaba con acritud a sus espaldas, luchando contra sus demonios para que no lo tentaran con degollarlo allí mismo. Odiaba con todas sus fuerzas al insolente eunuco.

Marcial, titubeante, los seguía a una distancia prudencial.

El eunuco se detuvo en seco y se giró.

—¿Dónde vas? —le preguntó a Marcial.

—Ya es casi de madrugada… —respondió éste, contrariado.

—Esta noche no cuenta, porque el invitado no está solo —dijo en alusión a los soldados que habían sido encerrados junto a él—. Quédate aquí y espérame. Volveré en un rato. Y más te vale estar aquí cuando regrese.

Marcial creyó percibir en sus ojos cierta sonrisa. Al eunuco le divertía su desconcierto. Y provocar al comandante. "*Demonio de eunuco* —maldijo Marcial para sus adentros—. *Otra joya que nos tenía escondida el augusto*", pensó mientras los perdía de vista.

El maestro

Aldea de Panonia, cerca de Belgrado

Una joven de diecisiete años, varada en las riberas del Danubio, contemplaba con resignación la verdad de Heráclito en la corriente del río. Una verdad dolorosa porque su vida comenzaba a parecer un charco. Era morena, menuda, guapa, de mirada avellana y despierta, con el pelo cortado a trasquilones, enmarañado y sucio de tierra. Cada vez que escuchaba el quejido de alguna bestia o los chirridos de un carromato, se giraba y estiraba el cuello para ver quién venía por el camino. Cuando divisaba a los campesinos que regresaban a sus hogares, taciturnos y abatidos por el cansancio, le afloraba una mueca de decepción. No tenía nada contra ellos, pero no era a ellos a quienes esperaba.

Claudia, que así se llamaba la joven, empezaba a perder la esperanza. "*El maestro me ha engañado* —pensaba con creciente disgusto—. *Ese cobarde no se ha atrevido a sugerirle a mi padre cómo debe educar a su hija. Y eso que me lo prometió. Pero, ¿qué vale una promesa en estos tiempos?*".

Sin embargo, era otro el pensamiento que la horrorizaba de verdad, y era la posibilidad de que su padre se hubiera hartado de sus caprichos intelectuales, tan impropios de una mujer.

Habían pasado cuatro meses desde que el maestro se marchara y todavía no había llegado el sustituto. Durante este tiempo les había llegado la carta trimestral que su padre, junto con una bolsa de dinero, les enviaba con infalible puntualidad. Jamás había fallado en una sola ocasión desde hacía diez años, cuando Claudia lo vio por última vez. La misiva, como siempre, fue fría y desangelada, escrita a modo de penitencia para mitigar sus remordimientos, exactamente como todas las demás que les escribía. Se interesaba de corrida por saber cómo estaban, preguntaba por los campos, el ganado, si necesitaban que les enviase más dinero, etc. En resumen, una retahíla de lugares comunes pero ni una sola palabra sobre la llegada de un nuevo maestro.

Desanimada, Claudia se puso en pie y echó a andar por el camino en dirección contraria a la aldea. Al llegar donde éste trazaba una curva para separarse del río y comenzar la tortuosa ascensión por la colina, se apartó del camino y descendió unos metros por la ribera. Se sentó en el suelo, sobre la hierba, y se apoyó en el tronco de una gruesa encina. Era una vieja conocida. Su confidente de sueños y fantasías y testigo de alguna que otra pataleta por una vida cuyos estrechos márgenes le resultaban cada día más asfixiantes.

Cuando el sol extendió un manto anaranjado sobre las aguas empezó a sentir frío y se levantó. Era la hora de volver a casa, a la lumbre, a la cena y a la realidad de su vida sin alicientes.

Caminaba despacio y cabizbaja, arrastrando los pies y golpeando las piedras que encontraba a su paso. A la entrada de la aldea se paró para observar desde la distancia la pardina donde pastaban las cabras de la familia. Disminuidas por la distancia, las cabras parecían marionetas y el espectáculo era lo más parecido al teatro que tenían en la aldea. Con su desbordante imaginación, más de una obra se había representado a sí misma contemplándolas. El pastor las recogía en el corral, como cada atardecer, para protegerlas de los lobos. El perro, lanudo y alegre, obedecía con precisión las órdenes que recibía y mostraba su orgullo por el trabajo bien hecho con ladridos de satisfacción y la cola bien alta. Era un espectáculo que a Claudia solía divertirle, pero que hacía tiempo que observaba con la tibieza de quien se ha cansado de la rutina.

Y entonces, cuando giró la cabeza para mirar por última vez el cuello de la montaña, por donde se perdía el camino que trepaba por la colina y se despeñaba hacia el otro lado, hacia lo desconocido y hostil, percibió algo inusual y su corazón se aceleró. Siempre había sido persona de pálpitos. Entornó los ojos para acomodarlos al manto de sombra que cubría el cerro y apenas unos segundos después distinguió las figuras de un hombre y un burro. Caminaban al mismo paso, en paralelo, y, a tenor del bamboleo del burro, Claudia dedujo que las alforjas que cargaba debían de pesar un quintal. El hombre se apoyaba en un bastón y no podía decirse cuál de los dos llevaba más fatiga en el cuerpo, visto que ambos renqueaban ostensiblemente.

Claudia supo enseguida que era un forastero por la sensibilidad con que trataba al animal. Ningún campesino de la comarca habría dudado en subirse en el burro y aumentarle sin remordimientos sus penurias. Para los lugareños, solidarizarse con un burro sería considerado de borricos.

Una intuición le iluminó los ojos y, sin pensárselo dos veces, comenzó a desandar el camino. Esta vez no se detuvo en el recodo y afrontó con brío la ascensión. Le dio tiempo a subir casi a la mitad del

camino antes de toparse con el forastero.

El hombre, viéndola plantada en mitad del camino, con los ojos como lucernas, se detuvo y sonrió. Vestía al uso de los griegos pese al clima tan distinto de aquellas tierras, con un quitón corto ceñido a la cintura por una cinta de cuero sobre el que llevaba, abierto pese al frío, un tabardo de lana gris trenzada. Unas sandalias andrajosas de piel vacuna cubrían sus pies. Claudia, viendo su estado, se preguntó cuántas horas llevaría caminando. O mejor dicho, cuántos días o semanas.

El hombre, a su vez, la observaba divertido. Claudia llevaba la cara lavada, sin rastro de maquillaje, con el pelo sucio y una túnica curtida a correrías. Tenía el porte de una señorita pero el aspecto de una campesina: un aire distinto, un aire puro, inocente, sano, tan alejado del aspecto histriónico de las muchachas de alta cuna como del carácter rudo y huraño de las campesinas.

—Tú debes de ser Claudia —le dijo el forastero con satisfacción. Era tal y como se la había imaginado: con los ojos vivos y audaces, inteligentes, oliendo a campo y a curiosidad silvestre.

—Y tú debes de ser el maestro —le respondió Claudia con desparpajo, sin poder contener la alegría en su voz. "*¡Al fin has llegado! ¡Ya era hora!*", exclamaba con los ojos.

—Catón, para servirte —se presentó el forastero con gracia burlesca, tendiéndole la mano.

A Claudia le asomó una sonrisa de oreja a oreja. Su padre había vuelto a sorprenderla. Le gustó nada más verlo. Catón era más bien bajo, delgado, de pelo espeso, corto y cano. Era difícil calcular su edad, porque era de esos hombres que son todo fibra y parecen poseer una energía incombustible que los mantiene tiesos hasta el fin de sus días. Se veía de lejos que no era de los que entran sumisos con los dos pies por delante en el invierno de su vida, sino de los que dejan uno de ellos anclado en una perpetúa primavera mientras con el otro van tanteando el resto de las estaciones. Sus ojos sabios de mucho mundo, su carácter afable, su mirada honesta, sus modales tranquilos y su voz templada conquistaron a Claudia de inmediato.

Mientras se acercaban a la aldea en amena charla, Catón escudriñaba con mucha admiración los campos sembrados y las granjas diseminadas por todo el valle, con sus huertas y sus cercados bien cuidados y sus chimeneas soplándole al frío su bendecido calor. Era un lugar privilegiado. Los campos estaban cultivados hasta donde alcanzaba la vista y de las granjas llegaba la música de la vida: los relinchos de los caballos, los mugidos de las vacas, los balidos de las ovejas, los ladridos de los perros, el cacareo de las gallinas, las risas de

los niños y los gruñidos de los adultos.

Cerca ya de la aldea se cruzaron con un contubernio de legionarios que hacía una ronda. Los ocho hombres que lo componían los saludaron con una cortesía desusada en los soldados para con el pueblo. A los hombres solían tratarlos con desprecio y altanería y a las mujeres las acosaban con sus requiebros groseros y sus miradas lascivas. En cambio a ellos los saludaron con mucha educación y respeto. Incluso a él, que era extranjero y venía cargado, ni siquiera lo interrogaron. Sabían de sobra quién era Claudia y el miedo mataba al coqueteo. Aunque no las ganas de llamar su atención. El que parecía al mando le sonrió con cierta familiaridad y Claudia se sonrojó. Catón se percató del rubor adolescente de la joven y tomó buena nota de ello.

La presencia de soldados haciendo rondas por el valle en su labor policial entraba dentro de lo predecible, pues estaban cerca del campamento de Belgrado, en la frontera con Dacia. Desde que el emperador Aureliano perdiera aquella provincia en el año 271, se había levantado una sólida fortificación en aquel punto y dos legiones la defendían. La pérdida de Dacia era una espina clavada en el corazón de muchos romanos. Especialmente de los militares que procedían de Iliria y a los que la cercanía de los bárbaros a su tierra natal les producía urticaria. Tal era el caso del augusto Constantino. Sin embargo, al augusto de Oriente, Licinio, bajo cuya jurisdicción caían aquellas tierras, pese al hecho de ser dacio de nacimiento parecía no tocarle la fibra sensible y se limitaba a contener el avance del enemigo, poniendo orden en la frontera, sin ceder un palmo más de tierra pero sin ninguna pretensión de reconquista.

En cualquier caso, Catón intuyó que ello no explicaba la extremada vigilancia a que estaba sometido el valle. Una cosa era hacer rondas cerca de la frontera y otra el cuidado que se ponía en protegerlo. Desde que llegó a la comarca, a Catón le había sorprendido ver pequeños grupos de legionarios controlando toda la zona, con torres de vigilancia bien abastecidas. Casi finalizando la ascensión de la colina que daba al valle había tenido que presentar sus credenciales a unos legionarios apostados al resguardo de un saliente de roca, paso obligado para cualquiera que quisiera cruzar la montaña por aquel lado. Eran los primeros con los que se topaba en dos semanas. Nada que ver con el páramo de iniquidades que se había encontrado hasta llegar allí. Porque mientras los augustos se disputaban el poder, el Imperio se desangraba por sus muchas heridas abiertas. Desde que salió de Dalmacia sólo había hallado desolación. Aquellas tierras panonias, en su día tan fértiles y codiciadas, eran ahora campos yermos, con escasas aldeas habitadas, alrededor de las cuales había

algunas huertas comunales mal cuidadas y animales famélicos deambulando en círculos de hambre. Los únicos legionarios con que se había topado fueron los hombres del grano, encargados del suministro de las tropas y que recorrían aquellas tierras saqueándolas. Era un mal añadido a las hambrunas, la peste y las cuatro voraces cortes imperiales que Diocleciano había instaurado con su original tetrarquía y que habían diezmado la población del Imperio y arruinado gran parte del mismo. A lo que había que sumar la reestructuración del ejército que había llevado a cabo, dividiendo las legiones en dos grandes cuerpos, los *limitanae*, encargados de defender las fronteras, y los *comitatenses*, fuerzas móviles capaces de desplazarse con gran facilidad allí donde estuviera el peligro, pero sin residencia fija, replegadas hacia el centro neurálgico del augusto que las controlara. Esto había vaciado las grandes zonas que quedaban entre las fronteras exteriores y las residencias de los augustos, dejándolas prácticamente indefensas, desabastecidas y arruinadas, porque una vez que los acuartelamientos interiores se desmontaron la economía de todo el Imperio se resintió, pues los acuartelamientos eran los grandes dinamizadores del comercio interior. Allí donde había un cuartel había un poblado vivo, bullicioso y rico. Desde entonces las zonas en tierra de nadie quedaron a merced de los bárbaros que conseguían sortear los puestos fronterizos. Una vez burlados éstos tenían campo libre para hacer sus fechorías. Y como los males raramente vienen solos, a la labor destructora de los bárbaros se sumaron los campesinos que se habían negado a abandonar sus tierras y seguir a las legiones hacia sus nuevos destinos, quienes ahora, hambrientos y enojados por su indefensión, terminaban asociándose en hordas salvajes que saqueaban a los pocos que conseguían sobrevivir, obligándolos a su vez, en una suerte de rueda siniestra, a unirse a ellos para no perecer de hambre o a cuchillo. No llegaban a representar un problema tan grave como el movimiento de los *Bagaudae* en la Galia e Hispania, que organizados en grupos más numerosos y mejor acaudillados de campesinos y granjeros enojados por el régimen de servidumbre al que se los tenía sometidos, se habían rebelado y cambiado azadones y yugos por espadas, pero sufrir cualquier forma de pillaje para los pobres significa su sentencia de muerte. Así que eran pocos, pero letales.

Ante esta situación, la mayoría había decidido emigrar hacia el corazón del Imperio, sobreviniendo entonces un fenómeno que era una metáfora cruel de la condición humana, tan pronta a la esperanza más infundada como a la desesperanza más salvaje. Sucedió que los que decidieron seguir a las legiones en busca de seguridad y nuevas oportunidades en el interior, se cruzaron por el camino con los colonos de Italia que, asfixiados por los impuestos, la explotación y la

miseria, hacían el camino contrario, abandonándolo todo para mezclarse con los bárbaros, en espera de la oportunidad de regresar como saqueadores, que era la única vía que encontraban para recuperar las tierras de sus ancestros que entre los patricios, los cónsules, los senadores, los prefectos, los magistrados, los banqueros, los emperadores y la madre que los parió a todos, les habían robado impunemente hasta convertirlos en siervos de la gleba. En esclavos de sus propias tierras, de su herencia envenenada. Es decir, soñaban en su huida fuera de la civilización la oportunidad para recuperar lo que el mundo civilizado les había robado con sus salvajes y despiadadas leyes.

Sin embargo, la zona del valle, que quedaba fuera del perímetro de defensa de la frontera dacia y más lejos todavía de las nuevas fronteras interiores del Imperio, era un reducto melancólico de mejores tiempos, un paraíso en mitad del infierno, un rescoldo de vida entre las cenizas de la barbarie. Y Catón intuía la razón de ello. No respondía a una estrategia política o militar ni a que los dioses se hubieran olvidado de azotarlos con las miserias con que asolaban al resto de los mortales. "*Tantas veces la suerte de un solo hombre decide el destino de millares o millones*", reflexionó el griego con pesar.

Claudia lo condujo a una rica hacienda en la que había una casa de piedra de dos alturas, con tejado de obra y teja, que destacaba frente a las humildes casas de adobe y techos de paja del resto de la aldea. Antes de llegar a la casa, cerca del establo, había una cabaña de madera techada con vigas de madera entretejidas con cáñamo y una cubierta de paja. Era una cabaña sencilla, de una sola estancia, con una puerta, una ventana y una chimenea de piedra, pero que después de la casa principal posiblemente fuera la segunda mejor casa de la aldea. El único mobiliario lo constituía un rudo camastro sobre el que había un jergón, una mesa cuadrada, una silla baja y un arcón. Todo de madera basta sin pulir ni barnizar. Junto a la lumbre había un puchero de barro cocido y una jofaina de cerámica. La cabaña había cogido algo de polvo, pero en general estaba limpia y ordenada.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Claudia mientras observaba con sumo interés las alforjas llenas de manuscritos, códices y pergaminos que Catón había depositado en el suelo, entusiasmada ante la perspectiva que le deparaba tanto conocimiento. El hato de ropa constituía una parte minúscula de su equipaje.

—Mentiría si dijera que no —respondió Catón frotándose el estómago—. Desde esta mañana no he probado bocado.

Antes de que terminara la frase, Claudia había desaparecido. Y antes de que terminara de colocar sus cosas había regresado con un cazo de leche de cabra, un trozo de pan y una cuña de queso.

—Como no te esperábamos no tenemos nada más a estas horas —se disculpó por el humilde refrigerio que le ofrecía.

—No os preocupéis. La culpa es mía por presentarme sin avisar. Aunque esto puedes llevártelo —dijo apartando de sí con disgusto el cazo de leche. Se lo dijo en un tono reprensor que cogió desprevenida a Claudia y la hizo palidecer.

—Perdona si está un poco fría, puedo calentarla… —balbuceó con timidez, pensando que podía haberlo interpretado como una descortesía.

—Primera lección, chica —le dijo muy serio—: Nunca le ofrezcas un cazo de leche a un griego adulto. Es una ofensa imperdonable. Es una costumbre bárbara. Entre nosotros, la leche sólo la beben los niños y los enfermos. ¿Y tengo yo pinta de lo uno o de lo otro?

Claudia lo miró con los ojos como platos y la vergüenza en el rostro.

—Perdóname, no lo sabía —se disculpó, muy azorada por la metedura de pata—. En la aldea los adultos se matan por la leche. ¡Algunos son tan impacientes que se la beben directamente de las cabras! ¿El queso tampoco lo quieres? ¿Lo retiro? —preguntó con miedo a otra reprimenda.

—El queso es parte fundamental de mi dieta. Si me lo quitas lo lamentarás.

Claudia se quedó atónita. Primero una regañina y ahora una amenaza. ¿Tanto se había equivocado al juzgarlo a primera vista? ¿Iba a ser verdad aquello de que las apariencias engañan?

—Perdón —se disculpó de nuevo—. Ahora mismo me llevo la leche…

—¡Quita ahí! —exclamó Catón agarrando el cazo de leche y explotando en una sonora carcajada—. Deja la leche, que vengo hambriento y voy a lamer hasta el cazo.

A Claudia le volvió el color a la cara. Le costó sobreponerse y entender que había sido una broma, pero cuando lo hizo aumentó la simpatía hacia su nuevo maestro. ¡Qué diferencia con el gruñón huraño que lo había precedido! Ahora se reía ella también, divertida con la broma que le había gastado. Era un buen comienzo. ¡Vaya si lo era! ¡Un maestro con sentido del humor!

—¿Entonces es mentira lo de que los griegos adultos no beben leche? –se apresuró a preguntar para desembarazarse del susto que se había llevado—. Ya me parecía a mí una majadería. ¿Qué hombre en su sano juicio va a rechazar algo tan nutritivo y que se consigue sin esfuerzo?

—Segunda lección, chica —la interrumpió Catón antes de que intentara pasarse de graciosa. Aunque esta vez lo hizo sonriendo, sin ninguna severidad—: No hables nunca hasta que no estés segura de lo que dices. Es cierto que los griegos adultos consideran una barbarie beber leche. Cualquier otro se podría haber ofendido mucho con tu comentario.

—Pero… tú no te ofendes, ¿verdad?

Catón se rio por su desparpajo. "*Una regañina, una amenaza, una broma y una advertencia, pero no se arredra ni se le quitan las ganas de preguntar*".

—Soy griego de nacimiento, pero apátrida de corazón —le respondió con buen talante mientras le daba un buen bocado al queso —. Los viajes y los libros sirven para romper las ligaduras que atan a los cabestros a los prejuicios patrios. Y especialmente son eficaces contra los prejuicios que atañen al estómago.

De repente se interrumpió, como si cayera en la cuenta de una falta imperdonable.

—¡Oh, qué desconsiderado he sido!

—No, yo ya he cenado —se le adelantó Claudia, pensando que le iba a ofrecer compartir las viandas.

—Pero chica, ¿cuántas lecciones voy a tener que darte el primer día? ¡Si sigues así agotarás mi sabiduría en una semana!

—Pensé que…

—No, la desconsideración ha sido hacia mi amiga. ¡Oh, me he olvidado completamente de ella!

—¿Qué amiga? —preguntó Claudia atónita. ¿Se referiría a su madre? ¡¿Pero es que acaso la conocía?!

—¿Qué amiga va a ser? La amiga con la que he venido… ¡Mi burra!

Claudia se quedó boquiabierta. ¿Hablaba en serio o seguía tomándole el pelo? ¿Qué clase de hombre llamaba amiga a una bestia de carga? "*Por todos los dioses, ¿estará loco?*". Un pensamiento sombrío y desagradable hizo que mirase a su nuevo maestro con cierta aprensión. "*Espero que no sea de esos brutos que cohabitan con sus animales a falta de mujeres*". Pero a renglón seguido se recriminó por concebir semejante pensamiento. "*¡Este hombre es un sabio, no un bruto!*".

—Con tu permiso, voy a llevarla al establo. Se ha ganado un buen descanso. Después terminaré de comer.

—No te preocupes —reaccionó Claudia, pasmada por las muestras

de afecto del griego por su burra—. Al salir a por tu cena le he dicho al pastor que la lleve al establo. Allí tiene forraje para hartarse.

—¿Y agua limpia?

—Y agua limpia —lo tranquilizó Claudia. Aunque en realidad era ella la que necesitaba tranquilizarse. Jamás había conocido a un hombre que amase tanto a su montura como para interrumpir su cena para atenderla. ¡Si eso allí no lo hacían los hombres ni por sus mujeres!

—Te lo agradezco —dijo Catón haciéndole una reverencia muy cómica que hizo reír a Claudia.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó, mirando con ansiedad la pila de sabiduría que el griego había sacado de las alforjas.

Catón sonrió.

—Te agradecería que esta noche me dispensaras de mis obligaciones. Ha sido un viaje agotador. Uno ya no es un mozalbete… ¿Te parece bien si descanso esta noche y empezamos mañana después del desayuno?

—Sí, claro, perdona.

—Nada que perdonarte. Tu entusiasmo es buena señal. Estoy seguro de que serás una alumna excelente. Ah, y dile a tu madre que no haga ninguna comida especial para mí, que comeré lo que vosotras. Y si no os molesta mi compañía, también a vuestro lado.

—¿No prefieres comer con tu burra? —le preguntó Claudia con ironía, incapaz de contenerse la ocurrencia.

Catón se rio con ganas. Era imposible no caer rendido a su espontaneidad. "*Una regañina, una amenaza, una broma, una advertencia… y mira lo que me suelta. ¡A fe mía que nos vamos a entender de maravilla!*".

—Llevo casi un mes hablando exclusivamente con mi burra —respondió Catón cuando se lo permitió la risa—. Y no es que sea muy parlanchina precisamente. Creo que me vendrá bien cambiar de compañía y conocer otras opiniones sobre la vida que vayan más allá del rebuzno y las coces al aire. Aunque he de admitir que sus rebuznos dañan menos mis oídos que los rebuznos que salen de bocas humanas.

—Pues entonces en cuanto canten los gallos ven a la casa a desayunar —resolvió Claudia, que no necesitaba consultar a su madre para tomar decisiones. Estaba feliz y radiante. El anterior maestro era bueno, pero más seco que la mojama. En cambio el griego… ¡qué personaje!

—Así lo haré y podré presentarle mis respetos a tu madre. Pídele disculpas de mi parte por no hacerlo ahora, pero es tarde y sería

inoportuno. Y más teniendo en cuenta que no se me esperaba. Además vengo muy cansado.

—Pues hasta mañana. Espero que puedas descansar bien —se despidió Claudia muy contenta.

—Espera —la detuvo Catón justo cuando iba a cerrar la puerta tras ella. Rebuscó entre los pergaminos y cogió uno lacrado con cera verde —. Ya se me olvidaba. Me lo dio tu padre para que os lo entregara. Os envía saludos.

Claudia frunció el ceño y contuvo la emoción. La sonrisa se le borró de la cara. No estaba acostumbrada a que nadie hablara de su padre con esa familiaridad. En el valle, a su padre se le tenía un respeto reverencial.

Catón la despidió en la puerta y por un instante le pareció ver que la puerta de la casa principal estaba entornada y se cerraba de golpe, como si alguien los hubiera estado espiando. Sonrió y recordó unos viejos versos: "*El viento abre y cierra puertas y los humanos piensan que son los dioses inmiscuyéndose en sus vidas*". "*Sí, pero en este caso me inclino a pensar que fue la curiosidad de una mujer*", se dijo con satisfacción, tomándolo por un buen presagio. Después de conocer a Claudia se le había azuzado extraordinariamente la curiosidad por conocer a su madre. "*¡No nace una rosa de un cardo borriquero!*". Estaba convencido de que la madre había compensado con creces la mala simiente que él había conocido. Se le hacía difícil creer que la sangre del soberbio comandante de Constantino corriera por las venas de una muchacha tan virtuosa.

El tatuaje

Palacio de Tréveris

"*Volveré en un rato, volveré en un rato*", mascullaba Marcial maldiciendo al eunuco. El rato que le dijo que tardaría en regresar se le estaba haciendo eterno. Pasó una noche infernal, tiritando de frío. Amelius no se molestó en procurarle una maldita capa y el pasillo era húmedo y glacial como una cripta. No había leña ni modo de hacer fuego. El único calor de aquella noche se lo proporcionó su propio orín, que derramó sobre sus manos en cada ocasión que necesitó vaciar la vejiga. Pero era un placer tan efímero como asqueroso.

Al no poder dormir en esas condiciones se pasó la noche deambulando como un idiota por aquel lúgubre y gélido pasillo de piedra oscura. Caminaba hasta que el agotamiento lo rendía y después se acurrucaba junto a la puerta de la celda para recoger la hebra de calor que escapaba por la rendija inferior como el aliento de un moribundo. Por momentos, cuando hasta la entrepierna le tiritaba, envidiaba la suerte de los prisioneros. Hasta que el frío intenso, que mordía como una mala bestia, lo ponía de nuevo en pie.

Por suerte, la situación mejoró de madrugada. En cuanto abrieron la cocina y encendieron el horno para cocer el pan, la pared del pasillo colindante a la misma se calentó un poco y aquello fue otra cosa. No es que hiciera calor, pero la temperatura se tornó agradable. Fresca, pero agradable. Al menos no mortal. Aquello dejó de ser una maldita nevera. Y lo mejor es que se mantuvo constante todo el día, porque los cocineros mantenían el horno encendido entre comidas para que les sirviera de calefacción.

Le habían prohibido expresamente todo contacto con el prisionero, aunque no le habían explicitado que eso incluía no espiarlo. Sí, se entendía, pero no lo explicitaron y de sutilezas se componen las grandes aventuras. Y la irresistible curiosidad, por supuesto, acabó venciendo por la mañana. Con sumo cuidado giró la placa de hierro que ocultaba el ojo de la cerradura para escudriñar lo que sucedía dentro.

Lo que vio le impactó. Todavía no lo sabía, pero aquellas primeras impresiones marcarían el resto de su vida, determinando irremisiblemente su destino. Marcial nunca había conocido a nadie tan extraño. A pesar de su reclusión en aquella lujosa celda, que no por ello dejaba de ser celda, el prisionero se mostraba impasible, con un cuajo regio. Era notable la diferencia con los soldados, quienes crispados por los nervios de la incertidumbre no podían parar quietos un segundo, caminando en círculos como fieras enjauladas. El misterioso prisionero, sin embargo, estaba relajado, como Pedro por su casa. Ignorando la poltrona acolchada que tenía a su disposición, con los ojos cerrados y en absoluta calma, se había sentado en el suelo y había cruzado las piernas una sobre la otra en una postura similar a la que adoptan los niños pequeños cuando se dedican a hacer garabatos en la tierra, pero con la espalda tan erguida como si la tuviera apoyada en una pared invisible, tan tieso como una estatua.

Al cabo de un rato que no fue menos de una hora, el prisionero abrió los ojos y sonrió a los soldados como si regresara de un profundo letargo, sin mover más músculos que los de los párpados. Los soldados fingían ignorarlo. "*Se habrán acostumbrado durante el viaje a verlo cumplir este ritual*", pensó Marcial. Sin embargo, él se sentía fascinado con su actitud. Hubiera pagado por cruzar unas palabras con él.

Entonces, por primera vez, el prisionero se descubrió la cabeza, echándose hacia atrás la capucha. A Marcial se le heló la sangre. Había algo turbador en él. Algo demasiado inquietante que puso a Marcial en guardia. Estudió su fisonomía con ojos clínicos para encontrar la razón de aquella singular rareza, pero los rasgos del prisionero, examinados de forma aislada, no tenían nada de particular. Al contrario, eran armónicos y bien proporcionados. Sin embargo, el conjunto enmarcaba un rostro profundamente anómalo. Marcial tardó en comprender la razón, pero al fin dio con ella: el prisionero no sólo tenía la cabeza rasurada, ¡también las cejas y las pestañas! "*¡¿Qué raza de hombre se arranca las cejas y las pestañas para desfigurar su rostro?!*", se preguntó, consternado por la visión que durante un buen rato, hasta que dio con la causa que le confería aquel extraño aspecto al prisionero, le puso la piel de gallina, presa de una superstición que le llevó a delirar sobre la posibilidad de encontrarse ante un ser demoníaco.

Asumida la razón que le daba aquel aspecto singular, lo que más le llamó la atención fue su palidez. Era como si los rayos solares, con el fin de preservar su pureza, jamás le hubieran acariciado la piel; como si desde la cuna hubiera sido arrojado a las lúgubres mazmorras destinadas a los criminales o hubiera vivido sepultado en cuevas subterráneas. Su piel lechosa parecía brillar incluso a la tenue luz de

la chimenea. Hasta el tiempo parecía haber resbalado por su blancura, dejándole una impronta muy vaga de su paso por el mundo, sin los típicos estragos que provoca en el común de los mortales. Marcial, por su constitución física, dedujo que su edad rondaría los veinte años, aunque sabiendo que era un cálculo tan impreciso como deducir que la luna era más vieja que los sumerios. La dificultad estribaba en que no había en su cara arrugas para orientarse ni cicatrices dibujadas por el filo de algún puñal travieso o huellas de golpes de nudillos con las que al menos poder medir sus experiencias. Nada delataba su paso por la vida. Era imposible adivinar su oficio o intuir su patria y penurias. Ni tan siquiera una simple reliquia en forma de mancha por alguna travesura infantil. Tenía un cuerpo tan blanco, lampiño e inmaculado como el de un recién nacido. ¿Cómo se podía alcanzar la edad adulta con la piel intacta? Mientras recorría con la vista su fisonomía, a Marcial le recorrió la espina dorsal un turbador escalofrío.

Inconscientemente, retrocedió hasta apoyarse en la pared, víctima de una aprensión supersticiosa.

Le costó sobreponerse a la primera impresión, pero la curiosidad, nuevamente, volvió a vencerlo. Tampoco tenía nada mejor que hacer. El prisionero pasó parte del día leyendo los manuscritos que había en la celda a modo de pequeña biblioteca. Leía con indulgencia, como un adulto cuando lee un libro de niños y sonríe con las disparatadas ocurrencias allí encerradas porque sabe que las inocentes criaturas se las creen a pies juntillas. De vez en cuando interrumpía la lectura y volvía a adoptar la postura de la estatua, que más tarde Marcial supo que se llamaba del loto y era común en otras latitudes. En esa postura permanecía durante largos ratos, inmóvil, con los ojos cerrados, absorto en sus pensamientos. Después, cuando regresaba de esos largos letargos, se paseaba por la celda para desentumecer los músculos y lo hacía como quien pasea por el bosque, como si escuchara a los pájaros trinar y sintiera la poderosa energía de límpidos y frescos arroyuelos. Tal era la expresión de paz y bienestar que irradiaba su rostro. El contraste con los cada vez más nerviosos y excitados soldados que lo acompañaban era un insulto al poder romano.

A la noche, cuando se cerró definitivamente la cocina, Marcial salió para hacer acopio de las sobras más decentes y componer un más que aceptable manjar para el prisionero y sus acompañantes. Aunque antes, por supuesto, satisfizo su hambre, porque podía tener dudas acerca de la condición del prisionero, pero no de la suya: era humano y estaba hambriento. Llevaba desde la noche anterior sin llevarse nada a la boca y el desmayo comenzaba a hacer mella en él, agriándole el carácter y la sumisión. No entendía cómo el prisionero, sobre quien

los nervios no parecían tener ningún dominio, no se había quejado al menos para reclamar alimento.

Satisfecha su hambre con los restos de un lechón, Marcial, que desconocía los gustos del prisionero, fue a lo seguro y compuso en una bandeja un variado condumio: carne de venado y perdices, un revuelto de espárragos, setas y calabacín, alas de codorniz, frutas varias, algunas verduras asadas y vino especiado. Abrió la trampilla de hierro hecha a propósito en la parte baja de la puerta de la celda, empujó la bandeja hacia el interior y la cerró de inmediato, sin atreverse siquiera a saludarlos. Después observó por el ojo de la cerradura a los soldados abalanzarse sobre la bandeja como lobos hambrientos, trasegando el vino con tanta ansia que les provocó sonoros eructos.

El prisionero los contempló impertérrito, comprensivo, como quien observa comer a los cerdos en una porqueriza.

Cuando los soldados terminaron de comer, les agradeció con una sonrisa y una digna inclinación de cabeza la cortesía que habían tenido al dejarle algo para él. Y lo hizo con la mayor humildad, sin sarcasmo.

Comió tranquila y dignamente, sentado en el suelo y usando las manos, con la misma finura que si lo hiciera sobre mesa de mármol y con cubertería de plata. Dio cuenta de las verduras y alguna pieza de fruta y bebió el vino necesario para asegurarse una buena digestión. Después se levantó, estiró las piernas y se volvió a sentar en la misma posición de antes, aunque esta vez, en lugar de sentarse frente a la chimenea, encaró la puerta. Durante unos minutos la miró con fijeza, como si la atravesara, y Marcial se estremeció. Hasta ese momento no había enfrentado el brillo y la intensidad de su mirada y tuvo que apartar los ojos, deslumbrado. Era una mirada penetrante, cegadora, sabia de muchos años, que desdecía completamente su aspecto inocente. Marcial, consternado, abrigó la teoría de que llevaba un sol en las entrañas y era eso lo que explicaba que le brillase la piel y se la conservara intacta, como un fuego interno que le endurecía y preservaba el armazón de piel y huesos. Claro que esto podía ser producto de una sugestión o un delirio por la noche que había pasado en vela. Él mismo no tardó en convencerse de ello y se rio por la disparatada ocurrencia. Al rato el prisionero cerró los ojos y se sumió de nuevo en su acostumbrado letargo.

Sin darse cuenta, a Marcial comenzaba a despertársele una admiración hacia el prisionero que habría de conservar el resto de su vida, a pesar de las mil fatigas y sinsabores que su conocimiento habría de causarle. Pero por entonces él desconocía su futuro. "*Cualquier otra persona, a estas alturas, tendría los nervios destrozados*",

pensó en aquel momento, admirado por su templanza. Y no se le podía acusar por esos sentimientos. Realmente aquel hombre parecía de otro mundo.

Al caer la noche, el prisionero dio nuevas muestras de su peculiar naturaleza. Despreciando la molicie del jergón de paja y el agradable tacto del cobertor de seda relleno de plumas de ganso, cogió una de las ásperas frazadas que habían dejado para los soldados y la tiró al suelo junto a la chimenea. Se tumbó sobre ella sin más cobija que el tabardo que llevaba puesto y no tardó en dormirse, rendido al sueño de los benditos de conciencia tranquila.

Observándolo, a Marcial le vino a la memoria lo que contaban del gran emperador Marco Aurelio, quien a los doce años comenzó por gusto a dormir en el suelo y se sometió voluntariamente a una férrea dieta y a la más estricta castidad. A los dieciocho decían que presumía de haber derrotado a los dos tiranos que suelen gobernar la vida de los hombres: el vientre y el sexo. "*La diferencia* —pensó Marcial mientras recordaba la anécdota del emperador filósofo— *es que éste ni es adolescente, ni es emperador, ni tiene trazas de filósofo. Al menos no se parece a ninguno que yo haya conocido. Y habría que acercarle una mujer para ver si la desprecia igual que ha despreciado la carne y el colchón*".

Observó entonces con suma indignación que los soldados, que se habían comido la parte más sabrosa de la cena, tampoco le hicieron ascos al lecho y no se lo pensaron dos veces a la hora de gozar del plumaje y la seda. En efecto, al poco de acostarse el prisionero, vencidos por los nervios y el cansancio, se echaron ambos sobre la cama en amor y compañía. Ganas le dieron a Marcial de entrar y molerlos a palos. "*Si éstos son soldados escogidos, que no son capaces de emular el estoicismo de aquél al que custodian, Roma tiene los días contados*", se lamentó con rabia contenida por no poder entrar y ponerlos en su sitio. Ni el vino que habían bebido justificaba su actitud. Aunque más tarde Marcial se compadeció de ellos. Ninguno de los dos consiguió pegar ojo en toda la noche, con los nervios a flor de piel. Y tenían razones para estar nerviosos. Que los retuvieran allí no era un buen presagio. Su situación era comprometida: estaban en una celda encerrados con un prisionero que ellos mismos habían custodiado en misión secreta. Eso significaba que nadie, salvo los implicados en la misión, conocía su paradero. Si desaparecieran, como quien dice, por arte de magia, nadie sabría dónde ir a buscarlos. Y probablemente nadie se molestaría en reclamarlos.

Volviendo de nuevo su atención sobre el prisionero, Marcial observó que tenía en la planta del pie una mancha. "*No es un ser inmaculado*", pensó con alivio. Era una tontería, y se avergonzó de pensarlo, pero realmente se sintió aliviado al tener una prueba

fehaciente de ello.

Al principio pensó que sería una herida o una marca de nacimiento, pero al aguzar la vista vio que la forma era demasiado geométrica para ser natural. ¡Era un tatuaje! "*Una pista*", pensó alborozado por el descubrimiento. Esforzó la vista para discernir qué era, pero el tatuaje era muy pequeño y la luz que arrojaban las llamas insuficiente para verlo con nitidez. Tras mucho esforzar la vista creyó ver un ojo de cerradura y a través de él una especie de garabato. El garabato era una mancha confusa que no conseguía descifrar. Hizo un nuevo esfuerzo y entonces se percató de que el garabato era una figura humana esquematizada. Marcial se sobresaltó. Se le puso la carne de gallina. Parecía una premonición del momento presente en el que él lo estaba espiando a través de la cerradura. Esforzó más la vista, hasta dolerle los ojos, para asegurarse de que no lo estaba traicionando el subconsciente, pero el nuevo escrutinio le confirmó que era un ojo de cerradura y a través de él se veía el garabato esquematizado de una figura humana. Marcial estaba tan excitado por el descubrimiento como aterrorizado por el paralelismo con lo que estaba sucediendo en ese preciso momento, como si fuera un juego de magia. Entonces percibió otro detalle que, por una extraña razón, lo tranquilizó: el garabato estaba dibujado a su vez sobre un pergamino. Esto le daba una nueva dimensión al asunto. Al otro lado de la celda se estaba viviendo algo real, mientras que los pergaminos sólo contenían palabras muertas. "*¿Quién narices se tatúa algo así en la planta del pie?*", se preguntó absolutamente desconcertado, pareciéndole una idea descabellada. Jamás había visto nada parecido. Y el lugar en el que estaba tatuado, en la planta del pie… ¿Qué sentido tenía tatuarse algo en un lugar prácticamente inaccesible a la vista de los demás? La gente se tatuaba signos, emblemas o palabras reconocibles en lugares visibles para ser identificados como pertenecientes a un gremio, un clan, una legión, una secta religiosa. Y algunos locos había que se tatuaban dibujos obscenos en lugares picantes para provocar un morbo enfermizo a sus amantes en la intimidad. Pero aquella extraña composición no era precisamente un dibujo erótico. ¡Y menos todavía en la planta del pie!

Cleo

Palacio de Tréveris

Cleo se retorcía de placer bajo el fornido cuerpo de uno de sus esclavos africanos. Los orgasmos se sucedían vertiginosamente entre gritos, gemidos y bocanadas de incontenible libido.

Mientras ella se daba a tan desenfrenada lujuria, a los pies del lecho, sobre una mullida alfombra de pieles de ciervo, picoteaban fruta dos de sus íntimos: Martina, una esclava de origen judío, y Tiridates, el histrión de palacio. Fingían conversar entre ellos, pero todos sus sentidos estaban concentrados en lo que sucedía en el lecho. La potencia viril del esclavo les parecía casi tan increíble como la insaciabilidad de su dueña.

De repente el africano, dejándose llevar por el ardor de su fuego natal y olvidando rango y condición, embistió con más fuerza de la debida y Cleo emitió algo parecido a un aullido. Tiridates no pudo contener una risa ahogada. Martina lo reprendió enseguida con gestos elocuentes, aunque fue demasiado tarde. Cleo lo había escuchado y le había fastidiado el momento. Le gustaba tener testigos de sus amoríos, pero no toleraba que se la distrajera. Exhaló un suspiro de disgusto y empujó al esclavo fuera de ella. Éste, sin rechistar, se levantó y fue a recoger su túnica de lana basta desteñida, que había dejado sobre una silla en un rincón del dormitorio. Cruzó con sigilo la estancia a grandes zancadas y, al pasar ante ellos, Martina y Tiridates enmudecieron al ver su descomunal miembro. Era difícil acostumbrarse a aquello. Entonces Cleo sonrió con malicia.

—Creo que Tiridates te mira con envidia —le dijo al esclavo, vengativa como ella era.

El esclavo entendió el mensaje y sin más dilación dejó caer la túnica, que todavía no se había anudado a la cintura, y se fue hacia Tiridates. El histrión, comprendiendo las intenciones del esclavo, se puso en pie como pudo, entorpecido por la cesta de frutas, que volcó sobre el suelo, y comenzó a correr en círculos huyendo del africano,

quien, mucho más atlético que él, no tardó en agarrarlo y tumbarlo boca abajo sobre la piel de ciervo.

—¡Vamos, no seas tímido y date un manjar! —le gritó Cleo señalándole con el índice toda la fruta extendida por el suelo, con algunas de las piezas al alcance de su boca. Parecía extasiada por el cómico espectáculo, retorciéndose de la risa en el lecho. Además, la escena le había despertado de nuevo la libido. Se había colocado en posición fetal y empezaba a acariciarse.

Martina, cómplice obligada, se reía con la boca y lloraba con los ojos. No le hacía ni pizca de gracia la escena. Aunque, por supuesto, no pensaba protestar por el abuso. Hacerlo sería comprar todas las papeletas para convertirse ella en la siguiente víctima.

Boca abajo, con todo el peso del esclavo sobre él, Tiridates sintió cómo le levantaba la túnica y le acercaba el miembro, de nuevo resucitado, al sitio prohibido. Temblaba y se retorcía inútilmente para intentar escapar. Pero todo esfuerzo era inútil. El africano lo doblaba en cuerpo y fuerza y lo tenía inmovilizado. En los ojos del pobre histrión afloraban el miedo y la súplica. Cleo empezaba a gemir mientras se masturbaba. Cuando al fin el esclavo consiguió dominarlo y acertar en la diana, el pobre Tiridates emitió un lastimero sonido gutural que conmovió a Cleo. Entonces se apiadó de él y, comprendiendo que la broma había llegado demasiado lejos, ordenó al esclavo que se retirara de inmediato. Por desgracia, el arrepentimiento llegó tarde para impedir la deshonra del bufón. "*Así aprenderá la lección para la próxima vez*", pensó Cleo sin un ápice de remordimiento. Era la segunda vez que el quejica interrumpía su placer y consideraba, con su escala de valores egocéntrica, que lo tenía merecido.

Martina suspiró al ver que terminaba la pesadilla. Tiridates se quedó inmóvil, con la cara vuelta hacia la pared, de espaldas a Cleo. Aun pasado el peligro, permanecía tumbado boca abajo sobre la alfombra, sin mover un músculo.

—¿Por qué te quedas ahí tumbado? —le preguntó Cleo, burlándose de él—. ¿Crees que no lo sé? ¡Es porque te delata la erección que tienes!

De repente, una esclava entró corriendo en el dormitorio para prevenir a Cleo de que venían a visitarla sus tías.

—¡Las eusebias! —rugió, saltando de un brinco de la cama, maldiciendo a las inoportunas.

Se sentó sobre una palangana con agua tibia, perfumada con rosas y almizcle, y comenzó a lavarse sus partes pudendas. Mientras, la criada que la había advertido de la llegada de sus tías, bien entrenada

en estos ejercicios, se apresuró a traer del baño una mesa baja con afeites, cepillos, ampollas de perfumes, tijeras, cosméticos, polvo de arroz y, en fin, todo lo necesario para emperifollarse como una noble de alta alcurnia.

Sin necesidad de más instrucciones, la criada le derramó una ampolla de perfume sobre su piel cetrina y comenzó a extendérsela por todo el cuerpo, masajeándola con la yema de los dedos para borrar el olor a sexo que la impregnaba. Martina, mientras tanto, había comenzado a lidiar con su pelo.

Cleo no se percató, sobresaltada por la situación, de que Tiridates se había levantado de un salto a la voz de alarma con el miembro flácido y encogido y un brillo de odio profundo en la mirada. Pero ¿qué importaba? "*A nadie le importa Tiridates salvo a Tiridates*", masculló entre dientes el desgraciado histrión, ya compuesto del susto pero con un dolor en las nalgas que no pensaba perdonarle. En venganza sonreía con malicia al ver los nervios de la adúltera. "*Algún día te cazarán* in fraganti. *¡Y ojalá que sea Marcial!*", deseó con todo su rencor.

—¡Qué oportunas son siempre mis tías! —se quejó Cleo con amargura al observar el bulto todavía prominente bajo la túnica del africano.

—Cualquier momento del día es inoportuno para ti —musitó entre dientes Tiridates, aludiendo a su vida licenciosa.

—¡Arregla la cama! —le ordenó Cleo a Martina, ignorando las palabras vengativas del histrión—. ¡Y tú, idiota —le gritó a Tiridates —, no te quedes ahí plantado hecho un pasmarote y recoge la fruta que has tirado al suelo!

En realidad, Cleo no sentía ningún respeto hacia sus tías. Le daba una higa que se escandalizaran con su vida. No le importaba lo que pensaran de ella esas mojigatas. Además, ni siquiera eran tías de verdad, sino las hermanastras de su tío político. Lo que temía era que le fueran con el cuento a él, calentándole las orejas con sus exageraciones y que su tío, por mantener las apariencias, se viera obligado a reprenderla. Porque su tío Constantino la adoraba, ella era su sobrina favorita, pero Cleo sabía que Osio, el obispo hispano que su tío tenía por consejero, le estaba sorbiendo los sesos con su moralina cristiana y su tío estaba poniéndose muy serio con las cosas carnales. De momento le había declarado la guerra al concubinato, a la prostitución de las esclavas y, lo que más le dolía a ella, a la seducción de los esclavos. Y a ver cómo le explicaba ella a su tío que los soldados romanos podían ser muy bravos en la batalla, y los patricios presumir de mucha nobleza, pero que a uno solo de sus esclavos africanos le

cabía en el miembro viril toda la sangre de la nobleza romana y la furia de los legionarios.

—¿Y tú a qué esperas para irte? —le preguntó al africano, señalándole la ventana.

El pobre, aturdido, no sabía qué hacer. Se asomó y al ver la caída al suelo, de unos cuatro metros, miró suplicante a Cleo, quien con un gesto elocuente le disipó todas las dudas. Al desgraciado no le quedó otra que cruzar los dedos y saltar.

Se oyó un pequeño quejido, pero por suerte no se quebró ningún hueso. Eso lo supieron más tarde, cuando lo vieron trajinar en las caballerizas sin cojera, pues en aquel momento a nadie se le ocurrió asomarse por la ventana para ver si se había lastimado. Así se hubiera roto la crisma que nadie hubiera movido un dedo por él. Era impensable atender a la salud de un esclavo cuando estaba en juego salvaguardar la reputación de la dueña. Urgía adecentarla y borrar toda huella de su lascivo pasatiempo. La dignidad se compraba con esclavos bien adiestrados en estos menesteres, no con piedad y compasión, que eso adornaba bien la poesía, pero en la vida real, en aquella época y bajo aquellas circunstancias, era un estorbo.

—No me hubiera importado catarlo —dijo Martina para destensar el ambiente—. Deberías pasarme alguna vez tus sobras.

—No quieras competir con Mesalina —susurró Tiridates con toda malicia, lo suficientemente alto para que ambas lo oyeran.

Martina le lanzó una mirada reprensora. Si no aprendía a morderse la lengua un día se la iban a cortar de cuajo.

Por suerte para Tiridates, la picante comparación le hizo gracia a Cleo, quien estalló en una carcajada. Tiridates había hecho alusión a una de las anécdotas preferidas en palacio: la emperatriz Mesalina, aprovechando que su marido, el emperador Claudio, se hallaba de viaje, desafió a la prostituta más famosa de Roma para ver quién aguantaba más embates en una sola noche. Por supuesto, perdió la prostituta. "Me rindo —le dijo a la emperatriz—, porque ésta es tu afición, la mía es la jardinería".

—Qué invento más estúpido —se quejó Martina mientras le ajustaba el sostén, luchando para abrochárselo—. Con los pechos tan hermosos que tienes, enjaularlos de esta manera. ¡Ya no saben qué inventar!

—Calla, tonta, que tú no entiendes de moda —le replicó Cleo entre risas, todavía divertida con la ocurrencia de Tiridates.

—Ni quiero entender —renegó Martina—. Que me aspen si algún día se me ocurre enjaular los míos en lugar de dejarlos bambolearse

para atraerme a lo más granado de la guardia imperial. ¡Las tetas son los faros de las mujeres!

—¡Calla, burra, y acércame la túnica roja! —la apremió Cleo.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Martina, perdida entre sus vestidos.

—La de lino rojo de Pelusia. ¡No, no, mejor la de seda rosa! ¡Vamos, date prisa, que estarán a punto de llegar!

—Como si fuera fácil encontrarla entre tantas…

—¡No, no, mejor no me la traigas! —le gritó Cleo entre risas, cambiando de idea—. Las recibiré en sostén y calzones. Que me vean medio desnuda, que eso siempre las escandaliza.

En pocos minutos estaba acicalada y el dormitorio arreglado de modo tan pulcro que parecía imposible que hacía tan sólo un rato aquello se asemejara a un lupanar.

—¿Y ahora qué querrán estas amargadas? —se preguntó Cleo mientras se sentaba frente al tocador y dejaba que Martina terminara de peinarla. Observaba con satisfacción en un espejo de fina plata su larga melena oscura y rizada y su rostro de piel cetrina de perfil poco anguloso, más bien ovalado, donde destacaban unos labios carnosos y unos grandes y oscuros ojos color avellana. Su belleza mediterránea, opulenta e hipnotizadora, era uno de los grandes atractivos en la corte de Constantino.

—Acércame un libro —apremió a Martina al escuchar pasos cerca de la puerta—. ¡No, ése no, que es muy serio! El de la izquierda. ¡Vamos, dámelo!

Cuando sus tías entraron la encontraron sentada en un taburete acolchado de terciopelo, en calzones rosas y sostén rojo, fingiendo leer un libro casquivano mientras terminaban de arreglarla.

Las tías, al unísono, sincronizadas en los prejuicios, fruncieron el entrecejo. Una escena tan pacífica no hacía sino acrecentar sus sospechas. ¡Como si no conocieran a su díscola sobrina! Y por si tenían dudas del fraude, la sonrisa maliciosa y vengativa de Tiridates se las disipó todas.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó Cleo volviéndose hacia ellas y regalándoles la mejor de sus sonrisas.

Constancia, la mayor de las hermanas, hizo un gesto de desaprobación al ver lo que fingía leer. Se trataba de *"Metíoco y Parténope"*, una novela romántica griega que estaba muy de moda.

Cleo celebró su triunfo con una sonrisa burlona. Sabía el desprecio que sentía su tía por ese género literario. Después se levantó y las saludó una a una con estudiada cortesía.

A un gesto suyo, Martina y Tiridates, acompañados de la criada que las había anunciado, salieron del dormitorio.

Anastasia, la más joven de las tías, cuyo destino todavía no estaba marcado por la ambición de su hermanastro, el augusto Constantino, saludó a los desafortunados esclavos con simpatía. Los sabía un par de desgraciados. Y además Martina, a la que llamaban *la descarada* por su desparpajo, era muy graciosa.

Cleo las invitó a sentarse junto a ella en la cama. La idea de que sus castas y virginales posaderas tocaran las sábanas sobre las que se acababa de restregar un esclavo desnudo le producía una perversa satisfacción. De haber sido anunciada la visita con más tiempo habría obligado al semental a derramar su semen sobre las mismas. "*Sería el colmo que alguna de ellas se quedara preñada por accidente* —se rio para sus adentros—. *Seguro que lo achacarían con toda naturalidad a un milagro*".

—Venimos a saludarte, visto que tú nunca te dignas a visitarnos a nosotras —dijo Constancia, que era la que llevaba la voz cantante por el privilegio de la edad y por estarle destinado el mejor casamiento. Eutropia y Anastasia rara vez hablaban en su presencia y su comportamiento era más propio de hijas que de hermanas—. Queremos saber cuándo piensas sentar la cabeza. Ya no eres una niña y nos preocupamos por ti.

"*Os escandalizáis por mí, querrás decir, hipócrita*" —pensó Cleo sin perder la sonrisa. Afortunadamente, no la visitaban con frecuencia. Su vida licenciosa repugnaba tanto a sus remilgadas tías que era el mejor baluarte para impedir que se hiciesen asiduas de su alcoba. Y especialmente disgustaba a la más estirada de ellas, Constancia, la mayor de las tres, con su prurito cristiano. El carácter jovial y despreocupado de Cleo la incomodaba sobremanera, igual que al resto de los defensores de la etiqueta.

Aunque había sido educada con el rigor exigido a quien debe cifrar en la apariencia la mitad de su valía, Cleo siempre fue, desde niña, muy dada a saltarse las normas. Y ahora, a sus veinte años, era un ciclón desbocado. Al ser la ahijada del augusto Constantino, quien mostraba para con ella una indulgencia ilimitada, nadie se atrevía a recriminarla con aspereza por más que sus salidas de tono cruzaran en demasía los márgenes del decoro. Ni siquiera Constancia se atrevía a afearle su conducta públicamente. Conocía de sobra las predilecciones de su hermanastro.

—¡¿No querrás que me case antes que tú y te robe protagonismo?! —exclamó Cleo con tono sarcástico—. ¡Eso sería una descortesía imperdonable por mi parte!

—Déjate de chanzas —le respondió Constancia, dolida por el comentario. Sólo era dos años mayor que Cleo y, a diferencia de ella, no seguía soltera para prolongar una vida licenciosa, que nunca había tenido, sino por imperativos de su hermanastro. Ni ella ni sus hermanas eran libres de decidir con quién ni cuándo se casarían.

—Marcial es un hombre de honor —intervino Eutropia. Tenía la misma edad de Cleo, pero parecía tan vieja como su hermana mayor. Cleo lo achacaba a que tenía tan asimilado su papel de segundona que esto le había secado el alma y agrietado la piel.

—Y además es muy apuesto —añadió Anastasia, ruborizándose. Anastasia, al contrario que sus hermanas, parecía más joven de lo que era. Tenía diecisiete años y aparentaba catorce. Era dulce, tímida y pecosa, y la única que le caía bien a Cleo. Aunque por desgracia no tenía carácter suficiente para romper el cepo de sus hermanas y era una prolongación, muy a su pesar, de las mismas.

—Ese Marcial tan apuesto y honorable lleva dos días ignorándome —protestó Cleo, haciéndose la agraviada.

Y en ese momento, al decirlo, cayó en la cuenta de que era cierto. Hacía dos días que no le veía el pelo.

—¿No te visita últimamente? —le preguntó su tía Constancia con curiosidad.

Cleo empezó a mosquearse. Desde el momento en que fue consciente de que Marcial llevaba dos días desaparecido sintió una punzada en el estómago. ¿Era orgullo herido o eran celos? Su relación con Marcial no atravesaba su mejor momento, pero tampoco sentía que hiciera aguas. En cualquier caso, debería estar más atenta a las señales de alarma. Y ésta parecía una de ellas. Pero quiso quitarle hierro al asunto delante de sus tías. Las cosas de pareja no se aireaban en público.

—Los hombres están muy atareados preparando la guerra que se avecina. ¿Es que estás tan absorta en tus oraciones –preguntó dirigiéndose a su tía mayor— que no sabes que tu hermanastro y Majencio están a punto de disputarse el dominio de Occidente? ¿Qué tiene de raro que los militares no visiten a sus novias en estos días?

La justificación no le había resultado convincente y optó por atacar a su tía para salir del paso. Seguía rumiando por qué Marcial la tenía abandonada. Constancia exhaló un suspiro que contenía una queja: "*¡Ojalá y fuera posible ignorar los asuntos mundanos!*". Aunque su boca fue más diplomática:

—¿Tan atareados están que no tienen tiempo de visitar a sus amadas para darles los buenos días o las buenas noches? —preguntó sin acritud, ignorando la pulla que acababa de lanzarle Cleo por su

devoción cristiana.

—Hasta tal punto, sí —respondió con sequedad Cleo.

—Pues yo creo que en vísperas de una batalla es cuando mejor les hace a los soldados la compañía de sus mujeres.

Cleo la miró con desdén. "*¿Qué sabrás tú de amores* —pensó—, *si tu querido Eusebio besaría antes las llagas de Cristo que la rosa que atesoras entre las piernas?*". Cleo las llamaba *las eusebias* precisamente porque tenía la retorcida teoría de que su tía Constancia amaba en secreto a Eusebio, el diácono de Bérito, un pariente lejano con quien se intercambiaba pulcras misivas de carácter teológico que ella interpretaba como el cortejo secreto de un amor platónico.

—Nuestro hermano también está raro —dijo Constancia como quien finge decir en voz alta una nadería. No estaba dispuesta a rendirse tan pronto—. Hace también dos días que nadie lo ve. Qué casualidad… Se ha encerrado a cal y canto en sus aposentos y su mujer, Fausta, está que trina. Es ella la que nos ha informado del extraño comportamiento de su marido. Por eso se me ha ocurrido venir a preguntarte a ti. Por si Marcial sabe algo.

—No tiene tanta intimidad con él –le respondió con sarcasmo—. Y, de tenerla, es lo suficientemente prudente como para no soltar prenda. A veces se te olvida que tu hermanastro es el augusto para el resto del mundo.

—Y también para nosotras… —El tono de Constancia, sin pretenderlo, fue lastimero y Cleo sintió compasión por ella.

—Vamos, deberías permitirte el lujo de ser optimista por una vez en tu vida. Un poco de alegría no te matará.

—¿Y por qué motivo debería alegrarme? —En el tono de Constancia había tanta sorpresa como curiosidad, mezcladas con el miedo a recibir un nuevo e hiriente dardo de su sobrina.

—Cuando mi tío gane la guerra iremos a Roma y al fin conocerás en persona a tu amante epistolar, a tu adorado Eusebio.

La indignación afeó todavía más a Constancia, que cuando se cabreaba se asemejaba grotescamente a su hermanastro. Y los rasgos que dan esplendor a un rostro viril arruinan la belleza femenina. Constancia resoplaba como un fuelle en el infierno, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para contener la bofetada que merecía su sobrina. Cleo se arrepintió en seguida al ver el rictus de amargura en su cara. Había estado borde innecesariamente. Si era cierta su teoría de los amores platónicos con el pariente cristiano, su tía debía sufrir un tormento espantoso puesto que Constantino la había prometido a Licinio, el augusto de Oriente. Y obedecerlo era un deber

ineludible. Aunque por otro lado le exasperaba la hipocresía con que trataba todos los asuntos, por intrascendentes que fueran. Era incapaz de ir al grano y eso la sacaba de sus casillas. Además, de repente le había entrado la urgencia de despacharlas para pedirle cuentas a Marcial. A pesar de su promiscuidad, era extremadamente celosa. Nunca le pareció una incoherencia ser ella tan glotona y querer mantener a dieta a su prometido.

—¿Y quién te ha dicho a ti que Eusebio irá a Roma si vence mi hermano? —preguntó Constancia con fingida displicencia, apretando tanto los labios que parecían dos yunques forjando una hoja de hierro. La curiosidad volvía a traicionarla.

—Porque sin duda los gerifaltes de tu religión, como el resto de súbditos con aspiraciones —subrayó Cleo con mucha malicia—, acudirán a rendirle pleitesía para felicitarlo por su victoria y tantear sus intenciones.

—Los verdaderos cristianos no reconocen más soberano que a Dios —le respondió Constancia con un tono seco y desabrido, haciéndole notar torpemente que estaba por encima de sus insidias.

—¡Ésta sí que es buena! —bufó Cleo antes de soltar una carcajada —. Eso que se lo digan al obispo Osio, que besa el suelo que pisa mi tío y le hace unas reverencias cuando lo ve que en una de esas se va a desriñonar.

—Lo respeta por el poder terrenal que tiene, porque una cosa no quita la otra —lo defendió Constancia, sacando las uñas por él, harta de la irrespetuosidad de su sobrina.

—Yo juraría que lo respeta, le hace la rosca y lo teme exactamente igual que los demás. En cualquier caso, ¿qué importa? Según tengo entendido tu querido Eusebio no encaja en el grupo de buenos cristianos, así que no dudo de que vendrá. Y más teniendo en cuenta que tu presencia será un aliciente poderoso para él –añadió con retranca.

—Eusebio es el diácono de Bérito –protestó Constancia, muy indignada—, un hombre recto, de fe, uno de los adalides intelectuales del cristianismo. No necesita favores imperiales para servir a Dios.

Hubo en su voz mucha rabia por la ofensa, pero también un entusiasmo inusual en ella, que sorprendió a Cleo. "*Vaya, está más prendada por él de lo que imaginaba*". Esta idea hizo que se sintiera mal. Sin embargo, no fue suficiente para impedir que le soltara una nueva pulla:

—¡Nadie me había dicho que teníamos un intelectual en la familia! —exclamó con mucha sorna y mala uva—. Mis espías merecen un correctivo, porque me lo habían pintado muy distinto.

—Pues sí, lo es —aseguró Constancia con mucho orgullo—. Y eso que todavía es joven y no ha alcanzado la madurez intelectual.

Eutropia y Anastasia se miraron entre sí tímidamente y sonrieron con pusilánime malicia, aunque sin atreverse a contradecir a su hermana. Sabían que Cleo llevaba razón. Del pariente cristiano se decían muchas cosas, pero ninguna tan halagüeña. Se decía que le gustaba la pompa más que a un faraón, que nunca abría la boca para un solo trago y que tenía más trazas de aspirar al solio episcopal que a curarle las llagas a los enfermos. También se aseguraba que había hecho carrera eclesiástica por su apellido, no por sus méritos cristianos.

—Si tu Eusebio es tan intelectual –volvió al ataque Cleo, sin perder la sonrisa—, ¿por qué Helena, la madre de Constantino, no lo ha asignado como tutor de su único nieto, mi adorado primo, en lugar de contratar a Lactancio? No se explica siendo como son familia.

—Eusebio es un gran teólogo —insistió Constancia, haciendo caso omiso de las gravosas miradas que intercambiaban sus hermanas—. Tiene otros asuntos más importantes y sublimes que acometer.

—¿Eso significa que Lactancio es un zopenco y no da la talla para menesteres más importantes que educar al hijo de un augusto? —siguió Cleo pinchándole con su chanza cruel, sabedora de lo picajosa y susceptible que era su tía.

—Por supuesto que no —respondió Constancia con sequedad, muy ofendida y tiesa, aguantando las ganas de hacerle pagar la insolencia —. Lactancio es otro maestro. Ambos son hombres muy doctos e inteligentes.

—Por eso, porque no creo que cojee en doctrina. ¡Ni en imaginación! —dijo cucándole un ojo a sus tías—. ¡Vaya monsergas te suelta cuando te coge por banda! Menos mal que es un hombre reservado y no está parlanchín a menudo.

Eutropia y Anastasia rieron entre dientes. Extendían su odio a Helena, la madre de su hermanastro, a la religión que profesaba. No le perdonaban el ostracismo al que había condenado a su madre. Pero bastó una severa mirada de Constancia para borrarles las ganas de bromear con un tema tan serio.

Cleo, pese a las apariencias y las bromas, las compadecía. A las tres. Aunque Constancia la sacara de quicio también le daba pena. Su tío Constantino ejercía sobre ellas una autoridad sin miramientos. No sentía por ellas más afecto que el que podía sentir por un buen caballo o un perro obediente. Si no estuvieran destinadas a matrimonios de conveniencia ni se dignaría a dirigirles la palabra. Para él sólo eran instrumentos políticos. Vivían confinadas en palacio como reclusas y

sus casamientos dependían de los intereses del momento. Constancia estaba pactada con Licinio, el augusto de Oriente, para que éste no atacara Italia cuando terminase la guerra entre Constantino y Majencio, que indudablemente dejaría debilitado al vencedor. Y Constancia no tenía ni la más remota idea de cómo era el tal Licinio: si era cariñoso o violento, si era inteligente y culto o un bruto estúpido, si era alto o bajo, guapo o feo. Sólo sabía, por lo que le habían contado, que era bastante mayor que ella y que era un soldado ambicioso y pagano que desde hacía cuatro años ostentaba el rango de augusto de Oriente, aunque había perdido Siria y Egipto a manos de un general rebelde con el que andaba a la gresca.

Así eran las vidas de sus tías. Nada envidiables a pesar del lujo de que estaban rodeadas. Y si esta sujeción a la ambición de su hermanastro les resultaba lacerante, todavía más insoportable les resultaba convivir bajo la férula dictatorial de Helena, la madre de Constantino, quien las aborrecía porque eran la llaga viva de su propia desgracia, las hijas de su archienemiga Teodora, quien le robó el marido y el cetro imperial. Porque Helena, cegada por la rabia, no atendía a razones. No comprendía que Teodora, la madre de las hermanastras de su hijo Constantino, fue tan víctima como ella misma de las ambiciones de otros. Teodora era la hijastra del augusto Maximiano y casarse con ella fue el precio que le impuso éste a Constancio, el todavía por entonces marido de Helena y padre de Constantino, para nombrarlo César. En verdad no había tenido suerte Helena con Maximiano, quien la había jorobado doblemente: primero obligando a su marido Constancio a repudiarla para casarse con Teodora, su hijastra; y después obligando a su hijo Constantino a repudiar a Minervina, la madre de su adorado nieto Crispo, para casarlo con otra hija suya, Fausta, a la que Helena no podía ver ni en pintura porque la identificaba instintivamente con Teodora, así como ella se veía reflejada en Minervina. En fin, una locura de analogías y agravios en la que las víctimas se odiaban entre sí por serles un odio más factible que el legítimo de odiar a sus verdugos.

Y sólo por esto Cleo, aunque a menudo la sacaran de sus casillas y pudiera llegar a aborrecerlas, no era capaz de odiarlas. En ella, como es habitual en muchas personas, cohabitaban un ángel y un demonio, sólo que en su caso eran los príncipes de los mismos quienes la poseían en un extraño y caprichoso amancebamiento, por lo que podía pasar de una crueldad extrema a una compasión desmesurada en cuestión de segundos. Y en aquel momento, picada de celos y con la urgencia de desembarazarse de sus tías, era el demonio quien le agitaba las ideas. No había tiempo para reconciliaciones ni piedad. ¡Tenía que sonsacarle a Marcial qué narices estaba ocurriendo! Por suerte para ella, sabía cómo terminar de crispar a su tía mayor.

—Perdóname, tía, hay algo que me desconcierta. ¿Has dicho algo así como que "y eso que mi querido Eusebio todavía no ha alcanzado la madurez intelectual"?

—Lo del querido lo has añadido tú –le respondió con suspicacia su tía, recelando una nueva invectiva—, pero sí, eso he dicho, porque todavía es joven. Si ya escribe cosas maravillosas…

—¿Te refieres a las cartas que te escribe a ti? —la interrumpió Cleo con un tono tan inocente que fue puro veneno para su tía.

—Escribe cosas maravillosas —repitió Constancia con las uñas sacadas—. No sólo mis cartas… —Congestionada por la ira, Constancia vaciló unos segundos. Realmente no conocía otros escritos de su pariente aparte de la correspondencia que mantenía con ella, pero no pensaba reconocerlo y darle el gusto a Cleo—. Sí, es muy esperanzador pensar en cómo defenderá la causa cristiana cuando su entendimiento se robustezca con las muchas lecturas y los años.

—Eso es lo que me desconcierta –Cleo frunció el ceño grotescamente, con un gesto de reflexión sarcástica—. ¿Qué tienen que ver las muchas lecturas y los años con la fe? Yo pensaba que la fe se sentía, que os era revelada por vuestro Dios, no que era un producto intelectual de los empollones de vuestra iglesia.

Constancia respiró hondo para contenerse las ganas de cruzarle la cara.

—Ay, tía querida –continuó Cleo sin darle tiempo a sobreponerse y contraatacar—, a mí me da mucha pena por ti, porque si no tuvieras sorbidos los sesos por los meapilas de vuestros teólogos, Eusebio y tú ya os habríais conocido en persona y estoy segura de que os habríais entendido no sólo con las cosas de la religión, sino también en la cama.

Constancia se quedó desencajada, incapaz de articular palabra por el sofoco que tenía. Cleo sabía chincharla hasta el extremo de su tolerancia.

—A mí —prosiguió Cleo, decidida a tocarle la moral— es que me parece una contradicción flagrante que el cristianismo alardee de su humanidad y luego aborrezca de esa forma tan inhumana todo placer sensual. O mejor dicho, sexual, porque no es que la alta clerecía se prive de otro placer que no sea el sexo. Al menos, que se sepa. Pero vamos, aunque sólo sea por esto ya me parece una religión abominable. Y poco original. ¿Hay algo más humano que el refinamiento sexual?

—La sensualidad —balbuceó Constancia haciendo acopio de toda la dignidad y el temple que pudo—, y especialmente la sexualidad, enflaquecen el espíritu. Por eso los Padres aborrecen el placer carnal.

—¿Y cómo es eso? ¿No debería ser al revés? Si se enflaquece el espíritu le será más fácil remontar el vuelo hacia ese Cielo que anuncian. En cambio, si cada vez que folláramos engordásemos el espíritu eso sí que sería un problema, porque tendríamos espíritus capones, incapaces de volar.

Constancia se puso roja de cólera y otra vez le faltó el aliento para replicarle, la sangre toda en el hígado. Eutropia y Anastasia no se atrevían a reírse con las capciosas provocaciones de su sobrina, pero disfrutaban pellizcándose entre ellas.

Anastasia, viendo que esta vez su hermana era incapaz de contestar, atorada como estaba por la rabia, decidió desquitarse de su tiranía simulando echarle un capote, aunque en realidad mofándose de ella:

—Mi hermana piensa que si Adán no hubiera mordido la manzana ésa, hubiera vivido virgen y puro toda su vida.

—¿Y entonces para qué le creó Dios a una compañera, para que jugaran a los dados? —preguntó Cleo con su viperino tono inocente.

—Supongo que para hacerle compañía —respondió Anastasia, quien no necesitaba fingir su inocencia.

Cleo estalló en una carcajada.

—¿Y entonces por qué no un compañero? ¡Ah, claro, tendría miedo de que acabaran dándose por culo! Bien sabía, él que lo creó, que el hombre es vicioso por naturaleza. Vamos, ¿qué sandez es ésa? ¿Y el resto de los animales? ¿También son pecadores? Me juego el pescuezo a que antes de comerse la manzana ya se le ponía tiesa cada vez que le veía las tetas.

La mirada de un basilisco parecería dulce comparada con la mirada con que Constancia quiso fulminar en aquel momento a su irreverente y blasfema sobrina. Pero Cleo estaba decidida a sacarla de sus casillas para que se marchara.

—Y dime, ¿cómo piensan los genios de los cristianos que hubieran procreado sin sexo? Porque procrear es un mandamiento divino según ellos, ¿no? Me da a mí que los cristianos son muy pillos y ponen en boca de su dios las leyes inexorables de la naturaleza. Porque a lo que yo sé los animales no entienden de dioses y procrean como locos. ¿O los consideran cristianos, aunque pecadores?

—Piensan que Dios tenía pensado algún método no sexual de procreación que hubiera dado una raza de humanos inocentes e inmortales —le explicó Anastasia con un esbozo de mueca irónica—. Pero al pecar Adán, Dios tuvo que cambiar sus planes y castigarlos con el matrimonio y el sexo para procrear.

—¿Y los creó inmortales de carne y hueso? –señaló con mucha sorna Cleo—. ¡Si los hubiera querido inmortales los habría hecho de oro! Además, si no me equivoco, a Eva la creó antes del pecado. Y era mujer con todos sus atributos, no un ser asexual. Tampoco Adán era asexual, pues tenía rabo y cataplines. Entonces, si en la idea primera de ese Dios no había lugar para las relaciones sexuales, ¿por qué creó seres sexuales?

—No lo sé, Cleo –le respondió Anastasia, visiblemente superada—. Yo tampoco entiendo esta religión.

A Constancia, callada y quemando el suelo con la mirada, se la escuchaba respirar agitadamente, a punto de estallar.

—Yo creo —dijo Cleo dispuesta a darle la puntilla final a su tía—, que si el único objetivo del sexo fuese la procreación, fornicar no debería ser tan placentero, para que a nadie se le ocurriera darse el gusto a todas horas por vicio, mientras que el parto debería ser una tormenta de orgasmos. Pero hete aquí que es al contrario. Entonces, eso de obligarnos a parir con el mayor dolor del mundo y que el sexo sea tan agradable da que pensar. Lo que yo creo es que todas estas necedades en realidad retratan a los cristianos, no a su dios, porque habiendo tantos dioses a mano para escoger el que más te plazca, elegir a uno tan pejiguero y sádico retrata a las mil maravillas la naturaleza atormentada y enferma de sus seguidores.

—¡A los dioses no se los escoge, ignorante! —estalló al fin Constancia, incapaz ya de seguir mordiéndose la lengua ante tantas blasfemias—. Además no hay dioses, sólo uno, Él, Dios, el Único.

Cleo supo que era el momento de despedirlas sin que pusieran objeciones.

—¿Cuándo ha matado y se ha comido a los demás el dios ése? ¿Es que es un dios caníbal? –le preguntó con mucha retranca a su tía más joven, para poner la puntilla a la mayor—. Si me disculpáis, anoche dormí fatal y me duele mucho la cabeza. No estoy para discutir estas tonte… estas teorías. Me gustaría descansar un poco.

Constancia, al levantarse, ojeó sin disimulo la estancia en busca de rastros de frascas de vino o ampollas de licores, pruebas de una juerga privada. Al no encontrar nada, la buena educación la obligó a disculpar a la sobrina, aunque sabía que era una excusa para echarlas.

—Descansa, pues. Y si ves a Marcial, salúdalo de nuestra parte —le dijo con retintín, sin más armas con las que desquitarse.

Cuando se marcharon, Cleo saltó de un brinco y se sentó frente al espejo. Estaba de mal humor. Seguía pensando en su prometido, en Marcial, que llevaba dos días sin visitarla. "*Más te vale, canalla, que tu ausencia esté relacionada con mi tío y te haya sido obligada, porque si no*

te vas a enterar! —masculló entre dientes—. *¡Conmigo no se juega!* —protestó levantando el puño, muy airada, sacando a relucir su genio y su orgullo.

Tiridates

Palacio de Tréveris

—Estoy harto de sus humillaciones —protestó Tiridates, arrancándose con violencia y tirando al suelo la capa arlequín floreada con ribetes morados y amarillos con que se paseaba por palacio. La túnica blanca que vestía debajo, y que sólo usaba en la intimidad, lo hacía parecer más varonil.

—Vamos, no seas crío —intentó calmarlo Martina, que lo había seguido hasta su habitación para intentar apaciguarlo—. Si ni siquiera lo hace con maldad. Ya la conoces.

—¿Y porque sea una degenerada se le deben tolerar todos sus atropellos?

—No porque sea una degenerada, sino porque es la sobrina del augusto y vivimos en su palacio. A una palabra suya y te echarán a patadas como a un perro.

—Ja, como si no me tratasen ya como a un perro —bufó Tiridates.

—A veces parece que se te olvida quiénes somos.

—¿Tú crees? —preguntó Tiridates apretando los labios con rabia y dibujando una sonrisa mortal—. ¡Ni un solo día permiten que se me olvide! ¡Cuando me llaman estoy obligado a mover el rabo! —exclamó furioso, dejándose caer al suelo junto a la chimenea. Agarró una rama del haz de leña que había junto a ella y acercó un extremo a las llamas.

—Cuidado, que el que juega con fuego se quema —lo previno Martina al ver que no se aplacaba su cólera.

—¿Y qué le puede hacer el fuego al que ya está chamuscado? —protestó Tiridates.

—Reducirlo a cenizas —sentenció la judía con su sabiduría ancestral.

Tiridates, disgustado, arrojó la rama al fuego. Martina lo miró con gesto preocupado. Su amigo estaba cada día más irascible. Si seguía así, no tardaría en darse de bruces con la realidad. La tragedia acechaba en cada esquina para gente como ellos.

—¿Crees que a mí me gusta todo esto? —le dijo, poniéndose muy seria. Hacía tiempo que no tenían una conversación como las de antes, cuando se abrían el corazón el uno al otro y se lamían las heridas. Aunque sabían que su enfermedad no tenía cura al menos el bálsamo del consuelo les calmaba el dolor. Pero en algún momento, por desidia o por cansancio, habían dejado de hacerlo y se dejaban arrastrar por el sino de los tiempos sin resistencia, como paja zarandeada por la corriente.

—Dímelo tú —le respondió Tiridates muy airado—. A veces me cofundes.

—¿A estas alturas me vienes con ésas? —le recriminó Martina con un tono más de tristeza que de reproche.

—A estas alturas te vengo con esas, sí –se reafirmó Tiridates—. Desconozco el propósito y los límites de tu farsa. En realidad no sé si tiene límites. Ni siquiera sé si para ti sigue siendo una farsa —le atizó, incapaz de contener la rabia que lo devoraba por dentro—. Yo represento un personaje y soy muy consciente de ello. Tú, en cambio… —Tiridates vaciló a la hora de escoger las palabras.

—Yo en cambio ¿qué? –lo desafió Martina, empezando a acusar la violencia de su amigo—. Vamos, dilo, no te cortes ahora. Escupe todo tu veneno.

—A veces pienso que ni tú misma sabes ya quién eres –le respondió Tiridates moderando el tono, aunque con agrio humor—. Has interpretado durante tanto tiempo y con tanta maestría tu papel que has acabado creyéndotelo.

Martina inhaló profundamente el humo que revocaba la chimenea. Anegarse los pulmones era un mal menor y tenía efecto analgésico. Las acusaciones le palpitaban sulfurosas en las venas. Estuvo a punto de mandarlo a paseo. A veces la extenuaba con su lloriqueo; otras la enervaba con sus veladas insinuaciones. Ahora, en cambio, le hablaba con una franqueza desnuda y brutal. Pero eran acusaciones de todo punto injustas. La vida no era fácil para nadie. Y menos para ella. Aunque, en parte, Tiridates llevaba razón: pocas cosas eran en palacio lo que parecían. El disimulo y la astucia eran cualidades necesarias para sobrevivir en ese ambiente tramposo. Hasta las sombras eran caricaturas. Había que ser muy ingenuo para confiar en alguien y a veces costaba hasta creerse a uno mismo.

—Lo siento, ya sabes que se me calienta la boca —se disculpó

Tiridates al verla abatida por sus palabras. Estaba pagando su enfado con la única amiga que tenía.

—Sé que no lo piensas de verdad –lo disculpó Martina. Tenía los ojos rojizos y le temblaban como si bailaran al son de las llamas. A veces Tiridates le daba miedo. Cuando se encolerizaba veía en él un odio salvaje que clamaba una venganza despiadada. Y no sabía hacia quién: si hacia Cleo, hacia el Imperio, hacia sí mismo, hacia ella o hacia todo bicho viviente.

Tiridates se levantó, cogió una peluca de crines teñida de rubio platino y volvió a sentarse junto al fuego. Empezó a peinarla con rabia, arrancándole el pelo a mechones.

—¿Tienes ya preparado tu próximo espectáculo? –le preguntó Martina, viendo una oportunidad para desviar la conversación hacia un tema más agradable—. ¿Cuándo será, el jueves?

—¿Espectáculo? Qué buena eres, Martina. Sólo tú puedes llamarlo así. ¡ESPECTÁCULO! —exclamó Tiridates sombrío, arrojando la peluca al fuego.

Martina intentó salvarla en balde. Volutas de ceniza rubia comenzaron a revolotear por el hueco de la chimenea.

—¿Te he contado alguna vez cómo terminé aquí? —Tiridates respiró hondo, tragó saliva e hizo un esfuerzo para no llorar ante el rapto nostálgico que le sobrevino. Su prominente nuez bailaba bajo la fina piel de su largo cuello como un barco a la deriva. Necesitaba sumergirse en los recuerdos para rescatar los restos de su naufragio. Y ver su pasado en unos ojos ajenos para no perder su identidad. Había tocado fondo—. Recién coronado mi padre como rey de Partia –comenzó el relato sin esperar la respuesta de Martina— fue a Nicomedia a renovar el tratado de paz con el emperador Diocleciano. Era la tradición. Y me llevó con él. —Tiridates forzó una sonrisa—. Imagínate. Nada podía hacerme más feliz que vivir esa aventura. Yo tenía doce años. La noche en que llegamos hubo una función privada de teatro y el emperador nos invitó a acompañarlo. Éramos sus huéspedes de honor aquella noche. Quedé fascinado por el espectáculo. Las mujeres de la corte, rendidas al talento del actor principal, lo miraban con un deseo tan ardiente como nunca había visto a una mujer mirar a un hombre. En aquel momento supe que no quería aspirar a otra cosa en la vida que a convertirme en el más célebre actor del mundo.

»Cuando llegó la hora de partir, le rogué a mi padre que me permitiese quedarme en palacio. Aceptó a regañadientes, pero conseguí su permiso. Pensaba, ingenuo, que el teatro me daría la gloria, que sería aclamado allá donde fuera, que los ricos me pagarían

inmensas fortunas por sesiones privadas en sus palacios, que las más bellas cortesanas se rifarían mi presencia entre sus sábanas… —al mentar a las mujeres se le quebró la voz—. ¡Estúpido de mí! Pero, ¿cómo podía saber que aquel espectáculo que vi era sólo una ilusión, una estrella fugaz en mitad de un cielo frío e inamovible, una cristalina gota de agua en un océano de sangre? Sí, sólo fue una ilusión acrecentada por la febril imaginación de un niño hambriento de fama. No sabía que en realidad hacía tiempo que el mundo había perdido la capacidad de emocionarse con la belleza, que el gusto por el drama y la comedia inteligentes había degenerado en vulgar zafiedad para bestias crueles e ignorantes.

»Sí, estúpido de mí. Me quedé para ser un actor de renombre y me han condenado a hacer soeces pantomimas. Y para colmo de males se me niega la única cosa positiva que hay en estos espectáculos –se quejó con amargura—. Porque en estas payasadas se acostumbra a contratar a mujeres de vida alegre para hacer los coros y así regocijar la vista de los depravados. Y digo que es lo único positivo no de cara al espectáculo, que es grotesco, sino porque al menos los actores, cuando finalizan la función, pueden consolarse con ellas de la mala vida que llevan. Pero como este palacio está infestado de cristianos y a esos tontos les ofende más ver dos tetas que dos crucificados, tengo que salir a escena solo y al terminar no tengo más consuelo que una botella de vino aguado.

Se hizo un largo y tenso silencio. Tiridates amagaba una y otra vez con proseguir su relato, la nuez acompasada con sus labios temblorosos.

—Yo tenía todas las cualidades para ser un gran actor —prosiguió, recomponiéndose y aclarándose la garganta, recuperando el orgullo—: buena presencia, buena voz, buena memoria y carisma de sobra. ¿Y en qué me he convertido? ¡En el hazmerreír de palacio, en un caricato! ¡En un ridículo caricato del que todos se burlan! Me quedé para rendir a las féminas a mis pies y mírame, me tratan a patadas y me tienen por afeminado. ¿Y sabes de quién es la culpa? ¡De esa furcia de Cleo! Ella me hizo creer que en la corte de su tío mi suerte cambiaría, pero sólo quería burlarse de mí. El cambio no me trajo fortuna sino desgracias. En Nicomedia no se me reconocía, pero al menos se me respetaba. Aquí al augusto Constantino sólo le falta escupirme a la cara cuando se cruza conmigo.

Las lágrimas de rabia ahogaron sus palabras. Martina lo escuchó emocionada. Nunca lo había visto vaciarse de esa manera, reventar en mil pedazos y hacerse añicos. Y ella, impotente, no podía hacer nada para ayudarlo. Sólo callar y asentir a la fábula. Porque ella sabía perfectamente que la mitad del relato era falso. Sus mentiras eran la

prueba palpable de su quebradiza naturaleza. En realidad su padre ni lo había llevado ni lo había dejado en Nicomedia por amor paternal sino como moneda de cambio, pero Martina le concedía el derecho a tergiversar una verdad tan dolorosa. No, no era cierto que se hubiera quedado de buen grado en Nicomedia para alcanzar su sueño de actor, despertado súbitamente en aquella velada que había relatado. Se quedó porque su padre lo abandonó allí como rehén de Diocleciano. Y tampoco era cierto que en la corte de Nicomedia se lo hubiera respetado, pues fue allí cuando su llanto desconsolado de niño al ver partir a su padre principió su fama de afeminado y comenzaron las burlas a su persona, que nunca dejaron de arreciar contra él. Si se trasladó a Tréveris no fue por recomendación de Cleo, sino para evitar un suicido deshonroso. Roma no toleraba a los pusilánimes. En cuanto a sus cualidades de actor… Bueno, era agraciado de rostro, pero esbelto y frágil como un junco. Los actores a los que Tiridates eludía como referentes le doblaban las espaldas y se habrían desenvuelto con la misma soltura en un combate de gladiadores que en un escenario. Y su voz, tan importante para seducir, tampoco era grave y profunda, sino más bien atiplada, agravada por un acento sibilante que le dificultaba la declamación. Y en cuanto al carisma natural del que presumía… "*¡Qué cosa más odiosa y embustera es el ego!*", pensó con tristeza Martina.

En la compasión que sentía hacia él se mezclaban los remordimientos. Ella había contribuido en gran medida a crear la imagen que se tenía en palacio de Tiridates, mostrando en público el mismo desprecio hacia él que los demás. Nadie podía imaginar qué distintos eran ambos en la intimidad, al resguardo de miradas burlonas y delatoras. Sobre todo delatoras. La actitud hiriente y el escarnio a que Martina lo sometía en público aludiendo a su dudosa virilidad y a sus aficiones teatrales desaparecían cuando estaban a solas. No eran una pareja al uso, eso era obvio. No se profesaban un amor convencional. Pero había entre ellos algo que suele faltar en las demás parejas: el respeto honesto y la admiración. Habían aprendido a apreciarse en su justa valía, sin esperar ningún imposible el uno del otro para no dar pie a la decepción.

En palacio daban por sentado que Tiridates era afeminado y que su relación con Martina era una impostura, una torpe tapadera para desviar la atención de sus verdaderas inclinaciones. Incluso pocos le atribuían el buen juicio de ser consciente de su propia naturaleza. A tal punto lo tomaban por necio. No sospechaban, ni de lejos, la ingeniosa trama que habían urdido los dos jóvenes para inclinarlos a creer lo que querían que creyesen. "*Por eso se la buscó promiscua* —decía la voz común—, *para no tenerla nunca insatisfecha y malhumorada. El trabajo sucio se lo deja a los profesionales*". Los

profesionales a los que aludían estas chuscas afrentas eran los soldados, de los que Martina se servía a pares, siguiendo el ejemplo de su dueña. Era la voz de la ignorancia, tan dada a dar por cierta la voz común por la única razón de ser la mayoritaria. Y aquí el papel de Martina fue clave para consolidar esta creencia, pues siendo la suya la única voz autorizada para hablar sobre los gustos y habilidades del histrión, los confundió a todos con sus chanzas. La diferencia era que los demás propagaban la mentira por maldad e ignorancia mientras que ella lo hacía por estrategia. Su verdadera opinión sobre las apetencias y habilidades sexuales de Tiridates era muy distinta de la confesada. La verdadera distaba años luz de la difundida. A diferencia de los soldados, brutos, fanfarrones y malolientes, que la montaban como perros en celo, sin tacto y con el aguante de renacuajos, Tiridates conocía las zonas erógenas de su anatomía y dominaba un arte amatorio capaz de transportarla a las regiones estelares.

Sí, sólo ella conocía al verdadero Tiridates. Para los demás era un payaso afeminado que le había jurado en público amor eterno y se había convertido en el hazmerreír de palacio. No sospechaban que era un teatro perfectamente orquestado, la obra maestra del histrión. Necesidad obliga y habían sido inteligentes uniendo sus fuerzas para capear sus trágicas vidas al menor coste posible. En esta obra que representaban ella había sabido granjearse mala fama de promiscua que, para gozo de los morbosos, lastimaba cruelmente el honor del desgraciado, pues al airear éste su relación en público aumentaba el regodeo de la supuesta cornamenta. Para humillarlo ante todos, ella acostumbraba a hacerlo esperar en la puerta de su alcoba mientras se gozaba a media cohorte palatina. Y lejos de repudiarla, a tal punto parecía haber llegado el amor enfermizo de Tiridates que pegaba la oreja a la puerta para escucharla gozar, gozando a su vez él del goce de la parienta. Cuanto más agudos y salvajes eran los gritos de placer que le procuraban a Martina sus amantes más se encendía él en amor y más intensos eran los versos que le componía, acrecentando así su fama de tonto con mayúsculas.

¡Qué gran decepción y qué entretenimiento arruinado si hubieran descubierto la verdad! Porque el amor nunca entró en sus corazones. Lo que los unía era el afecto nacido del infortunio común. El sexo que tenían era una catarsis para conjurar sus desdichadas vidas. Algo físico, sin más. El amor loco que él proclamaba en público hacia ella era un juego destinado a evitarles disgustos mayores. A él para que su afeminamiento pasara por arte, sin devenir en ultraje, y a la descarada para que ningún amante la atosigara más de la cuenta al creerla comprometida. "*En este engaño tú llevas la mejor parte*", protestaba siempre Tiridates. "*Ha sido cuestión de suerte* —le respondía ella—. *Si en lugar de en un palacio viviéramos en un burdel, tú serías el afortunado*

y yo la furcia". "*Entonces sólo cambiaría mi suerte, porque tu vida seguiría siendo la misma*", le replicaba Tiridates con mordacidad.

Si Tiridates tragaba con esta farsa, que tanto hería su amor propio, era por el miedo que tenía a que un día su pueblo, los partos, lo reclamaran como heredero legítimo. Y era en verdad un miedo justificado, pues estos reyes reclamados a Roma eran pronto despreciados como extranjeros, por muy reales que fuesen sus sangres o nobles sus intenciones. Sus pueblos natales los reclamaban por odio a lo presente, no por amor a sus prendas personales. Los utilizaban para despachar al déspota de turno y, tan pronto finiquitaban a éste, les cobraban ojeriza por peleles y no tardaban en estallar las revueltas que invariablemente terminaban con la cabeza del legítimo clavada en la picota. No era pues de extrañar que Tiridates no se hubiera preocupado lo más mínimo en formarse como rey, ni en el arte de la guerra ni en el de la política. Su única afición conocida era el teatro y a él consagraba su talento. Tampoco Constantino se había preocupado por enderezarlo. Lo daba, como el resto, por un caso perdido. Sólo Martina sabía a ciencia cierta que era tan poco afeminado como tonto. Su estrategia consistía en no crearse enemigos en Roma ni amigos en Partia. Por ello declinaba con tesón el arte militar y la retórica, que *ipso facto* le habrían valido la desconfianza de Roma y la esperanza de los suyos, dos hechos que irremisiblemente le costarían la cabeza. Pasar por tonto, afeminado y cornudo era obligado para conservar la vida. Llegado el caso, ni Constantino ni cualquier otro príncipe romano se atrevería a proponerlo a los partos. Si en lugar de enviarles a un rey hecho y derecho, les enviasen a un histrión, el chasco provocaría un conflicto.

El problema era que Tiridates se estaba cansando del papel que le había tocado en la tragicomedia. Llevaba tiempo anunciándolo.

—Quizá el problema es que no he sido buen actor —proclamó de repente, amenazando a las llamas, a las que atizaba con tesón. Se había enjugado las lágrimas y recuperado su semblante más severo.

Martina lo miró con preocupación. Sus ojos destellaban un brillo infernal.

—Quizá sea hora de llevar a mi personaje al extremo y llegar hasta el fondo –dijo con voz enigmática.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Martina, sin estar segura de que fuera buena idea darle pábulo.

—Con el cuerpo todavía caliente del difunto emperador Vespasiano, famoso por su tacañería, un actor decidió divertir a los que lo velaban fingiendo ser el cadáver del emperador. Se levantó del féretro y preguntó a uno de los sepultureros: *¿Cuánto cuesta este*

transporte? Diez millones de sestercios —le respondió el que estaba al mando—. *Bueno, dadme cien mil* —respondió el cadáver— *y tiradme al Tíber*.

—Si le gastas una broma parecida al augusto Constantino serás tú quien acabe en el río –lo advirtió Martina, sin entender el viraje de la conversación. Sabía que su amigo tenía sus prontos, pero no era tan estúpido como para buscarse la ruina en el fondo de una fosa común.

—Ni se me ocurriría –la tranquilizó Tiridates—. Nuestro augusto tendrá muchas cualidades, pero el sentido del humor no es su fuerte. Y si aquel actor no acabó en el Tíber fue porque a Tito le hizo gracia. Ésta es la lección. A lo mejor no es tan importante hacer un buen papel, sino hacerlo para quien sepa apreciarlo; hacerlo para quien le guste el personaje y sepa favorecernos por ello.

—No entiendo dónde quieres ir a parar…

—No es necesario que lo entiendas —sentenció Tiridates con los ojos echando chispas—. No es necesario que lo entiendas —repitió con ojos vidriosos, tornasolados de odio, con la sonrisa de un loco que lo ha apostado todo a un solo envite en una apuesta suicida.

El Sagrado Consistorio

Palacio de Tréveris

Dos días después de la llegada del prisionero, a medianoche, cinco hombres caminaban apresurados hacia los aposentos privados del augusto.

El grupo lo encabezaba el copero de Constantino, un eunuco mudo sin nombre ni patria, bajo, recio, de piel azabache y mirada sin horizontes, vestido con la túnica verde característica de los eunucos que conformaban el séquito más privado del augusto. La antipatía general que despertaba, junto a su obediencia ciega, le habían ganado la estima de Constantino, convirtiéndose en uno de sus intocables. Debido a su oficio conocía al dedillo el laberíntico camino para llegar hasta los aposentos privados del augusto empleando el menor tiempo posible. No en vano, le iba la vida en ello. A una orden de Constantino debía volar a las bodegas y adivinar el vino que aquel día casara con el estado de ánimo de su dueño, pues de lo contrario, fuera que no acertase con el zumo o que regresase demasiado tarde, con la sed apagada en el augusto, corría el riesgo de terminar con la frasca estampada en la cabeza. O peor aún: con un nudo de esparto de corbata.

Sus zancadas eran largas y regulares y ni una sola vez se molestó en mirar hacia atrás para ver si lo seguían. Lo daba por hecho, pues no lo seguían a él sino a la voluntad del que mandaba sobre todos ellos y al que ninguno se atrevería a desobedecer. El que tuviera las piernas más cortas que corriera.

La reducida comitiva que seguía al copero, compuesta por los cuatro miembros del Sagrado Consistorio, iba en silencio, mirada al frente, con paso firme y resuelto, sin protestar por las prisas. Ni por las horas, que ya era noche cerrada y a más de uno lo había sacado de la cama.

Encabezaba el grupo el comandante. Aunque repuesto de la noche en vela que pasó junto a Marcial esperando al misterioso prisionero,

seguía vestido con la misma ropa; le seguía un hombre de edad avanzada, enjuto y encorvado, de prominente nariz aguileña y ojos sagaces y rastreros. Vestía una toga blanca de magnífica factura atravesada por una estrecha banda púrpura que delataba el orden ecuestre al que pertenecía. El gorro, la toga y el cinturón con hebilla circular eran los mismos que los de un oficial, pero la franja púrpura y la ausencia de la vaina de la espada suspendida de la hebilla anunciaban su pertenencia al estamento civil; el tercer hombre era bajo y regordete, de unos cincuenta y tantos años, de cara ancha y nariz chata. Tenía el pelo crespo y tintado, todavía abundante, y los ojos ávidos y codiciosos hundidos en sus órbitas, oscuros como fieras agazapadas. Vestía estrafalariamente, con una toga azulada finamente bordada con hilos de oro, garabateada con pequeñas gemas de múltiples colores y ribeteada con arabescos en plata. Todo en él denunciaba, desde sus modales hasta su vestimenta, el gran desequilibrio habido en su persona entre la abundancia y un raquítico refinamiento espiritual; el cuarto y último, que cerraba el grupo, era un hombre corpulento, alto y ancho de espaldas, de cara larga, equina, y pobladas cejas. Vestía una simple túnica blanca, lisa, impoluta, sin adornos, pero de magnífica factura. En su gesto se delataba una preocupación extrema, que se exacerbaba ante la vista de la heterogénea y pagana mezcla estética que Constantino había impuesto en palacio, donde se conjugaba sin orden ni concierto un variopinto estilo a caballo entre la sobriedad clásica mediterránea y la suntuosidad oriental, mezclándose al libre albedrío bucólicos mosaicos con coloridos tapices de rara sensualidad y objetos de exquisita sencillez con artilugios de toda índole donde la fantasía primaba sobre la armonía y la utilidad. Llevaba el ceño fruncido y emitía de tanto en tanto gruñidos guturales ante la vista de las innumerables estatuas, efigies, mosaicos y pinturas idólatras con que se tropezaba a cada paso.

A la altura de una representación de Venus estornudó sin querer, y el comandante aprovechó la excusa para descargar sus propios nervios.

—¡Júpiter os bendiga! —atronó el comandante girando la cabeza y dirigiéndole una mirada entre mordaz y asesina, a la que acompañaron las risas indisimuladas del resto de la comitiva, con exclusión del copero.

El hombre de la túnica impoluta contuvo la respiración y no entró al trapo, devolviéndole al comandante una sonrisa despectiva. Nadie pudo saber si maldijo en voz baja o no la provocación, porque no alzó la voz y disimuló muy bien la ofensa recibida. "*Ay, Tertuliano, cuántos disgustos nos das*", debió de lamentarse en su fuero interno. Era

consciente de la burla y la mala intención del comandante. Pero no era el momento oportuno para polemizar con él. La expresión "*Júpiter os bendiga*", que entre paganos era una fórmula de cortesía, se convertía en una ofensa cuando el destinatario era un cristiano. La causa era que Tertuliano, uno de los adalides del cristianismo, había aconsejado que cuando un pagano empleara tal expresión delante de un cristiano, éste manifestara su desaprobación ante la impía advocación protestando contra la divinidad de Júpiter, y ello, inevitablemente, había desembocado en que desde entonces ningún pagano la dijera inocentemente ante la presencia de un cristiano. O se la callaba para no herir sus sentimientos o la decía buscando precisamente lo contrario.

Aunque es probable que en aquel momento al hombre de la túnica impoluta no pudiera ofenderlo ninguna blasfemia. Su ánimo estaba embargado por un desagradable sentimiento donde se acrisolaban en infernal asadura el miedo, la angustia y la esperanza. Era el que mejor conocía el motivo de la emergencia por el que habían sido convocados.

Al llegar a la segunda planta, tras subir por una majestuosa escalera de mármol, giraron a la izquierda, encarando una inmensa galería que atravesaba gigantescas estancias ricamente decoradas, flanqueadas por broncíneos bustos que tomaban por modelo el genio griego. En cada sala había encendidas cuatro inmensas lámparas de hierro fundido que iluminaban las esquinas y a los guardias armados que vigilaban cada puerta y ventana y cada metro cuadrado del palacio.

De repente, al girar en el pasillo, los sobrecogió un inmenso resplandor que provenía del fondo de una galería, como si el sol se hubiera manifestado de repente desafiando las leyes de la física. Se acababan de encender dos enormes antorchas de oro de tres metros de fuego cada una, apoyadas sobre unos pies labrados a modo de patas de águila, con sus correspondientes garras equilibrando semejantes moles. Al lado de las antorchas, custodiándolas, y en proporción con ellas, había dos hercúleos eunucos de aspecto fiero apoyados sobre monstruosas espadas de hierro bruñido. Cada uno de ellos sobrepasaba los dos metros de altura y por toda vestimenta llevaban unos pantalones de lino negros acampanados. Tenían los pechos anchos como bueyes y las espaldas como yunques a lo ancho. Sus musculaturas eran coraza suficiente para amedrentar hasta al más afamado gladiador.

Al escuchar cerca los pasos de la comitiva, los gigantes habían encendido las antorchas. Constantino era un maestro en el arte de la escenografía. Sabía cómo impresionar a sus hombres y disponer a su gusto el estado de ánimo de quien se le acercaba. Y normalmente le

gustaba que al respeto que exigía su persona lo acompañara cierta dosis de incertidumbre y miedo.

Flanqueada por los gigantes había dos recias puertas de madera de cedro tachonadas con clavos de oro. Cuando la comitiva estuvo a menos de veinte pasos, los gigantes las empujaron al unísono y éstas cedieron a su empuje, gracias a un ingenioso mecanismo, con una suavidad y un silencio inesperados, como si estuviesen abriendo dos hojas de papel en lugar de dos moles de madera que amenazaban con hacer temblar el palacio cada vez que se movieran.

Una vez más, las apariencias engañaban.

El copero se detuvo en la entrada y se hizo a un lado. A él no le correspondía entrar con ellos.

Al otro lado de las puertas había otros dos gigantes, de envergadura y apariencia pareja a los de fuera. Al pasar la comitiva cerraron las puertas por dentro, atrancándolas con una barra de hierro de más de diez centímetros de diámetro y unos tres metros de longitud.

La estancia estaba en semipenumbra, tenuemente iluminada por pequeños candelabros colgados de las paredes a trechos irregulares. Eran tan pequeños en relación con la inmensa sala que parecían luciérnagas en un prado recién segado.

Al fondo de la sala, tapizada con sangrientas escenas de guerra, Constantino los esperaba sobre un estrado de mármol, sentado en un trono dorado labrado con filigranas. A ambos extremos de la pared del fondo se abrían dos puertas: una conducía a su dormitorio y la otra a su despacho privado. Eran sus aposentos reales, suelo sagrado.

Junto al trono había un obelisco de mármol rosáceo, al extremo del cual pendía una rosa roja. A ninguno de los hombres del Sagrado Consistorio le pasó por alto este detalle. La rosa roja significaba que era una reunión de alto secreto. Todo lo que se dijera y escuchara bajo la rosa debía quedar entre aquellas cuatro paredes. Si alguno se fuera de la lengua lo pagaría con su vida. Pero antes, para agradecerle la deslealtad, sufriría el peor suplicio imaginable.

A los pies del estrado había cinco sillas alineadas mirando en la misma dirección que el trono, pero a la mitad de altura. Los hombres de la comitiva, que sabían contar, fruncieron el ceño. Constantino había añadido un elemento más a su incertidumbre, aumentando sus cábalas: ¿quién narices ocuparía la quinta silla? Ellos, los presentes, eran los cuatro miembros del Sagrado Consistorio.

Enfrentando al resto, a unos diez pasos, solitaria, había otra silla. Era fácil deducir que era la reservada al prisionero.

Los miembros del Sagrado Consistorio, tras doblar la rodilla ante el

augusto a modo de saludo, se sentaron en silencio en sus respectivas sillas. Los ceños fruncidos y los labios apretados delataban la crispación del ambiente.

El comandante refunfuñó un rato en sordina. Detestaba hacer aquel odioso gesto de doblar la rodilla que Constantino había introducido en su corte. Ese tipo de novedades importadas de las satrapías orientales le ponían la carne de gallina. Y para su desgracia, Constantino parecía muy aficionado a ellas. Demasiado, según su gusto y su sentido común.

Cuando el silencio fue absoluto, Constantino dio una palmada tan fuerte que se les puso el corazón en la garganta. Fue entonces cuando se percataron de que había otro hombre en la sala. Era Amelius, el superintendente del Dormitorio Sagrado. Él era el quinto hombre. Había permanecido todo el tiempo apoyado en la pared, en la distancia media entre dos candelabros, oculto en la sombra como un espía, rígido como una efigie, atento como un búho… Hasta que Constantino lo resucitó.

A ninguno pareció hacerle gracia su presencia. Y menos que a nadie al comandante, quien lo miró sin disimular la ojeriza que le había cogido desde hacía dos noches. Se la guardaba desde el encontronazo en el pasillo de la celda secreta, donde su altiva actitud lo había avergonzado delante de Marcial.

El eunuco, muy ceremonioso, se dirigió hacia una lámpara de aceite con forma de cervatillo. Una irónica curvatura en sus finos labios delataba el goce que sentía al ver tan sorprendidos y asqueados a los demás por su presencia.

El prefecto de finanzas y banquero personal de Constantino, el estrafalario Sempronio, pensó que iba a apagarla para crear un ambiente todavía más lúgubre y sobrecoger así de forma más efectiva al prisionero. "*Muy adecuado*", pensó con macabro regodeo.

Sin embargo, en lugar de apagarla, Amelius la agarró por los cuernos con suavidad y tiró hacia abajo. El cervatillo cobró vida por un instante. Al moverse, un trozo de pared de desplazó lateralmente, descubriendo un pasadizo secreto. Desde donde estaban sentados se veían los primeros peldaños de una escalera de piedra.

"*Ya me parecía raro que sólo se pudiera llegar a la celda atravesando la cocina, con lo delicado que es para los olores*", pensó para sí el comandante, cuyo rencor hacia el eunuco aumentaba notablemente por el protagonismo que estaba adquiriendo en la escena.

El pretor Cayo Publio, el implacable brazo de la ley, sonrió con los ojos como platos ante el ingenioso invento. Sólo le faltó aplaudir. Tenía razones para estarle agradecido al augusto y alabar cada una de

sus ocurrencias. Hacía poco que Constantino lo había ascendido al rango consular. Era cierto que tenía a sus espaldas una dilatada carrera en el orden ecuestre, pero todos sabían que para entrar en el selecto grupo de los *clarissimi* hacía falta algo más que una carrera impecable. Para alguien como Cayo Publio el precio exigido por Constantino era una bagatela: una lealtad incuestionable a sus designios, sin miramientos éticos ni legales. ¡Como si hubiera otra forma de hacer carrera en el Imperio!

El último de ellos, el de la túnica blanca impoluta, no reaccionó ante el truco de magia. Estaba en el secreto. Era, de entre todos ellos, y con diferencia, el que estaba más nervioso. El único al que parecía que le fuera la vida en juego. Se trataba del obispo Osio.

El discípulo rebelde

Roma

—¡Dame eso, maldito bastardo, te voy a enseñar yo a comportarte!

Las imprecaciones, cavernosas e iracundas, retumbaban por toda la iglesia. El ruido metálico de una copa al estrellarse contra el suelo silenció por unos segundos la voz bronca e inclemente del que gritaba.

—¡Maldito seas! —retumbó de nuevo con la fuerza de mil truenos —. ¡Eso que has derramado es la sangre de nuestro Señor, borracho asqueroso!

Un muchacho de unos dieciséis años salió corriendo de la sacristía con las manos en la nuca para protegerse la cabeza del impacto de algún objeto contundente. Era corpulento para su edad, de extremidades fuertes, con la mandíbula cuadrada y unos enormes e irreverentes ojos negros almendrados. Tenía todas las trazas de un buscavidas.

Una vez fuera, librado del peligro, estalló en una carcajada. Se sentó en una silla de la nave principal y comenzó a hurgarse las uñas de los pies, sin mostrar ningún respeto hacia el lugar en el que estaba.

—¿Qué has hecho ahora?

La voz reprensora provenía del altar. Quien le preguntaba, resignado, era Paulo, el subdiácono, un hombre de veinticinco años, moreno, agraciado y de mirada cristalina. Las malas lenguas, envidiosas, decían que era el nuevo san Pablo porque conseguía llenar la iglesia con su boquita. Sus detractores enfatizaban, con mucha malicia, lo de su "*boquita*" —nada de su pico de oro ni su oratoria—, pues decían que con ella encandilaba a las jóvenes feligresas y a las viudas todavía en estado de merecer.

—El viejo cascarrabias éste, que está siempre de mala leche — respondió enfurruñado Lucio, el muchacho con aspecto de buscavidas. Su acento delataba que su lengua materna no era el latín. Aunque lo habían intentado, nadie había conseguido sonsacarle su ascendencia,

lo que acrecía las sospechas de que lo ocultaba por vergüenza o por temor a que lo denunciaran. Protegía su pasado con un celo que daba lugar a las más disparatadas conjeturas. Todas, por supuesto, apuntaban a una vida de delincuente. A él no parecía importarle. Nunca se molestaba en desmentirlas. Incluso le daban un aura de peligrosidad que le convenía.

Paulo había hecho algunos intentos para averiguar su procedencia, pero siempre se había topado con un muro de silencio. Por la parte del muchacho y por la de Silvestre, el diácono, que era quien lo había llevado a la iglesia y lo protegía de las calumnias.

Lucio dominaba el griego y jamás hablaba en su lengua materna, lo que hacía imposible averiguar su patria, siendo el griego el idioma común en la mayor parte del Imperio. Podía ser de casi cualquier parte menos de Italia. El único punto de acuerdo entre las muchas y variadas conjeturas era que probablemente sería hijo ilegítimo de algún soldado con alguna provinciana. Por algo el ejército era considerado la gran fábrica de ciudadanos romanos.

Algunos feligreses pudientes, bien educados, dominaban el griego, pero el diácono Silvestre había prohibido que se le hablara en ese idioma. Le tenía reservado un futuro en la Iglesia y quería que se esforzara en aprender latín, idioma que poco a poco comenzaba a despuntar en las homilías más progres y que si los cálculos de Silvestre no erraban acabaría imponiéndose como el idioma universal de la Iglesia. Así que viviendo en Roma y sin nadie conocido con quien hablar en griego ni en su idioma natal, fuera cual fuese, no le quedaba otra que esforzarse en aprenderlo. Y en verdad lo aprendía rápido, porque el muchacho tenía aptitudes. Pero también un carácter fuerte y rebelde, así que lo aprendía a trompicones, según los caprichos de su voluntad, que solía ser veleidosa y cizañera. Cuando algunos osados se atrevían a burlarse de su latín, él les contestaba que para “hincarla” sobraban palabras, y se desquitaba arremetiendo contra ellos, tildándolos de idiotas por tragarse las misas en griego sin entender ni papa. Les callaba así la boca con toda la razón del mundo, pues aunque empezaba a ponerse de moda latinizar las misas, en la mayoría de las iglesias todavía se celebraban en griego y la mayoría de los feligreses romanos, de origen humilde, no entendía el idioma de Platón, que les zumbaba en los oídos como a los borricos los versos de Homero.

Lucio se quedó muy serio mirando el tosco crucifijo de madera que adornaba la pared. Eran tiempos de cambio y, así como se iba latinizando el lenguaje eclesiástico y se iban depurando los textos sagrados, también se renovaba la iconografía y la cruz empezaba a sustituir al pez como símbolo supremo.

—¿Tú te crees de verdad todas esas pamplinas que cuentan sobre él? —le preguntó a Paulo, el subdiácono, con ganas de discutir, señalando con ojos displicentes la cruz—. Si ese Cristo fuera medio dios habría sido él quien los crucificara a ellos, ¿no te parece? ¡Vaya dios de pacotilla!

Viendo que Paulo no entraba al trapo, Lucio se levantó, se acercó al altar y se dejó caer sobre una silla baja que había apoyada contra la pared. Después miró con provocativo desdén la iglesia, dando a entender que aquella edificación no podía corresponder a un verdadero dios sino a un farsante. En las demás religiones que él conocía los dioses eran adorados en majestuosos templos.

La iglesia se había construido remodelando un pequeño palacete que les había dejado en herencia una viuda. Otra alma caritativa había pagado las reformas. El diácono Silvestre siempre había mostrado una especial habilidad para persuadir y predisponer las almas en favor de sus designios.

Aunque era una iglesia humilde, se había construido sin complejos. Lo cual tenía mérito, porque tras las persecuciones y consiguientes pesquisas de los bienes de las iglesias durante la Tetrarquía, ni siquiera el obispo romano, Melquíades, se había atrevido a reconstruir la suya propia por miedo a nuevas represalias. La persecución de Maximiano había hecho mella en el ánimo de los cristianos, pero Silvestre no tenía miedo. Y era ambicioso. De los siete diáconos de Roma, era el más reputado, hasta el punto de que su iglesia era más populosa que la del propio obispo y se daba por hecho que lo sucedería en breve como jefe de la iglesia romana. Estas habladurías hacían hervir la sangre a los cuarenta y siete presbíteros romanos que se consideraban los legítimos postulantes al trono de Pedro, incluido el propio de la iglesia de Silvestre, quien había intentado descalabrar hacia sólo un momento a Lucio. Sin embargo los presbíteros tenían que agachar las orejas y bufar a escondidas, porque hacía tiempo que las elecciones episcopales no las decidía la inspiración divina.

La iglesia tenía una nave rectangular de techo liso, muy alto en la parte central, donde originariamente estaba el patio, que se habían limitado a techar y al que habían añadido el salón principal que quedaba al fondo tirando el tabique y las columnas del peristilo, uniéndolos en un solo espacio capaz de albergar a más de cien personas. A los flancos habían dejado las columnas y respetado los espacios, limitándose a cambiar la función de las estancias. Una de ellas se había convertido en el despacho de Silvestre; otra en un cuarto trastero donde se guardaban tanto las cosas de misa como las de limpieza; la sala de visitas la habían transformado en un lugar de reunión y habían unido la cocina con los dos dormitorios que había en

la planta baja para ampliarla y que sirviera de refectorio. En uno de los laterales se había aprovechado el nicho que albergaba al dios tutelar de los antiguos propietarios del palacio para usarlo de baptisterio, colocando una pila bautismal de porfirio, donación generosa de otra alma caritativa.

En la parte de arriba, a la que se accedía por una ancha escalera de mármol rosáceo —vestigio que quedaba del antiguo palacete— habían tirado casi todos los tabiques para convertirlo en un hospicio. Como era imposible recogerse en la iglesia a rezar si alborotaban arriba, se habían establecido unas severas normas de convivencia para no perturbar la paz de Cristo. Durante el día, a menos que estuvieran enfermos, en cuyo caso se les permitía quedarse, a los huérfanos se los echaba a la calle hasta la hora de la cena para que aquello no pareciese una verdulería con el trasiego de gente y el jaleo que armaban los polluelos.

El altar, que se encontraba al fondo de la nave principal, era un sencillo cubículo elevado sobre tablones y presidido por una gran cruz de madera colgada a media altura de la pared del fondo. En el centro había una lujosa mesa de cedro —reciclada del antiguo palacete— sobre la que reposaban un candelabro de siete fuegos, dos jarras de bronce y un cesto con panecillos que Paulo estaba rellenando en aquel momento. En los tabiques laterales había algo de pintura, aunque el artista encargado del trabajo no había sido muy diestro ni había usado pigmentos de buena calidad, por lo que sólo alguien muy versado en los textos sagrados y con mucha imaginación podía adivinar que representaban escenas de la Pasión y del arca de Noé.

Lucio miraba la iglesia con desprecio, sin ninguna veneración. No entendía por qué maldita conjunción de astros había acabado él allí, reclamado por aquel diácono extranjero al que no acertaba a adjudicar ningún legítimo derecho sobre él. Todo sucedió de repente, sin lógica y de sorpresa. Un día llegó la carta de Silvestre requiriendo su presencia en Roma y al día siguiente estaba haciendo el equipaje, sin mediar entretanto una sola explicación convincente del caso. Porque su madre no supo explicarle qué relación tenía aquel cristiano con ellos. Se limitó a jurarle, ante su insistencia, que el diácono no era su padre, fruto de un desliz de juventud, ni les unía a él ningún parentesco. Aquello lo confundió todavía más, porque no se le había perdido nada en Roma ni abrazaba la fe del cristiano. No tenía ningún sentido que un desconocido al que supuestamente no lo unía ningún lazo de sangre ni de fe y que vivía tan lejos de su tierra natal lo reclamase como su pupilo. ¡¿Se habían vuelto locos?! Pero su madre insistió en que debía obedecer y que algún día lo entendería todo. Lucio hubiera preferido mil veces antes ser tutelado por un soldado o

un marinero. En verdad por cualquiera antes que por un diácono que seguramente lo obligaría a escuchar todo el día majaderías sobre el tal Cristo al que adoraban los cristianos y que decían que hacía milagros menos creíbles que los cuentos de viejas. Si no se negó en rotundo a obedecer la voluntad de su madre no fue por un prurito filial sino porque estaba cansado de la vida que llevaba junto a ella en el pequeño pueblo costero donde vivían, sin más alicientes que cazar gaviotas. La idea de viajar a Roma no le disgustó. Claro que la vida de aventuras que se representó en su imaginación distaba mucho de la vida que le ofrecía Silvestre.

—No me has respondido —insistió Lucio, con ganas de provocar a Paulo—. ¿De verdad te crees que hacía milagros y que lo parió una virgen?

Paulo arqueó las cejas y lo miró con indulgencia. Había aprendido a hacer caso omiso de sus provocaciones y nunca le seguía el juego. Él no era el presbítero, con él sus provocaciones caían en saco roto.

—Si tus padres no hubieran muerto siendo tú todavía un crío de teta… —insistió Lucio, esta vez con cierto aire sombrío y filosófico que sorprendió a Paulo—. Imagínate que tus padres hubieran sido persas o egipcios, ¿crees que hubieras acabado aquí, venerando a éste en lugar de a Zoroastro o a Isis? —dijo señalando de nuevo con la vista el crucifijo.

Paulo no tuvo tiempo de meditar una respuesta. Las bisagras de la puerta exterior, con su característico lamento, anunciaron la llegada de Silvestre. Paulo agradeció la oportuna interrupción del diácono. Eso le libraría de entrar en disquisiciones teológicas con el muchacho.

—¡Qué frío hace, este invierno va a ser de aúpa! —dijo Silvestre sacudiéndose la sobrepelliz de lana gruesa que le cubría hasta las orejas. Tenía el rostro franco, honesto, con una sonrisa fácil y agradable; los ojos, si uno se fijaba bien, eran astutos y ambiciosos, cargados de porvenir—. ¿Por qué no estás ayudando a Paulo a preparar la misa? —amonestó paternalmente a Lucio al verlo repantigado en la silla.

El muchacho se encogió de hombros con indiferencia.

—¡Tu maldito bastardo se ha vuelto a beber el vino de la misa! —rugió, asomando por la sacristía, el presbítero, un anciano de aspecto cruel. Tenía la cuenca de un ojo vacía y terribles cicatrices le desfiguraban el rostro, como si le hubieran planchado la cara con carbones ardiendo.

Silvestre lanzó una mirada reprensora a Lucio, aunque mucho menos severa de la que demandaba la acusación del presbítero.

—Si no muestra respeto, tu bastardo no debería poner las manos

sobre las cosas sagradas —amenazó el presbítero, rojo de cólera—. ¡Sus manazas no están hechas para servir a Dios sino al diablo! —rugió fuera de sí al ver que Lucio se aguantaba a duras penas la risa.

Silvestre se mordió el labio inferior y le lanzó al presbítero una mirada llameante. Le había dicho mil veces que no se refiriese al muchacho como a su bastardo. Cualquiera que los oyese podría interpretarlo mal.

—Está en una edad difícil —lo disculpó con su mejor sonrisa, intentando que hubiera paz.

—¿En una edad difícil? —gruñó el presbítero—. ¡Ya no tiene edad para hacer el imbécil!

Durante estas discusiones, que comenzaban a ser frecuentes, Paulo solía callar y no intervenir en defensa de ninguno de los litigantes. No se atrevía a tomar partido por ninguno de ellos por miedo a violentar su conciencia. En lugar de hablar prefería escuchar y observar. Y observando había notado cómo Silvestre, descuidando a veces la guardia por extenuación, le lanzaba a hurtadillas a Lucio miradas llenas de indignación, condenando en él la maldad a la que el presbítero aludía y que se negaba a condenar en público. Por alguna extraña razón persistía, pese a la oposición creciente entre los feligreses, de entre los cuales el presbítero sólo era la voz más recia, en retenerlo con ellos y prepararlo para ser algún día alguien importante dentro de la comunidad.

—Hay que darle tiempo —volvió a disculparlo Silvestre con humildad, sintiéndose responsable de la mala conducta del muchacho —. Todo esto es nuevo para él. Necesita un periodo de adaptación. No es fácil cambiar todos tus hábitos y costumbres de la noche a la mañana.

—¡Lleva un año con nosotros y va de mal en peor! —rugió el presbítero con los ojos inyectados en sangre—. ¿Y la vida de quién ha sido fácil? —clamó, señalándose con su dedo largo y huesudo el rostro quemado y la cuenca vacía del ojo. Cuando se cabreaba arrugaba adrede el rostro ya de por sí intimidante para amedrentar a su rivales. Su cara era el mejor argumento que tenía para probar el valor de su fe indómita. Aquella era su carta de identidad, la que demostraba que no renegó de su fe mientras otros abjuraban. Él prefirió que el augusto Maximiano le sacara un ojo, le planchara la cara, le quebrara una pierna y lo condenara a las minas antes que traicionar a su Señor—. Lleva ya un año y no aprende nada –protestó, colérico—. Sólo piensa en hacer maldades para divertirse. ¡Lleva el demonio dentro!

Al escuchar la acusación, Silvestre notó cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—Démosle tiempo. Seamos pacientes…

—¡¿Tiempo para qué?! —rugió de nuevo y con redoblada ira el presbítero, a quien hacía tiempo que se le había agotado la paciencia con el díscolo pupilo del diácono—. Pasa más tiempo en los burdeles que aquí. ¡Se cree que nos chupamos el dedo! —gruñó el presbítero mientras se encaminaba cojeando hacia la salida. Estaba fuera de sí, sin freno en la lengua—. Y encima no es sólo que no contribuya, es que roba el dinero de la hucha común para gastárselo en vino y en putas. Ahora mismo lo he sorprendido dándole un trago al vino consagrado. Espérate a que le salgan pelos ahí abajo, que nos va a arruinar.

Lucio estalló en una carcajada. Lo de los pelos en sus partes le hizo mucha gracia. El idiota del presbítero no sabía que hacía tiempo que un matojo negro y espeso le poblaba la entrepierna. Era tan viejo que se había olvidado de cuándo le nacieron a él.

—¡Cristiano es mi nombre, católico mi sobrenombre! —bramó por última vez el anciano antes de salir, lanzando un último dardo a Silvestre y dando un portazo en señal de protesta.

A pesar de su comportamiento, a Paulo el muchacho le caía bien. Estaba convencido de que tenía buen fondo. Aunque reconocía que había verdad en las acusaciones del presbítero: no mostraba ningún interés ni respeto por los asuntos religiosos y se mofaba con desfachatez de la doctrina. Era demasiado arrogante para aceptar imposiciones de credo y demasiado poco agradecido para ser un muerto de hambre al que el diácono había adoptado como pupilo. Paulo se lo podía imaginar perfectamente esgrimiendo una espada o enfrascado en cualquier trifulca callejera, pero le costaba imaginarlo levantando un cáliz, partiendo el pan entre los pobres o predicando la paz. Su propia constitución, de huesos anchos y brazos de herrero, parecía encaminarlo hacia la milicia o el circo. Y sin duda su carácter era más apropiado para repartir mandobles que bendiciones. Era difícil comprender qué le inspiraba a Silvestre una fe tan ciega en él. Hacía un año que estaba con ellos y no se había corregido ni lo más mínimo. Cumplía sus obligaciones mal y a regañadientes y siempre que podía provocaba algún altercado. Al presbítero lo tenía frito y los huérfanos no dejaban de quejarse de sus bromas. Silvestre se agarraba a que pese a sus tropelías, fuera de la iglesia no permitía a ningún pagano arremeter contra ella, defendiéndola a capa y espada. Según él, ésa era la prueba de que el Espíritu Santo estaba guiando sutilmente su corazón hacia el buen camino. Paulo, en cambio, era de otra opinión. Estaba convencido de que aquella actitud no era fruto de una fe oculta en sus entrañas ni de un amor viciado por la misma. Simplemente, el muchacho no era tonto y sabía quién le daba de

comer. Además aprovechaba cualquier excusa para probar sus puños. Ésa era la única razón por la que la defendía con uñas y dientes ante cualquier pagano con tanta vehemencia como la despreciaba cuando se cobijaba en ella.

Duda de fe

Roma

Aquella noche Paulo sufrió su primera crisis. La insinuación de Lucio sobre el valor circunstancial de su fe fustigó sus pensamientos. No dejaba de pensar en aquello de que si lo hubieran criado unos padres persas o egipcios adoraría a un dios distinto. Cuando se fue a la cama no pudo dormir. Sintió mareos y náuseas, sintió que se le fundían los órganos en una masa informe y viscosa, sintió que el mundo temblaba bajo sus pies y que flotaba a la deriva en un mar poblado de dioses extraños. El desasosiego le recorría las venas como lava. Ardía con una fiebre desconocida. Era su primera crisis de fe y no estaba preparado para afrontarla. "*Si los cristianos no se hubieran hecho cargo de mí* —pensó con horror—; *si un comerciante persa o egipcio me hubiera adoptado… ¿Adoraría ahora a su dios?*". Las preguntas que nunca se había atrevido a hacerse le asaltaron todas de golpe, descorazonadoras, como un torrente cruel. ¿Su fe era verdadera? ¿Su vocación era real o no era más que una extensión del agradecimiento hacia los cristianos por haberle salvado la vida? ¿Dios había llegado a él por inspiración divina o por la influencia de Silvestre? Se levantó de la cama y se hincó de rodillas ante el ventanuco, con la mirada alzada hacia el cielo. La luna menguante le perfilaba en el rostro, con su insensible luz, el amargo rictus de la angustia, la agonía del infinito. Cerró los ojos y juntó las manos para rezar. Fue en vano. No lograba concentrarse. Sudaba y temblaba como el niño huérfano que había sido y que quizá, sin saberlo, seguía siendo.

El alba lo encontró arrodillado y con las rodillas despellejadas. Era muy temprano y todavía reinaba el silencio en la iglesia. Paulo lo agradeció, aunque sabía que duraría poco. Aquella paz no tardaría en ser engullida por una loca algarabía: las feligresas comenzarían a trajinar en la cocina para preparar cuencos de leche aguada con miel y enormes bandejas con espesas gachas de avena, tan nutrientes como insípidas; y los huérfanos, arrancados de sus sueños bruscamente,

protestarían con la sinrazón de sus edades. En el mundo real el estómago es tirano y los niños siempre se despiertan hambrientos. Entonces la iglesia se convertiría en una especie de pequeña torre de Babel ruidosa y caótica, donde cada niño ejercería su derecho a protestar o exhibir su alegría y cada adulto juraría en arameo por el descontrol de aquella vida ininteligible.

El milagro mañanero que a Paulo solía causarle tanta alegría, aquella mañana le hubiera resultado insoportable.

Al escuchar el ruido de los pasos en la escalera, Silvestre, que era de sueño ligero, se levantó y fue a ver quién era.

—¿Estás enfermo? —le preguntó al verlo con la capa puesta y la consternación todavía dibujada en el rostro.

La sorpresa de Silvestre estaba justificada, pues Paulo no solía ser el más madrugador. Se había adelantado incluso al presbítero. Claro que éste no contaba, porque nadie creía que tuviera la capacidad de soñar, y entonces, ¿para qué dormir?

—Estoy bien —lo tranquilizó Paulo—. Sólo ha sido una mala noche de insomnio.

Silvestre supo que le mentía. Vio la tristeza en sus ojos. Y la desazón. No necesitaba interrogarlo para adivinar adónde se dirigía. Lo conocía bien. Sólo había una persona en el mundo capaz de sosegarlo cuando su ánimo estaba inquieto, sin importar la causa que lo afligiera.

—¿Vas a verla, verdad? —inquirió conociendo la respuesta de antemano.

—Sí —respondió Paulo, avergonzado pero honesto. Sabía que a Silvestre no le hacía gracia que la visitara. Y además era domingo, día de comunión, el más importante de la semana.

—Está bien, tómate el día libre si lo necesitas –aprobó Silvestre. Sabía cuándo tenía que dar su brazo a torcer. No podía prohibírselo. Retenerlo contra su voluntad no serviría de nada. Y visto su aspecto y su urgencia por escapar no tenía tiempo para persuadirlo de que cambiara de opinión. Cuando Paulo estaba mal necesitaba verla. Siempre había sido así y siempre sería así, mal que le pesara. Sólo Marcela tenía el poder de calmar sus demonios.

A Paulo no le pasó desapercibido que en la voz del diácono había más resignación que beneplácito. La abierta hostilidad que se profesaban las dos personas a las que más quería y admiraba en el mundo era una fuente constante de zozobra para él.

La iglesia de Marcela estaba en el extrarradio de Roma, circundada de pobreza y marginalidad. Hasta allí no alcanzaban las alcantarillas

ni los alguaciles, y en lugar de empedrado tenían tierra y polvo en la estación seca y barro en la húmeda, y en lugar de funcionarios, camorristas de tres al cuarto. Callejones angostos, sucios, malolientes y peligrosos trazaban el mapa de la miseria.

Paulo, de camino hacia la iglesia, confirmó a cada paso la explicación urbanística que una vez le dio Silvestre para que aprendiera a orientarse en la gran ciudad.

—Mira —le explicó el diácono—, Roma es como si desde el cielo hubieran arrojado una gran piedra en el centro de una laguna. El palacio imperial y todos los recintos públicos son la piedra maciza e inexpugnable caída del cielo. Cada uno de los círculos concéntricos alrededor de la misma, conforme se van separando de ella, son cada vez más pobres, como las ondas del agua a medida que se alejan del lugar del impacto van perdiendo fuerza. E igual que sucede en aquéllas, donde el perímetro va creciendo a medida que se debilita, en el parangón humano también es una ley infalible que cuanto más alejados del centro del poder, tanto mayor es el número de las gentes cuanto mayor su pobreza. La primera onda, pues, corresponde a los palacios de la aristocracia y los senadores. Son trozos quebrados de la gran piedra, pero siguen siendo parte de la gran piedra maciza y sólida; la segunda onda corresponde a las casas de los nuevos ricos y altos funcionarios. Aquí la piedra es abundante, pero ya no está unida. Lo que hay son grandes fragmentos desgajados; la tercera pertenece a los funcionarios de segundo orden y pequeños empresarios. Aquí los fragmentos son de menores dimensiones y están más dispersos, aunque siguen siendo piedra; en la cuarta ya no hay rastro de la piedra y comienza el ladrillo. Es la de los funcionarios de menor rango y los pequeños comerciantes. Y a partir de ahí desaparece todo rasgo identificativo de Roma y la ciudad asume la arquitectura improvisada de cualquier ciudad pobre del Imperio, ahogada en su miseria.

A Paulo no le costó encontrar la iglesia. Se conocía bien el camino. Exteriormente era una casa pobre entre muchas otras. Si no había nada que lo anunciara es porque sus miembros no comulgaban con la ortodoxia, y eso, en los tiempos que corrían, significaba formar parte de la herejía. Sólo gracias a su gran discreción habían conseguido sobrevivir sin ser repudiados, perseguidos y finalmente exiliados por los ortodoxos, quienes tenían una legión de matones que por menos de cuarenta monedas desmoralizaban a cualquier creyente. Ello los obligaba a tomar todas las precauciones posibles para pasar desapercibidos. Ni siquiera los vecinos eran conscientes de que aquello era una iglesia. Estaban convencidos de que eran una familia numerosa bien avenida. Ayudaba a disimular el que no manifestaban su fe con ningún signo externo. Sus ropas, oscuras y rotas de miseria,

disimulaban sus creencias. La espiritualidad iba por dentro. "*El alma no se exhibe* —decían—, *lo que se exhibe no es la fe sino la vanidad*".

Si los vecinos hubieran sido más observadores quizá se habrían escandalizado, aunque no tanto por su fe como por sus costumbres, sin rastro de discriminación o privilegios por razón de sexo, edad o riqueza. Seguían las enseñanzas de los apóstoles y creían firmemente que el Espíritu había descendido sobre todos por igual, sin caerle más gracia a unos que a otros. Renegaban y repudiaban la posterior revolución de san Pablo, quien en su opinión había sido el germen corruptor de la verdadera doctrina, transformando una comunidad fraternal en un jerárquico e inflexible patriarcado que emulaba de manera vergonzosa a la administración imperial.

Aparte de los miembros de la pequeña iglesia, muy pocas personas conocían su existencia. El diácono Silvestre era uno de ellos y la aborrecía, aunque nunca había tomado medidas contra ella por respeto a Paulo. O al menos eso le había dicho siempre. Además, aunque pensaba que era una abominación, dado su reducido número de fieles —apenas veinte miembros— le parecía una extravagancia inofensiva. Si el número de acólitos creciera la cosa cambiaría, pero al mantenerse en un número tan reducido Silvestre consideraba, con buen juicio, que sería más peligroso darle bombo atacándola que mantenerla en la sombra. O quizá, aunque jamás lo confesara, la respetaba porque temía a Marcela más que al resto de los herejes juntos. Y sus buenas razones tenía para ello.

Dentro de la igualdad que reinaba en esta peculiar iglesia, Marcela tenía un cierto prestigio por consenso de la congregación. Allí no había títulos ni ordenamientos nominales, sino que se imponía el sentido común y el justo reconocimiento de méritos. Y Marcela era la más inteligente, la más enérgica, la que tenía mayor don de gentes y un conocimiento más avanzado de los textos sagrados.

Marcela había abandonado la iglesia de Silvestre con dieciocho años, no habiendo conseguido éste jamás convertirla en un alma abnegada. Sin embargo, desde que recaló en su nueva iglesia su fe renació con una fuerza inusitada y se involucró en la causa con tal ímpetu que no tardó en destacar por su laboriosidad y buen tino. Como era peligroso dejar la iglesia desasistida por la noche por miedo a los ladrones y a levantar sospechas entre los vecinos, desde tiempos inmemoriales habían perpetuado la tradición de que uno de ellos viviera allí como en casa propia. Por consenso se la cedían siempre al más pobre o autorizado de ellos. El último elegido había sido un antiguo labrador que había acudido a Roma para mendigar una vejez sin penurias. Al final de sus días, Marcela se quedaba con él por la noche para ayudarlo. Cuando murió, todos estuvieron de acuerdo en

que continuara viviendo en la casa. Su carisma y buena disposición hicieron muy fácil tomar esa decisión. Además, se les había hecho creer a los vecinos que Marcela era sobrina del labrador y era lo más natural que la heredase.

La iglesia no era más que una casa pobre que en su día compraron entre los miembros de la primera congregación y que se mantenía con las reformas justas para no derrumbarse. Desde la calle se entraba directamente al cuerpo principal de la misma, que era el antiguo salón. El altar era una mesa de madera sin pulir, nudosa, de tosca hechura, situada en el centro de la estancia. Había sillas de esparto repartidas irregularmente en torno a la mesa, en varias filas semicirculares. Por lo demás, la iglesia, de una sola planta, tenía una cocina pequeña, una letrina ciega y una sola habitación sin ventanas. Y, por supuesto, ni un solo crucifijo o pintura que delatase su función.

Paulo decidió pasear hasta la hora de la misa. No quería llegar demasiado pronto para no entretener ni preocupar a Marcela con su agitado estado de ánimo. Era mejor calmarse un poco antes de ir. Pero tanto se extravió en sus pensamientos que cuando llegó la misa ya había comenzado.

Golpeó suave y rítmicamente la puerta con los nudillos al ritmo acordado de la contraseña, y al que le tocaba custodiarla aquel día, reconociendo la señal, lo dejó pasar. Marcela, siempre atenta a cuanto sucedía, al verlo entrar lo saludó cálidamente con sus ojos dulces y profundos. Y a Paulo, como siempre, se le iluminó la cara al verla. Estaba radiante, para variar. Poseía una belleza cautivadora. Era esbelta como un junco salvaje y pese a su túnica sencilla, de lino sin teñir, y a que jamás utilizaba cosméticos ni ningún medio artificioso para realzar su belleza, su sensualidad se derramaba a raudales. Se lavaba con jabón barato, pero su piel olía a nardos y embriagaba los sentidos de quien se le acercaba como si usara el poderoso perfume de una reina, conjurado por magos y hechiceros. Su voz, sus gestos, su mirada de grandes ojos miel verdosos, todo en ella era deslumbrante e hipnótico. Si hubiera querido sacarle partido a su belleza no le hubieran faltado príncipes que hincaran la rodilla ante ella. Pero Marcela siempre ignoró su belleza, haciendo gala de una sencillez adorable. Sencillez que, todos coincidían, incrementaba sus encantos.

Paulo se quedó de pie, al fondo, y respiró profundamente, como si quisiera construir un puente olfativo que salvara la distancia que los separaba y poder así inhalar con más fuerza su presencia, tan apaciguadora. Y ciertamente empezó a calmarse. Era un proceso mágico e infalible.

En aquella iglesia las misas eran participativas, cualquiera podía tomar la palabra cuando lo considerase oportuno y expresar sus

pensamientos o debatir alguno de los pasajes que se hubieran leído. Se respiraba un ambiente primigenio, con aroma a iglesia fundacional. Si la voz cantante se la repartían entre Marcela y los más ancianos no era por imposición sino por respeto. Respeto hacia los últimos por su edad y experiencia, tan ligada a la sabiduría, y admiración hacia Marcela por su inteligencia, su erudición y sus buenas maneras.

Comparadas con las solemnes misas de Silvestre, que no permitía que nadie le robara protagonismo, aquéllas parecían plácidas tertulias entre amigos.

Tras finalizar la misa se dieron un abrazo y se juramentaron en la fraternidad. Marcela aprovechó para acercarse afectuosamente a Marcial y darle dos cálidos besos en las mejillas y otro en la boca, para su alborozo y vergüenza. Si hiciera algo así en la iglesia de Silvestre poco menos que la condenarían al fuego eterno. En cambio allí nadie se escandalizó ni se rasgó las vestiduras.

—Te he echado de menos —le dijo Marcela abrazándolo con efusión—. ¿Por qué te querré tanto?

Paulo se sonrojó ante tan vivas muestras de afecto, mirando de reojo a los incómodos testigos, que le sonreían con complacencia. Marcela se rio. Jamás reprimía sus sentimientos ante nadie.

—¿Te quedarás un rato después para que podamos hablar? —le preguntó con sus ojos dulces e inmensos, preñados de vida, dándole un tierno beso en la mejilla.

—Claro, a eso he venido –respondió Paulo, sonriendo. Marcela tenía el poder de quitarle todas las penas con dos palabras y un beso.

Acto seguido comenzaron los preparativos para el ágape. El famoso ágape, tan calumniado por los paganos como envidiado por los pobres y que antiguamente, cuando era costumbre en todas las iglesias, decían las malas lenguas que ganaba más acólitos que el mejor de los discursos, pues el alma de los pobres se gana más fácilmente con pan que con promesas, aunque sean eternas.

En un día normal se cubría el altar con un mantel y los más ancianos y los enfermos acercaban sus sillas al mismo y esperaban pacientemente la hora de la comida mientras conversaban sobre el tiempo, Cristo y las cosechas de legumbres, intercalando de vez en cuando algunas batallas de juventud que no excluían las de tono pícaro. Así era el ambiente fraternal que se respiraba allí. Mientras, el resto se afanaba en tareas varias: algunos limpiaban, otros hacían los arreglos que la casa demandaba y el resto ayudaba en la cocina. La fuerza de la costumbre los dirigía como un general experto, ya que en aquella iglesia había una comida eucarística tres días a la semana. Pero aquel día era día de comunión y los días de comunión eran

especiales porque se compartían con los muertos. Por ello los ancianos permanecieron sentados en sus sillas y no se acercaron al altar.

La cocina no tardó en rezumar un olor maravilloso a cordero asado con romero, pan recién horneado, pastelillos de calabaza y otros dulces y aperitivos tan humildes como sabrosos. Cada cuál había llevado de su casa lo que había podido, sin que nadie pidiese cuentas a nadie. Sólo el pan y el cordero se habían comprado con el dinero común.

Cuando la comida estuvo lista, Marcela empujó la mesa del altar y levantó la trampilla que había en el suelo. Cada uno de los presentes encendió una vela y descendieron por una escalera de piedra vieja muy gastada, excavada toscamente en el suelo. Éste era el gran tesoro de aquella casa, que sólo ellos conocían: unas catacumbas abovedadas excavadas en el sótano. Allí, aseguraban, había enterrados cristianos viejos de las primeras comunidades, de la generación de san Pablo, y también mártires de las primeras persecuciones. Por ello, cada domingo descendían a aquel lúgubre y cavernoso sótano para celebrar la Resurrección y partir el pan en su compañía, en su comunión. Era un día de fiesta y regocijo que debían compartir vivos y muertos.

Extendieron una sábana blanca en el suelo y depositaron sobre ella la comida. Muchos tenían la emoción en la garganta. Los recuerdos se les condensaban en los ojos, como siempre que descendían a las catacumbas, donde rememoraban el tiempo que pasaron allí escondidos en la última Gran Persecución. Al ser el espacio angosto, las sillas que bajaron para los ancianos las colocaron en fila apoyadas contra una de las paredes. El resto comió de pie o sentados en el suelo, departiendo con alegría y honrado solaz, en santo recogimiento, honrando a los muertos, rememorando a los mártires, soñando con el glorioso porvenir de los justos. No faltó el vino, que bebieron con la justa moderación para desinhibir las trabas de sus corazones y explayarse en el amor común bien entendido. Para ellos el vino no era la sangre de Cristo como para los ortodoxos. Esa vuelta de tuerca no la entendían. Para ellos el vino era sólo vino.

—Si de verdad piensan que el vino consagrado es la sangre de Cristo, ¿por qué entonces son tan egoístas de bebérsela sólo los curas? —solían criticar entre bromas mientras se pasaban con alegría, de mano en mano, la frasca de zumo de uvas—. ¿Es que quieren emborracharse de divinidad?

Mientras comían hablaron de temas corrientes concernientes al reparto del dinero entre los pobres, los huérfanos y las viudas, no faltaron algunos chismes y se hicieron cuentas para ver si alcanzaba para ampliar la sala común ganándole algo de espacio a la cocina. Pero una vez más no salían las cuentas para tales gastos. Habría que

aplazar de nuevo el proyecto.

Ya en los postres, cada cual habló de sus asuntos personales: el trabajo, los problemas familiares, los impuestos cada vez más onerosos… Después cantaron algunos salmos y con total libertad fueron tomando la palabra por turno, pues todo el que quiso hablar habló sin ningún impedimento. E incluso hubo algunos que profetizaron. "*¡Si viera esto Silvestre!*", pensó Paulo. Él mismo no podía evitar que se le pusiera la carne de gallina. En aquella iglesia la fe no se imponía por decreto sino por sentimiento y todos estaban autorizados a expresarse y, por supuesto, a profetizar. Y cada vez que alguien profetizaba, al no existir entre ellos una figura de autoridad infalible, después cada cual daba la explicación que consideraba pertinente para comprender la profecía. Así, entre todos, trataban de entender el significado de lo expuesto torpemente por los "iluminados". Aunque en la mayoría de las ocasiones debían rendirse y aceptar que era un misterio impenetrable para la inteligencia humana. Después de todo, en eso consistía la verdadera humildad cristiana.

—Veo que sigues poniéndote nervioso durante esta práctica.

Marcela se había colocado sigilosamente al lado de Paulo, quien, absorto en las profecías, no se había percatado de ello.

Paulo la miró de soslayo y vio cómo sonreía y le pasaba el brazo por la cintura para estrecharlo contra ella.

—¿Por qué te asustan tanto las profecías? Era una costumbre muy arraigada entre los primeros cristianos. Nosotros seguimos la tradición.

Paulo no dijo nada. Sabía que llevaba razón. Como también sabía que ella no creía en las profecías. Se limitaba a respetarlas por consideración hacia los demás.

—En nuestra iglesia las erradicamos hace tiempo —dijo Paulo—. Y creo que se hizo bien.

Marcela suspiró.

—No sé si se hizo bien, pero sí que sé que no se hizo por las mejores razones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que el único motivo por el que fueron prohibidas es porque atentan contra la doctrina que los jerarcas de tu iglesia intentan imponer.

Paulo condenó el hiriente comentario con un gesto de desaprobación. Marcela enfatizaba siempre el término *jerarcas* con mordacidad y jamás le otorgaba el título de Iglesia a la ortodoxa, nombrándola como una más entre las tantas iglesias cristianas que

todavía coexistían.

—Los jerarcas de tu iglesia sólo se autorizan a sí mismos a opinar sobre las cosas divinas, arrogándose una infalibilidad absurda —continuó Marcela, con ganas de chincharlo—. Tan absurda como las justificaciones que se inventan para legitimarla. Demandan para sí mismos la exclusividad a la hora de sentir y percibir señales divinas, convirtiendo al resto de los cristianos en meros comparsas. Se empecinan en transformar la fe en Dios en fe en ellos mismos. ¿No te parece diabólico? Quieren convertir a Dios en un emperador que sólo se comunica directamente con sus generales—obispos. Y quieren hacernos creer que los ama tanto que todas las órdenes que les da es para ensalzarlos sobre la faz de la Tierra y aumentar su poder sobre la grey.

Aunque Marcela susurraba para no molestar, los que estaban a su lado le prestaban más atención a ella que a los que profetizaban. Nadie se quejaba ni le exigía silencio. En realidad la escuchaban con gusto y aprobación, asintiendo con la cabeza a cuanto decía y observando con atención cómo caían sus palabras en Paulo.

Quien más atención prestaba era un individuo que a Paulo le llamó la atención desde el principio. Sus formas y maneras delataban una alta cuna, en contraste con el origen humilde del resto de la congregación. Paulo tenía la sensación de que no encajaba en aquella iglesia, que aquel tipo no creía ni una palabra de cuanto allí se decía. Sin embargo era el que tenía una relación más estrecha con Marcela. Paulo imaginaba que sería porque era un hombre ilustrado con el que Marcela podía tener conversaciones más profundas. A veces creía percibir otro tipo de simpatía entre ellos, como si constituyesen un núcleo elitista dentro de la iglesia y manejaran un código secreto de comunicación; como si aquella iglesia fuera una tapadera para ellos. Era frecuente sorprenderlos hablando a solas en voz baja e intercambiando miradas y gestos con los que claramente se transmitían mensajes codificados. A Paulo, después de todo, no le extrañaba tanto. Sabía de buena tinta que Marcela no compartía muchos de los preceptos que allí se respetaban. Sus ideas eran tan transgresoras que ni siquiera encajaban en aquella iglesia especial.

Tras las profecías, Marcela, a petición de los presentes, dio un breve discurso sobre el poder de la fe que los embargó de emoción y buenas intenciones. Como era habitual en ella, el discurso fue impecable: sencillo, honesto y emotivo. Cuando hubo terminado se dieron el ósculo de la paz, que a Paulo siempre le sacaba los colores, porque allí, como antiguamente, seguían besándose sin marginación de sexos.

Finalmente recogieron los restos de la comida, limpiaron las

migajas para que no se les llenasen las catacumbas de hormigas y ratones y volvieron a subir a la tierra, a la iglesia, al mundo terrenal, embargados de espiritualidad y buen ánimo.

—Dime la verdad… —Marcela se detuvo en mitad de las escaleras y se giró para mirarle a los ojos. Eran los últimos que quedaban en las catacumbas—. ¿Has venido para verme a mí o porque necesitas asistir de vez en cuando a una comunión verdadera para acallar a tu espíritu?

Paulo enarcó las cejas en señal de protesta. Marcela era experta en lanzar dardos envenenados con su mejor sonrisa. Y solía acertar en la diana. Tenía un sexto sentido para medir el tiempo y el alcance. Esta vez tampoco erró el tiro. Paulo tenía el espíritu revuelto y la sensibilidad desbocada. Silvestre creía que sólo iba a ver a Marcela por el amor que le profesaba. Y él mismo, durante mucho tiempo, quiso convencerse de ello. Pero lo cierto es que no iba sólo para verla a ella. A Paulo le hubiera gustado poder visitarla cada domingo. Le reconfortaba el ambiente que se vivía en aquella iglesia. A veces se lamentaba del sesgo que había tomado la ortodoxia, empeñada en convertir los hechos en símbolos. Un día de comunión era el mejor ejemplo. ¿Cómo iba a ser lo mismo una comida compartida en espíritu de hermandad que ese acto frío en el que Silvestre pronunciaba un sermón, gloriaba a Dios por su piedad e invocaba al Espíritu Santo para después comulgar a los feligreses con un ridículo trozo de pan y despedirlos con la manida bendición? ¿Cómo podía compararse la cálida y conmovedora misa que celebraban allí con la misa desangelada y protocolaria de Resurrección que celebraba Silvestre, en la que se leían las Escrituras con la frialdad con que un juez leería el código penal y se daban de corrida el ósculo de la paz con discriminación de sexos, como si las almas arrastrasen las impudicias terrestres? ¿Cómo podía compararse una misa en la que todos podían intervenir y sentirse parte viva y necesaria de la misma con la otra en la que Silvestre ejercía de maestro de ceremonias autoritario mientras los feligreses, como sujetos pacientes y prescindibles, se limitaban a escuchar y a lo sumo a asentir con las cabezas el discurso del patrón? "*No, no puede ser lo mismo*", se lamentaba Paulo en su fuero interno. A su parecer, la ortodoxia estaba echando a perder muchas sanas costumbres, vaciándolas de su esencia por la fuerza de la simbología. Sólo asistiendo a una comunión en la iglesia de Marcela, Paulo podía imaginarse el ambiente de la primera iglesia, la que instituyeron los apóstoles, una comunidad de participación, sin jerarquías, donde la comida en común era la esencia misma del culto. Aunque a Paulo nunca se le hubiera ocurrido debatirlo con Silvestre, a veces pensaba que la ortodoxia condenaba como herejes a muchos cuyo único pecado era mantenerse fieles al mensaje originario. Por supuesto,

tampoco se lo había reconocido a Marcela. Aunque no era necesario. Ella le leía el pensamiento.

Al despedirse del hombre que según Paulo no encajaba en la iglesia y tenía un trato especial con Marcela, vio claramente cómo él le deslizaba sutilmente un papiro y ella lo introducía en su manga con mucha habilidad. Paulo había observado este comportamiento en otras ocasiones. La primera vez pensó que podría ser una misiva amorosa y se le revolvió el estómago. Después, vigilándolos bien, desechó este pensamiento al no sorprenderles nunca gestos de complicidad sentimental, lo que le llevó a pensar que formaban una especie de hermandad secreta dentro de la iglesia. Todavía no había tenido el valor para preguntárselo. Tenía miedo de que ella se ofendiera. O peor aún, que al saberse descubierta su relación se viera afectada. Ello lo paralizaba siempre que iba a dar el paso.

Cuando al fin se quedaron solos, Marcela atrancó la puerta de la calle para que nadie pudiera molestarlos. No esperaba visitas.

—Estás triste —le dijo sin cortapisas, fiel a su estilo.

Paulo le devolvió una sonrisa melancólica.

—Anda, acércate —le dijo Marcela sentándose en una de las sillas de esparto que rodeaban el altar y dando una palmada en la silla más próxima a ella. Paulo no se hizo de rogar y se sentó a su lado.

—Debería venir más a menudo —suspiró Paulo—. Me hace bien.

—Eso es porque nos mantenemos fieles al espíritu de nuestro Señor y eso reconforta el ánimo de cualquier buen cristiano. Aquí no confundimos los evangelios con la ley romana. ¡Ay, la razón de algunos es tan soberbia que se cree que tiene imperio sobre el alma!

Paulo sonrió. Sabía que era una crítica velada a la iglesia ortodoxa. Y especialmente a Silvestre. No desaprovechaba una oportunidad para atizarle al diácono. Marcela y Silvestre tenían unas ideas tan antagónicas sobre los derroteros del cristianismo que se acusaban mutuamente de todos los males. Marcela creía en la Iglesia como hermandad de cristianos, formada por pequeñas comunidades de iguales; Silvestre, en cambio, pensaba a lo grande, creía en una Iglesia unida y fuerte, con una jerarquía cuyo máximo representante fuera, a ser posible, el heredero de Pedro.

—¿Vacilas en tu fe? —le preguntó con una intuición tan afilada como el hierro.

—A veces me das miedo. Siempre niegas que eres una bruja, pero no estoy tan seguro.

—Me es fácil ver tu corazón. Te conozco mejor que nadie —le respondió Marcela sonriendo.

Paulo le devolvió la sonrisa. La complicidad entre ellos era absoluta. Paulo sabía que no podía ocultarle sus sentimientos. Ella lo miraba a los ojos y era como si escudriñase el fondo de un estanque de aguas cristalinas.

—Anda, dime qué te sucede.

—¿Has dudado alguna vez de tu fe?

Marcela lo escrutó un largo rato sin decir palabra.

—Claro que he dudado —respondió al fin—. Desconfía de quien nunca duda.

Paulo se quedó pensativo.

—Dudar puede servir para fortalecer tu fe –lo calmó Marcela.

—O para debilitarla –suspiró Paulo, algo pesimista.

—O para debilitarla si la duda crece, cierto –asintió Marcela—. Pero no creo que sea tu caso. Muchos santos han tenido crisis de fe. No hay que avergonzarse por ello ni sentirse culpable.

—Es posible —reconoció Paulo—. Pero duele.

Marcela sintió una punzada en el estómago, como si fuera capaz de compartir su dolor.

—Bajo la férula de Silvestre lo raro es que no hayas tenido una crisis mucho antes —dijo aprovechando la ocasión para soltarle una nueva pulla al diácono.

—No es tan malo como lo pintas. Lo sabes.

—¿Qué te ha hecho dudar? —preguntó Marcela esquivando hablar de Silvestre. Ya habían discutido muchas veces por su culpa. Él los había separado. Y los seguía separando.

—Mejor pregunta quién.

Marcela abrió los ojos como platos. Aquello la cogió desprevenida. "*¿Quién?*". Lo primero que se le vino a la cabeza fue una mujer y se le hizo un nudo en la garganta. Por alguna absurda razón nunca había pensado en esa posibilidad. Extrañamente, se sintió celosa.

—¿Has conocido… a una mujer? —preguntó con miedo a la respuesta.

Paulo dejó escapar una risa ahogada.

—¡Qué ocurrencias tienes! ¡Un truhán me ha hecho dudar! —exclamó dejando escapar la risa y atajando de golpe la sospecha de que anduviera con mujeres.

Marcela respiró aliviada. Aunque una oleada de vergüenza la invadió. "*¿Habían sido celos?*".

—¿Y por qué te ha hecho dudar ese truhán? Supongo que te

referirás al protegido de Silvestre —dedujo con cierto retintín. Siempre le había manifestado a Paulo sus sospechas sobre Lucio. No creía que fuese un huérfano cualquiera y pensaba que Silvestre escondía algún secreto inconfesable.

—Sí, a él me refiero —reconoció Paulo con cierto tono burlón, imaginándose las mil descabelladas ideas que podrían estar pasándosele por la cabeza en ese momento a Marcela. ¡Había pensado que la culpa era de una mujer!

—¿Por qué te ha hecho dudar? —insistió Marcela—. Por cierto, debéis controlar a ese muchacho. Su mala fama nos perjudica a todos. Todavía hay paganos que piensan que nos comemos a los niños y organizamos orgías sangrientas. Que el protegido de Silvestre vaya buscando gresca por los tugurios no ayuda a combatir esos prejuicios.

—Créeme, no es fácil meterlo en vereda.

—Pues con más motivo ha de ser expulsado —sentenció Marcela—. Si tú mismo reconoces que su comportamiento es inadmisible, ¿por qué sigue protegiéndolo Silvestre? No recuerdo a ningún otro chico al que le diera tantas oportunidades. Sabes bien que expulsó a unos cuantos por mucho menos. Y eran más chicos e inocentes que éste.

—Silvestre le ha cogido cariño, eso es todo –lo defendió Paulo—. Tú no lo conoces, el muchacho tiene buen fondo. Silvestre cree en él. Y yo también.

"*En realidad, yo creo en él más que Silvestre*", reconoció para sí Paulo con preocupación.

—No creo que esa rabia que lleva dentro le venga de la nada —insistió Marcela—. Parece ser que la única iglesia que respeta es la vuestra. A los demás creyentes los muele a palos.

Paulo suspiró. "*Si tú supieras el respeto que nos tiene…*".

—Arremete incluso contra los cristianos de otras iglesias ortodoxas —prosiguió Marcela—. Alguien debe estar infundiéndole ese odio a quien piensa diferente. O, mejor dicho, a quien no está por la labor de concederle a Silvestre la autoridad episcopal que tanto anhela.

—Silvestre tendrá sus cosas, pero no envenena al muchacho contra los demás cristianos —protestó Paulo. Esas acusaciones le parecían inaceptables incluso viniendo de Marcela.

—Llevas razón. Es demasiado astuto para sembrar cizaña de forma tan descarada.

—Nunca lo ha hecho. Él prefiere seducir con argumentos.

—¿Aunque sean falsos? —lo interpeló Marcela.

—En cualquier caso, son sus argumentos. Y siempre será mejor

seducir que envenenar. De la seducción puedes salvarte, del veneno no.

—También se puede envenenar con argumentos falsos.

Paulo se calló. Sabía que Marcela no daría su brazo a torcer.

—Además, ¿cómo estás tan seguro de que te puedes librar de la seducción? Mi pobre Paulo, siempre tan inocente —le dijo riéndose mientras le enredaba los dedos en el pelo y comenzaba a revolvérselo.

—Estoy seguro —sonrió Paulo, apartándole con suavidad la mano, pero dejándola agarrada entre las suyas. Se había ruborizado como un niño pequeño.

—Bueno, no discutamos por su culpa. ¿Qué te ha dicho ese bribón para conseguir tambalear tu fe?

Paulo contempló la mano de Marcela entre las suyas. Era una mano pequeña, de dedos finos. La piel era suave como la de un recién nacido. Ni siquiera los años que trabajó en el batán habían conseguido estropeárselas. Muchos lo consideraban un milagro. Decían que sus manos habían sido hechas para tocar lo sagrado.

—Me ha hecho reflexionar —reconoció Paulo—. ¿Crees que si hubiéramos nacido en otro lugar y bajo otras circunstancias tendríamos la misma fe y no creeríamos en otros dioses?

—Creo que Dios ha determinado que nazcamos en este momento y bajo estas circunstancias por alguna razón –lo tranquilizó Marcela—. Y también creo que esos dioses de los que hablas sólo son fantasías de los hombres.

—Claro, yo también… —titubeó Paulo.

—O quizá no son fantasías, sino ilusiones —reflexionó para sí, en voz alta, Marcela—. Errores de interpretación de los signos; manifestaciones de Dios que confunden con otros dioses. Es como si pensaran que un hombre es uno cuando ríe y otro distinto cuando llora. Al ser las facetas de Dios infinitas, tanto más se confunden, pensando que no pueden corresponder al mismo dios. Pero no debemos ser arrogantes y juzgar de necios a los paganos por estar equivocados. ¿Acaso los mismos cristianos no tenemos opiniones diferentes sobre el mismo dios al que adoramos? Cada uno lo interpreta según su inteligencia, su fe… o su interés. Conociendo la naturaleza humana no deberíamos extrañarnos de que cada pueblo atribuya a Dios las características que más se adecúen a su idiosincrasia nacional. O que deifique cada uno de sus atributos como si se tratara de dioses diferentes, cuando no son más que extensiones del mismo y único dios. En eso consisten la locura y la ignorancia humanas.

Marcela se frotó las manos con energía, como queriéndose sacudir un pensamiento desagradable, y se levantó para dirigirse hacia la habitación.

—Ven, aquí estaremos más a gusto. Empieza a hacer frío.

Paulo entró tras ella en el dormitorio. Era una habitación pequeña, sin un minúsculo ventanuco para airearse. Marcela comenzó a encender la rústica chimenea de ladrillo que había en una esquina. Arrimado a la pared había un camastro en el suelo y a su lado una mesita baja de madera medio podrida. Sobre la mesa había varios códices y manuscritos mordidos por la humedad y un candelabro de tres brazos con una sola vela de sebo a medio quemar. Paulo ojeó los escritos y sonrió. Había entre ellos varios textos proscritos por la ortodoxia y otros a punto de serlo, como el famoso "*Libro de Enoch*", que nadie dudaba de que en breve sería considerado herético, siguiendo el camino de otros textos en su día muy populares entre los cristianos y que ahora debían leerse a escondidas para no ser excomulgados, tal cual era el caso de "*Sabiduría de Jesucristo*", "*Doctrina de los doce apóstoles*" o "*El Pastor de Hermas*". Como fruto de la lectura crítica y desprejuiciada de tantos y tan variados textos, proscritos y no proscritos, Marcela había llegado a la conclusión de que la mayoría de los cristianos contemporáneos desconocía el verdadero mensaje de Jesús. Para ella, por ejemplo, no había pecado en disfrutar de la carne o de la inteligencia. Según ella, la parábola del árbol de la ciencia no era una prohibición de ésta, sino justo lo contrario, una advertencia para no caer en la soberbia de creerse sabios y permitirse juzgar el Bien y el Mal, pues nunca se sabe lo suficiente. Le parecía igualmente un disparate la pretensión de los más radicales de aspirar a la perfección de los ángeles, despreciando todo placer corpóreo. Lo primero porque nadie conocía la naturaleza y apetencias de los ángeles, y lo segundo porque si Dios sólo hubiera querido ángeles no hubiera dado aliento al ser humano. Despreciar la diferencia entre ambas criaturas era despreciar la obra de Dios. Y si Dios amaba a los humanos, ¿quiénes eran ellos para despreciarlos? Aparte, claro está, del contrasentido de fondo, porque sin nuestros sentidos no podríamos sobrevivir ni un solo día y nos extinguiríamos como especie. Aquello de que el pecado entraba con la primera sensación de placer lo consideraba un insulto a la inteligencia. Renunciar al placer efímero del gusto y del olfato, taparse los oídos frente a la armonía profana de la música o desaprobar toda creación artística le parecía el colmo de las sandeces. "*Eso* —le dijo en una ocasión— *es renunciar a lo más bello de que es capaz el ser humano y por lo tanto una contradicción flagrante, porque el único momento en que nuestra especie se aproxima a los ángeles es cuando olvida su egoísmo y su mezquindad y se entrega a la creación sublime y desinteresada del intelecto*

en pos de la belleza y la verdad". Tertuliano y Clemente de Alejandría, dos de los grandes referentes de la ortodoxia, le parecían dos demonios amargados que no habían entendido absolutamente nada y pretendían amortajar a los cristianos con su ceguera, mostrando un odio diabólico hacia la humanidad. Aquello de que el cristiano sólo debía vestir de blanco, como si el color de una tela purificase el alma, lo consideraba una simpleza sin parangón. Y lo de que una apariencia sencilla y mortificada se adecuaba más al cristiano, que siempre tenía la certeza de sus pecados y la duda de su salvación, le sonaba a proclama de Satanás para martirizar a sus enemigos. Si en su iglesia vestían túnicas sencillas no era por prohibición, sino por imposición de la pobreza. Pero si había una obra entre todas las obras de los padres de la iglesia que Marcela denostaba por la perniciosa influencia que ejercía era "*El pedagogo"*, de Clemente, que según ella había sido inspirada por el Anticristo.

Marcela enarcó las cejas al ver la aprensión en el rostro de Paulo mientras hojeaba los textos prohibidos.

—¿Nunca te vas a decidir a leer alguno de ellos? Esos libros son auténticos, de cristianos fundadores. No les tengas miedo, no muerden.

Paulo entrecerró los ojos. Ciertamente sentía curiosidad, pero al mismo tiempo un prurito de buena conciencia se lo impedía. Le había prometido a Silvestre no dejarse embaucar por las lecturas profanas con que lo tentaba Marcela. Y en verdad había unas cuantas. En la iglesia de Marcela poseían más de cincuenta obras heréticas repartidas entre los miembros de la comunidad que sabían leer. Entre ellas se incluían once evangelios. Aunque lo que a Paulo le despertaba más interés eran los textos que intercambiaba con el miembro culto de su iglesia. Marcela nunca le había ocultado ninguno de los textos cristianos proscritos, pero ni una sola vez le había mostrado uno de los textos que aquel hombre le daba a hurtadillas, lo que le hacía pensar que no eran textos cristianos. Un día se armaría de valor para confesarle que los había descubierto y que quería saber qué se traían entre manos.

—¿Nunca te has preguntado por qué tu iglesia ha proscrito tantos libros? —le preguntó Marcela al verlo vacilar—. ¿Por qué esa intransigencia? Ni siquiera tienen piedad con los escritos de los santos.

Paulo suspiró. Se temía el discurso.

—Le han declarado la guerra a todos los escritos que no tienen encaje con sus doctrinas –se arrancó Marcela—. ¿Por qué les dan tanto miedo? ¿No te parece un pecado de soberbia que se arroguen la clarividencia para decidir qué libros, escritos por los cristianos que los

precedieron, pueden leerse y cuáles han de ser condenados a la hoguera?

Paulo resopló. No se libraría del discurso.

—¿No te molesta que os traten como a niños pequeños a los que hay que decirles lo que es bueno y lo que es malo, como si no tuvierais juicio suficiente para decidirlo por vosotros mismos? ¿No te disgusta que consideren que no tenéis juicio suficiente para distinguir qué textos tienen visos de ser sagrados e instructivos y cuáles son una sarta de mentiras fabuladas por mentes febriles? ¿Te parece normal la purga que hicieron con los apóstoles? ¡Fue despiadada! Sólo dejaron doce para adecuarlos a las tribus de Israel. ¡Oh, su malhadada manía de los símbolos, tan nociva para la búsqueda de la Verdad! ¿Y qué me dices de los evangelistas? Sólo han salvado los escritos de cuatro de ellos, entre los cuales, a pesar de estar adulterados, hay tantas contradicciones que quienes les enmendaron la plana fueron tan torpes que ponen en serios aprietos a los nuevos teólogos. Porque supongo que sabrás que tus jerarcas se han dedicado a manipular, mutilar, añadir, quitar y retorcer torticeramente los pocos textos sagrados a los que les han dado su bendición al considerar que se adecúan a su nueva doctrina, que casualmente tanto los favorece como clase dominante de la nueva iglesia que han fundado. Pero no seré yo quien diga que eso es hipocresía y cinismo…

Paulo le reprochó el comentario con un chasquido de la lengua. No había ido allí para discutir. Conocía muy bien su opinión. Sabía que consideraba odioso que los obispos se autoerigieran como los representantes de Dios en la Tierra. Le parecía inadmisible, porque constituía el mayor de los pecados: el endiosamiento.

Una vez Paulo le preguntó si su iglesia pertenecía a alguna de las sectas heréticas y Marcela lo negó en rotundo. Su iglesia iba por libre, le dijo. Aunque le reconoció que simpatizaba con los montanistas, en cuyas iglesias, tomando el ejemplo de las congregaciones paulinas, las mujeres tenían un papel relevante.

La exclusión de las mujeres de la clerecía era, de entre todas las injusticias, la más sangrante para ella. Le aseguraba que eran innumerables los registros de los dos primeros siglos del cristianismo en que las sacerdotisas cristianas fueron llevadas a tribunales romanos. ¡Sí, las sacerdotisas romanas! Ella lo había investigado y era cierto. Incluso tiraba de textos sagrados de la ortodoxia para dar credibilidad a sus palabras:

—"*Miriam profetiza…", Éxodo*; San Pablo en *Corintios*: "*Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta, etc., y toda mujer que ora o profetiza…*"; Joel: "*Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros*

ancianos tendrán sueños, y vuestros mozos verán visiones…”. Paulo –le había dicho—, los jerarcas de tu iglesia han pervertido el significado original de la profecía. Cuando estos textos se escribieron su significado era muy distinto del actual y ellos lo saben. Sí, ellos saben muchas cosas e intentan por todos los medios ocultarlas porque contradicen su doctrina.

—En los primeros evangelios que se escribieron —le dijo en otra ocasión, muy indignada—, ¡y fueron más de un centenar!, queda claramente reflejado que en las primeras iglesias no había distinción entre sexos. Ni siquiera en los cuatro únicos evangelios que los ortodoxos han decidido salvar se postula el patriarcado. ¡Se lo han inventado todo! Hasta Pablo, sí, hasta el mismísimo Pablo refleja en sus cartas el papel igualitario de hombres y mujeres en las primeras congregaciones. Y en los primeros textos sagrados se habla de las mujeres sin rubor: Felipe tuvo cuatro hijas que predicaban; Febe era diácono; Junia fue una de los apóstoles, junto con el apóstol amado, cuyo nombre no ha trascendido por ser precisamente una mujer. Dime, si tú murieses y pudieras resucitar, ¿quién sería la primera persona a la que te aparecerías? A la persona que más amases, ¿verdad? Pues ahí tienes la respuesta. Sí, Paulo, no me mires así, no estoy loca, ¿por qué crees que han destruido casi todos los evangelios? Jesús no eligió a Pedro como su sucesor. Él no fue el elegido. Eso se lo inventaron los que se negaron a aceptar la verdadera elección del Señor, porque era una elección inaceptable para ellos. Recuerda que Pablo era un fariseo radical convertido y Pedro, al igual que muchos otros judíos de su tiempo, pensaba que las mujeres ni siquiera tenían alma. ¿Cómo iban a aceptar entonces que una mujer fuese la elegida? Por ello, entre otras cosas, tu iglesia ha hecho correr el bulo de que Magdalena era una prostituta. Para desacreditarla.

—Pero eso es… —balbuceó Paulo, impactado e incrédulo—. ¿De dónde te sacas algo así?

—Simplemente lo sé, Paulo. Un día, quizá, te lo explique todo y lo entenderás. Pero no te pongas triste. La verdadera iglesia que Jesús fundó no fue destruida, porque Magdalena y algunos de los apóstoles más leales consiguieron huir a tiempo ante la lucha encarnizada y cainita que se sucedió a la muerte de Jesús para disputarse su trono. La persecución que se desató por parte de quienes no aceptaron la última decisión del Señor fue terrible, y obviamente, tanto Magdalena como los más apegados a Cristo fueron perseguidos para silenciarlos. Esto, lamentablemente, es algo que suele suceder muy a menudo cuando mueren los grandes hombres. La historia de siempre. Sí, los que no quisieron traicionar su legado y fueron fieles a su decisión tuvieron que huir para salvar el pellejo. Pero se llevaron consigo un

gran tesoro, el más grande de todos… ¡Oh, Paulo, tengo tantas cosas que enseñarte! Cuando sepas lo que yo sé no volverás a ver el mundo de la misma manera. ¡Oh, algún día sabrás la verdad!

Paulo recordó la última discusión que tuvo Marcela con Silvestre antes de dar el portazo definitivo para no volver nunca más a pisar su iglesia. Allí le gritó con una furia inusitada sus últimas palabras, llenas de rabia:

—¡Habéis pervertido el mensaje de Cristo, habéis adoptado para vuestra iglesia el régimen patriarcal y jerárquico contra el que el Salvador luchó, os habéis aliado contra aquéllos que él quiso derribar, habéis mancillado su obra y pisoteado sus enseñanzas! ¡Sois unos farsantes!

—Entorna la puerta para que no se salga el calor —le pidió Marcela mientras terminaba de colocar la leña sobre el fuego.

Paulo salió de su ensimismamiento y obedeció.

Se sentaron en la cama y estuvieron un rato callados y pensativos contemplando las llamas.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Marcela.

—Sí, algo mejor.

—¿Por qué no te quedas a dormir conmigo, hermanito? Como cuando éramos pequeños, ¿te acuerdas? Antes de que nuestros padres terrenales nos abandonaran a las puertas de la iglesia de Silvestre como a dos cachorrillos indefensos.

Un maestro atípico

Aldea de Panonia

Catón se recuperó del cansancio acumulado por el largo viaje durmiendo como un bendito, a pierna suelta y roncando una melodía. A primera hora de la mañana saltó de la cama con la energía de un mozalbete y la curiosidad de un aventurero. Se fue derecho a la cuadra para liberar a su burra e invitarla a curiosear los alrededores cuanto le placiera, y después se dirigió a la casa de piedra de sus anfitrionas, sonriendo con complacencia al ver el recio humo que escupía la chimenea. Le gustaba la gente madrugadora, con ganas de comerse el día sin desperdiciar una migaja.

Llamó con mesura, golpeando con suavidad la puerta maciza de una sola pieza, tan sencilla como robusta, para no alarmarlas. Claudia lo recibió con una sonrisa radiante. Se había lavado el pelo y vestía una túnica azul limpia y con poco uso. Se le veía en los ojos que estaba impaciente por comenzar los estudios. Toda ella era pura emoción.

Catón celebró su actitud y entró en la casa compartiendo su buen humor. Nada más entrar reparó en la mujer que estaba sentada frente a la chimenea atizando las llamas. Sin duda, debía de ser la madre. Al verla, no pudo disimular su sorpresa. No sabía por qué, pero se había formado una idea muy distinta de la mujer del comandante. Se la había imaginado más alta, más recia, más caballuna, un poco más pareja con la constitución del militar. Y quizá más joven. Sin embargo la mujer que tenía delante era menuda, de facciones delicadas y pelo canoso. Catón se rio para sus adentros. Ahora que lo pensaba, había sido un tonto, lo que se había imaginado era un remedo femenino del comandante en sus mejores tiempos.

—Señora, soy Catón —se presentó.

—Helvia —respondió la mujer con voz queda pero amable, levantándose del taburete un segundo por cortesía y dedicándole una ligera inclinación de cabeza.

Catón se quedó hechizado. Le pareció la mujer más bella del mundo. A pesar de sus ojos tristes color miel grisáceos y a pesar de ser quien era, fruta prohibida, Catón no pudo evitar sentir una profunda emoción. La túnica gris que vestía Helvia, aunque no era muy ceñida, dibujaba un cuerpo con curvas; no especialmente voluptuoso, pero sí bien esculpido. Apenas tenía arrugas en la cara y poseía una belleza madura de incontestable encanto. Catón obtuvo ante ella la confirmación irrefutable de quién, en belleza, era deudora su pupila.

—Vamos, siéntate —le ordenó Claudia, ansiosa por cumplir con el trámite del desayuno para empezar la instrucción.

Catón se sentó sin hacerse de rogar y observó con agrado el desayuno. A tenor de la sencillez con que aparentemente vivían, esperaba encontrar unas buenas gachas de trigo o cebada para pasar el día. A lo más, dándose el capricho, unas gachas *iuliana* con vino, hierbas aromáticas, ostras y sesos. Sin embargo, en la mesa había calabacines, pepinos, higos, manzanas, pan, mantequilla, miel y leche de vaca cuajada. Era un desayuno frugal, pero muy nutritivo, y ése era un buen presagio. "*No hay ostentación, pero tampoco se privan de nada*", pensó Catón acordándose de Cayo Publio, el pretor que había conocido en Tréveris, en el palacio de Constantino. "*El pretor confunde la sencillez con la avaricia*", reflexionó con satisfacción. Cayo Publio, al enterarse de que iba a ser el tutor de la hija del comandante, se le había arrimado como una lapa para malmeter contra su adversario, tildándolo de tacaño y de tener abandonadas a la mujer y a la hija en una aldea alejada de la civilización. Durante la semana que Catón pasó en Tréveris, en el palacio de Constantino, el pretor Cayo Publio había intentado ganarse su amistad con el único objeto de que le proporcionara información sobre la familia del comandante, especialmente sobre Claudia, a saber con qué aviesa intención. Por supuesto, él se negó a servirle de espía. A Catón aquella insistencia le resultó desagradable. Además, el pretor hablaba de Claudia como si supiera algo sobre su destino que no le iba a gustar nada al comandante, porque una salivilla sádica se le formaba en la comisura de sus amojamados labios cada vez que la mentaba.

Catón le hincó el diente a los higos. Era su fruta preferida. Con disimulo, observaba a Helvia atizar el fuego con desgana. El reflejo de las llamas le ponía un rojo tal en la mirada que parecía que le ardiese el alma.

Claudia aprovechó el desayuno para ponerlo al día sobre los horarios. De esta forma descubrió Catón que en aquella casa no se comía tres veces, como acostumbraban los ricos, sino sólo dos, lo que al griego le pareció un acierto. A su juicio, los ricos se pasaban demasiado tiempo saciando sus estómagos a costa del desmayo de sus

cerebros. Con un buen desayuno y una cena sustanciosa era más que suficiente para mantener el vigor corporal. El almuerzo de mediodía siempre le había parecido innecesario y molesto porque partía el día en dos, abriéndole un bocado que lo hacía temblar de horas.

—Podemos dar la primera clase entre el desayuno y la cena y la segunda entre la cena y la hora de dormir —propuso Claudia, que lo tenía todo planificado.

—Vamos, que sólo me dejas libres las horas de sueño —le respondió Catón de excelente humor.

Claudia no contestó. Esperaba su confirmación. Tenía sus ojos clavados en él con tal viveza que traspasaba su voluntad. Negárselo sería como ignorar el ronroneo zalamero de un gato.

Catón percibió una sonrisa en Helvia ante las muestras de entusiasmo de su hija. "*Así que te haces la distraída pero tienes bien aguzado el oído para no perderte palabra*". A Catón le agradó mucho darse cuenta de este detalle. Si Helvia lo hubiera ignorado completamente se habría sentido decepcionado. Por suerte, no era el caso. Ella disimulaba estar a lo suyo, pero no perdía detalle, mirando todo el tiempo de reojo. "*Ajá, el fuego no te necesita para seguir ardiendo*".

—Bueno, me parece bien si al menos me respetas una hora para mis meditaciones —le propuso Catón a Claudia—. Sí, no me mires así, yo también necesito digerir la vida.

—Vale —respondió Claudia, cuyo hábito de la meditación le era completamente desconocido—. ¡Trato hecho!

Sin demorarse un segundo más, Claudia se levantó y comenzó a retirar las cosas de la mesa. Aunque de poco le sirvió, porque Catón permaneció sentado, atiborrándose de higos, sin prisa alguna por terminar.

—¿No tenéis esclavos? —preguntó con curiosidad. Había notado la ausencia de los mismos y le había extrañado.

—Antes sí que teníamos, pero desde que se fue mi padre… —Claudia miró inconscientemente hacia su madre y se mordió la lengua. Helvia le devolvió una mirada que exigía prudencia. No parecía agradarle la idea de que se aireasen las intimidades de la familia ante un desconocido. "*Teme alguna indiscreción inocente por parte de Claudia*", coligió el viejo zorro de Catón.

—Para nosotras dos solas no necesitamos a nadie —aclaró Claudia —. Nos apañamos bien solas. Además no recibimos visitas. Tenemos un porquerizo y un pastor que se encargan de los animales; y sus mujeres se encargan de la matanza y los quesos. La huerta es la afición

de mi madre y todo lo demás nos lo suministran los colonos.

—¿Los campesinos y granjeros que he visto en el valle son colonos del comandante? —preguntó Catón, muy sorprendido por la revelación.

—Sí —reconoció Claudia con modestia, mirando a hurtadillas hacia su madre, temiendo haberse ido de la lengua. Pero Helvia permanecía en silencio, como si fuera ajena a la conversación.

"*Vaya con el comandante, qué callado se lo tenía* —masculló Catón para sí—. *Así que no sólo defiende a su mujer y a su hija, sino también sus tierras. O quizá, sobre todo, sus tierras*". Esto explicaba las patrullas de legionarios vigilando todo el valle, no sólo la aldea y las tierras colindantes a la frontera dacia. Y también explicaba el comentario malicioso que le hizo el pretor Cayo Publio al denunciar que el valle estaba exento de impuestos. "*Ajá, no es que el comandante mime a sus paisanos, sino que protege sus intereses. Al final va a resultar que aquel pretor tan taimado llevaba algo de razón en las cosas que me dijo*". Lo que no le cuadraba a Catón es que estando aquellas tierras bajo la jurisdicción del augusto Licinio, los legionarios sirvieran la voluntad del comandante de Constantino. "*Supongo que a Licinio le conviene tener contento al comandante del que ahora es su aliado pero mañana puede convertirse en su peor pesadilla* —reflexionó, intentando encontrarle sentido—. *O eso o que el comandante es más listo de lo que parece y no rinde pleitesía a un solo augusto*". Ahora comprendía que el comentario del pretor sobre los impuestos fue más malicioso de lo que le pareció en un principio. ¡Fue una insinuación envenenada! ¿Estaría el augusto Constantino al corriente de estas particularidades?, se preguntó Catón, intentando comprender las implicaciones que podría tener su desconocimiento. Desde luego, si Constantino no estaba al corriente de los tejemanejes de su comandante y un día los descubriera, éste se vería en un grave aprieto. No le sería nada fácil justificarse. Y si éste fuera el caso, el pretor Cayo Publio tenía un as en la manga para utilizarlo cuando más le conviniera y quitarse de en medio a su adversario. ¿Sabría el comandante que Cayo Publio tenía esa arma en su poder? ¿Debería avisarle él, como tutor de su hija y por lo tanto responsable del bienestar de la misma? Catón resolvió que tomara la decisión que tomara lo haría con filosofía y buscando siempre minimizar los daños. Necesitaba recabar más información y conocer mejor el estado de las cosas. *"No estaría de más que le hiciera una visita al duque que comanda este distrito, a ver si saco algo en claro".*

Para cuando terminó de desayunar, Catón, que tenía un olfato de sabueso y mucho mundo a sus espaldas, entre lo que contó y calló Claudia y la actitud de Helvia pudo deducir muchas cosas sobre la vida de aquellas mujeres.

En cuanto Claudia terminó de fregar los platos lo apremió a ir a la cabaña para empezar con los estudios. Al levantarse, Catón se despidió de Helvia con torpe galantería y a ella le dio tiempo a girarse y mirarlo a los ojos. Fue una mirada fugaz pero ígnea, una llamarada, un grito de auxilio. A Catón se le heló la sangre y salió aturdido de la casa.

El golpe de frío mañanero lo volvió a su ser.

—¿Siempre es así de habladora? —le preguntó a Claudia con aire alegre para no delatar su turbación.

—Desde que… —a Claudia se le hizo un nudo en la garganta y fue incapaz de terminar la frase—. Antes era distinta. Era alegre —remató, eludiendo dar más explicaciones.

—¿Desde que se fue tu padre, quieres decir?

—Sí… —respondió Claudia, titubeante—. También… —añadió con un desgarro en la voz.

Catón notó el dolor de una emoción reprimida en la voz de Claudia y no quiso indagar más. No había que forzar la historia. No por ahora. Si un día quería contársela, que lo hiciera por su propia voluntad. Aunque preferiría que se la contase la propia Helvia. Intuía que habría más verdad en la versión de la madre.

—¿Qué te parece si bajamos al río? —la sorprendió Catón, cambiando drásticamente de tema.

Claudia lo miró de hito en hito. ¿Le estaba tomando el pelo? ¿Había ido a enseñarle sabiduría o a pescar truchas?

—Bueno, si es lo que te apetece…

—Espera un segundo.

Catón entró en la cabaña y salió con un par de códices en la mano.

—Hoy empezaremos con esto —le dijo echando a andar en dirección al río, tamborileando con sus dedos sobre el cuero de uno de los códices.

A Claudia se le iluminó la cara. Nunca le había gustado estudiar en la cabaña, le parecía claustrofóbica. No entendía por qué cuando hacía buen tiempo, teniendo todo el campo para ellos, los otros maestros de empeñaban en encerrarse allí.

—¿Qué lecturas son? —preguntó impaciente, aunque temiendo la respuesta. “*Seguro que son* “La Odisea*”* y “La Ilíada*”*, pensó, poniendo cara de circunstancias. Le agradaban aquellos libros, pero tenía hambre de cosas nuevas. “*¿Con qué otra enseñanza va a comenzar un griego?*”, se convenció a sí misma, sin poder evitar que le aflorase la decepción en el rostro. Aunque, por otra parte, los códices eran

demasiado finos. A menos que los hubieran escrito con letra minúscula parecía poco probable que pudieran contener en tan pocas páginas tantas palabras. Esto le dio esperanzas y un brillo nuevo iluminó sus ojos.

A Catón le gustó su curiosidad. Era señal de inteligencia.

—Ten paciencia —le dijo—, lo sabrás en breve. Antes debo conocerte mejor. Para empezar a enseñar, un buen maestro debe primero estar al tanto de los conocimientos y el talento que poseen sus alumnos.

No hizo falta insistirle más. Claudia, que era de natural expansiva, le dio buena cuenta de su instrucción. A los seis años se inició en los rudimentos del leer y escribir tanto en latín como en griego con dos reputados *ludi magister* que el comandante hizo traer, al uno de Roma y al otro de Atenas. Finalizada esa primera etapa le tocó el turno a un gramático para perfeccionar los anteriores conocimientos y profundizar en la lengua y literatura tanto griega como latina, fundamental para cualquier persona culta de la época. Homero, Meneandro, Virgilio, Horacio o Lucano se volvieron para ella nombres tan familiares y queridos como para los aldeanos los nombres de sus caballos.

—Y ahora toca aprender las cosas importantes de verdad —concluyó Claudia con toda naturalidad—: filosofía, historia, geografía, astronomía y ciencias naturales.

"*Chica lista*" —se reafirmó Catón—. La mayoría de los que alcanzaban el conocimiento que ella tenía daban por concluidos sus estudios, ufanos y satisfechos de sí mismos como pavos reales. Eran tan simples que estudiaban la oratoria y la elocuencia como ciencias en sí mismas. No comprendían que su dominio sólo servía para adornar el pensamiento y el conocimiento que se tuviera de las cosas. Quedarse ahí estancados era como si un soldado se esmerase en estudiar la manufactura de las armas sin molestarse en ejercitar los músculos ni aprender las técnicas de combate para usarlas. En la primera batalla sería un cadáver bien armado. En el caso de las letras, quien no se ejercitaba más que en la oratoria y la elocuencia sólo era un tonto que sabía componer y declamar bellas tonterías. "*Especialmente panegíricos*", pensó Catón con desdén. Odiaba con todas sus fuerzas esa moda rastrera.

Por lo demás que le contó Claudia, Catón se arrepintió de haber juzgado tan severamente al comandante. Le pareció un hombre frío e insensible cuando lo trató en Tréveris y ahora empezaba a cambiar de opinión. "*Las apariencias engañan*", se dijo a modo de reproche. "*Pocos padres se toman tantas molestias en educar a una hija*". De hecho, él no

conocía a ningún otro que lo hubiera hecho.

Criada al margen de la molicie palatina y crecida con las honorables costumbres de antaño, Claudia era una *rara avis*. Descollaba sobre las demás jóvenes de su edad, patricias o plebeyas, por su esmerada formación. El comandante le había procurado una educación varonil de alta escuela. Y desde luego, no podía reprochársele el haberla criado en una aldea —como criticaba el pretor Cayo Publio— donde regían las buenas costumbres, una sana disciplina y un régimen de vida lo suficientemente duro como para no enflaquecer el espíritu y lo suficientemente blando para ahuyentar las necesidades que lo envilecen. Sin duda la intención del comandante había sido alejarla de la corrupción moral que se vivía en las ciudades y que afectaba a todos los estamentos sociales, agravándose los síntomas cuanto más se acercaba uno a los estratos superiores.

Pasearon un rato por la ribera del río, hasta que Catón decidió sentarse sobre una roca grande y lisa que había en la orilla. Claudia se sentó junto a él. *"¿Qué será, "*La Odisea*" en dos volúmenes?*".

—¿Conoces a Aristófanes? —le preguntó Catón mostrándole uno de los códices.

—¿Ése no era un literato que escribía… comedias? —Claudia vaciló al preguntar, temiendo que le estuvieran bailando los nombres y ofendiera a su nuevo maestro. ¡¿Qué sabio leía comedias?!

—Deduzco por tu tono que quienes te hablaron de él no lo apreciaban demasiado —se lamentó Catón, entregándole los códices.

Claudia los cogió como si quemaran. Leyó los títulos: "*La asamblea de mujeres"* y "*Lisístrata"*.

—¿Qué te sugiere el nombre de la primera comedia? —le preguntó el griego antes de que pusiera alguna objeción.

—Una ficción —respondió Claudia sin pensárselo dos veces.

Catón hizo una mueca irónica.

—Ficción… —repitió frunciendo el ceño—. Dime, ¿qué tienes contra la comedia?

—Nada —titubeó Claudia, que hojeaba las páginas con incredulidad—. Yo creía que la enseñanza seria…

—La enseñanza seria es la que desarrolla nuestro pensamiento crítico apoyándose en conocimientos valiosos que enriquecen nuestras virtudes —la interrumpió Catón—. Todo lo demás es morralla.

—Eso es lo que hace la filosofía…

—La filosofía es la ciencia del pensamiento, no un género literario. Aprende bien esta lección para que no te engañen en el futuro: el

género literario sólo es la forma en que el genio expresa sus pensamientos. Nada más. El género en sí no tiene valor alguno. Se pueden expresar las ideas más brillantes con una comedia y las mayores necedades con un ensayo. Recuerda lo que dijo Cicerón, que no hay cosas más absurdas que las que se pueden encontrar en los libros de los filósofos. Y otro punto a favor de las comedias: han sido muchos los tiranos que han intentado restringir la libertad de expresión atacándolas directamente. Moríquides incluso consiguió que durante tres años se prohibiera escribir una nueva o representar las ya escritas. Para algo más que para hacer reír servirán cuando los peores gobernantes las temen, ¿no te parece?

Claudia lo escuchaba con los ojos abiertos como platos. Sus anteriores maestros sólo habían nombrado a los que escribían comedias para escarnecerlos y mofarse de ellos.

—¿Y qué conocimientos aportan estas dos comedias? —preguntó Claudia, decidida a vencer los prejuicios.

Catón asintió con la cabeza, aprobando de forma explícita su curiosidad.

—¿No querrás que te enseñe a pescar poniéndote sobre la mesa una trucha hervida? Léelas y después me lo explicas tú a mí. A lo mejor me enseñas algo que se me había escapado.

Claudia se quedó a cuadros. La respuesta la desconcertó completamente. ¿Qué maestro era aquél que en lugar de enseñar quería que la alumna le enseñase a él? Sin embargo, el reto le gustó y aceptó de buen grado. Le gustaban los desafíos.

—Bien, mientras las lees voy a inspeccionar la zona.

—¿Te vas? —preguntó incrédula.

—Me voy para que puedas leer tranquila y no tengas la tentación de preguntarme lo que no entiendas —le dijo cucándole un ojo—. Quiero que las leas con atención y medites bien su contenido. Y no te ruborices demasiado leyéndolas —le advirtió con malicia—. Después de la cena hablaremos sobre ellas, ¿te parece bien?

Claudia sabía que era una pregunta retórica y que no podía negarse. Por primera vez en su vida no sabía qué decir. Esperaba que el maestro le explicase cosas, no que la dejase leyendo y se fuera a pasear. Ahora entendía por qué no había puesto ninguna objeción a lo de pasar el día entero dándole clases. ¡Si para él dar clases era dejarle unos textos e irse a pasear, así cualquiera!

—Bueno, no quieras entretenerme más para eludir tus obligaciones. Ahora léete bien los comedias y no te ruborices demasiado —le dijo cucándole un ojo—. Esta noche las analizaremos y verás lo equivocada

que estabas con tus prejuicios. Estoy seguro de que la lección será mucho más interesante de lo que imaginas.

Claudia observó atónita cómo el maestro cumplía su palabra y se alejaba a paso ligero.

—¡Espero no perderme y que me dé tiempo a volver para la cena! —le gritó Catón desde lejos.

—¡¿No prefieres que te acompañe?!

—¡No quieras escaparte de leer las comedias!

—¡Al menos llévate a la burra! ¡El sentido de la orientación de esos animales es increíble!

—¡No, déjala que descanse! ¡Hasta a las parejas mejor avenidas les viene bien darse un respiro de vez en cuando! —le gritó Catón riendo, consciente de que Claudia no entendía el amor que profesaba a su animal—. ¡Si veo al soldado aquel tan apuesto que nos cruzamos ayer… ¿quieres que le dé recuerdos de tu parte?!

Catón no esperó a ver su reacción. Se la podía imaginar roja como un tomate.

¿Quién está al mando?

Palacio de Tréveris

Marcial se preparaba para su tercera noche en las tinieblas y nadie daba señales de vida. "*Volveré en un rato, volveré en un rato*", maldecía sin cesar, acordándose de las palabras del eunuco. El olor a orín —¡su propio orín contra la pared!— comenzaba a resultarle vomitivo. Para hacer aguas mayores no le quedaba más remedio que esperarse a la noche y aprovechar el momento de la rapiña en la cocina para acercarse a las letrinas con clandestinidad y alevosía. Era una operación sumamente delicada porque había guardias apostados en todos los rincones del palacio y no siempre era fácil evacuar sin ruido, pero hacerlo en el pasillo le parecía inaceptable. Con el olor a meados era suficiente.

Calculaba las horas por los ruidos de la cocina. A las tres de la mañana encendían el horno y a las cuatro comenzaban a amasar el pan; a las seis aumentaba el ajetreo para preparar el desayuno, que se servía a las siete; después había calma hasta las diez, donde volvía el alboroto que precedía al almuerzo de las once. A partir de este momento el ruido era ininterrumpido y frenético hasta las tres, en que se servía la comida más importante y elaborada del día. Después el ruido decrecía notablemente. A las cinco los esclavos encargados de servir las mesas comían al fin, apagaban el horno y limpiaban la cocina. Y a partir de las seis y hasta las tres de la mañana reinaba de nuevo el silencio y, paulatinamente, también el frío.

Desesperado, Marcial manoseaba la tarja que llevaba siempre consigo a modo de amuleto, haciéndola girar entre sus dedos velozmente. Era un trozo de cerámica cocida quebrada por la mitad, con medio rostro de Júpiter grabado en él. Hacía cuatro años que en su nombre había jurado amistad eterna con Máximo, su mejor amigo. Cada uno de ellos había agarrado al dios por un extremo y lo habían partido por la mitad, quedándose cada uno con su parte, unidos para siempre por un juramento. Lo hicieron en York, la víspera de su despedida. Marcial partió a la mañana siguiente hacia Tréveris en la

comitiva de Constantino con su flamante título de capitán de la guardia imperial recién estrenado, mientras que Máximo partió dos días después hacia Hispania como decurión de caballería. Hacía ya cuatro años de aquello y no habían vuelto a saber nada el uno del otro, pues Constantino no permitía que los oficiales de distintas legiones mantuvieran correspondencia privada entre ellos. Era su forma de conjurar el peligro de una sublevación orquestada entre los altos mandos. Infringir esa ley estaba tipificado como alta traición y su precio era la soga.

Ahora, más que nunca, Marcial lo echaba de menos. Cuando saliera de aquella ratonera necesitaría a alguien en quien poder confiar por si las cosas se ponían feas. Y todo apuntaba a que se pondrían feas. La custodia secreta del prisionero que se le había confiado lo comprometía gravemente. No estaría de más tener planeada una escapatoria en caso de que aquello se fuera de madre. Estar en secretos que atañían al augusto era tan peligroso como exponerse desnudo a los leones. Y, para su desgracia, Marcial sólo confiaba en Máximo. El comandante ya no estaba de su lado y Cleo… ¡A Cleo había que darle de comer aparte!

Hacía un par de horas que les había servido la comida a los prisioneros cuando escuchó un ruido extraño al otro lado de la pared, algo parecido a un tintineo metálico. Según sus cálculos sería medianoche. Sobrecogido, pegó la oreja a la pared. En teoría, al otro lado había un muro de piedra de tres metros de ancho. De pronto escuchó un leve crujido y vio cómo en mitad del pasillo desaparecía un trozo de muro. Tal cual. El corazón estuvo a punto de salírsele por la boca vomitado a cuajos.

El instinto lo empujó a abrir la celda y encerrarse con los prisioneros. Fue un acto reflejo. Llegó incluso a introducir la llave en la cerradura. Sólo el terror al castigo lo detuvo en el último momento. ¡Era mejor enfrentarse a los demonios infernales que a la ira de Constantino! Y ese instante de lucidez le salvó la vida. O al menos lo salvó de la burla del eunuco, pues fue Amelius quien asomó por el hueco de la pared con una sonrisa sardónica de oreja a oreja, muy divertido con el golpe de efecto.

—Perdón por el retraso —se disculpó con una sonrisa maliciosa.

"¡*Maldito hijo de puta!*". Marcial lo miró con odio. Lo había subestimado. Era mucho peor de lo que creía. Era perverso. Le dieron ganas de estamparle la cabeza contra el rincón que había consagrado de meadero. Él esperaba que llegase por la despensa, el único lugar de acceso que conocía hasta ese momento. El malnacido no le había avisado de que existía otra entrada. Y mucho menos que parte del muro se podía escamotear por arte de magia.

—Baja la espada y recupera el juicio —le ordenó Amelius con una obscena sonrisa dibujada en los labios—. No soy un fantasma.

Marcial no estaba tan seguro de ello. Había desenvainado la espada y la mantenía en alto, dirigiendo la punta con fiereza hacia el eunuco. Tardó unos segundos en envainarla de nuevo.

Cuando abrió la celda, los soldados estaban en guardia. Los habían escuchado y se habían alarmado. El prisionero se había vuelto a cubrir el rostro con la capucha y los esperaba de pie, flemático, sin mostrar ningún nerviosismo.

Una larga y empinada escalera de piedra comunicaba el pasillo con la sala de audiencias privada de Constantino. Marcial no salía de su asombro. Cada vez daba más credibilidad a los rumores que aseguraban que Minervina, la ex esposa de Constantino, pasaba largas temporadas viviendo escondida en palacio. Ello justificaba la sempiterna congoja de su legítima esposa, Fausta, hija del ex augusto Maximiano y hermana de Majencio, con quien en breve Constantino se iba a disputar el Imperio de Occidente. "*Por todos los dioses que no es fácil la papeleta de esta mujer* —pensó Marcial mientras subía las escaleras, compadeciéndose de ella—. *Además de soportar la cornamenta debe apoyarlo en la destrucción de su familia. Hace dos años la obligó a delatar a su propio padre por alta traición, lo que la dejó huérfana, y ahora se va a batir con su hermano para destronarlo. Como no le dé pronto descendencia ella misma no tardará en seguir los pasos de su familia*".

En la sala reinaba un silencio sepulcral. Constantino y los cuatro miembros del Sagrado Consistorio aguardaban al prisionero con gran expectación, con los ojos severos de un jurado impenitente clavados en él, siguiéndolo como las flechas siguen al venado. Ninguno de ellos movía un músculo ni se los oía respirar, cual cónclave de fantasmas.

Amelius guio al prisionero y a los dos soldados hasta la silla solitaria, enfrentada a las demás. El eco de los pasos en la enorme sala retumbaba siniestro e inclemente como si martillearan el cadalso. El eunuco les indicó con un gesto que esperasen allí de pie hasta recibir órdenes, el prisionero delante de la silla y los dos soldados detrás. Estos últimos, sin atreverse a mirar a los ojos al augusto ni levantar la cabeza, le hicieron una gran reverencia en señal de respeto y sumisión.

Amelius, silencioso como una serpiente, ocupó su sitio frente a ellos, junto a los miembros del Sagrado Consistorio.

Marcial fue el último en entrar en la sala y se quedó de pie al borde de la escalera, sobrecogido por el silencio y la gravedad plomiza que pesaba en el ambiente. Saludó al augusto haciendo la debida

reverencia pero Constantino no reparó en él. Tenía los ojos fijos en el prisionero, haciendo presa. Éste permanecía impasible, con la cabeza alta, sin altivez pero sosteniéndole la mirada sin complejos. Marcial observó entonces a los soldados y sintió pena por ellos. Con los nervios a flor de piel dibujándoles un horrible rictus facial, mantenían las cabezas agachadas desde que entraron, sin atreverse a mirar al augusto, imponente e intratable en su alto trono, con su ropaje regio de seda escamada, su capa púrpura y su gruesa cadena de oro colgándole hasta el esternón. Su puesta en escena estaba estudiada para abrir una distancia abismal con el resto de los mortales. Esto terminó de confundir a Marcial. Era solemnidad para un manjar de reyes, pero harto inaudita para recibir a un prisionero de aspecto humilde.

Fiel a su estilo de no dejar traslucir sus pensamientos, y menos aún sus emociones, Constantino era una efigie de sí mismo, con sus grandes ojos escrutadores e impenetrables, el rostro serio, su grueso cuello de toro inflamado por la gravedad del momento, y su potente maxilar, capaz de triturar hasta la última espina de sus enemigos, mascando el desarrollo de los acontecimientos.

Para aumentar el desconcierto de los presentes, tras una atenta inspección ocular del prisionero, Constantino disimuló su interés ojeando unos *notoria* que tenía sobre la mesita de ébano que había junto al trono. Los recibía a diario para informarse del estado y número de las tropas reunidas en Lyon, provenientes de las provincias que gobernaba y que se iban sumando al grueso de su ejército a cuentagotas. Cuando las juntara a todas acudiría él en persona para lanzarse sobre Roma y coger desprevenido a Majencio, quien no se esperaría una maniobra tan rápida y audaz. El factor sorpresa sería determinante para contrarrestar la balanza que en efectivos se inclinaba claramente hacia Majencio y decantar así la victoria a su favor, burlando la lógica numérica. Al menos en ello cifraba sus esperanzas.

Mientras Constantino jugaba a ser un dios con estas tácticas enervantes que no tenían otra finalidad que romper los nervios de sus víctimas, mostrándoles la pasta vulnerable de que estaban hechos, Marcial examinó disimuladamente a los hombres del Sagrado Consistorio, los fieles adeptos a aquel singular pontífice: el obispo Osio, venido hacía dos meses de la lejana Hispania a instancias del augusto y que se había convertido, contra todo pronóstico, en su consejero de cabecera. Marcial todavía no se había formado una opinión sobre él. Su astuta discreción dificultaba conocer sus intenciones. Discreción, eso sí, que no había impedido dividir a la corte entre sus defensores y detractores, con fricciones cada vez más

aceradas habida cuenta del influjo que ejercía sobre el augusto. Ahora, observando sus nervios, Marcial comenzó a cavilar si su venida a Tréveris no guardaría relación directa con la causa del prisionero; el pretor Cayo Publio, el brazo legal de Constantino. De él poco había que decir, salvo que por sus venas corría la tinta con que rubricaba implacables leyes sin más criterio jurídico que satisfacer la voluntad de su amo y benefactor; el comandante, por supuesto, del que lamentaba cada día más haber perdido su confianza. Aunque Marcial había llegado a forjarse una coraza estoica tan sólida que pocas cosas conseguían ya afectarle hasta el punto de atenazar su juicio. En otras palabras: había aprendido a no fiarse ni esperar nada de nadie; y por último estaba Sempronio, el mayor prestamista y banquero del Imperio al que para espanto de todos Constantino había nombrado cuestor de finanzas, que era como confiar al más taimado de los ladrones el tesoro imperial.

Al observar a este último lo invadió una cólera silenciosa. Sentía un desprecio visceral hacia aquel ser sin escrúpulos capaz de pedir comisión hasta por rescatar un alma. No es que los tiempos anduviesen sobrados de virtud, pero Sempronio traspasaba los límites de la ruindad que podía justificar el siglo que lo había alumbrado. Su mezquindad era innata, no teniendo otra religión que la usura, sin casarse con nadie y amancebándose con todos. Nacido esclavo y ganada la libertad a la muerte de su patrono, había hecho de su capa un sayo, decidido a esclavizar a sus antiguos dueños. No había conflicto en el que no resultase el máximo beneficiado, pues prestaba por igual a las facciones enfrentadas. No sin razón se le acusaba de ser un intrigante sibilino que sembraba cizaña entre los hombres poderosos para que nunca terminasen las disputas. Se decía que financiaba las guerras y hasta a veces las decidía según su conveniencia y que ganaba un dracma por cada gota de sangre que se derramaba en el Imperio. Incluso se rumoreaba que en más de una ocasión había prestado a los bárbaros después de alentarlos a atacar a Roma, aleccionándolos previamente sobre sus puntos débiles. Aunque eran rumores que no podían probarse, muchos los creían a pies juntillas, y desde luego nadie ponía la mano en el fuego para desmentirlos. Su mala fama lo había convertido en uno de los personajes más odiados y a la vez más temidos. Especialmente por los poderosos, que tanto más lo odiaban cuanto más lo necesitaban. A Marcial sólo le aliviaba pensar que el augusto, cuando las deudas lo atosigaran demasiado, sabría cancelarlas de forma expeditiva mandando al otro barrio a su odioso acreedor.

Constantino, sentado en su trono como un rey oriental, dejó con indolencia los *notoria* sobre la mesita de ébano, cogió un pergamino, lo desenrolló con parsimonia y lo ojeó con desprecio. Después lo

utilizó de abanico. Era la misiva que le había sido remitida un mes antes para anunciarle la llegada del prisionero. En ella se estipulaban las condiciones del encuentro. Con su actitud dejaba claro que no tenía intención de respetar lo estipulado.

El prisionero, mostrando un temple inaudito, permaneció impasible ante la provocación. No se amedrentaba fácilmente.

A un gesto de Constantino, los dos gigantes que custodiaban la puerta avanzaron hacia los soldados. Éstos, sin tiempo de reaccionar, desarmados y sin posibilidad de defenderse ante aquellos colosos a los que apenas les llegaban al hombro, asumieron su destino y no opusieron resistencia. Marcial supo de inmediato, por la expresión del augusto, que no volverían a ver su patria. Aquello explicaba la presencia de los gigantes en la sala, que tanto le había extrañado. Era una medida de seguridad desproporcionada para controlar a un solo hombre medio desnudo y sin pinta de haber empuñado un arma en su vida.

Marcial se hizo a un lado para dejarlos pasar. Fue duro mirarlos a los ojos. En ellos principiaba a consumarse su aciago destino. Habían envejecido una vida en dos días.

Cuando hubieron desaparecido por las escaleras, Amelius se levantó y empujó el candelabro a su posición original, ignorando a Marcial, que quedó dentro de la sala como podría haber quedado fuera. La pared se cerró de golpe. "*Muy astuto* —pensó—, *así él puede visitar a Minervina cuando le plazca, pero ella no puede importunarlo sin su permiso*".

—Descúbrete —le ordenó Constantino al prisionero.

El obispo Osio se irguió en su silla. Los nervios lo estaban devorando. Tenía los ojos cuajados de algo que, si no era odio, se le parecía bastante. Y además, no un odio cualquiera, sino un odio profundo, atávico e incurable.

El prisionero se tomó su tiempo y Constantino comenzó a enrojecer de rabia. No solía mediar ninguna objeción ni lapso de tiempo entre sus órdenes y su cumplimiento.

Tranquilamente, el prisionero se quitó la capucha, desvelando su rostro. Los cuatro miembros del Sagrado Consistorio hundieron sus espaldas en las sillas, con los ojos como platos. "*¿Quiénes son ahora los castrados?*", pareció pensar el eunuco, sonriendo con malicia mientras regresaba a su asiento. Aunque él tampoco podía presumir demasiado. En su cara también se reflejaba el impacto de una honda impresión.

El efecto que el prisionero provocaba en los demás no se debía sólo a su extraño aspecto físico. Marcial fue consciente de ello más tarde, cuando entendió mejor la naturaleza del prisionero. Emanaba de él

una energía hipnotizante que envolvía a quienes lo rodeaban como una tela de araña. Esta energía era tan poderosa que minimizaba su endeble aspecto físico. Ante él uno tenía la sensación de estar ante alguien al que era mejor evitar enfrentarse. Por alguna extraña razón le embargaba a uno una especie de respeto natural que sólo se manifiesta ante quienes, inconscientemente, se sabe superiores.

Constantino no fue una excepción. Echó la cabeza hacia atrás y se retrepó en el trono con una mueca de desagrado, de asco supersticioso, parecido al que sufrió Marcial cuando lo vio la primera vez, víctima de los mismos prejuicios. La distancia habida con el prisionero, de más de diez pasos y con el muro entre ambos que formaban sus hombres de confianza, se le hizo escasa.

Durante unos interminables minutos se dedicó a escrutar al prisionero y a recomponerse disimuladamente de la impresión que le había causado. Se adivinaba en él una aprensión que le dificultaba mantenerle la mirada por mucho tiempo.

La expresión del pretor Cayo Publio era un calco de la de su amo. En cambio, las expresiones del usurero Sempronio y del obispo Osio denotaban dos impresiones muy distintas. El usurero lo miraba con codicia, como un objeto raro de valor incalculable. Las rarezas se cotizaban. Sin embargo, a Osio se le tensaron hasta las cejas. Era como si tuviera ante él al mismísimo diablo y una oportunidad histórica de vencerlo.

El impacto causado por el prisionero fue grande en todos ellos, pero la reacción del comandante se llevó la palma. Trascendía los límites concebibles en su persona. Marcial lo había visto en campaña ajusticiar a los enemigos con la frialdad con que un cazador desuella a su presa; lo había visto pegar fuego a una aldea rebelde y después contemplar impasible a decenas de mujeres y niños arder como pinocha; lo había visto enfrentarse a mil circunstancias terribles y jamás le había sorprendido una mínima emoción en la mirada. Y sin embargo, cuando el prisionero se quitó la capucha, Marcial vio cómo palidecía y se ponía rígido, cómo se le crispaba el rostro, le temblaban los labios y los ojos se le abrían desorbitadamente. Tenía la cara de alguien que ve a un fantasma o que se enfrenta a la muerte de manera inopinada antes de tiempo. Sus ojos bailaban vertiginosamente escudriñando algún signo que sólo él podía descifrar. Parecía como si un rayo hubiera relampagueado en su conciencia y prendido en algún rincón dramático de su memoria. Era la primera vez que Marcial veía al comandante nervioso y afectado por algo. El prisionero había obrado el milagro de convertirlo en un ser humano ordinario, traumatizado por una visión o un recuerdo lacerante.

—¿Qué van a hacer con los soldados? —preguntó de repente el

prisionero con toda naturalidad, como si estuviera en su derecho de hablar cuando quisiera. Su voz era firme y serena, extraña, con el aplomo de las altas dignidades pero sin un ápice de soberbia o arrogancia. Su latín era perfecto, aunque con acento extranjero. Era un acento irreconocible, que ninguno de los presentes supo ubicar.

El silencio que se hizo tuvo una tensión de Zeus tronante. Aquello era insólito. Se quedaron todos boquiabiertos y pasmados, empezando por Constantino. Aquel hombre pálido y debilucho, que no parecía amilanarse ante nada, había tenido los arrestos de hablarle al augusto sin permiso. Y con un tono admonitorio. Aquello contrarió tanto a Constantino que se quedó sin palabras. Estaba casi más asombrado por su descaro que enfurecido por su impertinencia. Y para colmo, el prisionero lo miraba con condescendencia, como si tuviera la capacidad de desnudarle el alma y se apiadara de él.

Constantino frunció el entrecejo con disgusto. Se sentía verdaderamente incómodo. No estaba acostumbrado a tratar con iguales. Y al prisionero parecía importarle poco el protocolo. Seguía mirándolo directamente a los ojos, con una fijeza e intensidad tales como si le estuviera leyendo los pensamientos.

Constantino titubeó en la respuesta, calibrando el tono irreverente de aquél:

—Los interrogaremos —le respondió al fin, muy serio, intentando mantener la compostura. Todavía no sabía a quién se enfrentaba y no quería cometer ningún error.

—Han cumplido con celo su misión, trayéndome sano y salvo hasta aquí —dijo el prisionero con mucho aplomo—. Y no sin dificultades, porque ha sido un viaje largo y difícil. El camino estaba lleno de saqueadores y gente desesperada capaz de cualquier cosa.

El tono reprensor no le pasó desapercibido a nadie. El prisionero estaba culpando al augusto como corresponsable del hambre y la miseria que asolaban el Imperio.

Constantino resopló. La insolencia del prisionero amenazaba con estallar su ira. Su tono y sutilezas traspasaban el umbral de lo aceptable.

A Marcial, en cambio, le conmovió su humanidad. Nadie se preocupaba nunca por la suerte de los soldados. Y menos todavía si su cometido había sido llevarte prisionero y arrojarte en una celda, por lujosa que fuera.

El pretor Cayo Publio, que era uno de esos hombres rastreros tan miserables que viven para saciar las necesidades de sus amos, se creyó en la obligación de intervenir:

—Sólo los someterán a un pequeño interrogatorio.

Su tono sarcástico fue acogido con indiferencia por el prisionero, quien parecía tener un sexto sentido para calar la catadura moral de las personas.

—Claro, no tienes nada que temer por ellos —añadió el banquero Sempronio con una sonrisa espeluznante que delataba la clase de sádico que era. Más atrevido que su compañero, miró a los demás buscando complicidad, pero sólo halló miradas de desprecio.

Marcial apretó los puños para contener la rabia que lo invadía y no aplastar a aquel gusano. Todos los presentes sabían la suerte que esperaba a aquellos pobres desgraciados como pago a sus leales servicios: interrogatorio y matarife. Los interrogarían bajo tortura para sonsacarles hasta la más mínima información que hubieran recabado por el camino, sabedores de que con frecuencia, en este tipo de custodias, escoltas y reos terminan empatizando y confesándose secretos que por su propia conveniencia sería mejor no desvelar. Después de torturarlos y sonsacarles hasta lo que el dolor les hiciera fabular, los matarían para que no se fueran de la lengua. Por si acaso. Por si fuera verdad lo que decían o por si se hubieran callado algo.

Marcial no fue el único que quiso aplastar en aquel momento la cabeza del cuestor de finanzas. La mirada que le lanzó el comandante al banquero fue de las que hielan la sangre. El comandante era un hombre de principios que había consagrado su vida al Imperio como ente divino. Por ello nadie podía serle más odioso que Sempronio, su polo opuesto, al que consideraba un chupóptero al que habría que ajusticiar como escarmiento y lección para sus semejantes, que por aquel entonces pululaban por el Imperio de manera peligrosísima. Más de una vez, en reuniones privadas, el comandante le había sugerido a Constantino crucificar al banquero y confiscarle los bienes, considerando que esa loable y justa acción sería suficiente para sanar las maltrechas arcas públicas. El comandante, aunque no poseía grandes dotes intelectuales, tenía un agudo sentido común, en especial cuando se trataba de cuestiones públicas, virtud que le hacía tan preciado para el augusto. Éste solía escuchar con interés sus consejos, aunque en esta cuestión no estaba de acuerdo con él. Constantino era práctico, y si bien compartía cada insulto que su súbdito le profería al banquero, sabía que eliminarlo sería pan para hoy y hambre para mañana, porque una vez gastado lo incautado, ¿quién le prestaría más dinero? Sempronio era lo que era, y Constantino lo sabía mejor que nadie, pero también sabía que el usurero era astuto como un zorro para los negocios y eso era una garantía de fondos inestimable para él.

Tras lanzarle a Sempronio una mirada llena de desprecio por su comentario, el comandante volvió a centrarse en el prisionero. No le

quitaba el ojo de encima, aunque lo hacía de soslayo, como si le diera miedo enfrentarlo. Cada vez que lo miraba fugazmente, Marcial notaba que los ojos del comandante temblaban. Era como si un carrusel de evocaciones le martilleara la cabeza.

—¿Puedo tomar asiento? —preguntó el prisionero mientras se sentaba sin esperar la respuesta.

Constantino observaba cada gesto y palabra del prisionero con asombro. Nunca había visto tal descaro en su presencia. Ni en la de ningún otro augusto. Claro que dudaba de que jamás otro augusto se hubiera visto en semejante tesitura. Por un momento sonrió. Oh, sí, era absurdo preguntarse qué habrían hecho Diocleciano o su propio padre en su lugar. "*Para ello, primero tendrían que haber tenido en sus manos la posibilidad de cambiar el mundo para siempre*", pensó, muy ufano de sí mismo.

Asumiendo toda su dignidad, se enderezó con poderío, echando sus anchos hombros hacia atrás como un águila imperial a punto de alzar el vuelo. La noche iba a ser larga.

—Vayamos al grano —dijo con autoridad, con voz grave y estentórea—. Explícame qué significa esta misiva —dijo desenrollando el pergamino que tenía en las manos y con el que se había estado abanicando—. ¿Cómo os atrevéis a amenazarme de esta manera? ¿Qué es eso que aseguráis que puede destruirme?

—No es una amenaza —le respondió el prisionero con mucha flema, mostrando por enésima vez un temple inaudito. Cualquier otro en su lugar se habría ido de tripas, pero él permanecía impertérrito, como si gozara de una impunidad absoluta.

"*Si es un órdago, los tiene bien puestos*", pensó Marcial, admirando su coraje.

—¿Quiénes sois, qué queréis exactamente? —insistió Constantino con tono imperioso.

Por un momento, el prisionero clavó sus ojos en el comandante, y esta vez aquél le sostuvo la mirada. Duró sólo unos segundos, tiempo suficiente para que unas gotas de sudor bañaran la frente del comandante y descendieran por sus ojos como lágrimas. Marcial no podía creer lo que estaba viendo. Por suerte para el comandante, ni el augusto ni los demás se dieron cuenta. Sólo él, que lo tenía casi de frente, pudo apreciarlo.

Después, de uno en uno, el prisionero pasó revista al resto de los miembros del Sagrado Consistorio y al eunuco Amelius.

Osio parecía querer saltar de su silla para darle instrucciones precisas a Constantino sobre cómo manejar la situación. Era un

manojo de nervios y se retorcía como una anguila. "*¿No pensará interrogarlo en presencia de los demás?"*, se preguntaba el obispo, estremecido. Sin duda, no era eso lo que habían acordado entre ellos. "*¿Es que no ha entendido la trascendencia de la información que puede revelar el prisionero? ¿Se ha vuelto loco?"*.

El prisionero, leyéndole el pensamiento al obispo, estuvo de acuerdo con él y le hizo un gesto elocuente a Constantino para denunciar que había demasiados oídos para una confesión tan importante.

Constantino, rojo de rabia ante tanta insolencia, descargó en Marcial su furia:

—¡¿Tú qué haces aquí?! ¡Lárgate!

El augusto tenía los ojos inyectados en sangre. Era como si hasta ese momento, ensimismado con el prisionero, no se hubiera percatado de la presencia de Marcial, y ahora, al verlo allí, le enfureciera que no supiera que no le correspondía ese lugar.

Para Marcial era más que un ataque de rabia del augusto. Le estaba dejando claro que no lo consideraba parte de su círculo íntimo de confianza, lo que comprometía todavía más si cabe su delicada situación.

Tardó una milésima de segundo en reaccionar y poner pies en polvorosa, cruzando la sala a grandes zancadas para escapar antes de que su cabeza rodara por el suelo.

Al ver las monstruosas puertas ante él, cruzó los dedos para que no le flaquearan las fuerzas, porque Constantino era muy propenso a interpretar las flaquezas a su manera.

El comandante lo detuvo en seco antes de que intentara empujarlas:

—¡¿Dónde vas, insensato?! —le gritó iracundo—. ¡¿Es que has olvidado tus órdenes?! ¡Vuelve por donde has venido y espera!

Marcial se paró en seco, giró bruscamente sobre sus talones y se encaminó sin rechistar hacia la puerta secreta, maldiciéndolos a todos. Parecía que se hubieran puesto de acuerdo en descargar sobre él toda la tensión que les provocaba el prisionero. Por algún lado tenían que soltarla, pero, ¿por qué tenía él que pagar los platos rotos?

Ante la puerta secreta le sobrevino la misma inseguridad. Por suerte recordó que Amelius había levantado el candelabro para cerrarla, así que en teoría debería hacer lo contrario para abrirla, tirar hacia abajo… ¡Y *voilá*!, la pared se abrió suavemente.

Antes de que a Amelius le diera tiempo a levantar de nuevo el candelabro para cerrarla, Marcial pudo escuchar, tranquila pero firme,

la voz del prisionero:

—Creo que sería prudente que los demás siguieran el ejemplo del soldado.

Marcial no dio crédito a sus oídos. ¿De verdad tenía los redaños de imponerle al augusto las condiciones del parlamento?

Después la pared se cerró. Y el grosor de la piedra era impenetrable al cotilleo. Su constructor fue un gran perito en el arte de la intimidad. No tenía una cerradura por la que poder observar ni quedaba una rendija por la que se pudiera filtrar un halo de luz que delatara si había vida al otro lado. Marcial bajó las escaleras deprisa por miedo a quedar atrapado en ellas. Dio por hecho que existiría un mecanismo que retardaría el cierre de la pared de abajo, pero que antes o después se cerraría. Y no sería deseable que al abrirse de nuevo quedase expuesto al peligro de ser acusado de intentar escuchar una conversación privada del augusto, por más que se muriera de ganas de hacerlo.

Una vez abajo y conjurado ese peligro, vio que la celda seguía abierta, tal cual la había dejado. No había ni rastro de los colosos y los soldados prisioneros. ¿Habría otra puerta secreta que conduciría a las mazmorras o los habrían sacado por la cocina hechos fiambre?

Como había intuido, la pared del pasillo no tardó en cerrarse y Marcial quedó nuevamente del otro lado, del lado del silencio y la ignorancia. Bueno, de la total ignorancia no. ¿Sabrían Constantino y los hombres del Sagrado Consistorio lo del tatuaje en el pie del prisionero? ¿Lo habrían visto los soldados que lo custodiaron? Lo dudaba. Habían viajado de noche y las noches eran muy frías para dormir desnudos y con los pies al descubierto. Si el augusto confiara en él podría revelárselo. Quizá hasta fuera un detalle importante. El obispo Osio parecía tener algún conocimiento sobre él, pero quizá ese detalle se le había escapado y podía ser revelador. A saber. También podría decírselo al comandante. Éste había reaccionado de forma muy extraña ante el prisionero. Quizá ese detalle fuera importante para él. Todo eran hipótesis y conjeturas de su mente febril, se regañó a sí mismo. Además, él no debería haberlo espiado a través de la cerradura y por lo tanto no debería haber visto nada. No, no iba a arriesgarse a que pensaran que sabía más de lo que sabía y corriera la misma suerte que los soldados que lo habían custodiado hasta palacio. Averiguaría el significado del tatuaje por su cuenta. Sí, eso haría, determinó con firmeza. Aquello le podría dar una pista sobre lo que estaba sucediendo. Si averiguara quién era aquel extraño prisionero quizá podría comprender su importancia. Y quién sabía si aquella información, en el caso de que las cosas se pusieran feas para él —en palacio la suerte de cada hombre pendía de un hilo y éste podía

romperse de un momento a otro— podía salvarle la vida. Tenía un pálpito al respecto.

Constantino se quedó mudo con la exigencia velada del prisionero de expulsar a sus hombres de la sala. El pretor Cayo Publio sonreía al imaginar la suerte que le esperaba al osado por desafiar al augusto e intentar imponerle condiciones. Se preguntaba cuánto tardaría en estallar y decapitarlo allí mismo. A juzgar por la expresión de los demás, todos pensaban igual. Aunque ellos no sonreían. El fatal y previsible desenlace no les hacía tanta gracia. Sempronio, el cuestor de finanzas, chasqueaba la lengua porque estaba convencido de que el prisionero valía una mina de oro; Amelius, el eunuco, siempre terminaba compadeciéndose de los desgraciados; para el obispo Osio un ataque de ira de Constantino supondría la mayor tragedia para sus oscuros propósitos, perdiendo la oportunidad de interrogar a quien a todas luces se veía que consideraba alguien de la máxima relevancia para sus intereses; y al comandante la sola idea, por cómo se había estremecido al mirarlo a los ojos, debía aterrarlo. Así que todos ellos, con excepción del pretor, cruzaron los dedos para que el desenlace no fuera dramático.

Era lo único que podían hacer, cruzar los dedos, porque si Constantino decidiera ajusticiarlo por su insolencia ninguno de ellos osaría intervenir para defenderlo.

Por suerte, un rayo lúcido cruzó por la mente de Constantino. Era irascible y colérico, un rato vehemente y un mucho veleidoso, pero no era ningún estúpido. Conocía el valor del prisionero y las implicaciones que podría tener revelar los secretos de que aquél era poseedor. Si es que el obispo no le había engañado, claro.

Clavó la mirada en la coronilla calva de Osio y éste sintió su fuego como si se la quemaran los rayos del sol atravesando un vidrio. Osio se giró para suplicarle con los ojos que no se dejara engañar por la artimaña de aquel demonio, quien conseguiría seducirlo con su lengua mentirosa. "*¡Yo debo estar presente!* —le suplicó con la mirada—. *¡Yo debo saber todo lo que este demonio quiera confesar! ¡Sólo yo sabré entender y juzgar la gravedad de su revelación!*". El obispo era ahora consciente de su error y se flagelaba a sí mismo. Debería haberse anticipado a la treta del prisionero. Había imaginado las mil y una formas de interrogarlo con tanta sutileza y astucia que Constantino no pudiera penetrar el verdadero sentido de las revelaciones y después engañarlo con la interpretación que a él le conviniera. Sería pan comido para él, pensó sobrestimando sus habilidades. ¡Era un maestro de la elocuencia! Ensoberbecido, en ningún momento se le ocurrió pensar que el prisionero solicitara hablar a solas con el augusto y

menos aún que éste se lo concediera. ¡Qué idiota había sido al subestimarlos! Ahora ya era tarde para enmendar el error y debía agachar las orejas y obedecer, cruzar los dedos y rezar. Sobre todo, rezar. Rezar para que el prisionero, por un prodigio milagroso, se volviera mudo de repente. O, en su defecto, Constantino sordo.

Constantino sonreía por primera vez aquella noche, mascullando un plan que sólo alguien como él podía concebir. Osio temblaba. Conocía muy bien esa sonrisa del augusto.

Los miembros del Sagrado Consistorio permanecían en vilo, anclados en sus sillas, con los ojos clavados en el suelo y los músculos agarrotados. Constantino meditaba con calma su decisión. La idea de quedarse a solas con el prisionero no le agradaba, pero ¿de verdad quería compartir con aquellos hombres un secreto capaz de hacer temblar los cimientos del Imperio que pensaba construir? Eso le impediría utilizarlo con total libertad y además lo expondría a traiciones. La sonrisa de Constantino se tornó grosera. Oh, sí, él sabía muy bien que quien aspira a dominar el mundo no puede compartir todas las verdades.

La deliberación no le llevó más de un par de minutos.

—¡Dejadnos solos! —ordenó con autoridad, indicándoles a sus fieles servidores la salida principal.

Al dar la imperiosa orden, observó atentamente la reacción de Osio. Clavó sus ojos en él con diabólica intensidad. No había en su mirada ningún matiz de disculpa. Allí no había lugar para la amistad, sino para el cálculo interesado.

Osio le devolvió una mirada sumisa, aunque contrariada, de profundo malestar. Constantino sabía cuánto anhelaba ese encuentro. Fue Osio quien le reveló la existencia del prisionero y su importancia y también quien movió los hilos para traerlo a palacio. Era injusto que ahora lo apartase de su lado como a un insignificante peón que ya ha cumplido su cometido. Pero a Constantino nadie lo mangoneaba. Todos ellos eran marionetas cuyos hilos manejaba a su antojo según su conveniencia. Y al que se volvía inútil lo tiraba a la basura.

Constantino tiró de la cuerda que colgaba a su derecha como una boa amaestrada y enseguida se abrieron las grandes puertas. Los hercúleos eunucos entraron blandiendo sus gigantescas espadas.

—Ellos me acompañarán —le dijo al prisionero—. ¡Son mudos!

—Mudos, pero no sordos —replicó éste aceptando sus deseos con un gesto asertivo de la cabeza, aunque encogiéndose de hombros, dándole a entender que los riesgos que quisiera asumir eran su problema.

Estas palabras tuvieron su efecto, pues por unos segundos sembraron la duda en Constantino, suspicaz como era. Aunque descartó la idea de quedarse a solas con él. Al pensarlo bien cayó en la cuenta de que los eunucos también eran analfabetos, por lo que no sólo no podrían cacarearlo siendo mudos sino tampoco escribirlo. No había nada que temer. Y se sentiría mucho más a gusto con ellos en la sala. El prisionero parecía debilucho, pero no mostraba miedo alguno. Y la valentía muchas veces suple el vigor corporal. Así que no había nada que pensar: no tenía ninguna necesidad de exponerse a ningún riesgo. Los colosos permanecerían junto a la puerta. Si hablaban en voz baja, ni siquiera los escucharían.

El obispo salió muy angustiado de la sala. No era sólo por sentirse traicionado por Constantino. En realidad eso era lo de menos. El peligro que se cernía ahora sobre la Iglesia era tan real que su vanidad no tenía cabida. Jamás había estado tan cerca de poder asestar un golpe mortal a su poderoso enemigo, tan peligroso como formidable, y en lugar de poder deshacerse de él hasta el fin de los tiempos, como había planeado, la insensatez de Constantino había revertido la situación. Si caía en la trampa que el demonio le tendiera no sólo conseguiría éste sobrevivir, sino además salir fortalecido. Y el golpe, inevitablemente, se volvería contra la Iglesia.

Muy al contrario que Osio, tanto el pretor Cayo Publio como el cuestor de finanzas Sempronio respiraron aliviados al ser expulsados de la sala. Era tarde y estaban cansados. Además, a esas alturas estaban convencidos de que lo que pudiera contar aquel extraño prisionero ni les iba ni les venía y sólo podía acarrearles contratiempos. Bastaba con ver la descomposición del obispo para entender que era cosa de cristianos. Cayo Publio salió sonriendo de la sala de audiencias. Para él no tenía precio la cara que se le había quedado al obispo cuando lo incluyó entre los expulsados. "*El muy idiota se pensaba que controlaba la situación* —se rio entre dientes—. *Hoy va a aprender una valiosa lección*".

Sólo al comandante parecía importarle el prisionero tanto como al obispo, aunque por razones desconocidas. Sin embargo salió sin protestar ni mostrar ningún signo que delatara la inquietud de su ánimo. La procesión iba por dentro.

Al mediodía el muro se abrió de nuevo. Para sorpresa de Marcial, que había pasado otra noche en vela, sin atreverse a entrar en la celda, fue el propio Constantino quien despidió al prisionero al fondo de la escalinata con un gesto indescifrable, contradictorio, espeluznante, entre la veneración y la repulsión, entre el agradecimiento y el rencor, entre el miedo y la esperanza. Tenía la

expresión de alguien que hubiera descendido al Hades y al que le hubieran sido revelados terribles y poderosos secretos que ningún otro mortal pudiera siquiera imaginar.

Los celos de Cleo

Palacio de Tréveris

Marcial salió del claustrofóbico pasillo agotado y confuso como un náufrago a la deriva. Tres días en aquella soledad forzada, tensa, húmeda e insalubre, eran suficientes para desorientar a cualquiera. Anhelaba el aire fresco y un poco de libertad. Sentía en su cuerpo un cansancio pesado, agorero y zumbón. Custodiar a un prisionero tan misterioso, alojado en la celda adúltera del augusto, lo hacía guardián de un secreto demasiado comprometedor. Y para colmo de males, el prisionero, muy a su pesar, le despertaba una peligrosa simpatía. O tal vez era fascinación. Ni siquiera él mismo sabía qué era. No dejaba de hacer conjeturas sobre el singular tatuaje de su pie, pero todas ellas se desvanecían en cuanto les aplicaba cierto rigor racional. ¿Quién podría conocer su significado? No se le ocurría nadie. Con la dificultad añadida de que no podía salir de palacio por orden expresa del augusto y que tendría que ser alguien en quien pudiera confiar. Eso reducía las posibilidades de éxito a cero.

Constantino despidió al prisionero a mediodía, por lo que Marcial pudo escapar de allí a hurtadillas aprovechando el breve descanso que los cocineros se tomaban entre el almuerzo y la cena.

Al atravesar una galería escuchó gritos infantiles que le eran familiares y se acercó a echar un vistazo. Provenían de uno de los patios interiores. Se apoyó tras una de las columnas que lo flanqueaban y sonrió. Cleo hacía de juez entre su primo Crispo y otro niño de su edad, hijo de un oficial.

Por el denuedo con que se batían ambos contrincantes parecía que en cualquier momento en lugar de astillas refulgirían destellos metálicos de sus espadas de madera. Crispo, el hijo de Constantino, que había heredado la corpulencia de su padre, le sacaba la cabeza a su compañero de armas. Marcial, observando lo juicioso y ecuánime que se mostraba con su contrincante, haciendo valer sólo la técnica para doblegarlo, sin aprovecharse de su superioridad física, entendió

por qué eran muchos los que juzgaban que un día sería un gran emperador. Que a sus siete años se mostrara tan sensato, haciendo alarde de una inteligencia y madurez precoces, era la mejor noticia para el futuro del Imperio.

El otro crío luchaba con desventaja física pero atacaba con convicción, sin piedad, inconsciente de las jerarquías. "*Si Crispo fallara en la defensa lo descoyuntaría con un golpe brutal* —observó Marcial, recordando su niñez—. *Los críos son así. Son demasiado inteligentes para aceptar jerarquías que no se ganan a pulso*".

Cleo disfrutaba de la escena como una niña. Lo que incluía pecar de parcialidad, jaleando a su primo con vehemencia. Esta injusticia enrabietaba tanto al otro crío que el encarnizamiento se tornaba por momentos peligroso. Cleo, creyendo a su primo invencible, los dejaba desahogarse y sólo intervenía cuando a uno de los dos, que solía ser al pequeño, se le olvidaba el objetivo del juego y se le escapaba la rabia en los golpes y por la boca.

Marcial se alegró al verla tan animada. Sabía que sentía locura por su primo. Cuando Cleo jugaba con él era uno de los pocos momentos en que mostraba una dulzura que se esforzaba por ocultar ante los demás. Gracias a ella había descubierto un curioso rasgo de la naturaleza humana: hasta las personas más frívolas, e incluso las más crueles, pueden caer rendidas a los encantos de otro ser humano. Y amar de verdad. Con toda su alma. A Cleo le sucedía con su primo Crispo.

Mientras los golpes de las espadas restallaban en el aire con tal violencia que provocaban la desbandada de los pájaros que acudían a cobijarse bajo los aleros, Lactancio, el tutor de Crispo, sentado sobre el murete del pozo que coronaba el patio, leía con deleite un pergamino. Daba la espalda a los duelistas adrede, manifestando con este gesto su desaprobación de un juego violento que hería sus principios. Era su forma de desentenderse de una enseñanza necesaria para su pupilo, pero que no compartía. Marcial tenía una buena opinión del tutor de Crispo. Era un joven erudito de buenos modales, reservado y humilde. Al contrario que el obispo Osio, no buscaba el arrimo del augusto, sino el de los libros y los niños. Sin embargo, esta vez Marcial sintió un extraño desasosiego al verlo. Saber que Osio participaba en la conjura del prisionero le había volteado la opinión que tenía sobre los cristianos. Nunca hubiera imaginado que Osio pudiera estar al corriente de los secretos del augusto, y por su actitud ante el prisionero, involucrado hasta los tuétanos. Hasta ahora los había tomado por unos supersticiosos que se dedicaban a sus cuitas, sin entrometerse demasiado en los asuntos mundanos. La elección de Osio como uno de los miembros del Sagrado Consistorio la había

considerado una extravagancia por parte de Constantino y un guiño hacia una comunidad cada vez más numerosa. Las funciones del obispo Osio, al menos aparentemente, nunca habían excedido las de un simple consejero espiritual. Sin embargo, en vista de los últimos acontecimientos, Marcial empezó a sospechar que se traían algo turbio entre manos, porque Constantino no se casaba con nadie si no había tajada de por medio. El amor no entraba en su Consejo Privado. Las sonadas broncas entre los cristianos, que con frecuencia llegaban a las manos, y que tanta risa provocaban entre los paganos, ya no le hacían tanta gracia. Si se les daba pie, esa violencia podía volverse contra el Imperio. La inoculación de esa fe a Crispo, el primogénito y, de momento, hijo único de Constantino, ya no le parecía a Marcial tan inocente. Era posible que Lactancio no tuviera la astucia ni la ambición de aquel intrigante de Osio, pero sí la cabeza agusanada por la misma superstición. Aquel joven erudito de buenos modales, reservado y humilde, le era simpático, pero ahora tenía sus reservas. No, Lactancio no era Osio, definitivamente, pero servía a la misma causa. Una causa que ahora, por culpa de Osio, se le antojaba oscura y peligrosa.

Crispo fue el primero que lo vio. Contento por su presencia —en su ego infantil tener a un oficial de alta graduación como espectador era todo un triunfo—, lo saludó levantando la espada hacia él, momento que su contrincante aprovechó para asestarle un golpe en las costillas. Fue una buena lección, aunque Crispo lo entendió de otra manera y, lejos de agradecérselo, olvidó la diplomacia y se comportó como lo que era, un niño de siete años al que le acababan de atizar a traición. La pelea a puñetazos en que se enzarzaron los duelistas obligó a Lactancio a intervenir con premura antes de que la sangre llegara al río, porque Cleo salió disparada hacia Marcial, olvidándose por completo de su papel de árbitro. Por suerte, la autoridad de Lactancio bastó para apaciguarlos. Y además el joven cristiano aprovechó la excusa de la pelea para prohibirles que siguieran jugando y obligarlos a atender con él la lectura de un texto piadoso.

Aunque refunfuñando y haciéndose carantoñas, los críos obedecieron y se sentaron cada uno a un costado del cristiano.

—Tu primo crece un palmo al día, parece descendiente de Hércules –le dijo Marcial al verla llegar beligerante, con ojos inquisidores, la cara demudada.

Cleo lo miró como a un idiota. El cansancio lo había traicionado. Instintivamente, miró en derredor para asegurarse de que nadie lo hubiera escuchado. Hércules estaba desterrado de palacio desde que Constantino eliminó a su antecesor y suegro, Maximiano. Pronunciar su nombre, para alguien tan susceptible como el augusto, podía

considerarse una insinuación capciosa y costarle la lengua al imprudente. Pero si el error era cometido por un oficial, y encima aludiendo a su propio hijo, carne de su carne, había muchas probabilidades de que Constantino viera en ello una perfidia merecedora de la pena capital.

No obstante, un halago hacia su primo habría sido recibido en cualquier otra ocasión con enorme regocijo por parte de Cleo, pero esta vez cayó en saco roto. Estaba demasiado mosqueada. Llevaba tres días como una tonta buscándolo en balde por palacio. Lo que le provocó el ataque de celos definitivo fue esperarlo en su dormitorio cada noche y quedarse cada noche a dos velas con tres palmos de narices.

"*¿Dónde te metes, malnacido?* —pensaba mientras lo interrogaba con la mirada, observando con disgusto sus ojeras y su barba incipiente—. *Cuando lo descubra vas a pagar con creces cada uno de mis desvelos*".

—¿Por qué me miras así?

—Dímelo tú.

—No soy adivino.

—Ya lo veo. ¿Qué haces día y noche para estar tan cansado? Los guardias me han asegurado que ni sales por las noches ni entras por las mañanas, así que tú me dirás dónde te escondes.

—He estado cumpliendo órdenes —le respondió, lacónico. Prefirió no preguntarle cómo se ganaba la amistad de los guardias. ¿Para qué? Todo el mundo lo sabía.

—¿Cumpliendo órdenes bajo las sábanas de alguna furcia? –le preguntó malhumorada.

—Si así fuera no tendría estas ojeras, sino una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Idiota! –lo reconvino sin hacerle pizca de gracia—. Dime qué haces por las noches.

—Preparar la guerra en la que tu tío se juega la cabeza –respondió de corrida, sin pensarlo. Tenía la respuesta preparada.

—¿Y jugáis a los soldaditos a la luz de las velas? –le preguntó Cleo con mucha mordacidad, conteniéndose las ganas de cantarle las cuarenta.

—Te puedo asegurar que es todo menos un juego —le respondió Marcial muy serio, molesto por su impertinencia.

—¿Con el comandante y el augusto? —preguntó Cleo con retintín, sabiendo que su prometido no gozaba de tanta confianza con su tío.

—Sabes que no puedo revelarlo. Pero sí, con ellos dos. ¿Y ahora me

vas a dejar tranquilo?

Cleo clavó sus incisivos en los labios para aprisionar la lengua. Sus tías le habían advertido de que su tío Constantino llevaba días recluido en sus aposentos privados. Marcial, como el capitán de la guardia imperial, estaba obligado a saberlo, así que no era difícil imaginar que tenía preparada la coartada. Cleo era demasiado lista para dejarse engañar fácilmente. Había hecho sus averiguaciones y sabía que el comandante sólo había desaparecido durante unas horas una de esas tres noches. Igual que el resto del Sagrado Consistorio. La posibilidad de que su tío pasara las noches planificando a solas la guerra con Marcial, sin contar con el comandante, era sencillamente impensable. Ahora sabía a ciencia cierta que le mentía.

—Lactancio se desvela por tu primo y a él no parece disgustarle su compañía —dijo Marcial señalando con la cabeza hacia el pozo, donde ambos niños escuchaban con atención las fábulas del cristiano.

Fue una forma burda de desviar el tema de la conversación. Fue burda y también maliciosa, porque sólo había dos temas que sulfurasen tanto a Cleo como para alterarla y hacerle soltar la presa, pero no podía exponerse a que lo interrogara y descubriera el secreto.

—No me tires de la lengua —dijo Cleo, aceptando la tregua—. Si no fuera por su abuela Helena, verías tú dónde acababa ese cristianucho.

Marcial respiró tranquilo. Había picado el anzuelo. Cleo odiaba que su tío hubiera contratado a Lactancio como tutor de su primo. La culpa había sido de la madre de Constantino, Helena, que llevaba años flirteando con los cristianos. Cleo se quejaba amargamente de esta decisión, que consideraba trágica. Siempre que podía le recordaba a su tío que si Alejandro Magno llegó a ser el gran hombre que fue se debió en parte a que tuvo por tutor a Aristóteles. "*Si le hubieran asignado a un pazguato como Lactancio, Alejandro no habría conquistado ni las tetas de su nodriza*", le reprochó una vez.

—¿Quién se lo recomendó a tu tío? —le preguntó Marcial con fingida inocencia. Una sombra de sospecha se cernía ahora sobre los cristianos.

—No se lo recomendó nadie. Lo contrató por pena.

—¿Por pena? —preguntó Marcial asombrado.

—Sí, por pena —corroboró Cleo con desdén—. Mi tío lo conocía de cuando vivió en Nicomedia. Allí Lactancio era profesor de retórica. Luego, en el 303, cuando Diocleciano cambió su parecer respecto a los cristianos y comenzó la Gran Persecución, Lactancio fue despedido y tuvo que poner pies en polvorosa para salvar el pellejo. Desde entonces estuvo errando por Oriente. Mi tío se enteró hace un año de

que seguía vivo y como le tenía aprecio lo mandó llamar. Y aquí está, envenenando con sus tonterías a mi pobre primo.

—Pues parece que a tu primo le gusta el sabor del veneno.

Mientras que el otro chiquillo escuchaba con displicencia a Lactancio, Crispo lo hacía con mucho interés, mostrando reverencia hacia su preceptor. A Cleo le hirvió la sangre al verlo.

—Le estará contando las pamplinas del Milenio —gruñó, conteniéndose apenas la bilis.

—¿El Milenio? ¿Qué es eso?

—El Apocalipsis.

—¿El Apocalipsis?

—A ver cómo te lo explico… Los cristianos creen que un día llegará el fin del mundo…

—Muchas religiones creen eso.

—¡Ya lo sé! —protestó Cleo, molesta por la interrupción—. Éstos han cogido un poco de cada religión para fabricarse la propia. ¿Pero qué religión no ha hecho lo mismo? Bueno, según ellos ese día, que será terrible, morirá todo el mundo y los muertos resucitarán en cuerpo y alma, aunque lleven siglos siendo cenizas. Entonces su Dios hará un juicio universal para ver qué almas se salvan y cuáles se condenan eternamente.

—¿Y por qué matar a los que siguen vivos para acto seguido resucitarlos? ¿No sería más lógico resucitar sólo a los que ya están muertos? Es más, ¿por qué no resucita sólo a los que vaya a salvar y a los otros los deja tranquilos? Aunque tampoco entiendo por qué resucita los cuerpos si sólo le interesan las almas…

—¡¿Me dejas que te lo explique o no?! Las dudas que tengas se las preguntas a él –dijo Cleo señalando con un gesto de rabia hacia Lactancio—. Ellos dicen que sólo se salvarán los cristianos. Así que o te unes a ellos o prepárate para lo peor. Vamos, la doctrina del miedo de toda la vida. Bueno, pues resulta que el tal Cristo les prometió que el Apocalipsis llegaría en vida de los apóstoles, pero como no fue así han decidido enmendarle la plana y encajarlo con una fecha más redonda, y ahora dicen que sucederá a los mil años desde la muerte de Cristo. Por eso lo llaman el Milenio. Sí, para que veas que Lactancio, al que se toma por un intelectual, es tan supersticioso como el más tonto de los hombres. Espero que mi primo disfrute el cuento sólo por imaginar los horrores que le describe en el infierno.

A Marcial le impactó mucho lo del Milenio. Era una visión trágica y escabrosa de la existencia. Sin duda estaba muy desinformado respecto a los cristianos. Él había creído siempre que eran una secta

pacífica que predicaba el amor y la fraternidad. En algunas ocasiones se peleaban entre ellos, pero ¿qué hermanos no se dan de vez en cuando algún sopapo? En cambio estas ideas del fin del mundo y la condena eterna al suplicio para los que no comulgaran con sus ideas le daban muy mala espina. Era psicología barata para amedrentar a los pusilánimes y ganar acólitos entre las masas ignorantes.

—Los apocalípticos son los más radicales y antirromanos –le explicó Cleo con repugnancia—. Sin ir más lejos, el libro de cabecera de Lactancio es el "*Libro de las Revelaciones*", donde entre otras lindezas llaman a Roma "la gran ramera" y se regodean imaginando su caída, que dan por segura. Y al emperador lo consideran el Anticristo. No sé si mi tío es consciente de ello. ¿Recuerdas a aquel filósofo griego tan excéntrico que estuvo por aquí una semana? —le preguntó Cleo, cada vez más irritada viendo a su primo escuchar ensimismado a Lactancio—. Catón creo que se llamaba… Se pasó casi toda la semana encerrado en la biblioteca.

Marcial hizo memoria y recordó habérselo cruzado un par de veces por los pasillos.

—Sí, me suena haberlo visto. Un tipo curioso.

—Pues me enteré de que lo contrató el comandante para su hija. Para su hija, ¿te imaginas? ¡Ver para creer! Cuando lo supe le propuse enseguida a mi tío que se lo robase y lo contratase él para Crispo. Si no se puede tener a un Aristóteles al menos que sea un Epícteto. Siempre será mejor un Marco Aurelio que un beato. Pero se negó a ello en rotundo. Mi tío no quiere contrariar a su madre y Helena está empeñada en darle una educación cristiana a su único nieto. Si te digo la verdad, Helena me tiene hasta la coronilla.

"*¿El comandante ha contratado a un filósofo para educar a su hija?*". Marcial se olvidó momentáneamente de Cleo. Le costaba conciliar la imagen del comandante con una familia. Sabía que tenía una mujer y una hija en su aldea natal, pero nunca hablaba de ellas. Era un tema tabú en palacio.

—¿Me escuchas? —lo interpeló Sonia al notarlo ausente.

—Sí, claro… —volvió en sí Marcial—. ¿Y qué piensa Fausta de todo este asunto? A fin de cuentas es su madrastra y algo tendrá que opinar. —Para digerir la noticia de la hija del comandante Marcial no dudó en poner sobre el tapete el otro tema, o mejor dicho, la otra persona que le revolvía el estómago a Cleo.

—¿Fausta? Esa víbora está encantada —escupió Cleo.

El insulto esbozó una sonrisa en Marcial. Si alguien tenía un carácter viperino ésa era Cleo. Fausta sólo era una mujercita asustada en un territorio hostil, con dos hienas que le enseñaban los dientes a

cada paso y un marido que la despreciaba y estaba empeñado en liquidar a su familia. Una de las hienas era ella, Cleo, sobrina carnal de Minervina, la madre de Crispo y primera esposa de Constantino, a la que Fausta había desplazado por cuestiones políticas; la otra era la madre de Constantino, la temida Helena. La pobre Fausta sólo tenía en palacio tres parientes, las eusebias, que eran sus sobrinas, pero para su desgracia, por esa suerte de tragicomedia a la que con frecuencia dan lugar las alianzas dinásticas, sus sobrinas eran a su vez las hermanastras de su marido Constantino, por lo que la soledad era su única amiga y confidente en aquel palacio.

—¿Encantada? —preguntó Marcial, apiadándose de la pobre Fausta —. ¿Y por qué va a estar encantada?

—Sí, encantada —se reafirmó Cleo, haciendo brillar en la punta de la lengua el veneno—. Fausta sabe que puede engendrar herederos legítimos, pero ninguno tan hermoso, noble y valiente como mi primo. Así que sí, le entusiasma la idea de que los cristianos le sorban los sesos y lo vuelvan un idiota. Eso le facilitaría las cosas a un hijo suyo. Si algún día lo tiene, claro.

A Marcial no se le había ocurrido enfocarlo de ese modo. Ciertamente, tenía su lógica. Cleo siempre pensaba en clave política. Una mente retorcida como la suya era muy práctica a la hora de encontrar los motivos ocultos que empujaban a la gente a actuar de una u otra manera. Pero Marcial nunca había sorprendido a Fausta mirando mal a Crispo. Ni Crispo le huía como a alguien a quien teme. "*Las madres cambian mucho cuando tienen hijos* —reflexionó Marcial, mascullando las palabras de Cleo—. *Cuando se trata de asegurar la supervivencia de su prole, el amor las puede llevar a cometer los mayores crímenes*". Cleo no le concedía el beneficio de la duda. Estaba convencida de que si Fausta tenía un hijo varón, la vida de Crispo correría peligro. Fausta jamás permitiría que un bastardo le robase el trono a un hijo legítimo suyo. Y menos aquél. Especialmente aquél, hijo de Minervina, la ex mujer y amante eterna de su marido. Cleo suspiraba por que llegase el día en que su primo vistiera la toga viril. Cuando lo hiciera, a Fausta ya no le sería fácil deshacerse de él. Aquello sería harina de otro costal, porque muchos hombres apostarían por su cabeza y lo protegerían con sus vidas.

—Tendrás que hacerte a la idea —insistió Marcial—. Por poco que colabore tu tío, lo normal será que antes o después le dé hijos. Y más pronto que tarde. Está en la edad más fértil.

Cleo frunció el ceño. Estaba demasiado susceptible como para no sentirlo como un pullazo. ¡Fausta era más joven que ella!

—¿Y quién te dice que no es estéril? —escupió con desdén—. Lleva

casada cinco años. Tiempo ha tenido ya de aprender para qué le sirve la flor.

Marcial no se atrevió a replicar, aun sabiendo lo injusta que era la acusación. Constantino no tenía prisa por fecundarla. No probaba a hacerlo más de una vez al trimestre y con tan pocas ganas que a veces hasta se le olvidaba derramar su simiente en ella. Fausta, agravando la afrenta, no reparaba en gastos y contrataba a cualquier charlatán que le ofreciera un tratamiento milagroso. Tras las visitas del augusto su alcoba era un hervidero de farsantes que entraban y salían en procesión, inventando estrafalarios remedios y oraciones para obrar el milagro. Pero ni médicos, ni curanderos, ni religiosos la preñaban. Los milagros no existen y la ley de la probabilidad es infalible. Fausta tenía que soportar las burlas a su costa, pero era un mal menor. Sabía que su única posibilidad de supervivencia era darle un varón a Constantino. Y pronto. Si su hermano Majencio era derrotado y Constantino se hacía dueño de Occidente, ¿por qué iba a tener reparos en deshacerse de ella como de una mula vieja? Marcial pensó en lo de la mula vieja y se estremeció: ¡Fausta sólo tenía diecinueve años! Después de todo, quizá Cleo llevara algo de razón. No sería descabellado que soñase la forma de vengarse de la vida deplorable a que la habían condenado la ambición de dos hombres crueles: su padre y su marido. La juzgaban como se juzgaría a una anciana por los hechos de toda una vida, sin percatarse de que apenas había entrado en la madurez y que pocos de los hechos de su corta vida —por no decir ninguno— habían sido fáciles ni fruto de su propia voluntad. La actitud inmisericorde de Cleo se le antojaba ahora a Marcial más atroz que nunca. Porque si de algo estaba seguro, ahora que sabía del tálamo adúltero, era de que Cleo era cómplice del adulterio. ¡No era tan iluso de creer que no estaría conchabada con su tía Minervina!

—Me voy. Estoy agotado —dijo Marcial, pensando todavía en la suerte de la malhadada Fausta.

—Espérame –quiso retenerlo Cleo—. ¿Dónde vas?

—A dormir. Necesito descansar.

—¿No querrás decir huir? —le preguntó Cleo con segundas, con la crispación transformando sus manos en garras de uñas afiladas. Era imaginarlo con otra y la fiera que llevaba dentro despertaba y rugía.

—Ven conmigo y sal de dudas —le respondió con picardía. A pesar del cansancio, le hacían gracia los celos de la promiscua.

—Pero primero te das un buen baño, que estás hecho un guarro. ¡Mira qué pinta tienes! ¡Y qué olor, por Júpiter, parece que vienes de una porqueriza! —Cleo anotó mentalmente este dato. Investigaría si había alguna moza de buen ver y pocos sesos trabajando en las

porquerizas.

—Pues vamos a la piscina —se resignó Marcial, consciente de que no tenía escapatoria.

—Dame un segundo, voy a despedirme de mi primo.

—Te espero allí.

—Más te vale que te encuentre –lo amenazó Cleo—, porque como me des esquinazo te mato. ¡Te lo advierto!

En la piscina de aguas termales del palacio, Marcial se sumergió hasta el cuello, inhaló profundamente y cerró los ojos. Después de tres días encerrado en aquel pasillo reconocía que había sido buena idea pasar por el baño antes de ir a la cama.

No tardó en escuchar pasos a su espalda. Era un andar felino, inconfundible. Cleo se acercó sigilosa, sensual, provocativa. A medida que se acercaba se desprendió de la túnica, liberando su belleza sin artificios. Estaba espléndida. Voluptuosa y grácil, con la piel aceituna, tersa y suave, profunda como el Mediterráneo. Se metió en la piscina y se sentó sobre él. Le acercó los hermosos pechos, que le caían ligeramente como una cascada grávida, de tanta hermosura, a la altura de la cara. Marcial dejó que los pezones le rozaran los labios, pero no abrió la boca a pesar de la insistencia de Cleo, que se apretaba cada vez más contra él.

Cleo le acarició el pelo con fuerza. No toleraba que la rechazaran. Se sabía una diosa y cualquier oposición a su deseo lo consideraba un pecado de soberbia imperdonable.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó, haciendo un ejercicio de mansedumbre—. Llevas tres días sin visitarme, debería estar enfadada contigo.

—No creo que te aburras —le contestó Marcial sin acritud.

Cleo sonrió. Su lascivia era un secreto a voces. Para ella no había nada de inmoral en divertirse un poco. El compromiso era un trámite necesario, no una atadura. Marcial miraba para otro lado, pero no era ciego. Ese esclavo negro era un semental. Cleo no era la única en palacio que requería sus servicios. Había algunos funcionarios masoquistas que se habían atrevido a probar sus límites con él. Marcial conocía su época, no era ningún ingenuo. Tenía siempre bien presente en su memoria, para que su corazón no cayera en las trampas de Cleo, aquel pasaje de Juvenal que en su día le hizo tanta gracia pero que ahora le parecía escrito para él como una sabia advertencia: *«Hoy, en la alta sociedad, el único buen negocio es una mujer estéril. Todos te serán amigos en espera del testamento. ¿Y quién te dice que la*

que te hace un hijo no dé a luz a un negro?».

Cleo comenzó a juguetear con él, mordisqueándole la oreja y los labios. Marcial le apartó la cara y la miró con fijeza. Cleo sonrió y comenzó a besarle el cuello mientras sus manos le acariciaban el cuerpo, deleitándose al tacto de las cicatrices. Notaba su tensión en los músculos agarrotados. Cleo era consciente de que Marcial no tenía a nadie en palacio con quien desahogarse, salvo a ella, y era una baza que sabía jugar con extrema habilidad. Ella era la única persona con quien Marcial tenía un vínculo que lo unía más allá de la exigencia del deber. Antes o después se rendiría. "*¡Hasta los más fuertes necesitan un hombro en el que apoyarse!*".

—¿Qué te pasa? Cuéntamelo —le exigió, zalamera, entre mordiscos que atestiguaban que no podía disimular del todo su mosqueo—. ¿Qué clase de pareja somos si no confías en mí?

"*Exactamente la clase de pareja en la que no confían el uno en el otro*", pensó Marcial. Se resistía a compartir el secreto con ella. Puede que tuviera sus debilidades, pero no era idiota. Nunca se le olvidaba de quién era sobrina. Y que era caprichosa como una veleta. Si no se manejaba con discreción y tacto con ella, cualquier desliz podía costarle la cabeza. Por desgracia, entre sus piernas no sólo se jugaba la reputación de su hombría… ¡Se dirimían cuestiones imperiales! La conocía bien, sabía que era extremadamente ambiciosa y cualquier información relevante que le confesara podía usarla en su contra para conseguir sus objetivos. Mejor dicho: la usaría para conseguir sus objetivos. Toda prudencia con ella era poca. A veces no sabía cómo manejarla para contener sus ardientes arrebatos sin desairarla, que a todas horas lo buscaba para acariciarle los lunares, sin importarle el lugar ni el momento. Y no es que él le hiciera ascos, pues tenía sangre en las venas y Cleo era una mujer hermosa donde las hubiera, pero el celo y la vigilancia constantes a que lo sometía a menudo lo extenuaba.

—Vamos, dime, ¿en qué estás metido, qué te preocupa? —insistió Cleo.

—¿Por qué sabes que es algo y no alguien? —se le escapó al bajar la guardia.

Afortunadamente, el desliz pasó inadvertido a Cleo, que lo interpretó como una broma por sus celos. Estaba preparada para disimular y jugar con él hasta que se relajara y después ¡zas!, lo atraparía en su mentira.

—¿Alguien te está fastidiando? —preguntó con ansia amatoria y furia contenida, en una explosiva mezcla, creyendo todavía que podía tener una amante pero empezando a abrirse a la posibilidad de que

quizá los tiros fueran por otra parte—. Sí, seguro que es eso. ¿Y qué te extraña? Es normal que te envidien. ¡Te tiras a la sobrina del augusto! —le susurró mientras le mordía la oreja.

Notó el pene erecto y comenzó a bajar suavemente sobre él hasta tenerlo dentro de ella. Después comenzó a contonear sus caderas mientras subía y bajaba rítmicamente, acompasando el felino movimiento con pequeños gemidos de placer. Lo estaba poniendo a prueba. Y estaba respondiendo demasiado bien para haber pasado la noche revolcándose con otra. Quizá debería concederle el beneficio de la duda, pensó. ¿Sería entonces alguna misión ingrata que le habían asignado para desdoro suyo? A nadie se le permitía descollar sin obstáculos. Era la guerra sucia del poder, a la que Marcial era incapaz de acostumbrarse. Sin duda la idea habría sido del comandante, o incluso de su propio tío. El uno para intentar desacreditarlo por miedo a que lo reemplazase y el otro para ralentizar su vertiginoso e imparable ascenso. "*El tonto no comprende que sigue vivo por mí*".

Marcial cerró los ojos y se entregó al placer. Le habría encantado poder confiar en ella. Podría contarle lo del prisionero y eso le supondría un gran alivio. Entre los dos indagarían para descubrir qué sentido tenía el tatuaje del pie y ello los pondría sobre una buena pista para saber quién era y resolver qué estaba ocurriendo. Eso los uniría de verdad, sí, estarían juntos en busca de algo importante. Pero no, sabía que no podía confiar en ella. Empezaba a obsesionarse con lo del tatuaje y no tenía ni idea de por dónde empezar a investigar.

—Vamos, cambia esa cara —le gruñó Cleo mientras aumentaba el ritmo del contoneo y los gemidos comenzaban a ser pequeños gritos de placer—. Les saldrá el tiro por la culata. ¿No ves que todas esas trampas que te tienden no hacen sino encumbrarte porque sales airoso de todas ellas? El ejército es mudo, no ciego. ¿Crees que no toman buena nota de tu valía? Cada zancadilla que te ponen es una gran oportunidad para demostrarles quién eres. Antes o después mi tío deberá aceptar que mereces los más altos honores y nunca más volverá a desconfiar de tu lealtad. Y tú podrás entonces tomar cumplida venganza de todos esos envidiosos. Empezando por el comandante.

—Yo no quiero venganza —protestó Marcial, vencido ya en el terreno pasional ante la imponente Cleo, dominadora como pocas del arte amatorio.

—Pero la quiero yo —le susurró Cleo al oído, jadeando—. Tus enemigos son mis enemigos. Y espero que sea recíproco —sentenció amenazante, apretando los músculos para dejarlo atrapado dentro de ella.

Marcial abrió los ojos y vio la ambición inmisericorde en los de Cleo. Cleo aflojó los músculos y levantó las caderas hasta sacar el miembro completamente fuera de ella. Se mordió el labio inferior mientras sonreía hasta que él no pudo resistir más y agarrándola con fuerza por las caderas la obligó a bajar de nuevo, penetrándola con un fuerte empujón. Cleo dejó escapar un grito de placer.

—Aplastaremos a tus enemigos —dijo subiendo y cayendo bruscamente sobre él—. A nuestros enemigos –matizó, lanzando un gemido de placer y comenzando a contornearse como una posesa—. ¡Así, así, a todos ellos! ¡Sí, sí, así los aplastaremos!

Al rato estaban los dos exhaustos, desnudos y entrelazados, sudorosos y apremiantes. Nunca había habido tanta pasión entre ellos. Cleo estaba de costado, con su pierna izquierda apoyada sobre su pecho, ensortijándole con los dedos el pelo. Él, de espaldas, tenía el brazo bajo su cintura, rodeándola. Las caricias de las ondas lo adormecían.

Al notar que empezaba a cabecear, decidió incorporarse.

—Voy a acostarme un rato.

Al ponerse la túnica, la *tessera* que llevaba siempre consigo se cayó al suelo. La recogió rápidamente y la escrutó con preocupación por si había sufrido daños. Sintió un gran alivio al comprobar que estaba intacta.

—Debes de estar muy contento —le dijo Cleo, que se había girado y estaba ahora boca abajo en la piscina, con la barbilla levantada, observándolo con atención.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Marcial intrigado. Sabía cuándo Cleo iba a soltarle una bomba.

—Porque pronto te reencontrarás con él.

—¿Con Máximo? –Marcial, incrédulo, apretó la *tessera*.

—Sí, ya se ha puesto en camino –le confirmó Cleo—. No creo que tarde más de una semana en llegar.

Marcial la miró con recelo, escrutando sus pensamientos. Llevaba cuatro años sin saber nada de su mejor amigo, desde que se despidieron en York. Cleo volvía a demostrarle su poder, revelándole un movimiento de tropas que en la víspera de la guerra era alto secreto. A ella le encantaban estas diabluras, recordarle de vez en cuando quién era para que no se le olvidara. Marcial muchas veces se había preguntado si Cleo no sería el quinto y secreto miembro del Sagrado Consistorio. En cualquier caso, era una noticia estupenda. Al fin podría contar con una persona de su máxima confianza. ¡Tenía tanto que contarle! Aunque de repente se le ensombreció el rostro.

"*Las personas pueden llegar a cambiar tanto… ¿Será el mismo Máximo con el que juré amistad eterna? Suele suceder que uno se marcha con una idea vieja de la vida y regresa con una idea nueva de la muerte…*".

—¿Te espero esta noche en mi dormitorio? Hace tiempo que no pasamos la noche juntos.

En la voz y los ojos de Cleo se notaba que mascaba la victoria. El golpe de efecto de su confesión había dejado sin aliento a Marcial.

—No puedo –negó Marcial, ensimismado en sus pensamientos.

—El deber te llama… —musitó Cleo con ironía, aceptando a regañadientes.

Los celos volvieron a corroerla por dentro. *"¡Seguro que tienes una amante, malnacido!* ¡Ay como os descubra! A la furcia la apuñalaré, pero a ti… ¡Oh, tú prepárate, que tu muerte no será tan plácida!".

Un giro inesperado

Roma

—¿Dónde quedan los valores cristianos si a la primera dificultad uno se retracta de obra y pensamiento? —preguntó el presbítero con la voz destemplada por el rencor.

El presbítero y Silvestre estaban enzarzados por enésima vez en una agria discusión a razón del donatismo. El presbítero era partidario de excomulgar al obispo de Cartago, Ceciliano, por haber claudicado y entregado para su quema libros sagrados durante la Gran Persecución. El apoyo del presbítero a la facción donatista, que le había arrebatado por la fuerza el obispado a Ceciliano, era firme. Silvestre, en cambio, más práctico, analizaba con sangre fría las repercusiones de dicha excomulgación y le parecía peor el remedio que la enfermedad. De excomulgar a Ceciliano –razonaba— habría que hacer una purga con todos los sacerdotes que aquél consagró, que se contaban a cientos, y con los miles de cristianos que entre todos ellos habían bautizado. Por supuesto, entre sus razones omitía su interés partidista en defender la inviolabilidad de los obispos, algo que al presbítero no le pasaba desapercibido.

—Esas *primeras dificultades* a que aludes —le respondió con ironía hastiada Silvestre, harto de la eterna discusión con el presbítero— incluían torturas, mutilaciones, trabajos forzados en minas y en los casos más desfavorables, pena de muerte.

—¿En serio? —El presbítero arrugó su cara tuerta, planchada con carbones ardiendo—, ¿me lo dices o me lo cuentas?

Silvestre no pudo contener un rictus de aversión.

—¿De qué les hubiera servido entregar sus vidas?

—¡Hipócritas! —clamó el presbítero, encolerizado—. ¿Acaso Cristo, cuando lo clavaron en la cruz, se arrepintió y se desdijo?

—Cristo era Hijo de Dios —le respondió Silvestre con la carne de gallina. Le sucedía cada vez que el presbítero ponía en su boca al

Señor con el tono y el gesto torcidos—. Cristo no tenía debilidades humanas.

—¿Y los mártires que entregaron sus vidas sin desfallecer también eran dioses? —preguntó el presbítero con una inquina que le congestionaba y azulaba la cicatrices. En el fondo de su ser se sentía frustrado porque le impidieron ser un mártir, limitándose a dejarlo lisiado. La cuenca vacía de su ojo y sus terribles cicatrices demostraban que no se arredró, y que si no se hubieran conformado con la tortura y su condena a trabajos forzados en la mina, hubiera muerto con gusto por la causa. La flaqueza, para él, era el camino que conducía al infierno, lleno de impíos y cobardes. Y obispos.

—No, pero su fe y su coraje también eran sobrehumanos — asintió Silvestre, dando su brazo a torcer con falsa humildad, mintiéndole para apaciguarlo. Él no compartía en absoluto la opinión del presbítero sobre los mártires. Lejos de parecerle héroes los consideró siempre unos desequilibrados. En su fuero interno tenía muy clara la diferencia entre la fe y el fanatismo. A los mártires les reconocía su labor como simiente increíblemente fecunda, no menos que a los revolucionarios que en cada época riegan con su torpe sangre el germen del odio necesario para trastear un régimen e imponer uno nuevo, pero –se hizo cruces al pensarlo— el estiércol abona los campos, no es el fin de la siembra. Cada vez que salía el tema, teniendo en cuenta el carácter visceral del presbítero, Silvestre se posicionaba en defensa de los mártires para no echar más leña al fuego, pero para sí mismo no dejaba de dar gracias de que las riendas de la Iglesia les hubieran sido arrebatadas a los presbíteros e iluminados de turno para ponerlas en manos de los obispos, más juiciosos y racionales, más de su siglo y con los pies en la tierra. Silvestre tenía muy claro que los tontos y los locos sirven de soldados, no de generales.

Lucio, sentado en una silla cercana a la sacristía, escuchaba divertido la discusión. Le gustaba la bronca. Paulo, apesadumbrado por la pelea entre el diácono y el presbítero, observaba con inquietud la actitud del muchacho. Lucio parecía rumiar la forma de sacar partido de las disensiones internas. Más de una vez le había dicho a Paulo que las broncas entre cristianos no le parecían muy distintas de las peleas en las tabernas. A él si eran por cuestiones de hombría y honor, o por ideologías o credos, no se le daba una higa, al final eran peleas entre gallos para imponer su voluntad y llevarse la mejor tajada. Además, le aseguraba, él conocía bien esas peleas sobre el donatismo y sabía que esas discusiones no eran sólo teológicas, sino que tenían un trasfondo económico y de lucha de clases. Ésta era la única pista sobre su lugar de origen que se le había escapado a Lucio,

situándolo cerca de Cartago, cuna del donatismo. A Paulo no dejaba de sorprenderle su inteligencia, que parecía que nada le interesaba ni concernía y luego estaba en todo y no perdía detalle.

—Paulo, ven un momento, quiero hablar contigo –lo llamó Silvestre asomándose por la puerta de la sacristía mientras observaba al presbítero salir airado de la iglesia.

Lucio sonrió y le guiñó un ojo a Paulo.

—Te toca aguantar su murga —dijo cruzándose de brazos y bostezando.

Paulo entró en la sacristía. Era una habitación acogedora. Conservaba el señorial mobiliario de sus antiguos propietarios y una alfombra bien mullida predisponía el ánimo a las confesiones. Silvestre se sentó detrás de su escritorio y lanzó un suspiro. Unas grandes ojeras denunciaban su falta de sueño. Paulo lo atribuyó a la incertidumbre que reinaba en el ambiente. Se rumoreaba que los augustos Constantino y Majencio no tardarían en enfrascarse en una guerra fratricida y ello significaba una nueva crisis. "*En las guerras sólo ganan los malvados* —se lamentó Paulo—. *El resto se desangra o perece de hambre*".

—¿Cómo llevamos las cuentas? —le preguntó Silvestre con notable preocupación. Paulo era el más espabilado con los números y se le había asignado la función de tesorero.

—Gracias a Dios, este mes vamos bien.

—¿Los angelitos están bien asistidos? —preguntó Silvestre mirando hacia el techo.

Se refería a los huérfanos. Cada día aparecían unos cuantos abandonados en la puerta de la iglesia. El Imperio hacía tiempo que, con la carestía y la crisis política, había cerrado o desasistido los pocos orfanatos públicos que había y la Iglesia había tomado su relevo. Decían las malas lenguas que más que por caridad lo hacían para ganar acólitos y formar un ejército de huérfanos agradecidos que un día aspirarían a servir a su dios con devoción. Un ejército bien adoctrinado al que ningún látigo ni retribución podría corromper. Pero fuera por lo que fuese, gracias a ellos las calles no estaban llenas de cadáveres de niños devorados por el hambre y el frío, ni los traficantes de esclavos y los dueños de los burdeles lo tenían tan fácil para mercadear con su tragedia.

Que no les faltara comida era la máxima prioridad y el mayor desvelo de Paulo. Los anteponía a los enfermos y a las viudas pobres. Y sobre todo a los muertos. Si escaseaba el dinero, prefería invertirlo en pan antes que en madera. Arrojar a un cristiano a una fosa común era un acto deleznable, pero dejar a un niño pasar hambre era un

pecado mortal.

—Por suerte, de momento podemos hacernos cargo de ellos —le respondió con una sonrisa amarga, cargada de incertidumbre—. Pero siguen llegando cada día a cuentagotas. Con la guerra que se avecina, que sembrará Roma de huérfanos, será insostenible. Nuestros recursos serán insuficientes.

Silvestre respiró profundamente y exhaló el aire con una fina hebra de aliento hasta vaciarse los pulmones.

—No sé cómo nos las arreglaremos —prosiguió Paulo, lamentándose por no poder hacer más—. La guerra agravará todos nuestros problemas.

—O los solucionará —respondió Silvestre con una sonrisa enigmática, esperanzada, como si estuviera jugando a los dados con el demonio y confiara en ganar la partida.

Paulo se quedó atónito. ¡¿Cómo podía una guerra traer algo bueno?!

Este comentario, aislado, Paulo podría pasarlo por alto con la excusa de los tiempos revueltos en que vivían, pero sumado a una serie de extrañas reflexiones que venía haciendo Silvestre desde el inicio de las hostilidades mostradas entre los dos augustos de Occidente, era más que desconcertante. Silvestre, que nunca hasta ahora había mostrado especial interés por la política ni se había inmiscuido jamás en las cuestiones imperiales si no concernían directamente a la Iglesia, había seguido el curso de las hostilidades con un interés inusitado en él. Paulo, al principio, lo interpretó desde la fe cristiana, entendiendo que la perspectiva de la guerra lo flagelaba cruelmente. Sin embargo, ciertos comentarios de Silvestre, y sobre todo ciertos análisis más propios de un estadista que de un padre de la Iglesia, le llevaron a pensar que su desasosiego provenía más por causa de la incertidumbre del resultado que por el esperado temor de un alma piadosa que sufre por todos los mortales. Al principio, esta actitud le resultó casi inadmisible, pero después se convenció de que el cargo que ostentaba Silvestre lo obligaba a ser un hombre precavido y juicioso. Y esa misma responsabilidad lo dispensaba, por paradójico que pareciese, de las obligaciones de pensamiento y hechos contraídas por el resto de los cristianos. "*Debe de ser un grandísimo sacrificio y un peso abrumador para él contravenir ciertos preceptos para salvaguardar la Iglesia en tiempos tan convulsos*", lo disculpaba compadeciéndose de él. Paulo se obligó a pensar que los padres de la Iglesia eran los mártires silenciosos de su tiempo, dispuestos a manchar sus almas con pecados nefandos para salvar al resto de la cristiandad. La escrupulosidad de conciencia no se le podía exigir a quienes velaban por una misión tan

sagrada. "*Los caminos del Señor son inescrutables*", se repetía Paulo cada vez que le asaltaban dudas sobre la conducta de su superior. Así es como terminó aceptando la ambigüedad de Silvestre en la contienda.

Como representante del obispo Melquíades, Silvestre debía rezar por la causa del augusto Majencio, bajo cuya dominio vivían, pero Paulo sabía que Silvestre deseaba fervientemente el triunfo de su contrincante. Un día le preguntó la razón de su preferencia y el diácono le respondió que aunque no conocía en persona al augusto Constantino, los informes que recibía del mismo lo pintaban como un hombre terriblemente supersticioso.

—Entonces es un pecador… —Paulo había titubeado a la hora de exponer su confusión, con su inocencia habitual.

—Gracias a Dios —le había respondido Silvestre con una sonrisa oscura, los ojos ardiendo en el futuro.

—No lo entiendo…

—Un hombre supersticioso sólo necesita que se le convenzan de sus pecados para implorar a quien pueda perdonárselos.

A Paulo aquella respuesta le pareció blasfema. Silvestre hablaba como un iluminado. Y eso lo asustó.

—Majencio ha respetado a la Iglesia. ¿Por qué deberíamos desearle mal alguno?

—Porque hay males necesarios —le había respondido Silvestre persignándose, reconociendo con ese gesto que era un pensamiento impuro—. Majencio se ha limitado a no reanudar las persecuciones. Y eso está bien, pero no es suficiente. Es posible que andando el tiempo hasta llegaría a equipararnos con las demás religiones. Quién sabe… —De pronto se había detenido para observar su reacción con ojos taimados, esperando su comentario.

—¿Y por qué no es suficiente?

—Porque se puede aspirar a mucho más —había concluido Silvestre cucándole un ojo.

Paulo no supo qué añadir. No pudo imaginar qué más se podía esperar de un augusto. Pero Silvestre había hablado con una confianza imposible de rebatir.

—Hablando de la guerra —carraspeó Silvestre, devolviendo a Paulo al impostergable presente—, toda esta situación me ha crispado los nervios y necesito descansar unos días. Quiero que en mi ausencia te hagas cargo de la iglesia. Ya estás preparado para asumir esta responsabilidad. Sé que la dejo en buenas manos.

Paulo se quedó mudo. La responsabilidad que quería dejar en sus manos era demasiado pesada y no se sentía preparado en absoluto.

Además, así, tan de repente. La bóveda celeste se le vino encima.

—Es al presbítero al que le corresponde sustituirte —dijo tímidamente, sin mucha confianza en sus palabras.

A Silvestre se le escapó una risa ahogada.

—¿Bromeas? Si dejo a ese Moisés al cargo me convierte la iglesia en una celda de penitencia.

Paulo asintió resignado. Poco podía objetar. La severidad del presbítero no era la más adecuada en los tiempos que corrían.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Espero que no más de cuatro o cinco días. Una semana a lo sumo. Lo suficiente para que me dé el aire fresco de la campiña y recobre la salud y las fuerzas que necesitaré para afrontar las próximas pruebas.

Paulo se quedó a cuadros. Pensaba que le diría uno o dos días. Llevaba toda la vida a su lado y jamás lo había visto desfallecer. Cuando las cosas empeoraban era cuando Silvestre mostraba con mayor ímpetu su genio y su fuerza de voluntad inquebrantables. Esta novedad de escaparse a la campiña a que le diera el aire fresco le sorprendió mucho. Entonces, por primera vez, tuvo conciencia de que Silvestre ya no era joven. Hacía tiempo que había franqueado la madurez y ya oteaba en el horizonte su invierno, flanqueado por arcángeles. Por un momento sintió compasión por él y le embargó la tristeza. Nadie podía imaginar el peso abrumador que había cargado toda su vida sobre sus espaldas. Paulo lo había visto luchar como un jabato en las peores hambrunas para conseguir que a ningún huérfano le faltara un mendrugo de pan que llevarse a la boca; y cuando la peste asoló Roma no dudó en asistir a los desgraciados que acudían desesperados a la iglesia. Por eso a Paulo le resultó muy extraña esta novedad, esta resolución bucólica más propia de un patricio que de un diácono. Y más todavía en alguien como Silvestre, quien, pese a su edad, seguía teniendo la energía de un adolescente.

—Yo te acompañaré —se ofreció Paulo—. Si te encuentras mal, es mejor que no viajes solo. Si partimos por la mañana, a la noche estaré de vuelta.

—No, no te preocupes –rechazó su propuesta Silvestre—. Sólo necesito descansar unos días. Estoy bien para viajar. Además, no podemos dejar desasistida la iglesia.

—Sólo será un día –insistió Paulo, preocupado por su salud—. A la noche habré vuelto. El presbítero no tendrá tiempo para espantar a nadie. Sólo podrá asustarlos un poco —dijo forzando una sonrisa—. Además, tenemos una legión de fieles que cuidarán muy bien de ellos.

Por un día que faltemos ambos no pasará nada.

—No, mejor no arriesgarse —zanjó Silvestre con autoridad, dejando claro que no daría su brazo a torcer—. Estará mejor guardada en tus manos. Quiero irme tranquilo. No quiero tener pesadillas imaginando al presbítero intentando convertir a mis inocentes en mártires.

Paulo lo miró con ojos inquisitivos. Lo conocía bien y sabía que le ocultaba algo. En más de una ocasión Paulo había viajado con él por la comarca, visitando otras iglesias en nombre y representación del obispo Melquíades, y Silvestre nunca había tenido tantos reparos en dejar la iglesia en manos del presbítero durante unos días. El prurito imperioso que lo impelía esta vez a renunciar a su compañía le pareció injustificado, por más que Silvestre quisiera convencerlo de que en tiempos revueltos había que redoblar la prudencia. En cualquier caso, aceptó el desafío. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía tablas suficientes como para disimular su mosqueo y fingir sumisión. En Roma se aprendían antes los ardides del disimulo que los protocolos que servían a los mismos. Y a este hábito pernicioso no escapaban ni los hombres más religiosos.

—Al menos deja que te acompañen algunos de los chiquillos más grandes. Te servirán de compañía y yo me quedaré más tranquilo.

—Me acompañará él —dijo Silvestre señalando a Lucio a través de la puerta abierta.

Paulo lo observó sin decir palabra. Lucio, repantigado, dormitaba en una silla, con la cabeza apoyada sobre el pecho y las piernas abiertas y estiradas en una postura poco decorosa.

—Con esa pinta de pendenciero que tiene no creo que ningún bandido se atreva con nosotros, habiendo tantas otras víctimas indefensas por el camino –dijo Silvestre sonriendo.

"*Habiendo tantas otras víctimas indefensas por el camino*", repitió mentalmente Paulo, escandalizado. En cualquier caso, era un alivio. Lucio le caía bien, pero librarse de él por unos días sería un alivio para todos. Aunque no entendía que, para descansar, Silvestre no prefiriese llevarse consigo a alguno de los muchachos dóciles y agradecidos del orfanato. Tenía razón el presbítero en que se comportaba con Lucio más como un padre carnal que espiritual.

—¿Crees de verdad que conseguirás enderezarlo y hacer de él un buen cristiano? El presbítero no es el único que le ha cobrado ojeriza. Muchos otros se quejan de su comportamiento. Quizá deberías plantearte si es prudente forzar su vocación.

—No todo es vocación —le respondió Silvestre chasqueando la lengua y moviendo la cabeza negativamente—. Se avecinan tiempos

convulsos y la Iglesia no sólo necesita pastores y corderos. ¿Cuánto tiempo puede sobrevivir un rebaño ante una manada de lobos si no tiene mastines que lo protejan?

Paulo jamás lo había oído hablar de esa manera y no supo qué decir.

—Confía en mí —le dijo Silvestre levantándose y dándole una palmada en el hombro, sin ganas de darle más explicaciones.

—¿Y él quiere ir? —se atrevió a preguntar Paulo antes de irse.

—Bueno, ya lo conoces —le respondió Silvestre esbozando una elocuente sonrisa—. ¿Has visto alguna vez que haga con gusto lo que se le ordena?

Las comedias

Aldea de Panonia

Al igual que se saltaban la comida del mediodía, en la cena se saltaban los entrantes. Claudia y su madre se mantenían en el justo medio entre la frugalidad forzada de los pobres y la glotonería mórbida de los ricos.

Catón se relamió al ver las patas de cordero asadas, la fuente de espárragos silvestres horneados y las crestas de gallo sazonadas con salsa *garum*. Tampoco le disgustó la jarra de vino caliente especiado con clavo y canela que tan agradablemente aromatizaba la estancia. Después de atravesar medio Imperio comiendo hierbas y raíces a Catón todo aquello le resultaba embriagador. Y no sólo por la comida.

—Le has caído bien —le dijo Claudia en confidencia, aprovechando que su madre había salido un momento para llenar el cántaro de agua en el pozo. Claudia repasaba con agrado la presentación impecable de la mesa—. No recuerdo la última vez que se sirvió vino en esta casa. Incluso ella se ha puesto un vaso –observó con extrañeza.

—No cantemos victoria tan pronto —le respondió Catón, muy halagado—. Quizá sólo sea para beber agua.

Claudia, sonriente, negó varias veces con la cabeza. Su madre llevaba años en un estado de letargo y apatía insufribles y ella se forzaba a ver síntomas de mejoría en cualquier gesto. A Claudia, que conocía su alegría natural, le partía el corazón ver el remedo deprimente de sí misma en que se había convertido su madre, como si fuera una viuda vieja y desahuciada. Quizá el griego ejerciera de catalizador para devolverla de nuevo al mundo de los vivos.

Helvia regresó al cabo de unos minutos con un cántaro rebosante de agua fresca. Llevaba una túnica morada ribeteada de armiño en los hombros y se había recogido el pelo con una redecilla de encajes blanca. Estaba sobria y elegante. Bellísima. Volcó el cántaro sobre una jarra de barro cocido hasta llenarla. Después la puso sobre la mesa y se sentó con ellos. Claudia le hizo un gesto elocuente de derrota a

Catón. El vaso era para beber agua, no vino, pareció indicarle. Catón le devolvió un gesto ceñudo. "*Eso habrá que verlo*", quiso decirle. Y acto seguido intentó una astuta maniobra, que fue llenarle el vaso de vino sin pedirle permiso, impidiéndole así que se echara agua. El griego esperaba, si no una negativa, al menos cierta reticencia, sin embargo Helvia no opuso ninguna objeción. Esto arrancó en Catón una sonrisa victoriosa, compartida enseguida por Claudia.

Durante la cena, Claudia los entretuvo contando anécdotas de la vida en el campo. Catón la escuchaba cortésmente y se reía con ganas en los episodios más disparatados. Aunque gran parte de su atención se le iba en observar discretamente a Helvia. Aquella mujer lo tenía embelesado.

Helvia probó el vino, pero con mucha mesura. A Catón le alegró ver que no parecía tan triste como por la mañana. Incluso se rio tímidamente en algunos momentos.

En cuanto terminaron de cenar, Claudia se apresuró a recoger la mesa.

—Ya está —dijo triunfal, encarando a Catón—. Podemos empezar la lección cuando quieras. Me he leído… —se mordió la lengua en el último instante al caer en la cuenta de que su madre estaba presente —. Me he leído tres veces los textos que me diste —concluyó.

Su tono delató que las lecturas la habían sorprendido. Quizá hasta escandalizado.

—¿Tanto te gustaron las comedias? —le preguntó Catón adrede al darse cuenta de que Claudia evitaba nombrarlas, como si fuera pecado en esa casa hablar de comedias. Y también iba con segundas, porque estaba convencido de que Claudia no estaba acostumbrada al lenguaje desenfrenado y coloquial de Aristófanes, a veces vulgar y zafio, ni a la naturalidad con que trataba temas de índole sexual o escatológico. Dudaba mucho de que el comandante permitiera ciertos temas y tonos en su casa.

Claudia se quedó muda. "*Qué hombre tan poco sutil* —pensó—, *¿es que no se ha dado cuenta de que no quería que mi madre se enterase?*".

—¿Vamos a la cabaña? —preguntó antes de que su madre comprendiese de qué clase de lecturas se trataba, tan impropias para la hija del comandante.

—No, mejor nos quedamos aquí —negó Catón, dejando esta vez a las dos mujeres boquiabiertas—. Tenemos vino y estaremos más calientes que en la cabaña. Eché unos buenos troncos en la chimenea antes de venir, pero todavía estará fría. —Se sirvió otra copa y le ofreció a Helvia rellenarle la suya, a lo que ésta, atónita por la novedad, no se negó, asintiendo con la cabeza.

Claudia no salía de su asombro. Incluso Helvia parecía sorprendida por su propia reacción.

—Vamos, siéntate —le ordenó Catón a Claudia.

Claudia obedeció, totalmente sobrepasada por la temeridad del griego.

—¿Qué importa dónde se aprenda? –la aleccionó Catón sin perder la sonrisa. Era obvio que disfrutaba con los golpes de escena. Formaba parte del aprendizaje. Le gustaba expandir la mente de sus alumnos hasta derribarles los esquemas mentales que los conducían a la falsa ilusión de creer que dominaban las circunstancias—. Anda, trae los códices.

Claudia fue a su habitación, volvió con ellos y los dejó sobre la mesa. Miraba con tensa expectación a su maestro. ¿Por dónde saldría ahora? ¿De verdad iban a dar la clase delante de su madre? ¡¿Y para hablar de esas comedias?!

Catón le leyó el pensamiento y le guiñó un ojo. No pudo evitar que le aflorase a los labios una sonrisa pícara. Estaba cometiendo una travesura. En realidad, Claudia había acertado en su primera suposición sobre los libros. La originalidad de Catón también tenía sus límites. Como buen griego, la primera lectura que le tenía preparada a Claudia era la "*Odisea*". Las obras de Aristófanes las había llevado para su propio recreo, pero al conocer a Helvia cambió de idea y se las dio a leer a Claudia. Se le antojó una excusa excelente para tantear las honduras de la mujer del comandante. A fin de cuentas, pensó, de todo se puede aprender en la vida.

—"*Lisístrata*" y *"La asamblea de mujeres"* —pronunció con tono tan solemne como burlón.

Claudia, por el tono que empleó, presagió que iba a ser una velada inolvidable. Quizá demasiado. No daba crédito a la pedagogía del griego, que empezaba a ser algo más que excéntrica. ¿Estaba loco? ¿Pretendía escandalizar a su madre? ¿Es que quería que lo despidiera? Y sin embargo, al mismo tiempo, cada vez estaba más intrigada por ver por dónde saldría. Su intuición le decía que volvería a sorprenderla. Y confiaba en que no fuera para mal. Aunque teniendo en cuenta el contenido de las comedias, a menos que guardase un as en la manga…

—*"La asamblea de mujeres"* y *"Lisístrata"* —repitió de nuevo Catón, invirtiendo el orden de los títulos mientras observaba la reacción de ambas mujeres—. ¿Las has leído? —le preguntó a Helvia.

La pobre mujer se ruborizó y negó con la cabeza, visiblemente incómoda. Catón comprendió su indiscreción y se arrepintió al instante. Debía de haberse imaginado que no sabría leer.

—Es normal —dijo en tono de disculpa—, ya no están de moda. Tu hija tampoco las conocía.

Claudia contenía el aliento, expectante como un soldado antes de la batalla.

—Bueno, empecemos con ésta —dijo Catón señalando con el dedo "*La asamblea de las mujeres*"—. Lo primero, la cortesía —interpeló a Claudia—. Resúmesela a tu madre para que no se pierda el hilo de la conversación.

Claudia lo miró estupefacta. ¿De verdad le estaba pidiendo que se la resumiera a su madre? Y… ¿había dicho el hilo de la conversación en lugar de la lección? ¿Habría sido un lapsus porque estaban en la hora de la sobremesa y Catón se había bebido ya dos vasos de vino? Empezaba a tener serias dudas sobre sus métodos didácticos.

En cualquier caso, obedeció.

—Esta comedia trata de un grupo de mujeres atenienses que engañan a sus maridos para que las dejen gobernar. Su intención es revertir todos los valores de la sociedad aristocrática en que viven para convertirla en una sociedad igualitaria de bienes comunes. El problema es que al final caen en un montón de contradicciones y aquello es una locura.

—¡Excelente! —exclamó Catón, muy satisfecho del poder de síntesis de su alumna—. ¿Cuál es la mayor contradicción en la que caen?

Claudia titubeó antes de improvisar una respuesta. De haber sabido la dinámica de la lección habría meditado más a fondo el contenido de la misma. Aunque, ahora que lo pensaba, Catón le había advertido de que sería ella quien se la tendría que explicar a él. "*Tengo que empezar a tomarme en serio cuanto me dice, por raro que me suene*", anotó mentalmente.

—Bueno, yo diría que la mayor contradicción es… —Claudia vaciló mientras barajaba varias posibilidades—. Quizá que defienden una sociedad igualitaria en la que se comparta todo, pero al mismo tiempo siguen con las viejas ideas egoístas y todos esperan vivir del bien común sin aportar nada a cambio. Y claro, así no hay nada para nadie.

—Muy bien —la felicitó Catón—. ¿Y no encuentras una contradicción mayor? —la azuzó para obligarla a estrujarse un poco más la cabeza.

Claudia arrugó la frente, buscándola.

—Si nadie piensa trabajar y todos quieren vivir bien… —comenzó Catón, dejando la frase a medias para empujarla a parir su propia conclusión—. Aparte de los egoísmos personales, una sociedad así no

puede sustentarte a menos que…

—¡Que tengan esclavos! —exclamó eufórica Claudia al dar con la respuesta—. ¡Claro, ésa es la gran contradicción! Quieren una sociedad igualitaria, pero como todos se sienten dueños de todo y ninguno piensa trabajar para los demás necesitarán esclavos, y si necesitan esclavos salta por los aires el sostén moral de esa sociedad que defendía la igualdad y la justicia.

—Exacto —corroboró Catón.

Claudia no había caído en la flagrante paradoja de la esclavitud cuando la había leído. Las escenas escatológicas habían sido para ella un velo tan espeso que le había impedido ver lo que se escondía detrás.

Catón abrió al azar el códice y se lo acercó a Claudia empujándolo sobre la mesa al tiempo que le señalaba con el dedo un párrafo.

—Lee este párrafo en voz alta para que tu madre entienda mejor de qué estamos hablando.

Claudia agarró el códice con miedo. Temía que le hiciera leer algunos de los párrafos vulgares o con alusiones sexuales delante de su madre. Sólo de pensarlo se moría de vergüenza.

Al ver el texto resopló aliviada. Se aclaró la voz, carraspeó un poco y declamó con solvencia:

—«*Mi opinión es que todos debemos poner nuestros bienes en común, para que todos tengamos nuestra parte correspondiente y podamos vivir con ella. A partir de entonces, no habrá ricos y pobres. No existirán los vastos dominios en poder de éste, mientras el otro no posee ni un palmo de tierra donde ser enterrado. Basta ya de legiones de esclavos para unos, cuando los demás no tienen ni un pobre criado. Quiero la vida común, y que sea la misma para todos*».

—¡No está mal, ¿eh?! —exclamó Catón, mirando alegremente a Helvia.

Helvia, en cambio, no pareció complacida con la atención que le prestaba. Desde que la dejó en evidencia al descubrir su carencia educativa estaba avergonzada y temía que el griego volviera a importunarla con más preguntas. Prefería que se olvidara de ella.

—¿Qué es lo que más te ha llamado la atención de la comedia? —le preguntó Catón a Claudia, dirigiendo esta vez toda su atención hacia su alumna. Había comprendido que a Helvia le molestaba que la hiciera parte activa de la lección y decidió cambiar de estrategia. Lo último que deseaba era incomodarla y que terminara por levantarse e irse. "*Mejor muda que ausente*", resolvió un tanto decepcionado. Había puesto muchas esperanzas en el análisis de "*Lisístrata*" para ahondar

en sus sentimientos. Catón tenía un sexto sentido muy afinado y algo le decía que el comandante sólo era parte de las tribulaciones de Helvia.

Claudia deliberó durante unos segundos antes de aventurarse a dar una respuesta.

—Lo que más me ha llamado la atención es la ocurrencia de que las mujeres gobiernen —decidió al fin, aunque sin mucha confianza.

—¿Crees que es un disparate que gobiernen las mujeres? —Catón esbozó una mueca irónica que desorientó a Claudia—. Tu madre gobierna esta casa, y a juzgar por lo que veo diría que con bastante acierto –dijo mirando de reojo a Helvia, a quien cayó muy bien este reconocimiento.

Claudia lo miró dubitativa. ¿El chiflado estaba comparando gobernar una casa con gobernar un Estado?

Catón, siempre muy atento a sus reacciones, adivinó una vez más su pensamiento y se adelantó a su inevitable objeción.

—Un Estado es como una casa grande. Un buen gobernante debe procurar el buen orden y concierto de los miembros de la sociedad mediante leyes justas y ecuánimes de la misma manera que un padre de familia impone sus reglas para conseguir otro tanto con su prole y allegados. Y ambos, igualmente, si son buenos padres y gobernantes, deben asegurarles el alimento y…

—Me conozco esa teoría y no la comparto —lo interrumpió Claudia, temiendo que el griego, con la excusa del argumento comparativo, le señalara todos los aspectos administrativos y legales de un Estado. Estaba demasiado intrigada con el análisis de las comedias y no quería que se fuera por las ramas.

Catón sonrió rebosante de satisfacción.

—¿Por qué no estás de acuerdo?

—Esa teoría que compara un Estado con una casa particular siempre me ha parecido una simpleza —respondió Claudia tajante, para gozo del griego, que la escuchaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué es una simpleza?

—Porque carece de sentido compararlas al ser las causas y los fines por los que se crean ambos totalmente diferentes. Y los medios necesarios para su realización distan años luz. Aparte de que hay dos hechos diferenciales que hacen imposible su equiparación: el primero es que la familia se mantiene unida por los lazos de la sangre y el cariño mientras que en el Estado conviven gentes que si no estuvieran sujetas a las leyes comunes no dudarían en arrancarse las vísceras

unos a otros. El segundo es que un padre moriría para salvar a su progenie, mientras que un gobernante no dudaría en sacrificar hasta al último de sus súbditos para salvar su vida.

Catón aprobó ceremoniosamente sus palabras y Claudia comprendió que la estaba provocando para obligarla a afilar su razonamiento.

—Además —prosiguió Claudia—, a las mujeres no se las educa para gobernar un Estado sino una casa. Y como ha quedado claro, hay diferencias sustanciales entre ambos —apostilló, volviendo al tema que le interesaba—. Por eso las atenienses no entendieron que un Estado de igualdad de bienes puede funcionar en una familia bien avenida, con un interés común en proteger la estirpe, pero no en una sociedad con sujetos tan dispares y con intereses egoístas que chocan entre sí.

Catón sonrió. En sus ojos brillaba el asentimiento. Aún así, no era suficiente para él.

—Ésa no es una respuesta concreta a mi pregunta —dijo con una fingida severidad—. Te la formularé de otra manera: ¿Crees que es un disparate que las mujeres tomen el poder por el hecho de ser mujeres o por el hecho de no estar preparadas?

—Supongo que por el hecho de no estar preparadas… Pero es que a las mujeres no se las prepara para gobernar —insistió Claudia para no dar la impresión de que su razonamiento era enclenque y precipitado. Intuía que el griego la estaba arrinconando en un callejón sin salida.

—Ésa es otra cuestión que debatiremos a su debido tiempo –decidió Catón—. Hoy estamos hablando de sentido común. Vayamos al grano. ¿Convienes conmigo en que sería mayor disparate dejar el poder en manos de un hombre inepto antes que en manos de una mujer capacitada?

—Claro, puestos a elegir, que gobierne el mejor.

—Me alegra saber que estamos de acuerdo en esto. A eso se le llama meritocracia.

Catón, aunque sólo se dirigía a Claudia para no incomodar a Helvia, espiaba todo el tiempo sus reacciones. Helvia disimulaba estar distraída pensando en sus cosas, pero Catón sabía que seguía la conversación con mucho más interés del que aparentaba. “*Picaste el anzuelo* —pensó satisfecho—. *Sé que te interesa el tema, a mí no me engañas. Y espérate a la segunda parte*”.

—¿Por qué piensas que a Aristófanes se le ocurrió escribir esta comedia, con las mujeres como protagonistas?

—No lo sé —titubeó Claudia—. ¿Para burlarse de las mujeres?

—¿Que además se burlaron de los hombres? —preguntó Catón con ironía—. Demasiado retorcido. ¡Piensa!

Por más vueltas que le daba, Claudia no encontraba la respuesta. El método deductivo no daba sus frutos.

—Es una crítica social y política… —musitó sin saber dónde podría llevarle este argumento.

—Ajá —confirmó Catón, divertido con la desorientación de su pupila—. Vamos, piensa un poco más, ¿por qué eligió a las mujeres como protagonistas? ¿Por qué propuso un gobierno de mujeres y no simplemente el de un grupo de ciudadanos excéntricos que abogaran por un sistema de gobierno revolucionario?

Claudia se quedó pensativa. Sí, aquello también habría tenido sentido. A menos que…

—¿Quería ridiculizar a las mujeres porque era machista?

Catón estalló en una carcajada.

—¡Pobre Aristófanes, qué mal concepto tienes de él! No has podido errar más la puntería.

Claudia se sonrojó. Siempre tan impulsiva. Tenía que aprender a contener la lengua y no responder lo primero que se le viniera a la cabeza o Catón le iba a sacar los colores muchas veces.

—Inténtalo de nuevo —la apremió Catón, sin darle ninguna importancia a su fallida respuesta.

Claudia lo agradeció. Estaba acostumbrada a maestros estúpidos que se ensañaban con ella cada vez que cometía un error.

—Creo que ya lo sé —probó de nuevo, alentada por la actitud positiva del griego—. Si el gobierno ficticio hubiera sido de hombres, tanto los que gobernaban de verdad como los que aspiraban a hacerlo se habrían sentido identificados y ridiculizados y no le habrían perdonado la ofensa. Tenía que inventarse una fábula que considerasen absurda para que nadie se molestara.

—¡Exacto! –la aplaudió Catón—. Y además era necesario que el gobierno de las mujeres fracasara, porque si hubiera resultado mejor que el de los hombres, aunque fuese una fábula, también lo habrían tomado por un insulto inaceptable. Y Aristófanes y su comedia habrían sido despeñados.

—¡Qué intransigentes! —exclamó Claudia indignada.

—La vida de los genios nunca fue fácil –se lamentó el griego—. Especialmente cuando tienen que convivir con idiotas, que suele ser casi siempre. Pero vayamos al grano, ¿cuál te parece a ti que fue el verdadero bromazo que les gastó Aristófanes?

Claudia abrió los ojos como platos. ¡¿Había más?!

—¿Cuál? —preguntó impaciente.

—¡Pues que colocó a ambos sexos a la misma altura! Ya que sus coetáneos no estaban preparados para aceptar la igualdad en la excelencia, los niveló en la ineptitud.

—Es verdad —reflexionó Claudia, entusiasmada al caer en ello—. ¡Es genial! —exclamó con una alegría contagiosa, pletórica por el descubrimiento—. Los hombres se reirían por la torpeza de las mujeres para gobernar sin ser conscientes de que se estaban riendo de sí mismos, porque aquel gobierno se había impuesto para intentar subsanar el mal gobierno de ellos. ¡Si el de las mujeres era malo, el suyo no era mejor!

—Y de paso —agregó Catón— le servía a Aristófanes para burlarse, y esta vez muy en serio, de esas corrientes de pensamiento que se extendían por Atenas predicando la comunidad de bienes. Ridiculizaba así a los que cacareaban una utópica sociedad de bienes comunes, llevando hasta el extremo las doctrinas comunitarias de la "*República"* de Platón, donde hasta a las mujeres las contaban entre los bienes comunes. —Catón, con disimulo, miró de reojo a Helvia para ver el escándalo en sus ojos.

—Pero siendo la naturaleza humana egoísta —reflexionó Claudia—, ninguno quería compartir lo suyo con los demás, sino aprovecharse de lo que los demás compartieran, por lo que al final no había nada para nadie, y siendo todo de todos, paradójicamente todos eran más pobres que antes.

—Por no decir que para que todos tuvieran los mismos derechos y oportunidades, llevado hasta el extremo del absurdo, había que inventar leyes disparatadas contra natura, que Aristófanes satiriza con la escena del joven y las viejas. —Catón se volvió descaradamente hacia Helvia para explicarle la divertida escena y que pudiera entender de lo que estaba hablando—. Esta igualdad extrema que propugnaban también atañía al sexo. —Claudia lo miró conteniendo el aliento. Sin embargo, su madre, aunque mantenía la mirada baja, no parecía tan escandalizada como habría supuesto—. Como es natural que los jóvenes deseen a las jóvenes —prosiguió Catón con tono jocoso—, pues carecen de la experiencia y la sabiduría que da la edad para apreciar la dulzura del fruto maduro —aquí la intención de Catón fue tan inequívoca que Helvia se puso roja como un tomate—, esto traía consigo una complicación para este nuevo sistema igualitario. Así que las mujeres crearon una ley que obligaba a los hombres que desearan acostarse con una joven a hacerlo primero con una anciana, teniendo preferencia las más viejas y feas. La escena que nos narra

Aristófanes es la de un joven que en una noche de parranda busca a una joven ramera y se ve acosado por dos ancianas que se lo disputan, reclamando sus derechos, hasta que terminan obligándolo a acostarse con ellas. Una escena extraordinariamente divertida pero con una carga de crítica feroz contra la estupidez humana. Y es que cuando se legisla contra natura y contra el sentido común se cae inevitablemente en el disparate.

Claudia, a pesar del bochorno inicial, acabó entendiendo la intención de la escena y perdonando la osadía de Catón. Cuando la leyó le pareció divertida, pero también vulgar, creada sólo para entretener a los espectadores. Ahora, gracias a su maestro, la veía con una nueva perspectiva mucho más enriquecedora. "*Las cosas no siempre son lo que parecen a primera vista"*, se reprendió a sí misma por su ingenuidad.

—Y por otro lado ejerce otra crítica no menos sutil —continuó Catón, dirigiéndose de nuevo a Claudia—. ¿Adivinas cuál es?

Claudia masculló la respuesta. No quería precipitarse otra vez.

—Critica la discriminación de sexos, demostrando que son tan ineptos los unos como las otras.

—Y tan aptos —matizó Catón sonriendo—. Aunque es cierto que es más fácil encontrar una fresa entre el estiércol que a un buen gobernante.

—Denuncia lo estúpido que resulta elegir a los gobernantes por otras razones que no sean sus méritos personales –sentenció Claudia, ya arrancada—. Y esto afecta no sólo al sexo sino también, si se entiende bien, a su condición social y económica.

—¡Chica lista! —exclamó Catón alborozado, aplaudiendo su valentía para exponer sus conclusiones sin miedo—. ¿Os dais cuenta de qué revolucionario era este pensamiento que, entre bromas e ironía, les exponía a sus conciudadanos el bueno de Aristófanes? En una sociedad donde sólo los ciudadanos varones tenían derechos, y donde sólo los miembros de la aristocracia de esa sociedad podían gobernar, él propugnaba nada menos que un sistema meritocrático. —Catón hizo una pausa, como si se le hubiera olvidado algo y estuviera cayendo en su falta—. Pero para comprender el calado de esta comedia hay que situarla en el contexto en que fue escrita. Eso realza su valor. Porque todas las obras, descontextualizadas, pierden garra. Bien, os pongo en situación para que podáis hacerle justicia. Aristófanes vivió en la época convulsa de las guerras del Peloponeso. Tras una férrea oligarquía, los atenienses comenzaron a defender los principios democráticos que tan famosos los habían hecho. Pero muchos pensaban que un exceso de democracia podía ser tan nefasta

como la propia oligarquía. Ni tanto ni tan poco, se decían. Aristófanes se encontraba entre los que pensaban que había que encontrar un término medio. Así que ni apoyaba a la facción belicosa que quería volver a las armas y a la imposición de la ley por la fuerza, ni tampoco a aquéllos que postulaban una democracia, a su gusto, demasiado liberal. En su opinión, los que creían que la guerra era siempre la solución a los conflictos y que al pueblo había que tratarlo a palos para mantenerlo obediente eran unos idiotas redomados; pero pensaba que los otros, los que creían que había que darle manga ancha a los ciudadanos para gobernarse a sí mismos, no eran más inteligentes que los otros, pues demostraban un desconocimiento absoluto de la naturaleza humana, siempre necesitada de disciplina para no caer en excesos.

Catón hizo un silencio dramático para observar sus expresiones. En Claudia era notorio el nacimiento del aprecio por la comedia. En Helvia era más difícil averiguar qué pensaba, aunque no parecía disgustada con la enseñanza.

—Sí, señoras —continuó Catón—, Aristófanes se propuso repartir estopa a diestro y siniestro. Más que matar dos pájaros de un tiro derribó a varias bandadas. ¿Estás de acuerdo ahora conmigo —le preguntó a Claudia— en que las comedias no sólo sirven para contar chistes y hacer reír al auditorio, sino que pueden ser extremadamente críticas e inteligentes? ¿Has cambiado de opinión sobre las mismas? Porque esta mañana te mostraste renuente a leerlas.

Claudia asintió con la cabeza, un tanto avergonzada. Llevaba razón, le habían inculcado demasiados prejuicios sobre las comedias y nunca se le había ocurrido pensar en ellas como en obras serias que había que leer entre líneas. ¡Si hasta parecía una contradicción!

—Ahora la última pregunta… ¿Por qué una comedia y no un ensayo?

—¿Por qué? —le preguntó a su vez Claudia, desbordada por la emoción. Tenía esa capacidad extraordinaria de vivirlo todo intensamente.

—¡Pues yo te lo diré! —exclamó Catón, satisfecho y casi consternado por la viveza de su alumna—. Primero porque apreciaba su vida, y después porque quería que su mensaje llegase al mayor número de gente posible. En todas las épocas ha habido más aficionados al espectáculo que al estudio. Si en lugar de escribir una comedia hubiera ido al ágora a clamar contra sus gobernantes o hubiera escrito panfletos incendiarios, lo habrían despeñado. Y con su muerte no sólo habría perdido la vida sino también la posibilidad de propagar sus ideas. En cambio, expresando esas mismas ideas de

manera cómica, o más bien satírica, no sólo conseguía difundirlas con mayor eficacia sino que además los mismos a los que atacaba le aplaudían y le pagaban. No está mal pensado, ¿verdad?

—Claro, utilizó la comedia para decirles cosas que nadie habría querido escuchar si las hubiera dicho solemnemente —dedujo Claudia —. ¡Y además lo habrían tomado por loco!

Catón comenzó a tamborilear sobre el códice estudiando de nuevo sus reacciones. Claudia estaba saboreando la enseñanza con entusiasmo; Helvia, en cambio, tenía ahora el ceño fruncido. Todavía no sabía a qué atenerse. Aquello podía extrapolarse y ser una crítica velada al Imperio y sus augustos, incluido Constantino. No estaba segura de que le conviniera a Claudia que le metieran esas ideas en la cabeza. Pero de repente, como si la traspasara un rayo benefactor, se acordó de que era el comandante quien lo había contratado y una sonrisa maliciosa le afloró al rostro.

—Bueno, es hora de pasar a la otra comedia —dijo Catón con un tono travieso—. Aunque se ha hecho un poco tarde. Quizá sea mejor dejarla para mañana.

Claudia respiró aliviada. Aunque estaba convencida de que Catón conseguiría sorprenderla con su interpretación, el tema de "*Lisístrata"* no dejaba de ser espinoso. Por muy alegórica que fuese no le hacía gracia la idea de analizarla delante de su madre.

—Aunque pensándolo mejor —rectificó Catón, riendo entre dientes —, ¿por qué dejar para mañana lo que podemos hacer ahora mismo? Además, ésta nos llevará menos tiempo.

"*Tierra, trágame*". El tono jocoso de Catón consiguió demudar el rostro de Claudia y ponerla nerviosa. "*¿No se atreverá a pedirme que también le resuma ésta a mi madre?*".

—"*Lisístrata"* —pronunció con solemnidad el griego—. Ay, ¿qué decir de "*Lisístrata"*?

Claudia contuvo el aliento. "*Espero que tenga un poco de tacto…*".

—"*Lisístrata"* es una comedia deliciosa, donde nuevamente las protagonistas son las mujeres –comenzó a resumirla Catón, para alivio de Claudia. Habló con voz firme y seductora, olvidándose definitivamente de su pupila. Tenía sus ojos y pensamientos clavados en Helvia. Su voz grave y madura era sólo para ella. No pensaba renunciar a su momento de gloria aquella noche, teniendo la excusa perfecta para encarar esos grandes ojos miel grisáceos que lo tenían encandilado. ¡*Hasta los mares en calma se agitan y espumean al paso de los majestuosos veleros*!—. Esta vez Atenas se halla en guerra contra Laconia y los hombres no ven más allá de las estrategias militares para solucionar el conflicto, mientras que las mujeres abogan por la paz.

Otra vez Aristófanes, con la broma, vuelve a enfrentar y a asimilar las corrientes de pensamiento opuestas con la lucha de sexos. Aunque esta vez las mujeres no engañan a los hombres, sino que se valen del arma más poderosa que han tenido siempre para dominarlos…

Catón hizo un silencio teatral, vaciando de un trago el vaso de vino y rellenándoselo de nuevo hasta derramar la última gota que quedaba en la jarra. Claudia contuvo de nuevo el aliento. "*No será capaz…*".

—¡El sexo! —exclamó triunfante el griego—. ¡Una huelga sexual para obligar a los hombres a firmar la paz! ¡¿Qué os parece?! No está mal pensado, ¿eh? ¡Sí, el talón de Aquiles de todo hombre siempre ha sido el sexo!

Helvia volvió la cara hacia el fuego, que ardía con menos intensidad que su sangre en aquel momento. "*Tierra, trágame*", suplicó Claudia con los ojos como platos. "*¡Este hombre no está en sus cabales!*". Claudia sólo encontraba una excusa para justificar su descaro. Como quien no quería la cosa, Catón se había trasegado, prácticamente él solo, la jarra entera de vino. "*En cuanto beben un poco no piensan en otra cosa. Hasta los más sabios se vuelven unos burros cuando beben demasiado*".

—Y poco más puedo decir. ¡Hay que leerla! —exclamó Catón, triunfante al ver el efecto que había conseguido.

—Pero es una alegoría, ¿verdad? —se apresuró a decir Claudia, pensando que si no la desmenuzaban un poco su madre se iba a formar muy mala opinión de él y hasta era posible que decidiera despedirlo. "*La próxima vez me aseguraré de que no se le sirva vino*", anotó mentalmente.

—Sí, claro, Aristófanes casi siempre escribía con segundas y terceras intenciones.

Claudia respiró aliviada. "*Lo va a arreglar* —suspiró esperanzada—. *Al fin ha entendido dónde está y cuál es su lugar*.

—Todos los buenos escritores escriben con segundas y terceras intenciones —reflexionó Catón—. Una obra que no da para varias lecturas e interpretaciones no merece la pena.

—Además de casi todo lo que se dijo de la otra comedia, ¿qué nuevo planteamiento hace en ésta? —preguntó Claudia para terminar de apagar el fuego. O al menos aplacarlo.

Catón observó complacido cómo Helvia, a pesar de ruborizarse y de esquivarle la mirada, no se había movido de su sitio. "*No está echada a perder", pensó con alborozo.*

—En efecto, se le puede aplicar mucho de lo que dijimos para la otra. Y aparte de lo evidente, se puede retorcer el rizo y hacer una

lectura distinta.

—¿Cuál? —se apresuró a preguntar Claudia.

—Que tenemos más poder del que creemos, pero no sabemos utilizarlo —le respondió Catón, sonriéndole—. Las mujeres, las sometidas, las excluidas, tuvieron el poder de obligar a los hombres a tomar una decisión política de la mayor trascendencia. ¿Y cómo? Simplemente negándoles lo que ellos ansiaban más que la guerra…

—Y se podría extender a otras capas sociales, ¿verdad? —lo interrumpió Claudia antes de que volviera a emocionarse—. También los esclavos podrían negarse a trabajar y arruinarlos. O los artesanos dejar de fabricarles las armas y utensilios que necesitan para trabajar sus latifundios y para guerrear. Al final, en una sociedad, todos son necesarios. Y por muy fuertes que se crean unos, sin los otros no son nada. Hasta que los débiles no sean conscientes de su fuerza siempre estarán sometidos.

Catón la escuchó admirado por su agilidad mental. Aunque estuvo a punto de echarse a reír porque sabía que el ingenio se le había aguzado para evitar que hablara de sexo.

—Tiene muchas lecturas, sí —confirmó Catón, conteniendo a duras penas la risa—. También podemos interpretarla en clave filosófica: Los hombres hacían la guerra como si fuera la meta última de sus vidas, sin comprender que las cosas importantes que les daban sentido eran otras y ya las tenían, pero no sabían apreciarlas. ¿De qué les serviría ganar todas las guerras del mundo si después fueran infelices al lado de sus mujeres?

—Claro, porque lo primero que tiene que hacer uno es conocerse a sí mismo. —Claudia hablaba de corrida, intentando enderezar la conversación—. Si uno no se conoce a sí mismo corre el riesgo de malgastar su vida en pos de locuras que aun cuando las culmine con éxito le dejarán insatisfecho.

—¡Muy bien hablado! —A Catón se le empezaba a trabar la lengua por el efecto del vino—. ¡La mayoría de la gente tira su vida a la basura cegados por estúpidas ambiciones!

—¿Y qué más lecturas podemos extraer? —preguntó Claudia, aunque sin estar muy segura de si convenía exprimir más la conversación. Catón acababa de beberse el último trago de vino y temía que los jugosos frutos se volvieran amargos de un momento a otro.

—Pues unas cuantas más –respondió Catón riendo entre dientes—. Pero para mí, en este caso, la mejor es la más obvia…

—Y además esta vez las mujeres consiguieron que se firmara la paz

—lo interrumpió nuevamente Claudia, decidida a no permitirle que volviera otra vez sobre el tema—. ¡En la siguiente comedia conseguirán gobernar y hacerlo bien!

Catón se rio con ganas. La jovialidad y la alegría naturales de Claudia eran contagiosas. Incluso Helvia, aunque tímidamente, sonreía y le mostraba sus perlados dientes. Al menos, eso es lo que Catón creía percibir, endulzado por el vino.

—Odio ser el portador de malas noticias —les manifestó de repente con voz grave. Y a continuación se calló, como si lo que fuera a decirles pudiera causarles un gran impacto emocional.

Las dos mujeres se quedaron petrificadas. A Claudia se le desbocaba el corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó al fin, alarmada, sin poder contenerse un segundo más.

—¡"*Lisístrata*" se escribió antes que "*La asamblea de mujeres*"! —exclamó Catón con fingida consternación.

A Claudia le dieron ganas de estrangularlo. Le había hecho pasar los peores segundos de la noche, con una tensión que le agitó cada célula de su cuerpo. Había temido que se tratara de una broma pesada de borracho. Porque con la melopea que llevaba encima —ahora sí bastante notoria—, y después de esa pausa dramática, bien podía haber soltado cualquier burrada.

—De ahí no se puede inferir que la tercera tenga que ser a la fuerza más pesimista —protestó Claudia, enfadada por el susto que acababa de darle.

Catón la miró aprobando su comentario con una amplia sonrisa, lo que la apaciguó al instante y volvió a reconciliarla con él.

—Me temo que pronto me superarás en sabiduría.

Claudia sonrió y se sonrojó un poco.

—Bueno, me retiro ya. Nada más puedo añadir a lo dicho. Al final me has dejado sin descanso. Mira que me lo temía… Pero ha merecido la pena —dijo riéndose con malicia, cucándole el ojo, contento y achispado como estaba.

—¿Mañana a la misma hora de hoy para el desayuno? —le preguntó Claudia, temiendo que necesitara más tiempo para calmar la resaca.

—A la misma hora y en el mismo estado —le respondió Catón con segundas, muy seguro de sí mismo.

Ya en la puerta, antes de irse, se volvió hacia Claudia.

—¿Por qué no le lees a tu madre las comedias antes de acostaros?

Todavía es temprano y estoy seguro de que siente curiosidad.

Las dos mujeres lo observaron marcharse con gran asombro. Claudia con una mueca ambigua y Helvia con un brillo vivo en los ojos, pero el ceño fruncido. Aunque no había dicho ni pío había disfrutado la velada, a pesar de que seguía sin estar segura de que fueran lecturas apropiadas para su hija. Y lo de que se las leyera Claudia no había ni que pensar en ello. Al menos "*Lisístrata",* no. "*La asamblea de mujeres",* quizá. Ésa le había gustado. Bueno, "*Lisístrata"* también, pero no le parecía apropiada para que su hija se la leyera. "*Ya que se cree tan valiente y gracioso, que me la lea él si se atreve*", se sorprendió pensando, concediéndose una licencia traviesa por primera vez en muchos años. No estaba acostumbrada a beber y había bastado un chato y medio para subírsele un poco a la cabeza.

El juego de Constantino

Palacio de Tréveris

Las dos noches siguientes al encuentro a solas entre Constantino y el prisionero, Marcial cumplió escrupulosamente el protocolo sin que sucediera nada extraordinario. En cuanto cerraban la cocina entraba en ella asegurándose de que nadie lo siguiera, preparaba las viandas más decentes que podía, accedía por la despensa al pasillo secreto, abría la poterna baja de la puerta de la celda para deslizar la bandeja de la comida dentro de la misma y esperaba hasta que se vaciaba el reloj de arena. Después se marchaba a descansar.

Aquellas noches le sirvieron, entre otras cosas, para calmar los celos de Cleo. Ya no necesitaba velar toda la noche al prisionero y podía, en cuanto se vaciaba el reloj, reunirse con ella para dormir juntos. También le sirvieron para corroborar el hábito alimentario del prisionero. No importaba la clase de carne que le llevara ni el aspecto que tuviera, pues sólo comía frutas y verduras.

Por lo demás, su forma de ser seguía fascinándolo. Su expresión reflejaba una calma sobrehumana. Al observarlo, Marcial sentía una sensación parecida a la que se tiene cuando uno levanta la vista hacia el cielo y siente la paz de las estrellas, en un orden que escapa a la comprensión humana. El autodominio del prisionero era igualmente asombroso. Su gesto sereno e impasible denotaba una paz interior inalcanzable para el común de los mortales. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado frente a la chimenea, con las piernas cruzadas una sobre la otra y la espalda extraordinariamente recta. Podía permanecer horas en esa posición, con los ojos cerrados, sin mover un solo músculo. Parecía más fácil que el viento moviese el palacio a que un pensamiento lo hiciera a él parpadear.

La tercera noche apenas se había volcado un cuarto de la arena del reloj cuando se abrió el muro.

Marcial se puso en pie de un salto. "*Por los pelos*", suspiró alejándose de la cerradura. No quería ni pensar lo que podría

sucederle si lo descubrieran espiándolo.

Esta vez no se asustó. El efecto sorpresa había sido conjurado. Aun así no pudo evitar que se le pusiera la carne de gallina. Era una impresión desagradable ver desaparecer un trozo de muro y no saber quién asomaría por allí ni con qué intenciones. Desenvainó la espada siguiendo el protocolo y aguardó con la punta en alto.

Era el comandante.

Marcial resopló. Hubiera preferido que fuese Amelius. Al menos con el eunuco sabía a qué atenerse. Con el comandante siempre se sentía perdido, sin saber cómo comportarse. Hacía un año que sus relaciones habían cambiado drásticamente y desde entonces le incomodaba su presencia. El comandante no era una persona comunicativa y sus silencios podían ser una tortura. Nunca sabía lo que esperaba de él y eso lo ponía muy nervioso.

Marcial presintió algo inquietante en su mirada. Tardó unos segundos en comprenderlo: el comandante lo miraba con complacencia, con ojos correligionarios. Era la mirada de los viejos tiempos, cuando era su mentor y la estima entre ambos era recíproca. Al ser consciente de ello, a Marcial se le heló la sangre. Le dio más miedo que si le gritara o intentara intimidarlo con amenazas. A ello estaba acostumbrado, pero no a esta novedad.

—¿Come bien? —le preguntó sin más cortesías el comandante, en tono confidencial.

—Le traigo lo mejor que encuentro —le respondió Marcial con cautela, sin entender a qué venía la pregunta ni por qué ese cambio de actitud—. Esta noche le he traído remolacha en salsa dulce, un par de huevos escalfados y una bandeja de higos. Aunque luego no se come ni la mitad.

Marcial estuvo a punto de decirle que era vegetariano, pero se lo pensó mejor y se calló. Debía ser inteligente y responder lo más lacónicamente posible. Sus opiniones estaban fuera de lugar, podían interpretarse como que se tomaba más interés del debido en el prisionero. Y decididamente, los hábitos alimentarios de aquél no eran su problema.

—Con las sobras de palacio podría alimentarse una legión —masculló el comandante, que despreciaba el despilfarro del que hacía gala Constantino.

—Si no fuera porque se lo sirvo todo frío podría pensar que tiene un cocinero a su servicio —corroboró Marcial.

—¿Duerme bien?

—Lo desconozco. Cuando llego siempre está despierto. —Marcial

comprendió al momento lo que implicaba esta aseveración e intentó arreglarlo, ante la mirada inquisitorial y desconfiada del comandante —. Lo sé porque escucho ruido en la celda. Poco ruido, pero más que el de alguien que duerme.

—Quizá no necesite dormir —murmuró el comandante con voz misteriosa, aumentando el recelo supersticioso de Marcial.

—Es posible, señor.

—¡No seas idiota, dormirá como cualquier mortal! —lo reprendió el comandante por dar pábulo a una hipótesis tan descabella, aunque fuese propia—. Concedámosle al menos la posibilidad de soñar — agregó con un tono conciliador.

Marcial se quedó boquiabierto. Jamás hubiera esperado esta sensibilidad casi poética de su superior.

—¿Intenta comunicarse contigo?

—No, jamás.

—¿Ni siquiera te da las gracias cuando le llevas la comida?

—No, señor, no dice una palabra.

El comandante escudriñó sus ojos con hiriente desconfianza.

—¿Qué edad crees que tiene? ¿Más o menos tu edad?

Marcial no entendió la pregunta. ¿Qué importaba su edad? ¿Por qué ese interés tan fuera de lugar y sentido?

—No lo sé. Es posible…

—Por su fisonomía, ¿de dónde dirías que es?

—No lo sé, señor.

—¿Dirías que es africano? —preguntó el comandante con desaire, mirándolo como a un idiota.

—No, señor. Eso sí que no. Es demasiado blanco.

—Demasiado blanco… —El comandante masculló las palabras con preocupación creciente—. Pero no es un bárbaro, ¿verdad?

—No me lo parece, señor, aunque tampoco lo descartaría. Es tan blanco como un bárbaro. Pero es una blancura distinta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No lo sé, señor. Es como si nunca le hubiera dado el sol. O al menos no en los últimos años. No es el blanco de los bárbaros del norte. Su piel no es lechosa ni parece enfermizo. Podría ser incluso italiano. Y por qué no, tener algo de bárbaro en la sangre.

En el comandante se dibujó una mueca de perplejidad y la confusión de Marcial aumentó. Todo el interrogatorio parecía

destinado a corroborar las propias suposiciones del comandante. Y era obvio que sus respuestas no le estaban gustando.

—¿Qué opinión te merece? —insitió el comandante, decidido a encontrar las respuestas que necesitaba— ¿Crees que es de alta cuna o de baja estofa?

—No lo sé, señor. Su aspecto es el de un mendigo, pero por su comportamiento diría que es de alta cuna.

—¿Por qué? —preguntó con mucho interés el comandante. Esta respuesta sí que pareció confirmar sus propias sospechas e infundirle alguna remota esperanza.

—No sé… No lo he oído insultar, ni escupir, ni hacer ruidos groseros. Ni siquiera mientras come. Sus modales son extraños, pero desde luego no son los de un rufián.

—¿A qué te refieres cuando dices que son extraños?

Marcial se puso nervioso. Había sido un comentario desafortunado y ahora no sabía cómo salir airoso sin hablar más de la cuenta.

—Bueno, digo que es extraño porque no intenta comunicarse conmigo. Cualquier prisionero ordinario intenta ganarse la simpatía de su carcelero para obtener alguna ventaja. Aunque sólo sea para que le dé conversación y hacer más llevadero el presidio. En cambio, él no parece preocupado.

—¿No intenta llamar tu atención o provocarte de alguna manera para que lleves tú la iniciativa?

—No, señor. Me ignora.

—¿No me mientes?

—Se lo juro por todos los dioses.

—¿Y no has visto o escuchado algo que te haya llamado la atención?

—No, señor —respondió Marcial sin vacilar, aunque mosqueado por la pregunta. Debía andarse con pies de plomo o saldría trastabillado.

—A mí puedes contármelo todo —insistió el comandante con su tono confidente y amistoso de otros tiempos, señalando hacia el ojo de la cerradura, dándole a entender que daba por sentado que lo espiaba.

—Señor, he cumplido las órdenes tal y como se me ordenaron. Aquí soy ciego y sordo —dijo de corrida Marcial con una firmeza insobornable. Jamás admitiría semejante falta delante de su superior. Eran órdenes taxativas del augusto y ni siquiera el comandante, con todo su cuajo, se atrevería a confesar su incumplimiento. No caería en la trampa.

El comandante lo atravesó con sus ojos de perro viejo. Sabía que le mentía. "*Si estuviera en tu lugar el augusto se podría meter las órdenes donde le cupieran*", le insinuó con la mirada, sin necesidad de palabras, buscando una estrategia de compadreo que casaba mal con su persona.

Marcial notó un brillo de desazón en sus ojos, como si buscara un clavo ardiendo al que agarrarse. Pero todos sus intentos fueron en vano. Marcial se mantuvo en sus trece. Si quería sonsacarle algo, primero tendría que poner él las cartas sobre la mesa y desembuchar de qué iba todo aquello, qué interés tenía en el prisionero, por qué esa reacción al verlo la primera vez. No intentaba averiguar si el prisionero se había ido de la lengua sobre alguna cuestión política, militar o incluso religiosa. Todo eran cuestiones personales: cómo se comportaba, si comía y dormía bien, si parecía un hombre de honor, qué hábitos tenía, de dónde podría ser y cosas así. Al comandante parecía interesarle mucho más su forma de ser, de pensar o de sentir, que las razones por las que estaba encerrado. Y ese interés antropológico, tan insospechado en el comandante, fue lo que terminó de desconcertar a Marcial. Si pretendía que le hiciera de espía violentando órdenes directas del augusto para servirlo a él tendría que darle garantías. ¿Por qué habría de hacerle el favor cuando llevaba un año sin dirigirle la palabra? ¿Y qué era lo que debía ver y escuchar? ¿También quería que hablase con el prisionero? Demasiadas preguntas sin respuesta. Si el comandante quería que se implicase primero debería sincerarse y contarle la verdad. La que quisiera que fuese. Después él decidiría lo que hacía. No pensaba fiarle el pellejo a su buena voluntad.

El comandante guardaba silencio, escudriñándolo con creciente irritación. Ahora parecía suplicarle con la mirada, casi implorándolo a tener un poco de humanidad. "*¡¿Se ha vuelto loco?! ¡¿Qué diablos está sucediendo?!*". Marcial se mantenía firme en apariencia, pero por dentro vacilaba y empezaba a flaquear. Su coraza se desquebrajaba por momentos. Volvía a ver al viejo comandante, el que había sido como un padre para él, y se le removían las tripas por dentro. Se obligaba a recordar que fue el comandante quien le dio la espalda y volteó la relación, tratándolo desde entonces como a un enemigo. Y ése fue un duro golpe para él. Durísimo e inesperado, además de injusto. La causa fue el compromiso con Cleo. El comandante debió de pensar que aprovecharía el noviazgo para desplazarlo. Eso era muy ofensivo. Él le había demostrado sobrada lealtad y agradecimiento. Jamás se la jugaría. Ni siquiera ambicionaba su puesto. Al menos no de momento. Y desde luego no a su costa. Más bien se vio siempre como su sucesor. El mismo comandante había legitimado ese pensamiento con los hechos. Él fue quien lo tomó bajo su protección y

lo propuso para capitán de la guardia imperial. Todas sus enseñanzas y consejos, que por aquel entonces no eran pocos, lo preparaban para que pudiera relevarlo un día. Ésa parecía a todas luces la voluntad del comandante. Pero su compromiso con Cleo hizo añicos la amistad y la confianza. Marcial llegó a la piadosa conclusión de que era de Cleo de quien no se fiaba. Algo, por otra parte, perfectamente entendible. Cleo era ambiciosa y jamás había mostrado escrúpulos que frenaran sus deseos. Era normal que el comandante no la creyera capaz de esperar pacientemente el ascenso de su abnegado prometido y sin embargo sí que la creyera muy capaz de cualquier intriga para acelerar lo inevitable. Posiblemente ése sería el regalo de bodas que le habría pedido Cleo a su tío. Pero Cleo era Cleo y Marcial era Marcial. Él nunca consentiría una maniobra sucia y el comandante debería saberlo. Hasta tal punto le dolía que pensara así de él que se había arrepentido muchas veces de haberse dejado embaucar por la zalamería de Cleo. De haber previsto las consecuencias no hubiera aceptado el compromiso. Sus valores estaban por encima de la lujuria. Y desde luego él no era ningún oportunista.

Sí, en aquellos tiempos, antes de su noviazgo con Cleo, habría entendido la complicidad que ahora le demandaba el comandante. De hecho, no habría tenido ni que pedírsela. Le hubiera contado con pelos y señales cuanto hubiera visto y oído y se habría dejado guiar por sus consejos. Sí, en aquel entonces se la hubiera jugado por él sin pensarlo. "*Pero el pasado es el pasado*", se repitió para no flaquear. "*Si tú ya no te fías de mí yo tampoco tengo por qué fiarme de ti*".

—¡Abre la puerta! —ordenó con violencia el comandante al ver que Marcial no soltaba prenda. Era demasiado orgulloso para insistir. Tenía las mandíbulas apretadas y el gesto duro que tanto miedo infundía en las tropas.

Marcial tragó saliva. Acababa de sentenciar la última oportunidad de reconciliarse con él. El comandante le había descubierto sus intenciones en un arrebato de sinceridad y él se había negado a cooperar. Jamás se lo perdonaría.

—¡¿Estás sordo?! —le gritó el comandante, perdiendo los nervios y demostrándole que se lo haría pagar muy caro.

Al abrir la puerta, el comandante clavó su mirada en el prisionero y nuevamente un rictus extraño, incomprensible, se le dibujó en la cara. El prisionero tenía el poder de transformar su plomizo carácter y dulcificarlo.

—Acompáñame, por favor, el augusto quiere hablar contigo —le comunicó al prisionero con un tono amistoso, casi paternal.

Marcial no podía creerlo. Al altanero comandante le temblaron

ligeramente los labios y la voz. Los ojos le bailaban mientras observaba al prisionero con una atención desmesurada, como si buscasen en él algún rasgo distintivo, alguna señal de nacimiento, algún lunar peculiar, algo que le confirmara que era quien él pensaba que era. "*¿Le buscará el tatuaje?*", se le ocurrió pensar a Marcial, totalmente confuso. No entendía nada.

El prisionero también notó la forma extraña en que lo miraba el comandante y al salir de la celda lo saludó cortésmente agachando la cabeza a su paso, en un gesto de reverencia que ni siquiera había tenido con el augusto. Por un momento, Marcial tuvo la impresión de que el comandante iba a detenerlo para examinarlo más de cerca. Incluso a dirigirle la palabra. Era como si reconociese vagamente en él un aire familiar pero al mismo tiempo temiera que fuese una alucinación.

En cualquier caso, el comandante supo estar a la altura y demostrar de qué pasta estaba hecho, componiéndose y marchando el primero con paso firme. O pretendidamente firme.

En la sala los esperaban los otros miembros del Sagrado Consistorio: el pretor Cayo Publio, el cuestor de finanzas Sempronio y el obispo Osio.

Marcial observó que la disposición de las sillas había cambiado respecto a la vez anterior. También que faltaba la de Amelius. Ahora había una hilera paralela a una de las paredes y la silla del prisionero enfrentada a ella, dejando entre ambas un pasillo de unos tres metros de distancia, al fondo del cual imperaba el trono de Constantino. Esta vez el augusto les vería las caras en lugar de las coronillas, al tiempo que evitaría tener de frente al prisionero.

En cuanto el comandante ocupó su silla y el prisionero se sentó, Marcial se dispuso a marcharse. Ya había cumplido con su obligación, que era dejar al prisionero a buen recaudo con más de un testigo. Y allí había cuatro. No quería exponerse por nada del mundo a que Constantino lo recriminara dos veces seguidas por la misma falta.

—¡Quieto! —La voz estentórea del comandante se le clavó por la espalda como una puñalada. ¿Empezaba su venganza por lo ocurrido en el pasillo?

Marcial se detuvo en seco en el umbral de las escaleras y se giró lentamente hacia el comandante, esperando su humillación pública.

—Cierra —le ordenó el comandante con un tono más moderado, indicándole la antorcha del cervatillo que accionaba el mecanismo—. Quédate dentro. El augusto así lo desea.

Marcial palideció. ¿Por qué querría el augusto que se quedase? ¿Sabría lo del tatuaje desde que se quedó a solas con el prisionero y le

iba a pedir cuentas por no habérselo revelado, dando por sentado que lo habría espiado? ¿De eso habría tratado el interrogatorio del comandante hacía un minuto? ¿Habría sido una encerrona? ¿Le habría asignado Constantino esa misión al comandante para comprobar su fidelidad? Nuevamente demasiadas preguntas sin respuesta. Y bastaba conque una sola de ellas fuese afirmativa para darse por muerto.

Constantino salió por la puerta de su dormitorio, al extremo del fondo de la sala. Vestía regiamente, aunque su aspecto era desastroso. Se había vestido él solo, sin ayuda, y parecía una caricatura de sí mismo. Estaba demacrado, con los grandes ojos hinchados por el insomnio y unas ojeras que mostraban su turbación y agotamiento. Aunque intentaba disimular, se le notaba que hacía titánicos esfuerzos por mantener el tipo.

Los miembros del Sagrado Consistorio se pusieron en pie, alarmados por su aspecto. Al verlo de esa guisa, algunos de ellos comprendieron de inmediato que habían subestimado la importancia del prisionero.

Este último, abstraído en la contemplación de los coloridos tapices que adornaban las paredes, no se molestó en levantarse y permaneció sentado e impasible.

Constantino se sentó en su trono, ignorando el desacato del mismo, y comenzó a repiquetear en los apoyabrazos con sus gruesos dedos de guerrero mientras contemplaba enigmáticamente, uno a uno, a sus hombres de confianza, como si sopesara el papel que habrían de asumir en la historia a partir de aquel momento.

Marcial se tranquilizó. Había algo tan trascendental en la actitud de Constantino que le hizo olvidarse por completo de sus temores. Comprendió enseguida que el objeto de cambiar la disposición de las sillas no era tanto para observar la reacción de sus hombres cuanto para evitar tener de frente al prisionero. Constantino lo miraba de reojo, disimuladamente, y su expresión era la misma que Marcial le había sorpendido hacía tres noches en lo alto de la escalinata que daba a la celda secreta, tras su parlamento a solas con el prisionero: entre la veneración y el asco, entre el agradecimiento y el odio, entre el miedo y la esperanza. Pero había algo más, un brillo malicioso, nuevo, intenso: el brillo de una violenta ambición.

Ninguno de los hombres del Sagrado Consistorio se atrevía a levantar la vista del suelo. El usurero Sempronio y el fiscal Cayo Publio, que la vez anterior no habían mostrado mucho interés por el prisionero, más allá de la simple curiosidad, estaban ahora sumamente intrigados. Constantino los tenía en ascuas. No era fácil impresionar al augusto y el prisionero había conseguido hacer mella en él. Lo que

quisiera que le hubiese revelado cuando se quedaron a solas debió de ser de vital importancia para sus intereses. La expectación y el nerviosismo que se respiraban en el ambiente eran palpables. Algo muy grave estaba sucediendo. Desde su entrevista privada con el prisionero, Constantino no había concedido audiencia ni había permitido que nadie lo visitara, encerrado a cal y canto en su dormitorio, digiriendo a solas la revelación. Hasta se había olvidado de comer.

El más afectado era el obispo Osio. Estaba atacado de los nervios. Contrariado, angustiado, apabullado. Sus manos, entrelazadas por vicio en actitud devota, no paraban quietas un segundo, delatando su tormento interior. Si había alguien en la sala consciente de la magnitud del prisionero ése era él. Sólo él sabía que aquel prisionero con pinta de mendigo atesoraba un conocimiento capaz de trastornar el orden presente. Su poder era real. Tan poderoso que podía hacer estallar por los aires el mundo conocido. El trabajo concienzudo y meticuloso durante siglos de mentes brillantes podía derrumbarse como un castillo de naipes si la verdad que aquel hombre atesoraba salía a la luz. "*¡La Iglesia quedaría arrasada hasta sus cimientos!*", pensó con horror. Y sólo tenía un arma capaz de derrotarlo: la desmesurada ambición de Constantino. "*La salvaguarda de la Fe está en manos de un pagano… Dios mío, ¿qué he hecho?*", pensó aterrorizado. El aspecto desaliñado y descreído de Constantino no ayudaba a tranquilizarlo. "*¿Qué le habrá contado? ¿Hasta dónde se habrá atrevido a contarle? ¿Lo habrá seducido con sus ponzoñosas razones? Mi propuesta es grandiosa, pero… ¿renunciará Constantino a ella… por la Verdad?*".

Constantino, consciente de su zozobra, centró toda su atención en el obispo. Lo miraba con recelo e indignación, enseñándole los dientes. Lo escudriñaba como a un reo, esperando que algún gesto inconsciente delatara su culpabilidad. Osio, aunque tenía la cabeza gacha en actitud de plegaria y sumisión, sentía la mirada abrasadora del augusto sobre él. Sus labios se movían rezando por su salvación mientras su frente se perlaba con un sudor amargo. Ardía de fiebre. Constantino sabía ahora cosas que antes no sabía. Y no las sabía porque él se las había ocultado. Y ocultarle cosas a Constantino nunca era una buena idea.

Cuando el atribulado obispo notó que la abrasadora energía que irradiaban los furiosos ojos de Constantino se desplazaba hacia el prisionero, levantó la vista con disimulo para estudiar su expresión y un rayo de esperanza iluminó su cara. Al prisionero también lo miraba con recelo. "*Todavía hay esperanza*", respiró aliviado. Necesitaba aferrarse a esa esperanza. Osio, que no era cojo en atisbar las profundidades psicológicas de sus congéneres, comprendió

inmediatamente que Constantino estaba en una encrucijada de la que sería incapaz de salir sin su ayuda. En estos meses transcurridos en palacio había buceado en su alma y descubierto sus debilidades. "*Me necesita. Quizá sólo está enfadado conmigo por haberle ocultado algunos "detalles". Pero dudo mucho que él se haya atrevido a contárselo todo*", razonó lanzándole una mirada cargada de odio al prisionero. "*Sí, todavía hay esperanza de salvación*".

—Quiero que les cuentes lo que me contaste a mí la otra noche —ordenó Constantino al prisionero, rompiendo el opresivo silencio y haciendo una pausa para crear la tensión necesaria que le permitiera estudiar el rostro de sus hombres, especialmente el de Osio.

Como era de prever, el obispo se descompuso. No podía ser verdad. "*¿Es que no es consciente de la trascendencia del secreto que le ha sido revelado? ¿Puede ser tan ciego y estúpido que no vea más allá de sus narices, de su estúpida ambición mundana?*". Quiso manifestar su desacuerdo, pero ni siquiera se atrevió a carraspear. Aquello era peor que una pesadilla.

El prisionero, en cambio, permanecía impertérrito. No había signos de preocupación en él, como si supiera que el augusto estaba jugando con el obispo y aquello no iba en serio. Él sabía lo que le había contado aquella noche en que se quedaron a solas y el impacto brutal que su confesión tuvo en el augusto. Sabía, por tanto, que jamás se le ocurriría hacerla pública. En las manos equivocadas sería un arma letal. Y Constantino tenía muchos defectos, pero no era ningún idiota. Quizá no vislumbrara la magnitud total de las ramificaciones y consecuencias de lo revelado, pero no hacía falta ser un genio para entender su poder destructivo.

—Vamos, habla sin miedo. Estamos bajo la rosa —insistió Constantino, señalando la rosa sujeta al extremo del obelisco—. Estoy seguro de que Osio no compartirá tu versión de la historia, porque él está convencido de que tú y los tuyos sois unos malditos demonios. Va a ser divertido escuchar cómo defendéis vuestras "*verdades*" cara a cara —dijo, enfatizando con sarcasmo el vocablo y lanzando una mirada terrible al obispo.

Osio tragó saliva. Podría ser de todo menos divertido. "*Sí, sabe… No todo, pero mucho más de lo que debería saber*", pensó con horror.

—¡Vamos, no tengo toda la noche! —exclamó Constantino, que comenzaba a irritarse—. Yo seré juez en esta disputa y decidiré quién vence; quién dice la verdad y quién miente como un bellaco. O si los dos sois bellacos —apostilló con una mirada perversa.

A Osio no le pasó desapercibido que mientras pronunciaba su amenaza tenía los ojos clavados en él. Esa rabia iba dirigida

exclusivamente contra él. "*Sabe que le he mentido. Sí, lo sabe… Pero podré explicarle por qué cuando me permita hablarle a solas"*. Tampoco le había pasado desapercibido que cuando miraba al prisionero lo hacía con incredulidad, con temor supersticioso, pero con respeto, con una especie de veneración ancestral de tiempos antiguos. "*La verdad es tan relativa*…", rumió para sí, pesaroso, creyendo próximo su final. Y con él, el final de una era y de un futuro glorioso, un sueño de redención universal. "*Siglos de laborioso trabajo llevado a cabo en la sombra y enfrentando las mayores adversidades por las mentes más brillantes echados a perder por mi ineptitud*", se recriminó el contrito e inconsolable obispo. Pese a su proverbial locuacidad no encontraba las palabras adecuadas para dar principio a su argumentación. Trataba de ganar tiempo con la esperanza de que Constantino entrara en razón y cejara en la locura que estaba a punto de cometer. Una locura fatal e irreversible. Osio empezaba a respirar con dificultad. No le llegaba aire suficiente a los pulmones y el sofoco que sufría hacía que temiera un infarto de un momento a otro.

—Vamos, Osio —Constantino nunca se dirigía a él por su cargo eclesiástico—, ¿es que te has quedado mudo de repente? Tú que te arrancas a sermonearme con cualquier excusa, ¿ahora que te concedo un público más amplio he de rogarte?

Al usurero Sempronio se le escapó una risa ahogada, que Constantino atajó con una mirada asesina.

—¡¿Y tú qué haces ahí como un pasmarote?! —bramó de repente el augusto, lanzando una mirada furibunda a Marcial.

A Marcial le dio un vuelco el corazón. Había permanecido todo el tiempo hierático como una estatua y con los ojos atornillados al suelo, cruzando los dedos para que aquello terminara cuanto antes y de la mejor manera posible. Ahora veía que sus ruegos no habían sido efectivos. Los dioses no lo habían escuchado. El augusto había decidido pagar otra vez con él los platos rotos.

—El comandante me ha dicho que permaneciera aquí, junto a la puerta… —balbuceó.

—¡¿Qué puerta?! —bramó Constantino—. ¡¿Alguien ve alguna puerta?!

—Quiero decir… junto al muro que se abre.

—¡El muro que se abre! —Constantino soltó una carcajada diabólica. Al no atreverse ninguno de los presentes a secundarla, su eco resultó espeluznante—. Sí, es verdad, quería que te quedaras —su tono se volvió condescendiente, rubricando su fama de veleidoso—. Pero he cambiado de opinión. Tienes cara de estar cansado. Retírate, pues, y descansa en la celda, que esto va para largo.

A Marcial le faltó tiempo para tirar de la antorcha.

—¡Espera, soldado! —le gritó, aunque sin un ápice de ira.

A Marcial se le heló la sangre. "*¿Otra sorpresa?*".

—¿Alguien te está importunando? ¿Alguien quiere saber más de la cuenta?

—No, señor —respondió Marcial sin vacilar, temiendo que fuera con segundas. Una sospecha podía equivaler a una sentencia de muerte.

—Si alguien lo hace quiero que me lo comuniques a mí en persona. Sin intermediarios. ¿Entendido?

—Sí, señor, así lo haré.

—Bien, retírate.

Marcial desapareció como alma que lleva el diablo y el muro se cerró tras él. No se atrevió ni a lanzarle una mirada furtiva al comandante para ver si se le habían puesto de corbata. Al augusto le encantaba infundir miedo en sus hombres. Lo consideraba el sostén de la lealtad.

Osio, aprovechando el instante de calma que sobrevino, se atrevió a levantarse para susurrarle algo al oído. Estaba muy apurado y sudaba copiosamente. Constantino frunció el entrecejo con disgusto, pero asintió con la cabeza a su petición. No parecía sorprendido. Le encantaba adelantarse a los acontecimientos.

Mientras el obispo volvía a su silla, Constantino parecía reflexionar sobre lo que le había dicho, aunque en realidad contaba con ello y había tomado una resolución firme al respecto desde la noche en que se quedó a solas con el prisionero.

—Lleva razón Osio —dijo al fin, como si lo estuviera meditando en ese justo momento—. Lo que se va a discutir aquí son cuestiones… —dudó sobre cómo definirlo y no pudo disimular una sonrisa perversa— cuestiones religiosas.

Acto seguido tiró de la cuerda y las puertas de bronce se abrieron de par en par. En los ojos de Constantino brillaba un fuego incombustible. Y, de repente, Osio vio la luz. Comprendió que Constantino había estado jugando con ellos. Y comprendió también el gravísimo error que había cometido su archienemigo. No había indagado lo suficiente en la naturaleza del augusto para comprender que estaba forjado de una poderosa aleación, incorruptible, de soberbia, vanidad y ambición. Antivirtudes, a su manera, también sobrehumanas. La verdad que le había revelado el prisionero a Constantino, y que habría producido *ipso facto* en cualquier otro ser humano una gran transformación, milagrosa a los ojos de los demás,

en el augusto había escurrido por su conciencia como una gota de agua por un cristal: mojándolo, pero no empañándolo. Lo que Osio pensó que sería la hecatombe, ahora comprendía que había sido su salvación. Constantino había comprendido que lo importante no era la verdad en sí, sino que ésta fuera la única verdad, porque varias verdades terminan deslegitimándose mutuamente. La Iglesia no llevaba siglos luchando sin cuartel ni piedad contra las herejías por placer, sino por una simple cuestión de supervivencia. "*Sí* —sonrió para sí el obispo—, *me será muy fácil convencerlo de cuál de las dos verdades le conviene más a él*". Al fin había llegado su oportunidad de encarar al prisionero y apretarle las tuercas para que desembuchara cuanto supiera y después, por fin, desembarazarse de lo que representaba. Había anhelado ese momento durante años. Siglos si se consideraba como parte de un ente superior. Además confiaba en su habilidad para sonsacarle información clave sin que el augusto comprendiera su significado. A fin de cuentas Constantino era un guerrero, no un teólogo. Las sutilizas se le escapaban.

—¡Retiraos los demás! ¡Tú no, Sempronio —gritó Constantino frenando en seco al usurero, quien, aunque deseaba ansiosamente quedarse y descubrir de qué iba todo aquello, fue el primero en intentar poner pies en polvorosa para evitar una reprimenda—. Tú, quédate —le ordenó.

—Mi señor —dijo Sempronio muy sorprendido y con tono falsamente humilde—, yo no entiendo nada de asuntos religiosos.

—¡Por eso mismo, idiota, para que aprendas!

Osio levantó la mano para protestar por la presencia de Sempronio, pero esta vez Constantino no quiso escucharlo.

Aliados forzosos

Palacio de Tréveris

El pretor y el comandante fueron invitados a salir de la sala con un gesto displicente del augusto, como quien echa a los perros de la cocina tras haberlos dejado olisquear la comida.

Ambos hombres, enemigos íntimos, salieron de la sala sin rechistar. Caminaban cabizbajos, pensativos, rumiando para sí parecidas maldiciones. No soportaban ni el mangoneo que se le permitía a Sempronio en los asuntos imperiales ni la intrusión del obispo en el Sagrado Consistorio. No se dirigieron la palabra, pero al cerrarse las puertas tras ellos, con la excusa de mirar de reojo hacia atrás, se lanzaron una mirada fugaz el uno al otro para calibrar sus pensamientos, y un gesto inaudito de incomprensión pareció acercar sus posiciones. Ninguno de los dos entendía por qué Constantino los excluía a ellos y en cambio prefería a Sempronio. Cualquiera que fuese el asunto que el augusto estaba tratando con aquel enigmático prisionero debía ser de extrema gravedad. Parecía que tenía que ver con la religión, y en especial con los cristianos, por lo que la presencia del obispo era justificable. Pero el banquero Sempronio… ¿Qué pintaba Sempronio en un asunto de cristianos?

Al cruzar uno de los salones, el fuego de la chimenea los detuvo. Estaban solos. Nunca antes lo habían estado ni habían buscado estarlo. La situación era inaudita y la ocasión excepcional, así que a ninguno de los dos, pese al desprecio mutuo que se profesaban, le disgustó la posibilidad de tantear al otro. Por primera vez estaban en el mismo bando, aunque no supieran bien qué bando era éste ni cuál el contrario. Era como jugar a los dados a ciegas.

Una vez más, Constantino había evidenciado su absoluta desconfianza hacia sus supuestos hombres de confianza. Cualquier precaución le parecía poca para evitar alianzas peligrosas entre hombres poderosos. Astutamente, acababa de crear dos bandos dentro del ya eximio y enemistado Sagrado Consistorio: los que se quedaban con él y a los que expulsaba de su presencia. Y en cada bando se había

asegurado de emparejar a los que más se detestaban entre sí. Porque aunque era notorio el desprecio que se profesaban entre sí los cuatro miembros del Sagrado Consistorio, era insuperable el aborrecimiento que el obispo Osio profesaba al cuestor de finanzas Sempronio, al que consideraba el ser humano más antagónico de su modélico Señor. Y el desprecio que Sempronio profesaba al moralista y reprensor obispo sólo podía compararse al aborrecimiento que el comandante y el pretor se profesaban entre sí. Constantino llevaba el divide y vencerás a su máximo exponente.

El comandante y Cayo Publio guardaban silencio frente al fuego, pensando que las llamas eran menos impredecibles que el augusto. Y desde luego quemaban menos que sus maquinaciones. Deseaban tantearse, pero les costaba romper el hielo. Era un orgullo hecho costra.

El primero en probar suerte fue el pretor.

—Es el mundo al revés —gruñó Cayo Publio—. Nosotros representamos la fuerza y el espíritu romanos, las armas y las leyes. En cambio esos dos… ¡Por Júpiter, uno es un cristiano y el otro un banquero! ¡¿Qué raza de consejeros son ésos?!

El comandante, sin embargo, ataba cabos más razonables. Para él no era una simple elección desafortunada. Era mucho más grave: Constantino estaba probando la consistencia de la argamasa con que pensaba cimentar su Imperio.

—¿Crees que el prisionero es un cristiano? —le preguntó el comandante, intentando desentrañar sus propias incógnitas.

Cayo Publio reflexionó unos segundos, sorprendido por la pregunta.

—Tengo mis dudas —reconoció—. He juzgado a unos cuantos cristianos y ninguno mostró, ni remotamente, el aplomo de éste. Se crecen en manada, pero aislados y con grilletes suelen ser corderillos asustadizos. Ante la Justicia se muestran desafiantes a veces, mostrando sus símbolos para darse coraje, pero en cuanto ven un hierro al rojo vivo reniegan hasta de sus madres. Siempre te topas con algún loco, claro, que se envalentona y empieza a proclamar su fe a gritos, pero son minoría. Este prisionero tiene un cuajo y unos modales insólitos. Al menos yo no los he descubierto en ningún otro cristiano. Ni es asustadizo ni sorprendí en él esa mirada perdida de quien piensa que el martirio es un atajo para reunirse con su dios o la sonrisa tonta de quien considera que el suplicio lo convertirá en un mártir a los ojos de los suyos. Que, por cierto, en esto sí que podríamos aprender de ellos. Cuando nuestros héroes mueren en batalla, los honores que les tributamos, si es que les tributamos algunos, son ridículos en comparación con el fervor que les muestran

los cristianos a los suyos. No sólo los recuerdan cada año con una solemne ceremonia sino que han instituido todo un culto religioso en torno a sus personas, santificándolas. Es una forma muy astuta de convertir a los locos en guerreros suicidas.

—Tenía la mirada de quien no cree en nada —farfulló el comandante reflexionando en voz alta, ignorando las teorías del pretor, con una extraña e inconfesable pesadumbre. "*Esa mirada, esos ojos… ¿me estaré volviendo loco?*". Si estuviera en lo cierto, si sus presentimientos no fueran fallidos y los ojos del prisionero delataran una absoluta falta de fe…

—Oh, no, en eso te equivocas —lo corrigió Cayo Publio, perplejo por la actitud del comandante—. Tenía la mirada del creyente. De eso estoy seguro.

—¡¿En qué quedamos, ¿es cristiano o no?! —le recriminó el comandante perdiendo los nervios, afeándole un razonamiento que a él, a todas luces, y más en su estado de ánimo, le pareció contradictorio y desalentador.

—Yo juraría que es creyente —aseguró el pretor acariciándose la barbilla, ganando tiempo para reflexionar sobre la marcha, intentando comprender la importancia que podía tener ese detalle para el comandante—. Lo que desconozco es hacia dónde proyecta su fe. Aunque viendo el interés que se ha tomado el obispo Osio no descartaría que fuese cristiano —dijo para forzar la reacción de su compañero, intrigado por este viraje inesperado.

El comandante lo miró con disgusto.

—¿En qué quedamos? —insistió con una hiriente condescendencia, pero dispuesto a escuchar sus razones.

—Podría ser de una facción rival a la de Osio.

—¿Quieres decir que crees que pueden estar disputándole el puesto a Osio?

—No todas sus luchas son para ocupar el trono episcopal —le explicó Cayo Publio con suficiencia, acusando el tono irónico y mordaz del comandante de mal grado, pero sin entrar al trapo—. En esa guerra sólo están enzarzados los ortodoxos. ¿Es que no has visto su aspecto? Está famélico y demacrado. Los que aspiran a gobernar la Iglesia están lustrosos como nuestro querido obispo –añadió con retranca, aunque la cara de pocos amigos del comandante lo disuadió de andarse con bromas—. Hay otras guerras entre los cristianos —dijo poniéndose serio—. Llevan siglos disputándose la idea misma de qué es y debe ser el cristianismo.

La revelación arrancó una mueca desdeñosa en el comandante,

entre la repugnancia y la incredulidad.

—¿Ni siquiera entre ellos se ponen de acuerdo? —preguntó con desprecio.

—Bueno, cada uno tiene su idea. No debería extrañarte tanto. También cada romano tiene una idea distinta del Imperio —dijo con segundas, escudriñando sus muecas—. Unos son republicanos, otros abogan por la tiranía, otros añoran la malograda tetrarquía, hay quien quisiera el retorno de la monarquía, quien sueña con una aristocracia senatorial. En fin, hay para todos los gustos.

—El gobierno entre los hombres se puede discutir —lo atajó el comandante, profundamente irritado con la cháchara hueca del pretor —, pero los cristianos aseguran que ese Cristo era su dios o hijo del mismo, ¿qué tienen entonces que discutir?

—El judaísmo siempre ha sido pródigo en sectas, y el cristianismo, como buena secta judía, lleva en sus genes la discordia —dijo Cayo Publio, sonriendo—. Además, parte de la discusión entre ellos reside en determinar precisamente eso, si el tal Cristo era hijo de Dios, Dios mismo o sólo un profeta.

La sola idea de que el prisionero pudiera ser cristiano le revolvía el estómago al comandante. "*Preferiría mil veces antes que fuera un ladrón*", maldijo para sí, encolerizado.

—Yo tampoco entiendo la importancia de este prisionero – reflexionó Cayo Publio, perplejo por la reacción del comandante—. ¿Qué tiene que ver con nosotros? ¿Acaso nos trae nuevas sobre Majencio y su ejército? ¿O es acerca de Licinio? ¿Acaso es un legado suyo? ¡Por todos los dioses, sólo es un andrajoso! ¡Que se lo entregue al obispo para que lo triture y nos deje a nosotros en paz! Todos estos desvelos en vísperas de una guerra para sonsacarle ideas religiosas a un loco.

El cansancio había vencido las barreras defensivas del pretor, dispuesto a confraternizar con su enemigo para una defensa común. Al comandante, en cambio, le bailaban las llamas en los ojos. "*Ese loco…* —al pensarlo sintió escalofríos—. *¿Será ese loco quien yo imagino que es? No, no puede ser, es imposible. Y, sin embargo, ¿por qué entonces nada más verlo…?*".

—Deberíamos estar reunidos tú y yo con el augusto debatiendo sobre la guerra y las resoluciones que se han de tomar después – protestó Cayo Publio, provocándolo—, y no esos dos idiotas.

"*¡¿Qué sabrás tú de guerras?!*", rugió para sí el comandante al ser arrancado bruscamente de su pensamiento. "*Maldita sea* —se recriminó a renglón seguido—, *sólo es un fantasma de tu imaginación. Céntrate ahora en lo importante. El imbécil del pretor quiere hablar.*

Escucha y toma buena nota".

—Que se maten entre ellos esos cristianos lunáticos, ¿qué nos importa a nosotros? —continuó explayándose Cayo Publio—. Constantino no los conoce bien. Lo tienen engañado. Ese obispucho le tiene comida la cabeza con sus zarandajas. Bajo esa apariencia de humildad y beatería esconden una ambición muy peligrosa. El gobernador Festo, que conoció de primera mano al gran hacedor del cristianismo, al Pablo ése, le advirtió a Nerón claramente que ese hombre era un criminal peligroso. Sin olvidar que el Cristo al que adoran fue condenado a pena de muerte por sedicioso. Y uno de nuestros mejores gobernadores, Plinio, también advirtió en su día a Trajano de la peligrosidad de esta superstición. Todos nuestros prohombres con un poco de sesera han comprendido el veneno que llevan dentro estos sectarios. Celso los caló muy bien y con mucho tino cuando escribió: *"Hay una raza nueva de hombres, nacidos ayer, sin patria ni tradiciones, unidos contra todas las instituciones religiosas y civiles, perseguidos por la justicia, universalmente marcados de infamia, pero que se glorían de la execración común"*. Oh, sí, qué peligro tienen estos cristianos, nutridos de la hez de la sociedad. Odian Roma y todo lo que representa por pura envidia y sed de venganza. Yo también los conozco bien. Estoy harto de dirimir sus pleitos. Negociar con ellos es hacerlo con todos los dioses infernales. Su pacifismo es una impostura: o estás con ellos o contra ellos. Su dios no admite a los incrédulos y mucho menos a los paganos. Lo han recubierto con una pátina de amor, pero no olvidemos que es el mismo dios celoso y vengativo de los judíos. Y como para aquéllos, a sus ojos todos los demás somos pecadores.

"*Es que tú eres un pecador, para el nuevo dios y para los viejos. Y un imbécil*", rumió el comandante mirándolo de soslayo. Cayo Publio tenía la nariz afilada y ganchuda como el águila de las legiones, y los ojos pequeños y negros de un cuervo. Andaba chepado por la falta de ejercicio y tenía una mirada fría y falta de sentimiento. Había sido gobernador en Britania y había aprovechado el cargo para enriquecerse con toda clase de atropellos, olvidando la admonición que en su día hiciera Tiberio a los gobernadores avarientos al recordarles que el buen pastor trasquila a sus ovejas, no las desuella. El voto de gracias que obtuvo del concilio provincial al dejar el cargo, cuando más que ninguno había merecido un memorial de agravios ejemplar, no venía sino a corroborar la teoría del comandante: era más temible y devastadora la corrupción de los magistrados que cualquiera de los enemigos extranjeros. Ahora el pretor, como un perro faldero, adulaba sin decoro a Constantino a la espera de obtener la administración de una provincia más rica en figura de cónsul, donde podría retirarse para dar rienda suelta, con total impunidad, a

su codicia y vicios.

El ejemplo de Cayo Publio ahondaba el odio del comandante a los magistrados que ascendían desde el estamento funcionarial. Para él los funcionarios eran unos chupasangres que medraban con falacias y taimados ardides. Les reconocía que dominaban la tradición cultural, poseían una excelente formación retórica y una óptima preparación jurídica, pero para el comandante los hombres no se forjaban con palabras sino con hechos de armas. Desde su punto de vista, lo peor que podía sucederle al Imperio era ser dominado por remilgados repelentes y sin escrúpulos, ávidos de poder y riqueza y sin un ápice de sentido del honor. "*Así van las cosas, esto se desmorona como un edificio viejo y saqueado. Oh, ser despreciable donde los haya, leguleyo ignorante de la vida y los hombres, ladrón, explotador, hipócrita. Sí, raja ahora por esa bocaza y estarás en mis manos*".

Al comandante le estaba aflorando la crispación al rostro y Cayo Publio lo interpretó como un asentimiento a su discurso y le dio más impulso.

—¿Qué imagen vamos a dar al mundo si ahora nos inmiscuimos en las cuitas de los cristianos? –se arrancó el pretor—. El Imperio dando pábulo a unos dementes que se creen los elegidos del dios judío. ¡Qué locura! ¿Y qué será lo siguiente, devolverles lo que Diocleciano, Galerio y Maximiano, con toda justicia y razón, les confiscaron? ¿Vamos a terminar poniendo a la misma altura a su Cristo que a Júpiter? ¡Si levantara la cabeza Celso! Oh, él sí que los conoció bien. Qué razón llevaba al advertir que nada bueno se puede esperar de esta gente que utiliza las cocinas, los talleres y las talabarterías para adoctrinar a los pobres ignorantes, en lugar de atreverse a enseñar su doctrina en las escuelas y los foros, como hacen quienes no tienen nada que esconder y no temen contrastar sus ideas con gente inteligente e instruida. ¿Lo has leído? Deberías hacerlo, está a la altura de los grandes cómicos. Te lo digo en serio, la obra de Celso más que un ensayo parece una comedia cuando empieza a enumerar las sectas a que ha dado origen esa religión, nacida ella misma como una secta. ¡Crecen como champiñones! ¡Y a cuál más disparatada! ¡Qué risa! Cada vez que la vida me deprime leo a Celso y me vengo arriba pensando en el obispucho. Ni entre ellos mismos se ponen de acuerdo en qué dijo e hizo al que llaman su Señor, o si fue un dios o un simple mortal, si lo parió una virgen o una mujer corriente, si tuvo mujer e hijos o fue célibe e incluso asexual, o si el mensaje fue éste o aquél o qué puñetas quiso decir. Y cuando se cansan de discutir, como nunca llegan a un acuerdo porque son tercos como mulas, entonces se lían a tortazos entre ellos.

El comandante, que también odiaba cómo empezaban los cristianos

a subírsele a las barbas a Constantino y añoraba tanto como el pretor su persecución y escarmiento, sonrió con pesadumbre. Sabía que Constantino no daba puntada sin hilo y tenía que haber alguna lógica en esta complacencia. "*Esa forma tan suya de crear un abismo entre las palabras y los hechos…*". El comandante tenía una sospecha terrible, pero no pensaba compartirla con el pretor. Llevaba semanas meditando sobre ello. Pensaba que Diocleciano le había enseñado a Constantino un camino muy peligroso, a lo egipcio, pero de un modo torticero. Muchos augustos habían creído ver la mano de los dioses en sus victorias e invocaban a todos por igual según lo requiriese la situación, pero Diocleciano había rizado el rizo al asociarse a Júpiter. El comandante estaba convencido de que esto había dado mucho que pensar a Constantino. Y sabía que éste, a diferencia de Diocleciano, apostaría por el caballo ganador sin importarle su pelaje. A Constantino no lo detendrían la raza, la crianza o la legitimidad del equino.

—Espero que no se nos vaya de las manos esta afición que les está cobrando el augusto —farfulló el pretor, indignadísimo—. Ojalá nos estemos equivocando al juzgarlo.

"*¿Nos estemos equivocando? Eres tú el único que está rajando por esa boquita*".

—Sí, a lo mejor estamos hablando de más —prosiguió el pretor, moderándose—. A lo mejor es una jugada maestra para que se confíen y cuando menos se lo esperen darles matarife.

Quiso la casualidad que en ese momento atravesaran la sala Lactancio y Crispo, el hijo de Constantino. Cayo Publio miró al religioso con infinito desprecio.

—No sé yo quién es más peligroso, si el obispo o esta mosquita muerta —masculló con rabia cuando se perdieron de vista—. Cuidado con éste, que está cobijando bajo su plumaje al futuro aspirante al trono. Éste en la sombra tiene más poder que muchos que se vanaglorian de poderosos.

"*Como tú, idiota*", rumió el comandante.

—Éste, con poco esfuerzo y menos riesgo —prosiguió el pretor, enardecido de nuevo—, va insuflando sus ideas en la mente infantil de su pupilo, influyéndolo hasta moldear su pensamiento conforme a sus ideas para el día de mañana gobernarlo según su gusto.

"*¡Idiota petulante! ¿No puedes decir que le está comiendo la cabeza y pudriéndole los sesos y hablar como un hombre de verdad?*". Al comandante empezaba a crisparle la cháchara del pretor. Además, él no veía ningún peligro en Lactancio. Le parecía poco aconsejable que se le confiara la tutela de Crispo, pero a fin de cuentas sólo era un

mozalbete al que la vida enderezaría pronto, sacudiéndole las absurdas supersticiones que el otro le inculcara. Un buen par de tetas y un par de guerras lo harían un hombre y le quitarían las tonterías de la cabeza. Para él el peligro lo representaba Osio, porque una cosa era poner a un cristiano a tutelar a un imberbe y otra muy distinta nombrar a un obispo miembro del Sagrado Consistorio. "*¿Qué querrá del prisionero, qué relación tendrá con él?*". Al pensar de nuevo en el prisionero, el comandante volvió a estremecerse. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y sintió un calambre en el estómago. "*No, no es posible, no puede ser él*".

—¿Y qué piensas de la madre del augusto? —Cayo Publio, que volvió a malinterpretar el visible malestar del comandante como un asentimiento explícito a sus palabras, creyó que se le presentaba una ocasión inmejorable para tirarle de la lengua y comprometerlo—. ¿Eres de los que piensan que es una bendición tenerla en palacio? —le preguntó con sarcasmo.

—¿Qué piensas tú? —le preguntó a su vez el comandante, con tanto desprecio que Cayo Publio volvió a malinterpretarlo como una confirmación de que al menos en aquel punto pensaban igual.

—¡Helena es la Livia de nuestros días! —exclamó irritado el pretor —. Bueno, peor, porque aquélla fue peligrosa por su desmesurada ambición, pero al menos pensaba en el bien del Imperio, por errada que estuviese. En cambio ésta… ¡Es ella la que está infestando el palacio de cristianos!

El comandante asintió con una leve inclinación de cabeza, pero sin decir ni pío, encastillado en su silencio. Cayo Publio empezó a mosquearse. Rayaba lo intolerable. No había forma de comprometerlo. "*Estúpido soldado* —maldijo entre dientes—*, no sé qué puedo esperar de él si no es más que un bruto que ha ascendido a base de repartir mandobles. ¿Qué sabrá de política, ni de religión, ni de nada?*".

—No tiene sentido que el prisionero sea cristiano –reflexionó en voz alta el comandante, con un tono tan irascible que dejó nuevamente perplejo a Cayo Publio—. A Osio no le interesa airear los trapos sucios delante de Constantino. No se expondría a interrogarlo delante de él y que se fuera de la lengua. Eso podría comprometerlo, que a saber las mentiras que le habrá contado al augusto. No tiene ningún sentido.

—¿Y quién te ha dicho a ti que es Osio quien lleva la iniciativa? ¿No viste la cara que se le quedó al obispucho el otro día, cuando Constantino lo expulsó de la sala para quedarse a solas con el prisionero? —le preguntó con astucia Cayo Publio. Al ver la mirada flamígera del comandante sonrió—. Nuestro querido obispo no es

idiota, pero Constantino lo es todavía menos. ¿Quién es el ratón y quién el gato en esta cacería? –preguntó, estudiando con zorruna suspicacia la reacción del comandante, volviendo a darle otro giro para despistarlo—. Por otro lado, lo último que le interesa a Constantino es aliarse con una Iglesia dividida que le dé más quebraderos de cabeza. Quizá quiere probar su solidez, asegurarse de que el obispo es capaz de poner orden en su casa, como una prueba de que están dispuestos a llegar hasta el final, cualquiera que sea el asunto y el acuerdo que se traigan entre manos.

—Si Constantino quiere tenerlos de su lado los querrá a todos de su parte, no sólo a una facción de ellos –protestó el comandante, negándose a aceptar que el prisionero fuese cristiano—. Y ésta no es forma de tratar al que pretendes que sea tu aliado. Ya tendrá tiempo, si se sale con la suya, de barrer él mismo la Iglesia y ponerla a su gusto.

—Sobrestimas la fe de los cristianos —lo corrigió Cayo Publio—. No todos son unos supersticiosos. Los locos sirven para armar la revolución, son una fuerza destructiva, pero para construir hacen falta cuerdos. En realidad, a Constantino le basta con poner de su lado a la facción más fuerte y razonable, que es la que ha comprendido que la simiente de los mártires está agotada y que la nueva simiente son las arcas del Imperio.

Al escucharlo, al comandante se le vino a la cabeza Sempronio. "*Ajá, aquí es donde tú entras en juego*". El comandante no sabía qué papel estaría desempeñando esa rata de alcantarilla, pero daba por hecho que algo tendría que ver con el asunto. "*Sí, estás en el ajo con los otros dos, si no ¿por qué te iba a dejar Constantino participar en el secreto?*".

El comandante veía brumosa y lejana la lógica de todo ello. Sabía que era cuestión de andar con pies de plomo, como quien recorre una gruta oscura poblada de animales peligrosos. "*El problema es que Constantino tendrá que hacer concesiones*", pensó para sí, con claro gesto de preocupación. "*El obispo le venderá la adhesión de los suyos a cambio de que oficialice su fe, dando un paso más en su integración en el Imperio. Pero ¿será ése el único precio que tendrá que pagar Roma? ¿Quién juega con quién?*". La cuestión era trascendental y demoníaca, porque si el gato era Constantino, la Iglesia sería sólo una pata más del engranaje imperial, pero si el gato era Osio la Iglesia fagocitaría al Imperio y lo regurgitaría como una máscara funeraria.

—Si el Imperio los protege crecerán como la espuma —dijo el pretor como si le leyese el pensamiento—. Pronto se harán muy ricos, porque ya han demostrado la habilidad que tienen para enriquecerse. Quien domine la Iglesia se convertirá en uno de los hombres más ricos

y poderosos del Imperio.

"Y aquí estará Sempronio preparado para sacar tajada, que huele el dinero como los buitres la muerte —pensó con estupor el comandante—. *¿Aspirará a ser el obispo de obispos?*". Al pensarlo sintió un desagradable vahído.

—No, no son de fiar —corroboró Cayo Publio, que seguía el curso de su propia lógica—. Esta religión no es como las otras religiones. Los cristianos no se conformarán con que se les reconozcan sus derechos de libertad de culto y se los iguale con el resto. Esta religión aspira a aniquilar a las demás e imponer su hegemonía. Si lo piensas bien, su lógica es imperialista. Y es muy llamativo, porque ese Cristo al que han divinizado y sobre el que fundan su fe murió por ser un rebelde antiimperialista. ¿No te parece paradójico que cada vez se parezcan más a aquello contra lo que nacieron? ¡Hasta han copiado nuestro sistema administrativo para organizarse! ¿Te lo puedes creer? Siempre les sobró ambición, pero les faltaba disciplina. Ahora empiezan a tenerla y eso es muy peligroso. No entiendo por qué Constantino no les aplica el práctico "divide y vencerás" que tanta gloria ha dado a Roma. ¡Si ya tiene el trabajo medio hecho, sólo es cuestión de hurgar en las heridas que tienen abiertas! ¿Por qué está improvisando una estrategia nueva?

"¿Será la Iglesia la que asuma las formas del Imperio hasta integrarse completamente en él o será el Imperio quien terminará transformándose en Iglesia?", seguía reflexionando con preocupación el comandante.

—¿Entonces tu idea es que Osio cambiará Córdoba por Roma para convertirse en el rey de los cristianos? —le preguntó el comandante con mucha seriedad, aunque imaginándose a Constantino asumiendo ese cargo. Incluso al mismo Sempronio. No sería el primer banquero en sentarse en el trono episcopal romano. Pero no pensaba darle pistas sobre sus intuiciones a Cayo Publio. Por más que ahora necesitaran remar en la misma dirección, el comandante no se fiaba del pretor más que del obispo. O del propio Constantino. A decir verdad, ya no se fiaba ni de su propia sombra.

—No, Osio no es tonto –Cayo Publio seguía sumido en el curso de sus propios razonamientos—. Osio sabe que entre bambalinas se gobierna mejor y, desde luego, con mayor seguridad. Ya se las apañará para sentar en el trono de Pedro a un pelele al que manejar a su antojo. ¡Qué razón tenía Celso, qué peligro tienen estos cristianos!

—Nosotros los estamos convirtiendo en un peligro —gruñó el comandante—. Nuestra debilidad nos obliga a pactar con ellos.

—¿Y pactar con el diablo nos fortalecerá? ¡Es alimentar a una bestia que cuando crezca te devorará! Pero por desgracia —rectificó el

pretor para no cuestionar la política de Constantino—, el augusto los necesita de su lado en este momento. Nuestra esperanza es que sea el más listo de la clase.

Entre hermanos

Roma

Paulo acarició suavemente la puerta con los nudillos. El oído de Marcela, fino y sensible, se estremecía con cualquier ruido violento. Era una de las muchas cosas que le conferían un carácter felino.

Paulo llamó varias veces, sin hallar respuesta. Pensó que su hermana, por las horas que eran, estaría leyendo. Cuando lo hacía le gustaba estar sola. A veces se sumergía de tal modo en la lectura que aunque entrasen ladrones no se enteraría. Paulo pensó entonces en volver más tarde. Incluso al día siguiente. Aunque por si las moscas prefirió arriesgarse a una regañina. Era mejor que pasar la noche en vela pensando en si le habría ocurrido algo. Además, lo de la regañina sólo estaba en su cabeza, le infundía cierto ánimo novelesco. Sabía que tenía permiso para entrar cuando quisiera.

Paulo entró sigilosamente para no molestar. Sólo quería cerciorarse de que Marcela estaba bien. Si la encontrase leyendo o durmiendo no la interrumpiría y se iría por donde había venido sin que ella se enterase. Aunque le dejaría alguna señal de su visita para reírse al día siguiente.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta y se escuchaba el chisporroteo de la leña en el fuego. Avanzó con sigilo hasta la puerta y se asomó. Al verla sonrió aliviado.

Marcela estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda muy recta. Tenía los ojos cerrados y la mente absorta en sus pensamientos. Paulo la observó en silencio durante un rato. No era la primera vez que la sorprendía en esa postura. La primera vez que lo hizo se llevó un buen susto porque pensó que le había dado una hemiplejía y se había quedado así, tan tiesa, en esa posición. Marcela le dijo que se llamaba meditación y quiso enseñarle la técnica, pero él se negó en rotundo. Si Silvestre lo sorprendiera meditando le haría una cura de exorcismo. ¡A saber con qué dios se comunicaría por esa vía!

Paulo giró sobre sus talones para marcharse, pero su hermana lo detuvo.

—¿Dónde vas?

La voz sonaba con un timbre remoto, dulce y lejana, a medio camino entre el sueño y la vigilia, entre el más allá y este mundo.

Paulo se giró de nuevo y se apoyó en la jamba, contemplándola con curiosidad.

Marcela estiraba los brazos y contorneaba la espalda como una niña recién levantada de un largo sueño. Le costaba salir de su letargo, como si la hubieran arrancado de otra dimensión. Al recobrar plenamente la consciencia y ver a Paulo contemplándola como si regresara de un trance demoníaco no pudo evitar reírse. Se puso en pie, todavía un poco aturdida, y se sentó en la cama.

—¿Qué haces ahí parado como un pasmarote? Anda, tonto, ven aquí y dame un abrazo.

Paulo, vacilante, se sentó junto a ella y Marcela lo estrechó fuertemente contra sí.

—¿Otra crisis de fe? —le preguntó con su serenidad habitual, sedante, aludiendo a la visita anterior.

—No, no es eso. Es que Silvestre me ha comunicado que estará fuera unos días y quiere que me encargue yo de la iglesia durante su ausencia.

Marcela lo miró contrariada.

—¿Y dónde está el problema?

—No me siento preparado —titubeó Paulo.

—Vamos, no seas crío. ¿De qué tienes miedo? Ya has oficiado misa muchas veces y lo has hecho estupendamente.

—Sí, pero con Silvestre ayudándome.

—Querrás decir vigilándote.

—Ayudándome o vigilándome, ¿qué importa cómo lo llames? La cuestión es que estaba ahí y eso me daba confianza.

—¿Tampoco estará el viejo gruñón? —Marcela llamaba así, cariñosamente, al presbítero.

—Sí, sí que estará —dijo Paulo con pesar—. Imagínate el gusto que le va a dar cuando se entere de que Silvestre no lo dejará al cargo.

—¿Todavía no lo sabe?

—No. Silvestre no se atreve a decírselo. Se lo dirá el mismo día en que se vaya. Y lo entiendo. Si no la que le esperaría estos días…

—Sabes que en el fondo el viejo gruñón tiene menos maldad que

un niño pequeño.

—Sí, es posible, pero tiene más mala leche que cien adultos.

Marcela se rio al verlo tan acobardado y le revolvió el pelo, como siempre hacía para sonsacarle una sonrisa y quitarle los nervios.

—¿Cuándo se irá Silvestre?

—En unos días.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Me ha dicho que no cree que más de una semana.

—¿Una semana? —La sorpresa de Marcela fue palpable—. ¿Y te ha dicho dónde irá?

—Me ha dicho que irá a la campiña, a descansar —le respondió Paulo con cierto aire de preocupación.

Marcela enarcó las cejas con recelo. "*¿Desde cuándo el infatigable Silvestre necesita retiros?*". Lo conocía desde niña, desde que los acogió a Paulo y a ella en el hospicio, y nunca había sido hombre de retiros, ni espirituales ni físicos.

—¿Está enfermo? —preguntó, cada vez más intrigada.

—Dice que está cansado.

—¿Cansado de qué? Lo que yo oigo por ahí es que está más guerrero que nunca, preparando el asalto al obispado. El obispo Melquiades está cada día más débil y lo tiene a tiro de piedra.

Paulo decidió obviar el comentario. Le dolía la insensibilidad de su hermana hacia Silvestre.

—Lo único positivo de ese relevo es que tú ascenderás a diácono y ocuparás su lugar —añadió Marcela con una sonrisa condescendiente.

Sólo de pensarlo, a Paulo le entraba el vértigo. No ambicionaba el cargo. Había aceptado el puesto de subdiácono por gratitud hacia Silvestre, no por vanidad. No se sentía preparado para dar el paso siguiente. Y temía que Silvestre lo obligara a aceptarlo.

—¿Y ha decidido irse así, de repente? —insistió Marcela.

—No lo sé —respondió Paulo con desgana, molesto con la conversación. No quería que su hermana aprovechara la excusa para atacar a Silvestre—. A mí me lo dijo hace un par de días para que me vaya preparando.

—Entonces ha sido premeditado —reflexionó Marcela para sí en voz alta.

—Mira, no le des más vueltas. Silvestre ya tiene una edad —concluyó Paulo para no dar pie a las conocidas suspicacias de su hermana.

Marcela enarcó de nuevo las cejas con incredulidad. Era verdad que Silvestre ya tenía cierta edad y muchas cargas sobre sus espaldas, pero aun así lo del retiro no encajaba con su forma de ser. Y menos todavía en aquel momento, donde se estaban jugando cosas tan importantes para el futuro de su iglesia, con una guerra a la vuelta de la esquina. Era de todo punto inapropiado e inconcebible que se fuera de vacaciones.

—¿Y sabes si se irá solo?

—No, se llevará a Lucio.

—¿A ese demonio? —preguntó Marcela muy sorprendida. Era la puntilla a sus sospechas. ¿Necesitaba un retiro por agotamiento y se llevaba con él al más follonero, díscolo, pendenciero y ladrón de sus muchachos? Aquello olía a gato encerrado. Algo estaba tramando. Conocía bien a Silvestre y no daba crédito a quienes insinuaban que Lucio era un hijo bastardo suyo, pero lo cierto es que lo protegía como a un hijo propio. Ella había crecido en el hospicio y conocía los límites de la paciencia del diácono. Hasta Paulo lo admitía.

Paulo se quedó pensativo. No sabía si preguntar lo que quería preguntar.

Al final se atrevió.

—¿Crees… —la voz le vacilaba en la garganta—, crees que una guerra pueda ser parte de los designios de Dios?

Marcela lo miró asombrada. A pesar de haber crecido juntos, la ingenuidad casi pueril de Paulo seguía sorprendiéndola.

—¿Qué pregunta es ésa? —Marcela, escamada, se olía de dónde le venían las dudas—. Las maldades humanas provienen todas de su libre albedrío.

—¿No crees que una guerra, aunque sea mala en sí, puede traer algo bueno… que puede ser un mal necesario?

—El fin justifica los medios… —Marcela respiró profundamente y exhaló el aire con disgusto—. Esos razonamientos son propios de quien yo me sé. No me equivoco, ¿verdad?

—El otro día… —confesó al fin Paulo, con vergüenza por su delación—. No entiendo lo que quiso decir… Dijo… Dijo que quizá la guerra solucione nuestros problemas. No le encuentro el sentido… ¿Cómo puede ser la guerra una solución?

Marcela frunció los labios en un rictus amargo, de rabia contenida.

—¿Y te explicó cómo es posible concebir tal idea desde un sentimiento cristiano? —En su rostro, tenso como un arco, se notaba el esfuerzo por contenerse y no decir una barbaridad.

—No… Yo tampoco lo entiendo. Por eso quería conocer tu opinión.

—¿Se decantó abiertamente por alguno de los bandos? —preguntó Marcela previendo la respuesta.

—Silvestre piensa que si el augusto Constantino vence la Iglesia saldrá beneficiada.

—¿Y eso por qué? ¿Se molestó en explicártelo?

—Dice que el augusto Constantino es un hombre muy supersticioso.

—Los paganos son supersticiosos y nunca han sido precisamente muy indulgentes con nosotros —masculló Marcela con ironía.

—Silvestre está convencido de que eso nos favorece. Y es verdad que el augusto Majencio nunca nos ha mostrado su favor.

—Ni tampoco os ha perjudicado.

—Sí, es verdad, pero… —Paulo hablaba a trompicones, muy inseguro de sus razonamientos. Intentaba por todos los medios justificar a Silvestre y era obvio que el esfuerzo lo sobrepasaba—. Sí, el augusto Majencio ha sido indulgente con nosotros, pero quizá Constantino sea algo más que indulgente… Silvestre dice que uno de sus consejeros es el obispo hispano Osio… Además, de todos es sabido que cuando en el 306 el augusto Constantino sucedió a su padre…

—Querrás decir cuando usurpó el trono de su padre —lo corrigió Marcela.

—Bueno… —continuó Paulo con humildad, sin querer entrar en una disputa sobre la legitimidad de los aspirantes imperiales. En esa liza ambos augustos de Occidente estaban empatados—. Lo primero que hizo el augusto Constantino al coronarse César fue abolir las persecuciones en sus territorios, tanto en Britania y la Galia como en Hispania.

—Siguiendo la política de su padre, el augusto Constancio, que tan buenos resultados le dio —le replicó Marcela, no dispuesta a concederle a Constantino ni un ápice de santidad—. Majencio hizo otro tanto en Italia y África, éste sí desmarcándose de su padre, el augusto Maximiano, verdadero azote del cristianismo.

—Constantino firmó el Edicto de Tolerancia de Galerio el año pasado –insistió Paulo.

—No tenía nada que perder. Ni siquiera fue un acto genuino. Así que eso no prueba nada acerca de su bondad y buenas intenciones. Y si Majencio no lo firmó fue simplemente porque no lo invitaron a hacerlo.

En la cabeza de Marcela resonaba con fuerza el eco de la sabiduría popular: "*Más vale malo conocido que bueno por conocer*". Las razones

que llevaban a Silvestre a apostar por un bando eran las mismas que la empujaban a ella a apostar por el contrario. Su temor de que venciese Constantino era precisamente que el obispo Osio iba de la mano con él, porque Osio representaba la ortodoxia más extrema. Así que para ella había un gran peligro en esa victoria: si Osio había jugado bien sus cartas —y le constaba que era astuto como un zorro— se reforzaría la posición ortodoxa. Marcela desconocía de qué forma podría Osio embaucar a Constantino para que se implicase y favoreciese su causa, pero una cosa era segura, y es que nadie regalaba nada. Habría que pagar un precio. Y éste era el segundo peligro: siendo un precio imperial, sería un precio muy alto.

—Lo que realmente me preocupa es el domingo —confesó Paulo, decidido a retomar el tema que lo había llevado a visitarla—. Es día de bautismo. Nunca he celebrado uno solo.

—Ni acompañado –apuntó Marcela. Era la pulla de ley contra el diácono, como estaba prescrito en la ley tácita de sus encuentros—. Silvestre nunca ha compartido ese momento de gloria con nadie.

Paulo cabeceó en señal de desaprobación.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó Marcela en tono conciliador —. Te conoces la fórmula de memoria. En vuestras iglesias bautizáis casi todos los domingos, no tiene mucho misterio para vosotros.

Paulo la miró cabreado. Empezaba a cansarse de su ácido sentido del humor. Era una nueva indirecta contra la iglesia ortodoxa, porque según ella sólo era lícito bautizar el día de Pascua, en que se celebraba la Resurrección. Y sólo a adultos. Bautizar a niños le parecía un fraude.

—Aun así es mucha responsabilidad –rezongó Paulo. A veces sentía que su hermana no lo tomaba en serio—. Me gustaría que vinieras a verme. Sería importante para mí que estuvieras conmigo en mi primer bautismo.

—No me lo perdería por nada del mundo —lo tranquilizó Marcela con su alegre sonrisa y sus dulces ojos, olvidándose por un momento de Silvestre. Aunque fue sólo un breve momento. "*Qué raro que Silvestre se vaya a perder un bautizo*". Marcela sabía que al diácono le encantaban los bautismos, aunque nunca supo si por la alegría compartida, con las emociones de los bautizados a flor de piel, o por la satisfacción de tener en sus manos semejante poder, sintiéndose otro Bautista, otro elegido. Recordaba bien que los días de bautismo Silvestre se mostraba agitado y alegre. Aunque los bautismos se dieran con tanta frecuencia en su iglesia, seguían siendo un momento mágico en la vida de un cristiano y uno de los días más celebrados y esperados desde siempre por Silvestre. Por un momento sintió una

punzada de remordimientos por juzgarlo siempre con tanta severidad. Tampoco era un monstruo. De hecho era un hombre alegre y vital y de corazón generoso, siempre dispuesto a pelearse por acoger a cuantos huérfanos estaba en sus manos ayudar.

—Paulo, creo que no estás siendo sincero del todo conmigo –le reprochó con tristeza en la voz—. Creo que no es sólo la preocupación por oficiar el bautismo lo que te preocupa. Sospecho que este temor tuyo es consecuencia de la crisis de fe que sufriste hace poco. La impronta de la duda en la fe de un creyente es terrible. Es normal que flaquee tu ánimo y sientas vértigo.

—No empieces —la interrumpió Paulo al verla venir.

—Claro que empiezo. Es inevitable que sufras con todos los dilemas que se te plantean a diario y te atormentan la conciencia.

—He venido a que me animes, no a que me hundas —protestó Paulo sin fuerzas.

—Has venido porque eres valiente y quieres escucharme aunque te duela. Porque quieres estar seguro de estar haciendo lo correcto.

—No tengo ninguna duda de estar haciendo lo correcto. En serio, no me apetece.

—Ya sé que no te apetece. Pero lo necesitas. Las medicinas son amargas, no se toman por gusto. Es mi deber decirte la verdad. La fe debe nacer de uno mismo, no debe ser impuesta. A Dios hay que llegar desde el corazón, no desde el Credo. Aquí nace tu conflicto. Tú tienes fe verdadera, pero sigues por imposición unas doctrinas que en el fondo te rechinan; unas doctrinas promulgadas para consolidar el poder de una jerarquía y que nada tienen que ver con los preceptos del Señor; unas doctrinas que contravienen los principios esenciales del cristianismo. Tu crisis de fe me lo confirma. A cualquier cristiano de fe pura y verdadera la doctrina ortodoxa le provoca un conflicto interno irresoluble, porque estáis crucificando por segunda vez a Cristo.

Paulo se estremeció. La imagen era demasiado literal e hizo que se le pusiera la carne de gallina.

—No he venido para que me des un sermón.

—Pues tendrás que aguantarte, porque pienso hacerlo —Marcela sonrió y se puso cómoda sobre la cama, apoyando la espalda contra la pared.

—¿No podemos dejarlo para otro día? —preguntó Paulo, derrotado de antemano. Conocía bien la voluntad de hierro de su hermana.

Marcela le sonrió y acomodó su voz serena a las circunstancias, con el timbre dulce de una melodía pero la letra amarga de un veneno.

Aunque fuese curativo.

—Cristo predicó la acción honesta que nace de cada uno por iluminación y tu iglesia se ha empeñado en apagar todas las luces, sustituyendo estas maravillosas luminarias por la chispa gris y fría que manejan los obispos. Ha matado las individualidades que construyen la comunidad de la fe para edificar un mamotreto teológico tan insensible e inhumano como la ley civil ante la que se arrodillan. Cristo hablaba de Vida y ellos hablan de Muerte; Cristo hablaba de rebelión contra las injusticias, y ellos hablan de obediencia ciega a sus injustas imposiciones; Cristo hablaba de fraternidad y ellos hablan de jerarquías. Paulo, ¿es que no te das cuenta de que han inventado el Dogma para matar la fe individual, que es la única verdadera? La Verdad no moldea sus propósitos. Antes, al contrario, son ellos los que moldean la Verdad para adecuarla a sus intereses. Quieren secar la semilla que Cristo plantó en nosotros porque saben que si la dejan germinar crecerá un descomunal y fabuloso árbol que secará las raíces de su raquítica doctrina. ¡Quieren enmendarle la plana a Cristo! ¿De verdad no comprendes la gravedad del fraude? Si Cristo volviese a la tierra los obispos lo excomulgarían *ipso facto*. ¿No te parece paradójico que la iglesia fundada sobre Cristo haya tomado un camino por el que a Cristo le sería vedado transitar? ¿No lo ves? Cristo predicó un mensaje muy claro y sencillo y tu iglesia ha creado un intrincado galimatías para confundir a la gente y que no entienda nada sin el auxilio de su interpretación, lo que deja a los creyentes en sus manos y a merced de su voluntad. Créeme, Paulo, cuando alguien se empeña en volver complejo lo sencillo siempre es con intención fraudulenta.

Paulo la miró fijamente a los ojos. La acusación que estaba vertiendo sobre la ortodoxia era muy grave.

—Cuando estabas con nosotros no tenías todas estas ideas en la cabeza —le replicó Paulo, desconsolado—. Es verdad que siempre fuiste preguntona, y que había cosas que no te gustaban, pero parecías más o menos conforme dentro de tus dudas. Al menos, a mí nunca me hablaste de una crisis de fe.

—Es que nunca la tuve —le respondió Marcela con firmeza—. Mi fe nunca ha vacilado. Lo que se extinguió fue mi inocencia y con ella la confianza en los obispos.

—Siempre he sospechado que fue porque sabías que nunca podrías oficiar misa y a ti siempre te ha gustado mucho mandar —dijo Paulo, intentando introducir una nota de humor. Estaba abrumado por la seriedad de la conversación.

—Sí, llevas razón —respondió Marcela sonriendo por la ingenuidad de su hermano—. En parte fue por eso.

Paulo supo enseguida que no era por eso, porque Marcela se puso muy seria. Había puesto el dedo en la llaga. Al menos en una de las llagas que más le escocían.

—¿Nunca te has preguntado por qué se nos ha vedado a las mujeres formar parte de la clerecía?

—Supongo que porque está escrito en los textos sagrados que…

—¿Qué textos sagrados? —lo interrumpió Marcela—. Muéstrame uno solo en que se nos excluya explícitamente.

Paulo intentó hacer memoria pero no encontró ninguno. Estaba aturdido por el giro que había dado la conversación.

—¿De verdad crees que Cristo era machista? —contraatacó Marcela —. ¿Crees que alguien que predicaba la justicia y el amor fraternal podía ser machista? —Marcela cogió uno de los códices que tenía sobre la mesita y lo abrió por una página marcada—. Hechos, 2 —leyó —: «*Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos con un mismo objetivo. De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; se llenaron todos de Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse*».

—Conozco el texto —dijo Paulo, desorientado—. ¿Qué tiene que ver eso con el derecho de las mujeres a dar misa?

—Todo, Paulo. Todo. Alguien se ha empeñado en tergiversar el significado de este pasaje para justificar después la discriminación por sexos. Si el texto se interpreta en sentido recto significa que tuvieron una iluminación y hablaron en estado de éxtasis. No es que hablaran en ningún lenguaje extranjero, sino en el lenguaje del alma, la lengua de Dios, con la que todavía no estaban familiarizados y por eso no se entendieron los unos con los otros.

—¿Y por qué iba nadie a querer malinterpretarlo adrede?

—Para desviar la atención de la verdadera enseñanza que nos transmite el texto.

—¿Y cuál es? —preguntó Paulo, cada vez más perdido.

—El verdadero mensaje es que el Espíritu descendió y los iluminó a todos por igual. Porque allí había reunidos hombres y mujeres dispares, todos mezclados. Y no cayó sobre ellos y a ellas las dejó en la oscuridad. Por eso en las primeras comunidades la igualdad era absoluta. Si todos fueron iluminados por el mismo Espíritu, lo mismo tenía que valer, por fuerza, la voz de ellos que la de ellas. Ningún sexo podía arrogarse el don de la profecía ni el derecho a administrar los sacramentos. La fraternidad, no lo olvides, fue una de las más sagradas

reivindicaciones de Jesús.

—Sí, pero… —titubeó Paulo—, los apóstoles fueron todos hombres. El Señor sólo eligió a hombres para transmitirles su mensaje y enviarlos a propagar su palabra. Supongo que ésta es la razón que legitima la exclusividad de los hombres para acceder al sacerdocio.

—Ésta es otra de las grandes mentiras de tu iglesia.

Paulo se quedó boquiabierto.

—Los libros sagrados…

—Los libros sagrados que enseña tu iglesia han sido reescritos por sus teólogos. Ya te he dicho muchas veces que tienen la manía de enmendarle la plana a Cristo continuamente. Eso de que los apóstoles fueron doce… ¿nunca te ha parecido sospechoso?

Paulo reflexionó sobre ello, sin encontrar respuesta.

—¡Paulo, es puro simbolismo! Tu iglesia ha rechazado la Verdad y la ha sustituido por un simbolismo ajeno a ella. Piensa. Doce apóstoles por las doce tribus de Israel. ¿Casualidad? En realidad, hermano, los apóstoles fueron muchos más. ¡Muchísimos más! ¡Y entre ellos había hombres y mujeres! Cristo jamás discriminó a un solo apóstol por razón de su sexo. Todos eran sus discípulos y a todos les concedía las mismas gracias y dones. Sin predilecciones. Y ahora, dime: ¿con qué autoridad tu iglesia ha fundado una jerarquía patriarcal contraria a los principios comunales e igualitarios de Cristo y con qué autoridad ha expulsado a las mujeres del santo ministerio?

Paulo se quedó anonadado. Si fuera cierto lo que le estaba contando su hermana, su iglesia, a la que estaba consagrando su vida, sería un fraude. Su hermana tendría que probar que estaba en lo cierto y sus argumentos eran incontestables. "*Claro que la ortodoxia tampoco ha probado sus tesis*", pensó con desánimo creciente.

Marcela observó su consternación y supo que había llegado el momento del golpe de gracia.

—¿Y si te dijera que el discípulo amado lo fue en el sentido en que un hombre ama a una mujer?

—¿Qué quieres decir? —balbuceó Paulo, boquiabierto.

—Quiero decir que el discípulo amado era una mujer. ¡La esposa de Jesús!

—¡¿Te has vuelto loca?! —Paulo se quedó de piedra al escuchar la blasfemia y la apremió gesticulando a que bajara la voz, como si las paredes tuviesen oídos.

—Hermano, ¿por qué te escandalizas? ¿Quién ha dicho que Jesús fuera asexual como los ángeles? ¿Y desde cuándo amar es pecado?

Paulo no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Ahora resultaba que Cristo, que descendió a la Tierra para salvar a los hombres, cayó en el pecado de la carne como un simple mortal?

—¿Por qué iba a querer acostarse con…?

—¿Con una mujer? ¿Y qué hombre no desea acostarse con una mujer? Está en su naturaleza, por elevada que sea. ¿No lo hicieron Abraham, Moisés, Noé, Israel y tantos otros elegidos?

—En la naturaleza de los hombres –la corrigió Paulo, ruborizándose al punto, consciente de que estaba asumiendo su propia concupiscencia—, pero no en la de Dios.

—Es que Jesús era un hombre.

—Era Dios encarnado en hombre…

—No, Paulo. Era un hombre inspirado por Dios.

—Él mismo dijo…

—Él dijo que era el Hijo de Dios en sentido metafórico. Como a los que lo seguían los llamaba sus hermanos también en sentido metafórico. Todos los que abrazamos la fe de Cristo somos hijos de Dios, pero no hermanos de sangre. Jesús jamás dijo que él fuera Dios o parte de Él. Tampoco ninguno de los apóstoles lo afirmó. Ni ningún evangelista dio testimonio escrito de ello. Eso se lo han inventado después los teólogos. No hace falta que te recuerde la controversia que suscita esta ocurrencia. Y no me refiero sólo a los cristianos a los que habéis convertido de un plumazo en herejes, sino incluso entre muchos ortodoxos no tiene predicamento este nuevo concepto, tan errado, de la divinidad. La prueba es que los teólogos todavía siguen devanándose los sesos para encajar eso de la santísima trinidad. Paulo, todo eso no es más que soberbia intelectual. Jesús fue un profeta, no Dios. Si hubiera sido Dios, él mismo lo hubiera dicho, ¿no te parece? ¿O es que hemos de aceptar también que era un mentiroso y un liante que se hacía pasar por hombre cuando en realidad era Dios? ¿No ves que es ridículo? ¿No comprendes que declarar que Jesús fue Dios hecho carne es la mayor blasfemia en que se puede incurrir? Eso es reducir la grandeza de Dios a los estrechos márgenes de la comprensión humana, es rebajar la naturaleza infinita de Dios a la causalidad mortal y sus caprichos. ¡Es pura vanidad humana y el mayor de los disparates!

Paulo estaba completamente desencajado. Su hermana nunca había ido tan lejos.

—¿De dónde te has sacado eso de que el discípulo amado fue una mujer? —preguntó, sintiéndose incapaz de seguir el hilo de la argumentación de la naturaleza divina.

—¿Sólo te has quedado con eso? —le preguntó Marcela con cierto tono reprensor.

—No, no… —se ruborizó Paulo, sintiéndose un tonto.

Marcela lo miró desde el abismo de sus ojos y le sonrió.

—Muchas veces me has preguntado por qué me separé de vosotros… —Marcela inhaló aire con calma y lo exhaló despacio, limpiando la mente para escoger bien las palabras y mitigar el efecto que pudieran causarle.

Paulo se enderezó y se puso tenso, clavándole expectante sus inocentes ojos negros. Siempre que había abordado el tema había obtenido evasivas. Ahora, por fin, parecía dispuesta a confesarle la verdad.

—¿Recuerdas que antes trabajaba en un batán?

—Sí, claro. Todo lo que ganabas se lo entregabas a Silvestre para la iglesia. Él te ponía de ejemplo ante los demás.

Marcela suspiró con melancolía.

—Pues allá, en el batán, sucedió algo que cambió mi vida para siempre.

—¿Tuviste una revelación? —preguntó Paulo con los ojos como platos. La actitud de su hermana envolvía tanto misterio que se le antojó la explicación más plausible.

—No, no tuve una revelación.

—¿Una aparición? ¿Quién fue… la Virgen, Jesús, algún santo?

—No, Paulo, no fue nada de eso —le respondió sonriendo. No dejaba de asombrarle la ilimitada credulidad de su hermano.

—¿Entonces? —preguntó impaciente Paulo.

—Un día en que me tuve que quedar hasta tarde para terminar un pedido, conocí a un hombre…

—¿Un hombre? —Paulo palideció—. ¿Quieres decir…?

—Quiero decir lo que he dicho. Ya sabes, una cabeza, dos brazos, dos piernas.

—Me refería a si…

—No, no lo conocí en ese sentido —lo tranquilizó Marcela—. Ese hombre iba huyendo y se refugió en el batán. Pensó que no habría nadie a esas horas. Y por alguna razón me apiadé de él. Fue una corazonada.

—¡Fue una locura! ¿Te hizo algo? —le preguntó Paulo con la voz temblorosa, temiéndose algún acto truculento de lascivia animal.

—No, Paulo, no me hizo ningún daño. ¿Quieres que te lo cuente o

me vas a interrumpir a cada rato?

—Perdona…

—Enseguida aparecieron dos hombres a buscarlo —continuó Marcela—. Alguien lo había visto entrar en el batán y lo denunció.

—¿Lo apresaron delante de ti? Perdón, sigue…

—Como te acabo de decir tuve una corazonada y lo protegí. Les dije a los hombres que había escapado por la parte posterior, saltando la tapia.

—¿Eran guardias urbanos?

—No, eran extranjeros. Altos, corpulentos, con capas anchas bajo las cuales podían esconder fácilmente las espadas.

—Entonces debía de ser un malhechor muy peligroso. Nadie se toma la molestia de perseguir a un delincuente común hasta tierras lejanas —la recriminó Paulo por la que consideraba una acción temeraria. Silvestre le había enseñado que un buen cristiano nunca debía interferir con las órdenes de la justicia.

—No, no era ningún malhechor —lo tranquilizó Marcela—. La cuestión es que convinimos en que sería prudente que permaneciera escondido en el batán durante unos días, hasta asegurarnos de que sus perseguidores se habían dado por vencidos.

—¿Convinisteis? ¿Te enamoraste de él?

—Paulo, estás haciendo que me arrepienta de contártelo. Si me haces más preguntas pueriles lo dejaré aquí.

—Lo siento…

—Cuando le pregunté que por qué lo perseguían me respondió que por saber demasiado. En ese momento no entendí nada, pero durante esa semana, en que me quedaba siempre hasta tarde para hablar con él, lo entendí todo. Él fue quien me enseñó las técnicas de meditación que tantos resquemores te despiertan y que algún día deberías practicar. Me reveló conocimientos hasta entonces insospechados para mí. Ese hombre extraño me contó cosas increíbles. Cosas que nunca antes había escuchado sobre Jesús y los primeros cristianos; sobre apóstoles verdaderos que a su muerte habían seguido sus enseñanzas en secreto, huyendo de falsos apóstoles y engañosos discípulos; me habló de la esposa de Jesús y de cómo tuvo que huir cuando a él lo crucificaron porque… Bueno, todavía no puedo contártelo. No estás preparado para saber ciertas cosas. La cuestión, Paulo, es que el verdadero cristianismo sigue vivo en alguna parte, de la manera más increíble. También me enseñó a interpretar los textos sagrados de una forma muy diferente a como Silvestre nos los enseñó a nosotros. Mucho más coherente y sencilla. Más creíble. Y me aseguró que hay

muchos más textos sagrados, transmitidos por verdaderos apóstoles, que no han sido manipulados y permanecen tal y como fueron redactados en su día. Incluso me habló de las memorias del propio Jesús, dictadas a uno de sus apóstoles, porque él no sabía escribir.

Paulo se quedó mudo. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Y… ¿No puede ser que fuera un loco o un farsante y sólo quisiera divertirse a tu costa?

—Créeme, no era un hombre común. No sabría explicártelo. No era sólo su aspecto, pálido, pero no una palidez de muerte, sino una palidez inmaculada; sin pelo, pero no por calvicie, porque era joven; carecía de vello, ni siquiera tenía cejas. Nunca había visto a nadie igual. Ni he vuelto a verlo. Pero no era sólo su aspecto, había algo en él mucho más extraño que su apariencia. Su templanza, su seguridad… Y sus ojos, Paulo, nunca he vuelto a ver unos ojos parecidos. No sé cómo explicártelo… Eran amarillentos y había verdad en ellos. Sí, eso es, había verdad en sus ojos. Era como si tuviera muchos más años de los que aparentaba. Y no te hablo de unos cuantos años más, ni de decenas, sino incluso de siglos o milenios. Sí, sé que suena a locura, pero sé lo que vi y lo que escuché. Había sabiduría en él. No una sabiduría ancestral transmitida de generación en generación, o la que se puede adquirir con el estudio, era como si le hubieran sido revelados conocimientos que no están al alcance de ningún otro mortal, como si hubiera vivido desde el principio de los tiempos, como si fuera el mismísimo… —Marcela se mordió la lengua. Estaba emocionada, al borde de las lágrimas.

Paulo se quedó mudo. Era la historia más increíble que había escuchado nunca. Pero sabía que su hermana nunca se inventaría nada parecido para asustarlo o reírse de él.

—¿Has vuelto a verlo? —la voz le temblaba ligeramente.

—No. Pero ha cumplido su promesa.

—¿Qué promesa? —la voz de Paulo delataba su miedo.

—Me dijo que me enviaría algunos de los textos sagrados de los que me había hablado para que los estudiara con atención y reflexionara sobre ellos. Y me prometió que volvería un día y si era digna de ello me confesaría más secretos. Secretos que pueden cambiarlo todo, Paulo.

Paulo tuvo entonces una intuición:

—Ese hombre de tu iglesia que a veces te pasa cosas bajo la túnica…

Marcela lo miró asombrada. Nunca hubiera pensado que se hubiera percatado de ello. Nadie en la iglesia lo sospechaba. Quizá, después de

todo, su hermano no era tan ingenuo como parecía.

—Sí, Paulo —le respondió con cierto tono de alarma—, ése es el hombre que me trae los textos prometidos.

Una moneda

Aldea de Panonia

Aquella tarde dieron un buen repaso a los poetas. Y a los beneficios de la agricultura. Claudia estaba decidida a darle una oportunidad a su maestro y a su extraña pedagogía, pero cuando Catón le propuso seguir leyendo a solas mientras él se iba a dar una vuelta, encontró una buena excusa para forzar una charla, o al menos intentarlo, antes de que la dejara plantada con tres palmos de narices para irse a dar un paseo. La lección le había parecido demasiado breve.

Desde que se sentaron en la ribera, a Claudia no le pasó inadvertido que el griego jugaba con una moneda, volteándola continuamente entre sus dedos.

—¿Es un amuleto? —le preguntó con ganas de retenerlo un poco más a su lado.

—Es sólo una moneda —le respondió Catón, enseñándosela por ambas caras. En una de ellas estaba grabada la efigie de Constantino con diadema y en la otra una representación del dios Apolo sosteniendo el globo terráqueo con la mano derecha y un látigo con la izquierda. En la parte superior, siguiendo la curva de la moneda, estaba inscrita la leyenda "*Al aliado Sol Invicto*".

—¿Y qué tiene de especial que no dejas de observarla? —preguntó Claudia, que no entendía qué placer podía obtener contemplándola.

—Todo y nada —fue la enigmática respuesta del griego.

Claudia lo miró asombrada. ¡Era una contradicción flagrante en un maestro de filosofía!

—A veces las monedas presagian el destino de los pueblos —dijo Catón con un tono críptico que consiguió intrigarla de inmediato. Se conocía todos los trucos para embelesar a sus alumnos.

Claudia lo miró como a un místico guardián de los antiguos secretos o un aprendiz de brujo. ¿Era un acertijo? ¿Qué tenía de especial una moneda? ¿Cómo podía una moneda presagiar el destino

de los pueblos? Cada augusto tenía la suya desde tiempos inmemoriales y nunca había escuchado a nadie que les otorgara el don de la profecía. Quería darle una oportunidad a su nuevo maestro, pero decía cosas tan extrañas que se lo estaba poniendo muy difícil.

—¿No sabes que las monedas esconden mensajes para quienes saben interpretarlos?

Con esta treta terminó de intrigarla. Los ojos de Claudia demandaban respuestas urgentes.

—Estás cayendo en el mismo error que con tus prejuicios sobre las comedias —la recriminó Catón sin aspereza—. Un mensaje de la mayor trascendencia puede transmitirse perfectamente mediante un ensayo, una comedia o, por qué no, una moneda. Fíjate bien: por una cara la efigie de Constantino y por la otra el dios Apolo con el mundo en sus manos y la leyenda "*Al aliado Sol Invicto*". A primera vista parece algo inocente y hasta natural, pero aquí hay toda una declaración de intenciones.

La cara de Claudia era un poema. ¡¿De qué declaración de intenciones le estaba hablando?!

—El retrato del augusto no admite réplica, ¿verdad? Si ha salido favorecido eso dejo que lo juzgues con tu criterio mujeril —prosiguió Catón, satisfecho de sacarle los colores en castigo por su escepticismo —. En cambio no sucede lo mismo con la representación del dios. Es un mensaje clarísimo. ¿Lo ves?

La utilización del verbo "ver" desorientó tanto a Claudia que se quedó un rato hipnotizada contemplando la moneda. Al final, vencida, negó con la cabeza. No veía mensaje alguno por ningún lado.

—Fíjate bien —la conminó Catón, desaprobando que se rindiera tan pronto—. Ver no es simplemente dejar que los ojos se posen sobre un objeto. Hay que cargar de intencionalidad la mirada para arrastrar con ella el entendimiento. Te aseguro que este pedazo de bronce tiene más sustancia que muchos de los tratados que habrás leído en tu vida.

Claudia se quedó boquiabierta. ¿Bromeaba? Era una moneda corriente, con la efigie de un augusto en el anverso y la de un dios en el reverso. Por más que forzaba la vista no encontraba muescas o signos diminutos que pudieran contener un mensaje cifrado.

—Los mejores secretos se esconden a la vista de todos —le dijo Catón al verla esforzarse inútilmente en busca de señales invisibles—. Cuanto más trates de esconder un secreto más lo expondrás a su descubrimiento.

Claudia lo miró de hito en hito. ¡Que la aspasen si había entendido una palabra! "*Los mejores secretos se esconden a la vista de todos…*".

—Para empezar, con esta moneda Constantino está reivindicando su intención de finiquitar la tetrarquía –avanzó el griego.

—¿Y dónde está el secreto? —Claudia sentía el orgullo herido por su incapacidad de seguirle el hilo y acababa de encontrar una fisura en el pensamiento de su maestro. Por supuesto, no pensaba desaprovecharlo para reivindicarse—. Todo el mundo sabe que Constantino y Majencio han finiquitado la tetrarquía. Es una obviedad. Eso no es ningún presagio sino un hecho constatado.

—¿Tú crees? —le preguntó Catón con ironía. Le costaba contener la risa ante el ataque de amor propio que acababa de sufrir su pupila.

—Por supuesto —se reafirmó Claudia. Aunque el tono irónico de Catón le había quitado algo de seguridad, se reafirmó en ello—. La moneda está acuñada en el 310 y tanto Constantino como Majencio se autoproclamaron augustos en el 306. La profecía llega cuatro años tarde.

—Permíteme que te diga que no es del todo cierto lo que acabas de afirmar –la desmintió Catón—. Lo que hicieron ambos augustos fue finiquitar el protocolo de sucesión, que no les convenía porque los excluía a ambos. Jamás proclamaron abiertamente que quisieran finiquitar la tetrarquía. De hecho, Constantino consiguió primero que Galerio lo nombrase César y después no cejó hasta que Maximiano lo legitimó como augusto. Incluso repudió a su legítima para lograrlo, casándose con Fausta, una hija de Maximiano. No me parece tan obvio que desprecie la tetrarquía.

Claudia frunció los labios en señal de derrota. Además, la conversación empezaba a aburrirla. Conocía muy bien la forma en que Constantino y Majencio se habían aupado al poder contraviniendo las reglas del juego impuestas por Diocleciano. Y las cesiones personales que Constantino había tenido que hacer para lograrlo. Pero eso era política, no filosofía. No entendía qué enseñanza podía obtener de aquello.

—Con esta moneda Constantino lanza un mensaje subliminal de mucha trascendencia —continuó Catón, ignorando su desinterés momentáneo—. Si quieres conocer el mundo en el que vives tienes que aprender a leer entre líneas.

Claudia volvió a mirar la moneda. Sin querer, se le escapó un bostezo.

—¡Empecemos a desmadejar el ovillo antes de que te duermas! —exclamó Catón, sin enfadarse por el feo que acababa de hacerle. Sabía que volvería a despertar su interés muy pronto—. ¿Qué opinas de un hombre que paga a los poetas para que dejen constancia por escrito de sus sueños? —la interpeló con energía, exigiéndole una respuesta

rápida.

—¡Que es un vanidoso! —exclamó Claudia sin pensárselo dos veces, aunque sin entender el giro que acababa de darle Catón a la conversación. Más que desmadejar el ovillo le parecía que se estaba extraviando más a cada rato. "*¿Es que me quiere volver loca con sus golpes de efecto?*".

—Llevas razón… un vanidoso –sonrió Catón—. ¿Nada más?

—¿Que debe de estar muy orgulloso de ese sueño? —preguntó Claudia sin convicción.

—Es posible. Pero, ¿qué me dirías si declara que ese sueño del que se siente tan orgulloso no es un sueño cualquiera sino una experiencia mística que ha vivido?

—¡Entonces es un loco!

—No subestimes a los locos, mi querida Claudia —la amonestó Catón.

—¿Y qué experiencia fue ésa? —Claudia había vuelto a interesarse por la historia. No sabía dónde quería ir a parar su maestro pero ahora quería llegar hasta el final para descubrirlo.

—Constantino asegura que en el 310 Apolo se le apareció en sueños.

"*El año en que acuñó la moneda*", razonó Claudia, intentando atar cabos.

—Muchos hombres tienen sueños parecidos —dijo, sin encontrar todavía el color de la madeja—. Son delirios de grandeza.

—Es posible –confirmó Catón—. El problema es que los delirios de grandeza de los humildes son inofensivos, los de los emperadores son peligrosos. Además sigues presuponiendo que Constantino está loco y ve visiones producto de sus delirios. Sin embargo yo no creo que esté loco en absoluto.

—¿Entonces por qué va a querer que la gente piense que lo está, proclamando a los cuatro vientos que tiene visiones?

—Estás cometiendo un grave error de juicio —la amonestó de nuevo Catón por lanzar conclusiones a la ligera—. Pensar que todos ven el mundo con tus propios ojos y lo juzgan con tu misma inteligencia es soberbia.

—No te entiendo —dijo Claudia, avergonzada.

—Que tú veas el precipicio delante de tus narices no significa que no haya ciegos que caigan en él. El mundo está lleno de ignorancia y credulidad. Y Constantino, que ni está loco ni es tonto, lo sabe perfectamente. En realidad, todos los que aspiran a gobernar el mundo

lo saben y se aprovechan de ello. Es el talón de Aquiles de la humanidad.

—¿Crees que Constantino inventó la visión con un propósito político? —se enmendó Claudia para restaurar su estima y orgullo heridos.

—Esta deducción está mucho mejor —Catón le dedicó una sonrisa reconfortante, mirándola con complacencia—. Ciertamente, si tu legitimidad está en entredicho nada mejor que rubricarla con el beneplácito de un dios, ¿no te parece? Es una buena estrategia. No es casualidad que muchos augustos tengan este tipo de visiones que preconizan sus reinados. Desde que Sila lo puso de moda —dijo con sarcasmo—, no ha hecho sino ganar adeptos. Lo cierto es que es una estrategia muy tentadora.

Claudia, recuperado completamente el interés, torció el morro. Nunca se le había ocurrido pensar en ello. Cuando estudió la historia de Roma esos hechos se daban por ciertos. En cambio, ahora, vistos con una perspectiva más amplia, resultaban francamente sospechosos y hasta ridículos.

—Aunque para hacer justicia, el ardid habría que atribuírselo a Eneas —dijo Claudia, haciendo alarde de sus conocimientos.

—¡Chica lista! —exclamó Catón, constatando la inteligencia de su alumna—. Aunque me temo que siendo justos tampoco Eneas fue el inventor del ardid. Me atrevería a decir que desde que el hombre tuvo conocimiento de los dioses ha sabido utilizarlos en su beneficio. Pero ahora que has mentado con tanto acierto a Eneas… ¿Sabes que también está íntimamente relacionado con Apolo?

—Es verdad —cayó en la cuenta Claudia—. En la guerra de Troya fue Apolo quien salvó a Eneas y gracias a ello pudo huir y llegar hasta Italia, donde fundó Roma.

—Con permiso de Rómulo y Remo —dijo Catón sonriendo—. Pero sí, así fue. Aunque nos estamos desviando del asunto que nos concierne.

"*¿Ahora nos estamos desviando? ¡Menuda parcialidad la tuya!*".

—Sigo sin ver nada especial en que un augusto asocie su nombre a un dios –confesó Claudia—, sea porque ha soñado que le ayudaba o simplemente porque le conviene.

—Paciencia —le respondió Catón, alabando su franqueza—, ya verás que al final le encontrarás sentido. Como te decía al principio, Constantino, con esta moneda, está enviando un mensaje muy claro al que sepa entenderlo: está proclamando a los cuatro vientos su ruptura con la tetrarquía. Y eso significa, obviamente, que no quiere compartir

el cetro imperial con nadie. ¿Por qué crees tú que puede interpretarse así?

—¿Por no adoptar a ninguno de los dioses que asoció Diocleciano a la misma?

—Exacto. Diocleciano se asoció con Júpiter y a su coagusto Maximiano le endilgó a Hércules para que fuese irrebatible su subordinación. A los césares les regaló dioses menores.

—Entonces la elección lógica de Constantino debería haber sido Júpiter —reflexionó Claudia.

—Con el permiso de los demás augustos, claro, porque ahora mismo hay unos cuantos en liza…

—O Hércules —continuó reflexionando Claudia—. Aunque si puedes elegir al dios que más te plazca lo lógico sería escoger al más poderoso. Ah, vale —rectificó Claudia—, no lo hizo para distanciarse de la tetrarquía.

—Por ese motivo y por otro. Júpiter tiene un inconveniente para Constantino. ¡Tiene las manos manchadas de sangre! Recuerda que Júpiter es la versión romana del Zeus griego, y Zeus consiguió el trono celestial asesinando a su padre Cronos.

—Eso lo hace todavía más ideal para él —se reafirmó Claudia—, porque Constantino quiere matar la tetrarquía.

—Me temo que los hombres son muy mal pensados y lo interpretarían de una manera más terrenal. Y Constantino también debió pensarlo. Ya te he dicho que conoce muy bien a su pueblo. Lo que le interesa es alejarse de toda sombra de sospecha de crimen e ilegitimidad. Así que Júpiter no le valía. Recuerda que Constantino tuvo la visión, casualmente, cuando regresaba de derrotar a Maximiano, quien podría decirse que era su padre político. Y Hércules, por descontado que sería la peor elección. Para empezar era un semidiós, no estaba a la altura. Además, robarle el dios a Maximiano habría estado un poco feo, ¿no te parece? Por no decir que asociarse al dios de un rebelde al que acabas de dar su merecido no sería muy inteligente. Ni piadoso.

Claudia se quedó pensativa, tratando de poner orden en su cabeza. Al cabo de unos segundos ya tenía formulada la cuestión esencial:

—Has iniciado esta historia diciendo que las monedas pueden presagiar el futuro. En cambio, lo único que saco en claro es que Constantino utiliza las monedas para enfatizar su legitimidad y alejarse de la tetrarquía. No hace otra cosa que narrar con imágenes lo que los poetas hacen con palabras. Luego es propaganda, no profecía.

—Es propaganda y profecía a un tiempo —sentenció Catón con voz

autorizada—. Es propaganda la estrategia de utilizar a los dioses para justificar su poder soberano, pero es profecía escoger al dios que le plazca en sus visiones. Aquí tenemos un hilo del que tirar para entender el presagio. ¿Por qué Apolo y no cualquier otro dios? A menos que le concedamos que fue una visión verdadera…

—Quizá lo escogió al azar —respondió Claudia recriminándole con los ojos la acusación de ingenuidad. ¡Ella tampoco creía en la visión! —. Quizá tiró los dados y lo echó a suertes. En realidad, ¿qué importa un dios u otro? —insinuó tímidamente.

—Importa, ¡vaya si importa! –la corrigió Catón—. Siendo los dioses tan distintos entre sí, la elección del mismo es toda una declaración de intenciones. A los dados sólo se juegan el destino los ignorantes. Los que pretenden gobernar no confían en la suerte.

—¿Y qué tiene Apolo de especial?

—Muchas cosas —respondió Catón, haciendo una pausa para que Claudia refrescara su memoria e hiciera sus propias deducciones. Cuando la vio cavilar y observó que empezaban a brillarle los ojos decidió seguir adelante—. Creo que vas comprendiendo la elección, ¿verdad? Apolo es el dios más especial del Olimpo. Y después de su padre Júpiter, el más poderoso. Ningún otro dios puede pararle los pies. Es más, los demás dioses lo temen.

Claudia asentía con la cabeza. Había llegado a la misma conclusión. Aunque intuía que había algo más.

—Hubo otros augustos que adoraron a Apolo –caviló Claudia, intentando adelantarse—. Heliogábalo debe su nombre a él.

—Me las veo con una historiadora de primera —sonrió Catón, aplaudiendo su erudición—. Efectivamente, Heliogábalo fue el primer augusto que trató de imponer al dios sol, desterrando al resto de los dioses del Olimpo. ¡Fue el Akenatón romano! Pero en realidad no rendía culto al Apolo romano sino a *El Gabal* de su tierra, pues recuerda que este mozalbete chiflado provenía de Emesa.

Claudia se quedó pasmada al escuchar la irreverencia con que el griego hablaba de un augusto. Por malos gobernantes que hubieran sido, a ella su padre le había enseñado a guardarles el debido respeto que merecían. Despreciarlos era tanto como despreciar al Imperio. Aunque a esas alturas Claudia ya se había hecho una idea de que Catón no sentía por Roma la misma devoción que su padre.

—¿Se te ocurre algún otro? –la inquirió Catón para espolear su memoria.

Tras titubear unos segundos, a Claudia le vino a la memoria uno mucho más importarte que Heliogábalo.

—¡Aureliano!

—¡Muy bien! —aplaudió el griego—. Aureliano proclamó al dios sol como el Sol Invicto, el principal de los dioses. Y Aureliano es una referencia importante. Consiguió reunificar el Imperio y acabar con la Gran Crisis.

—¿Entonces Aureliano es el espejo en el que se mira Constantino? Pero para reunificar el Imperio debe acabar con los otros augustos —reflexionó Claudia con claros síntomas de preocupación—, y eso significa guerras civiles.

—De momento se las va a ver con Majencio –confirmó Catón—. Sí, me temo que nos esperan tiempos turbulentos. Aunque en realidad Aureliano no es suficiente para el ego de Constantino. ¿No se te ocurre otro que pueda resultarle más atractivo?

—¿Augusto? —preguntó Claudia sin mucha seguridad.

—¡Exacto! –confirmó Catón—. El gran Augusto, el magnánimo, el padre del Imperio. Éste sí que es un peso pesado en el imaginario romano. Ya ves que Constantino apunta alto, no se asocia con cualquiera. Ni con cualquier mortal, ni con cualquier dios. Sí, el grande Augusto también llevó por bandera al dios Sol. Y ahora dime: ¿por qué crees que a los augustos les resulta tan atractivo este dios?

Esta vez Claudia no dudó en la respuesta.

—El dios Sol es el dios de la vida y representa el dominio universal.

—Y un dominio benéfico para la humanidad —apuntó con mucha intención el griego—. Porque el dominio se puede ejercer de muchas maneras, y a nadie le gustan los dictadores malvados.

—También se identifica con el dios principal de otras religiones –continuó razonando Claudia—. Es el dios Ra de los egipcios, o El Gabal de los sirios.

—Y de tantos otros pueblos —confirmó Catón, orgulloso de su pupila—. El sol genera vida, alumbra e ilumina.

—Y por analogía metafórica se puede identificar con la luz de la verdad —agregó Claudia, triunfal.

Esta deducción dejó petrificado a Catón. De pronto se quedó callado, muy serio, como si se le acabara de ocurrir una idea terrible. "*La luz de la verdad…*". Estas palabras le retumbaron en la cavidad craneal con la fuerza de una gigantesca campana de bronce, resonando en su magín con un eco siniestro.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Claudia al ver la extraña reacción de su maestro.

—No, no… Tu deducción ha sido brillante. Es que me ha hecho

pensar en algo que no se me había ocurrido.

—¿Qué es?

—Puede que Constantino no se conforme con dominar sobre los mortales y quiera hacerlo también sobre los dioses del Olimpo.

Claudia se quedó estupefacta. ¡¿Qué significaba eso de dominar sobre los dioses del Olimpo?!

—¿Ves cómo una moneda puede ser mucho más que una simple moneda? —preguntó Catón intentando arrancarse del funesto presentimiento que había tenido. Volvió a jugar con la moneda, pero esta vez con cierta aprensión, como si de repente hubiera cobrado vida, presa de sus pensamientos.

—Sí —admitió Claudia—, pero no creo que todos sean capaces de interpretar tantas cosas viendo una moneda. No todo el mundo es tan perspicaz y sabio como tú.

—Creo que me estás sobrevalorando —dijo Catón con una mueca traviesa, volviendo en sí—. En realidad he hecho trampa.

Claudia se quedó perpleja. ¿Se lo había inventado todo para deslumbrarla con una sapiencia engañosa?

—Oh, no, no me mires así —dijo Catón leyéndole el pensamiento —. Lo que te he dicho es cierto, pero debo reconocer que mi perspicacia tuvo una pequeña ayuda. Leí el panegírico declamado públicamente en Tréveris en honor a Constantino hace dos años, justo antes de que las cecas se pusieran en marcha para hacer circular esta moneda. Ahí es donde está contenido el mensaje de que se hace eco.

—¿Estabas en Tréveris hace dos años? –preguntó Claudia, muy sorprendida. Si había vivido dos años en Tréveris debía conocer a su padre mucho mejor de lo que le había dado a entender.

—No, no estuve allí cuando se leyó el panegírico —la tranquilizó Catón—. La semana que pasé recientemente en Tréveris es el único tiempo que he estado en esa ciudad en toda mi vida. Debes prestar más atención al lenguaje y no dejarte dominar por las emociones. No he dicho que escuché declamar el panegírico, sino que leí el panegírico, que es una cosa muy distinta.

Claudia se sonrojó. El maestro le estaba dando más lecciones aquella tarde de las que le hubieran gustado.

—¿Y dónde lo leíste?

—En Tréveris. En la biblioteca del palacio tienen archivados todos los panegíricos escritos en honor de Constantino. Y resulta que el bibliotecario es amigo mío. De hecho, fue él quien convenció a tu padre para que me contratase. Era una buena excusa para verme, porque hacía tiempo que no nos veíamos y tenía cosas muy jugosas

que contarme —dijo Catón con un mohín de preocupación que volvió a ensombrecerle el rostro—. Con tu padre sólo tuve una pequeña entrevista en la que acordamos el precio de mis enseñanzas y concretamos algunas menudencias.

—¿Y qué decía el panegírico? —preguntó Claudia con inusitado interés. Cuando se mentaba a su padre se emocionaba tanto que no era capaz de percibir señales alarmantes. A pesar de lo observadora que era, no calibró el gesto de preocupación de Catón.

—Ah, sí, el panegírico… —Catón tardó unos segundos en volver a la conversación—. Es muy interesante… Aparte de relatar la providencial visión y el favor de Apolo, también legitima la posición dinástica de Constantino al reivindicar a su ancestro Claudio Gótico. Y a su propio padre Constancio, por supuesto. Relata con bastante detalle que la visión la tuvo cuando regresaba de derrotar a Maximiano, que lo había traicionado y vuelto a vestir la púrpura por tercera vez. Ya ves cómo se aferran algunos al poder… Cuenta que fue al regresar de esta batalla cuando tuvo la visión. Es su forma de declarar que es un hombre muy piadoso. Esto lo recalca bien, porque sabes que la piedad es una virtud muy apreciada por el pueblo romano. Y como Constantino es un hombre muy piadoso se detuvo en el templo de Apolo para cumplir los votos prometidos antes de la batalla. Entonces se le apareció Apolo acompañado de la Victoria y le ofreció coronas de laurel, etc.

Catón estaba distraído en sus pensamientos y hablaba como un autómata. Claudia no entendía bien dónde quería ir a parar, pero prefirió no preguntar nada más al percibir, esta vez sí, su cambio de actitud.

—Bueno, me voy —dijo Catón poniéndose en pie de un salto, con asombrosa agilidad—. ¡Si es que las monedas son aburridas! —exclamó lanzándole la moneda por los aires mientras echaba a andar con paso firme— ¡Necesarias pero aburridas! ¡Te la regalo!

Claudia cogió la moneda al aire y observó cómo su maestro se marchaba muy ensimismado en sus propios pensamientos, que intuyó sombríos a juzgar por su cara.

La propuesta

Tréveris

—¡Estúpidos, ignorantes, zopencos, sanguinarios, psicópatas, comemierdas analfabetos!

Cuantas lindezas ha inventado el ser humano para denostar a sus semejantes salían como proyectiles por la boca de Tiridates, mordiendo el aire como perros rabiosos en busca de presas a las que triturar.

Durante dos meses había ensayado una pantomima decente, con cierto arte y refinamiento, en lugar de una burda y grosera *atelana* como los tenía acostumbrados. Estaba harto de tanta zafiedad, de tanta grosería, de tanta estupidez; le destrozaba los nervios, le quemaba el alma, le ahogaba su ser poético. Pensó que podría moldearles el gusto con obras más inteligentes, hasta culminar un día, quién sabía, con una tragedia como las que se estilaban en otros tiempos y latitudes. Odiaba renunciar a la palabra, con la que podía escupirles cuatro verdades, pero sabía que de todos modos eran sordos como topos dorados. Pensó entonces que una buena mímica con un pasaje bien escogido de las miserias divinas podría ser bien acogida y surtir su efecto en quien supiera entender los paralelismos, aunque finalmente decidió que sería mejor escoger las ejemplares hazañas de algún héroe en lugar de representar los escabrosos tropiezos de los dioses. Tiridates, a pesar de los palos que recibía a diario, no terminaba de aceptar que vivía en tiempos embrutecidos por la decadencia y el resurgir, siempre carroñero, de los fanatismos religiosos que se nutren de la barbarie. Obviamente, lo que consiguió en su vano intento por resucitar las humanidades fue redoblar la fuerza de los insultos, las amenazas y las burlas, no de la obra, sino de su persona. Y estaba que trinaba, entre el llanto y la ira incendiaria. Cargaba su rabia especialmente contra Cleo, quien sólo había asistido para reírse de él e incitar a los demás a imitarla. Y no eran pocos, ni poco ruidosos, porque Cleo siempre arrastraba tras de sí una singular cohorte de ociosos. Los brutos eran su medicina, los únicos que a

fuerza de embestirla adormecían sus ambiciones.

—Tu problema es que tienes demasiados pájaros en la cabeza y a fuerza de trinarte día y noche te han trastornado el juicio —le decía Martina, tratando de consolarlo a su manera—. ¿Tú te crees que estamos en los tiempos de Eppia y de todos aquellos legendarios actores de los que tanto te gusta hablarme? Esos que dices que obtenían favores de reyes y emperadores y a los que el pueblo admiraba tanto como a los caballos del circo y a los gladiadores invictos; ésos que dices que rendían a las cortesanas y cuyo prestigio se medía por la calidad de sus amantes. Calidad, todo sea dicho, mal entendida —aquí la inflexión de la voz de Martina delató la rabia que le daba el hecho expuesto, por el que ella misma se sentía agraviada —, porque la calidad se ha asociado al prestigio social, y no a las virtudes y belleza naturales. Siempre ha sido así, da más prestigio tirarse a una aristócrata, aunque sea tan fea que parezca que la ha coceado un borrico, que a una campesina parida con la gracia de Venus.

—No digas más tonterías —la interrumpió Tiridates. Esta vez los razonamientos disparatados de su amiga no consiguieron aplacar su furia. Además, no sabía cómo se las apañaba pero siempre terminaba hablando de sí misma. En esta ocasión, para variar, tampoco fue diferente, envidiosa como era del éxito de las cortesanas a quienes superaba en gracia e ingenio pero a las que los hombres preferían por su linaje.

Tiridates le perdonaba a Martina que hubiese acompañado en las risas a Cleo, incluso aunque sospechara que la mitad de las chanzas fueron ocurrencias suyas. No podía reprochárselo. Era una superviviente en aquel mundo desquiciado.

—Tonterías no, que te conozco, que eres muy fantasioso —le replicó Martina—. Y éste es tu problema, que vives en tu mundo y luego no te llevas nada más que chascos. Seguro que hasta te imaginas seduciendo a Fausta.

—¡¿A ésa?! —exclamó con desprecio Tiridates—. ¡Pero si hasta su marido la rehúye como a la peste!

—Sí, sí, ya quisieras tú. A mí no me engañas. Tiene un sexo imperial y eso os pone cachondos a los artistas. Y que el augusto la rechace es normal. Es un hombre, y los hombres sois tan tontos que preferís la fruta prohibida del jardín ajeno a los manjares del propio. Y más si tenéis varios huertos que regar. Tú me entiendes.

Tiridates había dejado de escucharla. Se había quedado con el primer reproche. Llevaba razón su amiga, tenía demasiados pájaros en la cabeza. ¡Cuánto daño le había hecho leer a Juvenal! Sus críticas

eran miel para su imaginación. La depravación que el poeta denunciaba a él le parecía paradisíaca. Recordaba con precisión la causa de sus fantasías, la descripción que Juvenal hizo del efecto embriagador que causaban las interpretaciones de los grandes actores en las mujeres más deseadas: *«¿Bajo nuestros pórticos es donde hallarás a una mujer digna como la que tú deseas? ¿Las graderías de nuestros teatros te ofrecen alguna, una sola, a la que puedas amar sin temor y elegir en dicho lugar? Cuando, con gestos lascivos, Batila se pone a bailar la "Leda", Tuccia ya no es dueña de sus sentidos; Apula deja escapar largos suspiros quejumbrosos como en el abrazo; Timelea está muda de atención: como si todavía fuera novicia, está aprendiendo».* Tiridates no estaba siendo realista y lo sabía. Aquellos legendarios actores estaban dotados de una belleza varonil que rezumaba testosterona, la cual, mezclada con la obscenidad de las obras que representaban y sus gestos descarados y lascivos, indisimulados, hacían rezumar ríos de lascivia entre las aristócratas viciadas por el aburrimiento. Los lances lúbricos entre la emperatriz Mesalina y Mnester o la de Domictia por Paris eran ya historia. "*A qué engañarse* —se lamentó Tiridates—, *aquéllos eran otros tiempos, ahora sólo queda la depravación a secas, desnuda, mortal, sin grandes nombres ni épica*". Sí, Martina llevaba razón, si Fausta no le tuviera pánico a su marido, el augusto Constantino, correría tras un gladiador, un tipo duro como su propio padre o su marido. Nunca caería rendida en los brazos de un ser sensible y delicado como él. "*Si Fausta no temiera a su marido sería una nueva Eppia tras un Sergiolo. Y es cuestión de tiempo que lo haga, cuando se sienta más fuerte y más madura, que no hay calvario que dure toda una vida*". Tiridates era un mar de contradicciones irresolubles: envidiaba a los grandes actores de antaño por su virilidad y bizarría pero él era un ser sensible y delicado; envidiaba la lubricidad que provocaban entre las emperatrices frívolas pero él buscaba almas sublimes. "*¿A qué seguir engañándome? ¿Soy acaso un bobo de ésos que piensan que un día la suerte les va a sonreír porque sí, porque se lo merecen?*". Debía aceptar que vivía en una época en que el refinamiento no tenía lugar ni en la cama. Las damas de alta cuna, hastiadas de los lujos y caprichos más extravagantes, preferían la grosería de los bestias al arte de los poetas. A la hora de abrirse de piernas en nada se distinguían de la más baja chusma, salvo en la calidad de las sábanas que cobijaban su lujuria y los perfumes que después ocultaban sus vicios. "*Cleo es el mejor ejemplo de esta verdad*", masculló con pesadumbre.

—Anda, deja que te consuele esta esclava rendida a tu talento, que más vale pobre y cariñosa que rica y desalmada —le dijo Martina al tiempo que le levantaba la túnica y le agarraba el miembro con la mano.

—Déjame tranquilo –la rechazó Tiridates, apartándola de sí con brusquedad y encaminándose hacia la puerta de muy mal humor.

Martina se cruzó de hombros.

—Como quieras, hombretón —rozongó con despecho.

El banquero Sempronio salió del palacio muy desairado. Contra lo que era habitual en él, tenía un aspecto desaliñado, olía mal y llevaba las ropas arrugadas como si hubiera dormido en un pajar. O mejor dicho, como si hubiera intentado dormir en un pajar, porque las ojeras le colgaban como hamacas. Maldecía entre dientes, echando espuma por la boca, acordándose del obispo.

Tenía motivos para estar enfadado, aunque no se atrevía a acusar al verdadero culpable ni para sus adentros, temiendo que alguna vez, sin querer, se exteriorizaran sus pensamientos. Era un ejercicio mental que requería mucha disciplina, necesaria para conservar la cabeza sobre los hombros. Había que señalar siempre a otro, al más próximo en la culpa al augusto.

Cuando Constantino expulsó de la sala al pretor Cayo Publio y al comandante para confrontar las ideas del prisionero con las del obispo, a Sempronio lo obligó a quedarse con ellos. Sempronio no entendió para qué necesitaba el augusto, tan celoso con la información que manejaba, un testigo de dudosa utilidad en el tema a discutir, pero no tardó en averiguarlo. En realidad no se equivocaba: no lo necesitaba para nada. La única razón por la que lo obligó a quedarse fue para tocarles las narices al pretor y al comandante. Fue una broma de Constantino y él la víctima propiciatoria. En cuanto el pretor y el comandante salieron de la sala y se cerraron las puertas tras ellos, Constantino le indicó a Sempronio el camino de las escaleras secretas, previa confesión de que jamás se lo contaría a nadie. Fue un juramento innecesario, porque su orgullo habría bastado para frenar su lengua. No tenía ninguna intención de cacarear la humillación sufrida. Allí, en las escaleras, tuvo que quedarse toda la noche y parte de la mañana, solo, tiritando de frío y sin posibilidad de acostarse en aquellos estrechos, húmedos e incómodos escalones. La celda estaba libre, caliente y acogedora, y allí le habría resultado más llevadera la espera, pero Constantino no le concedió esa indulgencia. Si fue por la natural desconfianza del augusto, queriendo evitar que en la intimidad del enclaustramiento intercambiara opiniones con Marcial, o si la descortesía nació simplemente del poco aprecio personal que le tenía, era algo sobre lo que Sempronio prefirió no pensar. La cuestión es que mientras las condenadas horas pasaban más lentas que nunca y el frío lamía sus huesos, tuvo tiempo de imaginar mil formas de vengarse de

aquella ignominia. Y, por supuesto, focalizó todo su rencor en el obispo Osio. El peso de la afrenta, si quería vengarla un día, sólo podía recaer sobre el obispo. Sempronio era un hombre pragmático y realista. Lo de la humillación de las escaleras era cosa de Constantino, pero toda la intriga del prisionero, tanto secretismo y revelaciones ocultas y en teoría tan trascendentes, eso era cosa del taimado obispo.

Al salir del palacio para dirigirse hacia su casa, vio en la gran explanada de la entrada, bajo un pino, a Tiridates. El histrión caminaba cabizbajo y mohíno, solitario, dando patadas a una piña. "*Otro al que tratan como a un perro*", pensó, apiadándose de él.

El día era gris y plomizo, envuelto en una fina sábana de niebla. Los alrededores del palacio estaban salpicados por las fogatas con que se calentaban los soldados de guardia y por las grandes antorchas que prendían día y noche, sujetas a argollas firmemente ancladas a las paredes, cada cinco metros, cubriendo todo el perímetro.

—Siempre es mejor patear una piña que una cabeza —le dijo Sempronio a Tiridates, acercándose a él despacio, tanteando el terreno. No había guardias demasiado cerca para escucharlos ni tampoco parecían prestarles ninguna atención. Se burlaban de ellos y los increpaban sin piedad cuando por algún motivo eran el centro de atención, pero el resto del tiempo los ignoraban con la fuerza del mayor de los desprecios.

Al haber estado encerrado en las escaleras hasta mediodía, Sempronio no había podido asistir a la función de Tiridates de aquella mañana, aunque se podía imaginar cómo le había ido por el enfado que tenía. Siempre era la misma historia. Tiridates se esforzaba al máximo, trabajando a conciencia sus papeles, pero en lugar de aplausos cosechaba invariablemente burlas e insultos. Sempronio no sabía de dónde sacaba la moral aquel joven de aspecto tan frágil. Otro en su lugar se habría suicidado hacía tiempo.

Tiridates no le respondió ni levantó siquiera la cabeza para mirarlo. Siguió golpeando y persiguiendo la piña como un autómata. Hasta que Sempronio se le adelantó y la pisó. Aunque medía una cabeza menos que el histrión, le alzó la barbilla con delicadeza para obligarlo a mirarlo a los ojos.

—¿Estás bien, muchacho? —le preguntó con cierta preocupación.

Tiridates seguía mirando al suelo, a la piña. Fingía ignorarlo, aunque no parecía molestarle su presencia. Sempronio era de los fijos en sus funciones y nunca se había burlado de él. Tiridates siempre se lo había agradecido. Si no fuera por su famosa incapacidad de empatizar con otro ser humano, hasta hubiera pensado que lo admiraba. ¡Que hasta tenía sensibilidad! Incluso pensaba que contenía

los aplausos por miedo a que los insultos se volvieran contra él.

—Chico, deberías escaparte de aquí antes de que te pudras —le susurró con voz queda, mirando en derredor para asegurarse de que ningún guardia los espiaba.

Tiridates se quedó estupefacto al escucharlo. Levantó los ojos un segundo y lo miró con incredulidad, consternación y agradecimiento. ¿Al fin había encontrado un ser humano que entendía sus más profundas tribulaciones?

—No seas tonto —le dijo Sempronio con delicadeza—, conmigo no tienes que fingir. ¿Crees que no veo cómo te tratan? ¿Crees que no veo lo infeliz que eres?

Tiridates alzó los ojos de nuevo, mirándolo con todo el orgullo del que pudo hacer acopio en aquel momento. Sempronio sonrió al ver que al fin le prestaba atención. Sabía que, pese a la opinión común, el chico era listo y sabría vencer el orgullo, tan fatal para los desgraciados.

—Esos idiotas no distinguen un purasangre de un asno, ¿cómo quieres que distingan entre un artista y un bufón?

Tiridates resopló y lo miró por primera vez a los ojos. Sempronio había agasajado sus oídos.

—¿No ves que la mitad de los que acuden a tus funciones son unos ignorantes y la otra mitad, además de ignorantes, son supersticiosos? —continuó Sempronio en su intento por animarlo. El grupo de ignorantes abarcaba a los palaciegos ociosos y el de los ignorantes supersticiosos a los funcionarios cristianos que acudían sólo para criticar y reventar sus actuaciones.

—Ésos últimos son los peores —farfulló Tiridates, furioso—. Para ésos todo atisbo de inteligencia es pecaminosa.

—Lo sé —dijo Sempronio sonriendo con malicia, acordándose del obispo y de la noche infernal que había pasado por su culpa en las escaleras—. Esos imbéciles critican todos los placeres de los hombres libres porque no saben divertirse. Nos quieren amargados como ellos, rezándole todo el santo día a un crucificado y cambiando el vino por la sangre. Les fastidia que amemos la vida. Por eso aborrecen todos los frutos de la inteligencia. Para ellos Apolo es el dios infernal por excelencia y las Musas sus diablesas —dijo con cinismo, porque él no pensaba en Apolo sino en su dios el dinero. Por suerte para él, servía el mismo argumento—. Condenan todo conocimiento que no sirva a su fe, lo que significa que sólo aman la ignorancia. Dicen que la imaginación y la fantasía las carga el diablo. La única fantasía que aceptan es la que sale de sus cabezas de chorlito. Si supieras la cantidad de iluminados que han creído que su dios hablaba con ellos a

través de burros, de nubes o de zarzas ardiendo… ¡Y nosotros que pensábamos que los griegos eran insuperables! ¡Oh, qué imaginación más delirante tienen estos cristianos! Si no fuera porque se lo creen de verdad merecerían todos los laureles al mérito creativo. Algunos de sus lumbreras condenan incluso el abuso de la palabra. ¿Te lo puedes creer? ¡La poesía para ellos es un crimen! Piensan que la lengua sólo sirve para recitar salmos y la palabra para ensartar sermones, lo que demuestra que han leído poco y gozado menos.

—Quienes consideran la inteligencia una abominación por fuerza deben ser más simples que una mata de habas –atacó Tiridates, desquitándose de la humillación sufrida.

—Bien dicho –lo aplaudió el usurero, decidido a echar toda la leña al fuego—. Su estupidez condena toda obra que no sirva para ensalzar sus textos sagrados. Quieren amordazar la inteligencia a la que consideran un tumor que habría que extirpar junto a los genitales si no se usan con el fin exclusivo de procrear más idiotas. ¿Pues sabes qué te digo? Yo me cisco en sus libros sagrados.

Tiridates asintió con la cabeza, sorprendido por el descaro del usurero. Sempronio, de forma grosera, estaba verbalizando lo que él pensaba.

—¿Cómo es que los conoces tan bien? —preguntó con fingido desinterés.

—Chico, a mí me gusta aprender de los mejores. Y no hay raza más astuta ni que haya entendido mejor el uso del dinero que los judíos. Lo sabes, ¿verdad? Ellos son mis maestros. Por eso he estudiado bien su religión y su cultura, para profundizar en su naturaleza psicológica. Pues por si no lo sabes, los cristianos le han secuestrado el dios a los judíos y se han apropiado de gran parte de sus libros sagrados. Hasta la llegada del Cristo ése, que era un judío en toda regla, lo mismo vale para unos que para los otros. Así que eso que llevo estudiado.

—¿Para qué creen que les habrá dado su dios la inteligencia? —preguntó Tiridates para exprimir la recién descubierta mordacidad del usurero—. Para decir “amén” sobra con la inteligencia de un molusco. Si pensar convierte a los hombres en pecadores entonces ese dios es un poco… —Tiridates se contuvo la lengua. Pese a todo no se atrevió a insultarlo. No dejaba de ser un supuesto dios y más valía no meterse demasiado con él por si las moscas.

—Piensan que los ha creado sólo para que entonen loas en su honor —le respondió con sarcasmo el usurero—. Así que viven como peleles para ganarse su gracia. Piensan que les ha regalado la vida para convertirlos en deudores y que esa deuda sólo se paga viviendo una vida de privaciones e ignorancia. ¡Manda cojones! A mí me toman por

un monstruo porque les presto dinero a un ocho por ciento de interés, y a este dios, mil veces más inflexible y severo que yo, lo adoran. ¡Qué injusticia!

—¿Qué raza de dios cruel es ése? —preguntó Tiridates, tanteando un poco más al usurero.

—Chico, no haces la pregunta correcta. La pregunta no es qué raza de dios es ése, la pregunta es qué raza de personas adoran a un dios así. Con todos los dioses que hay para elegir, ¿quién elige al que exige el interés más alto? Porque este dios sólo les ofrece una vida de tormentos y privaciones. Y según dicen es terriblemente cruel en sus castigos, arrasando con ciudades enteras si se le antoja. ¡Si hasta Júpiter parece un vejete inofensivo a su lado!

—Tampoco será tan inhumano…

—¿Es que no has oído hablar de la Torre de Babel? Dicen que los humanos se llevaban de maravilla y se pusieron a crear una torre gigantesca y entonces, viéndose este dios amenazado por la unión de tantas mentes creando en armonía, les mandó esa peste que es la confusión de lenguas, para que no volvieran a entenderse entre sí más que para darse de hostias.

—Eso es propio de los tiranos, que sólo quieren la sumisión de los súbditos. Y eso requiere mantenerlos atemorizados y en la más absoluta ignorancia.

—Exacto, vas cogiendo la idea. Circo y pan, salmos y loas. Pero no le des más vueltas al asunto. No le echemos la culpa al dios sino a los que lo adoran. Al final la cosa se resume en lo siguiente: los tontos odian a los listos como los pobres a los ricos. No hay más.

Tiridates le dio una patada a la piña.

—¡Pues vaya mierda!

—Esto es lo que hay, chico —un destello de odio premeditado denunció la inquina de Sempronio—. Como ves, nos detestan a ambos por igual. A ti por abrazar el arte y a mí por amar el dinero. Es muy fácil despreciar lo que no se tiene. Es muy fácil ser pobre y decir que se desprecia la riqueza. Pero mira qué casualidad que no conozco a ningún rico que desprecie su riqueza. Ni hay rico más codicioso que el que antes fue pobre. Sí, me río yo de la virtud de estos cristianos. Eso no es virtud sino resignación. Los muy idiotas no entienden la diferencia. La prueba es que ésos que tanto me critican se pasan el día pululando por palacio a ver lo que pescan. ¿Has visto alguna vez al obispo Osio en la calle curándole las ampollas a un vagabundo? Ja, me río yo de su caridad. Dales riqueza y poder y verás lo que tardan en abrazar con la misma devoción un pedazo de oro que un crucifijo.

—Harán de oro el crucifijo para fingir que aman lo que representa, no el metal que lo recubre —farfulló con rabia Tiridates.

Sempronio asintió satisfecho por la perspicacia y el ingenio del joven. Su instinto no le había fallado: no era tan tonto como lo pintaban. O se hacía pintar, contribuyendo él mismo al cuadro.

—Sí, se les ve el plumero a una legua —afirmó Sempronio con mordacidad viperina, pensando todavía en su archienemigo Osio.

—Son unos hipócritas —corroboró Tiridates.

Sempronio sonrió. Había mordido hueso. El muchacho estaba tan rabioso que era fácil azuzar sus emociones.

—¿Te puedes creer que hasta a mí han intentado llevarme a su redil? —dijo Sempronio con fingida indignación.

Tiridates lo miró con incredulidad. El usurero era el blanco hacia el que los cristianos de palacio dirigían sus dardos más venenosos.

—Sí, no me mires así —confirmó Sempronio, regodeándose por haberse metido en el bote al histrión—. ¿No ves que se han dado cuenta de que toda su prédica antigua se les vuelve en contra? Con los pobres no se va a ninguna parte. Sirven para un rato, para hacer bulto y coger impulso, pero nada más. Ahora los cristianos, que son muy pillos, se han lanzado a hacer proselitismo entre los ricos. Entre los que manejan y tienen influencias, ya me entiendes. El otro día me vinieron al banco a sermonearme para que les prestara dinero gratis. ¡Ja, a otro ratón con ese queso! Me juraron que si abrazaba su fe podía redimir todos mis pecados.

—¿Y qué les dijiste? —Aunque seguía pareciéndole inverosímil, a Tiridates le picaba la curiosidad.

—Pues les dije que le había cogido vicio al pecado y que rezaran por mi alma si querían lavarla de vez en cuando con sus rezos, porque pienso seguir ensuciándomela hasta tenerla más negra que el hollín.

Tiridates no sabía si exageraba o directamente se lo estaba inventando todo, pero en aquel momento toda difamación contra los que acababan de reventarle su actuación le parecía poca y la aplaudía.

—¿Y metieron el rabo entre las piernas y se fueron?

—¡Qué! ¡Ni con esas! No te vas a creer lo que me respondieron. Límpiate bien las orejas para que no te creas que la cera te impide escuchar bien. Me dijeron que no me preocupara por eso, que no tenía que privarme de nada. Hasta que se alegraban por mí de que pudiera darme la vida padre.

—¿Te dieron permiso para seguir pecando? —Tiridates cada vez estaba más convencido de que la historia que le estaba contando Sempronio tenía pocos visos de ser cierta, pero le resultaba divertida.

—El permiso y su bendición —prosiguió el usurero—. Me dijeron que han descubierto que las virtudes cristianas tienen grados. Como el alcohol, para que lo entiendas. Que no hace falta estar ebrio de Dios para ser una buena oveja. Basta con estar achispado. Incluso llegado el caso, con que te guste chupar uva es suficiente.

Tiridates no pudo contener por más tiempo la risa.

—¡Te lo estás inventando!

—Te lo juro que no. Escucha la explicación. Dicen que antes se pensaba que había que ser pobre y virtuoso para caerle bien al de arriba. En cambio, ahora han descubierto que eso no es verdad. Dicen que esa falsa creencia la propagaron los primeros padres de la Iglesia por exceso de celo en eso de mortificarse en vida. ¡Chúpate ésa! Ahora creen que el grado de santidad que alcances sólo sirve para reservar un palco en el Cielo. Porque eso por lo visto es como el teatro, que si quieres primera fila para ver bien a Dios tienes que ser un santo. Pero vamos, que los pecadores también cabemos, aunque sea en el gallinero.

Tiridates volvió a interrumpirlo con su risa.

—No te rías, que es cierto. Yo he estado cavilando sobre ello y ya sé por qué han cambiado de criterio. Verás, desde que están metiendo a los ricos en las iglesias algunos pobres se han quejado. Y con razón. Piensa que muchos pobres se regodeaban pensando en que mientras ellos luego disfrutarían del Paraíso los demás nos asaríamos en el Infierno. La envidia es lo que tiene, es muy puñetera. Eso, para los idiotas, era un consuelo en vida. Pero claro, si ahora resulta que se puede ser rico y también ir al Cielo, les parece entonces una tomadura de pelo. Vamos, que aquello no es un reino de justicia como les habían prometido, sino más de lo mismo de aquí abajo. Tienen miedo, como es natural, de que los ricos lleguen con ellos, porque se imaginan que este dios preferirá la compañía de gentes bien educadas antes que la de gañanes ignorantes, que a ver qué conversación le van a dar. Total, que se temen que las estén pasando canutas aquí abajo para luego chuparse también allí las cloacas. Por eso los que mandan se han inventado ahora lo de los grados de santidad, para tener contentos a los pobres y que no se les subleven. Ahora dicen que ser pobre no es un requisito imprescindible, pero oye, por lo menos te asegura una butaca de primera fila. Y por la eternidad, que no es moco de pavo.

—Al final va a resultar que son más listos de lo que parecen —dijo con desprecio Tiridates, quien empezaba a pensar si a lo mejor no sería tan disparatado lo que le estaba contando Sempronio y habría visos de verdad en ello. Después de todo, cosas peores se habían visto desde que el ser humano echó a andar a dos patas.

—Listos, no, ¡listísimos! —corroboró Sempronio—. Todo esto se lo han inventado los obispos como Osio —Sempronio saboreó el momento. Estaba deseando encajar al obispo hispano como protagonista de la truculenta historia—. Sí, Osio y sus camaradas son muy listos, no quieren renunciar al Paraíso pero menos todavía a los estofados. Los muy pillos se están fabricando una religión a la medida de sus estómagos.

Aunque había una fuerza latente en el instinto de Tiridates que le hacía desconfiar de Sempronio, las palabras de éste, que tan bien encajaban con sus ideas, y su intento por animarlo, consiguieron que se le despertara cierta simpatía hacia el usurero. ¿Sería posible que cuantos prejuicios tenía formados contra su persona le hubieran impedido ver su verdadero rostro? ¿Era posible que tras su máscara grotesca y cruel se escondiera un ser sensible e inteligente? Igual que él había encontrado su tabla de salvación en hacerles creer a los demás que era un lelo afeminado y cornudo, ¿no podía ser que Sempronio hubiera encontrado en la codicia su único medio de salvación? "*Gracias a esa codicia desmesurada* —pensó— *se ha hecho odioso, pero al mismo tiempo con sus impagables préstamos tiene maniatados a quienes más lo odian y podrían perjudicarlo*". Casi sin quererlo y luchando contra su sexto sentido, Tiridates sintió cómo una súbita empatía lo unía a ese otro ser marginado.

—Deberías aprender a ignorar a los idiotas —Sempronio se puso serio—. Quien se ofende por las palabras de un idiota demuestra ser tan idiota como el ofensor. A esos cristianos les parece una abominación que te pintarrajees como una fulana porque dicen que su dios nos hizo a su imagen y semejanza y es una ofensa contra él. Se nota que han visto poco mundo y no han notado las diferencias entre las razas. Incluso entre una misma raza hay diferencias tan notables entre unos individuos y otros que hasta un perro se daría cuenta de ello sin necesidad de olisquearles el culo. Así que si los seres humanos, todos nosotros sin excepción, estamos hechos a su imagen y semejanza, ¡por Júpiter que ese dios debe de ser más feo que la Hidra y la Gorgona juntas!

Tiridates pensó en lo que se iba reír Martina cuando se lo contara. Cada vez estaba más arrepentido por haberla tratado mal. Y si Cleo no lo hubiera martirizado con el africano, también se lo contaría a ella. Había que reconocer que el usurero era ingenioso en sus invectivas y eso le encantaría a Cleo. Podría usar sus chanzas para burlarse de la estirada de su tía Constancia.

—¡Qué imbéciles! —exclamó Sempronio, cada vez más encendido —. Les parece tan inmoral una inocente pantomima como una matanza en el circo. Les parece una abominación que te disfraces por

un momento de mujer pero no protestan por tu condición perpetua de esclavo. —Esta aseveración le arrancó destellos de odio, chispas que sólo saltan cuando remueven amargos recuerdos en las entrañas—. ¡Hipócritas! —bramó con un odio que empezó a preocupar a Tiridates —. Claro, ¿qué van a protestar, si los obispos son los primeros que tienen esclavos? —dijo escupiendo al suelo—. Se les llenan las bocazas con sus sermones sobre el amor y la fraternidad, pero ni una palabra contra la esclavitud. ¿Acaso los esclavos son animales y están excluidos del género humano? ¿Acaso su dios no considera que merecen ser amados y tratados como hermanos? Escupo sobre su hipocresía –dijo, ilustrando su pensar con un gargajo.

—Sí que la condenan —replicó Tiridates, pensando que el usurero se estaba excediendo del propósito inicial, que en teoría era apaciguarlo a él. "*Vaya forma de consolarme. A éste le pasa lo que a Martina, que al final se las ingenian para acabar hablando de sí mismos*".

—¡Pero en voz baja para no molestar! —protestó Sempronio, malhumorado. No le gustó que Tiridates le llevara la contraria.

—Osio, por ejemplo, no tiene esclavos.

Tiridates había intuido que el odio de Sempronio se cebaba con el obispo hispano, cuya ojeriza mutua era bien conocida en palacio. Inexplicablemente, ahora era él quien tenía que apaciguar al enfurecido banquero.

—Se los habrá dejado en Hispania —bufó Sempronio—. ¿Para qué los necesita aquí? Tiene todos los del augusto a su servicio y encima le salen gratis, que no tiene que vestirlos ni alimentarlos. Y con la conciencia tranquila —dijo con mordacidad—, porque nadie puede acusarlo de esclavista. Pero, ¿acaso has visto tú que reclame su manumisión o renuncie a sus servicios? No, y ¡ay del que le calce mal las sandalias, que se va a llevar un buen sopapo! Con esas manazas de labriego y el geniazo que tiene me apiado yo del que le sirva la sopa fría.

—Visto así… —musitó Tiridates. Él no había pasado la noche tiritando sobre unas frías escaleras de piedra por culpa del obispo, pero sí había sufrido en sus propias carnes la intransigencia de los cristianos, que por enésima vez le habían reventado la actuación. "*Y Cleo también. Y Martina*", pensó apenado—. Sí, son unos idiotas — farfulló Tiridates.

—Los mayores hipócritas del mundo —convino Sempronio, azuzando su odio—. Te lo digo yo que trato con ellos a diario y los conozco bien. Hablan mucho de su Cristo pero luego se arriman al poder como las moscas a la mierda, ¿a quién pretenden engañar? Estoy convencido de que no les importaría que Constantino me robara

el oro para dárselo a ellos. En sus manos dejaría de parecerles pecaminoso —rumió con la mirada hosca y cavilosa, recelando alguna jugarreta del obispo con todo ese asunto misterioso del prisionero—. Por eso mismo no permitas que te ofendan las palabras de semejante escoria —gruñó sin ocultar su odio, volviendo a Tiridates—. Es su problema si les ofenden tus pelucas, tus túnicas adamascadas, que uses maquillaje o que te calces esos borceguíes con grandes suelas que te alzan del suelo un palmo y te ponen el culo más prieto que el de Cleopatra.

Tiridates sonrió tímidamente con el último comentario.

—Sí, deberías disfrutar escandalizándolos. Yo de ti en la próxima función saldría desnudo, con la verga al aire, a ver qué les ruboriza más, si verte disfrazado de mujer o con tus encantos al natural, los que su dios te ha dado para que se los restriegues por la cara. Si de verdad creen que estamos hechos a su imagen y semejanza deberían ponerse de rodillas y chupártela con devoción.

Tiridates se rio ante la bestial ocurrencia.

—Un pueblo ignorante y fanático no aprecia la cultura —prosiguió el usurero, llevándoselo a su terreno—, ¿para qué dejarte entonces la vida en ofrecerles algo que ni aprecian ni merecen?

—No lo hago por ellos. Lo hago para la posteridad.

—¿Para la posteridad? —Sempronio arqueó las cejas y lo miró como a un idiota—. ¿Es que crees que se lo contarán a sus hijos y a sus nietos y éstos a los nietos de sus nietos? Yo de ti casi que preferiría que la posteridad no supiera de mí a que se conformara una idea de mi existencia por el testimonio que den esos merluzos.

—Muchos actores serán recordados eternamente por sus memorables actuaciones —le replicó Tiridates, sin darse por vencido —. Hasta tú debes conocer el nombre de algunos de ellos.

—Oh, sí, alguno conozco. Pero los que conozco no se granjearon su fama por sus actuaciones memorables, sino porque se cepillaron a mujeres memorables: esposas de senadores, hijas de emperadores, tías de príncipes, hermanas de césares. Incluso alguna que otra emperatriz se columpió en sus vergas. Han pasado a la posteridad porque dieron que hablar en los corrillos por sus promiscuidades, por sus fechorías, por sus salidas de tono, pero no recuerdo a ninguno de ellos asociado a una obra en concreto que interpretara con maestría, a pesar de que todos los alaben como actores excepcionales. Para mí tengo que lo único excepcional que tenían eran sus miembros viriles.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de Décimo Labirio?

—¿Quién fue ése?

—Un actor famosísimo.

—No lo sería tanto cuando es la primera vez que lo oigo mentar.

—Si tú me mentases a banqueros famosos yo tampoco los conocería. Y eso no significa que no lo fueran.

El reproche hizo chasquear la lengua a Sempronio en señal de desaprobación. Intentaba ayudarlo y era poco inteligente insinuar que era un ignorante. Sin embargo se lo pasó por alto, aunque tomó buena nota de ello.

—Llevas razón, chico. Es posible que sea eso.

Tiridates comprendió su error y se arrepintió. Hacía poco había hecho otro tanto con Martina. Al final pagaban los platos rotos los únicos que se compadecían de su mala suerte. "*Cuando termine de hablar con él iré a pedirle perdón a Martina y haré lo que me pida*".

—Este Décimo Labirio —dijo humildemente, arrepentido—, dicen que era tan bueno que una vez Julio César quedó tan maravillado por su talento que le dio quinientos mil sestercios como premio por una sola actuación.

—¿Hablas en serio? ¿Con una sola actuación se puede hacer uno rico? Al final el idiota voy a ser yo, porque a mí hacerme rico me ha costado veinte años de esclavitud y otros veinte de liberto trabajando más que cuando era esclavo. En cualquier caso, Julio César era un hombre culto, nada que ver con nuestro augusto. Que tiene otras cualidades, no lo niego, pero entre éstas no se cuentan ni el buen gusto ni la generosidad. —Sempronio frunció los labios en un mohín rencoroso. Nunca le perdonaría haberlo dejado toda la noche tirado en las escaleras—. Aún si fueras el más sanguinario gladiador o el más hábil de los aurigas te podría caer un buen pellizco, pero siendo actor lo dudo. No es época de actores. Y tú mismo lo has dicho, ese tal Décimo fue excepcional.

—Pues yo seré la excepción de nuestro siglo.

—No hay excepciones, chico. En aquellos tiempos gustaba el teatro, en estos tiempos gusta el circo. Es así de simple. Y además esos gestos del César eran pura propaganda. La liberalidad de los poderosos es una farsa. No es filantropía, es una inversión bien calculada. Métete esto en la cabeza y no lo olvides nunca. Si no creyeran que por cada moneda que invierten en agasajar al pueblo podrán obtener el triple de vuelta lo dejarían morir de hambre. Pero da igual, no te voy a aburrir explicándote cómo funciona el mundo, sólo quiero que te entre en la mollera que hoy en día un actor no va a ninguna parte. A menos que cuelgues la peluca y empuñes un tridente o una fusta no conseguirás arrancarles aplausos. Y menos todavía hacerte rico. Lamento decírtelo, pero es lo que hay.

Tiridates arrugó el ceño y miró asqueado hacia el cielo.

—No te deprimas, chico, tú puedes tener una segunda oportunidad. Eres un afortunado.

—¿Afortunado? —preguntó Tiridates, incrédulo, pensando que se mofaba de él. Podía considerarse muchas cosas menos afortunado—. ¿Me acabas de decir que no tengo ninguna oportunidad como actor y me dices que soy afortunado? ¡Que me aspen si eso tiene sentido!

—Lo digo y lo repito: no tienes ninguna oportunidad como actor y al mismo tiempo eres afortunado. Puedes tener una segunda oportunidad en la vida y eso es algo de lo que muy pocos pueden presumir. Eso es lo que te convierte en afortunado.

—¿Y qué oportunidad es ésa? —preguntó Tiridates con mucha curiosidad.

—La oportunidad de que te adopte —le soltó Sempronio a bocajarro.

Tiridates se quedó a cuadros, sin poder articular palabra. Sempronio hizo una pausa para calibrar bien el impacto de su proposición.

—Sí, me has escuchado bien. De que te adopte. Y si me demuestras tu valía incluso puedes llegar a ser mi heredero.

Sempronio deslizó la insinuación con la suavidad de una víbora y Tiridates se quedó estupefacto, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Quién sabe —insistió el usurero—, quizá en unos años te puedas comprar tu propio teatro y entonces serás tú quien decidas el papel que quieres representar. Todo el mundo respeta al rico, aunque les parezca un mentecato. Mírame a mí. Me desprecian, me odian, querrían aplastarme como a un gusano, pero nadie se atreve a alzar su mano contra mí. En cambio al hombre virtuoso, si es pobre, nadie lo respeta y todos lo pisotean. Piénsalo bien. Si fueras listo sabrías lo que te conviene. Va siendo hora de que empieces a jugar la partida con la cabeza en vez de con los pies. ¡Basta de chiquilladas! ¿O quieres ser un bufón toda tu vida?

"*Un bufón toda tu vida*". Aquellas palabras le martillearon el orgullo. Le dolieron. Y le dolieron mucho. Siempre había escuchado que las catarsis eran dolorosas. De lo que no estaba tan seguro es de que quisiera ser adoptado por Sempronio. ¿Por qué lo elegía a él, al que apenas le salían las cuentas cuando sumaba dos más dos?

—Te recuerdo que estoy en condición de rehén…

Por segunda vez, Sempronio volvió a mirarlo como a un idiota. Pareció sorprendido por el comentario, como si hubiera sobrevalorado

al muchacho y estuviera haciendo un mal negocio con él.

—Chico, hace tiempo que no tienes ningún valor como rehén —le espetó con una frialdad que hizo temblar a Tiridates—. Tu pueblo ahorcó a toda tu familia y los cuervos que se los comieron llevan un lustro muertos. Tu casa fue completamente aniquilada junto con todos sus partidarios. Nadie te va a reclamar, ni ahora ni nunca. Eso es bueno, porque no tengo que pagar tu rescate. Créeme si te digo que al augusto le complacerá mucho desembarazarse de ti. Supongo que habrás notado que no te tiene mucho aprecio. Y además debo advertirte que no estás a salvo en palacio.

Tiridates se quedó pasmado ante la advertencia.

—¿A qué te refieres cuando dices que no estoy a salvo en palacio? —preguntó con recelo, pensando si no sería una treta del usurero para meterle miedo y que aceptara su proposición. ¿Quién podría desearle ningún mal? ¿Para quién podría suponer una amenaza si él mismo le acababa de reconocer que hasta había perdido el poco valor que tenía como rehén?

—El obispo le ha metido en la cabeza al augusto que eres una mala influencia para su sobrina Cleo.

—¡¿Yo?! —exclamó Tiridates, anonadado por la acusación.

—¿Y qué te extraña? Oh, qué ingenuo eres. ¡Qué verde estás todavía! Deberías pagarme por adoptarte. ¿Qué pensabas, que el augusto iba a aceptar lo contrario, que su sobrina mimada es la que ha salido rana? Antes te echa a los leones que admitir que Cleo nació desvergonzada. Con que ándate con ojo, que el día que se canse de sus escándalos lo pagará contigo.

Tiridates palideció. Era de un cinismo atroz que él, la víctima por excelencia de las perversiones de Cleo, pudiera ser acusado de ser su corruptor. Todavía tenía las nalgas doloridas por el embate del africano. Sintió subirle por la espina dorsal una oleada de cólera.

—Cuando dices adoptarme… —su voz, trémula, rendía con dolor su orgullo— quieres decir rescatarme como a un esclavo, ¿verdad?

—Llámalo como quieras. Sólo son maneras distintas de decir lo mismo —le contestó Sempronio con cierto brillo malicioso en los ojos —. Bajo mi protección nadie se atreverá a tratarte mal, te lo aseguro. Y si eres listo, y sé que lo eres, aprenderás pronto a ignorar a los que se burlan de ti o te insultan a la espalda mientras en tu presencia tiemblen como gallinas. Yo ya voy teniendo una edad y necesito a alguien listo que aprenda el negocio. Como sabes, no tengo hijos. Con el tiempo, si lo haces bien, heredarás mi fortuna.

Sempronio hizo otra pausa para que Tiridates asimilara lo que le

estaba proponiendo, observando con satisfacción su perplejidad.

—Tú y yo somos más parecidos de lo que crees —continuó al ver en la mirada de Tiridates una naciente y poderosa ambición—. No seas tonto y caza la oportunidad al vuelo. Te puedo ofrecer una vida mucho mejor que la que tienes aquí. Y yo no podré retenerte como él. Piénsalo. De mí te será más fácil escapar porque te haré rico y no hay grilletes que retengan a un rico. Si es que un día quieres irte…

Tiridates lo miró con desconfianza. No tenía tan claro que si caía en sus garras le sería más fácil escapar de él que del augusto. Le resultaba imposible imaginar una relación paterno filial con el usurero. En cualquier caso, y pese a todas sus dudas y las incongruencias que encontraba en la propuesta, la alternativa se le antojaba peor. Y después de lo que le acababa de contar, hasta peligrosa. Parecía incluso sensato alejarse lo antes posible de palacio, no fuera a terminar crucificado por culpa de la lujuriosa voracidad de Cleo. Sempronio no sólo podía salvarle el pellejo sino incluso hacerlo millonario. "*Hasta los peores malvados tienen alma y corazón*", quiso convencerse para no rechazar de plano la oferta y darse la oportunidad de pensarlo bien. ¿Por qué no sería posible que le hubiera cogido afecto al verlo tan desvalido, siendo la burla de todos los cortesanos engreídos y altaneros? A lo que él sabía de Sempronio, había sido esclavo y debía conocer las penalidades y humillaciones a que los romanos sometían a los pobres desgraciados. Puede que le recordara al joven que fue y por ello quisiera rescatarlo y tomarlo de aprendiz, para dejarle luego en herencia el negocio como al hijo que no tenía. No sería de extrañar que prefiriese tener un heredero antes que permitir que todos los buitres a los que detestaba se abalanzaran sobre sus bienes a su muerte. Y sobre todo que los acreedores se librasen de pagar sus deudas, que para el usurero debía ser motivo de pesadilla.

—¿Y cuál es el precio? —preguntó con timidez, casi con cautela para no ofenderlo. Sabía que no sería tan sencillo como se lo pintaba. Como bien le acababa de advertir hacía sólo un momento con el ejemplo del César, ningún rico regalaba nada por filantropía. Y Sempronio era uno de los hombres más ricos del Imperio.

—Empieza a ser inteligente —le respondió el usurero con frialdad cáustica—. Te estoy ofreciendo rescatarte de una muerte segura. Cualquiera que sea el precio que pagues por ello será una ganga para ti. ¿O en tan poco aprecias tu vida que vas a ponerte a regatear?

Cambio de estrategia

Tréveris

Durante cuatro días el ritual se hizo hábito. Marcial acudía a la noche, preparaba unas viandas aceptables, abría la poterna de la celda con cautela, empujaba la bandeja dentro, cerraba de nuevo y se sentaba junto a la puerta a espiar al prisionero por la cerradura hasta que el muro se abría, que solía ser una hora más tarde. Entonces aparecía Amelius, el eunuco, arrogante en su función de Superintendente del Dormitorio Sagrado. Marcial se ponía en guardia al escuchar el resorte del muro, envainaba la espada en cuanto confirmaba que no era un intruso, le abría la puerta de la celda al eunuco sin mediar palabra, el prisionero salía sin decir tampoco esta boca es mía, le sonreía al pasar a su lado con una sonrisa condescendiente como si agradeciera su desvelo, y Amelius, que nunca llegaba a entrar en la celda, lo custodiaba escaleras arriba, marcándole el paso. Amelius cada día le era más antipático. No se ahorraba nunca el gesto arrogante de conminarle a abrir la celda, como si él no conociera bien su cometido.

Marcial subía con ellos las escaleras y los acompañaba hasta la sala, donde los esperaban invariablemente Sempronio y el obispo Osio. Constantino nunca estaba allí cuando ellos subían. Tan pronto como entraba en la sala, Marcial echaba un vistazo rápido, corroboraba que no lo dejaba a solas con el eunuco, giraba sobre sus talones y volvía sobre sus pasos. Su deber era no dejar jamás al prisionero a solas con alguien que no fuese el mismísimo augusto. Lo que pasara después no era asunto suyo.

El muro permanecía abierto varios minutos. Él descendía presuroso las escaleras y se quedaba junto al hueco, de pie, apoyado contra la pared, con el oído atento. Al rato se escuchaban los pasos rítmicos y firmes del augusto en la sala, envueltos en el silencio sepulcral con que lo recibían los allí presentes. Acto seguido, en cuanto el augusto tomaba asiento, escuchaba unos pasos presurosos dirigirse hacia las escaleras. El ruido de las zancadas lo producían dos personas:

Sempronio y Amelius. A Sempronio lo escuchaba bajar unos cuantos peldaños y después detenerse. Seguramente se sentaba. Le aguardaba una espera de tres o cuatro horas allí atrapado. La primera noche Marcial se asomó al pie de la escalera y lo observó, cariacontecido, pensando que iba a bajar y permanecer con él. Pero el usurero, malhumorado, lo miró con muy mala cara. No le gustaba tener testigos de su humillación. Así que las siguientes noches Marcial no se asomó para saludarlo. Se limitaba a escucharlo bajar unos cuantos peldaños y refunfuñar en cuanto se cerraba el muro a sus espaldas. Después el silencio engullía las quejas del usurero.

Antes de cerrarse el muro escuchaba el ruido seco del candelabro con el que Amelius accionaba el mecanismo de cierre del mismo. Y antes de que se cerrara del todo escuchaba las grandes zancadas del eunuco encaminándose hacia las descomunales puertas que custodiaban los dos gigantes, las cuales se abrían a los pocos segundos para franquearle la salida. A pesar de toda su arrogancia, a Amelius tampoco se le permitía acompañar al augusto y al obispo en las largas veladas junto al prisionero.

Así fueron las cosas hasta la quinta noche, en que los acontecimientos dieron un giro dramático.

Aquella noche, como de costumbre, Marcial tomó todas las precauciones de rigor para asegurarse de que nadie lo siguiera hasta la cocina. Había tenido que extremarlas porque sospechaba que Cleo, víctima de sus celos patológicos, le habría puesto espías.

Una vez que se cercioró de que no lo seguían entró en la cocina y encendió una vela para prepararle al prisionero una bandeja decente con las sobras del día. La llama era tan tenue que nadie podía descubrir su luz desde fuera. Haciendo malabarismos con la bandeja accionó el mecanismo oculto en la despensa. Entonces, nada más entrar en el pasillo, escuchó un ruido al fondo del mismo, junto a la celda. Marcial apagó la vela de un soplido, dejó la bandeja en el suelo y desenvainó la espada, aguzando los sentidos para penetrar la oscuridad. Un ligero resplandor lo alertó. Caminó sigiloso, en posición de ataque, y al girar en el recodo se sobresaltó. Al pie de la celda había una lámpara de aceite que proyectaba la sombra fantasmal de un hombre contra la pared de piedra. El corazón se le encogió. Avanzó despacio, pisando fuerte a cada paso para asegurar la posición en caso de una embestida. Fuera quien fuese el que hubiera descubierto el secreto lo pagaría con su vida. Eran las órdenes. "*Maldita seas, Cleo, esta muerte la cargarás sobre tu conciencia*", maldijo, pensando que sería uno de los espías de la celosa.

—Vuelve a envainar la espada y deja de hacer tanto ruido —la voz que lo estremeció, tenebrosa, era ronca y autoritaria. Y muy familiar.

Marcial tardó unos segundos en identificarla.

—¿Comandante?

—La situación ha cambiado.

El tono del comandante no era optimista. Sonaba aquejumbrado. Y ese tono desconocido en él le puso la carne de gallina a Marcial. Lo que en otros podría resultar enternecedor en él sonaba espeluznante.

—Abre la celda. El augusto está a punto de bajar —ordenó con autoridad.

A Marcial le temblaba ligeramente el pulso. No estaba seguro de haberlo escuchado bien. ¿Para qué quería bajar el augusto? Antes de introducir la llave en la cerradura vaciló. ¿Y si fuera un ardid del comandante para quedarse a solas con el prisionero?

Marcial miró instintivamente el muro, cerrado, y volvió a vacilar. Si hubiera estado abierto habría sido distinto, porque significaría que el comandante habría bajado por allí con el consentimiento de Constantino. Nadie podía entrar en la sala sin su permiso y nadie podía dar un paso allí sin su beneplácito. Pero el muro estaba cerrado. Era posible que el comandante llevase un buen rato esperándolo y por seguridad lo hubieran cerrado desde arriba, pero también podía ser que el comandante hubiera entrado por la despensa, y si tal fuera el caso Constantino no tendría por qué saber que estaba allí.

—Son órdenes del augusto —gruñó el comandante al verlo vacilar entre sacar de nuevo la espada u obedecer.

—Las órdenes del eunuco fueron tajantes —se defendió Marcial—. Y no he recibido otras…

—¡Ahora lo estás haciendo! —le respondió el comandante con genio—. ¡Te ordeno que abras!

Marcial se halló en la peor encrucijada de su vida. Si era un farol del comandante le costaría la vida. Dada su extraña actitud desde la llegada del prisionero tenía razones para desconfiar de él. Pero si no lo era, si no era un farol, pagaría muy caro el desacato. Era una situación más que comprometida. Aquello no era encontrarse entre la espada y la pared, sino entre dos espadas de puntas extremadamente afiladas.

—Las órdenes fueron que no dejaras a nadie a solas con el prisionero —le aclaró el comandante, muy cabreado al ver que no cedía—. Y no lo vas a hacer, porque vas a entrar y esperar conmigo.

Marcial no había contemplado aquella opción. Lo tranquilizó en parte, aunque no le agradó la idea. Nunca había entrado y no estaba muy seguro de querer hacerlo ahora. No temía ninguna celada del prisionero, pero la idea de acercarse demasiado a él le inquietaba. Por si las moscas intentó ganar algo de tiempo a la desesperada, rezando

para que se abriera el muro y se aclarase el asunto.

—Voy a traerle la comida –dijo, acordándose de la bandeja que había depositado en el suelo en el otro extremo del pasillo.

—¡Olvídate de la comida y abre de una maldita vez! —le gritó el comandante con un tono autoritario imposible de desobedecer.

Marcial sacó la llave y la introdujo lentamente, espiando todo el tiempo con el rabillo del ojo cualquier movimiento extraño del comandante. Si intentaba jugársela no dudaría en atravesarlo con la espada. Su vida, para él, valía más que la de cualquier otro. Y eso incluía la de su superior.

El comandante no hizo ningún movimiento extraño. Otra vez vio Marcial en sus ojos un temblor incontrolable, una aprensión cargada de una extraña melancolía. Sentimientos contrariados devoraban por dentro al hombre de hierro.

Al abrir la puerta, Marcial se quedó horrorizado.

El prisionero se encontraba en mitad de la celda, de pie, desnudo, amarrado a las muñecas por unas cadenas de hierro sujetas al techo por una gruesa argolla que lo mantenía erguido. La suntuosa estancia se había transformado en una horrenda cárcel. Alguien había hecho un trabajo a conciencia. No había ni rastro del mobiliario, ni del colchón de plumas ni de las sedas, alfombras y tapices que adornaban el suelo y las paredes. La piedra fría y desnuda, húmeda y llorosa, era cuanto le habían dejado. Incluso la puerta que daba al baño había sido sellada con un grueso panel de madera clavado con tachones de hierro. Para hacer sus necesidades le habían dejado a los pies un cubo de lata. La chimenea estaba apagada y la leña había desaparecido. Por el olor que provenía de la misma, Marcial dedujo que alguien había orinado sobre las pavesas para apagarlas. No daba crédito a sus ojos. Aquel horrendo espectáculo era una advertencia de lo poco que valía la vida de un hombre en aquella época desquiciada, donde un día te podían tratar a cuerpo de rey y al siguiente supliciarte como al peor criminal. Buscó una respuesta en el comandante, pero éste tenía los ojos clavados en el prisionero. Estaba tan consternado como él, no podía disimularlo. Farfullaba entre dientes maldiciones y a Marcial, a la escasa luz de la lámpara, hasta le pareció que tenía los ojos vidriosos. "*Él también obedece órdenes. Esta situación le hace tanta gracia como a mí*", pensó, apiadándose de él.

Pese a la grotesca crueldad con que lo tenían amarrado como a un animal, el prisionero los miró con serenidad y hasta les sonrió, como exculpándolos de su cambio de fortuna. Su cara no denotaba el más mínimo gesto de sufrimiento o dolor. Ni siquiera expresaba una emoción de ira o miedo, inevitable para cualquier otro ser humano en

su situación. Si no hubiera sido por su piel inmaculada, sin cicatrices, Marcial habría jurado, por su firmeza, que aquel hombre estaba hecho al tormento y que no era la primera vez que sus semejantes se ensañaban con él.

—El augusto no tardará en venir —murmuró el comandante con voz pretendidamente firme. Se lo dijo al prisionero mirándolo a los ojos, suplicándole perdón por adelantado. Y aquel asintió con una sonrisa triste, exculpándolo de todo cuanto ocurriera a continuación.

Constantino no tardó mucho en llegar, tal como había avisado el comandante. El estrépito del muro al abrirse le pareció a Marcial esta vez la queja sorda e impotente del antiguo espíritu romano.

Siguiendo al augusto, como perros falderos, entraron el obispo Osio y el pretor Cayo Publio. Osio, cabizbajo y pudoroso, no quiso o no se atrevió a mirar al prisionero, y el pretor Cayo Publio lo observó con frialdad, con ojos hastiados de condenar a latigazos. Constantino, en cambio, lo miró con interés psicológico, con la expresión que le sorprendió Marcial la vez en que aquél se quedó a solas con el prisionero, entre el asco y el miedo, entre el desprecio y la admiración.

El prisionero, impasible, le sostuvo la mirada sin miedo ni rencor.

Nadie dijo nada. Al cabo de un par de minutos Constantino salió, indicándoles a los demás hombres con un gesto de la cabeza que lo siguieran. Nunca había enfrentado a un hombre que no lo temiera y, pese a su disimulo, ardía de cólera. Se detuvo al pie de la escalera y le indicó a Marcial que se le acercara. Marcial no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a las escaleras. No había ni rastro de Sempronio.

—A partir de este momento no más comida —le ordenó Constantino con tono perentorio—. Ni agua. Aunque te lo suplique. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Constantino escrutó sus emociones. Cualquier gesto de piedad habría significado su sentencia. Por suerte para él, Marcial también sabía disimular.

—Por lo demás, sigue con el mismo protocolo.

—Sí, señor —contestó de nuevo como un soldado bien adiestrado, sin atreverse a preguntarle si debía vaciarle el cubo cuando estuviera lleno.

A partir de ese día a Marcial la falta de sueño se le complicó con las pesadillas. Sabía que cumplía con su deber, pero ello no le aliviaba la conciencia. El prisionero podía representar muchos peligros, a saber, pero Marcial estaba seguro de que no merecía estar en una celda y

menos todavía ser tratado de aquella forma. Y eso que todavía no sabía que lo peor estaba por llegar.

Máximo

Lyon

—Bueno, parece que al fin llegamos —resopló Valerio sujetando con fuerza la brida de su caballo, un soberbio e indómito alazán acorde a su envergadura y temperamento.

Máximo se enderezó sobre su montura, más pequeña, dócil y ágil, y se sacudió el polvo de la sobreveste, al tiempo que conjuraba los nervios.

—A ver lo que nos aguarda —suspiró con pesimismo.

Se habían desviado del camino para subir a un altozano y tener una visión más amplia del camino que les quedaba hasta llegar al campamento.

Valerio y Máximo formaban una pareja atípica. Máximo era el decurión jefe de la caballería, un romano guapo y de exquisitos modales que tenía el porte y las maneras aristocráticas de quien ha sido criado para el mando y los honores, mientras que Valerio era un hispano rústico, grande y fornido, de barba tan negra y espesa como los robledales de su tierra. Desconfiado y astuto, lo adornaban cicatrices que delataban sus aficiones, tan abultadas que parecía tener el cuerpo abrazado por culebras. Era, sin duda, un personaje peculiar. Aunque tenía cultura romana, le gustaba presumir de su ascendencia hispana, de la que prácticamente no sabía más que los cuentos de viejas que le habían contado de pequeño. Para significar esa diferencia se negaba a vestir a la usanza de la caballería romana, luciendo un atuendo a su propio gusto. Se le permitía esa excentricidad por ser un auxiliar de caballería y por la intercesión de Máximo.

Por armadura Valerio vestía un cuero grueso con incrustaciones de bronce que le protegía los órganos vitales, con un apéndice protuberante para sus partes nobles que dejaba estupefactos a quienes lo veían por primera vez. Era imposible adivinar por su vestimenta ni su rango en la legión, ni su provincia de origen, ni si era caballero o infante. Además, se negaba a usar casco porque decía que prefería

morir de un golpe a quedarse tonto. De lo que más orgulloso estaba era de su *falcata*, que llevaba colgada de una hebilla de plata en su cinturón de cuero. Era un arma de excelente factura, de hoja estriada, ligeramente curvada y con un caballo de bronce labrado en la empuñadura. Hacía dos siglos que sus paisanos habían dejado de usarla, pero él presumía de haberla perfeccionado y de ser capaz de partir por la mitad de un solo golpe la *gladius*, que era la espada por excelencia de los legionarios.

Desde el altozano al que habían subido se divisaban imponentes los campamentos levantados cerca de Lyon, a las orillas del Ródano. A Valerio le alegró verlos. Habían tardado tres semanas en llegar y estaba harto de trotar sobre argamasas de ripio y arena pavimentadas a tramos con sillares. Las calzadas romanas lo desesperaban. Demasiado predecibles y monótonas, con sus miliarios midiendo el hastío del viaje y sus fondas mal aprovisionadas, con comida de ínfima calidad y mujeres ajadas y frías como las mismas piedras del camino. Él prefería galopar campo a través sofocando revueltas y seduciendo a campesinas traviesas.

Máximo examinó con rigor de oficial los campamentos, uno por legión. Al contrario que su fiel Valerio, Máximo tenía una mirada analítica, de ingeniero, calculadora y precisa. Nunca dejaba traslucir sus emociones. Daba la impresión de que la vida caía sobre él como la lluvia sobre la roca, sin traspasarlo, tuviera el destino a bien premiarlo o cocearlo. Lógicamente, era una fachada. Pero no era una fachada impuesta por el orgullo o la vanidad como sucede en la mayoría de los hombres. No era la prepotencia que otros le atribuían la que le confería ese carácter distante, superior, tan odiado por muchos y malinterpretado por todos. Lo suyo no era desprecio, sino apatía. Así como la mayoría de los hombres siguen los pasos que les marcan con una docilidad pasmosa, amando el yugo y el camino que les imponen, Máximo, menos borrego pero no lo suficientemente indómito para rebelarse, lo seguía con indiferencia, incapaz de amarlo, pero incapaz también de abandonarlo. Era un sentimiento profundo que le ensombrecía el alma sin remedio. Toda su fuerza de voluntad no bastaba para sofocarlo. La mordida era doblemente feroz: hijo obediente sin devoción filial y oficial ejemplar sin ambición. Se sentía rabioso por carecer del coraje de romper con todos los yugos que lo ataban al mundo como un buey manso. Esto lo convertía en un hombre profundamente desgraciado.

Pese a todo, Máximo reconocía la grandiosidad del espectáculo. Desde lejos parecía que en la llanura se hubieran levantado de improviso varias ciudades, calcos las unas de las otras, con sus respectivas empalizadas en torno a ellas a modo de ciudades

fortificadas. Cada campamento era una cuadrícula milimétricamente trazada, capaz de albergar con holgura a toda una legión, lo que incluía las caballerías y los carruajes en que se transportaban los víveres y el arsenal de combate. Las calles eran desahogadas y rectas para que cuando sonara el clarín las tropas pudieran formar filas inmediatamente sin estorbarse en las carreras. A los pies de la empalizada de cuatro metros de altura que circundaba todo el perímetro había un foso de tres metros y medio de ancho y profundidad. Tanto si el enemigo saltaba la empalizada como si conseguía echarla abajo, caería irremediablemente en él. Esa dificultad, más los treinta metros libres que se dejaban entre las tiendas y la empalizada garantizaban el tiempo y espacio suficientes para recibir al enemigo en formación y con las espadas desenvainadas. Aunque normalmente la voz de alarma se deba mucho antes y el foso solía servir para masacrar en él al enemigo.

Cientos de estandartes ondeaban al viento sobre la cima de las tiendas y pabellones, anunciando el rango y cuerpo de sus moradores. Como calvas en los campamentos, también se divisaban los espacios despejados que servían de escenario a los feroces entrenamientos a que se sometían a diario los legionarios para tonificar los músculos y perfeccionar las técnicas de combate, así como los tinglados donde se entrenaban los veteranos cuando el tiempo se ponía feo o la solana les calcinaba los huesos.

El pretorio, o residencia del general, un enorme pabellón con las insignias imperiales, descollaba en el centro de cada campamento como un laurel entre setas. Junto a él se hallaba una excéntrica tienda colorida, pequeña, cubierta de sedas. Era el santuario que cobijaba el águila imperial, las estatuas de los númenes tutelares, las divisas militares de cada cohorte y cuerpo auxiliar y por supuesto las imágenes del augusto Constantino y su familia, para que ningún soldado olvidase que los dioses los unían en aquel sagrado deber que era cumplir la voluntad del augusto que los gobernase.

Flanqueando el pretorio se divisaban las tiendas de los oficiales. El tribuno y el prefecto compartían la suya, y los centuriones y decuriones una cada cuatro, salvo el *pilus primum* y el decurión jefe de la caballería, cual era el caso de Máximo, que como distinción honorífica por comandar la primera cohorte de la legión sólo compartían la suya con un suboficial. Sus tiendas eran iguales a las del resto, la gran ventaja era el espacio del que disponían en ellas, pues el resto de legionarios se hacinaban por contubernios. La otra ventaja de los oficiales es que disponían de cocineros, mientras que los legionarios se tenían que hacer ellos mismos su propia comida. Cada contubernio funcionaba como una pequeña familia de ocho miembros,

con un buey propio y un carro donde transportaban su tienda y los pertrechos necesarios para sobrevivir. El ejército les suministraba el alimento, repartido equitativamente por cada tienda, y luego ellos se organizaban como podían. Tras cada jornada, cada contubernio debía prepararse su cena. Cuando había suerte, los exploradores y cazadores regresaban con algunas presas, y tras dejar a los oficiales escoger a discreción lo que apetecían, repartían el resto entre los demás. Los días festivos se mataban algunos de los cerdos y reses requisados en los pueblos y granjas por donde iban pasando, pero el resto de los días se las tenían que apañar con la ración diaria de trigo, algunos vegetales, lentejas, habas y con suerte algo de fruta. Todo ello regado con vino o cerveza aguados.

Máximo observaba con atención el inteligente y práctico diseño de los campamentos como si los viera por primera vez y le fuera la vida en estudiarlos. Los conocía bien, pero centrando su atención en ellos parecía conjurar otros pensamientos. Valerio había constatado esta actitud en él muchas veces: cuanto más estresado estaba, mayor concentración dedicaba a detalles sin importancia. Esta vez no fue distinto. Valerio frunció el entrecejo con preocupación al ver a su jefe tan ensimismado. Conocía sus desvelos, pero no dijo nada y guardó silencio. Él sí que disfrutaba con el espectáculo.

Desde la distancia los campamentos parecían hormigueros. Cascos de bruñido metal, broncíneos y dorados, espadas de hierro, armaduras de hierro, latón, chapa, cuero y bronce; todo aquel armamento inventado para las carnicerías refulgía con tal intensidad bajo los rayos del sol que parecía que la tierra hirviese con la volcánica ambición humana reconcentrada en un trajín caótico. Una lección gráfica de historia. Pero era una falsa ilusión óptica que sólo podía engañar a quien no conocía bien el ejército. Valerio sabía que ni uno solo de esos destellos era azaroso. Ningún soldado daba un paso sin permiso. La disciplina era la clave del éxito del Imperio. Él, pensó con presunción, era una excepción. Y en su fuero interno lamentaba que Máximo, al menos en esto, no se le pareciese un poco. Por su propio bien. Intuía con sabiduría que podría llegar a ser una cuestión de supervivencia. Que quizá ya empezaba a serlo.

Máximo vio en los ojos del hispano la emoción. Aquélla sería su primera guerra de verdad. Todo lo que había hecho hasta entonces, en comparación con lo que estaba por venir, podía considerarse un juego.

—Si esto te parece grandioso —le dijo con esa indiferencia suya tan particular, capaz pese a todo de condescender con las emociones de quienes apreciaba—, espérate a que llegue el augusto Constantino con las legiones fronterizas y con la suya propia, la palatina, integrada casi en su totalidad por bárbaros. Ésos sí que dan miedo. Nosotros sólo

somos la punta de lanza.

Valerio sonrió al imaginar lo que él podría hacer si estuviera al mando. "*Con un ejército así mis ancestros hubieran conquistado Roma*".

—¿Cuántas legiones seremos? —preguntó.

—Eso sólo lo sabe el augusto. Nosotros, con las cohortes que se nos unan de Britania y de la Galia occidental, sólo aportaremos una.

—¡Vaya revoltijo vamos a formar! —gruñó Valerio.

Máximo chasqueó la lengua. A Valerio le gustaba quejarse por quejarse. Era su forma de ser. Necesitaba demostrar que nunca estaba conforme con ningún plan, que a él se le habría ocurrido algo mejor. Por eso Máximo no se molestó en replicarle. Su amigo sabía perfectamente que se podían intercambiar las cohortes entre las legiones sin ningún peligro. Otra cosa sería tocar las propias cohortes, porque entonces aquello no sería un revoltijo sino un suicidio. Los miembros de cada cohorte eran como una familia juramentada. Los lazos de fraternidad que se establecían entre las centurias y entre éstas con su caballería y auxiliares trascendían los cuerpos y los rangos. Cualquier legionario antepondría la vida de cualquier miembro de su cohorte, cualquiera que fuese su rango, a cualquier soldado de otra cohorte, incluyendo a los oficiales. Era la ley tácita de la legión, el código de honor que jamás se infringía.

—El grueso de las fuerzas lo traerá el augusto de la Galia septentrional —le informó Máximo.

—¿Con la misma estrategia de mezclar las cohortes de distintas legiones? —preguntó Valerio con tono de disconformidad.

—Sería lo lógico.

—¿Qué lógica tiene? ¿Por qué no mueve las legiones completas?

—Es un ardid —se arrancó a explicarle Máximo con la frialdad de un estadista, como si la guerra por venir no amenazara con derramar su propia sangre—. El augusto Constantino se tiene bien aprendida la máxima de Escipión: "*Las batallas se ganan con espadas y fuerza, pero las guerras se ganan con la cabeza*". Con esta estrategia mata dos pájaros de un tiro. Por un lado deja atrás las fuerzas suficientes para que cualquier revuelta pueda ser sofocada y la victoria, de conseguirla, no se convierta en una victoria pírrica. No sería inteligente vencer a Majencio al precio de perder las demás provincias porque los nativos han aprovechado la ausencia de las legiones para revolverse contra Roma. Sí, sí, ya sé que piensas que Hispania no es Germania, que vosotros sois civilizados y tan romanos como los demás, que no sois unos bárbaros salvajes como ellos. Me conozco el cuento. Sin embargo la experiencia ha demostrado que toda

precaución es poca. A la menor debilidad que muestra el Imperio, en las provincias salen caudillos patrios reivindicando las miserias pasadas, las viejas miserias de la patria chica que, patinadas con nuevos idealismos y mucha ignorancia, consiguen lustrarlas para que parezcan viejas glorias y así inflamar los corazones de los necios, que siempre son los más peligrosos.

Valerio lo escuchó con una medio sonrisa ladina. Pensaba que él podría ser uno de esos caudillos.

—Venimos sólo con cuatro cohortes de nuestra legión y los auxiliares descabezados porque al duque se le ha ordenado permanecer en Hispania para contener cualquier conato de rebelión —siguió explicándole Máximo.

—Y el legado que ha nombrado en su lugar es un idiota —se quejó Valerio, testarudo como era.

—El legado idiota es el tribuno que comanda nuestras fuerzas –le recordó Máximo—. Te convendría no olvidarlo.

—Sigue siendo un idiota.

—Y por otro lado —continuó Máximo antes de que su amigo se calentara—, al no movilizar a ninguna legión completa, sino sólo cohortes de cada una de ellas, los espías de Majencio lo interpretarán como ejercicios cotidianos de movimientos de tropa y no como un ejército que se pone en marcha. Es una estrategia muy astuta. Eso nos dará la ventaja de la sorpresa.

—No debes hacerte muchas ilusiones —le advirtió Valerio, cambiando de tema al percibir su tensión. Lo tenía muy calado. Conocía la causa de su inquietud. Si bien Máximo no declinaba el peligro y era tan esforzado en batalla como el que más, Valerio sabía que no era un hombre que se emocionara por entrar en combate.

Máximo le sonrió con los ojos. Aquel hombre lo apreciaba de verdad. Por eso lo había nombrado su ayudante. No sólo por su valentía, sino también por su franqueza. Tenía el tacto suficiente para no ser ofensivo pero el coraje de decir las verdades a la cara.

—Conozco mi lugar —lo tranquilizó Máximo—. Sé a qué atenerme.

Valerio frunció el entrecejo, dándole a entender que no estaba tan seguro de ello. Máximo volvió a sonreírle. Era más fácil engañar a un tabernero que al hispano.

—Si el augusto Constantino es tan inteligente y justo como dicen sabrá recompensarte y elevarte al rango que mereces, por nacimiento y valía —intentó animarlo Valerio.

Máximo frunció los labios en una sonrisa forzada. Valerio no conocía a Constantino más que de verlo en los retratos.

—Todos saben que eres tú quien merece el mando —insistió Valerio—. En una batalla tan importante el augusto Constantino no será tan insensato de dejar al frente a alguien en quien los hombres no confíen a ciegas. En cuanto pase revista a nuestras cohortes sabrá quién debe estar al frente.

—¿Crees que sustituirá a un tribuno por un decurión? —le preguntó Máximo con ironía.

—El augusto puede hacer lo que le dé la gana —gruñó Valerio, que no entendía la resignación de su amigo. Si estuviera en su lugar, él ya habría degollado al tribuno y ocupado su puesto.

Máximo suspiró. En eso de que Constantino podía hacer lo que le viniera en gana llevaba razón, pero Valerio, con su lógica brutal, desconocía los oscuros entresijos de la política. Constantino nombraría tribuno antes que a él a un soldado raso.

—Aunque no está tan mal ser decurión de caballería —reflexionó Valerio con su sabia sencillez—. Puedes mirar al resto desde lo alto de tu montura. Y no tienes que tragarte el polvo que levantan los demás. En cambio, ellos tienen que pisar la mierda que deja tu caballo.

—Cuando llevas razón, la llevas.

Máximo estuvo a punto de echarse a reír. Sólo su fiel Valerio era capaz de hacerle reír en los momentos más dramáticos de su vida.

—Si hubieras querido el puesto de tribuno sería tuyo, pero te meas en ese honor —volvió a la carga Valerio—. Tú sabes que te corresponde picar mucho más alto.

—En realidad poco importa lo que me corresponda –respondió Máximo con resignación—. El duque de Britania viene al mando de sus cohortes, así que a él le corresponderá por derecho el mando de la legión entera. Y tú y yo obedeceremos sin poner objeciones, ¿entendido?

—Tú mandas —gruñó Valerio con un rugido burlón—. Con tal de ver al idiota de nuestro tribuno hincar la rodilla ante el otro merecerá la pena. Aunque por lo que he escuchado tampoco es que el de Britania sea mucho mejor. Dicen que está gordo y blando, que se ha acostumbrado demasiado a las aguas de Bath. Dicen que pasa más tiempo allí que en York y que son sus colegas, el comes y el vicario, quienes gobiernan la isla.

—¿Preferirías al vicario, que es un delegado imperial, un agente civil? —le preguntó Máximo con sarcasmo.

—No, claro que no —respondió Valerio ofendido por la insinuación.

—Más te valdría hacer menos caso de las habladurías que escuchas

por ahí y mantener la boca cerrada —lo reprendió Máximo, quien siempre temía que una de las indiscreciones de su amigo le costase cara—. Si el augusto Constantino lo ha hecho llamar tendrá sus razones para ello.

—Si tú lo dices… —refunfuñó Valerio, que nunca daba su brazo a torcer.

El hispano acarició a su caballo con una ternura que sólo regalaba a las mujeres. Sabía cuándo debía hablar y cuándo callar. Y en aquel momento debía callar. Conocía bien a su jefe. Las confidencias con aquéllos en quienes se confía la vida son inevitables y ellos llevaban cuatro años juntos, guardándose las espaldas el uno al otro. Por suerte para Máximo, aunque el aspecto fiero de Valerio parecía desmentirlo, tenía más tacto de lo que aparentaba.

Valerio, calibrando el ánimo de su amigo, volvió la grupa de su alazán para no incomodarlo y observó con el ceño fruncido las cuatro cohortes de la mermada legión con la que venían desde Hispania. Avanzaban lentas por la impedimenta, pero sin descanso. Desde el altozano, las divisó como si contemplara un mapa de guerra. Marchaban en orden jerárquico, que después variaba al entrar en combate. Esto a Valerio siempre le pareció ilógico. En su opinión deberían marchar en orden de batalla para que la misma caminata les sirviera de entrenamiento. "*Las malditas jerarquías que sólo sirven para alimentar la vanidad de los idiotas*", pensó mientras las observaba. Primero venía la cohorte primera, compuesta por cinco centurias dobles e integrada por los más aguerridos y experimentados soldados, encabezados por el *pilus primus,* el primero de entre los centuriones, quien portaba con orgullo fanático el águila dorada, a la que veneraban como a un dios más y al que toda la legión respetaba devotamente. En la capilla del campamento le estaba reservado el puesto de honor junto al busto de Constantino. Tácito no andaba desacertado al llamarlas *Bellorum Deos*. Abandonar el águila dorada era impío y se pagaba con la muerte. El honor y la religión servían para estrechar los lazos entre los soldados y sus pendones. Valerio la vio refulgir entre el polvo que levantaban las tropas y pensó que la muerte es una y la misma cualquiera que sea la forma en que se muere, y que era una muerte estúpida esa de morir protegiendo un fetiche que caería irremediablemente en manos del enemigo. A veces le asaltaban estos pensamientos, aunque sabía de sobra que no se construye un Imperio sin fanatismo y sinrazón.

Al *pilus primus* lo seguían otras cuatro centurias, a cuyo mando iban los *primi ordinis*, inferiores en rango, pero no en orgullo. Flanqueando la cohorte primera iba el escuadrón auxiliar de caballería comandado por Máximo. Obviamente, era su debilidad. En realidad era la

caballería de Máximo, que era el decurión jefe, pero Valerio también la consideraba un poquito suya. Al asociarse a la primera cohorte, con el honor que ello suponía, también este escuadrón doblaba en número al resto de los escuadrones de caballería, siendo su número de ciento treinta y dos jinetes. Este hecho hacía que Máximo, como decurión de la primera cohorte, fuera tan respetado en la legión como el *primus pilum*.

Detrás de ellos iban las fuerzas auxiliares de los *velites*, que era la infantería ligera, armados con jabalinas, hondas y sus temibles *pilum,* largas lanzas rematadas con una punta triangular de hierro de casi medio metro. Eran tan pesadas que ni Valerio, al probarlas, había conseguido nunca lanzarlas más de doce pasos. Su fuerza de penetración era tan terrorífica que no había caballería que se atreviera a embestirlos, ni existía escudo o coraza que no se quebrara a su golpe. Una vez que entraban en combate, los velites pasaban a la vanguardia y se colocaban en primera fila para disparar sus proyectiles. Los había especializados como honderos y como flecheros. Una vez agotada la munición esperaban corajudos a que el enemigo se acercara a pocos pasos para lanzar sus temibles *pilum* antes de desenvainar sus espadas y luchar al arrimo de los legionarios, sin desmerecer de éstos. Eran, sin duda, un cuerpo de valientes.

Detrás de los velites venían las otras tres cohortes, cada una de ellas con sus seis centurias, que desfilaban igualmente en orden jerárquico y no de batalla. A pesar de no componer ni la mitad de una legión, Valerio no podía sino admirarse del grandioso espectáculo, con todos los legionarios vestidos iguales, con sus cascos abiertos con crestones, sus petos, sus cotas de malla, sus grebas, sus escudos oblongos y cóncavos de madera forrada con cuero y protegidos por chapas de cobre de más de un metro de largo. Y a las espaldas la impedimenta. Caminaban sin protestar, una hora tras otra, un kilómetro tras otro, con sol o con lluvia, con frío o calor, sus seis horas seguidas, sus treinta kilómetros diarios.

Cerrando aquella legión fraccionada iba el grueso de la artillería pesada, con quince onagros y diez balistas. Eran un cuerpo reducido, pero muy aparatoso. Los quince onagros y las diez balistas, junto a la munición que necesitaban de enormes flechas y piedras, arrastraban un sinfín de carros y yuntas de bueyes para transportarlos.

Y siguiendo a la legión, como la cola de aquella inmensa bestia, iba una kilométrica caravana de muleros, vivanderos, comerciantes, forrajeadores, médicos y prostitutas.

Máximo volvió grupas y se emparejó con Valerio. Al ver el semblante de satisfacción del hispano sonrió. Él, en cambio, tenía un sentimiento encontrado. Ciertamente era un espectáculo grandioso,

pero él se había alistado en el ejército con una idea anacrónica y trasnochada, persiguiendo un ideal abandonado, cuando la caballería la componía la juventud noble de Italia, aquéllos que estaban destinados a los más altos cargos de la República, a ser senadores y cónsules. Para aquellos jóvenes patricios la caballería era su adiestramiento en la vida y el mando. Allí se ganaban el respeto necesario para ejercer después con autoridad incuestionable el papel al que los destinaban sus nacimientos. Aunque en esto se engañaba a sí mismo Máximo, porque la idea romántica de la caballería no le nació antes sino después de verse obligado a alistarse en el ejército. Fue un subterfugio de su subconsciente para aceptar lo inevitable. El ejército no fue un sueño perseguido, aquí el orden de los hechos lo significaba todo y justificaba su impasibilidad. Se podría decir que fue una decepción añadida a una obligación forzada que aquellos tiempos idealizados hubieran muerto y que ahora la caballería la formaran jinetes del orden ecuestre de las provincias. Unos pobres desgraciados con ínfulas. Esto, obviamente, no se le ocurría decírselo a Valerio para no ofenderlo.

Máximo arreó al caballo con delicadeza para bajar de nuevo a la calzada. Valerio lo siguió y pronto constató que Lyon era una ciudad importante, porque los cascos de los caballos no tardaron en resonar sobre el granito, que sustituía a los sillares de piedra basta de las ciudades pobres.

Aunque Máximo cabalgaba con dignidad, tieso como una estatua, Valerio lo sabía herido. Lo observaba de reojo y notaba el rictus de la decepción en su jefe. Máximo, inconscientemente, se llevaba todo el tiempo la mano al bolsillo para apretar la tessera rota de su amigo Marcial, al que consideraba un hermano, con el que se había juramentado en una alianza fraternal y del que tanto había oído hablar Valerio que casi le tenía celos. Ambos amigos se habían separado en York hacía ya cuatro años, Máximo para partir a Hispania como decurión jefe y Marcial para acompañar a Constantino a Tréveris como capitán de su guardia personal. Suertes dispares para méritos iguales.

Cuando estaban a menos de quinientos metros del campamento, un jinete salió como un rayo del mismo, levantando una nube de polvo a su paso. Máximo tiró de la brida y frenó al caballo. Entrecerró los ojos, nervioso y expectante. Valerio supo leer su emoción.

—¿Ves? —exclamó—. ¿No te lo había dicho? Puede que el augusto, con el trajín de los preparativos, no pueda recibirte como mereces, pero al menos tu amigo no se ha olvidado de ti.

Máximo conjuró los nervios sacudiéndose el polvo al tiempo que ponía a galopar a su caballo para ir al encuentro del jinete.

La alegría duró poco. El jinete aminoró la marcha cuando lo tuvo a tiro de piedra, pero al no ver las insignias de tribuno en Máximo volvió a picar espuelas y pasó a su lado a galope tendido, sin saludarlo siquiera.

—Yo también pensé que sería Marcial —lo consoló Valerio poniéndose a su lado y observando con rabia su cara de decepción—. Hemos sido unos ingenuos. Es impensable que el augusto le dé unos días libres para venir hasta Lyon a saludarte, por mucho tiempo que lleve sin verte. No creo que estos días tenga mucha libertad de movimiento. Me juego el pescuezo a que ni siquiera le han informado de tu llegada.

Máximo estaba enojado. Había sido insultante. El correo ni siquiera lo había saludado. Ni un gesto de reconocimiento por su fiel servicio después de cuatro años dejándose la piel para engrandecer el nombre y fortuna del augusto Constantino. ¿O es que acaso los poetas y los historiadores se iban a acordar de él, de Máximo, cuando cantasen las gestas de su siglo?

A Máximo se le vino encima como una negra tormenta todo el cansancio de cuatro años de guerrear contra tropas irregulares de bandidos que no hacían sino inventar escaramuzas con que burlar a Roma y llevar a sus soldados al borde de la desesperación, pues era imposible luchar de frente contra ellos, cuerpo a cuerpo. Su diabólica imaginación parecía inagotable a la hora de inventar escaramuzas. Los cántabros y los astures eran los peores, indómitos como una pesadilla. Parecían apaciguados por siglos y, de repente, en cualquier momento, algún cacique la liaba. Las estrategias militares y la disciplina romana se estrellaban entonces contra el coraje y astucia nativas. Y ahí estaba siempre él, Máximo, dando el callo, sin desfallecer y sin poner excusas para que ninguna sombra de sospecha pudiera enturbiar su nombre, para demostrarle por enésima vez al augusto Constantino su lealtad sin fisuras, a pesar del cansancio y la frustración.

Nunca se quejó ni pidió nada, pero esta vez era diferente. Muy diferente. Y Constantino lo sabía. Por eso a Máximo este desprecio le resultó especialmente doloroso. Su sensibilidad estaba a flor de piel. Esta vez su obediencia tenía un valor añadido. O, mejor dicho, un dolor añadido. Esta vez no combatiría contra enemigos de Roma, sino contra los propios romanos, contra la ciudad que lo vio nacer, contra sus compatriotas, quizás incluso contra su propio padre, del que por órdenes taxativas de Constantino no había sabido nada en cuatro años. Cuatro interminables años sin noticias de su familia, incomunicado por el capricho del augusto. Sucediera lo que sucediera en la guerra, para él el mejor de los resultados sería por fuerza trágico. Estaba sentenciado de antemano. Regresaba por orden expresa del augusto

para asistirlo en su batalla más decisiva hasta el momento, la que podía darle medio Imperio o quitarle el cuarto que poseía, y ni siquiera podía esperar un mínimo reconocimiento.

El correo volvió a pasar a su lado a galope tendido, esta vez de vuelta y acompañado por el tribuno, a quien escoltaba. Máximo tardó unos segundos en aguijar al caballo y reanudar la marcha. Se lamentaba profundamente de su ingenuidad. ¿Acaso no lo había predicho su padre? Antes de salir de Roma para alistarse en el ejército del recién autoproclamado Constantino, con diecinueve años recién cumplidos, su padre previó los acontecimientos. Con su sempiterno gesto malhumorado, de aristócrata senatorial que siente menospreciada su condición por el sino de los tiempos, le explicó al detalle la jugada y las consecuencias. ¿Por qué lamentarse ahora de su destino? Su sangre romana y patricia eran un lastre que jamás le permitiría alcanzar los más altos honores en el ejército de Constantino. Porque Constantino, como todos los augustos que lo precedieron, despreciaba a la clase senatorial. Y especialmente detestaban a las pocas familias de raigambre patricia que habían conseguido sobrevivir a Roma. Y Máximo era el vástago de una de esas familias, hijo de un senador en activo. Aunque el Senado había sido reducido a poco más que una reliquia ornamental en el nuevo organigrama político y su poder institucional era inexistente, algunos senadores seguían siendo influyentes por razón no tanto de su cargo cuanto de su patrimonio y su estatus social. Esto los convertía en personas que, si bien no eran temidas, eran incómodas para los augustos.

Valerio frunció el entrecejo y espoleó a su caballo con brío para ponerse a su lado. Sabía que se cometía una injusticia con su jefe y no lo soportaba. Pero no dijo nada para no echar más leña al fuego y se limitó a cabalgar a su lado en silencio.

Otro método de confesión

Tréveris

El polvo de mármol atravesaba el estrecho embudo de cristal y caía en el otro extremo del receptáculo con una lentitud inaceptable. Aquel insensible reloj contaba las horas agónicas de un ser humano con una desidia sádica. Para Marcial, cada gramo de polvo significaba una eternidad. Además había perdido el valor de espiar al prisionero. Le parecía que en esas condiciones todo ser humano merece un poco de intimidad.

La única instrucción que había recibido era la de ignorarlo, haciendo oídos sordos a las posibles quejas, algo que no llegó a suceder. Ni siquiera tenía permiso para entrar y vaciarle el cubo de excrementos que le habían colocado a los pies.

Lo que no imaginaba Marcial era que lo peor estaba por llegar.

Al tercer día comenzó la verdadera pesadilla. Lo torturaron con la saña de bestias sedientas de sangre; le hicieron cuantas perrerías ha inventado el ser humano para quebrantar la voluntad de sus congéneres, pero aquel hombre dio muestras de un coraje sin igual. No profirió un solo grito. Ni siquiera pidió agua. Marcial nunca había visto una resistencia al dolor semejante. Tampoco lo creía posible. Le abrían las carnes a latigazos y ni se inmutaba, viendo correr su sangre como quien contempla rezumar agua de la montaña. Ya podían chamuscarle los pezones, hincarle púas de erizo en las partes más sensibles de su cuerpo o dibujarle garabatos con el puñal que no decía ni pío. Firme en su silencio, con la mirada concentrada en sus pensamientos, su gesto de dolor era más anímico que físico y la prueba de ello es que su cuerpo no se rebeló en ningún momento con algún espasmo involuntario. Su valor sobrecogía todavía más por el contraste que ofrecía con su particular fisonomía, aparentemente frágil, de piel suave y delicada, de quien no ha sufrido los rigores de la intemperie ni las durezas de una vida de penurias. Aquello no era estoicismo llevado al extremo, aquello era un milagro. Y a juzgar por las caras de los demás, Marcial no era el único que lo pensaba.

El papel de verdugo recayó en el comandante. Constantino no quiso añadir más testigos a los que ya estaban implicados en el secreto. El comandante, el obispo Osio, el pretor Cayo Publio y Marcial fueron los únicos testigos que acompañaron al augusto en la tortura. Una vez más, el usurero Sempronio quedó excluido del círculo íntimo de confianza.

Constantino ordenó que no se cerrara la puerta para obligar a Marcial a presenciar el espectáculo. Quizá temía que aquel extraño ser pudiera soltarse en cualquier momento de los grilletes que lo amarraban y no estaba de más contar con una espada joven a mano. O quizá sólo quería que Marcial viera lo que les sucedía a los que contrariaban su voluntad. Eso nunca lo sabría.

El comandante, acostumbrado a escuchar suplicar por su vida hasta a los criminales más sanguinarios, interrogaba con la mirada al augusto en busca de una respuesta que explicase aquel valor sobrehumano. Obedecía sin rechistar con la violencia requerida, pero buscaba desesperadamente con gestos elocuentes de derrota despertar en Constantino un ápice de razón, en la pretensión de que recapacitase si tenía algún sentido aplicar medios ordinarios con alguien extraordinario. Por desgracia, era en balde. Constantino estaba hipnotizado con el espectáculo, incapaz de detenerlo. Con los ojos como platos traslucía el desconcierto de alguien que es incapaz de jurar si lo que está viviendo es real o soñado. ¿Cómo era posible aquello, qué clase de ser humano podía permanecer impertérrito a su propio calvario? Todo lo que el prisionero le confesó a solas se le manifestó por primera vez con visos de verdad inequívoca y por momentos el miedo supersticioso que lo invadiera la primera vez comenzó a tornarse en terror.

La actitud de Cayo Publio fue en todo momento la de un juez inmisericorde incapaz de mostrar la menor empatía, riguroso en el examen de las menores debilidades y expectante para tomar nota de cualquier revelación. La del obispo, en cambio, fue la que más indignó a Marcial. No había en él, como en el augusto, un atisbo de reconocimiento y admiración hacia la conducta heroica del prisionero. Por su expresión se podía deducir que anidaba en él la idea de que se las veía con el diablo. Aunque le pasaba lo que a todos los cobardes, que se muestran insensibles contando muertos en la distancia pero les tiemblan las piernas cuando han de infligirle daño a uno solo en persona, por esos curiosos resortes de la conciencia humana, tan egoísta, que al ver reflejado en el dolor de los demás el suyo propio, se emociona y flaquea. Por eso el obispo, para aliviar su conciencia, asistía a la tortura dándole la espalda a aquella víctima del carácter visceral del augusto. Esta actitud suya tan cobarde, esos escrúpulos de

última hora, cuando Osio era el responsable último de la presencia del prisionero y posiblemente también de su tortura, también enojaba al comandante, que lo veía de cara a la pared y sentía hacia él un inmenso desprecio.

El obispo, ajeno a los sentimientos que despertaba en los demás, rezaba en voz baja con el oído bien atento por si el prisionero soltaba prenda, sin protestar ni pedir clemencia para el condenado.

Pero fue la extraña actitud del comandante la que más desconcertó a Marcial. Lo había visto liquidar hordas bárbaras sin inmutarse, ejecutando a sangre fría junto a los rebeldes a sus mujeres e hijos, cumpliendo con su deber con un rigor escalofriante. Era un hombre hecho a la vida militar, donde la clemencia era un lujo desterrado. Y, sin embargo, recayendo sobre él el peso de la tortura de un solo hombre, y por orden directa del augusto, las manos le temblaban, no se atrevía a mirar a los ojos al prisionero y un rictus amargo de profundo dolor, como si se latigara a sí mismo, le hacía temblar hasta la barbilla con cada golpe que le asestaba. Marcial lo había visto en el campamento castigar a más de un soldado irreverente con muchísima mayor determinación. Sabía que sus brazos podían descargar golpes más fuertes y certeros, dirigidos con precisión quirúrgica a los puntos más delicados de la anatomía humana. Era como si tratara de infligirle el menor daño posible sin levantar las sospechas del augusto. "*Por suerte para él* —pensó— *Constantino está tan enardecido por el valor del prisionero que no está reparando en que lo está tratando con clemencia*. *Sí, el comandante ha decidido perdonarle la vida*".

Dos días de infernal castigo, precedidos por tres días de sed y hambre, bastaron para dejar al prisionero hecho una sanguinolenta piltrafa de piel y huesos. Ya nadie podía dudar de que era un milagro que siguiera vivo. Su resistencia terminó haciendo mella en Constantino, quien mostró una misericordia hasta entonces en él desconocida. Desde el tercer día, los tormentos fueron disminuyendo de intensidad. Osio, muy a su pesar, hubo de convertirse en matasanos y cristiano practicante por imposición. Conteniendo las arcadas, le aplicaba emplastos en las heridas más superficiales y tiraba de aguja e hilo en las más graves para impedir que se desangrara. Ni siquiera en estos momentos el prisionero profería un gemido de dolor ni perdía la consciencia. Seguía mirándolos a todos con una condescendencia que en cualquier otro hubiera sido insultante, pero que en él no era ofensiva, era como si les perdonara sus flaquezas morales, su bestialidad congénita, su estupidez infinita.

Al tercer día de tortura le quitaron los grilletes, se le proporcionó un tabardo de lana gruesa para cubrirse y le llenaron de paja un rincón para que pudiera dormir blando y protegerse de la humedad. A

Marcial se le volvió a ordenar que se encargara de que no le faltara agua ni comida. La puerta del baño se desatrancó y volvió a poder usarlo con libertad. Bueno, en realidad la puerta se había desatrancado cuando bajó Constantino a la celda la segunda vez y al entrar sintió tales náuseas por el olor a excrementos que hubo de aplazarse el inicio de la tortura un par de horas, hasta que Marcial desatrancó la puerta de la letrina, vació y limpió bien el cubo y perfumó con incienso la celda, tarea que se le encomendó que repitiera en lo sucesivo. Éste fue un capítulo que los contrarió tanto como su imperturbabilidad. Incluso sin admitirlo, y por paradójico que parezca, también les pareció milagroso. Saber que tenía las mismas necesidades fisiológicas que todo mortal los sorprendió sobremanera, porque hasta ese momento nadie se había imaginado esa posibilidad. Tan absortos estaban intentando comprender su prodigiosa naturaleza que inconscientemente le negaron características humanas. Sabían que comía, y aun viendo esto tan natural, no imaginaron que tuviera que expeler los restos. El arte de enmascarar lo profano había distorsionado tanto la realidad que nadie se sorprendía al imaginar a los dioses en un banquete y sin embargo nadie se los imaginaba después en cuclillas. En cualquier caso, esta constatación escatológica de su naturaleza humana, lejos de disminuir la admiración que despertaba en ellos, este hecho, tan perturbador, redobló su admiración, porque a fin de cuentas no tiene mérito que un ser divino contenga los gritos, el llanto y los insultos.

A partir de ese momento cesó la tortura y volvieron a tratarlo como a un ser humano. No lo trataron de nuevo a cuerpo de rey, pero era un cambio notable y sobre todo sorprendente, pues la prolongación de la vida de los reos solía depender del tiempo que tardaran en doblegar su voluntad o en quebrantarse sus cuerpos, lo que primero sucediera. Jamás hasta ese día se había visto que a ninguno le mejorasen las condiciones de vida sin haber confesado.

En todo este suplicio hubo algo que Marcial no entendió, y es que en ningún momento nadie tuvo la ocurrencia de interrogarlo. Sólo el obispo Osio mostraba esa tensa expectación de quien espera el quebrantamiento de su enemigo y una confesión trascendental de última hora. Constantino, en cambio, era como si ya supiera de antemano que iba a encastillarse en un silencio infranqueable. Entonces, ¿qué fin tenía la tortura? Marcial sólo contemplaba dos posibilidades: o Constantino quería darle una lección para asegurarse su silencio perpetuo, lo cual, vista la actitud del prisionero, parecía un tiro errado, o es que quería probar su resistencia para confirmar alguna teoría propia y secreta, nacida de su interrogatorio a solas.

El quinto y último día, el suplicio fue breve. Apenas había

comenzado el comandante a torturarlo cuando Constantino decidió que era suficiente.

—Suéltalo —le ordenó. Y sin decir más, salió apresuradamente de la celda, seguido del obispo.

Por primera vez, el comandante se sintió a solas con el prisionero. La tortura lo había llevado a tal extremo emocional que no reparó en Marcial. En cuanto Constantino salió de la celda, un inequívoco rictus de dolor le trasmutó el semblante. Le soltó los grilletes al prisionero con delicadeza paternal y lo sostuvo a peso en un abrazo innecesario. La emoción afloraba a su rostro marmóreo amenazando con derretirle la reputación. Lo sostuvo entre sus brazos un largo rato y después, con mucha suavidad, lo tumbó sobre la paja. Estaba emocionado, no podía disimularlo, lo delataba cada gesto que empleaba en procurarle un precario bienestar al prisionero. Lo miraba a los ojos con una fijación neurótica, aunque no se atrevía a hablarle. El prisionero, agotado, le devolvía una mirada agradecida. Estuvieron así un buen rato, escrutándose el uno al otro, hasta que el comandante, como cayendo en la cuenta de repente de que no estaba solo, avergonzado por su flaqueza, se giró y salió de la celda malhumorado.

—Deberías aprender a disimular mejor tus sentimientos —le espetó a Marcial mientras éste cerraba con llave la celda.

—No sé a qué se refiere —titubeó Marcial, sorprendido por el aviso.

—Al augusto no le gusta que nadie ponga en duda la bondad de sus acciones.

El tono de su voz sonó tan cáustico que Marcial estuvo a punto de responderle que el consejo debería aplicárselo él.

—Nunca he cuestionado sus órdenes —le respondió sin entender todavía bien de qué iba aquello.

—Las cuestionas cada vez que te ve pálido y conmocionado.

Marcial tragó saliva. ¿Debería acercarle un espejo? ¿Tan extraña le era la emoción al comandante que no la reconocía en su propia persona?

—Te lo voy a decir una sola vez y si eres listo tomarás buena nota del consejo —insistió el comandante, mostrando una palmaria incomodidad por la conversación que él mismo estaba provocando, como si necesitara forzar una catarsis redentora—. Jamás flaquees delante del augusto. Si te disgusta lo que ves vete al campo y grita, vomita, maldice y haz lo que te dé la gana, pero delante de él borra de tu rostro toda señal de disgusto o te la borrará él clavando tu cabeza en el picaporte de la celda.

—No entiendo a qué viene esto… —balbuceó Marcial apenas pudo recobrar el aliento. Pero sí entendía. Empezaba a entender. El comandante estaba hablando de sí mismo, pero como los hombres de espíritu pobre, no sabía hablar solo.

—¡No tienes que entender nada, maldita sea! Obedece como si las órdenes fuesen designios divinos y sobrevivirás. Muestra tus flaquezas o tu inconformidad en uno solo de tus gestos y morirás. Eso es lo único que tienes que entender.

El comandante se alejó sin decir nada más, desapareciendo por el hueco del muro. Marcial nunca lo había visto tan crispado. Ni siquiera, hasta aquel momento, creía que fuese posible. De pronto cayó en la cuenta de que le había hablado de corazón, como en los viejos tiempos, y se le calentó el alma. No compensaba lo que acababa de vivir, pero era un principio prometedor. O así quiso creerlo.

Sí, había entendido perfectamente el consejo. "*Disimular y disimular*" —se repitió como una letanía para no olvidarlo—. Pero, ¿cómo podía distraer su mente con otra cosa si estaba obsesionado con el prisionero? Si hasta la guerra, cuyo olor anticipado de sangre ya arrancaba a los perros aullidos lastimeros, era como una neblina informe en su magín, oscurecida por una luz mucho más cegadora. "*Si pudiera confiar en alguien para poder tener una perspectiva más objetiva del asunto…*". Marcial caía presa de la melancolía. Se acordaba constantemente de las palabras de Cleo, cuando le insinuó que pronto vería a su querido amigo Máximo. Solía meter la mano en el bolsillo de la túnica y jugar con su tessera, pero era un triste consuelo. Además, cuando se vieran, si es que volvían a verse, debía extremar las precauciones para no levantar sospechas. Él ahora poseía un gran secreto, y su amigo ni gozaba ni gozaría jamás de la entera confianza de Constantino por ser quien era, porque la sangre heredada, que puede pesar mucho o no pesar nada según la naturaleza del que juzga, para las mentes desconfiadas pesa tanto como la mirada con que uno mira el mundo. Acercarse a Máximo en estos momentos sería comprometedor para ambos. Y no era momento de asumir riesgos innecesarios. Lo contrario sería egoísta. Y suicida. Debía aceptar que estaba solo.

Otros mundos son posibles

Aldea de Panonia

—He de confesarte una cosa…

El tono jocoso de Catón hizo que a Claudia le centellearan los ojos. ¡A ver por dónde le salía ahora el bromista! Estaban sentados a la orilla del río sobre una gran piedra. Una brisa fresca y agradable rizaba arabescos en el agua. La burra de Catón pastaba tranquilamente en el prado cercano. El griego nunca la ataba y el animal se movía con total libertad, siguiéndolo a todas partes como un perro manso de grandes orejas.

—Estoy siendo malo y empiezo a tener remordimientos —Catón se esforzaba por poner cara de compungido, pero era un pésimo actor—. Tu padre me dio órdenes muy estrictas en lo concerniente a tu educación. Y sabes que soy una persona obediente. Sobre todo cuando se me dan órdenes razonables.

—Sí, lo sé —le siguió el juego Claudia, preguntándose por dónde le saldría esta vez—. Me lo has demostrado con las lecciones de historia.

—Bueno, lo de la historia ha sido una excepción —se defendió el griego—. Me reconocerás que fue de traca lo que me propuso tu padre. ¿De dónde se sacaría el comandante aquello de que los griegos somos egocéntricos?

—Yo tampoco lo entiendo.

Claudia apenas podía contener la risa. Había una complicidad maravillosa entre ambos. La relación de maestro y alumna tardó dos semanas en convertirse en una edificante amistad.

—¿Te puedes creer que me dijo que no quería que te envenenase con las fábulas de mi pueblo? ¡Llamó a Homero fantasioso y a Heródoto aprendiz de brujo! No te rías, que esto es muy grave. Nos acusó a los griegos todos, como si fuéramos un solo ente pensante y una mala voluntad con piernas, de pervertir la historia ensalzando hasta lo grotesco las ridículas hazañas de nuestros ancestros y

escamoteándole al mundo las gloriosas proezas de los suyos. ¡De los suyos! Porque esa es otra, por alguna razón que desconozco a tu padre se le ha metido en la cabeza que vuestros ancestros descienden de Rómulo.

Claudia frunció el ceño y lo miró contrariada. ¿La lección del día iba a consistir en burlarse de su padre?

—Por supuesto —prosiguió Catón, más irónico que antes al ver la cara de circunstancias de su pupila—, después de insinuarle el despropósito de pensar que sus ancestros vinieron desde Roma hasta Panonia por el gusto de parir en tierras extrañas, y en aquellos tiempos, cuando ni siquiera esto era romano ni existían las maravillosas calzadas de hoy en día, no me atreví a decirle que era injusto condenar a los historiadores griegos por no cantar las proezas de los romanos puesto que a los historiadores no se les puede exigir que también sean profetas y canten los hechos venideros. Pero a lo que voy… Tu padre afirma, y está dispuesto a defenderlo con la espada, que no puede considerarse un historiador serio aquel que no conceda la máxima credibilidad a la leyenda de la loba. Y le parece un mistificador el que divulga aquellos capítulos que suponen un baldón para Roma. ¡La legendaria Roma! ¡Ay de aquel que proclame en su presencia que Roma se consagró con un fratricidio!

Llegado a este punto caricaturesco de su padre, Claudia estaba perpleja. Estaba acostumbrada al respeto reverencial de sus antiguos maestros hacia los clásicos y esta irreverencia del griego la dejaba en suspenso. Admiraba la osadía con que Catón se enfrentaba hasta a los más temidos y respetados de entre los vivos y los muertos, sin dejar títere con cabeza, pero le fastidiaba que siempre se quedase sin conocer su intención última, pues rara vez emitía una sentencia. Esto la dejaba siempre en ascuas. Catón percibía la incomodidad de su pupila. Tenía sus razones para provocarla. Quería saber en qué punto se encontraba su equilibrio entre el sentido común y los prejuicios.

—En fin, me reconocerás que no me dejó más salida honorable que la desobediencia —continuó el griego—. Yo admiro a los escritores latinos, y, por supuesto, forman parte de mi enseñanza, pero de ahí a limitarme a ellos es amputarme tres cuartas partes de mi esencia. Virgilio es un grande, no lo niego, pero afirmar que *La Eneida* es el libro de historia por excelencia, el que principia la ciencia del pasado, el más sabio y objetivo, es como decir que no existe más astro que el sol. O mejor dicho, para hacer justicia a la verdad universal de tu padre, que sólo existe el sol que es *La Eneida*, la luna que son los *Comentarios a la Guerra de las Galias* de Julio César y la Tierra, que son *Los Anales* de Tácito. El resto del universo lo concibe como un gran vacío, negro, profundo, frío e irrelevante. Las infinitas estrellas del

cielo cree que sólo son chispas que saltan de su gran sol. No se le ocurre pensar que puedan ser otros tantos astros tan grandes y poderosos como los que él adora. Y más antiguos —añadió cargando su tono de mordacidad—. Y hablando de Virgilio… ¡A fe mía que el verdadero laberinto de Dédalo está en la cabeza de tu padre!

—¿Por qué lo dices? —preguntó Claudia con recelo.

—Porque uno se pierde en las circunvoluciones de sus razonamientos. Es tan purista que reniega de vuestros ancestros por no haber nacido en suelo itálico. Para él no es suficiente con haber nacido dentro de los límites del Imperio, y sin embargo acepta sin cortapisas la entronización de Virgilio y asume la verdad de la *Eneida* punto por punto, sin importarle que el primer romano fuera un asiático, un troyano exiliado. ¡Que me aspen si eso tiene sentido!

—¿Y en todo lo demás has sido obediente? —Un prurito filial impedía a Claudia burlarse abiertamente de su padre.

—¡Por Zeus que intento serlo!

Esta exclamación, tan seriamente pronunciada, terminó de romper las barreras de Claudia, quien ya no pudo contener la risa por más tiempo. ¡Si su padre supiera! Catón le había dado sobradas muestras de que no pensaba respetar el tan legítimo como absurdo deseo del comandante de poner puertas al campo del conocimiento. Para Catón, el saber trascendía las cortas miras de las voluntades humanas, siempre tan chovinistas. Para él no había barreras geográficas, políticas, raciales o religiosas capaces de interponerse en su búsqueda del saber. Las diferencias sustanciales entre las culturas, que para la mayoría eran insalvables, el griego las tomaba por accidentes casuales. Catón concebía la humanidad como una gran familia diseminada por el ancho mundo, con particulares idiosincrasias producto de las circunstancias peculiares de sus vidas. El mundo se le antojaba un inmenso laboratorio de pruebas donde explorar las distintas posibilidades de existencia en las más variadas latitudes y bajo los más diversos sistemas de gobierno, una especie de ensayo planetario a base de prueba y error donde ir descartando los modelos fallidos y mejorando los que resultaban más adecuados. Para él las historias de los pueblos eran ramificaciones de la historia única de la humanidad. Por ello no podía concebir mayor estupidez que tergiversarla, negarla parcialmente o ensalzarla a retazos según el interés o los prejuicios de cada tonto de turno. "*Hasta que el ser humano no sea capaz de entender sus lecciones seguirá perpetuándose la barbarie*", le aseguró un día con palpable frustración.

Con las ideas tan claras, en la enseñanza de Catón tenía acogida toda la heterogénea experiencia del ingenio humano. Por supuesto, no

se circunscribía a los estrechos márgenes del mundo grecolatino, horizonte último que alcanzaban las cortas miras del comandante. Limitarse a ellos era ponerse una venda en los ojos y andar a tientas para explicarse el mundo. En sus enseñanzas, junto a los renombrados grecolatinos, incluía sin complejos al sirio Nicolás de Damasco, al judío Flavio Josefo, al egipcio Manetón, al caldeo Beroso, a los chinos Sima Qian y Zuo Qiuming y a otros muchos más antiguos y sabios que ellos y a cuyas enseñanzas, impartidas en otras latitudes y tiempos remotos, algunos de éstos tanto debían. ¿Cómo si no hubiera conocido Claudia al gran Buda, con el que simpatizó de inmediato?

Y otro tanto sucedía con las grandes personalidades, que para el comandante se reducían a los emperadores y sus grandes generales, aunque admitiendo a regañadientes, sin salir nunca del ámbito mediterráneo, que el persa Ciro II el Grande o el macedonio Alejandro Magno también fueron grandes hombres. Si hubiera sido por el comandante, ¿habría conocido Claudia la historia de Cleopatra o Semíramis? Y, sin embargo, ¡cuánto la habían inspirado! No porque pretendiera emularlas, sino porque le gustaban especialmente las historias de mujeres poderosas que nada tenían que envidiar a los más encumbrados de sus coetáneos varones. Y especialmente disfrutó mucho cuando supo de las hazañas de Zenobia, quien se convirtió, de entre todas aquellas formidables mujeres, en su preferida.

Aunque sin duda el gran hallazgo para Claudia fue descubrir la existencia de la civilización china, que de inmediato le despertó una súbita fascinación. ¿Cómo era posible que existiera una civilización tan antigua y sofisticada, poseedora de inventos increíbles que parecían inspirados por los mismos dioses, y que ella nunca antes hubiera oído hablar de ella? ¿Cómo era posible que los romanos, y antes que ellos tantos otros imperios, les dieran la espalda? Con tales colores se la pintó Catón que a Claudia le costaba imaginar que algo así pudiera existir y no fuera en verdad el fruto de la fantasía de su maestro. ¿Cómo podían coexistir sin tocarse dos civilizaciones tan grandiosas como la china y la romana en un mundo tan pequeño? La historia que ella conocía era una historia de barbarie, de conquistadores y conquistados, de tiranos y vasallos, de sangre y fuego y algún que otro amago de sociedad utópica que nunca cuajaba. Roma, Grecia, Persia, Egipto, Asiria… Si Catón no le mentía, el imperio chino era un imperio de ensueño, civilizado y pacífico, que ya publicaba libros cuando el resto del mundo todavía andaba en taparrabos. Mientras los demás todavía araban con las manos y rezaban al cielo para implorar la lluvia, enfrascándose en perpetuas guerras dictadas por la avaricia y una fe ciega y estúpida en dioses que rara vez atendían sus ruegos, los chinos dominaban la ciencia de la agricultura, la astronomía y el comercio y ensanchaban sus mentes

con una cultura filosófica y espiritual encomiable.

Claudia, desde que supiera de la existencia de semejante civilización, se sentía tan cautivada como indignada por la ignorancia que se tenía sobre ella en esta parte del mundo que antes le parecía tan grande y ahora tan chica y pobre.

—Tampoco es que ellos hagan muchos esfuerzos por entrar en contacto con nosotros —le advirtió Catón, quien tenía por principio la ecuanimidad—. Al contrario, protegen sus costumbres con mucho celo.

—Tontos serían si no lo hicieran —le respondió Claudia con toda la lógica del mundo—. Si llevan siglos, y puede que hasta milenios, observando las aberraciones que se hacen en esta parte del globo, todas las precauciones que adopten les parecerán pocas.

—Llevas razón —corroboró Catón con pesadumbre—, parece la actitud más inteligente.

—¿Y cómo descubriste su existencia? —quiso saber Claudia.

—¿Nunca has visto un mapa de Ptolomeo? Allí aparece, aunque no en toda su magnitud. No es algo que se esconda. El problema es que la gente mira sin ver más que lo que tiene delante de las narices. De hecho existen relaciones comerciales con los chinos desde tiempos inmemoriales.

—¡¿Estamos en contacto con ellos?! —exclamó Claudia totalmente sorprendida. Se le quedó cara de boba. ¿Por qué nadie le contaba las cosas realmente importantes?

—Bueno, no es un contacto directo —la aplacó Catón—. Lo poco que nos llega de ellos es por la vía del comercio de tercera y cuarta mano.

La cara de Claudia era un poema.

—Habrás oído hablar alguna vez de la ruta de la seda, ¿verdad?

—Sí, claro, pero yo creía que sólo llegaba hasta la India. ¿Y qué comercia Roma con ellos?

—A los chinos les gustan el vidrio de Alejandría y Siria, los tejidos bordados con oro y también les llaman la atención el amianto y el biso.

—¿Y qué importa Roma?

—¡Seda!

Claudia se quedó a cuadros.

—¡¿Sólo seda?! —exclamó con profunda decepción. Le pareció indignante que de una civilización tecnológica y culturalmente tan avanzada sólo se importase seda para que las lascivas aristócratas

sedujeran a sus amantes. ¡Era una grotesca metáfora de Roma! Y cuando profundizó en el conocimiento de aquella civilización su indignación rozó la rebeldía. ¿Cómo era posible que a nadie se le hubiera ocurrido importar a Confucio, cuya sabiduría la deslumbró desde el mismo momento en que Catón le resumió sus enseñanzas? ¡Era imperdonable que no se gritase a los cuatro vientos su doctrina! Y pensar que era contemporáneo de Aristóteles… Un resorte mágico saltó en su imaginación al descubrir ciertas similitudes entre ambos pensadores, tan alejados geográfica y culturalmente pero unidos por ese hilo invisible de razonamiento que une a los genios y achata el orbe. Especialmente la sedujo que los dos hubieran llegado a la conclusión de que la virtud, como el vicio, es un hábito. Y ahora que gracias a Catón se le había despertado un hambre voraz de ver mundo, no dejaba de recordar como una premonición lo que dejara escrito Aristóteles y que tanto le hizo pensar en su día: "*El fuego arde igual en la Hélade que en Persia; pero las ideas de los hombres sobre el bien y el mal varían de un lugar a otro*". Esto, en su imaginación, hacía del orbe un lugar todavía más mágico y misterioso y le auspiciaba prometedoras aventuras.

—Roma no tiene toda la culpa —la calmó un día Catón—. Los chinos se niegan a compartir sus grandes inventos por miedo a que puedan ser utilizados en su contra.

—¡Qué bien nos conocen! —se lamentó Claudia con rabia.

—También es cierto que nunca ha habido un encuentro directo entre un emperador chino y un romano. A lo mejor si se hubieran sentado a hablar cara a cara las cosas habrían sido diferentes. O no. Nos quedaremos con la duda.

—¿Y por qué no ha sucedido nunca?

—Entre Roma y China hay varios reinos independientes, como el de Partia o la propia India, por ejemplo, que se lucran haciendo de intermediarios entre ambos imperios. No les interesa que entren en contacto directo las dos grandes potencias. Aparte de que la distancia que media entre ambos imperios dificulta el encuentro. Aunque ha habido intentos, no creas que no. Mira lo que le pasó al pobre Gan Ying.

—¿Gan qué?

—Gan Ying fue un embajador chino que en el año 97 intentó llegar a Roma, a la capital. Sólo consiguió llegar hasta Partia. Los partos se las apañaron muy bien para desalentarlo de seguir más adelante. Así que la descripción que hizo de Roma fue bastante irreal, con tintes fantasiosos. Entre lo que le contaron los partos y lo que le narraron los marineros a los que fue entrevistando en cada puerto en el que arribaba

velas, poco pudo sacar en claro, salvo que Roma era la contraparte de China en cuanto a potencia militar y económica. Y que le gustaba mucho el lujo. Esto, por sus descripciones, se ve que le llamó mucho la atención.

—¿No lo intentó nadie más?

—Si damos credibilidad al historiador romano Floro, entre los miembros de una embajada de comerciantes provenientes de Asia que se presentó ante Augusto, al menos uno de ellos era chino. Se sospecha que vino en calidad de espía.

—Pues eso lo explica todo –sentenció Claudia—. Vio nuestras costumbres y le aconsejó a su emperador que era mejor mantener las distancias.

—Sólo son rumores —dijo Catón sonriendo.

—¿Y Roma no intentó hacer lo mismo y mandar algún dignatario del Imperio? ¡Qué falta de curiosidad!

—En realidad sí que hubo algunos emperadores que lo intentaron, pero sin mucho éxito. Marco Aurelio hizo llegar una embajada en el 166 hasta la misma corte del emperador chino Huan. No —se adelantó a Claudia—, no hubo intercambio de conocimientos. Ya te he dicho que los chinos no tienen ninguna intención de compartir con el resto su verdadera riqueza.

—¿Y ya está? —preguntó Claudia, desolada.

—Hubo otras embajadas, aunque con resultados igual de pobres. La última embajada la envió Caro en el 284. Y después ya conoces la historia, Diocleciano comenzó su reinado…

A Claudia le resultaba inconcebible la idea de que en breve Roma se fuera a desangrar en su enésima guerra fratricida en lugar de volcar sus energías en conocer las claves de una civilización tan próspera y pacífica.

—¿Por qué no nos vamos a vivir a China? —preguntó Claudia emocionada, sin pensarlo dos veces.

Catón la contempló emocionado. ¡Qué mente febril la suya! ¡Qué sensibilidad! Aunque viendo que podía caer en un grave error al idealizar en demasía a la formidable China, mas no por ello perfecta, le habló de uno de sus autores más afamados, Sun Tzu y su libro "*El arte de la guerra*".

—Donde hay guerra no hay paraíso —le dijo—. Ahora han conseguido la estabilidad con la dinastía Han, pero como todos los imperios, también se creó con sangre, sudor y fuego. Y muchas lágrimas de los vencidos.

—¡Si ese tratado es genial! —lo interrumpió Claudia, para su

asombro. Catón le había dado completa libertad para hojear sus libros y con su comentario constataba que le había echado un vistazo—. ¡Este libro haría las delicias de mi padre! —exclamó entusiasmada—. Y las de cualquier oficial romano. ¡Y ellos que se creen los mayores estrategas de la historia! Lo que no entiendo es cómo, si dices que es una sociedad tan hermética, alguien ha conseguido acceder al manuscrito original, copiarlo entero y después traducirlo al griego en el reverso. Porque copiar un libro como éste lleva tiempo —Claudia recreó mentalmente el extraño lenguaje en que estaba escrito, un lenguaje pictográfico que nunca había visto y que le recordó vagamente al egipcio—. Me imagino lo difícil que debe resultar copiar algo así sin cometer errores. ¡Cuánta habilidad y paciencia hay que tener! ¡Y qué buen pulso! Y para traducirlo tendría que ser un chino que supiera griego o un griego que supiera chino. Y lo que me parece más increíble… ¿cómo ha podido acabar en tus manos?

Catón se acarició el mentón en actitud misteriosa.

—¿Y si te dijera que la traducción es mía?

Claudia se quedó pasmada.

—¡¿Sabes chino?!

—¡Ya me gustaría! —negó con pesar el griego—. Encontré buenos amigos que me ayudaron mucho con la traducción y agilizaron el proceso. De hecho, si soy sincero, he de admitir que casi todo el mérito es suyo. Mi chino es rudimentario. En cambio mis amigos, que son comerciantes, chapurrean bastante bien ambos idiomas.

—¿Y cómo conseguiste el libro? —Claudia pensaba en lo que cobraría un copista por un trabajo como aquél y daba por hecho que costaría una fortuna. Era un trabajo perfecto, sin un solo manchurrón. Ello requería una extremada habilidad. Sólo un maestro copista sería capaz de un trabajo así. Por no hablar de las ilustraciones. No le parecía que estuviera al alcance de su maestro.

—Bueno, en realidad es una copia ordinaria —le aclaró Catón, para su desconcierto.

—¡¿Has dicho una copia ordinaria?!

—Hay miles de libros iguales diseminados por toda China.

—¡¿Miles?! —preguntó Claudia, anonadada—. ¿Tienen un ejército de copistas entrenados exclusivamente para hacer copias perfectas de este libro?

Catón sonreía ante el asombro de su pupila. La bomba estaba por llegar. Se moría de ganas de ver la cara que se le iba a quedar.

—Estas copias no se hacen a mano —dejó caer como quien no quiere la cosa.

Claudia lo miró boquiabierta. ¿Le estaba tomando el pelo? ¿Acaso en China los libros se reproducían como esporas?

Catón la observó divertido durante un rato mientras la dejaba imaginar cuál sería la solución del misterio.

—Los chinos han inventado una máquina que es capaz de sacar cuantas copias se quieran de cualquier libro —le explicó Catón cuando se dio por vencida—. Y con absoluta precisión. En el tiempo en que un copista experimentado copiaría una sola página esta máquina es capaz de copiar el libro entero diez veces.

—Eso es imposible… —negó Claudia, totalmente sobrepasada. Le parecía un sueño hecho realidad.

—El invento se llama imprenta –le confirmó Catón—. Sé que te cuesta asimilarlo. No te voy a negar que yo también me quedé impresionado al descubrirlo. Y tienen otros muchos inventos que te asombrarían tanto o más que éste.

—¡Esa civilización es increíble! ¿Por qué no te quedaste a vivir allí?

—¡Porque me echaron! —La mueca amarga de Catón reveló que era cierto—. No permiten que ningún *bárbaro* se quede el tiempo suficiente para aprender más de lo debido. Ni siquiera los más pacíficos y civilizados como yo.

—Entiendo que no quieran compartir inventos militares, pero… ¿por qué no quieren compartir inventos como éste de la imprenta que servirían para hacer del mundo un lugar mejor? —preguntó decepcionada—. Si los demás accedieran a ellos quizá podrían alcanzarlos un día en su estadio de civilización y establecerse fructíferas alianzas de intercambio de conocimientos.

—Cualquier invento, Claudia, hasta la imprenta si cae en malas manos, puede ser utilizado como un arma —la desanimó Catón—. La imprenta puede servir para divulgar el conocimiento, pero también para expandir la superstición. Y tienen otros inventos fabulosos que ellos utilizan para grandes obras de ingeniería, pero que si cayesen en manos de nuestros augustos sólo servirían para que las guerras fuesen todavía más sangrientas y crueles. Creo que los chinos hacen bien en no compartir sus secretos. En esto demuestran su sabiduría.

—Pues yo quiero ir, aunque sólo sea por un breve período de tiempo.

—Ojalá y un día puedas hacerlo. Pero sé realista, ninguna sociedad es perfecta.

—Pues ésta lo parece.

—¿Tú crees? ¿Y si te digo que una de sus escritoras más aclamadas, Ban Zhao, ha escrito unas "*Lecciones femeninas*" que son un tratado de

sumisión de las mujeres? ¿Te sigue pareciendo también un ideal de sociedad?

—Ajá, ¿y cuántas escritoras romanas conoces tú? Aquí sólo hay mujeres sumisas. Sin más. Allí al menos escriben sobre algo y pueden divulgar sus ideas. Y quizá ha alcanzado la celebridad precisamente por ser una excepción. No creo que todas piensen igual. Seguro que las habrá que escriban cosas muy diferentes: relatos, cuentos, poesía, tratados filosóficos…

Catón se dio por vencido. ¡No podía vencer su optimismo! La voracidad intelectual de Claudia era tal que Catón calculó que no tardaría más de medio año en beberse el manantial que había llevado consigo. Su extraordinaria capacidad crítica y asombrosa madurez le permitió darle a leer libros que a un estudiante menos dotado nunca se habría atrevido por miedo a embotarle el juicio.

—Con los libros sucede como con la comida —le dijo la primera vez que le entregó uno de esos libros—, que ni a todos los paladares les gustan los mismos sabores ni todos los estómagos resisten los mismos ingredientes. Los maestros necios extrapolan al saber el consejo de los malos médicos que aseguran que lo mejor es acostumbrar al organismo a unos pocos platos saludables. El razonamiento que hacen es que así no se arriesga uno a ingerir un alimento que pueda sentarle mal, pero olvidan decir que sus cuerpos se debilitarán y enfermarán pronto por las muchas carencias nutritivas que tendrán. Por eso yo opino que es mejor una dieta variada para hacerse un estómago fuerte, aunque a veces se vomite. Prefiero el ejemplo de la sabiduría ancestral. En algunas tribus africanas les dan de beber a los niños pequeñas dosis de veneno de las serpientes más mortíferas para enseñar a sus cuerpos a combatirlo.

—Entiendo lo que quieres decir —le dijo Claudia—. Es igual que le sucede al soldado, el valiente es el que más arriesga, y gracias a ello será el más fuerte y hábil y el que menos probabilidades tendrá de morir en combate. El cobarde, en cambio, creyendo protegerse con su actitud huidiza cada vez será más débil y vulnerable.

—No está mal el ejemplo —le respondió Catón satisfecho de su razonamiento—. Aunque la suerte que espera al estudioso y al guerrero valiente no puede ser más dispar. Cuanto más fuerte es el guerrero, más se endiosa; cuanto más sabio es el hombre, más humilde se vuelve.

Claudia no tardó en constatar que ésta era la filosofía de vida de su maestro. Catón, humilde como pocos, no se arredraba ante nada y se había expuesto a mil y un peligros persiguiendo el conocimiento por todos los rincones del orbe. Por ello trajo su acémila cargada de textos

que denostaría cualquier otro maestro. Entre ellos venía un hato de biografías noveladas que no refrendaba ninguna autoridad, entre las que se contaban "*La vida de Alejandro de Macedonia*", de un tal Calístenes, y "*La vida de Apolonio de Tiana*", de Filóstrato.

—Este Apolonio fue un tipo parecido al Jesús que adoran los cristianos —le explicó Catón mientras Claudia lo hojeaba—, un medio mago, medio reformador religioso, mucho más famoso en su tiempo que el galileo, al que le faltó un discípulo espabilado que supiera fundar a su costa una religión duradera.

—¿Y por qué quieres que lea estas cosas? —le preguntó Claudia, sin entender el propósito de esas lecturas.

—Porque si quieres conocer el mundo en el que vives también tienes que conocer las locuras que parte del pueblo cree a ciegas. Es difícil combatir la estupidez si desconoces sus causas y síntomas.

—¿Y si acabo creyéndomelas?

—Eso no va a suceder. Tu inteligencia te protege. Y además estás bien armada.

—¿Armada?

—El conocimiento es la mejor armadura contra la superstición. Y la inteligencia la mejor arma para combatirla. Con inteligencia y conocimiento podrás desarmar cualquier necedad. ¿Por qué crees que se adoctrina a los niños desde pequeños?

—Porque están indefensos, sus intelectos todavía son débiles y no poseen conocimientos… —reflexionó Claudia.

—Y a ello debes añadir una capacidad emotiva extraordinaria. Las huellas que se dejan en la infancia suelen ser indelebles. Pocas personas son capaces en la edad adulta de sacudirse la totalidad de los prejuicios y supersticiones que les han inculcado de pequeños.

—Se aprovechan de su debilidad…

—Se aprovechan, en general, de la ignorancia y la estupidez. También los adultos caen en sus trampas. La fe no se inculca con razones. Y tampoco con amor. Ningún niño baja la cerviz ante un adulto si antes no se le convence, por las buenas o por las malas, de que es su obligación. Y el miedo al castigo, sea temporal o eterno, es particularmente convincente en unas mentes tan impresionables.

—¡Deberían prohibirse todas las religiones!

—La fe no es sólo una cuestión religiosa. Todos los gobiernos se sostienen en la creencia de que las cosas no pueden ser de otra manera. O al menos no de una manera mejor. Y eso también es una cuestión de fe. Esa fe se inculca acostumbrando a los ciudadanos a una forma de ser en el mundo, a una forma específica de existencia; se los

liga emocionalmente desde pequeños a un sistema y un orden social concretos como parte de su propia naturaleza, y cuando alcanzan la edad adulta lo defenderán con su propia vida, aunque sea denigrante para ellos. Es lo que se llaman tradiciones. Yo lo llamo sistemas de dominación. Por bárbaras y dañinas que sean estas tradiciones, el pueblo las amará. Por eso la gente viajera no deja de asombrarse al ver la normalidad con que otros pueblos aceptan las mayores aberraciones.

—Como le pasaría al chino aquel cuando vino a Roma.

—O a los romanos si fueran a China. No hay un solo pueblo exento de tradiciones y las tradiciones no suele perpetuarlas la razón, aunque nacieran razonables. Sólo la costumbre las normaliza. La fuerza de la costumbre es terrorífica.

—¿Y por qué no se hace tabla rasa y se empieza de cero?

—Porque el ser humano es débil y se sentiría desamparado. Necesita encontrarle un sentido a su vida y no le importa si son otros los que se lo crean. Y además es cobarde. La gente prefiere vivir en la ignorancia antes que enfrentarse al peligro de que se les derrumben los esquemas mentales que rigen sus vidas. Tienen miedo de que la verdad les descubra que han vivido unas vidas tan míseras como absurdas. Y lo más dramático: evitables. Prefieren creer en dioses que los guíen por sombrías sendas antes que en hombres que los empujen a una tierra despejada donde cada uno haya de construirse su propio camino. Prefieren el látigo a la antorcha. Créeme, los tontos se aferran a los prejuicios que moldean su existencia con más fiereza que las bestias a la carne contaminada que les arrojan para envenenarlas.

—¿Tan estúpido es el ser humano?

—Mucho más de lo que imaginas —corroboró el griego, sonriendo con pesadumbre—. Mira a tu alrededor y dime qué ves. Cuando estudias la historia, ¿te parece que estudias la construcción del paraíso? El colmo de la estupidez es tener recursos e ingenio para construir un paraíso y conformarse con vivir en un infierno porque así lo deciden quienes gobiernan. Pero así es el ser humano, baja la cerviz, humilla su inteligencia, acepta el yugo y consiente en ser atropellado por la canalla de siempre. Alegremente construyen la pira donde los inmolarán vivos. El mundo que conoces no se ha forjado con inteligencia y solidaridad sino con el látigo, el sudor y la sangre de la mayoría para el provecho y disfrute de la minoría dominante. ¿Te parece esto una muestra de inteligencia de la especie? Si el ser humano fuera inteligente no habría malos gobernantes, porque nadie consentiría que rigieran su vida ni tontos ni malvados. Cuando no ambas cosas al mismo tiempo, que es lo que sucede más a menudo. A

ningún psicópata se le permitiría diezmar la población por codicia o vanidad. No, no habría soldados obedeciendo ciegamente las órdenes de ególatras sin escrúpulos, nadie aceptaría matar ni morir por una causa que no fuera en beneficio de la humanidad, nadie estaría dispuesto a mancillar irremisiblemente su conciencia dejando tras él un legado de muerte y destrucción por el capricho de un cretino. No, absolutamente nadie obedecería una orden que no procediera de una boca sabia ni se aprobaría una ley que no fuese dictada para el bien común. Sea cual sea el resultado de la guerra entre Constantino y Majencio, ¿crees que los pobres e ignorantes dejarán de ser pobres e ignorantes, que a los colonos les devolverán las tierras que un día les robaron y en las que ahora los obligan a trabajar como esclavos, que a los soldados que sobrevivan los colmarán de honores y riqueza? No, todos ellos serán los primeros en sufrir las consecuencias de la guerra. Las guerras las idean los ricos, pero la sangre que se derrama en ellas es la de los pobres. Y cuando finalizan las mismas, sea cual sea el resultado, son los ricos quienes se reparten el botín y se comen los cultivos y el ganado de los vencidos, mientras que al pueblo lo obsequian con la hambruna que sobreviene irremediablemente. Créeme, para que una minoría pueda vivir en la opulencia a costa del sufrimiento de la mayoría es necesario que esa mayoría sea profundamente estúpida. Por eso las clases dominantes se encargan de que las tradiciones se respeten y el pueblo jamás acceda al conocimiento verdadero. "*¡Pan y circo!*", ya sabes. No les interesa que cambie el mundo que dominan.

Claudia frunció los labios en un rictus de rabia impotente.

—Bueno, como te decía al principio voy a desobedecer a tu padre un poco más —Catón decidió cambiar drásticamente de tema al ver que Claudia comenzaba a deprimirse, tan sensible como era—. Éstos son un regalo que te hago —le dijo acercándole una remesa de libros envueltos en un trapo—. Tienes que esconderlos bien y que nadie los vea, porque si se entera tu padre me mata.

Esta vez Claudia no opuso ninguna objeción a la capacidad didáctica de los libros. Muy al contrario, se le iluminó la cara al verlos y a punto estuvo de escapársele un grito de alegría.

Los libros que le dibujaron esa sonrisa luminosa eran considerados por los demás maestros como bazofia para necios y locos. Sin embargo, Catón, que no era ni lo uno ni lo otro, los estimaba en mucho, hasta el punto de no poder resistir la tentación de compartirlos con Claudia, convencido de que los sentimientos también se educan. Y ello arriesgando su pellejo, porque si el comandante supiera lo que le daba a leer a su hija haría algo más que ponerlo de patitas en la calle. ¡Eran novelas románticas!

A partir de entonces Claudia, siempre que tenía un rato libre durante el día, se escapaba a solas y se adentraba en el monte o se perdía al amparo de algún recoveco del río para devorarlas con pasión; y por las noches fingía que se caía de sueño bien pronto para encerrarse en su dormitorio a leer con avidez soñadora y romántica, a la luz de una lámpara de aceite, las novelas que le había regalado Catón: "*Quéreas y Calírroes*", "*Teágenes y Clariquea*", "*Dafne y Cloe*", "*Nino y Semíramis*", "*Megámedes y Quione*" o la célebre "*Metíoco y Parténope*". Narraciones cuyo éxito llegaba a veces a enloquecer a sus lectores, según le había contado Catón. Desde Antioquía hasta Roma, muchos eran los que adornaban sus casas con mosaicos y pinturas que representaban escenas sacadas de esas historias.

Catón se solazaba observándola devorar las novelas. Le servía para recordarle que no dejaba de ser una joven que, al igual que las demás jóvenes educadas de su edad, se pirraba por las novelas románticas. Y él no dejaba de ser un pícaro, pues había previsto lo que sucedería cuando se las regaló.

El tiempo que Claudia pasaba leyendo las novelas él lo aprovechaba para estar a solas con Helvia. No podía engañarse, se había encaprichado de ella, sentía revivir en él un revoloteo de no sé qué bichejo que le hacía fluir la sangre por las venas más caliente de lo que debiera, como un río helado que se cree muerto y al que un sol intempestivo resucita. Deseaba profundizar en el misterio que la envolvía. Le intrigaba su forma de ser tan callada, que sin necesidad de palabras traslucía un dolor más profundo que el que pueda provocar un matrimonio descafeinado.

El tiempo dio la familiaridad, y el carácter alegre de Catón la intimidad. Aunque no le mostraba ni un pezón de sus secretos, Helvia no rehusaba su compañía. No era de natural expansiva, pues rara vez despegaba los labios por el puro gusto de verbalizar sus pensamientos, pero disfrutaba escuchando las historias con que el griego la entretenía. Y no le faltaba a Catón hilo del que tirar de la madeja de su vida, habiendo sido nómada y aventurero gran parte de ella. Y cuando el hilo sacado resultaba corto o descolorido y de pobre entretenimiento, con mucho arte se encargaba él de colorearlo y estirarlo hasta el infinito con su imaginación, siempre pronta a socorrerlo.

A Catón le gustaba ayudarla a sacar agua del pozo y encender la lumbre, pero sobre todo le gustaba acompañarla al huerto. Para ella era su forma particular de evasión, y ¡ay de quien le tocara una mata, que era tanto como arrancarle un sueño de raíz! Catón no compartía su afición por las verduras, pero Helvia se remangaba la túnica hasta las rodillas para no ensuciársela y él se recreaba mirándole las piernas

con tímido disimulo. Nunca le descubrió más allá de la pantorrilla, pero al griego le bastaba lo visto para imaginar el resto y soñarla como a Venus de Cnido, tan hermosa, tan sensual y tan desnuda. Si como al desgraciado Paris, las diosas Hera, Atenea y Afrodita lo hubieran puesto en el compromiso de otorgar la manzana dorada a la más bella, a fe suya que el panteón hubiera amanecido con una diosa nueva. Le hubiese costado la vida por los celos vengativos de las otras, pero antes de que ardiera Troya habría exigido un mordisco a la fruta prohibida por su honestidad y valentía.

Todas estas cotidianidades, que en circunstancias normales serían onerosos tributos a la vida civilizada, para Catón eran el premio y solaz de su estancia en aquellas frías tierras. Y así, poco a poco, se fue fraguando entre ellos un principio de amistad, porque Catón jamás tuvo la osadía de insinuarle el sentimiento que albergaba su pecho. Su condición de casada —aunque viviese como viuda—, y la responsabilidad que tenía para con Claudia, lo mantenían alerta para contener los impulsos que le sobrevenían como arrebatos adolescentes. Si alguna vez se rozaban en el trajinar de la cocina o en la huerta y sentía que se le erizaba la piel y cada poro de su cuerpo reclamaba un contacto más intenso, se cuidaba mucho de exteriorizarlo. No quería correr el riesgo de que un requiebro inoportuno la indispusiera contra él.

Las noches se convirtieron en su momento preferido del día. Con mucha astucia embargaba el ánimo de Claudia en la lectura inaplazable de algún texto, fuera filosofía o ficción, y en cuanto terminaba la cena conseguía que ésta se excusara y se encerrara en su cuarto a devorar los libros, dejándolos solos, frente al fuego, frente a sus sentimientos, frente a sus secretos.

El calor de la chimenea y el chato de vino de cada noche lijaban poco a poco la coraza de Helvia. Aquella tristeza insondable y mal disimulada tenía causas concretas, como todos los males, y Catón se propuso descubrirlas por los matices, los giros, las omisiones intencionadas y los silencios delatores que se colaban, consciente o inconscientemente, en las conversaciones. No se atrevía a abordarla de frente por miedo a molestarla, porque no era cuestión de sonsacarle a las bravas lo que ella con tanto celo escondía, pero como buen sabueso que olfatea un rastro donde otros pasarían de largo, Catón descubría pistas en cada matiz de su voz, en cada gesto y en cada mirada.

—Se nos viene el invierno encima con toda su crudeza —dijo Catón frotándose las manos mientras las arrimaba al fuego.

—Es que vas muy ligero tú —lo reprendió Helvia, haciéndole notar con la mirada que era, además de ridículo, poco práctico vestir un

quitón corto en aquel clima.

—Ah, no, yo en las piernas nunca tengo frío —respondió Catón de excelente humor—. Así atravesara una helada de medio metro que no sentiría más frío en las piernas que el que pueda sentir mi burra en sus patas.

—Bonita comparación —dijo Helvia conteniendo la risa.

—En cambio, me da el menor aire en los riñones y enfermo como un recién nacido. Ya ves que no me quito esta pelliza de cordero ni para dormir.

—No sé cómo duermes tú.

Helvia se ruborizó al sopesar sus palabras, para deleite de Catón.

—En mi tierra duermo como mi madre me trajo al mundo, que es la forma más saludable y cómoda de dormir. Pero si lo hiciera aquí, sin arrimo de mujer, amanecería tieso –dijo Catón, observándola de soslayo para ver si había captado la indirecta. Nunca se había atrevido a tanto y hasta a él mismo le dio vergüenza, que para estas cosas era tan tímido y pudoroso como cualquier otro.

—¿Qué te apetece comer mañana? —Helvia cambió de tema, aunque el rubor en sus mejillas y cierta sonrisa en los ojos llenó de esperanzas al griego.

Las cuatro palabras que intercambiaban, los dulces silencios que compartían y las miradas de reojo acompañadas de tímidas sonrisas que se dedicaban llenaban de contento a Catón y aumentaban en él no sólo sus sentimientos, sino también el deseo de descubrir las profundidades de aquella intrigante mujer, tan bella como misteriosa.

Entre lo que decía y lo que callaba, y lo mucho que Catón sabía al ser hombre de mundo, pudo éste pergeñar un esbozo de su vida bastante certero. Helvia había nacido en una aldea cercana, hija de labriegos, y pronto su hermosura cautivó a los más gallardos del lugar. El largo cortejo del comandante —por entonces centurión en el campamento de Belgrado— y los consejos de obligado cumplimiento de sus padres —llámeselos órdenes—, la obligaron a descartar al resto de pretendientes y entregarle al militar su corazón. No lo hizo a disgusto, porque el comandante era de buena hechura, educado, valiente y no falto del romanticismo rústico que se estilaba por aquellas tierras. El problema fue que, apenas casados, fue requerido por el augusto Constancio, el padre de Constantino, para militar en su ejército. Constancio acababa de ser nombrado César por Maximiano y necesitaba hombres de confianza a su lado. Dos primos y un tío del comandante hacía tiempo que le servían con lealtad inquebrantable y le allanaron el camino. El comandante no pudo rechazar el ascenso, pero rehusó llevarla con él. No podía garantizarle unas mínimas

comodidades a su lado. Después, cuando ascendió y comenzó a hacer carrera, se negó todavía más en redondo porque sabía cómo podían llegar a complicarse las cosas cuando se mezclaban los intereses del Imperio con los familiares. Consolidado el rango de comandante, sobrevino la repentina muerte del augusto Constancio y la sucesión de su hijo Constantino, por lo que el peligro acechaba en cada esquina. Un nuevo augusto hacía bailar las espadas en torno a los nuevos puestos de confianza. Después comenzaron las hostilidades entre los césares y los augustos y las amenazas constantes de guerra civil afilaron las garras y los colmillos de todo bicho carroñero de dos patas dispuesto a pescar en río revuelto. Su posición de comandante ya era de por sí lo bastante comprometida como para abrirle a los enemigos un nuevo flanco por el que atacar. Además, el comandante invertía todas sus ganancias en tierras y alguien debía cuidarlas. Éste era el único riesgo irracional que había asumido. Helvia quiso convencerlo en su día de que comprara tierras cerca de Tréveris, donde podrían verse más a menudo y que además estaban bajo la jurisdicción de Constantino, pero el comandante se negó en redondo. Quería la tierra de sus padres, en una muestra inaudita de sentimentalismo. Y además, según le aseguró, estaban más seguras bajo la jurisdicción de Licinio, donde sus enemigos directos no pudieran perjudicarlo. Con la influencia que tenía sobre Constantino se encargaría de que las relaciones con Licinio fueran sólidas. Y si alguna vez se enfrentaran ambos augustos, el comandante tendría un poderoso incentivo para ganar la guerra.

No era de extrañar que Helvia se sintiera insatisfecha en su matrimonio. No podía evitar ponerse de mal humor cuando el comandante pasaba sus retiros en casa contándole sus triunfos mientras ella agostaba su juventud con esa vida desapasionada, esperándolo eternamente en aquel páramo sentimental.

Catón la creía a pies juntillas cuando así se confesaba. Era su verdad. Para sí añadía algo que no se atrevía a formular en voz alta, y es que parte de culpa de esa vida atormentada la tenía ella misma porque había sido demasiado orgullosa para encontrar en la aldea o entre los soldados del campamento amantes con quienes compensar la frialdad de su marido, ignorante ella de que en la cama las carnes pierden rango y apellido. Aun así confiaba el griego en que con un poco de filosofía y sentimientos honestos conseguiría curarla de ese mal que tantas vidas amarga, ese mal insufrible que consiste en desoír la voz sabia y ancestral que nos grita que mandemos al garete los prejuicios que en todas las épocas se empeñan en prescribir los hombres más necios y acomplejados del mundo.

—¿Cuánto tiempo hace que no os visita el comandante? —le

preguntó Catón una noche, armado de vino e instigado por Cupido.

—Debo contar las cartas para decírtelo —respondió Helvia señalando un hato de cartas que había junto a la leña. Lejos de parecerle indiscreta su pregunta, la tomó por necesaria, como si hiciera tiempo que la estuviera esperando—. Una al trimestre, así que calcula.

"*Una al trimestre para ti*", pensó Catón. A esas alturas ya se había convencido de que el comandante mantendría correspondencia regular con el duque de aquella provincia para que lo mantuviera al corriente de sus tierras y su familia. "*Tengo que visitarlo algún día*", se propuso.

—Son unas cuantas —exclamó echándoles un vistazo por encima.

—Contando ésas sólo harás recuento del mínimo de tiempo que lleva ausente. Pero no te saldrán las cuentas exactas, porque más de la mitad las he echado a la lumbre. Cuando no tengo piñas a mano, ellas me sirven lo mismo.

—Son tiempos difíciles para conjugar deber y familia —dijo por decir Catón, asombrado por la normalidad y el aplomo que mostró Helvia al hablar de un tema tan espinoso.

Helvia lo miró con sus insondables ojos grises, hermosos y cuajados de sombras, dándole a entender que eran palabras vacías impropias de él.

Y así era. No era necesario indagar mucho en su pena para comprender que una tristeza semejante no podía ser causada porque el marido se ausentara largas temporadas. Todas las mujeres de militares sabían a lo que estaban expuestas. Por de pronto los matrimonios eran anulados desde el mismo momento en que ellos se alistaban en el ejército, por lo que por más que les jurasen amor eterno, legalmente no tenían obligaciones con ellas. Y ellas se las apañaban muy bien solas. De hecho, no eran pocas las que maldecían al heraldo que les comunicaba el regreso de sus maridos cuando ya los daban por perdidos, hechas como estaban a gobernarse a sí mismas sin tener que soportar el yugo de nadie. Así que el matrimonio, si creía a pies juntillas a Helvia, no había sido tan distinto al de tantas otras, con sus altibajos y decepciones, sus alegrías y sinsabores. Y otro hecho delataba la anormalidad del caso: cuando los soldados abandonaban a sus familias, ni seguían escribiéndoles, ni enviándoles dinero, ni acrecentando sus tierras. Se trasplantaban de raíz. El comandante, pensó Catón intentando explicarse el singular caso, era testarudo, cuadriculado, orgulloso también, y un tanto vanidoso, pero no era un imbécil redomado que no supiera ponderar la fortuna que había tenido de dar con una mujer como Helvia, dechado de virtudes,

inteligencia y discreción, y no falta de todos los encantos mujeriles que pierden a los hombres. Y estaba Claudia, su hija. Cuando en Tréveris le habló de ella, Catón pudo ver la emoción en el rígido militar. Tampoco olvidaba las palabras de Claudia cuando se mordió la lengua para no revelar un secreto familiar.

Catón, convencido de que ese secreto era la clave para entender el abandono del comandante, se juró que lo descubriría, aunque tuviese que remover cielo y tierra y faltar a algunas reglas básicas entre mortales, pero de las que se excusan los enamorados. "*¡Sí, desandaré tu tormento hasta encontrar el nudo que te impide amarrarte a mí!*".

En el prostíbulo

Roma

Los decadentes rayos de sol vespertinos acariciaban tímidamente la iglesia de Silvestre. Era un día frío y áspero, de neblina hecha jirones. Dos mujeres salieron de un callejón y atravesaron la plazuela encaminándose con decisión hacia la iglesia. La mayor de ellas era una viuda rica de unos cuarenta años que se había refugiado en la iglesia para no caer bajo la censura de sus familiares, que la querían enclaustrada en la casa familiar velando todo el día al numen de su difunto esposo. Pese al giro de su vida, todavía conservaba los vestigios de un temperamento de ordena y mando y un porte distinguido y elegante. La chica que la acompañaba tenía poco más de quince años y, en contraste con la viuda, ni había sido agraciada por la naturaleza con bellos rasgos y una inteligencia despierta, ni la fortuna le había deparado una educación elevada que disimulara en parte sus defectos. Al contrario, era achaparrada y fea, de mirar simplón y carácter apocado.

Las dos mujeres acudían a la iglesia tres días a la semana para instruir a los huérfanos, convertidos por Silvestre en catecúmenos. Obviamente, la que llevaba la voz cantante era la viuda. La joven, con un instinto maternal desaforado, le servía de ayudante para controlar que no se desmadrasen los pilluelos y repetir como un loro, cuando la ocasión lo demandaba, lo poco que retenía de memoria de los textos sagrados.

Fue el presbítero quien las anunció a su manera, declamando con voz desabrida uno de los versículos del Evangelio de san Lucas, el único al que le concedía absoluta credibilidad:

—¡Cuán dificultosamente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque más fácil cosa es entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico entrar en el reino de Dios.

La viuda sonrió, ignorándolo. A Silvestre, en cambio, le brillaron ojos de basilisco. El presbítero le ponía muy difícil las cosas. Hacía

tiempo que la Iglesia había abierto sus puertas de par en par a los ricos, pero algunos carcas como el presbítero insistían en el mensaje originario de Jesús, en ese odio subversivo de clase donde los ricos quedaban excluidos del reino de Dios por la sola razón de su riqueza.

Lucio se dirigió hacia ellas para saludarlas. Mientras les preguntaba banalidades aprovechó para arrimarse a la viuda y ponerle la mano en la cintura. Mano que se dejaba caer hacia las nalgas con descaro hasta que ella le pegó un manotazo y lo encaró con altanería de clase. Era más que una simple cuestión de decencia. Su alma podía haberse vuelto cristiana, pero su cuerpo seguía siendo inalcanzable para un plebeyo.

—¡Apártate de nosotras, desaprensivo! —gritó la joven con la intención de advertir a los demás de una nueva fechoría del granuja.

Paulo, Silvestre y el presbítero, que andaban menudeando por la iglesia, se giraron para ver qué sucedía y no tardaron en imaginárselo.

—¡De nosotras, dice! —gritó loco de diversión el desvergonzado, cucándole un ojo a Paulo desde la distancia—. ¡Si a ti no me acerco ni harto de vino! ¡Qué más quisieras! ¡Tú te has hecho novia de Cristo porque el muerto no puede protestar!

La joven, roja de vergüenza e ira, agachó la cabeza y se dejó tironear sin resistencia por la viuda, quien la arrastró hacia la escalera que subía al orfanato.

El presbítero miró iracundo a Silvestre, arrugando el ceño de manera monstruosa para acrecentar las terribles cicatrices que atestiguaban su celo doctrinario. La cuenca vacía de su ojo era una marmita sin fondo donde ardían los pecadores y donde parecía querer arrastrar a Silvestre. Para el presbítero, la indulgencia del diácono con Lucio era tan inadmisible que se había llegado ya al punto en que las faltas del uno eran achacables también al otro.

Paulo observó la irritación contenida en Silvestre. Los ojos le bailaban y cerraba los puños con tal violencia que parecía estar estrangulándolos a ambos, al presbítero y a Lucio, por el tormento que le daban a diario. Sin embargo se limitó a amonestar verbalmente a Lucio y a exigirle que se disculpara con ellas. Y Lucio lo hizo a su estilo, a los pies de la escalinata, con mucho sarcasmo, incluyendo un soez juego de lengua. El resultado fue una disculpa no menos ofensiva que el hecho a disculpar.

El presbítero chasqueó la lengua en señal de desagrado, dio media vuelta y se perdió en la sacristía farfullando maldiciones.

Lucio miró desafiante y burlón a Silvestre. Después exageró un bostezo de aburrimiento y salió de la iglesia arrastrando los pies.

Una vez en la calle contó las monedas que había sustraído de la hucha común. No era mucho, pero le daba para lo que se proponía hacer aquella noche. "*Estos pelagatos no me entienden* —protestó para sus adentros mientras se dirigía hacia la taberna—. *Mucha cháchara bienintencionada, pero ninguno es capaz de ponerse en mi pellejo. ¡Como si fuera culpa mía tener sangre en las venas y los suficientes sesos para no creerme las sandeces que quieren inculcarme! Los dioses me dieron los huevos para usarlos, no para dejarme castrar. Los muy tontos se creen todas esas pamplinas y aceptan sus miserables vidas pensando que así son unos santos y el crucificado ése los recompensará cuando se mueran. Ja, nunca se ha visto que un miserable tenga otra recompensa que los palos que recibe en vida. El día que pueda escaparme de las garras de estos idiotas lo haré ciscándome en su dios, en su cristo y en todos sus santos. Y después, cuando reviente de vino y de juergas, que excomulguen mis huesos o se los echen a los cuervos. ¡A mí qué me importa!*".

Lucio aprendía mucho más en los tugurios que en la iglesia. La vida que le ofrecía Silvestre no le interesaba. Nunca entendió por qué lo acogió bajo su tutela ni su constante desvelo por él. La vaga explicación que le dio un día Silvestre de que era una promesa antigua que le había hecho a su padre, convirtiéndola en una deuda de honor, no le resultó muy convincente. Ni siquiera fue capaz de ofrecerle un retrato fidedigno de su supuesto padre. Más que a un viejo amigo le describió a un fantasma. Y Lucio no volvió a preguntarle nunca más. ¿Para qué? Era demasiado obvio que le había mentido. En cualquier caso, ése no era su problema. Él nunca le había pedido nada y nada le debía. Las deudas que contrajera o que obligase a cumplir a los demás su padre, quien quiera que fuera o hubiese sido o lo que hubiera hecho, no le concernían a él. Cada cual que apechugara con lo suyo.

A Lucio lo que le gustaba era tratar con pecadores. Y cuanto peores, mejor. Sobre todo le gustaba juntarse con aventureros y buscavidas. Aunque no desestimaba la compañía de ningún viajero. De todos ellos obtenía algo: de los aventureros y buscavidas información práctica para abrirse camino en las situaciones más adversas, y de los viajeros dinero fácil. Cuando se encontraba a alguno de estos últimos en algún tugurio se pegaba a él como una lapa para que le contara sus peripecias. Los había de todos los rincones del Imperio, porque Roma seguía siendo el principal destino turístico, infestado de curiosos e ingenuos que no comprendían la distancia abismal que media entre la leyenda y la realidad. Lucio no tenía piedad con ellos. Los adulaba para ganarse su confianza, escuchando sus peripecias como si le estuvieran abriendo los ojos a un mundo nuevo, y ellos, henchida su vanidad al creerse importantes, no escatimaban a la hora de compartir cháchara y vino con él. Después, cuando ya estaban borrachos, Lucio se les ofrecía, como un buen camarada de correrías nocturnas, a

acompañarlos a la pensión en que estuviesen alojados y entonces, durante el camino, los atracaba y los dejaba abandonados a su suerte, sin un duro y más perdidos que nunca.

También había trabado cierta amistad tabernaria con pipiolos díscolos de familias acomodadas que, según dictaba la tradición, habían viajado a Grecia y Egipto para completar sus estudios. A éstos no los atracaba porque se los topaba con frecuencia y lo invitaban siempre a beber con ellos. Además le gustaba que le contaran sus correrías allende el mar. Lucio era realista y sabía que por más que consiguiera ahorrar nunca le alcanzaría el dinero para un viaje como el que ellos le relataban, navegando en impresionantes veleros de ciento cincuenta metros de eslora capaces de alcanzar velocidades constantes de siete nudos, acomodados en lujosos camarotes donde no existían las privaciones y alojándose, en los puertos en los que atracaban, en pensiones que en poco desmerecían de sus villas paternas. Le gustaba escucharlos porque le gustaba fantasear, aunque sabía que él tendría que viajar de otra manera, quizá de polizón en algún barco mercante de los muchos que salían cada día del puerto de Ostia. Para llegar a Alejandría sólo se tardaban diez días. Era un tiempo aceptable para mantenerse escondido en las bodegas. Desde allí le gustaría viajar a la India, que se le antojaba un lugar lleno de sorpresas. El viaje, desde que Hipalo descubriera la periodicidad de los monzones, se realizaba en sólo cuarenta días. Por lo que le habían contado, desde el puerto egipcio de Myos—hormos zarpaba cada verano hacia aquella tierra mágica una flota de más de cien mercantes. La isla de Ceilán y la costa de Malabar eran sus destinos, donde se producía el intercambio con los mercaderes que llegaban de los lugares más remotos de Asia. Su idea era explorar aquellas tierras y hacerse contrabandista. Después, si decidiera regresar porque no le iban bien las cosas, sólo tendría que esperar hasta diciembre o enero, según el tiempo. Era entonces cuando la flota mercante regresaba con las bodegas cargadas de la valiosísima mercancía adquirida, casi todo productos de lujo con los que obtenían pingües beneficios en las principales capitales del Imperio. En Egipto, en el Mar Rojo, montaban en camellos hasta el Nilo, donde en grandes embarcaciones navegaban de regreso hasta Alejandría. Y desde allí otros diez días hasta Ostia. A Lucio incluso la perspectiva del viaje en sí le fascinaba. Pero aquí encontraba las primeras dificultades. Cuarenta días era demasiado tiempo para ir escondido sin que lo descubrieran. Y la perspectiva de que lo arrojaran por la borda a leguas de la costa no le hacía ninguna gracia. Le parecía más realista enrolarse de marinero, porque aunque consiguiera llegar de polizón hasta Alejandría después necesitaría dinero para el resto del viaje. Lo más inteligente era enrolarse en la tripulación de algún comerciante y viajar con él desde el inicio del

viaje. Por lo que sabía sobre los marineros intuía que se llevaría bien con ellos. Era gente pendenciera, dura, curtida a sal y broncas, pero con un gran sentido de la camaradería. Durante el trayecto a Alejandría podría convencer al comerciante para acompañarlo después hasta la India como escolta. Para que no opusiera resistencia se conformaría con el pasaje y la manutención. El viaje era lo suficientemente largo como para ingeniárselas y sisarle lo necesario para continuar la aventura por su cuenta y riesgo cuando llegaran a la India. El único problema es que no había navegado en su vida y tenía tan poca pericia en el mar como en la misa. Por eso consideraba la posibilidad de pasar primero una temporada en Ostia con el fin de aprender los gajes del oficio. Después se enrolaría en el primer barco que partiera para hacer la ruta de la India. Aunque de momento era sólo un proyecto que aleteaba en su imaginación sin concretarse demasiado.

Aquella tarde Lucio decidió ir a uno de sus antros preferidos. Uno de los peor afamados. Cuando estaba de mal humor evitaba toparse con los pipiolos de familia adinerada para no liarla. En esos días en que se levantaba con el pie torcido elegía los tugurios más chuscos, donde aquéllos no se atrevían a entrar con sus bravuconadas de postín y sus quejas infantiles.

Hacía cuatro noches que el tabernero había anunciado la llegada de un mercante de seda. Eso significaba, en la jerga del local, que las olas traían a Roma una remesa de prostitutas exóticas, en contraste a cuando anunciaba que llegaba una carreta de lino, que significaba que las mujeres procedían de las provincias del interior. Nadie preguntaba nunca por la voluntad de las mismas. A nadie le interesaba saber si venían obligadas por una desdicha familiar o habían sido secuestradas en las calles. La vida mezquina en que se consumían los embrutecía hasta el punto de que la ética sólo conseguía darle un regusto amargo a su ruindad, sin anegar sus malos instintos.

La novedad acrecentaba la voracidad de la chusma allí reunida. Aquellas noches de novedades se solían saldar con acaloradas disputas donde llovían puñadas y algún que otro cuchillo enseñaba los dientes. El tabernero hacía su agosto. Los más ingenuos se enfrascaban en una subasta donde se dejaban el salario del mes por tener el dudoso honor de ser los primeros. Desconocían la costumbre de los traficantes de pasearlas por todo el Imperio. Aunque de saberlo les habría dado igual, nadie pedía certificado de simiente. El vino agriado que bebían les servía, además de para calmar sus penalidades, para no distinguir entre una doncella y una decana. Allí el sexo era una excusa para taponar los boquetes que tenían abiertos en las entrañas y por donde se les derramaba la vida en vómitos biliosos.

También era la noche preferida de los más pobres, pues en estas ocasiones las veteranas estaban de saldo. Ante la novedad que encandilaba a los idiotas, las veteranas debían rebajar su precio si querían que algunos de los que en otras noches babeaban por ellas accedieran a pagar aquella noche por sus flores marchitas. Era la ley de la oferta y la demanda en su versión más cruda.

La taberna estaba abarrotada. Olía a vino rancio, cerveza amarga, testosterona y orín. La hez de la sociedad, ávida de emociones fuertes, se había congregado aquella noche para perpetrar un nuevo crimen de lesa humanidad: la humillación, tortura y ultraje de inocentes.

Lucio se abrió paso a empujones, apartando a patadas y manotazos a quienes le cerraban el paso. Se había granjeado fama de púgil correoso, implacable y vengativo, y pocos eran los que se le revolvían y lo encaraban. Él tenía claro el objetivo de aquella noche. Se había encaprichado de una veterana que hasta entonces le había resultado inasequible y que muchas veces se había mofado de él por su edad y pobreza. "*Esta noche seguro que no serás tan melindrosa, cuando sólo los más harapientos y mugrosos quieran reptarte entre los muslos*", rumió con despecho.

Sentadas en una esquina, las veteranas comenzaban a ser asediadas por un enjambre de pobres diablos que se les acercaban con los colmillos afilados y la entrepierna abultada. Altivas y orgullosas, los despreciaban con malos gestos, pero ellos no se rendían. Esa noche no agachaban las orejas. Sabían que al final de la misma más de una les abriría las piernas por un par de monedas. Algunas, incluso por un trago.

Lucio se llegó a la veterana que le gustaba y sin mediar palabra le enseñó lo que había pescado en la iglesia. No era mucho, pero suficiente. Ella miró con desprecio las monedas, contándolas al vuelo.

—Chiquillo —le dijo con tono burlón—, a lo mejor es tu noche de suerte. Vuelve dentro de un rato y si aún conservas la mayoría de esas monedas a lo mejor te hago un hombre.

—A lo mejor soy yo el que te hace a ti una mujer —le respondió Lucio, metiéndole la mano por debajo de la túnica y palpándole el sexo, frío como una ostra en Siberia—. Ja, ya te hueles que dentro de un rato esto será un tesoro para ti –le dijo, vengativo.

La prostituta soltó una carcajada mientras le agarraba con fuerza la muñeca y le apartaba la mano.

—Tú vuelve luego con esas monedas y veremos quién de los dos sale ganando.

Lucio se hizo un hueco a codazos en uno de los grandes bancos de madera que había apoyados contra la pared. El ruido era tan

ensordecedor como desagradable. "*Te vas a enterar esta noche de si soy un hombre, creída estúpida. ¡Vas a rabiar como una perra en celo!*", clamaba para sí, soliviantado porque lo tratara como a un niñato. "*Me vas a suplicar que pare, sí, y después te pasarás las noches rezando para que vuelva a hacerte gemir como ninguno de estos mierdas lo ha conseguido nunca*". Levantó la mano al ver al muchacho flaco y harapiento que llevaba las frascas de cerveza y éste se detuvo a su lado. Lucio le arrojó con rabia una moneda a la bandeja y cogió una de las frascas. Estaba furioso. Odiaba que lo trataran como a un crío. Y menos una prostituta.

A pesar de ello se armó de paciencia y se acomodó lo mejor que pudo en el banco, apoyando su ancha espalda contra la pared de piedra, cerveza en mano. Decidió que sería la primera y la última cerveza aquella noche. Necesitaba el resto del dinero para pagar a la veterana. Y además quería estar en plenas facultades para darle su merecido. "*A ver si después sigues pensando que soy un chiquillo. Te vas a enterar tú de lo que es un hombre de verdad*". La noche sería larga, sí, pero él podía ser paciente cuando quería.

El espectáculo levantó clamores y jaleos como si estuvieran en el circo. Las nuevas, abochornadas por el gentío, salieron en fila india de la trastienda y se colocaron tras la barra. El tabernero y sus dos ayudantes, tipos broncos curtidos a navajazos, mantenían el orden con barras de hierro para impedir una avalancha y que la gentuza las sobara gratis. Allí estaba reunida la hez de la sociedad y toda medida disuasoria era poca para evitar altercados, por lo que se empleaban con contundencia a la menor salida de tono del borracho de turno.

Las víctimas de aquella noche eran seis. Tres de ellas habían pasado con creces la edad casadera y la época de las lamentaciones. La experiencia les había secado las lágrimas y mantenían la mirada alta y desafiante, con el asco relampagueando en sus pupilas. La cuarta era una joven negra asustada pero valiente, que se mantenía firme en su desgracia. La quinta era el quinto, un chico de unos trece años que mostraba la resignación de a quien le han hecho aprender sumisión a palos. La sexta era apenas una niña aceituna de unos once o doce años y grandes ojos avellana, probablemente siria o de por aquellas tierras. Temblaba de pies a cabeza y no era capaz de levantar la vista del suelo, completamente aterrada.

Este vil espectáculo, que hubiera quemado la sangre de cualquier hombre cabal, excitó el deseo de la chusma convocada en aquel antro. Cuanto más temblaba la niña, más la deseaban. En una sociedad corrompida y desesperanzada, el dolor es morboso. Para aquella gentuza cobarde y desquiciada, cobrarse la virginidad de una niña aterrorizada era el colmo del placer. Por eso el tabernero, que conocía

bien su oficio y la catadura moral de sus clientes, dejó a la niña la última.

Las tres primeras suscitaron alguna bronca, pero no se llegó a mayores. No tardaron en adjudicarse a los más impacientes, que ofrecieron una cifra generosa a las primeras de cambio. Cuando le llegó el turno a la negra la cosa empezó a ponerse seria. Corrió la sangre, aunque sin peligro de muerte. La joven rondaba los dieciocho, por lo que era improbable que siguiera siendo virgen, pero su belleza no había sido estragada ni por la intemperie ni por los malos tratos. Su porte y maneras apuntaban a que habría pertenecido al servicio doméstico de algún rico y, muerto éste, desamparada, sin ahorros suficientes para valerse por sí misma, la manumisión legal por la muerte de su dueño había significado su condena. Las libertas nacidas y criadas en cautiverio en los palacios tenían buenos modales y estaban bien alimentadas, por lo que los traficantes se las rifaban. Al quedarse en la calle de un día para otro, sin familia ni amigos a quienes acudir, eran presa fácil de los desalmados.

Por el chico hubo más golpes, sin que llegara a correr la sangre en cantidades alarmantes. Saltaron algunos dientes por los aires, se rompieron un par de tabiques nasales y algún que otro hueso y se dislocaron dos o tres hombros, pero los gritos de dolor fueron ahogados por los truculentos gritos de raíz escatológica.

El plato fuerte, como era de prever, fue la niña. Lo anterior había sido el aperitivo. Con la puja de la niña, el deleznable espectáculo arrastró a la humanidad a su nivel más bajo, aquel en el que se codea con los gusanos. Insultos, puñetazos, cuchilladas, frascas utilizadas como proyectiles para romper crismas a diestro y siniestro. Era una jauría de perros salvajes enardecidos por el olor de la sangre. Unos cuantos energúmenos quisieron raptarla a la vista de todos; otros se abalanzaron sobre ella para manosearla, rasgándole la túnica y clavándole sus sucias uñas como garras carroñeras. Las barras de hierro se emplearon a fondo, dejando a unos cuantos descalabrados y anticipándole la viudez a más de una, en vista de lo malparados que terminaron algunos. El momento más dramático se vivió cuando un idiota fanfarrón exhibió su tesoro, una bolsa llena de monedas de plata. Alguien le atizó un manotazo y las monedas salieron volando por los aires. El idiota, viendo perdidos sus ahorros y la posibilidad de conseguir a la niña, encolerizado, la emprendió a golpes con todo lo que se movía a su alrededor, lo que tuvo un efecto contagio de inmediato. Además, las monedas desparramadas por el suelo eran un botín irrenunciable por el que muchos estaban dispuestos a matar.

Fueron muchos los que con los nervios y la inesperada ganancia a cuenta del idiota no supieron hacer bien las cuentas y otros tantos los

que intentaron colársela con monedas falsas, por lo que el tabernero, que de monedas y de cuentas algo entendía y no hacía distingos entre los ignorantes y los malintencionados, se hartó de lisiar clientes. Los demás se encargaban de rematar a los estafadores sacándolos a patadas y bofetadas de la taberna.

Un grasiento comerciante de ánforas hizo la puja más alta. Entre insultos, el cazurro, cuya envergadura triplicaba a la de la pobre criatura, agarró con violencia del brazo a su presa y la sacó arrastrando por la trastienda casi en volandas, con la túnica rasgada dejando al descubierto su anatomía sin formas y sollozando sin consuelo, sin la menor posibilidad de zafarse de su verdugo. Allí, en la trastienda, había unos cubículos andrajosos preparados para cometer los crímenes legales que se perpetraban en el corazón del que todavía algunos se ufanaban en llamar el corazón civilizador del Imperio.

Lucio había permanecido todo el tiempo sentado, sin inmutarse. A diferencia de otras ocasiones, en que había aprovechado los momentos de bronca para desahogar esa rabia incontenible que llevaba dentro, esta vez no había intervenido en ninguna de las peleas. Aunque no había ido con otra intención que la de acostarse con la altiva veterana, en ese momento la veterana no le importaba nada. Se había quedado hipnotizado con la niña. Algo se le había removido por dentro. No era deseo. Ni siquiera estaba seguro de que fuera pena. Sintió un extraño malestar como nunca lo había sentido en su vida, un asco salvaje, como si una serpiente ancestral le mordiera las entrañas.

Cuando abrió la puerta, las arcadas le llegaron a la boca con un espasmo de asco infinito. El comerciante, gordo y sudoroso, estaba aplastando bajo su peso a la niña, a la que le había anudado un pañuelo a la boca para que no la molestara con sus gritos. Las lágrimas de la niña se fundían con el sudor que caía en torrentes por el rostro baboso del pervertido.

Apenas tuvo tiempo éste de girar la cabeza para protestar por la interrupción cuando sintió el frío metal rajándole la garganta. La sangre salió a borbotones de su falsa sonrisa, mezclándose con la sangre del dolor irreparable de la niña. Lucio lo empujó para liberarla de su peso y su pesadilla. Cayó a plomo. La niña, aterrorizada, no se movió. Lucio se asomó a la puerta para asegurarse de que no había testigos. Tenía la mano que empuñaba el cuchillo empapada de sangre. Dejó el cuchillo en la cama y se limpió las manos con las sábanas lo mejor que pudo.

—Vamos, rápido, tenemos que irnos antes de que venga alguien –la apremió mientras hacía jirones la sábana, cortando un trozo limpio de

una esquina, del tamaño de una túnica pequeña—. Cúbrete con esto y sígueme —le dijo arrojándole el trozo de sábana—. Y límpiate la sangre de la cara.

Lucio se asomó de nuevo a la puerta.

—Vamos, ¿es que no me entiendes? Sé de un lugar, una iglesia, donde puedes quedarte sin miedo. Después veré qué hago contigo. Aunque no te prometo nada. Date prisa o nos matarán a los dos si nos descubren.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, sucedió algo que Lucio no iba a olvidar jamás. La niña cogió el cuchillo, que Lucio había dejado sobre la cama, y volviendo la punta hacia sí misma, sin vacilar, se lo clavó a la altura del pecho. Sabía bien dónde tenía el corazón. Le dolía demasiado.

Lucio salió de la habitación dando tumbos, más turbado que si estuviera borracho. Sentía unas profundas arcadas que no le venían sólo del estómago. Ni siquiera se acordó de salir por la puerta trasera. Por suerte, nadie notó nada raro en él. Tenía el aspecto de un borracho más, con la cara desencajada, convulsionado por las arcadas que le venían a cada paso que daba.

Lucio vio a la altiva prostituta contando con desgana las monedas que le extendía un harapiento que ya había empezado a sobarla con avaricia, y la miró como jamás lo había hecho antes, sin lascivia ni despecho.

Al salir a la calle dio grandes bocanadas de aire fresco, como si se ahogara. Probablemente, cuando se descubriera el crimen y se disiparan las nieblas etílicas, alguien podría atar cabos y acordarse de haberlo visto salir de la trastienda. Aunque en aquel momento no pensó en ello. No le importaba nada su suerte. Temblaba, por primera vez en su vida, como un niño huérfano.

Una rama de olivo

Tréveris

Habían pasado cinco días desde que Constantino pusiera fin a la tortura y el prisionero ni había vuelto a recibir visitas ni había sido reclamado para tener audiencia nocturna con el augusto. Al menos durante las horas de custodia de Marcial. Sin embargo, alguien le estaba curando las heridas, porque cada noche Marcial le encontraba las vendas limpias y un aspecto aseado. Su salud se restablecía de manera asombrosa. Marcial dedujo que el encargado del milagro debía de ser Amelius, que era descendiente de curanderos. Se notaba una mano detrás con ciencia y delicadeza. El obispo Osio no servía para eso. Más bien lo hubiera envenenado. Y el comandante, aunque visto lo visto puede que lo hubiera hecho con gusto, no tenía tacto para curar. Además era difícil creer que Constantino le permitiera esa intimidad, propensa a deslices de lengua. En cualquier caso, Marcial no hacía preguntas y seguía cumpliendo sus órdenes a rajatabla.

Cleo lo estaba volviendo loco. Desde que dejaron de torturar al prisionero, Marcial dormía algo mejor y se le notaba en la cara, lo que Cleo atribuía a que la burlaba con una amante y volvía a estar atacada de celos. Era un tormento. Lo sometía a sesiones maratonianas de sexo para quitarle las ganas de irse con otra, y entre combate y combate lo interrogaba con mil y una preguntas insidiosas que lo ponían una y mil veces en evidencia.

Cuando conseguía librarse de Cleo, los pocos ratos libres que tenía intentaba escabullirse del tumulto envilecido de palacio. El aire comenzaba a oler a muerte y cenizas y la atmósfera era cada vez más opresiva. A veces encontraba un patio vacío, a veces una piscina y otras los espléndidos jardines del anfiteatro. Éste era su lugar favorito.

Aquella noche, cuando terminó la guardia de rigor, el cielo estaba plomizo. "*Ojalá llueva*", pensó sin saber por qué. Fue al dormitorio de Cleo. No había nadie. Típico de ella, conjuraba los celos con infidelidades. Aun así se acostó en su cama. No le importaba. Incluso lo agradecía. Necesitaba tranquilidad.

Pudo dormir un poco, y en cuanto amaneció se levantó. Había clareado. No llovería.

Decidió pasear por el jardín del anfiteatro. A esas horas solía estar vacío y Marcial ansiaba la soledad. Necesitaba pensar y aclarar sus ideas. Le hubiera gustado irse lejos, embridar un caballo y cabalgar a galope tendido por el campo; cabalgar hasta sentir las piernas doloridas, hasta desfallecer, pero tenía órdenes expresas de no salir del recinto imperial bajo ninguna excusa y lo más parecido al bosque que tenía a mano era aquel jardín.

Apenas llevaba diez minutos paseando cuando vio una sombra tras el arco de uno de los vomitorios del anfiteatro. La vio avanzar y adivinó su paso por la regularidad con que asomaba tras los espléndidos arcos de mármol, dispuestos a trechos regulares. Quien quiera que fuese recorría el corredor semicircular a paso firme, con un propósito definido. Marcial siguió caminando, aunque vigilando de reojo al intruso. Era demasiado temprano para los trabajos de limpieza del fastuoso monumento. Entonces tuvo una intuición desagradable. Desde la llegada del prisionero, Marcial tenía la sensación de que el obispo lo espiaba. Se lo cruzaba con demasiada frecuencia por palacio y no podía ser casualidad. El obispo lo saludaba cortésmente, con su flema de siempre, pero su mirada era inquisitorial, como si pensara que el influjo del prisionero estuviera alterando su naturaleza y debiera vigilarlo de cerca para observar su mutación. Su aspecto pacífico era una máscara que se cuarteaba por momentos. Marcial se obligaba a sonreírle con la misma hipocresía, a rebajarse a su altura y disimular que no pasaba nada, pero sí que pasaba: le inquietaba y llenaba de pavor verlo cerca del augusto, influenciando sus pensamientos, envenenándolo con sus supersticiones. Después de verlo asistir a la tortura del prisionero sin decir esta boca es mía, empezaba a crecerle un recelo por dentro como una serpiente astuta e intuitiva. O no le habían explicado bien los preceptos del cristianismo o la conducta del obispo era poco cristiana. Algo le olía a podrido. Si ése era el nuevo proceder para crear el Reino del Cielo que auguraban los cristianos… ¡Que se lo llevasen los diablos si, a juzgar por lo visto, no sería más de lo mismo de lo ya conocido! ¿Qué narices tramaba Osio conspirando todo el día junto a Constantino? ¿Por qué no intentaba detener la guerra que se avecinaba en lugar de tomar partido por uno de los bandos? ¿Acaso le agradaba la idea de ver a Roma desangrada en una guerra fratricida? Divide y vencerás… Aunque no tenía sentido en este caso. Los cristianos debían saber que el vencedor saldría temporalmente debilitado, pero pronto sería mucho más poderoso que al inicio. Y ellos no tenían un ejército organizado para darle el golpe de gracia antes de que se rearmara de nuevo. Entonces, ¿cuál era la estrategia? Y sobre todo, ¿cuál era el objetivo?

La intuición no le falló a Marcial. Una figura grande y aplomada emergió como un fantasma por uno de los arcos laterales que daban a la escena. Por la determinación con que Osio bajó las escaleras y se adentró en el jardín encaminándose hacia él, Marcial supo que no era un encuentro casual.

—¡Qué maravilloso día para pasear! —exclamó Osio a modo de saludo, luciendo una cordial y abierta sonrisa mientras acariciaba unos lilos protegidos del frío por una pequeña carpa. Una sinuosa acequia, cuya corriente era apenas un imperceptible hilo transparente de agua, regaba todo el jardín.

—Buenos días —respondió lacónicamente Marcial, desconfiando de la campechanía del cristiano, que le pegaba tanto como una armadura o una azada. No entendía su buen humor estando las cosas como estaban.

—Supongo que toda esta situación te está estresando —le dijo Osio respirando profundamente y sacudiendo de un plumazo realista su sonrisa de confesionario y su intento fallido de entablar una conversación amistosa. La patente animadversión de Marcial no se avenía a ello y Osio comprendió que era mejor abordar el problema de frente, sin florituras de etiqueta ni lugares comunes—. Yo llevo dos semanas sin pegar ojo —dijo compungido, dispuesto a la franqueza—. Los caminos del Señor son inescrutables.

Marcial se contuvo las ganas de contestarle. Para él lo que le habían hecho al prisionero poco tenía que ver con designios divinos sino con la crueldad humana, cobijo de la envidia, los complejos y la ambición desmedida. Marcial se preguntó qué camisa le encajaría al obispo. Y en cuanto a que llevaba dos semanas sin dormir, lo dudaba. No lo diría por su aspecto. Desde luego no sería por los remordimientos. Marcial conocía las ojeras de los remordimientos, y las que lucía Osio se asemejaban más a las que provoca el miedo cuando alguien pierde el control sobre algo que creía dominado.

Osio comenzó a pasear por el jardín, invitándolo con un gesto a alejarse del anfiteatro para adentrarse en un terreno más íntimo y confidencial. Marcial lo acompañó manteniendo un silencio prudente, barruntándose la gravedad del encuentro.

—Sé que no te soy simpático —se lamentó Osio apenas anduvieron unos metros, incontinente, decidido a abrir el melón a cuchilladas—. Sé que muchos desconfiáis de mí, que pensáis que soy un intrigante y trato de ganarme al augusto para mi causa con mil ardides.

—¿Y acaso no es verdad? —le preguntó Marcial con una frialdad hiriente.

—Si conocieras mis tribulaciones cambiarías de opinión —

respondió el obispo con pesadumbre—. No digo que acabaras apreciándome, pero estoy seguro de que se apagaría ese destello de odio que percibo en tu mirada. No soy el demonio que te figuras. La causa que defiendo ni siquiera es en mi interés personal. Al contrario, acabará destruyéndome. Si pudiera explicarte las cosas, y tú comprenderlas, te pondrías de mi lado.

Esta revelación, casi confesión a medias, desconcertó a Marcial. Tenía valor reconocerle al enemigo que le dolía su inquina. Por un momento se apiadó de él y apreció su expiación como gesto conciliador. A fin de cuentas nadie sabe a ciencia cierta los resortes que mueven a actuar a los demás, pero tenía demasiado presente el cuerpo lastimado del prisionero como para bajar la guardia y confiar en él.

—¿Conoces la historia de Pedro y Cornelio? —le preguntó Osio en un tono instructivo que a Marcial le pareció patético.

Marcial titubeó antes de responder. Se preguntó si pretendía liarlo con una de esas parábolas a las que eran tan aficionados los cristianos y con las que enredaban a las mentes obtusas.

—No, no la conozco —respondió con desinterés, aunque enterrando momentáneamente el hacha de guerra.

—Pedro es nuestro gran apóstol, a quien nuestro Señor designó por su sucesor —le explicó Osio, satisfecho por el amago de victoria. Si tenía tacto, se convenció, conseguiría llevárselo a su redil. Marcial no tenía mal fondo, se dijo, sólo malas influencias como todos los paganos. "*El demonio señorea sobre Roma*", pensó con disgusto.

—No sabía que los dioses nombraban sucesores entre los mortales.

El comentario ni siquiera fue malintencionado, sólo irónico en un acto reflejo de defensa de Marcial, aconsejado por el recelo a no ablandarse, pero prendió una llama irreconciliable de rencores. A veces las chispas más fortuitas provocan los peores incendios. Así fue esta vez. Osio, con la sensibilidad a flor de piel, acusó la agudeza y frunció el ceño con disgusto, provocando un efecto contrario de iguales proporciones. La cordialidad que milagrosamente había empezado a tomar asiento entre ambos se desvaneció por ensalmo para enfrentarlos en sus más profundas y desalmadas desavenencias. El disimulo y las buenas intenciones dieron paso al desprecio indisimulado.

—Es una forma de hablar —le contestó Osio con genio, suspirando por la oportunidad perdida—. Lo que nuestro Señor hizo fue confiarle el liderazgo para construir su Iglesia. Por ello le dijo: "*Sobre esta piedra construiré mi iglesia*", haciendo un hábil juego de palabras con su nombre, Pedro, que procede de la piedra.

—¿Entonces vuestro Señor también era poeta? —le preguntó Marcial, esta vez sí, con sarcasmo—. Dejar a la humanidad en manos de alguien sólo porque su nombre se presta a *un hábil juego de palabras* —lo parafraseó con mordaz ironía— es sin duda cosa de poeta.

Osio se mordió la lengua. No se había imaginado que encontraría tanta resistencia, tanto encono, tantos matices y sutilezas despuntando de un odio vulgar soterrado baja capas de ignorancia.

—Obviamente, no fue ésa la razón —respondió con sequedad, aunque con un tono todavía apaciguador—. Bueno, no importa. La cuestión es que Cornelio era un centurión romano fiel al Imperio, pero también era temeroso de dios.

—¿De qué dios? —preguntó Marcial con insolencia. Se acordaba del prisionero y se encabritaba, no podía evitarlo—. Hablas como si dieras por sentado que todos creemos en vuestro único dios. Hasta donde yo sé hay muchos dioses. Y el vuestro sólo es uno más. Ni siquiera el más importante.

Osio cerró los ojos y sintió que una corriente lo electrizaba, hirviéndole la sangre de manera peligrosa. Necesitó recordar la trascendencia de su misión para calmarse. Sintió con deleite perverso el peso de la cruz en sus espaldas y los escupitajos, patadas e insultos de la plebe ignorante y cruel. Un soldado, se dijo, no haría desfallecer sus propósitos y desviarlo del camino correcto. No lo conseguiría ni atacando a su orgullo. "*El orgullo es pecado*", se recriminó para no caer en la tentación.

—Nosotros creemos que sólo hay un dios —dictaminó Osio con una mesura encomiable, conteniéndose las ganas de hacerle pagar cara la blasfemia. Las muchas blasfemias que escupía su boca sacrílega. "*Mi misión trasciende mi orgullo*", se repitió mientras respiraba profundamente.

—En cualquier caso, la historia que quieres contarme empieza mal —arguyó Marcial, combativo, resistiéndose a caer en la que suponía una trampa del taimado obispo. "*¿Le irá con este tipo de majaderías al augusto?*"—. Es difícil de creer que un centurión romano temiese a vuestro dios —Marcial observó con satisfacción el malestar de Osio—. Pásate por Jerusalén y busca el templo que los judíos le levantaron a vuestro dios, ellos, que son su pueblo elegido. Porque vosotros le habéis robado el dios, ¿verdad? —le dijo con maldad, sabiendo que ésta era la forma más efectiva de buscarle las cosquillas a los cristianos—. El emperador Tito destruyó el templo hasta los cimientos. Y vuestro dios, tan cruel y vengativo como lo pintáis para atemorizar a vuestros fieles, no movió un solo dedo contra Roma. Así que ¿por qué iba a temerlo ningún centurión romano?

—La historia que trato de contarte sucedió antes de la destrucción del templo de Jerusalén —lo corrigió Osio, mordiéndose de nuevo la lengua, intentando dar una falsa apariencia de control. El soldado se le estaba atragantando—. En cualquier caso, era el templo de los judíos, no el de los cristianos.

—Pero es el mismo dios, ¿no? La ofensa sería la misma.

—Sí y no… Ahora es el dios de los cristianos, no de los judíos —insistió el obispo.

—¿Y entonces a quién adoran ahora los judíos?

—Pregúntaselo a ellos —respondió Osio malhumorado.

Marcial lo miró de hito en hito, de forma burlesca. Era tan insostenible el argumento del obispo que fue suficiente una sonrisa para desquiciarlo.

—Yo lo que creo es que vuestro dios no se atrevió a ponerle la mano encima al emperador Tito porque sabe que los dioses que protegen a Roma son más poderosos que él. Sin duda deberíais aprender de vuestro dios. Es mucho más sensato que vosotros. Sabe medir sus fuerzas.

El rictus crispado de Osio dio alas a la invectiva de Marcial, arrojado a un torbellino vengativo en memoria del desuello del prisionero, de la intrusión del obispo en los asuntos imperiales y de la guerra fratricida que sembraría Roma de cadáveres y con la que inexplicablemente los cristianos parecían conformes.

—Nunca he entendido el odio que os profesáis cristianos y judíos cuando veneráis al mismo dios y supuestamente deberíais amaros entre vosotros —dijo lanzándose a degüello.

—Los judíos nos odian porque no aceptan que Jesús fuera uno de ellos y que Dios haya trascendido su religión para redimir a toda la humanidad —lo aleccionó con falsa mesura y continencia el obispo—. No toleran haber dejado de ser el pueblo elegido.

—¿Entonces el vuestro es un dios que cambia de bando según avanza la partida? ¿Qué dios es ése que prefiere a los hijos *buenos* de otros dioses antes que a los suyos propios por salirles díscolos? Eso va contra natura. Todo padre prefiere a los suyos, por feos y malos que sean, antes que a los del vecino.

Osio se puso amarillo por la bilis que le subía a raudales y le amargaba el paladar. Marcial sonrió.

—¿El prisionero es un fanático judío? —se le ocurrió preguntar, aparentando más indiferencia de la que realmente sentía. Se le vino a la cabeza la idea y le pareció que podría encajar algunas piezas.

—No, no es un fanático judío —le respondió Osio recuperando su

flema pedagógica. Era perro viejo y sabía hurgar en la psicología humana. No le pasó desapercibido el interés de Marcial por la cuestión.

—Volvamos a tu cuento —se le adelantó con un acto reflejo Marcial, intuyendo que había descuidado el flanco y Osio estaba a punto de descargarle un golpe que equilibrara la partida—. Vale, te concedo que el tal Cornelio todavía no supiese que vuestro dios no es tan poderoso y que se podía destruir su templo sin sufrir ningún castigo. ¿Y qué? Aun así sigue siendo inverosímil. Un soldado fiel al Imperio sólo teme a su emperador. A los demás dioses los respeta. Es lo que dicta el sentido común. Si abrazaba esa fe monoteísta e intransigente con los demás dioses, no podía venerar al emperador al mismo tiempo, así que si fuera cierta la historia que me quieres contar debes dejar claro desde el principio que me estás hablando de un renegado. No me cabe ninguna duda de que nuestro augusto Constantino lo habría hecho ajusticiar por traidor.

Al obispo se le torció la boca por la indirecta. Marcial no le estaba poniendo las cosas fáciles. Pero discutir sería contraproducente para su misión.

—Era un centurión fiel a su emperador, y aun así respetaba a nuestro dios —concedió Osio esgrimiendo su mejor sonrisa. No quería polemizar inútilmente con él. "*¿Sabrá este imbécil la cantidad de cristianos que hay en las legiones?* —pensó con malicia vengativa—. *Algún día se llevará una buena sorpresa. Y va a suceder antes de lo que piensa*".

—Eso es distinto —aceptó Marcial—. Roma nunca dejó de respetar a ningún dios. Sois vosotros los que no respetáis a los dioses de los demás.

El obispo carraspeó para sosegarse.

—Bien, te voy a resumir la historia tanto como pueda, a ver si así me dejas terminarla —dijo recomponiéndose y forzando una sonrisa amistosa—. Resulta que un ángel se le apareció al centurión para que llamase a Pedro y al mismo tiempo se le apareció a Pedro para que estuviera receptivo. Tuvieron un encuentro y Cornelio aprendió que Dios es el único y verdadero dios, y Pedro aprendió que Dios es el dios de todo el que crea en él, no sólo de los judíos.

—Déjate de cuentos y dime dónde quieres llegar, porque si quieres jugar a ser Pedro y hacer de mí un Cornelio estás perdiendo el tiempo —le espetó Marcial con insolencia. A cada momento se le atragantaba más la actitud santurrona del obispo. No podía olvidar que había asistido impasible a la tortura del prisionero.

—La moraleja es que los que se creían enemigos comprendieron

que eran hermanos y que debían caminar juntos.

—Ésa es tu moraleja. Yo podría encontrarle otra moraleja a este cuento. Aunque reconozco que ésta tiene su gracia. ¿La has compartido con el augusto? ¿Le has propuesto que haga las paces con Majencio y que compartan su mitad del Imperio en amor y compañía?

Osio frunció el ceño en señal de disgusto.

—¿Quieres saber la moraleja que extraigo yo de tu cuento?

—Sé que no entiendes qué hago yo metido en todo esto —lo atajó el obispo, intuyendo que la moraleja de Marcial sería una gran blasfemia. El soldado atacaba de frente. Lo había subestimado. No era ningún idiota. Lo sabía en una situación comprometida y aprovechaba su posición de fuerza. Tenía que ir al grano o perdería la cosecha—. Te preguntarás cómo un hombre de Dios puede participar en un acto… de tortura —masculló con voz apesadumbrada, en tono confesional—. Aunque no lo creas, lo hago para evitar males mayores. Porque a veces el sacrificio de uno puede salvar a millones. Nuestro Señor nos dio el ejemplo.

—A lo que yo sé, presumís de que el sacrificio de vuestro Señor fue voluntario –le espetó Marcial, cada vez más incómodo—. En cambio el prisionero no ha manifestado su voluntad de inmolarse por el bien de nadie. Ni por millones, ni por la humanidad entera. Seguramente ni por uno solo. Has de reconocerme que hay una gran diferencia entre inmolarse por propia voluntad e inmolar a otro por interés propio. Lo primero es una locura; lo segundo un acto criminal.

—¿Consideras un criminal al augusto? —contraatacó Osio.

—A él no. A los que lo aconsejan mal, sí.

—¿Tú sabes quién es el prisionero? –le preguntó Osio intuyendo que el prisionero no le era indiferente a Marcial.

—No lo sé —se apresuró a responder Marcial—, pero dudo que su sacrificio pueda servir para salvar a millones. En cambio ha sido la causa de la muerte de dos valientes —dijo aludiendo a los soldados que lo habían custodiado hasta palacio—. Tú ya no te acordarás de ellos —dijo mirándolo con severidad a los ojos—, pero para mí ellos sí que eran como hermanos.

El obispo pudo apenas respirar con normalidad ante la clara alusión a las persecuciones y matanzas de cristianos. Las sutilezas comenzaban a ser sangrantes.

—Sé que no es tan sencillo entenderlo cuando se vive en la ignorancia —dijo Osio respirando profundamente—. Ese hombre… Yo entiendo que tú sólo veas a un pobre desgraciado que ha sido castigado horriblemente, pero yo tengo una visión distinta, porque yo

sé cosas que tú no sabes. Ese hombre es peligroso. Muy peligroso. Mucho más de lo que imaginas. Las apariencias engañan. Ese hombre puede destruir el mundo.

Estas palabras, lejos de parecerle irrisorias por exageradas, resonaron con un eco brutal de verdad en sus entrañas. Marcial había sentido esa fuerza del prisionero la primera y única vez que tuvo el valor de enfrentar sus ojos; lo sintió en lo más profundo, en lo más atávico, en el gen sabio que habita en las honduras del subconsciente humano como memoria de tiempos inmemoriales, del principio de los tiempos, antes de que la historia enlodara la verdad. Ese hombre era distinto del resto, lo sabía, lo había sentido, había verdad en él. No creía que llevase el germen de la destrucción como sugería el obispo, pero sabía que sería posible. Si alguien pudiera hacer algo así, sin duda sería él.

—Entonces… —titubeó Marcial—, ¿no es un cristiano?

—¿Un cristiano? ¡Ese hombre es Satán! —proclamó Osio con una voz estentórea y fúnebre cargada de terror.

Durante un largo minuto se sostuvieron las miradas en silencio, calibrando el impacto de la revelación. Marcial no era hombre de fe, más allá de la fe debida a los dioses del Olimpo, unos crápulas degenerados que rara vez se inmiscuían en los asuntos humanos. Desde luego no creía en un dios que vivía sólo pendiente de jorobar a los suyos con una vigilancia policial y exigencias de solterón aburrido. Y menos todavía mediante el chantaje de la vida eterna. Ni los peores dioses del Olimpo eran tan crueles. Y eso de Satán le sonaba a majadería, a chivo expiatorio para exculpar de toda la miseria que había en el mundo a ese dios celoso que sólo amaba a las criaturas sin sangre, dóciles y sumisas hasta el vómito. Sin embargo recordaba la mirada del augusto al despedir al prisionero al borde de las escaleras, y no era la mirada de un semidiós midiendo a un pordiosero, era la mirada de un hombre que se ha enfrentado a un misterio que lo supera y lo intimida, de ahí la mezcla entre el miedo y la admiración que descubrió en sus ojos.

—Sé lo que estás pensando —dijo el obispo adivinando sus pensamientos—, piensas que ese hombre sólo muestra bondad, incluso cuando se le aflige la tortura más despiadada, pero eso me reconocerás que no está en la naturaleza humana, tanta bondad. Pensarás que es imposible con esa cara inocente, que salta a la vista que es un buen hombre, un hombre recto, pero es que el demonio puede adoptar mil disfraces. Vuestros dioses adoptan la apariencia de hombres e incluso de animales para seducir y acostarse con las mujeres, ¿por qué te parece tan extraño que el demonio adopte la fachada de un santo para engañar a los hombres? Tengo que pedirte

un favor —dijo Osio cambiando drásticamente el tono de su voz, que pasó a ser suplicante—. Tú eres el único que puede acercarse al prisionero a solas. Sé que lo que te pido es un acto de fe, pero debes confiar en mí. Yo no puedo entregárselo —dijo sacándose de la manga una rama de olivo—. No quería comprometerte, pero me veo obligado a ello por la gravedad del asunto.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó Marcial, todavía remiso, mirando con desconfianza la rama de olivo, pero con el ánimo flaco, vencido. Se resistía en su fuero interno a aceptar una hipótesis tan descabellada y quería decirle que el prisionero no era peligroso, que no tenía la mirada llena de odio y rencor, que él conocía la mirada de los criminales, pero ¿por qué entonces Constantino se tomaba tantas molestias con él? Lo único cierto es que no era un hombre común.

—Quizá sea la única forma de salvar el mundo de su destrucción —lo apremió Osio.

A Marcial le recorrió un escalofrío la espina dorsal.

—¿Y por qué he de creerte?

El obispo le alargó el trozo de madera. Marcial frunció el entrecejo, reticente a cogerlo. ¿Sería una trampa?

—Dáselo en cuanto puedas —lo apremió Osio, forzándolo a cogerlo —. Y tienes que guardarme el secreto. Esto puede salvar muchas vidas.

—¿Vidas de cristianos? —preguntó Marcial en un último estertor de rebeldía.

—¿Crees que le causaría tantos desvelos al augusto si sólo representara un peligro para los cristianos? No nos aprecia tanto.

—¿Y por qué hay que hacerlo a sus espaldas?

—Porque quiero salvarle la vida.

Esta confesión cogió desprevenido a Marcial.

—¿Quieres salvarle la vida al principal enemigo de tu religión? —preguntó atónito.

—Al principal enemigo de la humanidad —matizó Osio—. Sí, no me mires así, creo que se puede pactar con el diablo. Su alma también es recuperable. Si lo matamos, antes o después lo sucederá otro demonio y el problema será eterno. Es mejor convertir a éste a la causa justa.

—¿Y por qué no se lo explicas al augusto? Con su aquiescencia todo sería más fácil.

—¿Crees que no lo he intentado? —le preguntó Osio con cierta suficiencia que volvió a despertar recelos en Marcial—. Constantino es

un augusto de los pies a la cabeza —le aclaró con un tono mucho más humilde, casi trágico—, y los augustos no dialogan con sus enemigos. Si no se rinden, los aniquilan.

Unos niños aparecieron de repente en los jardines como un río de locura. Marcial escondió instintivamente la rama de olivo en la manga de su túnica. Cuando la marabunta pasó y quiso dirigirse de nuevo hacia el obispo, éste había desaparecido. Aprovechando la algarabía, Osio se había escabullido como una sombra para no darle más explicaciones.

Marcial no entendía nada y estaba muy mosqueado con la actitud evasiva del obispo. Recelaba de que una rama de olivo pudiera salvar o condenar a millones de almas, pero por la remota posibilidad de salvar al prisionero le pareció que, a pesar de todo, merecería la pena intentarlo.

Enemigos irreconciliables

Tréveris

—¿Crees que el prisionero puede ser un cabecilla cristiano? –le preguntó el comandante al pretor en la primera oportunidad que tuvieron de hablar a solas tras la tortura del prisionero.

—A ésos no es necesario torturarlos para que canten, basta con que les pongan delante un estofado y desembucharán hasta las heces —respondió con retranca Cayo Publio, aunque la cara de pocos amigos del comandante lo disuadió de andarse con bromas—. No te confundas, una cosa son los soldados y otra los generales. Y el cristianismo no es ninguna excepción. Fíjate en Osio.

—Si Constantino quiere tener a los cristianos de su parte no tiene sentido que los torture –reflexionó en voz alta el comandante, incapaz de aceptar esa posibilidad—. ¡Que me aspen si ése es un cristiano!

—Pues yo no descarto que sea un recado para el resto de disidentes —insistió Cayó Publio, cada vez más sorprendido por la reacción visceral del comandante—. ¿Cómo si no piensa meterlos en vereda?

—Osio no es idiota –le replicó con aspereza el comandante—. Si el prisionero fuera cristiano no le convendría convertirlo en un mártir y fortalecer así a sus enemigos.

—Puede que nuestro querido Osio haya subestimado a nuestro amado augusto y que éste haya tomado un rumbo distinto al que aquél esperaba –deslizó viperinamente Cayo Publio.

El comandante masculló entre gruñidos esa posibilidad.

—¿Sabemos algo del Senado? –preguntó Cayo Publio, pensando que había llegado la hora de asegurarse de que el comandante estaba de su lado—. En lugar de jugar con los cristianos, más nos valdría enviar emisarios con oro y promesas para ganarnos su apoyo.

—¿Crees que Constantino no ha pensado en ello? —le respondió el comandante con acritud.

—No, no dudo que haya pensado en ello —se apresuró a corregirse

Cayo Publio. Cuestionar las aptitudes políticas de Constantino podía considerarse alta traición—. Pero, ¿se sabe algo, se han pronunciado?

—No —respondió con sequedad el comandante.

"*¡Imbécil!*". Al pretor se lo llevaban los diablos la testarudez y falta de perspicacia del otro. "*El idiota no comprende que en esta guerra estamos en el mismo bando. Ya habrá tiempo de repartirse el botín, desgraciado. Ni a golpes de maza podría hacerle entender que a lo mejor nos convendría a nosotros pactar directamente con el Senado. Este ignorante no comprende que Constantino irá mucho más lejos que Diocleciano en su reforma de la administración. Los dos estamentos van a ser divididos hasta límites insospechados. Yo no alcanzaré a gobernar en solitario ninguna provincia, pero tú tampoco, necio, la prefectura o el consulado que anhelas, con mando absoluto sobre las legiones occidentales. Si no fueras tan cretino podríamos pactar una estrategia común con el Senado para que eso no ocurra. Porque será ahora o nunca*".

Cayo Publio miraba de reojo al comandante para ver si cedía un ápice y comprendía la situación, pero el comandante lo miraba con un aire de suficiencia desolador. "*¡Por Júpiter, en mi vida he visto una cabeza tan dura!*", maldijo para sí el pretor.

—¿Crees que el Senado tiene todavía autoridad moral para movilizar al pueblo? —le preguntó, arrimándose al fuego. Acrecentaba el peligro de quemarse, pero total, ya estaba comprometido. Quizá así el comandante comprendiera lo que le estaba insinuando.

—¿De qué autoridad moral hablas? —El tono del comandante fue inflexible y soberbio—. ¿Desde cuándo al pueblo se lo compra con ética? Al pueblo le importa un pimiento quién gobierne mientras no le falte el pan a la mesa.

—Bueno, entonces podemos estar seguros de que Majencio no será muy popular —replicó Cayo Publio, obviando el tono seco y desabrido del comandante—. El pueblo de Roma debe de estar bastante descontento con Majencio. Constantino se ha encargado de que sus sempiternos problemas por la falta de cereal y vino y las flagrantes corruptelas, bien visibles a los ojos del pueblo, se agraven en los últimos meses. Que le pregunten a Sempronio cuánto ha debido financiarle sólo para sobornar a los capitanes de las carracas y que desvíen los cargamentos de trigo hacia la Galia e Hispania. Y para corromper a los pocos magistrados que quedaban honrados. El ambiente debe de estar caldeado. Aquello debe de ser una olla a presión. El pueblo estará que trina. Así al menos se evitará que salgan en su defensa y que Roma se convierta en un baño de sangre.

El comandante lo miró con desprecio de clase, dándole a entender que le importaba un carajo que la población entera de Roma fuese

aniquilada. Muy distinta, en cambio, era su opinión sobre la influencia del banquero Sempronio. No le veía la gracia por ningún lado. Había estudiado a fondo la historia y encontraba peligrosas analogías. Salvando las distancias, Constantino le recordaba a César y Sempronio a Craso. También César, en su día, conspiró con dos banqueros, Pompeyo y Craso, y todos sabían cómo terminó aquello: fue el fin de la República y el comienzo de las dictaduras.

—Majencio se va a arrepentir de haber derribado las estatuas de Constantino en Italia —dijo Cayo Publio forzándose a una sonrisa de complicidad. Al menos en esta guerra el comandante no podía tener dudas de que iban de la mano—. Sí, se va a tragar fundidas las monedas que ha acuñado en honor de su padre. ¡Ahora, a estas alturas, quiere deificarlo! ¡Se puede ser más hipócrita!

—No es hipocresía —lo corrigió el comandante con altivez, como si fuera imbécil—. Majencio quiere ganar para su causa a los simpatizantes que todavía quedan de su padre. Y de paso justificar sus acciones como el acto legítimo de venganza de un hijo devoto.

—Su querido padre, el augusto Maximiano, renegó de él y se refugió en la corte de Constantino, a la sazón su yerno.

—¿Y qué hizo sino traicionar la generosidad de Constantino? —le preguntó el comandante con inquina—. Es obvio que Majencio lo vende ahora como un pacto secreto que tenían entre su padre y él para derrocar a Constantino.

—Pero si fue Maximiano quien legalizó a Constantino, previo casamiento con su hija Fausta como prenda de esa alianza…

El comandante lo miró con recelo y se calló, sin darle más explicaciones. Cayo Publio se quedó dubitativo. "*Ciertamente, para personas tan retorcidas, sería una estrategia plausible*". Nunca se le había ocurrido pensar en ello. Comenzó a ordenar su memoria para ver si tenía sentido. "*Veamos* —se dijo—*, en el 305 Maximiano abdicó junto a Diocleciano tras veinte años de reinado. Eran las reglas de la tetrarquía impuesta por Diocleciano. Dos augustos y dos césares nombrados por los primeros atendiendo a sus méritos, sin posibilidad de elección entre familiares. Fin de las líneas dinásticas y las luchas de poder. Veinte años máximo de reinado de los augustos y sucesión automática de los césares. Pero sólo un año después de haber abdicado, en el 306, Maximiano volvió a proclamarse augusto para apoyar a su hijo Majencio, ilegítimamente autoproclamado augusto a semejanza de Constantino, que había hecho otro tanto meses antes al morir su padre, el augusto Constancio. La tensión y el odio entre ambos advenedizos fue inmediata. Entonces, en el 307, Maximiano intentó derrocar a su hijo Majencio para recobrar por entero sus posesiones, pero las tropas se alinearon con Majencio y Maximiano*

tuvo que huir a Tréveris con su yerno Constantino, porque antes de enfrentarse con su hijo tuvo la habilidad de casar a su hija Fausta con Constantino como condición para reconocerlo como augusto. A cambio, Constantino tuvo que revalidar la antigua alianza entre Maximiano y su padre, Constancio, por la que se dividían Occidente entre ellos. Constantino aceptó, pero con la condición de que se mantendría neutral en las contiendas entre Galerio, el legítimo augusto, y ellos, padre e hijo. La pregunta es, ¿por qué las viejas tropas de Maximiano apoyaron al advenedizo de su hijo en lugar de a su viejo emperador, al que habían servido lealmente durante veinte años? Ajá, esto es sospechoso. Sigamos. En el 308, Diocleciano y Galerio, el legítimo augusto del Imperio oriental, en el Concilio de Carnuntum obligaron a Maximiano a renunciar a sus ilegítimas pretensiones de volver a ser augusto de Occidente. No me puedo olvidar que Galerio nunca aceptó a Majencio como legítimo heredero, pero sí a Constantino, aunque como César, nombrando augusto de Occidente a Severo, al que envió a derrotar a Majencio. ¡Qué lío! No, espera. Pongamos orden. Severo, el legítimo, fue derrotado por Majencio, el advenedizo. Entonces, muerto Severo, Galerio nombró en su lugar a Licinio, nombrándolo augusto de Occidente, aunque en realidad sólo gobernaba Iliria, Tracia y Panonia, porque el resto se lo repartían los advenedizos, Majencio y Constantino. Al morir Galerio, Licinio lo sucedió como augusto de Oriente. Pero ahora Licinio se bate con Daia, otro advenedizo que se ha autoproclamado augusto y tiene bajo su poder Egipto y Siria. A ver, que me pierdo —Cayo Publio hacía notables esfuerzos por poner orden en el lío monumental de disputas, sucesiones ilegítimas, advenedizos y rencillas en que se desangraba el Imperio—. *Galerio era enemigo de Majencio y Maximiano, pero no de Constantino… La cuestión es que Maximiano agachó las orejas y obedeció, como siempre hizo ante Diocleciano. Desde el 308 hasta el 310 estuvo tranquilo, viviendo en Tréveris con su yerno Constantino y su hija Fausta, sin dar problemas, ganándose la confianza de Constantino. Pero hete aquí que en el 310, aprovechando que Constantino tuvo que ir a una campaña contra los francos, intentó destronarlo en su ausencia. No calculó bien la ascendencia que Constantino tiene entre los suyos, quienes no cedieron a sus sobornos e insidias y de nada le valió huir a Marsella para poner rumbo vete a saber dónde, porque fue capturado y arrestado. Hasta ahora todo apuntaba a la locura de un hombre tan ambicioso como torpe, pero ¿y si hubiera estado todo meticulosamente planeado junto a su hijo Majencio para entre los dos deshacerse de Constantino con esta estratagema, fingiendo que se peleaban entre ellos para tener la excusa Maximiano de acudir al refugio de Constantino y ganarse así su confianza, traicionándolo después a la primera oportunidad que se le presentara?”.*

Llegado a este punto de la reflexión, Cayo Publio ya no sabía qué pensar de todo el asunto. Quizá el comandante llevara razón.

Entonces, como para querer dar un respiro a su mente, recordó una anécdota que siempre le pareció muy graciosa.

De lo que se estaba acordando era de la versión teatral que Constantino dio sobre la muerte de su suegro Maximiano, haciendo circular la versión oficial de que perdonó la traición de su suegro, como buen yerno, pero que era tal la maldad de Maximiano que, lejos de agradecérselo, intentó después asesinarlo mientras dormía. Sólo gracias a la lealtad de su querida esposa Fausta pudo salvarse, pues ésta, al conocer el pérfido plan de su padre, lo denunció, prefiriendo cumplir con sus deberes conyugales antes que con los filiales. Constantino, al que le costaba creer que pudiera haber un corazón tan desagradecido, obligó a un eunuco a dormir en su lecho para salir de dudas. Y se mostró así que era verdad la denuncia de Fausta, porque Maximiano se coló en mitad de la noche y apuñaló sin piedad al pobre eunuco pensando que era su yerno Constantino. Entonces, pese a su corazón generoso, a Constantino no le quedó ya más remedio que sentenciar a muerte a su suegro. *"¿Se habrá creído alguien ese cuento?* —se preguntó divertido Cayo Publio—. *Fausta tenía motivos para no amar a su padre, pero ¿qué motivos tiene para amar a su marido?"*.

—¿El compromiso de Licinio es firme? —le preguntó al comandante, arrancándose de sus reflexiones—. Porque si ha jurado en falso caerá sobre el vencedor y lo barrerá del mapa sin despeinarse.

Cayo Publio, harto del ofensivo mutismo del comandante, había decidido jugar fuerte. Sabía que la lealtad de Licinio era de suma importancia para el comandante, puesto que su mujer e hija, que vivían en su aldea natal, estaban bajo la jurisdicción de aquél. Un tropiezo entre ambos augustos podía suponer que Licinio las tomara como rehenes o incluso algo peor.

—El compromiso es firme —sentenció con severidad el comandante, visiblemente molesto por la alusión velada a su familia y sus bienes—. Licinio tampoco está para bromas. Por si no lo sabes, Daia se ha autoproclamado augusto en Siria y Egipto. Si Licinio viniera sobre Italia perdería *ipso facto* Oriente, porque Daia aprovecharía para buscarle las cosquillas y ocupar sus territorios. Así que a Licinio le interesa el pacto tanto como a Constantino. Ninguno de los dos se entrometerá en los asuntos del otro mientras no se desembaracen de sus respectivos enemigos. Después ya verán ellos cómo se reparten el pastel.

—Los dos sabemos cómo lo harán… —se le escapó al pretor.

La mirada oblicua del comandante fue elocuente.

—Yo no fiaría mucho al compromiso con la hermana de Constantino —dijo Cayo Publio, obligándose a un tono jocoso.

El tema del compromiso entre Licinio y Constantino había sido la comidilla durante meses. Constantino había encargado un retrato idealizado de su hermana Constancia, y con tanto oficio y talento se había aplicado el discípulo de Apeles en darle gusto que había conseguido que mediara entre Constancia y su retrato una distancia no menor a la que media entre un geranio y un cardo borriquero. Licinio había aceptado el compromiso de boda con ella como pacto de alianza con Constantino y se había convertido, sin él saberlo, en el hazmerreír de palacio. Se cruzaban apuestas por adivinar si Licinio sabría disimular la decepción cuando la conociera en persona o si la ira por el fraude lo haría estallar en juramentos. En cualquier caso, todos coincidían en que era una crueldad dejarle que soñara con una ninfa para después encamarlo con un adefesio.

—¿Crees que cuando Licinio la conozca en persona podrá sentirse estafado hasta el punto de romper el pacto? —preguntó el pretor con tono pretendidamente chistoso.

—¿Desde cuándo en un matrimonio de conveniencia importan los gustos de los casados? –fue la seca y desabrida respuesta del comandante.

"*Tiene el mismo sentido de humor que una lechuga",* se lamentó el pretor. El silencio del comandante acrecentaba por momentos la indignación de Cayo Publio. Había comprendido tarde su torpeza y maldecía al insensible militar. ¿En qué momento pensó que podría hallar en él a un aliado? Había hablado demasiado ante un enemigo declarado y lo había fortalecido con su imprudencia.

El comandante, al leer el pensamiento del otro y oler su miedo, sonrió con altivez.

—Yo no lo tengo tan claro. —Cayo Publio no pensaba claudicar tan fácilmente. Ya se había expuesto demasiado. De perdidos al río, debió pensar—. Cuando la invite al tálamo nupcial va a creer que sigue en las caballerizas. Y además tan casta y devota como es ella. Creo que Constantino debería ir a lo seguro y enviarle a su sobrina en lugar de a su hermana.

—¿A Cleo? ¿A ese putón? —Era tal la manía que el comandante le tenía a Cleo que no pudo evitar el comentario. No tardó ni un segundo en comprender su error, pero ya era tarde.

Al fin Cayo Publio veía recompensado su esfuerzo. Acababa de morder hueso y los ojos le brillaron como soles ladinos. Demasiados juicios a sus espaldas le habían enseñado algo sobre los hombres: pocos hay sin tacha y ninguno sin debilidades. Los interrogatorios son un arte. Cuestión de paciencia. Había que ir variando los temas hasta dar en el clavo. Cayo Publio al fin respiró tranquilo.

—Pues si yo fuera Licinio preferiría mil veces antes a ese putón de Cleo que a Constancia —se apresuró a decir para que el comandante viera que jugaba limpio y no aprovechaba su desliz para utilizarlo en su contra—. Con esos ojos saltones asustados y acusadores… Cuando se le acerque lo amenazará con el crucifijo. Concebir un heredero bajo la amenaza de esos palos cruzados debe ser harto complicado. Mejor cornudo pero satisfecho con un putón como Cleo que insatisfecho con una mujer fiel pero casta hasta la virginidad.

El comandante se mordió la lengua. Le asqueaba la irrespetuosidad con que aquel petulante engreído insultaba a la familia del augusto. Si no hubiera sido por lo mucho que detestaba a Cleo, y la absoluta indiferencia que sentía hacia Constancia, le hubiera parado los pies.

—Yo tengo una teoría —dijo Cayo Publio al ver que al comandante no le había hecho ninguna gracia su chanza—. Creo que Constancia es el caballo de Troya de Constantino.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó altivo el comandante, aunque mostrando interés por primera vez.

—Constancia es una cristiana declarada. ¿No podría ser que Constantino, que gracias a Osio está conociendo bien a los cristianos, quiera con esta jugada que su hermana agusane con esta superstición la corte de Licinio para debilitarlo, en vista a un futuro enfrentamiento?

El comandante lo miró con incredulidad, pero pensando en su fuero interno que era lo más inteligente que el pretor había dicho hasta el momento. Si fuera verdad sería una jugada maestra.

—Dime, como el más galardonado militar de nuestro ejército —se aventuró Cayo Publio, pensando que la adulación directa terminaría de limar la animadversión del comandante—, ¿crees que tenemos posibilidades de vencer? Porque Constantino ha demostrado sobradamente su genio militar, y nadie duda de tu capacidad al frente del ejército, pero hasta ahora nuestras fuerzas sólo se han enfrentado con bárbaros.

—Cualquiera de esos bárbaros te aplastaría con un solo dedo —le respondió el comandante con todo el desprecio de que era capaz.

Cayo Publio se mordió la lengua por enésima vez. No era momento de mostrarse orgulloso y entrar en provocaciones.

—Sí, no dudo de su valor y fiereza —dijo con fingida humildad—, pero sólo son un puñado de salvajes que se juntan sin orden ni concierto para alborotar. No tienen un ejército profesional como el nuestro.

—¿Qué sabrás tú que nunca has pisado un campo de batalla? —le

espetó el comandante con acritud.

—Afortunadamente no he tenido necesidad de ello… —La boca torcida del pretor delataba su indignación por la actitud de su compañero, pero se mordía la lengua—. Lo que quiero decir es que nunca se ha enfrentado a otro ejército romano, con las mismas armas y la misma preparación. Y Majencio nos duplica en hombres. ¿Con cuántos soldados cuenta Constantino? Sumando todos sus efectivos no llega a cien mil. En cambio, Majencio cuenta con el doble.

—Nos duplica en número, no en hombres. Cada uno de los nuestros vale por diez de los suyos —lo corrigió con brusquedad el comandante, para quien cada bárbaro alistado en el ejército de Constantino valía por diez capones de Majencio.

—Bueno, no exageremos. Y la desventaja numérica es abrumadora.

—Los nuestros son gigantes comparados con los suyos —sentenció el comandante de mal humor—. Los nuestros están curtidos en mil batallas, mientras que los suyos sólo han luchado con espadas romas. Hasta un enano con experiencia mataría a un gigante bisoño. La flor y nata del ejército de Majencio son los pretorianos, esos inútiles cebados por la molicie. Y el resto, las legiones de Italia y África, no conocen más enemigo que los recaudadores de impuestos.

—Tampoco es que las legiones de Hispania y Britania estén tan curtidas…

—Las legiones de Hispania y Britania sólo acuden para sustituir a las legiones fronterizas mientras dura la guerra –lo aleccionó con soberbia el comandante—. Será una fuerza disuasoria para que los bárbaros no aprovechen la ocasión y nos ataquen por la retaguardia. El augusto no es tan idiota de dejar desabastecidas las fronteras ni de irse a la guerra con tal desventaja numérica si no fuera porque conoce el valor de sus hombres.

—Desconocía esa estrategia…

—Pues entonces cierra la boca y no hables de lo que no sabes —lo reprendió de nuevo el comandante—. Y está el factor sorpresa, porque Majencio no se espera la jugada y le cogerá con los calzones bajados. Antes de que entienda lo que está pasando habrán caído sus principales ciudades y estaremos en Roma. ¿O el factor sorpresa no te parece importante en una guerra? —le preguntó con hiriente sarcasmo.

El pretor, desesperado y ofendido, decidió zanjar la conversación. “*Es imposible hablar con este cacho de carne con ojos*”.

Cayo Publio se despidió echando chispas. Se sentía un idiota por haber confiado en que podrían entenderse. “*¡No es más que es una*

estatua de piedra con galones! Sí, las ovejas balan, los perros ladran y el comandante calla. Ya veremos, ya, si vas a callar siempre. Así que el putón de Cleo. Vaya, vaya, con que esas tenemos" —masculló afilando los colmillos.

La animadversión que ambos estamentos se profesaban era irresoluble. A fin de cuentas, la ambición que los empujaba era la misma y chocaban para obtener las prebendas. Por esta razón, para impedir que ninguno de ellos se ensoberbeciera demasiado, es por lo que Diocleciano, con mucho tino, había parcelado el poder. Para Cayo Publio, los militares eran unos brutos sanguinarios. Él los metía a todos en el mismo saco, sin distinguir entre los legionarios de a pie y los oficiales, que solían descender de familias de rancio abolengo militar, pues con la separación de poderes habían principiado grandes sagas familiares en ambos estamentos. El pretor, en privado, se burlaba de ellos: "*Mirad qué aires se dan esos pazguatos* —solía decirle a sus amigos—. *Se estudian los breviarios y se piensan hombres ilustrados. No imagináis lo divertido que es hablar con ellos y ver cómo repiten como loros lo que han aprendido de memoria, sin comprender absolutamente nada. Los muy idiotas no entienden que los breviarios sirven para refrescar la memoria a quienes conocen la historia, no son libros de historia en sí mismos. Haced la prueba, amigos míos, pinchadles un poco y veréis con qué gracia expulsan las necedades que tienen en sus cabezas de chorlito".* Había en esta actitud mucho de racismo, pues la mayoría de los oficiales del ejército provenían de las provincias germánicas, y no eran pocos los romanos que suscribían a Séneca cuando afirmaba que la inteligencia sólo florecía entre los mediterráneos, mientras que los bárbaros del norte, grandes y blancuzcos, con mucho cuerpo y poco cerebro, sólo servían para el trabajo y la guerra. Y como sucede con la gente prejuiciosa, Cayo Publio se negaba a ver la realidad. Hacía tiempo que los oficiales de alto rango habían dejado de ser los brutos de antaño. Con poca memoria o mucha malicia, o una ignorancia imperdonable en alguien de su posición, el pretor nunca se acordaba a la hora de burlarse de los militares de hombres como Amiano Marcelino, de una profunda cultura literaria. Y parecía ignorar también que en un ejército más disuasorio que guerrero como era el de sus tiempos, los oficiales desempeñaban funciones administrativas e incluso judiciales, por no hablar de las misiones diplomáticas que desempeñaban con soltura. Es decir, que sabían hacer algo más que repartir mandobles.

Era un odio acendrado entre estamentos. Eso sí, de lo que nunca se acordaba ninguno de ellos a la hora de atizarle a los otros era de lo que les era común: el patronazgo. No en vano se decía entre el pueblo llano que los bueyes cagaban boñigas y los poderosos cartas de recomendación. Como en todas las sociedades corruptas, sin el debido

patronazgo los méritos personales no servían de nada. Ni a funcionarios ni a militares.

El comandante ni se inmutó al verlo desaparecer tan desairado. Estaba absorto en sus pensamientos, intentando encajar las piezas del rompecabezas. "*El prisionero es enemigo de Osio, y un enemigo de Osio puede ser un potencial enemigo de Constantino*". Pero al momento descartaba la deducción por simplista. Sabía que en política las amistades no significaban nada. Si el prisionero no iba de farol y podía ofrecerle algo valioso a Constantino, éste no dudaría en entregarle al obispo para que lo quemara vivo en una pira funeraria. "*Que Osio esté involucrado en el asunto no significa que el prisionero sea un cristiano. Ni siquiera tiene por qué tratarse de un asunto religioso. A veces las apariencias engañan".* Desafortunadamente, el comandante no podía engañarse a sí mismo. Sabía que no podía ser objetivo. Si el prisionero fuera quien él pensaba, la sola idea de que hubiera caído en las redes de una secta religiosa hacía que se lo llevasen los demonios. ¿Cómo podía juzgarlo con la frialdad necesaria si le hervían las entrañas? "*Piensa, idiota* —se recriminó por su debilidad—. *Sea o no sea él, y especialmente si es él, me conviene entender por qué ha sido traído a palacio. Tengo que saber en qué se ha convertido".* El comandante hacía esfuerzos titánicos para apartar los sentimientos que se entrometían y entorpecían su tarea deductiva. "*No puedo descartar que sea un cristiano* —razonó—. *De hecho, sería lo más lógico. Ello explicaría el interés de Osio. Hay tantas sectas que es imposible conocerlas todas. Bien podría ser que a algunos les diera por depilarse de pies a cabeza. Osio pertenece a la facción dominante, la que llaman ortodoxa, luego es presumible pensar que el prisionero es un hereje a sus ojos, es decir, un enemigo*". El comandante frunció los labios. Ese razonamiento era pueril y no le conducía a ninguna parte. ¿Y qué si era cristiano? Debía ser más sagaz si quería respuestas. Hasta ahí nada era relevante. Intentó enfocarlo de otra manera: "*La cuestión es: ¿por qué es tan importante lo que tiene que decir que Constantino ha decidido tomar cartas en el asunto y se lo está tomando de forma tan personal? ¿De qué forma podría perjudicarlo?*". El comandante se estrujaba los sesos para encontrarle la lógica. Él no tenía dudas de que Constantino estaba conchabado con el obispo por cuestiones políticas, no religiosas. "*Muchas facciones cristianes están en desacuerdo con la genuflexión de los ortodoxos al Imperio. Pero ésa es una cuestión interna de la Iglesia, ¿por qué se va a inmiscuir Constantino en sus cuitas? Sus peleas los debilitan a ellos, no a nosotros*". El comandante intuía que se le escapaba algo. "*Si algunos de ellos prefieren ser fieles a su fe y les parece una traición inasumible ceder en punto alguno de su doctrina para afianzar su posición mundana es un problema que les concierne única y exclusivamente a ellos*". El comandante hacía tantas cábalas que le dolía la cabeza. Y de

repente recordó la mención de Celso y su listado de sectas cristianas por parte del pretor y fue como un fogonazo para su intuición. "*Sí, lleva razón Cayo Publio en que una religión tan fragmentada no puede llegar lejos. A menos que… ¡Oh, maldita sea, Constantino es un genio!*", pensó alarmado. Ahora, al fin, empezaba a encajar las piezas. Pero tras el instante de gloria por haber comprendido la jugada, su semblante se volvió tan pálido como sombrío. Sacó una moneda acuñada en el último año en la ceca de Tréveris y la miró consternado. "*El caballo ganador puede predecirse si se hace trampa*", pensó con espanto. "*Marte, Apolo, Júpiter… sólo son dioses. Sí, Diocleciano le indicó el camino, pero se equivocó de dios. O de dioses. Los dioses, como los hombres, se pueden matar entre ellos. Un emperador no puede admitir rivales. ¡Maldita sea* —pensó con horror—*, como se atreva a hacerlo Roma estará perdida!*".

Rendición

Tréveris

—¡¿Me vas a cobrar un catorce por ciento de interés?! ¡La ley no te permite cobrarme más del seis por ciento!

—Pues vete y que te preste la ley si no estás conforme. Ah, no, que la ley no presta, la ley sólo está para que moscardones como tú me deis la lata con ella. Mira, te digo lo que al resto: si no te gustan mis condiciones, ahí tienes la puerta.

—¡Eres un ladrón!

—Y tú un idiota.

Las voces, amargas y crueles, se escuchaban desde la calle, pero nadie se detenía ante la puerta del local para ver qué ocurría dentro. Imperaba la ley de la prudencia, la resignación y la cobardía. Y el hambre, posiblemente. Era la ley tácita de la calle: nadie husmeaba en lo que no le concernía. Allí no se atendía a riñas ni pendencias ajenas si no estorbaban los propios asuntos o se podía sacar tajada de ellas. Además sabían que aquel local era intocable. Su propietario podía darse un festín caníbal con sus clientes y escupir sus huesos sin que nadie se atreviera a denunciarlo.

Tiridates estaba parado ante la puerta del local. Respiraba hondo, tratando de calmarse y de convencerse a sí mismo de que era el mejor de los males posibles. No le había sido fácil tomar la decisión. Sabía que no habría vuelta atrás y ello lo perturbaba. La suerte estaría echada de una vez por todas, iba a quemar su último incienso. Por eso tenía el estómago revuelto y rezaba para obtener una señal, un indicio, un presagio, algo que lo detuviera y le impidiera cometer la locura que estaba a punto de cometer. Aunque sabía que era inútil, hacía tiempo que los dioses se habían olvidado de él. Lo que no hiciera Tiridates por sí mismo nadie lo haría por él.

—No te estoy pidiendo que me lo regales —se escuchaba desde el interior, ahora con tono suplicante—. Un seis por ciento me parecería bien y además se ajusta a la ley.

—Un seis por ciento es para los buenos pagadores y en tiempos de paz. En tiempos prebélicos ya te puedes dar con un canto en los dientes de que no sea un Bruto y te pida un cuarenta y ocho por ciento. ¡Ay, qué daño han hecho los demagogos de Cicerón y Justiniano, fijando el primero el interés al doce por ciento y el segundo al seis! Una cosa te digo, y escúchame bien: cuanto más caro sea el interés, mejor para vosotros.

—¡Tendrás poca vergüenza!

—¿No comprendes que es por vuestro bien? Así os lo pensáis dos veces antes de pedir prestado. Si el interés fuese bajo seríais capaces de hipotecar vuestras haciendas hasta para organizar una orgía. Si fuerais hombres juiciosos, cuanto más caro os cobrase el interés más agradecidos me estaríais. Os estoy enseñando el precio del dinero. Si fuese pedirlo y que os cayese en la mano sin perjuicio dilapidaríais vuestras fortunas en una semana. Así que, amigo mío, por el aprecio que te tengo, y porque cuanto más te trato más se acrecienta el cariño que me inspiras, en lo que va de plática he decidido que quiero beneficiarte un poco más y te voy a subir el interés al dieciséis por ciento.

—¡Maldito ladrón! ¡¿Cómo puedes ser tan cínico?! ¡No tienes corazón!

—Y a fe mía que el tuyo te va a reventar si no te calmas un poco. Deberías estar agradecido por el favor que te estoy haciendo.

—¡¿Favor?! ¡Maldito seas! El favor te lo he hecho yo a ti, que gran parte del dinero que tienes antes era mío. Cuando te lo fiaba, bien que lo cogías con gusto.

—Y lo volvería a hacer, no lo dudes. Sal y vuelve a entrar con una bolsa llena de oro y verás cómo te recibo con los brazos abiertos.

—¡Maldito seas!

—Amigo mío, entiende que no es lo mismo. Antes me traías dinero, ahora quieres llevarte el mío. Antes me dejabas en depósito el tuyo y yo te pagaba religiosamente tus intereses, sin protestar. ¿O no es verdad lo que digo? ¿No te acuerdas ya de los buenos tiempos? ¿Alguna vez me negué a cumplir lo pactado e intenté escaquearme de pagarte lo que te debía? ¿En alguna ocasión te regateé tu beneficio? ¿Alguna vez, cuando viniste a sacar tu dinero, te lloriqueé para que me lo dejases un poco más de tiempo en depósito? ¿Verdad que no? No, claro que no, te lo di sin rechistar, porque entre gente honrada se cumple lo acordado.

—¡Faltaría más que no me devolvieses lo que es mío cuando lo reclamo! Y claro que me pagabas intereses, como que hacías negocio con mi dinero prestándoselo a otros con comisiones abusivas. Así has

conseguido comprar este palacio y todas las ínsulas que tienes por medio Imperio. Sólo con lo que sacas de alquiler en un mes ganas más que yo en un año.

—Sí, así es este negocio, no te lo niego. Pero también cuando las cosas van mal pierdo más que nadie. En eso no reparas, ¿verdad? Vosotros sólo os fijáis cuando las cosas van bien, pero obviáis los riesgos y los quebraderos de cabeza que acarrea saber que lo que hoy va viento en popa mañana un golpe de infortunio te lo pone del revés y más torcido que unos gazpachos.

—No me provoques… ¡Debería llamar al prefecto de la urbe y denunciarte!

—Sí, sí, llámalo, llámalo, que ese mamón también me debe dinero. A ver si así tiene la decencia de asomar su careto por aquí, que hace tiempo que quiero echarle el guante encima.

Tiridates se asomó con timidez al interior. Su llegada provocó momentáneamente el fin de la disputa. Sempronio hizo una mueca triunfal de complacencia al verlo y lo invitó a entrar con un gesto de la mano. Porque el banquero que discutía con el cliente era el cuestor de finanzas Sempronio.

Aunque tenía a gente de su confianza contratada, Sempronio no permitía que nadie cerrara un trato en su nombre. En cuestión de negocios se sabía un zorro sin igual y además disfrutaba humillando a sus clientes.

Al cliente no le hizo ninguna gracia tener un testigo de sus súplicas y lanzó una mirada furibunda al histrión. Por su vestimenta togada y su porte altivo, Tiridates dedujo que debía de ser algún patricio.

El banco de Sempronio era muy distinto de los otros bancos que Tiridates había conocido acompañando a Cleo. Y habían sido unos cuantos, porque Cleo acostumbraba a dejar en depósito las joyas con que la agasajaban los aspirantes a altos puestos de la administración. Así funcionaban las cosas. Todo tenía un precio. Quien quería ascender tenía que encontrar atajos, y Cleo, al ser la sobrina preferida del augusto, era uno de los atajos más directos. Con estos regalos compraban su mediación. Y ella los recibía de buena gana. Con ellos se pagaba vicios que se consumían mucho antes que un diamante. Pero aquellas casas bancarias que Tiridates había conocido acompañándola eran muy diferentes del cuchitril de Sempronio. Eran ostentosas. Sus dueños atendían a los clientes rodeados de empleados y esclavos que se paseaban con bandejas de dulces y licores exóticos para que los clientes se admirasen de su fastuosidad y confiaran en la prosperidad del negocio. Sin embargo, Sempronio había habilitado una sencilla habitación de la planta baja de su palacio para despachar

sus negocios financieros. Era una sala sobria, austera, blanca, fría y práctica como el dueño, con entrada independiente al exterior, sin nada que pudiera distraer los sentidos de los negocios que allí se trataban. La reputación del dueño bastaba para ponerlos firmes. El único mobiliario era una gran mesa de madera de pino en el centro de la estancia, con un panel liso de cara a los clientes y llena de cajones por el otro lado, desde el que atendía el usurero. El origen servil de Sempronio había impreso en su ánimo un especial sentido de la prudencia para no despertar envidias malsanas. Sabía bien que hasta la segunda o tercera generación pocos veían con buenos ojos el disfrute ostentoso de las nuevas fortunas. Los lujos que podía disfrutar, y de los que ciertamente no se privaba, los tenía a buen recaudo en la parte privada del palacio, que era el resto del mismo, donde sólo entraban amigos y gente de confianza. Allí, en el banco, ni siquiera había una silla. Había que permanecer de pie, de manera que nadie pudiera relajarse y ponerse cómodo. Eso contribuía a abreviar las visitas y a bajar los humos de sus altaneros clientes, acostumbrados a que los recibieran como a príncipes.

—Bueno, decídete, que tengo cosas que hacer —apremió Sempronio al enfurecido cliente, señalándole a Tiridates como si fuera otro cliente que esperaba su turno—. Ahora no vienes a dejarme dinero sino a pedir prestado y éstas son mis condiciones. Si no las aceptas, a tomar viento fresco a otra parte.

—¡Se lo haré saber al augusto y exigiré tu cabeza!

—Sí, eso, vete a ver al augusto y a mí déjame en paz —le respondió Sempronio riéndosele en las barbas, sabedor de que sería más fácil que llovieran ranas a que Constantino le concediera audiencia a aquel engreído—. Prueba a ver si lo conviertes en otro Tiberio y te sale gratis —le espetó, burlándose de él—. Aunque cuidado, no sea que te confisque las pocas tierras que te quedan y luego te obligue a recomprarlas, porque entonces todavía tendrías que pedirme más dinero prestado.

—¿En serio sacas a colación a Tiberio? —maldijo el cliente, encolerizado, más verde que la grama—. Poca memoria tienes, o mucha incultura —lo increpó de mala manera. Sólo le quedaban la amenaza y el insulto para defenderse del atropello—. Tiberio te arrojaría a los leones por proponer siquiera un interés tan alto. Oh, sí, quizá es lo que necesitamos, otro Tiberio. Él sí que supo ajustarle las cuentas a los de tu ralea por ladrones. Sí, qué vergüenza, cuando la gente fue a los banqueros a pedirles el dinero que les habían dejado en depósito se encontraron con que lo habían fiado todo y no podían recuperarlo. ¡Panda de ladrones!

—Y mira qué cara le salió a Tiberio su machada, que casi le cuesta

el Imperio —le respondió ufano el usurero—. Al final tuvo que darles un millón de piezas de oro a los honrados banqueros. ¡Oh, claro que añoro a Tiberio!

—¡Se lo dio para que lo prestaran sin intereses y arreglaran el desaguisado a que habían dado lugar con su inhumana codicia!

—No entiendes los ejemplos, alma de cántaro —le respondió con mucha flema Sempronio, regodeándose con la escena—. Lo que ese ejemplo nos enseña es que los emperadores nos necesitan a nosotros más de lo que nosotros los necesitamos a ellos. Y, por supuesto, más de los que ellos os necesitan a vosotros. De hecho, vosotros sois un lastre, sois la nueva hez del Imperio. Nacéis ricos pero con los sesos podridos, sin imaginación ni iniciativa, unos capones tan inútiles como arrogantes. Y como todo aquel que hereda sin tener dos dedos de frente ni saber lo que cuesta el pan, dilapidáis vuestros capitales con una soberbia y una fatuidad infames, creyéndoos inmunes a la desgracia que veis en los demás y de la que os reís porque nunca la habéis probado, hasta que vuestra estupidez os precipita al fango y os veis obligados a mirar a la cara el mundo que habéis perpetuado con vuestra actitud negligente. Os cuesta reconocerlo desde la nueva perspectiva y hacéis pucheros como mamones malcriados al primer sopapo que recibís; después os levantáis enmierdados, la prepotencia os pone tiesos como momias amojamadas y clamáis con altisonantes voces vuestros derechos, que creéis congénitos aunque ya no seáis más que unos muertos de hambre exactamente iguales a los que habéis pisoteado toda vuestra vida. ¡Oh, qué ridículos sois!

Tiridates, que escuchaba en silencio, intuyó que tras la sátira burlesca de Sempronio había una rabia profunda. Probablemente el usurero habría pasado sus años de esclavitud al servicio de algún ricachón como al que ahora maltrataba. Las humillaciones recibidas las devolvía centuplicadas. Era su particular venganza.

—¡Te juro que por verte despedazado viviría en la miseria con mucho gusto, hartándome de reír todos los días con tu recuerdo! —gritó fuera de sí el injuriado cliente, incapaz de soportar el atropello que se le hacía a su persona y buen nombre.

—¿Ves? Esa es la diferencia entre tú y yo. Yo no mezclo el odio con los negocios –le respondió con mucha flema Sempronio, sin perder ni por un segundo la compostura.

—Vamos, por la amistad que nos une… —el cliente pareció recordar de pronto la situación crítica en que se hallaba y la necesidad que tenía de humillarse ante el usurero y su voz se tornó de nuevo en súplica.

—¿No me has escuchado? —le respondió impasible Sempronio, con

una frialdad descorazonadora—. No mezclo el odio con los negocios porque es contraproducente. ¡Imagínate cuánto más no lo será la amistad!

—¡Eres un ladrón despiadado! ¡Deberían ahorcarte!

—Sí, sí, primero coge mi dinero y después solicita que me ahorquen para no devolvérmelo. Y yo soy el ladrón y el despiadado…

—¡El catorce por ciento! Esto es inadmisible. ¿No quieres también mi hígado?

—Poca ganancia obtendría yo por un hígado viejo y cirroso como el tuyo. ¡Ni los perros lo querrían! Y te recuerdo que no es el catorce por ciento sino el dieciséis. Ya te dije que en lo que va de plática te he subido el interés un dos por ciento. Cada vez que te asoman las lágrimas a los ojos me dan ganas de doblarlo. Además yo siempre he acuñado la frase de que el tiempo es oro y predico con el ejemplo. Soy hombre de palabra. Así que tú sigue hablando, que yo no tengo ninguna prisa y me encanta duplicar las ganancias con los llorones.

El cliente, desesperado, salió echando humo y amenazando al aire con los puños cerrados. Sempronio, imperturbable, anotó con mucha flema en su libro de cuentas el nuevo sablazo.

—Estúpidos —farfulló con una sonrisa triunfal mientras guardaba el libro de cuentas en un cajón del mostrador—. Éstos se piensan que les voy a prestar el dinero de balde, por el amor que les tengo. Cuanto más revueltos están los tiempos, más caro les sale. Y cuanto más ricos y poderosos se creen, más caro también. ¡La vanidad tiene un precio! ¿Sabes por qué?

Sempronio alzó sus ojos, oscuros y vibrantes, electrizados por una luz fatal e hipnótica, como el abismo y la muerte, hacia Tiridates, que se había apartado a un rincón para poner la mayor distancia posible entre ellos, como si esa separación física, simbólica, pudiera preservarlo de la caída, del precipicio al que sus pies lo habían empujado movidos por una voluntad suicida. Tiridates lo midió con la mirada, sin pestañear, y la sonrisa del usurero le puso los pelos de punta. Esa sonrisa parecía decir: “Sabía que sucumbirías a la tentación. No eres mejor que los demás. Desde luego, no eres mejor que yo”.

—¿Por qué? —preguntó tímidamente, calibrando la situación y la distancia ya insalvable que lo separaba de la puerta y le impedía salir corriendo.

—Chico listo —asintió Sempronio sin desatornillarle la mirada que a cada rosca lo adentraba más en su dominio—. Así me gusta, quieres aprender. Pues bien, te lo diré y hoy mismo aprenderás la primera lección. A éstos hay que cobrarles más porque cuanto más ricos y

poderosos se creen, tanto peores pagadores son. Esta ley es infalible. Guárdala bien en tu memoria. Aunque la gente crea lo contrario, los pobres son los mejores pagadores. Ellos nunca intentan jugártela. No tienen dónde esconderse y saben que si no pagan te cobrarás la deuda con intereses añadidos, ya me entiendes —dijo acariciándose con el índice el cuello, paseándolo de oreja a oreja con un gesto elocuente—. En cambio la gente poderosa siempre cree que encontrará la forma de eludir el pago. Algunos se atrincheran en sus palacios o sus villas para capear el temporal y otros intentan por medio de sus abogados, o sobornando a los jueces, torear la ley para escamotearte lo que te deben. Algunos incluso te mandan a sus esbirros para amenazarte. Y si tienen amigos más poderosos que ellos buscan su influencia para que les condones la deuda. ¿Y cuál es su excusa para no pagarte? Siempre es la misma, dirán que eres un ladrón y que tu oficio es inmoral. Eso sí, para pedirte prestado no les duelen prendas. Sólo les parece inmoral cuando tienen que devolver lo que deben. Incumplir lo acordado de antemano les parece legítimo. ¡Grandísimos hipócritas! ¿Es que no se acuerdan cómo han hecho ellos sus grandes fortunas? ¿Con obras de caridad? ¡Ja! Pero claro, no es lo mismo robar que ser robado. Cuando son ellos los que roban, bendito sea el latrocinio. ¡Qué grandísimos hipócritas! Cuando les aprieta la soga es cuando se acuerdan de los Sila y los Rufo, ya sabes, aquellos cónsules bastardos que se sacaron una ley de la chistera para que la gente sólo tuviera que devolver una parte de lo endeudado. No, no les tengas lástima, que la piedad no te ablande, que éstos no se endeudan para comprar hogazas de pan sino los lujos más depravados que puedas imaginarte. Es su vanidosa liberalidad la que los lleva a la ruina. Si tuvieran un poco de cabeza y un mínimo de humildad no necesitarían acudir a mí.

"¿Y por qué acudo yo a ti? –se preguntó Tiridates—. Sempronio se podía ahorrar con él el discurso sobre la hipocresía y la estupidez de sus clientes. No era necesaria, no le daban ninguna pena. Él tenía planes y para llevarlos a cabo necesitaba que Sempronio siguiera enriqueciéndose a costa de esos idiotas. Los insultos y la prepotencia que había tenido que soportar de todos ellos desde que llegó a Tréveris habían matado todo atisbo de empatía en él. Así los dejara en la calle con una mano delante y otra detrás que no les echaría ni migajas para que picotearan.

—¿Por qué les prestas? —le preguntó Tiridates, todavía timorato, tanteando el terreno que pisaba.

—Porque lo que no saben estos idiotas es que sus benefactores también están endeudados conmigo —le respondió Sempronio con una sonrisa astuta—. El orgullo les impide confesar sus deudas y van por ahí pavoneándose con sus cortejos de sirvientes como si fueran

faraones cuando en casa están a pan y agua. Y no se ruborizan a la hora de ofrecer su ayuda a un amigo en apuros como si tuvieran algún poder contra mí. ¡Qué idiotas son todos ellos! Los tengo agarrados por el cuello. Si me aprietan, tengo medios de sobra para hacerme pagar, por las buenas o por las malas. Por suerte, casi nunca necesito recurrir a esa medida tan drástica… y tan cara. No es inteligente. Como me has oído decirle, no hay que mezclar el odio con los negocios. No quiero arruinarlos antes de tiempo. Los quiero enteros para que sigan endeudándose y sacarles hasta el higadillo. Sus palacios, sus tierras, sus caballos, su oro. Hasta sus mujeres si me gustan. Yo no le hago ascos a nada. Ya has visto que no me inmuto con sus insultos. Al contrario, ésa es la mejor señal. Necesitan desahogarse y pensar que son mejores que yo. Cuanto más convencidos estén de ello antes volverán a pedirme más dinero, porque a un igual les daría vergüenza. Créeme, seguirán endeudándose hasta perderlo todo. Recuérdalo, es importante que se sientan superiores a ti. Ésta es la segunda lección del día. Cuanto más te odien, cuanto más te desprecien, más dinero te pedirán. ¿Has escuchado su amenaza de ir a denunciarme al mismísimo augusto? Esto también es típico de ellos. No saben que el augusto es mi mayor deudor. Él solo me debe más que todos ellos juntos.

—¿Y no te da miedo que el augusto decida no pagarte? Contra él no podrías hacer nada.

—¡Cuánto te queda por aprender! —exclamó Sempronio esbozando una sonrisa perversa—. ¿Por qué crees que me ha nombrado cuestor de finanzas? ¿Por el amor que me tiene? ¡Su desprecio hacia mí supera su deuda! Pero ¿de dónde crees tú que saca el dinero nuestro querido augusto? ¿Sabes cuánto dinero hace falta para financiar una guerra? ¿O te crees que las guerras se financian solas? Ni te imaginas lo costosa que es una guerra, la de recursos que se necesitan para movilizar un ejército —dijo salivando codicia—. ¿Y sabes quién le da el dinero al augusto Constantino? Sí, yo, al que todos desprecian en público pero al que todos suplican en privado. ¿Y sabes de dónde saco yo el dinero? Yo te lo diré: es el dinero que le saco a idiotas como al que acabas de ver marcharse tan enfurruñado. ¿Has visto lo enfadado que estaba? Quédate conmigo un tiempo y lo verás regresar con las orejas gachas a pedirme más. Así que piensa si el augusto les hará caso si van a denunciarme con el cuento de que presto a un interés muy alto. ¡Cuanto más alto, mejor para él! Cuanto más rico sea yo, más dinero tendrá él a su disposición. Sí, sí, el augusto me insulta en público, pero en privado me insta a sablearlos. ¡Oh, muchacho, qué equivocados estáis todos! ¡El augusto es mi gran protector! Si no fuera por él, ya me habrían colgado. Los idiotas sólo saben reconocer a un tirano por su nombre —exclamó estallando en una siniestra carcajada

—. ¡Vengan a mí todos los insultos del augusto en público mientras en privado me abra los cofres del tesoro! Y he aquí la tercera lección que vas a aprender hoy: tus supuestos enemigos son muchas veces tus mejores amigos.

—Vale, pero, ¿qué pasaría si un día el augusto decidiera no devolverte lo que le has prestado?

—Eso es imposible que suceda, porque a él le cobro de otra manera. Veo por la cara que pones lo verde que estás. ¿Crees que soy idiota? Sé que no puedo negarle nada al augusto… ni exigírselo. Eso sería ponerme la soga al cuello. ¿Conoces la historia de Rabinio?

—No.

—Rabinio fue un gran banquero en tiempos de Julio César. El rey egipcio Tolomeo, que había tenido que partir al exilio tras una sublevación, le pidió una suma fabulosa para poder recuperar su querido trono. Era de tal magnitud el préstamo solicitado que Rabinio no sólo le prestó hasta la última moneda de su fabulosa fortuna, sino que incluso tuvo que pedir prestado a sus amigos para satisfacer la demanda del rey exiliado. Obviamente, habida cuenta del riesgo que asumía, el interés que pidió fue en concordancia, siendo del cien por cien. Porque así funciona este negocio: cuánto más arriesgado es el préstamo, mayor es el interés. Pues bien, ¿sabes qué sucedió?

—¿Qué no consiguió recuperar el trono y lo perdió todo?

—En una cosa has acertado y en la otra no. ¡Ah, muchacho ignorante! Por supuesto que Tolomeo recuperó su trono. ¡Con ese dinero se podían comprar varios tronos! Lo que sucedió, para desgracia del incauto Rabinio, es que Tolomeo, una vez sentado en el trono, y sin nadie que pudiera obligarlo a cumplir con su deber, faltó al mismo, decidiendo que le era más fácil meter en la cárcel al banquero que afrontar tan onerosa deuda.

—Y por codicioso murió en la cárcel…

—De eso nada. Consiguió fugarse y regresar a Roma. Bueno, consiguió fugarse o Julio César pagó su rescate, eso no lo sabemos. Aunque tendría sentido esta hipótesis si tenemos en cuenta que Julio César, que tenía una fe ciega en su habilidad, no tardó en confiarle suculentos contratos para financiar las guerras de África, con las que nuestro amigo Rabinio volvió a enriquecerse de nuevo. Pero esto es anecdótico. Lo que nos enseña esta historia es que no se puede confiar en el sentido del honor de quien está por encima de la ley para que cumpla su deber. Por eso los banqueros hemos debido encontrar una fórmula que nos permita satisfacer las demandas de los augustos sin comprometer nuestro dinero ni poner en peligro nuestras cabezas.

—¿Y qué fórmula es ésa? Si le prestas tu fortuna y en el mejor de

los casos ni siquiera vas a recuperar lo que le has prestado, para mí eso es una pérdida segura.

—Chico, cierra esa boca ignorante y aprende. Los augustos son la gran excepción para el banquero. Ellos no pagan con plata, oro o bienes como los demás. A ellos hay que cobrarles en concesiones. Si el augusto, a cambio de mi dinero, me concede la financiación de la guerra y las obras públicas, es como si le estuviera cobrando no una comisión del catorce por ciento como la que le he cobrado a ese imbécil al que has visto salir tan cabreado, sino del mil por cien. Y si gana al petimetre ése de Majencio, entonces mi negocio se triplicará y estaremos hablando de un beneficio del tres mil por cien. A lo que has de sumar que alguien tendrá que financiar los grandes juegos que habrán de celebrarse para festejar la victoria y también las obras en conmemoración del triunfo. ¿Y quién crees que las financiará? ¿Te parece un mal negocio?

—¿Y si pierde la guerra?

—Si pierde la guerra será el banquero preferido de Majencio el que haga el negocio. Pero no tengo elección, no puedo negarle nada al augusto. Si me negara es cuando lo perdería todo. Incluida la vida. Ya ves que no es todo de color rosa como lo pintan. Aunque la ruina no sería absoluta. No creo que mis sucursales en la Galia, Hispania o Britania se resientan mucho al principio, porque en este negocio es importante conocer el terreno y que te conozcan a ti, así que no conseguirían desplazarme de la noche a la mañana. Y ya me las ingeniaría para convencer a Majencio de que le conviene tenerme de su lado. Pero Italia y África son tan tentadoras… Chico, el que haya apostado por el caballo ganador tendrá pingües beneficios con esta sangría. No me mires así, yo no decido las guerras.

A Tiridates le repugnaba escucharlo hablar de esa manera mientras le brillaban de codicia sus ojos azabache e inmisericordes y un hilillo de saliva avarienta le brillaba en la comisura de los labios. Para Sempronio la guerra sólo era un negocio. Para él, en cambio, que la había conocido de niño, era dolor, hambre, destrucción, miseria, sufrimiento y muerte. Y la muerte era en muchos casos una bendición. Con eso quedaba todo dicho.

—Aunque es difícil convertirse en el banquero más importante del Imperio teniendo enemigos poderosos que desean tu destrucción —reflexionó el usurero en voz alta, maquinando un nuevo plan siniestro —. No hay enemigos más peligrosos que los que están en tu bando y te odian. Sí, ésos son los peores. Tendré que hacer algo al respecto. No puedo enfrentarme a ellos abiertamente pero sí podría coaligarme con el más fuerte, en perjuicio del resto…

Sempronio maduraba una idea, largamente meditada. ¿Quién sería su víctima propiciatoria?, se preguntó Tiridates. Porque estaba claro, por el brillo malévolo de sus ojos, que ya la había elegido.

—¿Todos tus clientes son ricos? —Tiridates quería saber con quién tendría que vérselas. Cuanto antes aprendiera el negocio antes podría poner su plan en marcha. Y si el precio a pagar por su liberación era convertirse en un ser miserable y sin escrúpulos como Sempronio, lo haría.

—Ahora, sí –le respondió Sempronio—. Cuando empecé prestaba a todo el mundo, asumiendo muchos riesgos. La única manera que tuve de empezar en el negocio fue prestando a aquéllos a los que nadie prestaba.

—¿A los mendigos?

—¡No seas idiota! ¿Cómo le vas a prestar a quien nada tiene? Les prestaba a los soldados recién alistados antes de marcharse a sus destinos, cagados a la pata abajo. ¿Te parece una locura? Eso le parecía también a los demás banqueros, porque nadie más lo hacía. Era un campo abonado para mí. Si uno sabe jugar sus bazas es un riesgo calculado. El truco está en hacer un buen cálculo de probabilidades y en base a eso fijar los intereses. Los soldados están tan enardecidos por el peligro que les espera y por la emoción de que alguien les preste algo con que divertirse antes de entrar en combate que nunca discuten el interés. Saben que hay muchas probabilidades de que jamás se les puedan exigir las deudas: pueden morir en alguna batalla, no regresar jamás porque se acomodan a vivir en su destino o que se prolongue tanto alguna de las campañas que el augusto exonere sus deudas para comprar sus voluntades y evitar las deserciones. Incluso puede que mientras tanto sobrevenga un cambio de emperador con los mismos resultados favorables para ellos. Mil vicisitudes pueden librarlos de cumplir con su deber. Así que como no discuten el interés, con que regrese el veinte por ciento de ellos, recobro lo adeudado. Y a partir de esa cantidad todo son ganancias. Salvo una guerra en la que no quedara ni uno en pie, los beneficios están asegurados. Pero ahora ya no asumo ningún riesgo. Ahora sólo presto a gente pudiente o con forma de hacer dinero. Ya sabes, patricios o équites con ínfulas políticas o funcionarios ambiciosos que necesitan sobornar a mucha gente para conseguir el puesto que anhelan, y que una vez lo obtengan podrán pagarme con creces lo prestado; y a grandes hacendados que quieren invertir en negocios y yo sé que sacarán provecho de ellos, porque los obligo a darme los pormenores de los negocios que piensan emprender para ver si serán rentables, hasta el punto de que a más de uno se lo he levantado, adelantándome yo, de tan bueno y seguro como me lo han pintado —dijo riéndose con

maldad—. Oh, sí, con mi experiencia y mi olfato sé quién es hacendoso y quién un bala perdida. Basta que me cuenten la empresa en la que se van a aventurar, que sólo por la forma de contármelo sé si tendrán o no tendrán éxito.

Tiridates lo escuchaba con atención. Sí, le convenía aprender bien el negocio, aunque se le ensuciase el alma. Total, ya estaba pisoteada, pateada y hecha andrajos. Él también tenía sus planes, y eran grandiosos. Y también tenía sus víctimas propiciatorias.

—Ahora basta de hablar de negocios —dijo Sempronio mientras colgaba el cartel de cerrado en la puerta de entrada y la atrancaba por dentro con una sólida barra de hierro—. Ven —le dijo dirigiéndose hacia la puerta del fondo.

El palacio era espléndido, nada que ver con el tabuco donde despachaba sus negocios. Fastuoso, estrafalario, caótico. Del gusto del antiguo propietario eran los majestuosos mármoles, las columnas corintias y una fuente en el patio principal donde podrían abreviar diez caballos a un tiempo. Todo lo demás lo había añadido Sempronio de su mal gusto: una proliferación de pinturas, mosaicos, tapices y esculturas grotescas que mareaban la vista por su profusión y temática.

El cuarto que le había reservado a Tiridates estaba en la planta de arriba y era amplio y bien cuidado, de techo alto azul celeste y paredes pintadas con frescos que inmortalizaban todos los libertinajes. Una cama grande con colchón de plumas y dosel de seda rosa ocupaba la cabecera de la misma. Había un gran armario ropero con ropas estrafalarias, del estilo de Sempronio, y una mesa llena de afeites con un gran espejo al centro y una silla roja aterciopelada.

Nada más entrar, Tiridates tuvo un mal presentimiento. ¡Era una habitación de mujer!

—¿Te gusta? —le preguntó Sempronio, cogiéndolo por la muñeca y bajándole la mano hasta la entrepierna.

Al sentir el bulto en la túnica, Tiridates dio un paso atrás y lo miró horrorizado.

—No seas tonto —le dijo Sempronio acercándosele con ojos lascivos.

Tiridates comenzó a sudar copiosamente. ¿Así concebía el ogro la relación paterno filial de que le había hablado? ¿Cómo podía haber sido tan tonto de creer que el usurero lo había llamado a su lado por lástima? De que podía albergar algún sentimiento puro hacia nadie. Ahora sabía el precio que tendría que pagar por su liberación: convertirse en su puta.

Sempronio volvió a acercarse y Tiridates, paralizado por el asco y la impresión, asintió con su pasividad. El usurero, al comprobar que Tiridates se amansaba y aceptaba su sino, le abrió la túnica y le agarró el miembro, flácido y frío de miedo y asco, como si se negara a ser cómplice del sacrilegio. Sempronio, echándole las manazas a los hombros, lo forzó a arrodillarse y se abrió la túnica, dejando al descubierto su miembro, tan feo, grotesco y brutal como su dueño. El usurero, con el miembro al aire, era la viva imagen de un sátiro. Tiridates se quedó horrorizado. Él nunca se había acostado con un hombre. Ni le atraía la idea. Fingía ser homosexual en palacio, pero era tan hombre como otro cualquiera.

Sempronio, satisfecho del pavor que le provocaba al histrión la contemplación de su monstruoso miembro, le puso las manos sobre la nuca y lo atrajo hacia sí con fuerza. Tiridates opuso resistencia y Sempronio tuvo que forcejear hasta conseguir que abriera la boca. Con náuseas de asco infinito, Tiridates cerró los ojos, lacrimosos, y se tragó todo su orgullo. ¿A quién quería engañar? Aquello sólo era un paso más en su depravación. Ya era un degenerado antes de entregarse al usurero. Si consentía en vivir una vida como la suya, soportando tantas bajezas y humillaciones, sin suicidarse ni cometer un crimen, es porque tenía una naturaleza degenerada. Los héroes mueren luchando y los melancólicos se suicidan, sólo los gusanos se arrastran por el fango sin esperanza.

Cuando Sempronio lo tumbó boca abajo y se le echó encima, Tiridates ya había asumido su destino en el infierno, su condición de carne asada. Mordió la almohada para no gritar y se juró no volver a verter una lágrima más en su vida. Se acordó del negro y apretó los dientes con rabia. Era la segunda vez que lo violaban. La primera vez fue una maldita broma de Cleo. Esta vez, en cambio, no era ninguna broma.

La perversidad del usurero era insaciable, sus sacudidas eran brutales, sin piedad, se convulsionaba como una bestia dentro de él, como una hidra sádica epiléptica, y el dolor lo aproximaba al desmayo y el crimen. "*Mejor ser la puta de alguien que te desea y un día te hará rico que la puta de quienes te desprecian y te pisotean* —pensó con un odio capaz de aniquilar ejércitos—. *Al menos su semilla me engendrará riquezas. ¡A fe mía que no me dejaré profanar en balde! No, no es esto lo peor que me puede pasar*". Y con este triste consuelo se dejó maltratar sin poner más objeciones a cuanto quiso hacer con él Sempronio. La venganza, se dijo, se sirve fría, y a cada embestida del sátiro, a cada espasmo provocado por un dolor insoportable, una cruenta forma de venganza, proporcional al daño que sufría, tomaba forma en su cabeza.

El engaño

Tréveris

Marcial examinó por enésima vez la rama de olivo que le había dado el obispo y, resignado, la depositó sobre la bandeja de comida. La había estudiado a conciencia sin éxito, buscando algún símbolo que pudiera darle una pista. Le dio cien vueltas, la examinó con lupa para encontrar cualquier signo que pudiera albergar indicios de un lenguaje cifrado, miniaturas, pictogramas, algo a lo que agarrarse, pero no encontró nada. Era un simple trozo de madera con unas incisiones circulares paralelas a modo ornamental. A menos, pensó, que los círculos, doce en total, transmitieran de por sí un mensaje simbólico que el prisionero pudiera entender, pues recordó vagamente que para los judíos este número sobrevolaba y casi prefiguraba su historia, como un molde que aprisionase el libre albedrío de su raza. Siendo los cristianos sus herederos tendría sentido que también hubieran adoptado parte de su simbología, no sólo su terrorífico sentido de la culpa por obligarse a un destino inalcanzable para las almas ordinarias. O puede que no significase nada para los cristianos ni el doce ni el olivo. A saber, sus conocimientos sobre esa secta no eran tan profundos, se limitaban a lo superfluo, a un conocimiento forense. Por lo que a él respectaba sólo era un trozo de madera con doce círculos incisos. Aunque era obvio que para el prisionero significaría algo y eso establecía un vínculo con el obispo, al menos un lenguaje común, críptico, en el que ellos se entendieran. ¿Qué significaría? Era inútil que se devanara los sesos, Marcial no tenía medios de averiguarlo. Debía admitir que al menos Osio no le había mentido en algo: era una cuestión de fe. Y para su desgracia se trataba de la suya.

La aseveración de Osio de que pretendía salvarle la vida al prisionero se le antojaba una gran mentira. Eso lo tenía claro. Además ya habían dejado de torturarlo y esa decisión había sido del augusto, no de Osio. Y por otra parte, a pesar de las circunstancias, al prisionero se le veía mucho más entero y sereno que al obispo, como si pese a todo fuese él quien tuviera la sartén por el mango.

La otra insinuación del obispo, la de que podría salvar millones de vidas, se le antojaba todavía más irreal.

Fuera lo que fuese, Marcial estaba sumamente intrigado con el asunto. No tenía ni idea de lo que tramaba Osio, pero a aquellas alturas estaba dispuesto a llegar hasta el final para averiguarlo.

Sin pensárselo dos veces abrió la trampilla, empujó la bandeja hacia dentro y pegó bien el ojo a la cerradura para no perder detalle, expectante por ver la reacción del prisionero al encontrar el trozo de madera en la comida. ¿Sentiría pavor o esperanza al ver la señal que se le enviaba? Para su sorpresa, ni una cosa ni la otra. El prisionero se desentendió de la comida y sostuvo con delicadeza el trozo de madera entre sus manos, exactamente como lo que a él le había parecido, una simple rama de olivo con doce incisiones decorativas. Pero de repente comenzó a agitarlo con fuerza, al modo de una maraca. Marcial pensó que se había vuelto loco. Tras agitarlo un rato, teniéndolo agarrado por los dos extremos, giró bruscamente sus manos en sentido contrario, como si pretendiera retorcer la madera, y se escuchó un ruido seco. El trozo de madera se separó en dos mitades desiguales. Una de las incisiones circulares era la línea de unión de ambas partes. Y en su interior, hueco, había un pequeño trozo de pergamino.

Marcial cerró los puños con fuerza y se mordió la lengua. ¡Qué estúpido había sido! ¡¿Cómo no se le había ocurrido pensar que podía estar hueco y contener un mensaje en su interior?! Cierto es que quien inventó el ingenioso artilugio debía ser un maestro mistificador, pero él debería haberse estrujado un poco más los sesos. En cualquier caso, era tarde para lamentaciones.

La esperanza de Marcial pasaba ahora por no despegarse de la cerradura para ver la reacción del prisionero al leer el mensaje. Pensó en las opciones que se presentaban: si respondía de inmediato, escribiendo su respuesta en el reverso, él volvería a ser el mensajero y podría interceptar el mensaje de vuelta, ahora que conocía el truco para abrir la madera; si se demoraba más tiempo en responder, por fuerza tendría que deshacerse del trozo de madera, difícil de esconder en caso de una inspección. En cambio, el pequeño trozo de pergamino era fácil de esconder en cualquier recoveco entre las piedras de las paredes. Y era probable que necesitara tiempo para pensar bien la respuesta, si lo que se traían entre manos, según palabras del obispo, era tan trascendental e implicaba la vida de millones de personas. Así que sólo tenía que aguzar bien la vista para ver dónde lo escondía, y si el augusto volvía a reclamar al prisionero, y era muy probable que lo hiciera, él sólo tendría que deslizarse dentro de la celda mientras estuvieran en la sala de audiencias y leerlo.

Con estas cavilaciones estaba cuando observó la cara de profunda

decepción del prisionero al leer el mensaje. Era la primera vez que su sereno semblante se veía perturbado. Marcial intuyó que la pena en alguien de su grandeza equivalía a la indignación y la rabia en un alma mediocre. ¿Habría intentado chantajearlo el obispo? ¿Lo habría amenazado? ¿Con qué podía amenazarlo? ¿Estaría traicionando algún pacto entre ellos? ¿Le comunicaba noticias preocupantes? Fuera lo que fuese lo que le había escrito, era obvio, por su expresión, que el obispo no estaba ayudándolo en absoluto, como le había asegurado a él. "¡*Maldito embustero!*".

Por suerte, aún existía una posibilidad de saber qué le había escrito… "*No, no… ¡no!*". Marcial palideció. La esperanza crepitaba. El prisionero arrojó al fuego tanto el trozo de madera como el pergamino y su pista de oro se transformó en chispeantes volutas de humo. En un santiamén Marcial vio cómo se esfumaban sus posibilidades de sacar algo en claro. De nuevo en las tinieblas. ¿Cómo no se le ocurrió pensar que la madera podía estar hueca y contener en su interior un mensaje secreto? "*¡Si era lo más lógico!*", se reprendió a sí mismo, profundamente arrepentido de su torpeza. Ahora no tenía forma de atar cabos. Lo único cierto es que el prisionero supo nada más ver el trozo de madera que era el contenedor de un mensaje. Conocía el truco para abrirlo. Eso significaba que no era la primera vez que se comunicaban de esa forma. ¿Qué clase de relación tenían? Marcial estaba a punto de volverse loco intentando comprender qué sucedía. ¿Y si hubiera sido todo un teatro entre los dos para jugar con el augusto con a saber qué aviesa intención? Entonces él, el capitán de la guardia imperial, sería cómplice de un complot nada menos que contra el augusto, en sus narices y con su connivencia y colaboración. Por un momento estuvo tentado de correr al Sagrado Dormitorio y confesarle hasta el último detalle a Constantino. Pero no, ya era tarde, estaba metido hasta el ajo, ni siquiera sabía si el augusto creería una sola palabra o pensaría que la presión y la falta de cuajo le habían hecho perder el juicio. Y en el mejor de los casos, si lo creyera, lo ejecutaría igual por no habérselo contado antes. Con su seguridad no se jugaba. Y con su destino menos.

Ya sólo había una manera de salir de dudas y aclarar qué narices estaba ocurriendo. El obispo lo había involucrado y tendría que darle explicaciones. ¡Oh, sí, el maldito obispo le iba a explicar lo que estaba sucediendo por las buenas o por las malas! Si estaba abocado al precipicio, al menos quería conocer la naturaleza del fondo, aunque llegase muerto. Sí, le sonsacaría de qué conocía al prisionero, qué relación tenían exactamente, en qué estaban conchabados, desde cuándo se carteaban y con qué propósito. ¿Había perdido el juicio, en qué estaría pensando para dar pábulo a esa fábula que le contó el obispo sobre salvar a la humanidad?, se preguntó con una risa

nerviosa. Porque se lo decía con la boca torcida por la superstición que le tenía atenazado el estómago desde la primera vez que vio al prisionero, y se lo decía como se pellizca a un niño pequeño para borrarle las fantasías que lo paralizan, pues seguía sin estar seguro de que le hubiera mentido en este punto, y no porque se lo dijera el obispo, sino porque ya antes, desde el primer momento que lo vio, supo que aquel hombre era distinto de los demás y podía ser cualquier cosa.

La habitación del obispo estaba situada en la planta alta del palacio, en el ala donde se alineaban los dormitorios de los invitados. Al ser el único invitado permanente se le había asignado la mejor habitación.

Marcial, como capitán de la guardia imperial, conocía al dedillo el palacio y la ronda de los guardias que lo velaban, por lo que no le resultó difícil burlar su vigilancia. Además, desde que llegó el prisionero y se le asignó la misión de custodia nocturna, había aprendido a moverse con un sigilo felino. Ni Cleo, poniendo todo su empeño acuciada por los celos, había conseguido descubrirlo.

Mientras llegaba a la habitación del obispo pensaba de qué forma podía apretarle las tuercas para que no se zafase de nuevo con mentiras y subterfugios. Podía lanzarle el farol de andarle con el cuento al augusto, pero el avispado obispo no picaría el anzuelo. Era demasiado listo para creer que Marcial se sacrificaría por hacerle un supuesto bien a Constantino. Marcial resolvió que tendría que usar el as que escondía en la manga y que guardaba para más tarde, por si las cosas se ponían feas de verdad. No era un as pensado para soltárselo al obispo, sino para protegerse de él, porque si no funcionaba le desbarataría esa ventaja e incluso podría utilizarlo en su contra. Además, quería contar con algo con que defenderse de Osio si éste intentaba jugársela. Pero quizá era el momento de jugar esa baza para meterle miedo y hacerle creer que sabía mucho más de lo que creía y se estaba equivocando al subestimarlo. Sí, si Osio se negaba a decirle qué narices le había escrito al prisionero le confesaría que lo tenía vigilado día y noche por orden de Constantino —aunque en realidad era por orden del comandante— y que sabía que dos días después de llegar el prisionero, Osio había enviado cinco correos urgentes a cinco lugares distintos del Imperio usando un servicio de postas privado con el máximo sigilo, siempre fuera de palacio. Le recordaría entonces el secretismo de todo el encierro que había exigido el augusto y que las entrevistas al prisionero se hicieron bajo juramento de silencio *sub rosae*. Revelar una sola palabra pronunciada bajo la rosa implicaba una sentencia de muerte. Y Osio había enviado cinco correos urgentes,

con el mayor secretismo, a cinco lugares diferentes del Imperio. Eso olía a asunto turbio y a traición. Marcial desconocía el contenido de los correos porque no había podido interceptarlos, no tenía autoridad para ello, y tampoco se había atrevido a denunciarlo porque no sabía si el augusto estaba el corriente y de haberlo estado habría sido peligroso confesar que lo había descubierto. Pero ahora, viendo los tejemanejes secretos del obispo con el prisionero, sospechaba que el augusto estaba al margen de sus maniobras, así que no le costaría hacerle creer que había interceptado los correos y conocía el contenido de las misivas y sus destinatarios. Ése sería su farol.

Marcial no encontró ningún obstáculo para sortear a los guardias y alcanzar el dormitorio del obispo. Pero al entrar su sorpresa fue mayúscula. Descorazonadora. La habitación estaba vacía, no había ni rastro de Osio, como si hubiera desaparecido por ensalmo, dejando atrás, precipitadamente, la cama deshecha. Marcial, perplejo, se supo víctima de una conspiración que lo sobrepasaba y en la que estaba atrapado como una mosca en una tela de araña.

En el cuarto vacío algo le llamó poderosamente la atención. Sobre la mesilla había una cruz de plata con una cadena. La cruz tenía grabada un número: LXX. Era todo el vestigio que había dejado atrás el obispo. Junto a ella había una nota. La leyó: "*Ten fe en mí. Esta cruz te protegerá*". Marcial supo instintivamente que la nota era para él. Y la cruz también. Por un momento, atropellado por la rabia que le sobrevino, estuvo a punto de arrojarla por la ventana, pero después, nunca supo por qué, fue como una premonición, se la guardó en el bolsillo, junto a la *tessera* de su amigo Máximo.

En el campamento

Lyon

En el ejército la ociosidad se reprobaba con dureza. Ni siquiera los oficiales escapaban a esta laboriosa filosofía. Mil tareas los requerían desde la salida hasta la puesta del sol. Los que no atendían personalmente los entrenamientos estaban inmersos en tareas burocráticas. Cada legión se administraba como una pequeña ciudad: con prudencia y, siempre que era posible, también con justicia. Allí los oficiales asumían las tareas de los funcionarios. Era imprescindible llevar al día los registros de cada legión, los gastos y haberes, desde la ropa y el armamento hasta la comida de hombres y animales; había que anotar las bajas por enfermedad, que requerían informes diarios de los médicos para saber cuántos soldados estaban de baja y la predicción de su alta, para en el caso de una marcha inmediata tener pensados los ajustes necesarios para que la legión no se descompusiera; había que pasar revista diaria a la tropa para contar las deserciones, porque aunque había centinelas de guardia y el castigo en vísperas de una guerra era la pena capital, siempre había quien lo intentaba; tampoco podían descuidar su labor de jueces para poner orden entre la tropa cuando surgían disputas o había que ajustarle las cuentas a los indisciplinados y los ladrones, que nunca escaseaban; debían atender a los requerimientos de los vivanderos y disputar con ellos el precio de cada grano; había que vigilar que las prostitutas no prestaran sus servicios dentro del campamento para que aquello no se convirtiera en un despiporre; había que garantizar la limpieza para evitar infecciones, etc. Y en el caso de las legiones comandadas por los duques, como era el caso de la de Máximo y Valerio, al ser los duques gobernadores en provincias aguerridas donde era imposible tener un funcionariado enteramente civil, éstos estaban obligados a mantener una correspondencia fluida con sus provincias para estar al día de cómo andaban las cosas y dar respuesta de su puño y letra, con sello lacrado, a cuestiones que los funcionarios subordinados que quedaban al cargo no estaban autorizados. Había

asuntos que no podían detenerse con la guerra.

Tanto el duque como los oficiales se pasaban la mayor parte del día encerrados en el pabellón del pretorio, sentados ante los escritorios leyendo, escribiendo y respondiendo cartas, revisando documentos, formulando, aprobando o denegando peticiones y haciendo mil y un onerosos trámites.

Estas ingratas tareas, tan aborrecidas por todos, las realizaba Máximo con una pulcritud encomiable, como si le fuera la vida en ello, o más bien la cordura, porque le servían para distraer la mente y no pensar en el desagravio que se le estaba haciendo. En cuanto quedaba libre de obligaciones se le removían las entrañas. Llevaba ya cinco días acampado y nadie había preguntado por él.

Sólo a la tarde tenía tiempo para ejercitarse un poco, y lo hacía siempre con su fiel Valerio. Durante dos horas probaban sus armas el uno contra el otro y después, mientras se reponían del esfuerzo, daban una vuelta por el campamento para calibrar los ánimos y las fuerzas de la legión.

Valerio reparó en el ala este del campamento, donde se ejercitaban los novatos, y no se mostró muy optimista con el espectáculo. Algunos habían sido reclutados en su camino hacia Lyon. Las guerras eran así, exigían medidas drásticas. Con la estrategia de Constantino de no movilizar a todo el ejército necesitaban carnaza para hacer bulto.

—A ésos les van a cortar los pelillos de la barba antes de aprender a manejar la espada —presagió Valerio chasqueando la lengua.

Bajo las órdenes de los suboficiales que hacían de lugartenientes de los centuriones, a los novatos se los veía en grupos separados de veinticuatro hombres, tres contubernios, sudando la gota gorda. En sus caras se reflejaba el miedo y la incertidumbre a partes iguales. Debían completar en un mes el entrenamiento que en circunstancias normales requería cuatro meses. Blandían torpemente espadas de madera muy pesadas mientras sujetaban a duras penas plomizos escudos de mimbre a los que en el extremo inferior habían atado piedras para fortalecer sus músculos, obligándolos a entrenar con armas que pesaban el doble de aquéllas con las que irían al combate. A gritos y a golpes el suboficial les corregía las posturas de ataque y defensa. Aquello no era un juego. Entrenaban con espadas romas, pero morirían con espadas de verdad, de templada y fina hoja española de doble filo.

—¡No se trata de cortarlos en lonchas! —les gritaba enfurecido el suboficial, desesperado por su torpeza. En la batalla combatirían a su lado y su vida dependería, muy a su pesar, de que aprendieran bien la lección—. ¡Por todos los dioses, cuántas veces he de repetirlo, no son

cochinillos a los que vais a tronchar para la cena, son enemigos a los que hay que dejar tiesos de un golpe! ¡Maldita sea, ¿cómo he de decíroslo? Se trata de clavar, no de cortar! ¡Clavar, no cortar, idiotas! ¡Hay que afinar la puntería para acertar en los órganos vitales! ¡Sólo así, de un solo golpe, venceréis al enemigo sin miedo al contraataque! —dijo ensayando en el aire una estocada brutal a modo de ejemplo.

Valerio sonreía con nostalgia. Él también había pasado por aquello siendo mozalbete. El manejo de la espada era uno de los primeros aprendizajes. Si iba bien dirigida bastaba con que penetrase la punta para ser mortal. La otra gran ventaja de utilizarla de estoque es que exponía menos el cuerpo del atacante. Pero no bastaba con aprender a manejar la espada. Igual de importante era saber defenderse con el escudo, porque no luchaban contra mancos ni estafermos, sino contra hombres como ellos que no apreciaban sus vidas ni en un óbolo menos que las suyas. Debían aprender a parar los golpes del enemigo sin que el escudo les estorbase para poder contraatacar. Era importante saber utilizar el umbo de los mismos no sólo para intentar que la espada del rival fuera a parar a aquella parte central y comba del escudo, haciéndolos trastabillar con el impulso, sino también para la ofensiva, aprovechando su forma y peso para empujar y desestabilizar al contrincante. Esto era especialmente importante cuando formaban en testudo y querían romper las filas del enemigo a fuerza de empuje.

—¡Arriba ese escudo, imbécil! —le gritó el suboficial a un novato.

—¡Si no lo bajo me cortará las piernas! —gimió el imberbe, exhausto por el esfuerzo.

—¡Si te corta las piernas todavía serás medio hombre y te quedarán los brazos para seguir golpeando! —le respondió airado el suboficial, golpeándole terriblemente con el costado de su espada en las pantorrillas. En la legión no se permitían las contestaciones.

Junto a ellos, otro grupo lanzaba jabalinas a una estaca de madera. Eran tan pesadas que en sus rostros se veía el esfuerzo que les suponía levantarlas. De cada diez tiros, sólo dos o tres llegaban a la altura de la estaca y sólo uno, con suerte, se clavaba en la misma.

Valerio, viendo el espectáculo, resoplaba y se le tensaban los músculos.

—Ésos no sirven ni para hacer caldo —gruñó—. Y eso que lanzan *spiculum*. Si fueran *pilum* se las clavarían en sus propios pies. Yo no me molestaría en intentar afinar sus punterías y me centraría en practicar su uso como arma de mano.

—Eso sería un desperdicio con semejante chusma —lo corrigió Máximo con voz apática, haciéndole notar a Valerio que aquel grupo estaba compuesto de truhanes y gentes de baja ralea, que incluso a

distancia se les veía tan acanallados y pendencieros como cobardes y gentes sin honor—. Ésos formarán el cuerpo auxiliar de los *vélites* —lo instruyó—. Practican con *spiculum* pero para el combate se armarán con *verutum,* que son jabalinas más pequeñas y ligeras, de apenas un metro y extraordinariamente flexibles. Así que si consiguen acercarse al blanco con las *spiculum* será suficiente para acertar luego con las *verutum.* Esperar que lucharán cuerpo a cuerpo, sea con jabalinas o con espadas, es esperar que llueva hacia arriba. A todos esos los verás un suspiro en la vanguardia. Tan pronto como lancen sus jabalinas ya no los verás más al frente, sino en la retaguardia de la retaguardia, detrás de los carromatos. Si es que no lo ves huyendo campo a través —suspiró Máximo con resignación. Seguía añorando aquellos tiempos que nunca vivió, cuando decían que los legionarios eran hombres de honor. Pero ¿acaso era cierto? ¿Acaso fue alguna vez cierto que los hombres fueron honorables? Los poetas y los historiadores cantan e inventan mentiras, son los grandes mistificadores de la humanidad. Es el destino trágico de nuestra especie —pensó con amargura—, inventar un pasado glorioso para disminuir el presente, para justificar la inmundicia y la sinrazón en que se malgasta la vida, creyendo que es una degeneración temporal, que se volverá a alcanzar de nuevo la cumbre de los hombres de antaño, cuando posiblemente la vida de los hombres siempre ha sido miserable. Es una estrategia para evitar el suicidio colectivo. Si los hombres supieran que siempre fueron miserables, sanguinarios, vanidosos y estúpidos y que lo seguirán siendo hasta que sean exterminados por un cataclismo u otra civilización más cruel, quizá ni siquiera se molestarían en despertar, quizá hasta dejarían de soñar. Máximo se preguntaba si en el futuro los poetas y los historiadores hablarían de su época, y de algo estaba seguro, y es de que se acordarían de los grandes hechos, distorsionados por el paso del tiempo y la fantasía, y así sería fácil hacer pasar todo aquello por brillante y esplendoroso, porque no tendrían forma de bucear en el fondo y ver la miseria de su época, el corazón negro y podrido de sus contemporáneos, las mezquinas ambiciones que los movían, incluso cuando daban grandes pasos, las corrupciones del alma para medrar y escribir su nombre microscópico en el gran libro de los hombres. Se preguntaba también qué sucedería si los enemigos pudieran verlos entrenar y observar a cada uno de los legionarios por separado para conocerlos de verdad. Probablemente les perderían el respeto. Al verlos en formación y perfectamente equipados, con una disciplina en la distancia ejemplar, los enemigos los enfrentaban derrotados de antemano por la legendaria fama del ejército romano. La fuerza del mito los aplastaba antes incluso de comenzar la batalla. Pero si pudieran separarlos e interrogarlos uno a uno se sorprenderían de ver que en toda la legión no habría más de

cien valientes. Las legiones se habían convertido en los ejércitos del hambre y la desesperación. Y una minoría considerable era peor que eso, eran criminales y violadores, la hez de la humanidad. La legión, como cuerpo, brillaba lustrosa como siempre, pero bajo su superficie engalanada olía a podredumbre. Era un remedo del propio Imperio.

El suboficial que entrenaba a los *vélites*, que había pertenecido gran parte de su vida al cuerpo de *hastati*, diestros lanzadores de *pilum*, al ver la mueca de desagrado de Valerio apartó de un manotazo a un novato, cogió su *pilum*, una jabalina mucho más grande y pesada que el *spiculum*, con la punta pequeña y afilada en forma piramidal, diseñada para atravesar fácilmente los escudos. La lanzó con tanta fuerza que, acertando en el centro, casi atravesó la recia estaca de parte a parte.

La punta, al clavarse, se quebró. Algunos novatos se rieron, en venganza por la crudeza del instructor.

Valerio no pudo evitar la contracción de su mandíbula y el erizamiento de su vello al escuchar la punta del *pilum* quebrarse en la estaca. Aquel arma infernal le producía escalofríos, un temor reverencial que llevaba en lo más hondo de su sangre, porque el famoso rey de los ilergetes iberos, Indíbil, murió atravesado por un *pilum*. Y según refería Valerio, con más trazas de fantasía que visos de realidad, su sangre entroncaba con la de aquel esclarecido valiente.

—¡Idiotas —les gritó el suboficial al verlos reírse—, no se quiebra porque haya sido un mal tiro! ¡Está diseñada a propósito para romperse y que el enemigo no pueda valerse de ella! ¡Así, si no los mata porque se han cubierto a tiempo con el escudo, al menos éste queda inutilizado al no poder arrancarla, lo que les impedirá moverse con libertad! ¡Y ciertamente es una bendición que así sea, porque viendo lo inútiles que sois, de otra manera no sólo no mataríais al enemigo sino que le suministraríais armas gratis para matarnos a nosotros!

Cerca de ellos, otro grupo se las veía con un estafermo al que un sádico centurión hacía girar como a un poseído. Los soldados atacaban con valor, pero salían golpeados como si los hubieran molido en un batán, con las armas volando por los aires y algún que otro hueso quebrado.

—A éstos sí que hubiera sido más provechoso haberlos dejado cultivando los campos que traerlos a la guerra, pues no van a ser más que un estorbo —gruñó Valerio viéndolos debatirse torpemente y salir tan mal parados.

—Déjate —le replicó Máximo—, mejor están aquí, que ésos no saben lo que es clavar el azadón en la tierra, sino lo que es robar lo

que otros siembran. El mejor de ellos es un rufián. Aquí al menos harán bulto y con que cada tres de ellos valgan lo que un veterano, ya es algo.

—Ya veo que hemos traído con nosotros la flor y nata del ejército —farfulló Valerio.

En otra parte, otro centurión aprovechaba para enseñarle estrategias de combate y formación a un grupo fatigado por el esfuerzo. Desde donde estaban Máximo y Valerio se veía con claridad cómo formaban en líneas de a ocho en fondo.

—¡No, estúpidos, no os juntéis tanto! —les gritaba el centurión con severidad, acompañando sus palabras de latigazos para enfatizarlas, muy serio y escrupuloso con el reglamento—. ¿¡Sois nenazas y queréis ir de la mano y olisqueándoos el culo unos a otros?! ¡Separaos, idiotas, o no podréis manejar las espadas!

A vergajos, sin piedad, les enseñaba a mantener la distancia justa entre ellos, tanto con los que tenían a los lados como con los que tenían delante y detrás.

—¡Así, sí, así! —les gritaba satisfecho al ver que surtía efecto su enseñanza.

Desde la distancia, Máximo y Valerio veían claramente el propósito de estas instrucciones. Si conservaban esa disposición no sólo podrían manejar las espadas sin dañarse unos a otros, sino que podrían avanzar y girar a las órdenes del oficial sin atropellarse, como un solo cuerpo, todos a una. Y ya en liza, conforme fuesen cayendo o yéndose hacia atrás abrumados por las heridas o la fatiga, podrían relevarse cómodamente. Esta estrategia era tan eficaz que había conseguido desbaratar hasta la temible táctica macedonia con sus dieciséis líneas de lanzones en rastrillo.

En otro grupo mucho más numeroso ensayaban la coordinación entre los distintos grupos de ataque. La infantería debía marchar tras la artillería formando cuatro líneas. A unos treinta metros del enemigo debían detenerse para dejar a los artilleros lanzar una tanda de proyectiles. A los artilleros acompañarían las tropas auxiliares de arqueros. Una vez soltada la andanada de flechas y piedras, tanto artilleros como arqueros debían abrirse rápidamente para dejar paso a las primeras filas de infantería, quienes llevaban en el interior de sus escudos media docena de dardos cuyas férreas puntas se unían con plomo a la madera para aumentar su peso y su capacidad mortífera. Acto seguido, aprovechando la sangría y el desbarajuste del enemigo, comenzarían a lanzar las jabalinas, fila tras fila. En cuanto las lanzaran debían irse hacia atrás para recoger otras, que un cuerpo de auxiliares les suministraría. También aprendían a ocupar de inmediato

el hueco que dejaban los caídos de la fila precedente, de modo que siempre hubiera una fila completa lanzándolas.

—¿Y qué hacemos cuando ya no queden más filas detrás de nosotros o se acaben las jabalinas? —preguntó uno.

—En cuanto suceda una de esas dos cosas desenvainaréis las espadas y os lanzaréis al cuerpo a cuerpo —respondió el centurión—. Y detrás de vosotros atacaremos nosotros con el grueso de la infantería y la caballería nos auxiliará por los flancos.

El muchacho que había preguntado tragó saliva. Comprendió que ellos serían la carnaza del combate, el cuerpo suicida. La única posibilidad de supervivencia era que el enemigo retrocediera. Sólo entonces la caballería los sobrepasaría y ellos quedarían mezclados con el resto de la infantería, dejando de ser la cabeza visible en la matanza.

—Habrá que verlos en combate —dijo Valerio enarcando las cejas, en clara desaprobación de lo que veía—, si guardan las distancias y el denuedo que muestran aquí o a las primeras de cambio se nos cagan encima.

—Tú siempre tan optimista. ¿Aquéllos tampoco te parecen de fiar? —le preguntó Máximo señalando hacia el lugar del campamento donde entrenaban los veteranos, hombres duros como el hierro, forjados en mil batallas, que se entrenaban con las espadas de verdad enfundadas en cuero para no matarse, porque la saña con la que peleaban era la propia de un combate de verdad. Lo hacían en los tinglados construidos *ex profeso*. Era su privilegio, para que tronase Júpiter con toda su furia, cayesen rayos y centellas capaces de amedrentar a los gigantes o un sol plomizo derritiera hasta las sombras, ninguno de ellos tuviera excusa para eludir su entrenamiento diario.

Valerio sonrió con orgullo de clase. Los cuerpos de los veteranos, como el suyo propio, estaban remendados con cicatrices. No conocía a ninguno cuya piel no fuera un pergamino donde se pudieran leer las batallas en las que había combatido. El cuerpo de un soldado de más de veinticinco años solía parecer una vela vieja cosida y recosida para reparar las adversidades, cuyas marcas de latigazos, heridas y huesos mal soldados reflejaban la dureza de una vida sólo apta para los más fuertes.

De repente se escuchó un chapoteo estremecedor, acompañado de gritos ahogados. Se giraron y Valerio emitió una queja gutural, entre irónica y amarga.

—Llevas razón, no hay motivo para ser pesimistas…

El espectáculo era dantesco. Al menos unos doscientos legionarios,

que regresaban de una marcha forzada de entrenamiento que los había obligado a recorrer treinta kilómetros en cinco horas, con toda la impedimenta a cuestas, estaban siendo lanzados al río por sus superiores, montados sobre caballos de guerra.

Cuando se las creían felices al divisar el campamento y llegarles el olor a gachas y pan recién horneado, los oficiales habían decidido que en lugar de cruzar por el puente lo harían a nado. Los soldados, agotados por la larga marcha, chapoteaban como perros en el agua. Si se daban la vuelta los esperaban los sablazos de los oficiales enfurecidos, que no tenían piedad para los cobardes ni los débiles. Y si se les ocurría soltar la impedimenta para ponerse a salvo, en la otra orilla serían escarnecidos a modo de ejemplo ante el resto de la tropa. Archiconocido era que cualquier soldado sensato temía más a sus oficiales que al enemigo. Por eso preferían ahogarse antes que verse humillados de la forma más inhumana, apaleados de forma brutal por el oficial al mando y expuestos después a que el duque, en función de general, con potestad para imponer la pena capital entre los soldados, considerase que su cobardía merecía la muerte. Allí no había ley Porcia ni Sempronia ni otra jurisdicción que valiese, sino la voluntad del general o duque al mando, que solía ser implacable. Era mejor morir ahogados sin pena ni gloria que hacerlo deshonrados tras un humillante y cruel castigo.

Valerio contó ocho cuerpos flotando corriente abajo como troncos de árboles inservibles, con toda la impedimenta a cuestas. Ninguno de ellos había intentado aflojar las cinchas para librarse de la pesada carga.

—Al menos ésos sí que hubieran aprovechado más arando los campos —farfulló Valerio señalando a los ahogados.

—No hay otra forma de probarlos —respondió Máximo con aplomo militar—. Cuando entremos en combate puede que cambies de opinión y pienses que fuimos demasiado blandos con ellos.

Aquí Máximo y Valerio discrepaban, como no podía ser de otra manera. Sus espaldas no habían sufrido lo mismo. Valerio había comenzado por el escalafón más bajo, escalando cada peldaño a base de palos, mientras que Máximo, al ser hijo de senador y pertenecer al estamento privilegiado, había entrado directamente de suboficial, ahorrándose muchas penurias.

—La lealtad de los soldados profesionales no es la misma que la lealtad de los nativos que defienden a sus familias y propiedades —le recordó Máximo al ver poco convencido a su amigo sobre los severos métodos de adiestramiento—. La mayoría de ellos van a pisar Italia por primera vez en su vida, no tienen ningún vínculo emocional con

su historia, no los alientan los ideales ni el amor a una tierra que les es extraña. Lo único que va a impedir que huyan frente al enemigo es el miedo a las represalias. Si no temieran a sus oficiales ninguno de ellos derramaría ni una gota de su sangre por la causa. El ejército no es una casa de caridad para ovejas descarriadas.

Valerio frunció el ceño. Sabía por lo que lo decía. Conocía bien los motivos por los que esos desgraciados se alistaban en el ejército aun sabiendo lo que les esperaba. Muchos de ellos carecían de estatus legal e incluso un buen puñado de ellos tenían crímenes que esconder. En teoría el ejército no admitía a criminales, pero en épocas de crisis se hacía la vista gorda. Por eso en las listas de inscripción, en la casilla que marcaba el lugar de nacimiento, era frecuente que simplemente pusiera "*en el campamento*". A Valerio no le dolía que éstos fueran tratados a palos, pero no pensaba lo mismo del resto, que eran en su mayoría campesinos arruinados por la codicia imperial y colonos reducidos a la esclavitud por los terratenientes. Y ahora se los obligaba a derramar su sangre, de una vez por todas, para perpetuar un sistema de explotación que no había dejado de sangrarlos. Sí, bien sabía él que no se alistaban por amor al Imperio al que nada debían, sino porque el ejército les aseguraba la comida, la ropa y una paga regular, con la posibilidad de jubilarse con una paga extra o un terruño si conseguían sobrevivir veinticinco años a esa vida.

—Hace ya mucho tiempo que los italianos sólo se alistan para ser pretorianos —continuó Máximo con su habitual nostalgia de tiempos mejores, viendo el reproche en los ojos de su fiel amigo.

—Son unos cobardes —gruñó Valerio.

—No es una cuestión de cobardía. Saben que la vida militar no les será tan penosa como al resto de legionarios. No se les puede culpar por intentar llevar una vida más cómoda. Eso va en la naturaleza humana.

—En la naturaleza humana de los cobardes —le replicó Valerio, emitiendo un sonido gutural que dejaba clara su postura.

—Hoy en día sólo hay dos buenos soldados —continuó con su discurso Máximo, obviando las objeciones de su amigo—: los hijos de legionarios que heredan con orgullo el oficio de sus padres y los que proceden de pueblos que siguen teniendo en alta estima las virtudes guerreras; pueblos todavía no viciados por la lujuria romana.

—Qué sería de la legión sin las fuerzas auxiliares —masculló Valerio.

—Bueno, y de los locos como tú —dijo guiñándole un ojo para congraciarse con él.

—No es de extrañar que Constantino prefiera a sus bárbaros antes

que a cualesquiera otros legionarios —gruñó Valerio.

Poco a poco habían completado el giro completo del campamento y se encontraban de nuevo cerca de las cohortes que habían venido con ellos desde Hispania.

Desde allí podían ver, fuera del recinto, el adiestramiento de la caballería para provocar al enemigo con ataques improvisados y fulgurantes, dejándose caer sobre él como rayos, lanzándole una andanada de flechas sin aproximarse demasiado, rehuyendo el cuerpo a cuerpo, pues se trataba de que el enemigo después los atacara al volver grupas y así poder tenderles una emboscada. Esta estrategia despertaba muchas dudas entre la tropa, pues funcionaba bien con los bárbaros, más impetuosos e indisciplinados, pero difícilmente lo haría contra otras legiones romanas.

—En el fragor de la batalla es fácil perder los nervios y cometer errores —los tranquilizaba el oficial al mando—. Ningún intento es malo para probar las flaquezas del enemigo. Y además los de Majencio han librado pocas guerras. Especialmente los pretorianos, por lo que no hay que descartar que esos capones caigan en la trampa. ¡Esos orgullosos inútiles sólo saben luchar contra la plebe desarmada y los emperadores caídos en desgracia! —gritó el oficial.

Su desprecio e inquina hacia los pretorianos fue jaleado por los soldados. Todos odiaban tanto como envidiaban la buena vida de los pretorianos, por los que se hubieran cambiado sin pensárselo dos veces. Éstos sólo tenían que servir dieciséis años, no se exponían a ningún peligro al haber sido reducidos a una especie de guarnición de la ciudad de Roma y cobraban el triple que el resto. Y a nadie se odia más que al que más se envidia.

—Tampoco es que nosotros nos hayamos visto en muchas refriegas —murmuró uno de los auxiliares que hacía el papel de enemigo para acostumbrar a los caballos a los comportamientos hostiles.

El oficial se llegó a él y descargó sobre sus lomos un golpe tan fuerte con su espada de costado que lo hizo caer al suelo retorciéndose de dolor.

—Mira, te acabo de bautizar en batalla, para que no puedas volver a decir lo mismo. Algo así es lo que se siente cuando te hieren en combate.

Sus compañeros, que vieron la lección aprendida en lomos ajenos, estallaron en aplausos y carcajadas.

—¡Es verdad que sólo nos las hemos visto en escaramuzas de poca monta, pero nuestro entrenamiento nos ha preparado para la peor de las batallas! —los arengó el oficial—. ¡Y Constantino, nuestro amado augusto, vendrá con sus bárbaros, y ésos, creedme, ésos solos,

acostumbrados a luchar en las fronteras del norte contra los salvajes de su raza, harán que los de Majencio se caguen encima nada más verlos!

Los gritos atronaron el campamento. Hasta el pobre desgraciado que había recibido en sus lomos la lección del oficial, aunque todavía seguía doblado por el dolor, jaleaba sus palabras y se reía histéricamente.

—Y si los de Majencio no nos persiguen, al menos recibirán un pequeño castigo en forma de lluvia de flechas —les explicó el oficial con más calma—. Y servirá de distracción para que el resto de la legión pueda infligirles más daño. Cuantos más frentes abiertos tengan, más difícil les será defenderse. Un solo frente, por poderoso que sea, es más fácil de contener con una buena estrategia de defensa que mil frentes abiertos, aunque cada uno de ellos sea de escasa consistencia.

Valerio asintió con la cabeza a las palabras del oficial, a la sazón amigo suyo.

—Sigo pensando —reflexionó en voz alta— que la caballería está desperdiciada, que serviría para mucho más. Podría convertirse en la fuerza más temible del ejército.

—¿Quieres reformar las legiones? —le preguntó Máximo con ironía —. Me parece que hasta ahora no le ha ido tan mal a Roma.

—Los tiempos cambian —le respondió Máximo, convencido de sus ideas—. Yo te digo que el primer ejército que aprenda a usar la caballería como es debido, como primera fuerza de ataque y empuje, ha de ganar mucha gloria en los siglos venideros. Porque un hombre a caballo vale como diez a pie. Eso es indiscutible.

—Te recuerdo que Roma se ha enfrentado a ejércitos con buenos jinetes, como los partos y los escitas, y a entrambos los ha derrotado con la infantería.

—Buenos jinetes y diestros arqueros, pero no eran una fuerza de ataque y empuje como la que yo columbro en mi sesera. Te digo yo que quien lo haga primero ganará más de una guerra. E igualmente te digo que he oído que los bárbaros lo están comprendiendo. El día que consigan un mínimo de disciplina ya veremos lo que ocurre.

—Anda, volvamos a la tienda, que estoy muerto de hambre —le dijo Máximo, golpeándole amistosamente las espaldas.

De regreso a su tienda vieron, cerca de la empalizada, a un grupo de soldados persiguiéndose los unos a los otros sin orden ni concierto.

—¿Y ésos qué hacen? —preguntó Valerio intrigado al ver algo tan distinto a lo que había visto hasta ahora, todo orden y sentido.

—Ésos ensayan la carnicería que han de hacer si el enemigo huye —le explicó Máximo, observando con repugnancia sus caras y expresiones de ínfima ralea—. Son asesinos en su mayoría, condenados a prisiones y minas, a los que se les ofrece la posibilidad de redimirse sirviendo en el ejército. Como ningún oficial en su sano juicio confiaría en ellos más que en una hiena, se les encarga el trabajo que mejor saben hacer, que es matar a los indefensos, con la posibilidad de quedarse con sus despojos. Es decir, ser ellos mismos con total impunidad. Para ello se los arma con el *contus,* que como sabes es una lanza muy pesada que requiere de las dos manos para su manejo. Y que, por cierto, era el arma preferida de las caballerías de los sármatas y de los catafractos partos —añadió sonriendo por la clara alusión a la derrota de aquellas caballerías—. Nosotros las utilizamos para rematar a los caídos, porque a esta calaña no podemos asignarle otro cometido ni armarlos con armas ligeras que les permitan huir a la carrera.

Al llegar a su tienda el olor a gachas les abrió el apetito. El cocinero, al aire libre, les preparaba una buena sartén. Junto a él, dándole conversación, había un auxiliar de caballería arreglando su casco. El sudor se había comido el cuero interior y estaba sustituyéndolo por cuero nuevo para cubrir la osamenta de metal.

No habían entrado todavía en la tienda cuando un jinete con las insignias de la guardia imperial se abrió paso entre la muchedumbre, apartando a patadas a quienes, absortos en el entrenamiento, bullendo de adrenalina, sudor y sangre, no se habían percatado de su presencia. La mayoría se apartaba entre quejas y gruñidos, pero no faltaba quien lo increpaba de malos modos. Sin embargo nadie osaba ponerle la mano encima.

El jinete, impertérrito, vestido con su bruñida cota de malla y su yelmo empenachado, con la insignia de la guardia imperial bien visible, despreciaba todo el enojo que suscitaba su soberbia y no frenaba el caballo ni se dignaba a pedir disculpas cuando atropellaba a algún despistado.

A Máximo le dio un vuelco el corazón nada más verlo. ¿Era Marcial quien venía en persona a convocarlo ante el augusto? Al llegar a su altura se desengañó. Era un bárbaro frío y brutal como el hielo. Sin bajarse del caballo le mostró a Máximo un puño de plata con el águila imperial rodeando con sus plumas un retrato de Constantino. Ello significaba que venía de parte del augusto y hablaba en su nombre, por lo que sus órdenes debían acatarse sin rechistar.

—¿Tú Máximo?

—Sí, soy yo.

—Ensilla caballo y sígueme —le ordenó el jinete con voz insensible.

Máximo y Valerio intercambiaron las miradas. Aquello podía ser tan bueno como malo.

—¿Dónde he de seguirte? —preguntó Máximo con voz autoritaria.

El jinete lo miró enarcando las cejas y acarició con altanería el puño de plata, dándole a entender que su deber era obedecer, no preguntar.

—Tréveris —dijo con voz fría y seca, apiadándose de él—. El augusto querer a tú ver. Prisa. Dos días viaje.

A Máximo le cambió la expresión del rostro. Sonrió por el acento extranjero del heraldo y su loca sintaxis y auspició las buenas de aquella llamada. El augusto había enviado nada menos que a uno los hombres de su guardia personal para escoltarlo a palacio.

—¿Puedo llevar a mi ayudante? —preguntó Máximo, señalando a Valerio.

—Haz como querer. Tu responsabilidad. Yo sólo orden llevar tú —le respondió con muestras de impaciencia.

—Espérame un minuto para que me cambie la túnica y me ponga la capa —lo interpeló Máximo, entrando en la tienda sin esperar la respuesta del heraldo, quien se limitó a dar su consentimiento con una simple inclinación de cabeza.

Valerio entró tras él, se llenó una copa de vino y se la bebió de un trago.

—Bueno, al fin te ha llamado —respiró aliviado. La semana había sido dura al lado de Máximo, siempre taciturno y poco hablador. La larga espera, sentida como una humillación, había hecho mella en su ánimo.

—Sí, al fin me ha llamado —confirmó Máximo con una voz que ahogaba su alegría inicial y no sonaba nada optimista—. Pero, ¿para qué?

El hecho de que no hubiera sido Marcial el encargado de ir a buscarlo le despertaba sospechas.

—Vas a salir de dudas muy pronto —le dijo el hispano alargándole una copa de vino para festejarlo. Máximo la rechazó con amabilidad —. Haces bien. Ya tendremos tiempo de festejar cuando regreses como dueño y señor de la legión hispana. ¡Más vale tarde que nunca! —entonó Valerio, bebiéndose sin escrúpulos el vino rechazado.

Máximo sonrió ante su jovialidad despreocupada y su buen humor.

—¿De verdad tengo que acompañarte? —le preguntó Valerio. Si iban a llegar en dos días a Tréveris eso significaba que sólo

desmontarían para cambiar de caballo.

—Ya lo has oído, sólo son dos días de viaje. Y me gustaría tener a un amigo a mi lado.

A Valerio aquello le tocó la fibra. En Tréveris, a Máximo lo aguardaría su amigo Marcial, del que tanto y tan bien había oído hablar. Y sin embargo a él también lo quería a su lado.

El heraldo imperial, hombre rudo y de pocas palabras, los esperó sin desmontar, rígido como una estatua de piedra, mientras Máximo se cambiaba la túnica y se ponía la capa de gala para estar presentable.

El auxiliar que estaba arreglando su casco junto al cocinero y lo presenció todo, tan pronto como Máximo y Valerio entraron en la tienda se fue corriendo a buscar sus caballos. Cuando salieron los tenían ensillados a la puerta. Máximo y Valerio se subieron en sus cabalgaduras de un salto, como expertos jinetes, los embridaron y Máximo le indicó al heraldo con un gesto altivo de la cabeza que marcara el camino.

—Al menos podíamos haber cenado antes o haber cogido algo para el camino —rezongó Valerio, que con hambre se volvía una fiera.

—Tranquilo —lo calmó Máximo, quien poco a poco fue dejando que el buen humor lo conquistara—. En la primera posta que paremos podrás comer hasta reventar.

Tal como predijo el bárbaro, tardaron dos días en llegar a Tréveris. Sólo descansaron para comer y dormir las horas imprescindibles para sostenerse enteros sobre los caballos. Cada dos horas los cambiaban, lo que les permitió ir a galope tendido la mayor parte del camino. La primera posta fue la más difícil, porque a Valerio le costó dejar allí a su magnífico alazán, traído desde Hispania y con el que había compartido gran parte de su vida en el ejército. Bajo juramento obligó al caballerizo a responsabilizarse de él, garantizándole que si a la vuelta no se lo encontraba en perfecto estado de salud y “anímico” —tal cual se lo dijo, para pasmo de cuantos lo escucharon—, lo despedazaría con sus propias manos y daría de comer con sus restos a los cuervos. El caballerizo se negó al principio a aceptar aquella amenaza, pero las insignias imperiales que portaba el heraldo y los galones de Máximo le hicieron cambiar de opinión y agachar las orejas. “*De tener mujer, difícilmente podría quererla más que a su caballo. Quizás por eso está soltero*”, pensó Máximo viéndolo despedirse del equino entre caricias y palabras cariñosas.

Conforme se acercaban a Tréveris, Máximo olvidaba sus penurias y su frustración y sus ojos volvían a iluminarse, esperanzados. Al fin iba a saborear las mieles de la gloria, su merecido ascenso. Llevaba razón

Valerio, pensó, el augusto sabría recompensar sus leales servicios. La prueba era que ahora lo llamaba a una audiencia privada. Por primera vez en un mes sonrió de verdad.

Cuando avistaron Tréveris ya empezaba a caer la noche. En lugar de dirigirse a la ciudad, el heraldo se desvió hacia uno de los campamentos que la circuncidaban. Era el más próximo a la ciudad y albergaba a la legión *comitatense* de Constantino, cuyos soldados eran en su mayoría bárbaros de una fiereza irreductible. Las demás legiones le mostraban un respeto reverencial y comenzaban a llamarla la legión palatina, porque era la que le hacía de escolta a Constantino en sus campañas y en la única en que aquél fiaba su vida. Algunos la veían como un remedo de la guardia pretoriana que tanto detestaban, pero lo cierto es que era el polo opuesto, pues en esta legión estaba lo más granado de sus fuerzas, los más leales, duros y curtidos soldados de todo el ejército.

En deferencia a Máximo le habían preparado una litera en la tienda que compartían los oficiales de más rango después del general y el prefecto: el *primus pilus* de la primera cohorte y el *pilus prior* de la cohorte segunda. Esto lo interpretó Máximo como un honor que auguraba las mejores noticias. Incluso vio normal que llegando tan tarde no los llevaran directamente a palacio. No eran horas para molestar al augusto.

Los oficiales lo acogieron con el respeto a que estaban obligados, pero mostrando cierto desdén, pues consideraban pusilánimes a los que militaban en provincias tan pacíficas como Hispania. Y a regañadientes añadieron una litera más para Valerio, a quien no esperaban. Sin embargo, así como miraban a Máximo con cierto desdén, enseguida simpatizaron con Valerio, que por su complexión y carácter en nada desmerecía del más bravo de los bárbaros.

Al día siguiente, Máximo madrugó más que la aurora. Contempló con orgullo militar cómo lentamente se pintaba el campamento con los brillos metálicos del hierro y los colores ondeantes de las insignias y banderolas, y cómo salían de la bruma un mar de tiendas grises a las que poco a poco fueron sumándose voces apagadas, susurros, murmullos, toses y algunas que otras voces altisonantes y extranjeras, hasta que el clarín convirtió aquello en una verdadera algarabía.

Desayunó junto a los oficiales y después se quedó solo con Valerio, mientras aquéllos se iban a entrenar. Ésa era otra de las particularidades de aquella legión: al ser los bárbaros analfabetos, incluso los oficiales estaban exentos de las tareas burocráticas.

—¿Por qué no entrenamos un poco? —preguntó Valerio—. Nos vendrá bien para desentumecer los músculos y aflojar los nervios.

—Ve tú si quieres —le respondió Máximo de buen humor. No quería sudar. Quería estar presentable. Estaba convencido de que más pronto que tarde vendrían a buscarlo.

—No sabes cuándo te llamarán —intentó convencerlo Valerio—. Puedes estar todo el día esperando. Quizá incluso no te llamen hoy para dejarte descansar.

—No creo que me hayan hecho venir con tanta urgencia para tenerme aquí esperando cruzado de brazos.

Valerio lo miró con una mueca sarcástica.

—Sí, lo sé, no sería imposible —tuvo que admitir Máximo, dándole amargamente la razón.

Llegó el mediodía, comieron y siguió esperando. Y llegó la tarde y seguía sin venir nadie a buscarlo. Máximo no se quejaba, pero sus ojos comenzaban a arder de indignación. Y no sólo esperaba al maldito heraldo. Anhelaba todavía más la visita de Marcial. ¡Lo que hubiera dado por poder verlo antes de ver al augusto! Tenían tantas cosas que contarse. "*¡Por júpiter, ¿por qué no viene a verme? ¿Es que no le habrán informado de mi llegada?!*".

Valerio, que era tan discreto como prudente cuando le venía en gana, no volvió a insinuarle nada y de vez en cuando se daba una vuelta por el campamento. Lo que veía le gustaba mucho más de lo que había visto en Lyon. "*Éstos sí que saben lo que se hacen. Con la mitad de ellos yo conquistaría el mundo entero*".

A la noche, Máximo volvía a estar taciturno. La luna, por segunda vez consecutiva, veló su insomnio. La causa del primer insomnio fueron los nervios; la del segundo, la indignación.

Despedida de Silvestre

Roma

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Silvestre asomándose por la puerta de la sacristía.

Lucio estaba sentado en una silla de la primera fila de la iglesia contemplando en silencio el crucifijo.

—Míralo qué tranquilo está —observó Silvestre con asombro—. Parece otro.

—Lleva una semana muy raro —constató Paulo—. Desde aquella noche en que no vino a dormir es como si estuviera ausente. No sé si será por la emoción del viaje, pero ni sale de la iglesia ni mete bulla.

—Habrá madurado…

—¡¿Cómo una flor en primavera?!

La voz cavernosa e inclemente que atronó fue la del presbítero, siempre con el oído aguzado para malmeter contra el muchacho. Silvestre suspiró con resignación. Paulo se encogió de hombros. Era cierto que nadie se había quejado de Lucio en toda la semana y parecía un milagro. Pero tenía que haber una explicación.

Aunque Silvestre fingía no estar preocupado con el reciente cambio de humor del muchacho, lo estaba. Se devanaba los sesos por adivinar qué podría haberle ocurrido y hacía cruces para que no fuera algo grave. "*Ni adrede podría haber elegido un momento peor para meterse en un lío*", se lamentaba, dando por hecho que ésa sería la razón por la que estaba tan raro. Si hubiera dependido de él, habría adelantado la partida para evitar problemas, pero ya era tarde, la fecha estaba fijada de antemano y no podía cambiarse de ninguna manera. Cualquier contratiempo que surgiera podría arruinarlo todo. La actitud de Lucio venía a complicar su dolor de estómago, agravado por los nervios. Si tuvieran que retrasarse por culpa de alguna travesura del muchacho eso derivaría en úlcera, estaba seguro. Por suerte, era cuestión de minutos que pudieran irse. Silvestre cruzó los dedos.

—Después de aquella noche apareció a mediodía con cara de pocos amigos y con ese tabardo harapiento que no se ha quitado desde entonces y es como si se hubiera transfigurado —insistió Paulo, que dado el carácter visceral de Lucio también estaba convencido de que habría hecho alguna barrabasada y se estaba escondiendo.

—Perdería su capa en alguna apuesta o la vendería para pagarse una puta —malmetió el presbítero—. Y ese tabardo harapiento que lleva… ¡A saber a qué desgraciado se lo habrá robado y ahora estará tiritando en cualquier esquina! Si es que no lo dejó muerto. A saber. ¡Otra carga más sobre su conciencia! —bramó amenazador.

Silvestre hizo oídos sordos para no discutir con él. Desde que el presbítero supo que se marcharía unos días y dejaría la iglesia en manos de Paulo, estaba que trinaba.

—¿Ayer no fue al mercado? —preguntó Paulo, incrédulo.

Silvestre le lanzó una mirada de reproche indulgente.

—Qué poca fe tienes en él.

El presbítero, muy atento a la conversación, chasqueó la lengua con desdén.

Una de las aficiones más deplorables de Lucio era la de aprovechar el día de mercado para robarle la bolsa a los incautos provincianos que tenían la desgracia de toparse con él. A la noche volvía borracho a la iglesia y con una sonrisa de oreja a oreja, oliendo a vino y mujeres.

—Está escondido porque habrá hecho alguna de las suyas y tiene miedo a las represalias —malmetió de nuevo el presbítero, mirando a Silvestre acusadoramente. Lo hacía cómplice por omisión de todos los desmanes de su protegido—. Para él la iglesia es sólo un lugar donde refugiarse, comer y dormir caliente —gruñó mientras se dirigía hacia la puerta principal, renqueando y maldiciendo entre dientes.

Silvestre resopló cuando se cerró la puerta tras el anciano, que salía a hacer su ronda diaria de visitas a los enfermos.

Paulo levantó los hombros, disculpándolo.

—Sí, lo sé —suspiró Silvestre, resignado—. Está de uñas. Pero no voy a consentir que pruebe la fe de mis angelitos con las brasas de su intransigencia. ¡Ni harto de vino lo pongo al cuidado de mi iglesia!

—¿Es verdad que pasó todo el día encerrado? —volvió sobre el asunto Paulo—. No lo vi por la iglesia. Pensé que habría madrugado para ir al mercado.

—No, no salió de su dormitorio en todo el día.

"*¿Qué tropelía habrá hecho esta vez? Debe de ser algo grave*" —pensó Paulo para sí. Para Lucio perdonar un día de mercado era como para

Silvestre perdonar un bautizo. Ambos estaban actuando de manera muy extraña, en disconformidad con sus hábitos y gustos. Paulo sentía que empezaba a desmoronársele su mundo.

—¿Crees que puede estar tramando algo? —le preguntó, guardándose el plural para sus propias cábalas.

—¿Y qué va a tramar? —negó con rotundidad Silvestre, queriendo convencerse a sí mismo de que no había de qué preocuparse—. Seguramente será un lío de faldas. O su primer desamor —dijo quitándole hierro al asunto.

"*O ha dejado preñada a una pobre muchacha y ahora sus parientes lo andan buscando para exigirle responsabilidades*", pensó con horror Paulo, rezando para que no fuera el caso.

Silvestre intentaba disimular, pero Paulo, que lo conocía bien, sabía que también tenía la mosca detrás de la oreja. Y no era para menos. Lucio, desde el primer momento, se mostró disconforme con acompañarlo a la campiña, a pesar de que Silvestre había intentado ser muy persuasivo. No dejaba de ser un viaje, le había dicho, donde podría vivir aventuras, podría correr y explorar los alrededores mientras él descansaba y hacía sus cosas. Hasta le dejó caer que haría la vista gorda si conocía a alguna campesina y vivía un romance bucólico. Pero Lucio le había contestado con su rudeza habitual que esas tonterías se las guardara para los pollos a los que anidaba en el hospicio, que a él no lo engatusaba con esas fantasías, que él venía del campo y en el campo no había princesitas sino gente hambrienta y malhumorada, y las campesinas tenían el corazón tan lleno de callos como las manos y no gastaban el dinero en jabón al estilo de las patricias y las prostitutas.

Silvestre había temido desde el principio que intentara alguna treta para escabullirse. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario. En la última semana no había pisado la calle, fuente de tentaciones malignas para él. Incluso en la iglesia estaba tranquilo. Ningún huérfano se había quejado de sus bromas, no había robado dinero de la hucha común y durante la misa se quedaba de pie al fondo de la iglesia, apoyado contra la pared, sin molestar a nadie ni dar la nota con una de sus impertinentes salidas de tono. Estaba manso como un corderillo.

Cuando por la noche Silvestre le avisó de que saldrían al alba no rechistó. Tenía ya la bolsa de viaje preparada y parecía ansioso por partir, como si quisiera huir de Roma lo antes posible. Esto fue lo que terminó de mosquear a Silvestre.

—Sigo pensando que deberías llevarte a algún otro por si te la lía —insistió una vez más Paulo—. Me temo que esté tramando alguna jugarreta.

—¿Y qué va a hacerme? ¿Me va a atracar por el camino y darse a la fuga?

Paulo lo miró como a un ingenuo. ¡Por supuesto que no había que descartar esa posibilidad!

—Sí, ya sé que piensas que es capaz —dijo Silvestre, adivinándole el pensamiento—. Sin embargo, yo tengo fe en él. No sería capaz de algo así. Puede que tenga una moral un tanto… laxa… y un temperamento algo… indómito…

—*Pero en el fondo tiene buen corazón* —terminó la frase Paulo, imitando el tono con que el diácono solía entonar su frase favorita.

—Pero en el fondo no es tan tonto como para morder la mano que le da de comer —lo corrigió Silvestre.

Paulo lo miró sorprendido. Era la primera vez que lo escuchaba hablar con tal franqueza. "*Así que eres tan consciente como los demás de que el muchacho es incorregible*". Eso no se lo esperaba. Ahora sí que no entendía la sinrazón de no hacerse acompañar por cualquier otro que lo haría de mil amores y en quien podría confiar plenamente. Cada vez le era más difícil entender la fijación del diácono con el muchacho.

—¿A qué esperamos para salir? —preguntó Lucio uniéndose a ellos, impaciente. Llevaba a la espalda una bolsa de cuero viejo sujeta por una cincha que le rodeaba el hombro derecho.

—Estoy esperando a mi amigo —le respondió Silvestre.

—¿Qué amigo? —preguntó Lucio, alarmado. Se puso nervioso y soltó la bolsa, dejándola caer al suelo con estrépito. "*¿Lo habrá descubierto? ¿No se habrá atrevido a llamar a la cohorte urbana para que me arresten?*". A Lucio se le vino a la cabeza la imagen de la niña apuñalándose el corazón y sintió una punzada en el suyo. Del hombre al que rebanó el cuello apenas se acordaba y además su recuerdo no le provocaba ninguna emoción. Era ella la que prendía en las pesadillas que tenía desde entonces.

—¿No iréis solos? —A Paulo también le intrigó la revelación. Hasta ese momento Silvestre no le había dicho que tendrían compañía. Se imaginaba la cara de su hermana cuando se lo contara. "*Te lo dije* —parecía escucharla como si la tuviera presente—, *Silvestre trama algo. Me sonó raro desde el principio eso de que necesitara tomarse unos días de descanso. ¡Estamos hablando de Silvestre!*".

—Es un viejo amigo al que también le vendrán bien unos días en la campiña —respondió Silvestre con toda naturalidad.

Lucio respiró aliviado. Aunque podía tratarse de una mentira para que no intentara huir. Por si acaso, planeó mentalmente la fuga. Si

aparecían los de la cohorte urbana subiría corriendo las escaleras y entraría en el dormitorio de Silvestre, que era el único cuya puerta tenía cerrojo y podía atrancarse por dentro. Eso le daría margen para saltar por la ventana hasta el patio de la casa contigua y desde allí salir a la calle por la puerta trasera.

—¿Lo conozco? —preguntó Paulo, intrigado con la nueva.

—No, no es de aquí.

—¿De dónde es?

—Oh, Paulo, no seas impertinente —lo atajó Silvestre, molesto por el principio de interrogatorio—. Es un amigo y basta.

De repente entraron atropelladamente en la iglesia dos granujillas.

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó con descaro el más grande de ellos, pelirrojo y pecoso, con la mirada ladina y cargada de pecado prematuro. No tendría más de trece años.

—Yo estoy al mando —respondió Silvestre, aliviado por la oportuna interrupción—. ¿Quién pregunta por mí?

El pillastre lo miró con desconfianza y enarcó las cejas. No estaba familiarizado con los cristianos y debió de pensar, por las barbaridades que todavía circulaban sobre ellos entre parte del pueblo, que el cabecilla de una iglesia debía de ser una persona imponente y cruel. El aspecto de Silvestre, bajo, regordete y con cara bondadosa, no le encajaba en la idea mental que se había forjado el pillastre.

—¿Tú eres el que mandas aquí? —preguntó con incredulidad, mirando fijamente a intervalos regulares a Lucio y a Paulo. Lucio sí le encajaba en el tipo duro capaz de mantener a raya a los suyos, aunque era demasiado joven; Paulo, en cambio, no tenía malicia ni ambición en la mirada. Se volvió hacia el otro pillastre e intercambiaron unas palabras.

—¿Seguro que tú eres el *ciátono*? —volvió a preguntar el pillastre, todavía inseguro.

—¡Diácono, imbécil, no *ciátono*! —le gritó Lucio, impaciente, a punto de perder los estribos y obligarlo a decir lo que tuviera que decir a trompadas.

Al pillastre se le pusieron de corbata. Todo su valor empezó a derretirse en un copioso sudor. Nunca se había creído del todo lo de que los cristianos eran caníbales y se comían a los críos, pero si fuera cierto no le extrañaría que aquel tipo que le había gritado lleno de furia salvaje fuera quien los trinchara.

—A ése buscamos, al *diátono* —balbuceó el pillastre sin quitarle el ojo de encima a Lucio y mirando de reojo hacia la puerta de entrada

por si necesitaba salir corriendo. No le ayudó a sobreponerse del susto ver que su compañero, por si acaso, ya había retrocedido cinco pasos.

—Yo soy el diácono —le confirmó Silvestre amistosamente—. Mi ayudante tiene mal genio, pero no muerde, no tenéis nada que temer.

—Un hombre nos dio esto para ti —dijo el pillastre algo más calmado, enseñándole un trozo de pergamino arrugado.

Silvestre estiró la mano para cogerlo pero el pillastre se lo escamoteó.

—Primero el dinero —exigió, mostrando nuevamente su desconfianza.

—Ya veo que mi amigo no se ha fiado de vosotros –dijo Silvestre sonriendo—. Se habrá imaginado que si os pagaba por adelantado yo no os vería el pelo.

Antes de que el pillastre pudiera responder, Silvestre se sacó del bolsillo oculto en la manga de la túnica unas monedas y se las dio. El pillastre las cogió con avaricia y después, antes de salir corriendo, le tiró con todas sus fuerzas el pergamino a Lucio. Era su venganza. Pero ni era una piedra, ni el crío tenía tanta fuerza como para convertirlo en un peligroso proyectil, ni Lucio carecía de reflejos para impedir que aquello le ocasionara daño alguno. Antes bien sonrió con la boca torcida al agarrarlo al vuelo. Le gustaba la gente con carácter.

Lucio rompió el lacre de cera, desenrolló el pergamino, que era un pequeño trozo doblado, y antes de que Silvestre tuviera tiempo de arrancárselo de las manos, leyó su contenido.

—Era esto lo que esperabas, ¿no? ¡Ya podemos irnos! —dijo Lucio, sorprendido por la reacción de Silvestre, quien literalmente se abalanzó sobre él para quitarle el pergamino.

Silvestre leyó con avidez el mensaje y resopló aliviado.

—¡¿Cuántas veces te he dicho que la correspondencia es privada?! —le recriminó, desahogando los nervios. Estaba enfadado de verdad. Sólo él era consciente de que la nota podía haber contenido información muy comprometedora. Y en ese caso la última persona que debería haberlo leído hubiera sido Lucio. Por suerte, su amigo había sido prudente y se había limitado a escribir la dirección donde los esperaba.

—Es la dirección a la que tenemos que ir —se justificó Lucio, sorprendido por la reacción de Silvestre—. ¡Como si no me fuera a enterar!

Paulo también se quedó perplejo. La reacción de Silvestre fue exagerada e impropia de él. ¿Qué temería que contuviera la carta? ¿Qué se traía entre manos?

Mientras los veía alejarse desde la puerta de la iglesia volvió a escuchar en su interior la voz lúcida de su hermana: "*Te lo dije, Silvestre trama algo. Un retiro… ¡¿Quién se va a creer eso?*!".

Un matrimonio inesperado

Tréveris

El comandante, rodeado de varios generales, discutía acaloradamente en uno de los salones con la vista puesta en un mapa de guerra. Llevaban horas estudiándolo a la luz de las nuevas informaciones que habían llegado sobre las fuerzas de Majencio. Antes de llegar a Roma deberían rendir unas cuantas ciudades amuralladas bien guarnecidas.

La noche les había caído encima como una fiera inmisericorde, cuyas garras abrazaban con pesadez sus cansados ojos. A más de uno le costaba horrores contener el bostezo, pero no era decoroso mostrar esa debilidad ante el comandante, que seguía agigantando su fama con esa férrea disciplina que lo había hecho legendario entre la tropa; esa férrea disciplina que incluso subyugaba las necesidades fisiológicas al cumplimiento del deber.

La sombra sibilina de Amelius, el eunuco, se recortó sobre la pared del fondo del enorme salón. Su túnica de fina seda verde bailaba a su paso con una rítmica y pausada cadencia. Caminaba, como de costumbre, con los brazos apoyados sobre el bajo vientre y las manos entrelazadas, con el sigilo de los intrigantes. Para ayudarlo a pasar desapercibido calzaba unas sandalias con las suelas forradas de fieltro. Todos los eunucos que tenían acceso al Sagrado Dormitorio calzaban estas sandalias para no molestar al augusto. Truco que también les servía para ejercer su cometido de espías, deambulando por palacio como sombras vaporosas.

La interrupción de Amelius fue brusca, pues no se percataron de su presencia hasta que éste, con estudiada displicencia, tosió para advertirles de su llegada. Llevaba dibujada en la cara su sempiterna sonrisa maliciosa, que a más de uno producía escalofríos.

Esta vez su llegada fue bienvenida. Con tanto cansancio acumulado, a los generales todas las torres del enemigo les parecían añoradas almohadas y todos los prefectos y caudillos enemigos

fantasmas de sus sueños. Era difícil trazar un plan lúcido y ponerse de acuerdo en aquellas circunstancias.

Amelius se dirigió hacia ellos agrandando la sonrisa para provocarlos. Le encantaba hacerlo. "*De pequeñas venganzas está hecho el mundo*", se decía a menudo. Era consciente del impotente desprecio con que lo miraban aquellos altivos soldados. Su libertad de movimientos, sus confianzas con el augusto y su función de delator les resultaban odiosas.

—El augusto te espera en sus aposentos —le dijo al comandante—. Quiere discutir contigo un asunto en privado.

Los generales intercambiaron entre sí un fugaz cruce de miradas, aumentando súbitamente su respeto hacia el comandante. Sólo los privilegiados podían acceder al Dormitorio Sagrado y sólo los más íntimos eran llamados a esas horas para conferencias privadas.

Amelius esperó la reacción del comandante con expresión inocente. Esta actitud sacaba de sus casillas a los soldados porque sabían que era pura fachada cargada de sarcasmo y condescendencia hacia ellos, quienes en otras circunstancias podrían matarlo de un solo golpe. "*Si os hubieran castrado como a mí de niño veríamos dónde habrían quedado vuestra hombría y vuestras heroicas hazañas*", pensaba Amelius mientras se regodeaba viendo en sus caras el odio que le tenían.

El comandante, sin vacilar ni dirigirle la palabra, ni despedirse de los demás, se dirigió hacia las estancias privadas de Constantino. Amelius lo siguió a corta distancia y los generales se quedaron rumiando agoreros pensamientos, aunque no estaban para disquisiciones a aquellas horas de la noche. Nadie lo reconoció, pero fue un alivio para todos poner fin a la reunión.

Todo lo contrario le sucedió al comandante. Aunque era tarde y estaba cansado, le reconfortaba pensar que al fin Constantino daba muestras de lucidez. Era un excelente presagio. Hacía casi una semana que el entrometido obispo, so pretexto de tener que resolver un asunto urgente en su diócesis hispana, se había marchado y Constantino ya lo estaba llamando a él para un parlamento privado. Y en el Sagrado Dormitorio, cobijo de confidencias reservadas sólo a los más íntimos. ¿Cuánto tiempo hacía desde la última vez que habían hablado a solas? Ya ni se acordaba. Posiblemente meses. "*La última vez fue antes de que llegara el maldito obispo*", gruñó. Cuando supo de la marcha de Osio rezó para que un mal tropiezo de la montura lo descalabrara y no volvieran a verle el pelo. En el peor de los casos, se librarían de él por unos días. Quizá fueran suficientes para devolverle a Constantino el juicio que el malhadado obispo le había volteado. Por buena lógica y sentido común él debería ser su único consejero, pues él le hablaba

desde la experiencia de los hombres mientras que aquel embaucador lo hacía desde el delirio de los fanáticos. "*Más vale tarde que nunca*", pensó con regocijo. Sí, volvía a llamarlo como en los viejos tiempos. Aquello no podía significar sino que seguía tomándolo por su más preciado consejero. Al fin podrían discutir asuntos serios de verdad, de hombre a hombre, de estadista a estadista, sin el maldito protocolo regio que Constantino había impuesto desde hacía meses y que le impedía acercarse a él y levantarle la voz si era necesario, como hacía con su padre Constancio y con él mismo al principio, cuando le sirvió el poder en bandeja a la muerte de aquél.

El comandante odiaba el nuevo protocolo. No encontraba el momento de encararlo a solas, con la familiaridad de antaño, y preguntarle quién era de verdad el prisionero y por qué tanto interés en él. Tampoco descartó la presencia de éste y esto le hizo vacilar. Deseaba fervientemente volver a verlo para ver si de una vez por todas era capaz de saber si era quien él pensaba, porque la sola posibilidad de que sí fuese lo tenía trastornado. "*Delante de Constantino me será difícil arrancarle la confesión que necesito* —se lamentó—. *Me comerían los gusanos el estómago si lo tuviera tan cerca y no pudiera preguntarle directamente, por si acaso Constantino malinterpreta. O porque si fuera quien yo pienso y Constantino se enterase entonces sí que no sabría qué hacer y la cosa se complicaría mucho*".

Para cuando traspasó las grandes puertas flanqueadas por los gigantes eunucos estaba convencido de que Constantino le iba a revelar toda la verdad del secreto del prisionero, con o sin él delante, aprovechando la ausencia de Osio.

El comandante atravesó la enorme sala rumiando la forma de volver a ganarse su total confianza e indisponerlo contra el obispo, al tiempo que saldría de dudas de una vez por todas sobre la verdad del prisionero, porque mientras no lo hiciera no podría volver a dormir en paz.

Su esperanzas se desvanecieron súbitamente al entrar en el salón privado. Fue como un cubo de agua helada arrojada al rostro con violencia. La decepción se le dibujó en la cara con una mueca de profundo disgusto. Quien acompañaba al augusto era Sempronio. Una sonrisa perversa afeaba más si cabe el ya de por sí grotesco semblante del usurero, ataviado como de costumbre de modo estrafalario y ridículo.

—Siéntate —le ordenó Constantino con autoridad, aunque con un tono amistoso.

"*Maldita sea, ¿no pretenderá crear un tercer bando asociándome con este desalmado?*", pensó con disgusto.

El salón, en contraste con la sala que lo precedía, era pequeño y acogedor. Había una gran chimenea encendida y en el centro de la estancia, presidiéndola, una mesa maciza de ébano con cuatro patas de pezuñas leoninas. En los laterales, enfrentadas en parejas, había cuatro sillas de roble talladas con motivos de caza, y en la cabecera, enfrentando la chimenea, un trono de ónice de una sola pieza del doble de tamaño, donde estaba sentado Constantino vestido majestuosamente. Hacía tiempo que no concedía audiencias, ni siquiera a los más íntimos, vestido de andar por casa. Ni sus allegados le conocían ya la piel desnuda y las nuevas arrugas. Un manto de dignidad le ocultaba las imperfecciones a los ojos profanos, firmemente resuelto a deificarse en vida.

El suelo del salón estaba cubierto por alfombras orientales decoradas con los más fabulosos arabescos y en las paredes no se veía ni un centímetro de muro, totalmente cubiertas por tapices y colgaduras. Ni siquiera el techo se libraba de aquella huida hacia adelante del *horror vacui*, completamente pintado con escenas bucólicas. Todas las obras, por separado, eran obras maestras de extraordinaria belleza, donde se adivinaba la maestría de sus autores. Constantino no aceptaba mediocres en su templo. Pero todas las obras juntas, solapadas unas a otras sin un plan estético, formaban un conjunto abigarrado, caótico, que mataba sus esencias.

Toda esta profusión artística dejaba indiferente al comandante. Incluso le producía cierta repugnancia. El lujo y el amaneramiento eran para él sinónimo de degeneración. Y sospechar que el traje de Sempronio podría colgarse de una de las paredes sin romper la armonía del conjunto reforzó su desprecio hacia lo que veía.

Constantino, altivo en su trono de ónice, lo observaba con especial curiosidad, sin quitarle el ojo de encima, con esa mirada clínica suya impenetrable que escudriñaba las tortuosas profundidades de sus súbditos. Por la forma de mirarlo, el comandante supo que la cosa iba con él. Pero, ¿qué querría?

Constantino le indicó, señalándole una silla, que se sentara frente a Sempronio. Sobre la mesa había una bandeja con una jarra de vino y varios frascos de cristal que contenían licores exóticos de variados colores. La fragancia que exhalaban impregnaba el salón, destacando los olores de la canela, el jengibre y la hierbabuena. Constantino lo invitó a servirse y sonrió al observar su elección.

—Siempre tan frugal y de gustos tan puros —dijo observando al comandante escanciar en su copa un poco de vino.

El comandante, serio, intentaba leer entre líneas. ¿Para qué narices lo había llamado, qué pintaba allí el usurero?

—¡Pronto conquistaré Roma y expulsaré a ese bastardo advenedizo de Majencio! —exclamó Constantino, poniéndose muy serio y alzando su copa, cuyo gesto imitaron los otros dos—. ¡Brindemos por la victoria!

El comandante alzó la copa y bebió, pero estaba muy mosqueado con la encerrona. Porque aquello tenía todas las trazas de ser una encerrona. E intuía que no le iba a gustar un pelo. Eso sí, le reconocía el aplomo y la seguridad con que daba por hecha la victoria, a pesar de que Majencio los aventajaba en número y además jugaría en casa. "*Es esa confianza en sí mismo lo que infunde coraje en la tropa* —pensó el comandante mientras vaciaba la copa de un trago—. *Es gracias a ella que se granjea la adhesión incondicional de los suyos. Sí, se necesita esa fe ciega en el líder para ganar una guerra*".

—Estábamos hablando Sempronio y yo de que ya va siendo hora de que presentes a tu hija en sociedad —le espetó Constantino sin más preámbulo, así, de sopetón, como una puñalada que no se ve venir y para cuando uno reacciona ya tiene las tripas fuera.

El comandante sintió un escalofrío funesto, como si Júpiter, desatada toda su furia, atronara en su espina dorsal. La idea de llevar a su hija a palacio como un espectáculo de feria se le antojaba poco menos grave que prostituirla. Y mentarla delante de aquel ser despreciable de Sempronio era como desnudarla y violarla en sus narices.

—Bebe otra copa, que se te ha ido el color de la cara —le aconsejó Constantino, observándolo fijamente con sus grandes ojos suspicaces, desafiándolo, adivinándolo, captando bien todos los matices de su ira —. No me mires así. Cuando conquistemos Roma será una excelente ocasión para ello. No creo que la campiña sea el lugar adecuado para una ciudadana romana de alta alcurnia.

—¿De qué alta alcurnia me hablas? —El comandante carraspeó, descolocado y herido. Traicionado. Se sentía tan agraviado que fue grande la tentación que tuvo de escupirle las cuatro verdades sobre las alcurnias, la propia y la ajena.

Constantino casi sintió lástima por él. El férreo e imbatible soldado se derrumbaba por el amor paternal.

—Mi hija no tiene nada que ofrecer a Roma —dijo, vacilante, defendiendo su causa a la desesperada—. Es cierto que es hija mía, y eso le da cierto rango, pero su madre es una campesina y ella ha crecido como una chicuela en la aldea. Estaría fuera de lugar en Roma. Y más aún en palacio.

—¡Todos somos hijos de campesinos! —rugió Constantino, quien no toleraba una negativa—. Y antes lo fuimos de nómadas mugrientos.

Y antes, nuestros primeros antepasados, fueron tan salvajes como las alimañas del campo. ¡¿Qué tonterías son ésas de la sangre?!

"*Las mismas que tú esgrimes para coronarte augusto*", pensó el comandante con un ardor que le crecía por dentro de forma peligrosa.

Constantino se recompuso y mostró cierta compasión. Comprendía el esfuerzo que alguien tan soberbio como el comandante debía hacer para enlodar de esa manera su progenie.

—Son la buena educación, el cultivo de las virtudes y las prendas personales las que dan el verdadero linaje y la alcurnia —dijo Constantino con desdén—. Lo demás son pamplinas. ¡Zarandajas para aturdir al pueblo! Y siendo hija tuya no creo que carezca de educación, aunque viva en la última aldea del mundo civilizado –dijo con mordacidad.

—Mi hija está acostumbrada a correr con las cabras por el campo. En palacio estaría fuera de lugar —insistió el comandante.

Constantino soltó una carcajada. Le divertía la imagen de la hija del altivo comandante en traje de cabrera.

—No es eso lo que me dicen mis espías —le replicó con la seguridad de quien está bien informado—. Me aseguran que es una joven de extraordinaria belleza y talento.

—Quizá tus espías la han confundido con otra –se atrevió a contestarle el comandante, a punto de perder los nervios.

Constantino lo atravesó con la mirada. Empezaba a cansarse de que le mintiera a la cara. Sempronio, encogido en su silla, escuchaba atento, sin perder palabra, pero sin atreverse a pronunciar ninguna.

—Bueno, yo no dejo de ser su padre y verla como una niña —rectificó el comandante al comprender que la batalla estaba perdida —. Quizá no soy capaz de apreciar a la mujer en que se habrá convertido. Sabes que llevo diez años sin verla. Pero sabiendo dónde la dejé y con quién, pienso que cada día se habrá hecho más rústica, no más refinada. Más mujer, sí, pero más bruta también.

Constantino se sirvió otra copa de licor mientras se reía sin disimulo por el apuro del comandante. Esta vez optó por un licor morado.

—Créeme, sé que mi hija no encajaría en este ambiente…

—¡Basta ya de tonterías! —exclamó Constantino perdiendo los nervios, con ese cambio de humor repentino que aterrorizaba a los suyos. Se enderezó sobre la silla, adoptando una postura regia de ordena y mando y clavó sus grandes, impenetrables e inquisidores ojos en los del comandante—. ¿Crees que no sé que la has instruido con los mejores maestros que has encontrado? ¡No se necesitan sabios para

enseñar a una moza a silbar a las cabras!

"*¡¿Quién habrá sido el malnacido que se ha ido de la lengua?!* —bramó para sí el comandante—. *¿Habrá sido el maldito griego al que contraté o habrán sido los maestros que lo precedieron? No, seguro que habrá sido el duque, ese ser mezquino y envidioso al que Cayo Publio unta para que lo tenga informado. ¡Por mis barbas que les ajustaré las cuentas a entrambos a la primera ocasión que tenga!*".

—No hay nada más que hablar del asunto —resolvió perentoriamente Constantino—. Es imperdonable que la sigas ocultando. Roma verá sus ojos y ella verá Roma con los suyos. Además tengo una buena nueva que darte, porque veo que no cumples con tus deberes de padre. —Constantino hizo una pausa dramática para ver el efecto que surtía su declaración. Como había previsto, el comandante ardía de cólera, tanto más acusada cuanto que debía contenerla en su presencia—. Sabes que siempre te he considerado como a un tío por la relación fraternal que tuviste con mi padre hasta su último día, y por eso me he permitido la licencia de empeñar tu palabra.

El comandante enrojeció de ira. La cólera le estaba removiendo la bilis y sentía su fuego amargo quemándole el paladar, acariciándole las entrañas con un impulso criminal.

—Quiero que sepas que he comprometido su mano.

Constantino le asestó la última estocada señalando con la mirada a Sempronio. Éste se encogió en la silla, disminuido por los nervios y por la figura imponente del comandante encolerizado, que en cualquier momento podía saltar sobre él y despedazarlo. Aun así no pudo contener una sonrisa perversa de triunfo, de fauno lascivo y cruel.

—Cuando me lo propuso tuve mis dudas —continuó Constantino con implacable severidad—. Incluso me opuse al principio. Que te lo diga él. Casi lo abofeteo por proponérmelo. ¡Un ogro miserable como él con la hija de mi comandante! ¡Y encima le triplica la edad! ¡¿Te lo imaginas?! Casi lo mato yo mismo por atreverse a proponerme algo tan demencial. Pero después lo pensé mejor y llegué a la conclusión de que podría ser un excelente matrimonio.

El comandante fulminó con la mirada al usurero, quien se encogió amedrentado hasta el tamaño de un guisante. La sola idea de que aquella sabandija tocara a su hija le producía arcadas. Deseaba ensartarlo como a una alimaña y arrojar su carroña a los perros. A saber qué precio habrían convenido por ese matrimonio. Él, como *pater familia*, tenía la última palabra, pero contravenir los deseos del augusto equivalía a firmar una sentencia de muerte. Y una vez muerto la desgracia de su familia estaría asegurada. El negocio estaba cerrado.

—Vamos, no seas tan orgulloso —le recriminó Constantino al verlo debatirse en el infernal abismo que media entre la obediencia ciega del soldado y la rebeldía del padre al que quieren obligar a ir contra sus principios—. Sempronio será pronto el hombre más rico de Occidente, y con la diferencia de edad entre ellos tu hija no tardará en ser la viuda más rica de Roma.

Este último comentario no le hizo tanta gracia al usurero, quien arrugó el entrecejo y torció el gesto. Su fealdad lo hacía parecer más viejo de lo que era, pero a fe suya que todavía pensaba vivir muchos años.

—Lo consideraré —respondió el ultrajado padre, dando su visto bueno a regañadientes.

"*Lo que no aceptaste para tu sobrina Cleo, ese putón verbenero, te parece bien para mi virtuosa Claudia. Así te las gastas, ¿eh?*", lo maldijo para sus adentros con una rabia que le enrojecía cada cicatriz de su viejo y curtido cuerpo mientras sentía nacerle un vertiginoso desafecto hacia Constantino. Aquello era una vileza imperdonable. En sus malsanas y despreciables aspiraciones, Sempronio pretendió en su día la mano de Cleo para sujetar bien a su mayor acreedor, pero Constantino, muy hábilmente, consiguió eludir el compromiso prometiéndola a Marcial por razones militares, las únicas que podían anteponerse a las económicas sin ofender al usurero. "*Sí, con buen juicio libraste a tu sobrina de esta sanguijuela, robándome de paso al que tenía reservado para ser mi yerno. Vale, esto no podías saberlo, porque nunca se lo dije a nadie, ni siquiera a Marcial, estúpido de mí. Pero ahora que la sabandija tiene la desfachatez de solicitar la mano de mi hija no dudas en sacrificarla para darle contento al desalmado y que no te deje tirado*". Aquello era traspasar la línea roja y Constantino debía saberlo. ¡Por todos los dioses, ¿se le había olvidado que él era su mano derecha, el jefe de sus ejércitos?! ¿Se había vuelto el más iluso de los hombres… o quizá el más déspota?

El comandante salió echando humo de la sala. Constantino, en cambio, parecía muy tranquilo. Lo conocía bien y sabía que acataría su decisión. Siempre lo hacía.

—No parece muy contento con la nueva. —Sempronio no había previsto el alcance de la furia del comandante y empezó a preocuparse por el manifiesto disgusto que había mostrado. Sabía que no le haría gracia la propuesta, pero no previó que podría despertar en él a un basilisco. El comandante lo había atravesado con la mirada de parte a parte, hasta hacerle cosquillas en la conciencia. Ahora que lo pensaba bien, quizá no había medido bien las consecuencias de tener un suegro tan poderoso que lo odiara de aquella manera. Era alguien que podía matarlo sin grandes dificultades. Por suerte se tranquilizó al recordar

la cláusula del matrimonio que había pactado con el augusto. Éste había mentido en parte al comandante al advertirle, para convencerlo, de que Claudia no tardaría en enviudar y ser su heredera. Pero en realidad Sempronio había fijado una cláusula salvavidas para protegerse de las previsibles eventualidades. Claudia nunca sería su heredera, sino el hijo o hijos que tuvieran, de tenerlos. Y sólo en el caso de que su muerte sucediera por causas naturales y no antes de que se hubieran cumplido diez años desde el matrimonio. Si tal sucedía, hasta que sus herederos cumplieran dieciséis años Claudia sería su administradora legal. Pero en caso de no cumplirse estas condiciones, la herencia quedaría retenida hasta que los herederos cumplieran dieciséis años, momento en que tomarían plena posesión de ella. A Sempronio le hubiera gustado fijar la cláusula en veinte años, porque quería morir viejo, pero a Constantino diez le parecieron suficientes. "*¡Oh, qué nido de víboras es éste, donde yo no soy más que una simple culebrilla!*", pensó el usurero mientras firmaba el contrato nupcial. No obstante, Sempronio estaba más tranquilo de lo que otro en su lugar, y menos hábil que él, estaría. Y él sabía bien por qué.

—Se avendrá a razones —farfulló Constantino en respuesta, lanzándole una terrorífica mirada que hizo que se amilanara como el más vil de los gusanos—. ¡Ahora lárgate! ¡Quiero descansar! —rugió con rabia. Odiaba a aquel bastardo tanto como el comandante, pero sabía que debía aceptar su petición si no quería que se pasara al bando enemigo y financiara a Majencio. Y después de Majencio todavía quedaba Licinio. Necesitaba a aquel demonio y él lo sabía y jugaba sus bazas, apostando fuerte.

Misión secreta

Tréveris

Osio, la rama de olivo hueca con el mensaje en su interior, el tatuaje del prisionero; la desaparición de Osio, el silencio del prisionero, el olivo; el interés personal del comandante en el prisionero, el odio entre Osio y el comandante, la piedad del comandante con el prisionero; el pergamino tatuado en el pie del prisionero, el pergamino escondido en la rama de olivo, el silencio imperturbable del prisionero; Osio contraviniendo las órdenes del augusto para entregarle un mensaje secreto al prisionero, el comandante contraviniendo las órdenes del augusto para intentar sonsacarle información sobre el prisionero, la calma del prisionero; la mirada ansiosa y expectante de Osio ante una posible revelación durante la tortura, el dolor disimulado del comandante mientras lo torturaba, el aguante inhumano del prisionero mientras era torturado; la tortura, el mensaje, el olivo, el tatuaje, Osio, el comandante…

Marcial se devanaba los sesos intentando encontrar un hilo del que tirar, una conexión subterránea entre los protagonistas y los hechos. Algo, en definitiva, que explicara lo que estaba sucediendo.

Con este intrincado laberinto de misteriosas conexiones en la cabeza, las noches se le caían encima con una velocidad vertiginosa, su vida asumía la inercia de una implacable absurdidad lanzada a velocidad de escape, de muerte prematura, de anticipo nihilista por saturación. Aunque desde que terminasen de torturarlo parecía que se habían olvidado del prisionero, él seguía cumpliendo escrupulosamente con los horarios y las noches seguían sucediéndose unas a otras sin estrellas, sin luna, sin nubes, sin viento, preñadas de oscuras posibilidades sin respuestas.

Aquella noche, una vez más, le llevó la cena, volcó el reloj y se armó de paciencia para lidiar con el desesperante correr del tiempo, en espera de marcharse a dormir con Cleo, quien afortunadamente estaba calmada y melosa con él. “*Qué mal disimula*”, pensó. Sabía que seguía loca por saber qué hacía antes de irse a dormir con ella.

Marcial mataba el tiempo paseando por el lúgubre pasillo mientras se calentaba la sesera en busca de explicaciones. Había dejado de espiar al prisionero. Total, lo tenía muy visto y aquél, presintiéndolo, le ofrecía siempre el mismo espectáculo: se quedaba sentado frente a la chimenea en posición sedente y no movía ni un músculo.

Habría pasado una hora cuando la pared se abrió. Aunque se sobresaltó y desenvainó la espada, porque así lo ordenaba el protocolo, ya no temía a los fantasmas. Al ver al comandante envainó rápidamente y sacó la llave que abría la celda, pero el comandante lo detuvo.

—No vengo a por él, sino a por ti —le dijo con frialdad, mas sin acritud—. Acompáñame.

A Marcial se le congeló la sangre en las venas y sintió el calambre del pánico que paraliza a los condenados. Miró al comandante fijamente a los ojos como no lo miraba desde que aquél, cuando él empezó a salir con Cleo, decidió darle la espalda y tratarlo como a un enemigo. Y por la falta de costumbre no supo leer en sus ojos si estaba enfadado o inquieto, sólo le alcanzó para intuir que el asunto era grave.

Subió tras él por las escaleras cruzando los dedos. ¿Qué significaba aquello? ¿Era el camino al patíbulo? Sólo había una cosa más peligrosa que ser partícipe de los secretos del augusto, y era traicionar su confianza. Y él había incurrido en ambas faltas. Se le vino a la cabeza, inevitablemente, su colaboración con Osio para entregarle el mensaje al prisionero y se le pusieron de corbata. Osio se la había jugado, desapareciendo después por sorpresa, como si se lo hubiera tragado la tierra. Decían que se había ido porque tenía que resolver un asunto urgente en Hispania, pero ¿sería verdad o sólo una excusa? ¿Sería por eso que lo iban a interrogar a él? Una nueva conjetura anuló las anteriores: ¿Habrían descubierto lo de la rama de olivo y habrían ajusticiado al obispo? ¿Habría tenido tiempo de huir al saberse descubierto? "*Puede que ya esté enterrado*". Este agorero presentimiento lo estremeció, porque significaría que ahora le llegaba a él su turno. ¿Cómo se le ocurrió ser partícipe de aquella locura? "*Seguro que en la celda hay algún agujero por el que Constantino espía a los prisioneros. Y a Minervina cuando la celda se transforma en alcoba de lujo y la aloja allí para engañar a Fausta*". Se le pasaban mil endemoniadas ideas por la cabeza. Y a cual peor. La más juiciosa que se le ocurrió fue golpear al comandante y poner pies en polvorosa. Todavía estaba a tiempo. Era su última oportunidad. Con suerte podría aprovechar la noche para escapar. El secretismo del caso impediría dar la voz de alarma y ningún soldado se atrevería a detenerlo sin una orden directa de boca del augusto. ¡Él era el capitán

de la guardia imperial! Era su última oportunidad de huir. Sí, pero ¿dónde iría? Estaban en vísperas de una guerra. En el otro bando lo apresarían nada más verlo y la suerte que le esperaría no sería mejor. Nadie lo creería y lo tomarían por una trampa de Constantino. No, no tenía escapatoria, estaba a merced de la voluntad del augusto, se desengañó, asumiendo su destino. "*¿Será por culpa de Cleo? Está convencida de que tengo una amante y me espía. ¿Me vería uno de sus espías con el obispo en el anfiteatro cuando me entregó la rama de olivo?*". Éste y mil negros pensamientos le sacudieron la mente en el breve trayecto de las escaleras, pues cuando el cerebro se embala a pensar desgracias no tiene freno.

Al entrar en la sala y ver al pretor creyó ver confirmado su mal presagio. La disposición de las sillas tampoco auguraba nada bueno. Cuando el comandante lo encaminó hacia la silla vacía que enfrentaba al resto se dio por muerto. Iba a ocupar el lugar del prisionero, el lugar del interrogado. Temor que se acrecentó al constatar las sillas desocupadas que correspondían a Sempronio, Osio y Amelius, el eunuco, tres testigos inoportunos si las cosas se ponían feas. El comandante como brazo militar y Cayo Publio como brazo jurídico se le antojaban un tribunal inmisericorde al que sería en vano suplicar piedad.

Sabía, antes de entrar, que no estaría el obispo, pero aun así la constatación física de su ausencia le atenazó las entrañas. Volvió a reafirmarse en el peor presagio y cruzó los dedos, no tanto para conjurar el peligro sino para que fuera una muerte rápida como gracia a tantos años de leales servicios. Un solo error en una carrera intachable no merecía un suplicio sádico. "*¿Estarán torturando al obispo en este preciso instante o ya lo habrán ajusticiado y estará pudriéndose bajo tierra en algún osario de bestias?*". Tal era su turbación que se quedó mirando como un idiota, con los ojos como platos, la silla vacía que había visto ocupar a Osio en los interrogatorios al prisionero.

—No estamos esperando al obispo —Cayo Publio acompañó sus palabras con esa risa sardónica tan suya y que a Marcial le daba tanta grima. Fue la forma más desagradable de arrancarlo de su ensimismamiento. El pretor parecía estar saboreando por anticipado su asesinato. O paladeando el ya consumado del obispo, que a esas alturas Marcial daba por hecho.

Constantino salió por la puerta que daba a sus aposentos vestido en toda su majestad, con su capa púrpura cerrada al cuello por un gigantesco broche de oro con forma de águila. Cayo Publio y el comandante se pusieron de pie y hasta que Constantino no se sentó en su trono no volvieron a ocupar sus sillas. Después lo hizo Marcial a un

gesto del comandante.

Durante un largo rato reinó un silencio denso, cargado de energía trágica. Constantino lo miraba con una fijeza espeluznante, desprovista de indicios sobre sus intenciones. Marcial, acongojado, rezaba para que la tortura no fuese demasiado larga ni dolorosa. Él no aguantaría ni la cuarta parte de lo que aguantó el prisionero. "*Como mucho el triple de lo que habrá aguantado Osio*", pensó, dándolo definitivamente por muerto.

—Hazle saber los planes —ordenó Constantino con su voz autoritaria, sin dejar de mirarlo y sin dirigirse a nadie en concreto. Aquello delataba que aquel teatro estaba estudiado de antemano. Con Constantino no había lugar a más improvisaciones que las suyas propias.

Cayo Publio tomó la palabra:

—En vista de que no hemos conseguido sonsacarle información alguna al prisionero por las buenas, hemos decidido tenderle una trampa y conseguirlo por medio de un ardid.

"*¿Por las buenas?*", se estremeció Marcial recordando las mil y una perrerías que le habían hecho. "*Son demasiado orgullosos para reconocer que es mucho más fuerte que ellos y no consiguieron doblegarlo. Ni con todo el ejército conseguirían abrirle la boca. Hay hombres capaces de derrotar a millones*". En cualquier caso respiró aliviado. De momento el ardid parecía concernirle a él y eso significaba un aplazamiento de la condena. Pero entonces, si no sabían lo del mensaje en la rama de olivo, ¿dónde narices se había metido el obispo?

—Por supuesto —añadió Cayo Publio con una mueca irónica—, el augusto ha pensado en su más valeroso hombre para llevar a cabo tan audaz misión.

"*En otras palabras: es una misión suicida*", dedujo Marcial, que conocía muy bien la jerga que se gastaban.

—De aquí a dos noches dejarás que se escape el prisionero —intervino el comandante con voz agria y disgustada.

Marcial abrió los ojos como platos. ¿Había escuchado bien? ¿Había dicho "*dejar escapar al prisionero"?* Marcial interrogó con la mirada al comandante para cerciorarse de que lo había escuchado bien y al hacerlo no le quedó ninguna duda. El comandante también lo interrogaba con la mirada, como queriendo saber si entendía, como si tuviera que entender lo que significaba aquello, como si al decírselo él le estuviera diciendo otra cosa distinta a si se lo hubiera dicho directamente el augusto o Cayo Publio. Pero, ¿desde cuándo tenían ellos confidencias en las que se le hubiera hecho notar el valor de esos matices? ¿Por qué el comandante siempre daba por hecho que él debía

saber más de lo que sabía?

Marcial se percató de que al comandante se le congestionó el rostro al entrar Constantino en la sala y que sus ojos destellaron un odio capaz de abrasar con la furia de diez soles. ¿Qué significaba aquello? Él desconocía que Sempronio había pedido la mano de la hija del comandante y Constantino, usurpando su derecho de padre de familia, se la había concedido sin consultarlo siquiera. Por ello, no pudiendo comprender el infierno personal de su superior, atribuyó su ira a discrepancias insalvables con Constantino por razón del prisionero. Era lo lógico de pensar, visto que desde la llegada de éste el comandante había dado sobradas muestras de que por alguna razón desconocida estaba involucrado en el destino del mismo.

—Nuestro querido comandante ha ideado una estratagema genial —declaró Cayo Publio alabando a su compañero, con quien todavía no había perdido del todo la esperanza de forjar una alianza contra el enemigo común que los amenazaba a ambos.

El comandante respondió a sus palabras con una mirada centelleante cargada de rabia y desprecio. Sospechaba que el pretor estaba detrás de los informes que habían llegado a palacio sobre su hija, culpables de que ahora su mano estuviera comprometida con el ogro de Sempronio. "L*a venganza se sirve fría*", se juró.

—Yo ya le habría dado matarife por su arrogante mutismo —continuó Cayo Publio sin inmutarse, acostumbrado al mal carácter de su compañero—, pero debo reconocer que el comandante ha tenido una idea mejor.

—Le dejarás escapar y después lo perseguirás hasta dar con su guarida —resumió bruscamente el comandante, cortando por lo sano las alabanzas del pretor.

Constantino sonrió ante la enésima muestra del comandante de que era tan impermeable a las adulaciones como inflexible en el juicio de los hechos y el desprecio de las palabras, que cuanto más halagadoras más emponzoñadas las consideraba. Esta aparente falta de vanidad era una de las cosas que más le gustaban de él. Cuanto menos se le pareciesen los hombres, menos peligrosos los consideraba y más confianza le inspiraban. Su aprecio de las personas era inversamente proporcional a la semejanza consigo mismo que encontrara en ellos.

—Cuando halles su guarida volverás a comunicárselo en persona al augusto —prosiguió el comandante, canalizando toda la rabia en su voz—. A nadie más le dirás lo que veas y escuches. Sólo a él en persona a tu regreso —recalcó de nuevo, con las pupilas dilatadas—. Debes recabar toda la información posible sobre el clan, la familia, la secta o a lo que quiera que sea a lo que pertenece: su forma de vida,

su organización, su número y medios de subsistencia. Necesitamos saberlo todo.

Marcial asintió con la cabeza. Su confusión iba en aumento. "*Así que la idea ha sido tuya*", masculló entre dientes, recordando la clemencia disimulada del comandante al torturar al prisionero y su indisimulada consternación cada vez que lo tenía delante. Recordó el abrazo innecesario y conmovedor con que el comandante sostuvo al prisionero al descolgarlo y la ternura con que lo tumbó para que descansara. ¿Por qué quería salvarlo a toda costa de los arrebatos homicidas del augusto? Las emociones que despertaba el prisionero en el comandante trascendían las conspiraciones. A pesar de que las piezas parecían empujadas por una especie de inercia que apoyaba la teoría conspiratoria, Marcial se negaba a aceptarla sin ambages. ¿Qué podía haber cambiado tanto para que el comandante se sublevara? Constantino comenzaba a mostrar signos despóticos, pero no era suficiente. A muchos augustos se les subía el cargo a la cabeza, era moneda corriente, no todos eran genios y seres elevados. Debía de ser algo más grave. Entonces, de repente, Marcial tuvo una intuición reveladora: ¡los cristianos! El obispo, la simpatía que Constantino mostraba hacia ellos. Esto no podía haberlo previsto el comandante cuando lo proclamó augusto. Ni se lo imaginaría. El comandante los odiaba. ¿Y el prisionero qué tendría que ver en todo ello, cómo encajaría en el rompecabezas? ¿Por qué lo protegía el comandante a capa y espada para librarlo de una muerte segura?

Inconscientemente, Marcial metió la mano en el bolsillo de la túnica y tocó la cruz que encontró en la mesita de Osio cuando fue a buscarlo y que llevaba junto a la *tessera* de su amigo Máximo. *"¿Sabía Osio lo que iba a suceder y la cruz es un salvoconducto para la persecución?*", se preguntó alarmado. Si el obispo supiera lo que iba a suceder, la ventaja que le había tomado era insalvable. ¿Se habría adelantado para esperar al prisionero? Si fuera así, su destino sería mucho peor que un fracaso, porque el obispo no lo dejaría de testigo inoportuno. Y ya era tarde para advertir al augusto, pues sería descubrir su gran falta y traición. "*Debería haberlo denunciado en el mismo momento en que me entregó la rama* —se lamentó, todavía sin entender qué impulso lo llevó a confiar en el obispo—. *Ahora estará prevenido contra mí y me será imposible llevar a buen término la misión. Y las cinco cartas que envió Osio al poco de llegar el prisionero… ¿a quiénes se las envió y con qué propósito? ¡Oh, maldito seas una y mil veces, artero y confabulador!*". Ahora sí que no tenía ninguna duda de que el obispo se la había jugado, que le había mentido como un bellaco. Osio sabía mucho más de lo que le juró saber. Y el crucifijo ¿para qué? Estaba entre la espada y la pared. Fuera lo que fuese, lo que Marcial sabía de cierto es que estaba en mitad de un fuego cruzado.

—Pregunta lo que tengas que preguntar —le sugirió Cayo Publio.

A Marcial le asaltaron muchas preguntas. Aunque las que más le interesaban no se atrevía a formularlas porque no sabía quién estaba engañando a quién.

—¿Se tiene alguna idea de dónde puede estar su guarida? —preguntó al fin, titubeando.

—Si tuviéramos alguna idea no te mandaríamos a ti sino a una legión —le respondió el comandante con sequedad.

Constantino emitió un sonido extraño, entre una risa ahogada y un bufido.

—¿No sería mejor enviar a un explorador? —preguntó Marcial sin muchas esperanzas de ser escuchado—. Ellos están adiestrados para ver sin ser vistos y escuchar sin ser oídos. Son capaces de rastrear las huellas de una hormiga…

—Tú aprenderás a ser como el mejor explorador por la cuenta que te trae —lo interpeló Constantino con voz perentoria.

—Está débil y herido —intervino el comandante—. No te será difícil seguirlo. No queremos involucrar a más gente en el asunto. Ya somos demasiados.

Este comentario le erizó el vello a Marcial. Se acordó de los soldados que custodiaron hasta palacio al prisionero. ¿Sería él la siguiente víctima propiciatoria? Lo había dicho claro: eran demasiados, sobraban algunos.

—¿Y si coge un caballo? ¿Cómo podría seguirlo a caballo sin ser visto ni oído?

—No te preocupes por eso, el comandante le castigó tanto las nalgas que no creo que tenga muchas ganas de galopar —le respondió Cayo Publio, amagando una gracia que sólo consiguió que a su rostro aflorara una sonrisa espeluznante y adquiriera un viso más severo de lo habitual, casi siniestro.

Una mueca de dolor casi perceptible se dibujó en el rostro del comandante. A Marcial, siempre atento a sus reacciones, no le pasó inadvertida.

—Y además no tiene un céntimo para pagarse una montura —añadió Cayo Publio con su macabra sonrisa—. Y aunque tuviera plata daría lo mismo. Con esa pinta de pordiosero chiflado ningún caballerizo sensato se fiaría de él.

El comandante frunció los labios con tal fuerza que sólo le quedó una línea tan fina como una navaja de afeitar.

—La guerra es inminente —adujo Marcial, aun sabiendo que nada

de lo que dijese serviría de algo—, ¿qué pasa si no me da tiempo a regresar antes de que comience?

—¡Olvídate de la guerra! —exclamó encolerizado el comandante—. ¡Para ti no hay más guerra que llevar a buen término la misión que se te acaba de encomendar!

—¿Y qué sucede si el prisionero decide atravesar Italia en su huida? —preguntó con resignación—. Es territorio de Majencio.

—Si lo hiciera, tú lo seguirás bien de cerca —le respondió el comandante muy airado—. ¡Así decidiera cruzar la laguna estigia a nado, tú seguirías su estela!

—Como si se mete en la alcoba de Majencio. Tú detrás —añadió Cayo Publio con su grosero sentido del humor. Le gustaba ponerle la puntilla a todo.

—Si me capturasen las tropas de Majencio me tomarían por un espía —alegó Marcial en su propia defensa, haciéndolos conscientes del peligro que corrían si se iba de la lengua bajo tortura.

—Correremos ese riesgo —respondió Cayo Publio, a quien siempre divertía ver el miedo en los demás.

Pero Marcial no tenía miedo. Había cosas peores que morir. Simplemente le costaba entenderlo. La misión que le estaban encomendando ponía en riesgo la estrategia de la guerra por sorpresa que había ideado Constantino. ¿Tan importante era el prisionero?

—¿Y si es él quien cae en manos del enemigo? —insinuó Marcial.

—¡El prisionero no es idiota! —bramó el comandante, harto de tantas objeciones.

—Ya ha conocido las mieles de los interrogatorios y no será tan tonto de exponerse tan a la ligera a más caricias —agregó Cayo Publio con su macabro tono festivo—. Y si lo capturasen tampoco hay nada que temer. Ya has visto que es hombre de pocas palabras.

—Lo más probable es que dé un rodeo tan grande como sea necesario para no entrar en zona conflictiva —dijo el comandante, visiblemente airado por los lacerantes comentarios del pretor—. Y de hacerlo, tomará sus precauciones. Tienes que estar preparado para todo —añadió esta vez con un tono más suave, como si un prurito de solidaridad estamental le hubiera nacido de repente—. En verdad nada sabemos ni de él ni de los suyos. Y quién sabe si no tendrán su sede en la misma Roma.

—¿Tendré escolta?

—No, eso llamaría mucho la atención.

A renglón seguido, viendo la perplejidad de Marcial y que se le

trababan en la lengua las preguntas de puro desconcierto, el comandante decidió explicarle los detalles de la fuga. Estaba todo pensado al milímetro. A la hora acostumbrada le llevaría la cena, pero en lugar de empujarla por la trampilla, abriría la celda…

—Nunca he actuado así y sospecharía.

—No si finges estar borracho como una cuba —le explicó Cayo Publio, poniéndose serio—. Aturdido por lo vapores del vino y nublado el juicio, tu curiosidad, que por otra parte es normal que la tengas, te impelerá a meterte donde no te llaman.

—Por raro que sea el prisionero sabrá lo que es un borracho —intervino Constantino, con un tono indescifrable, quizá acusativo.

—¿Y qué soldado no se propasa alguna vez con la bebida? —añadió el pretor.

"*¿Uno que está de guardia a las órdenes directas del augusto?*", maldijo Marcial.

—¿Y una vez dentro? —preguntó.

—Una vez dentro le dejas con torpeza la bandeja en el suelo —le explicó el comandante hablando despacio para que asimilara bien los detalles—, trastabillando y tirando la mitad, y con voz gangosa y sonrisa de idiota lo interrogas sobre cuanta sandez te venga en gana. Después finges un desmayo y te quedas en el suelo como si estuvieras durmiendo la mona hasta que se haya ido. Te habrás asegurado de dejar la puerta de la cocina entreabierta para que pueda escapar.

—Si es listo se acordará de por dónde entró –añadió Cayo Publio—. De todos modos, no dejaremos otros pasillos libres sin guardias sino aquellos que conducen a la salida.

—Y una vez fuera, ¿no sospechará de que no haya guardias?

—No sospechará nada porque habrá guardias –lo tranquilizó el comandante—. Pero estarán borrachos en torno a una gran hoguera.

—Y esto no será fingido —agregó el pretor guiñándole grotescamente un ojo—. Estarán borrachos de verdad. Nuestro augusto los invitará personalmente a emborracharse en su nombre para festejar por anticipado la victoria, así que ningún soldado tendrá la osadía de renunciar a una sola gota del vino que circulará con generosidad. Ello hará más creíble tu borrachera. Y como es verdad que los preparativos ya están en marcha y está todo manga por hombro, no ha de parecerle tan extraña un poco de distensión antes de la carnicería.

—Con la ventaja que me gane hasta que yo salga en su marcha, ¿no es posible que lo pierda de vista? Tréveris está lleno de callejuelas oscuras…

—Apostaremos hombres de la guardia imperial cubriendo todas las posibles salidas de la ciudad —intervino de nuevo el comandante—. Estarán disfrazados de mendigos, fingiendo dormir en las calles. Serán unos más entre cientos y el prisionero no tendrá motivos para sospechar de ellos.

Marcial recordó cómo el prisionero le afeó a Constantino que el pueblo se moría de hambre y los caminos estaban llenos de salteadores hambrientos. ¿Sería una indirecta del comandante, que por alguna razón que desconocía parecía muy irritado con el augusto?

—Por muchas vueltas que dé y fugas que intente sabremos por dónde huye –continuó el comandante—. Cuando tú salgas ya sabremos la dirección que ha tomado y tendrás un caballo esperándote. Te acompañará un jinete experto que conoce la zona como la palma de su mano. Daréis un buen rodeo hasta avanzar un buen trecho por el camino que haya escogido el fugitivo. Allí lo esperaréis desembarazados de los caballos, emboscados en la espesura del monte.

—Sea que es imprudente y va por el camino, sea que es precavido y prefiere la opción más lenta pero segura de ir campo a través, deberá pasar por donde tú estarás esperándolo y a partir de ahí quedará de tu mano —concluyó Cayo Publio.

—¿Y cómo se justificará mi ausencia por un tiempo indeterminado? —preguntó Marcial sin saber por qué esa ocurrencia tan inoportuna, ponerse a pensar en Cleo y sus celos patológicos en un momento tan delicado.

—¿Bromeas? —preguntó Cayo Publio, sorprendido por la ingenuidad de Marcial—. No hay nada más fácil que excusar la ausencia de un soldado en vísperas de una guerra.

Marcial observó el rictus iracundo del comandante ante la pulla del pretor al estamento militar.

—¿Tienes más preguntas? –intervino Constantino para zanjar el asunto. Su tono severo no invitaba a más divagaciones, así que Marcial negó con la cabeza—. Bien, pues ya está todo dicho.

La carta

Aldea cerca de Belgrado

Claudia releyó varias veces la carta para cerciorarse de que no estaba soñando. Era lacónica, fría y precisa, fiel al estilo y personalidad de su padre:

"Preparaos para el desenlace de la guerra. Si vencemos nos instalaremos en Roma una temporada hasta poner las cosas en orden.

Si tal sucede es mi deseo que vengáis conmigo.

Os enviaré una escolta cuando llegue el momento. Hasta entonces no os mováis de allí".

Por supuesto, "*es mi deseo que vengáis conmigo*" no era una invitación sino una orden. Para el comandante la autoridad que emanaba de su rango militar era un remedo de la que emanaba de su atribución como padre de familia. Desempeñaba ambas con el mismo celo e igual rigurosidad.

Por primera vez en su vida, a Claudia no le disgustaron sus órdenes. ¿De verdad iba a salir de la aldea para ir a vivir nada menos que a Roma? Catón, viéndola releer la carta una y otra vez con ojos febriles, se preguntó si el comandante era consciente de que tenía una hija cuya fantasía, a poco que se espoleara, podía llevarla al delirio. Desde el mismo momento en que leyó la carta, Constantino tuvo en ella a su más ferviente partidaria. "*Qué mundo loco éste, donde no hay mayor impulso para abrazar una causa ni fuerza mayor que empuje al fanatismo que la fantasía*", reflexionó Catón al verla tan alterada.

Catón, el viejo y sabio Catón, siempre cauteloso, comprendió enseguida que su pupila tenía una idea distorsionada de Roma. En su cabeza tenía la Roma de Augusto y Tiberio, la de los Claudios, la Roma espléndida y lujosa del grano gratis para todos, de las grandiosas construcciones, la bella Roma adornada con el arte expoliado de todas las naciones, la culta Roma, madrastra y destino de todas las razas; cabeza, corazón y espíritu del mundo conocido. Era la Roma que el comandante le había pintado a Claudia desde niña. Una

Roma que sólo existía en su cabeza. "*El comandante será el primer decepcionado cuando la pise por primera vez*", pensó. Roma ya no era lo que fue. Él lo sabía mejor que nadie. La Roma actual se caía a pedazos mordida por la desidia, el hambre y la incuria de magistrados corruptos. Hacía tiempo que el amor a un pasado que, en la mayoría de los casos, ni siquiera compartían, no residía en el corazón de los hombres que la habitaban. Los ladrillos rojos que otrora le dieron tanto brillo vistiendo hasta sus más humildes edificios eran ahora casquetes que, mezclados con el mármol de los edificios públicos abandonados, el pueblo reutilizaba para improvisar sus más básicas necesidades. Los grandes señores huían a sus villas por miedo a una plebe hambrienta y encolerizada y sus palacios se llenaban de polvo, telarañas y nostalgia. Quedaban el circo, el anfiteatro, el teatro y el orfeón, pero como escaseaban los grandes mecenas y los senadores ya no ponían de su parte en la lucha política de la que habían sido apartados, los espectáculos los costeaban provincianos con ínfulas, degradándolos a las manifestaciones más mezquinas, deprimentes y zafias. Los salones intelectuales que antaño atraían a lo más granado del Imperio se habían transformado en una palestra de cabezas huecas con más pájaros en la cabeza que buenas ideas. La gente de alguna valía había emigrado: los más mediocres siguiendo a los emperadores en busca de fama y fortuna y los más talentosos buscando refugio y sabiduría en Oriente. El único arte que seguía refinándose era el de la crueldad. Roma había dejado de ser la bellísima y alegre novia a la que cortejaban los más recios y sanos espíritus para convertirse en la gran viuda llorosa a la que ya sólo se arrimaban los más decadentes, los amantes de la fruta marchita.

Catón, para evitar que Claudia se llevase un chasco de órdago, se esmeraba en explicarle que Roma hacía tiempo que había dejado de ser la capital del Imperio y ahora sólo era una inmensa ciudad arrasada por la miseria.

—No hay espectáculo más triste que las ruinas de una ciudad delatando su antiguo esplendor –le decía—. Ni población más envilecida y ruin que aquella que ayer fue regia y hoy es pobre.

Claudia lo escuchaba sin creerlo. Chocaban tanto las palabras del griego con las imágenes de su fantasía que le parecía imposible tal divergencia.

—No te hagas ilusiones —le insistía Catón—, la Roma real no es la Roma que tú imaginas. Cuanto más la idealices tanto mayor será tu decepción. Hasta los emperadores huyeron de ella. El último que vivió allí fue Carino, y por imposición paterna.

—¿Y Majencio?

—Majencio no cuenta. Majencio lleva dos días y además está de paso. Si fuera inteligente habría seguido el ejemplo de su padre y se habría instalado en Milán, una ciudad más próspera y menos conflictiva. Y cerca de Tréveris, donde reside su mayor enemigo. Su empecinamiento por vivir en Roma le costará la vida. Porque los enemigos, Claudia, cuanto más cerca y vigilados, mejor. En cuanto les das la espalda te la juegan.

—No me hago ilusiones —le respondió Claudia con falso aplomo estoico, pues sus ojos soñadores desmentían a las claras su fingida indiferencia—. Sólo tengo curiosidad por conocer una ciudad de la que tanto he oído hablar. Tan distinta de esto —dijo paseando la vista en derredor.

—¡Esto es un paraíso! —protestó Catón—. ¡Qué felices hubieran sido aquí nuestros amigos presocráticos! ¿Te imaginas? ¡Qué espléndido lugar para estudiar la naturaleza y divagar sobre sus principios! Y lo mejor de todo es su gente, sencilla y hogareña. Cada uno metido en sus asuntos y dejando en paz a los demás. ¡Ni un solo tarado que se cree con derecho a gobernar el orbe!

—Aquí no hay tarados que aspiran a gobernar el orbe, sólo tarados que viven la vida sin alicientes a que los condenan esos tarados que de tanto aspirar a gobernar el orbe han logrado gobernarlo —le respondió Claudia airosa.

Catón sonrió ante la lucidez de su pupila.

—Ahí llevas razón —tuvo que admitir—. Hasta las bestias de carga se desprenden del yugo si dejan de latigarlas. No está en su naturaleza rendir pleitesía a nadie. En cambio los humanos aceptan de buena voluntad el vasallaje, creyendo que otros tienen el derecho natural de gobernarlos. En esto, como en tantas otras cosas, los animales nos aventajan en inteligencia práctica. Si una bestia quiere liderar a su manada tiene que demostrar ser la más fuerte y capaz para ello. Entre los humanos, en cambio, hasta el más tonto puede coronarse y someter a su arbitrio al resto de sus congéneres. Incluso si los lleva de cabeza al precipicio éstos amagan la cerviz y obedecen sin rechistar.

Claudia, tras un breve silencio, volvió de nuevo su mente a Roma. Tan absorbida estaba por su fantasía que no le apetecía discutir sobre la triste condición humana.

—Maestro, ¿cuánto tiempo hace que no visitas Roma? ¿De verdad que no sientes curiosidad por saber si han germinado nuevas corrientes filosóficas, si han progresado las ciencias o está creándose una nueva corriente artística?

—Claudia, mi querida Claudia —suspiró Catón—. ¡Qué razón llevo al advertirte de que has idealizado una Roma que ya no existe! Quizá

que nunca existió… Nada germina sin simiente. Me sorprendería menos si mañana amanecieran los gallos cacareando en arameo que encontrarme en Roma renacidas la filosofía, las artes y las ciencias. Dejé una Roma embrutecida y los vientos que han soplado desde entonces han sido devastadores. Por desgracia es tan difícil sublimar a una sociedad como fácil envilecerla. Y una vez que comienza a degenerarse es como un árbol enfermo, la podredumbre se va extendiendo hasta matarlo. Es la historia de la humanidad. En algún momento personas sabias plantan la semilla para construir una civilización y a partir de ahí comienza a crecer el monumental árbol, prometiendo todos los frutos. Pero llega un momento en que los nuevos gobernantes, nacidos y criados en las alturas, en las copas floridas, ignorantes de la tierra y sus raíces, acaban pensando que el árbol se sustenta en el aire y se olvidan de limpiar la acequia que lo riega, de quitar las malas hierbas que le estorban en su crecimiento, de podar las ramas muertas que, sin dar frutos, le roban su vitalidad, y así las raíces, sin nutrientes, comienzan a menguar y resentirse, la sabia pierde fuerza y todo él se va secando en una lenta agonía. Para cuando se dan cuenta de que algo ocurre ya es demasiado tarde, el árbol está irremediablemente podrido, se ha traspasado el punto de no retorno. Y hete aquí entonces uno de los espectáculos más grotescos: los hombres empiezan a saltar de copa en copa como monos histéricos, sin entender qué ha sucedido, con lo bien que vivían, culpando al destino por su crueldad y aferrándose a la última copa que verdea, rezando para que tenga un futuro milagroso. Sí, en el momento más dramático, su estupidez, guía y faro de sus últimos años, quizá siglos, con plenos poderes para arrastrarlos a la locura, les acrecienta la fe y les encomienda rezar para que los dioses subsanen el daño que a sí mismos se han ocasionado. ¡Oh, Claudia, no hay virus más letal que un tonto con poder! Y el mundo está lleno de tontos poderosos…

—¿Cómo puede ser que la ciudad que alumbró un imperio no tenga nada que ofrecerme? —Claudia no estaba dispuesta a tirar la toalla.

—De la misma manera que el más grande de los fuegos, una vez extinguido, no puede calentarte. Quedará el espectáculo de sus cenizas como testimonio de su magnitud, pero no se combate el frío con cenizas. La memoria remueve las entrañas, pero no te protege de la intemperie.

—Me sorprende escuchar a un griego despreciar a los herederos de su patria.

—¿Incluso a un griego que huyó de su patria porque ya no tenía nada que ofrecerle?

Claudia se avergonzó de sus palabras. Sabía que Catón despreciaba

toda forma de patriotismo. Siempre le decía que no hay mayor necedad que amar u odiar por razón de nacimiento, porque eso, entre otras cosas, expone a dar la vida por un compatriota mezquino y a estar dispuesto a matar a un sabio extranjero. Y por ende, a destruir una cultura superior para propagar la infamia patria.

—Además, estás muy equivocada —la corrigió Catón—. Roma nunca fue heredera de Grecia. Roma, en sus buenos tiempos, admiraba e imitaba la cultura griega, se embelesaba con la creatividad de sus artistas, estudiaba sus doctrinas filosóficas, aprendía de sus ciencias y conceptuaba —aunque manteniendo una prudente distancia— sus teorías políticas. Pero siempre hubo un muro infranqueable entre ambos pueblos que impidió que Roma se impregnara del espíritu griego, y fue su terrible pragmatismo. El griego fue un pueblo soñador mientras que el romano siempre ha vivido en perpetuo estado de vigilia. Por eso Grecia parió filósofos, artistas, dramaturgos, héroes y científicos, mientras que Roma sólo engendra ingenieros, militares y abogados. La cultura en Roma nunca pasó de ser un mero pasatiempo de ricos ociosos, mientras que en Grecia impregnaba el ambiente, se respiraba en las instituciones, marcaba los tiempos políticos y se atomizaba en el espíritu colectivo. En Roma, en cambio, jamás penetró en sus leyes. La esencia del alma griega es un dios embargado por el espíritu filosófico pero víctima de las pasiones más arrebatadas, mientras que la del alma romana es una fría balanza. Ésa es la gran diferencia entre ambos pueblos.

A Claudia no le parecieron justas las apreciaciones de su maestro, pero no quiso contradecirlo. Para ser un defensor a ultranza de la ecuanimidad más radical, juraría que se había dejado llevar por un amor patriótico indigno de él. "*Todavía le escuecen sus años en Roma* —pensó, justificándolo—. *Hasta a los sabios les duele la carne*".

—Al menos la biblioteca seguirá en pie —intentó como último recurso. Sabía que las bibliotecas eran los únicos templos que Catón consideraba dignos de veneración. Por lo que le contaba, la mayoría de sus amigos eran bibliotecarios. Así como otros viajaban a las grandes ciudades en busca de diversión y espectáculos, Catón lo hacía para visitar sus bibliotecas.

—Sigue en pie —afirmó Catón—. Pero raquítica como un esqueleto.

—Al menos en ella podré encontrar gente culta que me instruya en diferentes saberes.

—Me temo que también en esto te equivocas —la desengañó Catón —. Gente culta quizá encuentres. Gente inteligente cuya enseñanza merezca la pena, muy poca. La biblioteca de Roma está llena de

pedantes. Y no hay raza peor que la que es culta y necia a un tiempo, conocida como pedante, porque esos idiotas no aprenden para ensanchar su espíritu, sino que son como loros con memoria de elefante. Lo que aprenden sólo les sirve para escupirlo sin orden ni concierto frente a las atribuladas víctimas de sus peroratas.

—En una ciudad tan grande debe de haber gente creando obras maestras en diferentes campos…

—¿Y dónde están escondidos? —preguntó Catón con ironía—. ¿Te suena haber oído que haya algún Plinio en estos días escribiendo una monumental obra de Historia natural, un Estrabón cartografiando el orbe, un Galeno diseccionando el cuerpo humano para conocer y combatir los males que nos aquejan, un Platón dinamizando los esquemas mentales, un Praxíteles plasmando en inmortal mármol la sensual belleza humana? ¡Ni siquiera hay maestros en aquello en que Roma ha dado maestros! ¿Dónde ves hoy en día juristas tan capaces como aquellos famosos Ulpiano y Papiano?

—Seguirá naciendo gente con talento…

—Y malgastándolo en la administración del Imperio –la desengañó nuevamente el griego—. No menosprecies el poder devastador del espíritu de los tiempos. Si Platón hubiera nacido en este siglo, y en Roma, es muy posible que la humanidad hubiera perdido a un filósofo para ganar a un leguleyo. Genial, eso sí, pero intrascendente. La ambición se mantiene incólume, pero no es la sabiduría la que encumbra hoy en día a los hombres, sino su habilidad de tahúres para jugar con las leyes. Es un juego de tramposos. Los talentos de hoy en día son juristas y funcionarios de las cortes varias. Ahí los tienes degradados a comparsas de augustos iletrados, ayudando a perpetuar la maquinaria que les ha impedido explotar sus dones naturales y expandir su inteligencia. Lamento ser yo quien te lo diga, pero la entronización de la última hornada de emperadores ha rematado la cultura. Los únicos que hacen carrera hoy en día son los aduladores y panegiristas. Ahí tienes el ejemplo de Eumenio, profesor de retórica y secretario de Maximiano y de Constancio, los padres respectivos de Majencio y Constantino. Este Eumenio se hizo rico por el único mérito de adular hasta el vómito a sus amos. Hace tiempo que Roma sólo engendra monstruos de la razón. O mejor dicho: tontos razonables. Pero tontos al fin y al cabo. Los pueblos corruptos y degenerados, al matar las verdaderas artes y letras, siempre combativas con los malos gobernantes, caen víctimas de las modas más ridículas, tristes sucedáneos de aquéllas. Y las modas son el peor veneno de una civilización. Representan la muerte de la creatividad y el encumbramiento de la estulticia. Hasta el más tonto, con un poco de habilidad imitadora, puede llegar a crear escuela. Es un páramo de

estupidez donde no brotan tallos verdes. Ahora la moda reinante es eso que llaman, con poco tino, neoplatonismo. La escuela de Alejandría ha desbancado a la de Atenas y con ello ha desbancado el razonar con sencillez y sentido para divagar sobre absurdos conceptuales. En lugar de filósofos y escuelas de filosofía ahora abundan los iluminados y las sectas filosóficas. Y ahí están los amonios, plotinos y porfirios varios para atestiguar cuanto digo.

—¿Qué mal han hecho para despreciarlos así? ¿Tan falaces son y tan pocas luces tienen?

—Más bien diría que les sobran luces y alumbran demasiado, por lo que en lugar de iluminar, deslumbran y confunden.

—No te entiendo, maestro.

—Quiero decir que han olvidado el sentido último de la filosofía y se han perdido en razonamientos tan alambicados como estériles. Es la moneda común de los malos filósofos. Esto es como el mal sastre que tomando el vestido por el fin en sí mismo acaba confeccionando uno de corte y fantasía extraordinarios, pero que ahoga a la pobre mujer que lo lleva oprimiéndole los pechos, cortándole la circulación y embutiéndola de forma harto ridícula y peligrosa. ¿Pensarías que se trata de un buen sastre o de un inepto que olvidó el objetivo para el que le hicieron el encargo?

—Un inepto y un tonto, porque no creo que le paguen por ello —respondió Claudia riéndose. Los ejemplos de su maestro le parecían a veces tan disparatados como los mismos disparates que denunciaba.

—Pues algo así es lo que hacen los malos filósofos —prosiguió Catón—. En lugar de buscar la verdad se pierden en las enrevesadas ilusiones que ellos mismos se fabrican. Han llegado al presuntuoso dislate de creerse capaces de separar el alma del cuerpo, de comunicarse con espíritus y demonios, y al final poco menos que han convertido la filosofía en una rama de la magia y la religión. No es de extrañar que los cristianos, esos otros embaucadores que no saben cómo dar visos de veracidad a su teología, anden fascinados con ellos. ¡Si Platón y Aristóteles levantaran la cabeza y vieran cómo retuercen sus filosofías para adecuarlas a sus disparates! —Catón suspiró con tristeza, algo inusual en él, siendo de ánimo esforzado y optimista—. ¿Recuerdas lo que te enseñé sobre los sofistas, sobre Protágoras y compañía? ¿Recuerdas que hacían escarnio de los filósofos de la naturaleza? Lo hacían porque consideraban que aquellos divagaban inútilmente. Sí, reconozcámoslo, eran unos escépticos. Pensaban que era más que probable que todas las cuestiones que se planteaban los otros tuvieran respuesta, pero que dado que la inteligencia humana es limitada les sería imposible encontrarlas, así que en su opinión

perdían el tiempo. A un campesino le conviene más aprender a plantar que quedarse ensimismado estudiando la semilla hasta morirse de hambre; o a un caminante aprender las señales del cielo para saber cuándo es hora de buscar refugio que ponerse a meditar la composición de las nubes mientras una granizada lo apedrea. Más le vale buscar un buen refugio primero y una vez dentro, caliente y a gusto, estudiar a través de la ventana, si tiene el gusto, los rayos y centellas. ¿Para qué le sirve a un marinero especular sobre el sentido último del agua, elemento sobre el que no tiene ningún dominio, en lugar de estudiar las corrientes y mareas, conocimiento tan esencial para su oficio? La filosofía debe servir para ayudarnos a vivir mejor, no para complicarnos la existencia. Para no pasar hambre, ¿qué debes aprender primero, a cultivar, cazar y pescar o las recetas de Apicio?

—Creo que he captado la idea —dijo Claudia, viendo que les podía caer la noche poniendo ejemplos.

—Resumiendo —aceptó Catón—: a tal punto han llegado las absurdas especulaciones de los que ahora se llaman filósofos, tanto se han enredado con sus divagaciones metafísicas, que ya no son capaces de discernir si ellos mismos son hombres o borricos.

Claudia no pudo contener la risa por la ocurrencia.

—En este punto le doy la razón a Epicuro —sentenció Catón—: "*Vacuo será el razonamiento del filósofo que no alivie ningún sufrimiento humano*".

—¿Y todo esto es culpa de los emperadores? —preguntó Claudia con retranca.

—¿De quién si no? Son ellos los que trazan los surcos por los que deambulan sus aborregados súbditos. Ellos son, por desgracia, el espejo en el que se miran los simples. Así que cuanto más tontos son los que mandan, más ruines son los que obedecen. Hay un paralelismo inequívoco entre la altura moral e intelectual de los gobernantes y los gobernados. Es una ley histórica tan infalible como las leyes físicas que rigen el cosmos. Y es lógico: sólo un tonto se deja gobernar por un cretino. Basta estudiar la evolución de los gobernantes para hacer un cálculo exacto de la deriva de un pueblo. Si los gobernantes tienden a ser cada vez más virtuosos y eruditos, el pueblo será cada vez más civilizado y próspero; si los gobernantes tienden a ser cada vez más zafios e ignorantes, el pueblo se embrutecerá, se sumirá en la ignorancia y la brutalidad y el naufragio estará asegurado. Sólo tienes que ver el ejemplo del Imperio. Compara cómo funcionaban las cosas cuando al mando estaban emperadores de gran cultura y justicia como Marco Aurelio, Adriano o Claudio, por ejemplo, y cómo degeneraron bajo la férula de esquizofrénicos como Calígula, Nerón o Heliogábalo.

O el ejemplo que tienes más a mano, la deriva que ha tomado el Imperio desde que han asaltado el poder los militares que no conocen más cultura que la de las armas, la culinaria y la circense.

—Perdona, maestro, ese Claudio que has mentado como ejemplo, ¿es el mismo que esclavizó a un brillante funcionario griego por no entender latín? —le preguntó Claudia con sorna, recordándole el capítulo que Catón, indignado, le contó una vez.

—¡Nadie es perfecto! —le respondió el griego, contento por la buena memoria de su pupila y el tino con que sabía usarla, aunque fuera para burlarse de él—. Claudio hizo algunas tonterías, pero fue un hombre ilustrado e inteligente. Se hizo pasar por tonto para sobrevivir pero demostró ser el más listo de todos. Gobernó con mesura y altura de miras, apaciguando a sus contemporáneos, conciliando las más enérgicas enemistades y dejando un legado infinitamente mejor que el que heredó.

La ensoñación de Claudia de una Roma grandiosa se ensombrecía por momentos, aunque se resistía a claudicar. Por más que Catón se esforzara en bajarla a la tierra, Claudia seguía pensando en que por muy de capa caída que anduviera Roma habría algo más que cabras como en la aldea. Y luego estaba la idea de conocer al augusto en persona. Para su maestro, lo sabía bien, un augusto no era más que un hombre mejor vestido, comido y adulado que el resto, pero para ella la aureola que daban la fama y el poder tenían un atractivo fascinante.

—Si Constantino gana a Majencio se convertirá en el augusto de Occidente —comenzó a expresar su pensamiento—, y ¿no me has dicho muchas veces que más gana la humanidad con un hombre extraordinario que con un millón de mediocres?

—Y me reafirmo en ello. La historia lo demuestra. Pero por hombres extraordinarios me refiero a un Sócrates, un Ptolomeo, un Buda, un Arquímedes, un Confucio, un Homero, un Aristarco, un Solón. Gente que con su genio ha dado un gran impulso al mundo para mejorarlo; gente que nos recuerda quiénes somos y de dónde venimos con su prodigiosa erudición e inteligencia; gente capaz de focalizar con perspectiva la condición humana e interpretar con agudeza los signos de los tiempos para ayudarnos a orientarnos mejor en nuestras breves vidas; gente que amplía el conocimiento científico con su aplicación infatigable al estudio; gente ingeniosa cuyos inventos mejoran la vida y hacen más llevadero nuestro paso por ella; gente de talento prodigioso que pone al servicio de las letras su ingenio para plasmar en obras inmortales las mil y una posibilidades de la existencia humana, lo que permite explorar a la humanidad sus infinitas posibilidades de ser, sirviendo para deleite, reflexión y aprendizaje del resto de los mortales; gente creativa y habilidosa que

entrega su vida al arte para enriquecernos la vida al educarnos la mirada en la apreciación de la belleza; gente virtuosa que ennoblece la condición humana con sus actos generosos y filantrópicos; gente…

—He captado la idea –interrumpió Claudia el inventario de las grandes cualidades humanas.

—Gente, en definitiva, que hace del mundo un lugar mejor —concluyó Catón—. Y no gente que lo degrada y lo humilla sometiéndolo a su voluntad caprichosa.

—Sí, pero para bien o para mal, al final tanto mueven el mundo los unos como los otros. Un Nerón, un Calígula, un Domiciano… por terribles que fueran, ¿no fueron tan influyentes para el devenir de la humanidad como los más grandes genios?

—Desde luego, el último que has nombrado, Domiciano —dijo Catón con una sonrisa torcida—, sin duda que fue influyente si hacemos caso a los rumores que dicen que inspiró "*El apocalipsis de san Juan"*, el libro más terrible de los cristianos.

—¿Y ello no los hace extraordinarios? —Claudia no captó la ironía de Catón. A la aldea apenas habían llegado rumores sobre los cristianos y no habían suscitado ningún interés—. ¿No es extraordinario un ser humano que gobierna a su antojo el orbe entero sometiéndolo a su voluntad?

—Más que extraordinario yo diría que es terrible. Pero llevas razón, tan influyentes son los unos como los otros. La diferencia es que unos son medicina y los otros veneno. Por suerte las huellas que imprimen en el mundo los idiotas y los malvados suelen acabar junto a ellos, tan pronto expiran, en el estercolero de la historia. En cambio los otros alcanzan la inmortalidad porque sus obras los trascienden, su verdad los sobrevive y con un poco de suerte tiene imperio sobre las generaciones futuras.

—Los hombres poderosos seguirán siendo personas excepcionales —insistió Claudia, erre que erre, cabezona como era.

—No más excepcionales que el caballo victorioso en las carreras o el galgo campeón que siempre logra atrapar la liebre. También ellos se imponen a sus congéneres y no los considero dignos de estudio y admiración. Sus logros no contribuyen a mejorar el mundo. Y eso que en estos ejemplos siempre vence el mejor. Si un idiota, por azares de la vida, intrigas, crímenes, herencias, corruptelas y fortunas varias, se alzara con el poder, ¿eso lo convertiría en una persona fascinante? Para mí lo único fascinante es la estupidez del resto al dejarse gobernar por un tarado, un mentecato o un malvado. Si es que no les cae en suerte un sujeto que reúna en sumo grado las tres cualidades a un tiempo.

—Algún mérito tendrán para obtener lo que tantos anhelan…

—Un bruto sin piedad tiene más probabilidades de alcanzar la gloria en la guerra que un soldado compasivo, y un político corrupto tiene más posibilidades de medrar en un sistema corrupto que un político honesto. ¿A eso lo llamas mérito?

—Aun así…

—¿Consideras a tu padre un ser fascinante?

La pregunta descolocó a Claudia. Nunca se le había ocurrido pensarlo.

—Te aseguro que los soldados que conocí en Tréveris sienten fascinación por él —se adelantó Catón, antes de que Claudia pudiera esbozar una respuesta—. ¡Es el brazo derecho del augusto! Y ahora dime, tú que lo conociste de niña, ¿acaso no hacía de vientre como cualquier otro mortal? ¿Y su aliento olía a jazmín y narciso? ¿Meaba vino especiado y licores afrutados?

Claudia se quedó pasmada con el ejemplo.

—Constantino es hijo de un augusto, Constancio, que antes fue soldado raso —continuó Catón, sin darle tiempo a sobreponerse y replicar—. Y antes de ser soldado fue un humilde joven de pueblo. Y poco antes había sido un niño que le agarraba la teta a su madre con avaricia. Sus ancestros cuidaban cabras y se liaban a garrotazos con sus vecinos por disputarse un membrillo. Y antes de domesticarse un poco serían bestias como las demás bestias del campo. Esto es aplicable a cualquier ser humano.

—Sé dónde quieres ir a parar.

—¿Dónde quiero ir a parar?

—Quieres decirme que las circunstancias de nuestras vidas determinan lo que somos, que somos moldeables como el barro.

—Hay excepciones, claro. Esta ley no afecta a las personas vocacionales, pero son una entre un millón. Para el resto es perfectamente aplicable.

—Quizá los que alcanzan el poder son la excepción.

—En absoluto. Bien podría suceder que se intercambiaran los destinos del hijo de un emperador y el de un campesino y verías tú que nadie notaría nada extraño viendo al hijo del emperador arar y al del campesino gobernar. Al contrario, todos seguirían convencidos de que los dioses han puesto a cada cual en el lugar que le corresponde. Lo que fascina es el puesto, no la persona que lo ostenta.

—Quizá se vuelve fascinante al tener que hacer cosas extraordinarias… —Claudia se interrumpió, pensativa. Empezaba a

enredarse con las trampas del viejo zorro—. Bueno —dijo saliendo por la tangente para escapar del dilema del huevo o la gallina—, al menos me reconocerás que no es lo mismo administrar un terruño que un Imperio.

—Nunca diría lo contrario —afirmó Catón con una mueca burlona al ver el embarazo de su pupila—. Es mucho más complicado gobernar una hacienda particular que un Imperio.

Claudia lo escudriñó tratando de comprender si le estaba tomando el pelo o hablaba en serio.

—Será al revés…

—En absoluto –confirmó Catón—. El campesino no tiene quién le ayude a cosechar, ni a cuidar sus animales ni a llevar sus cuentas. Por lo pronto, para sobrevivir y sacar a su familia adelante, necesita un mínimo de cualidades y conocimientos: tiene que ser fuerte y trabajador, porque la vida del campo es de las vidas más duras que existen; tiene que tener conocimientos agrícolas y ganaderos; tiene que entender el clima, las estaciones y el terruño del que vive; tiene que conocer bien a sus animales y sangre fría y cuajo para tratar sus enfermedades; y posiblemente también tiene que saber de hierbas curativas y tener rudimentos de medicina para salvarse a sí mismo y a los suyos en caso de accidente, sobre todo si vive en un lugar apartado. Y necesita además tener sentido común y buen juicio para no gastar más de lo que gana y ajustar las necesidades a los ingresos. En cambio, un emperador puede ser holgazán, flojo, ignorante y derrochador sin que por ello merme su calidad de vida, puesto que vive del fruto de sus laboriosos súbditos y tiene una legión de funcionarios que piensan y trabajan por y para él, un ejército que lo defiende de sus enemigos y los mejores doctores a su servicio para curarle hasta un resfriado. Si fuera campesino no sobreviviría ni un invierno.

—Visto así…

—Y si hablamos de las cualidades morales necesarias para gobernar, lamentablemente tampoco se les exige que sean en punto alguno mejor que el resto. Al contrario, se les perdonan las faltas que serían gravemente castigadas en cualquier súbdito que las cometiera. Te contaré una anécdota que ilustra muy bien este punto. Se dice que el gran Alejandro Magno consiguió atrapar a un célebre pirata, muy famoso en su tiempo, que era un verdadero quebradero de cabeza para el gran conquistador. Alejandro, afeándole tan ignominioso oficio, le preguntó: *“¿Te parece bien tener el mar sometido al pillaje?”*. Y el pirata, muy serio, mirándolo a los ojos sin ninguna muestra de arrepentimiento, le respondió: *“Tan bien como a ti el tener el mundo*

entero. Sólo que a mí, como trabajo con una ruin galera, me llaman bandido, y a ti, por hacerlo con toda una flota, te llaman emperador". Lo que también me recuerda la respuesta que le dio el famoso salteador Bulla al poderoso prefecto del pretorio, Papiniano, cuando éste, también con ánimo reprensor, le preguntó al atraparlo por qué se había hecho salteador: "*¿Y tú por qué eres prefecto?*", le respondió con la mayor tranquilidad de conciencia.

Claudia se quedó pensativa y Catón la dejó reflexionar un rato.

—¿A qué conclusión llegas?

—Que ninguno de ellos era mejor que el otro. En realidad hacían lo mismo, sólo que cada uno en la medida que podía.

—¿Nada más?

—Que el mismo acto, según quién lo cometa, puede ser enjuiciado como el acto más criminal o el más encomiable.

Catón sonrió, pero no era suficiente.

—¿Y qué deduces de todo ello?

—Tiene que ver con lo que me enseñaste sobre los sofistas, ¿verdad? —respondió Claudia tras meditar unos segundos. Conocía bien la táctica pedagógica de su maestro. Al hacer un comentario sobre los sofistas le había dado una pista para guiar su reflexión. A veces las pistas parecían inconexas, pero al final tenían su lógica. A Catón no le gustaban los caminos fáciles—. Me dijiste un día que los sofistas discutían sobre qué estaba determinado por la naturaleza y qué creado por la sociedad. Y llevando el terreno a la moral aseguraban que el pudor no siempre concordaba con la naturaleza, porque el pudor está relacionado con las costumbres de la sociedad.

—¿Entonces?

—El juicio de lo que está bien o mal lo determinará quien gobierne.

—Nunca olvides esta lección —le dijo Catón con tono admonitorio, poniéndose muy serio—. Una cosa son los principios de justicia universales y otra muy distinta son las leyes de los hombres, hechas a medida de quien gobierna. Y quien escribe estas leyes también determina la moral y la verdad de su tiempo, por falsa y errónea que sea. Así que nunca te sonrojes por incumplir una ley que no haya sido capaz de sobrevivir al menos cinco generaciones sin provocar ningún conflicto. Ésas son las únicas leyes que garantizan la supervivencia de la especie y las únicas moralmente aceptables.

Claudia se quedó pensativa. Aquello era revolucionario, subversivo, peligroso. Pero también era cierto. ¡¿Qué clase de mundo se podía construir con juicios de valor tan arbitrarios?!

—Y no olvides otra cosa —la aleccionó Catón, todavía muy serio—.

Irás a Roma tras una guerra y las guerras sólo traen miseria y destrucción. Hacen aflorar lo peor del ser humano. El espectáculo que se sucede tras ellas es espantoso: los vencedores festejan sus triunfos sobre la sangre de los muertos, se congratulan con los pueblos masacrados regalándoles más muerte. Y el pueblo, sin tiempo de llorar a sus muertos, debe aclamar al vencedor, vestirse de gala, perfumarse, emborracharse y explotar con una alegría que sangra por el horror que ha vivido viendo morir a los suyos y sobreviviéndolos.

—La crueldad humana —sentenció lúgubremente Claudia, asintiendo a la verdad de una cultura despiadada—. Por cierto, maestro, nunca te lo he preguntado y siento curiosidad. Si tanto detestas el poder y toda la parafernalia que conlleva y dices que una persona sabia debe huir de ello… ¿Cómo acabaste entonces en el palacio del augusto Constantino?

—Por un amigo.

—¿El bibliotecario del augusto?

—Ningún palacio que se precie carece de una buena biblioteca – sonrió Catón afirmativamente.

—¿Y mi padre también es amigo del bibliotecario? —preguntó Claudia con súbito interés. Los ojos le brillaron, anhelantes por descubrir una faceta de su padre desconocida y agradable.

—Mi amigo sólo lo conocía de vista y nombre —le respondió el griego con pesar, consciente de su decepción—. Me temo que tu padre no es muy aficionado a los libros. Fue a preguntarle a mi amigo si podía recomendarle a un maestro cualificado. Ésta fue la primera y la última vez que lo vio en la biblioteca. Y mi amigo, que es un grandísimo embaucador cuando se lo propone, lo engañó presentándole mis credenciales, convenciéndolo de que no encontraría a nadie mejor.

La desilusión entristeció por unos segundos la mirada de Claudia. Por suerte para ella, su naturaleza optimista pronto se deshizo de tales pensamientos. En cuanto se quedó sola siguió fantaseando. ¡Un mundo nuevo y asombroso estaba esperándola para ser descubierto!

Un mal suegro

Tréveris

El comandante aprovechó la primera ocasión que tuvo para enfrentar a Sempronio, atajándole el paso cuando aquél, al verlo en uno de los pasillos, quiso girar y dar media vuelta.

—Imagino cómo habrás conseguido convencerlo para que te entregue a mi hija como premio, pero te juro que te vas a arrepentir —lo atacó sin más preámbulo.

—El augusto me ha dado su bendición —se defendió Sempronio, haciendo acopio de valor. Si se achantaba, el comandante lo haría recapacitar. Y él jamás permitía que los sentimientos —ni siquiera el miedo— le arruinasen un buen negocio—. Si te contrapones a ello no me estarás ofendiendo sólo a mí, sino también a él —añadió como prevención—. Si atentas contra mí estarás atentando contra sus intereses.

—Si te mato el mismo día de la boda, antes de que ultrajes a mi familia, haré a mi hija renunciar a tu fortuna y la pondré a los pies de Constantino para hacerme perdonar —le respondió furioso.

—Si fuera así de fácil ya me la habría quitado él mismo —le replicó Sempronio devolviéndole el desprecio—. Antes de soltarme una bravuconada deberías preguntarle a Constantino por las cláusulas estipuladas. Si me pones la mano encima te desollará vivo. ¡Oh, qué obtuso eres para los números! Eso sería pan para hoy y hambre para mañana y a nuestro augusto le gusta siempre estar bien servido.

—Para ti todo es dinero —lo increpó el comandante.

—Y deberías estarme agradecido por ello —le respondió Sempronio con mucha flema—. Cada vez que estás al frente de un ejército deberías recordar que tu gloria militar es deudora de mi generosidad.

—¡Maldito perro! ¡Qué ganas tengo de retorcerte el cuello! —le gritó el comandante, apenas conteniéndose para no echársele encima y molerlo a palos—. Majencio también te estará agradecido, porque tu

vil codicia financia a entrambos.

—No sobrestimes mi poder. A él sólo lo financio en parte. Majencio tiene sus propios banqueros. Y además mi pequeña colaboración ha sido a un interés altísimo. Yo también he tomado partido por un bando —dijo con los ojos brillándole astucia y maldad a partes iguales.

—¡Maldito seas, eres como los cuervos, que cuantos más muertos más ganancias obtienes!

—Ojalá y me trataran a mí tan bien como a los cuervos –se lamentó el usurero—. Seguro que ellos no tienen mis tribulaciones. Y te recuerdo que las guerras no las decido yo. El augusto no me pide consejo en asuntos militares. Para eso te tiene a ti. Tú eres su cómplice planificando las carnicerías. Yo tengo la conciencia muy tranquila.

—¿Cuánto pides por renunciar a mi hija? —le preguntó el comandante, saliéndole como un torrente la desesperación de un padre que vislumbra la ruina de su hija.

—Por favor, no te humilles de esta manera. Pronto seremos familia.

—¡Maldito hijo de puta, ni me lo mentes! ¿Por qué has escogido a mi hija cuando hay tantos padres cargados de títulos que te entregarían a sus hijas con gusto para sumar las fortunas y darte relumbrón?

—Mi querido suegro, ¿de qué me valdrían sus títulos? —le respondió con calma el usurero, haciéndose cargo de que tenía la sartén por el mango—. Ni entre todos ellos juntos suman la décima parte de mi fortuna. El único matrimonio que estaba a mi altura era con la sobrina del augusto, pero como bien sabes me la arrebató ese mequetrefe de Marcial, ése sin sangre incapaz de ambición alguna. Todavía no entiendo qué veis en él, primero tú, que fuiste quien lo adoptó y lo encumbró, y después el augusto privilegiándolo con Cleo. Y después de Cleo ¿quién me queda? ¿Qué ganaría yo asociándome a un nombre, por altisonante que fuese? ¿De qué me serviría entroncar con un apellido ilustre que hace siglos que perdió toda ascendencia? No soy vanidoso. Ni estúpido. Tú ostentas un poder real. Siendo tu yerno, ¿quién osará meterse conmigo, quién repudiará cualquier trato que le ofrezca? Con tu hija ganaré influencia y poder reales. Con cualquier otra, en cambio, sólo tendría una mujer malcriada y caprichosa que no haría otra cosa sino mordisquear mi hacienda y castigar mis nervios. Sé perfectamente lo que te repugna. Sí, sé que soy viejo y poco agraciado. Pero tranquilo, nunca he sido especialmente libidinoso y mis años mozos quedaron muy atrás. A tu hija sólo le exigiré un vástago. Tu nieto, al que convertiré en uno de los hombres más ricos del mundo. ¿No te seduce la idea? Sólo le

pediré eso, un heredero. No me mires así. Tu adorado Antonino Pío, ese magnánimo augusto al que adoras, considerado con justicia por el Senado y el pueblo romano como el mejor de los príncipes habido, descendía de banqueros. Probablemente hubieras despreciado a sus padres, pero ya ves, él fue un gran emperador. ¿Por qué no podría repetirse la historia con tu nieto? —le preguntó Sempronio viperinamente, como si pudiera leer su alma y conocer su secreta ambición—. A tu hija la voy a molestar poco. Me basta con que sea discreta. Ya me entiendes…

Al comandante se le estaban revolviendo las tripas al escucharlo. La sola idea de que aquel ogro se acostara con Claudia le repugnaba hasta el homicidio. Hablaba de ella como si fuera una meretriz. Una palaciega. Una Cleo… "*El hideputa de Cayo Publio está detrás, sí, lo sé, me lo da el olfato, pero me las vais a pagar todas juntas, ¡lo juro por todos mis dioses penates! Y si consiguiera fecundarla… Si tuvieran un hijo… Si mi nieto heredara su repugnante cara… ¿Sería capaz de quererlo?*".

—De puertas adentro la dejaré ser una emperatriz —le explicó Sempronio para intentar calmarlo—, con tantos amantes como guste, ¡a mí qué me importa! Sólo le pediré discreción para que no se aireen en público sus amoríos y con ellos se ventile mi buena reputación. Porque ahora la necesitaré más que nunca.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el comandante mientras seguía pensando en cómo le rajaría el cuello el día de la boda, antes de que pusiera sus asquerosas manos encima de Claudia.

—Por los cristianos —respondió Sempronio—. Miran mucho la apariencia.

—¿Qué pintan aquí los cristianos? ¿Por qué apoyas la locura del augusto de protegerlos? ¡Tú no crees en más dios que en el dinero! —El comandante hacía tiempo que quería averiguar esta cuestión y esta ocasión era tan buena como otra cualquiera para hacerlo, a pesar de las circunstancias.

—Por eso mismo, porque soy un hombre de negocios —respondió Sempronio como a la mayor de las obviedades.

—¿Y qué tienen que ver los negocios con los cristianos?

—¿Que qué tienen que ver? Si ya se multiplican como conejos, cuando nadie los diezme lo harán como insectos. Eso significa que necesitarán construir muchas iglesias para adorar a su querido dios. ¿Y quién va a financiar todas esas iglesias que necesitarán? Sí, su dios me va a hacer muy rico.

—¿Ése es el interés que le cobrarás por la guerra, el monopolio en la construcción de las iglesias? Ya me extrañaba a mí que una boda fuese suficiente para ti.

—Soy un hombre de negocios…

—¿Y cómo te las van a pagar esos muertos de hambre?

—¡Oh, qué poco los conoces! Nadie más generoso que un pobre agradecido. Y los cristianos son una legión de pobres agradecidos. Agradecidos y cegados por una fe como jamás se ha conocido. Sus arcas no tardarán en llenarse de oro. Dales tiempo y verás el verdadero milagro de su religión.

—Los cristianos te odian. Cuando te ven en palacio hacen cruces y abominan de ti.

—Sí, sí, me odian tanto como nuestro querido augusto —dijo con un brillo macabro en los ojos—. O como tú mismo, y acabarás siendo mi suegro.

—Me das asco —le escupió el comandante, a punto de perder el control y saltar sobre él.

—¿En serio? ¿Te miras alguna vez al espejo? —Lejos de achantarse, Sempronio decidió desempolvar toda su artillería para contraatacar, harto de sus insultos—. Sí, tú me desprecias como todos los demás porque sólo miro por mi dinero. Pero es el dinero el que compra imperios, ¿o todavía no te has enterado? Y lo que para mí es el dinero son para ti los galardones. Los *honores* —pronunció con sarcasmo—. No es tan distinta la ambición que nos empuja. Tú hablas mucho de honor, lealtad y valores, pero la experiencia demuestra que todo eso sólo son palabras hueras. No se ha dado en Roma un solo militar que al que presentándosele la ocasión propicia haya dudado en asesinar a su emperador para usurpar el trono. Algo que yo, con toda mi mala reputación, jamás haría. Porque no soy un traidor ni un mentiroso, ni se me llena la boca con palabras grandilocuentes que a la hora de la verdad no valen una higa. Yo no me engaño a mí mismo ni engaño a los demás: sé cómo soy y los demás saben cómo soy y lo que quiero. Pero vosotros… nadie sabe lo que de verdad pensáis, las ambiciones que os corroen por dentro. Se os llena la boca hablando del Imperio, pero mirad cómo está el Imperio. Tú vives en palacio y en tu tierra natal sé que eres el mayor terrateniente. En cambio, pasea por los alrededores de Tréveris y verás la miseria y el hambre que asola el Imperio. ¡Ése es el Imperio real, no el de vuestras vanidades! Con vuestro honor y nobleza sólo coméis vosotros. Visita los campos, inundados porque el augusto prefiere gastar el oro que le doy en comprar el ejército con el que aumentará su poder y con el que tú engrandecerás tu ego, en lugar de emplearlo en drenar los campos como suplican los campesinos, que por falta de medios ven perderse sus cultivos año tras año si los cielos descargan más lluvia de la prevista. Os gusta mucho el vino, pero ¿de dónde creéis que sale la

uva? ¿Y sabes quiénes son los únicos que recogerán uva este año? Los que hipotecaron sus haciendas para que les prestase el dinero que necesitaban para drenar sus campos. No, tú no eres mejor que yo. El Imperio se sostiene gracias a que algunos pensamos con la cabeza y sujetamos la vanidad a los pies. ¿Nunca se te ha ocurrido preguntarte cuando paseas por Tréveris de dónde sale el dinero para financiar las grandes fábricas donde trabajan los esclavos y los presos que os confeccionan la ropa y fabrican vuestras armas? ¿Quién paga los trajes a los funcionarios palaciegos y las túnicas de los esclavos? ¿O crees que los que trabajan allí no comen? ¿Y el material que utilizan crees que se recoge del campo como las setas y no hace falta dinero para comprarlo? Y la ceca donde se fabrica la soldada que cobran las tropas, ¿de dónde crees que sale el metal y con qué se paga y mantiene la maquinaria y a los operarios mismos? ¿De dónde la comida que necesitan los soldados que tú comandas en las carnicerías en las que ganas tu gloria? Tú me desprecias a mí por pensar sólo en el dinero, pero tú sin mi dinero no serías nadie. Tus guerras no habrían sido posibles sin mi dinero, ¿o es que crees que los soldados te siguen por el amor que te profesan? ¡Hipócrita! ¡Tus honores han salido de mi bolsillo! ¡La lealtad de tus soldados la pago yo! Sí, soy yo quien paga vuestro juego. El bueno de Sempronio. ¡Yo soy el único santo en este palacio!

El comandante regresó a su dormitorio encolerizado hasta la demencia. Llevaba en la mano una jarra de vino bien cargada. "*Maldita sea mi estampa*" —se lamentó. Solía sentirse orgulloso de su racionalidad y sangre fría, pero esta vez la cautela le había jugado una mala pasada. Para intentar aplacar los nervios se llenó una copa y se la bebió de un trago. Era la tercera de la tarde, pues en la bodega ya le había dado dos tientos al vino más caro que encontró. Con los efluvios del alcohol se acordó con nostalgia de cuando todavía instruía a Marcial como a un hijo, pensando en convertirlo un día en su todopoderoso yerno. Y por qué negárselo a sí mismo, Sempronio había dado en el clavo: una de sus fantasías recurrentes había sido asaltar el trono juntos. Marcial y él, ¿por qué no? Era la historia de Roma. En tiempos revueltos los grandes militares se convertían en emperadores. ¿Qué mejor forma de demostrar la pasta de que estaban hechos? "*Sólo los perros se conforman con lamer al amo toda su vida",* se dijo. Y él no era un perro, un lacayo sin aspiraciones. "*Respeté a su padre porque supo ganarme la mano limpiamente. Pero él, ¿qué ha hecho para merecerlo? Llama a Majencio bastardo advenedizo. ¿Se escuchará hablar alguna vez? Majencio es hijo de Maximiano, quien sostuvo sobre su cabeza la corona de augusto durante veinte años, antes de pasársela a Constancio, su padre, cuyo reinado fue tan breve como un suspiro. Ni Constancio ni*

Maximiano nombraron césares a sus propios hijos, pues respetaron las normas de sucesión impuestas por Diocleciano para evitar una monarquía hereditaria. Hay que fastidiarse, al menos no deberían tomarnos por tontos y dejarse de esas zarandajas de la legitimidad que ninguno de los dos tiene". El comandante estaba convencido de que Marcial y Claudia se gustarían. Tan igualados en virtudes los estimaba a ambos que le parecía imposible que no sucediera tal como lo había previsto. No podría ser de otra manera. Y entonces, cuando Marcial fuera su yerno, podría implicarlo en su plan. Pero la mala víbora de Cleo se interpuso en sus planes. "*Criatura infernal*", rugió estrellando la copa vacía contra la chimenea. Por un momento sintió remordimientos. Ahí fue cuando comenzó a tenerle ojeriza a Marcial, sin que tuviera ninguna culpa. Toda la culpa había sido suya por idiota. Si Marcial no conocía a su hija ni de oídas, ¿qué lealtad debía guardarle, qué fidelidad, qué sueños podía abrazar, qué amor podía profesarle si ni siquiera sabía que existía? Y la culpa era suya y sólo suya. Debería habérsela inoculado con pequeñas y narcóticas dosis, hasta volverlo adicto a ella. En cambio se lo guardó todo en su imaginación de padre ambicioso. "*Tan ambicioso como tonto*", se reprochó golpeándose la frente con la mano abierta y sirviéndose otra copa. Ni siquiera tuvo la habilidad de hablarle una sola vez de ella para ir poniéndole el caramelo en la boca. Y había que reconocer que Cleo era una maestra de la seducción. ¿Qué culpa tenía entonces Marcial de haber caído en las redes de una furcia profesional si no conocía a su ángel? A partir de aquel compromiso, el otro pretendiente para Claudia, por descarte, fue desde entonces Máximo, íntimo de Marcial e hijo del único senador respetado. El único que quedaba con verdadero poder y riqueza. El comandante se lamentaba ahora profundamente de haber esperado tanto tiempo para intentar el enlace. "*Oh, idiota, no aprendiste la lección",* se reprochó con dureza, estrellando la segunda copa contra la pared. No había aprendido que la prudencia, que acostumbra a ser tan buena consejera en todo lo demás, en el amor es un desastre. Sí, y se le volvió en su contra. Una vez más. El comandante bebió a morro un trago largo de la jarra. Equivalía a la quinta de la noche. Debía, ya que consolarse era imposible, al menos digerir la mala nueva. "*Aunque esta vez no fue del todo culpa mía* —se dijo—*, debía obrar con prudencia por la ojeriza que Constantino le tiene a Máximo. Siempre ha mostrado buenas cualidades, pero Constantino no le perdona ser el hijo del senador".* Esto lo obligó a él a ser todavía más cauto de lo usual. En realidad, estaba esperando el resultado de la guerra. Si ganaban, el Senado se pondría a los pies de Constantino y aquella alianza entre su hija y el hijo del senador sería aplaudida por el augusto. Puede que incluso la propusiera él mismo. Con la hija del senador casada con el hijo de su comandante en jefe, aquel no

intentaría nada contra él y se aseguraría la lealtad del Senado. Y si perdían… Si perdían y conservaba la vida, ese matrimonio podía ser su salvación. Pero Sempronio, con su olfato zorruno, había leído la jugada y se le había adelantado. "*En cuanto ha sabido que Máximo ha sido llamado a Tréveris por Constantino le ha ido con su propuesta para adelantársele. Sí, ese hijo de puta se lo ha olido. ¡Ojalá y se pudra por toda la eternidad y Cerbero le chupe la médula de sus podridos huesos!*". El siguiente trago, equivalente a la sexta de la noche, le provocó un pequeño vahído. "*En este momento, en vísperas de la guerra, donde no sobra ni la calderilla, sabe que sus millones son la mejor alianza para Constantino* —maldijo al reponerse—. *¡Maldita rata de alcantarilla, cucaracha de pocilga, gusano de letrina, hideputa de los hideputas!*", gritó fuera de sí. "*Y tú, tú, Constantinito… ¿dices que conquistarás y expulsarás a Majencio? ¡Querrás decir que conquistaremos y expulsaremos, ¿no?! ¡Tú solo no conquistarías ni expulsarías a tu puta madre!*". Estaba borracho, pero no tanto para gritar tan fuerte que pudieran escucharlo.

Cuando se trasegó lo que quedada en la jarra ésta corrió la misma suerte que habían corrido las dos copas. Aunque a ésta no la estrelló contra la chimenea, sino contra el suelo. Bueno, en realidad no la estrelló, se le cayó de las manos. Como se le habían caído todos sus planes, uno a uno. "*Por idiota*", acertó a farfullar antes de caerse él también al suelo, borracho y extenuado por tanta rabia acumulada.

Un desterrado en palacio

Tréveris

—Estás demasiado estresado —Cleo le revolvía el pelo mientras lo besaba sin efusión en el cuello. Estaban desnudos y abrazados en la cama. Cleo se había prometido no enfadarse, pero estaba enfadada. Por segunda vez consecutiva aquella tarde, Marcial había tenido un gatillazo. Le estaba fastiando la tarde con su flojera. Y lo peor de todo es que había sido él quien había insistido en pasarla juntos. Tenía la tarde libre y el apremio de estar con ella.

La primera vez que sucedió montó en cólera al considerarlo un insulto y aquello no hizo sino empeorar las cosas, porque después Marcial la rehuyó un buen rato y se dieron la espalda. Ésta era su reconciliación tras una hora de caricias, palabras huecas y arrumacos. Y había vuelto a suceder. Cleo disimulaba, pero echaba humo. ¡Dos gatillazos seguidos! Eso pasaba de castaño oscuro. "*¿Es que el imbécil ya no me desea? ¿A qué tanto interés por pasar la tarde juntos si no está en lo que está?*".

—No pasa nada. No te preocupes. Entiendo que estás sobrecargado.

Era tal la frustración que sentía que al disimulo de sus palabras no lo acompañaba el resto del cuerpo, menos hipócrita, y los besos comenzaron a ser mordiscos y el ensortijado del pelo tirones que hacían daño, hasta que Marcial se quejó y la apartó de su lado con un gesto hostil. El juego inocente de la seducción comenzaba a devenir en una clara agresión.

Martina entró distraída y al verlos encamados pidió disculpas e hizo el ademán de marcharse.

—Espera, quédate con nosotros —le ordenó Cleo al ver que Martina se daba la vuelta para no molestar—. Mira qué problema tenemos. Aquí el soldado no me desea —dijo enfurruñada.

Cleo pretendió ser graciosa, pero se notó a una legua que ardía de rabia. Martina se encogió de hombros, con miedo a cabrearla con una de sus salidas. Sabía que a su dueña la devoraban los celos. Desde que

Marcial custodiaba por las noches al prisionero, Cleo la obligaba a dormir con ella hasta que él regresaba. Cleo alegaba que sufría pesadillas cuando dormía sola, pero ella la conocía bien y sabía que el problema era que imaginaba súcubos por doquier tentando y conquistando las atenciones de su prometido. Y no escapaba una sola de la mirilla de sus enfermizos celos. Al obligarla a dormir con ella, al menos podía descartar a una posible amante.

—No digas tonterías —protestó con desaire Marcial, con el pensamiento en otra parte. Esa misma noche partiría en misión secreta hacia no sabía dónde ni por cuánto tiempo. Ni siquiera tenía la más remota idea de qué encontraría, si es que encontraba algo, porque tenía un mal pálpito. "*¿Cómo piensan que voy a lograr seguirlo hasta su guarida sin ser descubierto? El prisionero se lo olerá, porque tiene un sexto sentido. Incluso me ve a través de la pared, no es de este mundo. Jugará conmigo y me usará para sus propósitos. Y todavía no tengo claro si son buenos o malos. Hasta es posible que Osio le haya chivado el plan en el mensaje de la rama de olivo. ¿Qué otra cosa si no pudo escribirle con tanta urgencia y riesgo? Si consigo llegar hasta su guarida será porque él me lo permita y entonces… ¿qué me esperará allí? ¿Se vengará en mí de lo que le han hecho? ¿Será mi cabeza el mensaje que le devuelva al augusto? ¿Me servirá la cruz que me dio el obispo para salvar la vida si las cosas se ponen feas? ¿Será el obispo al primero que encontraré esperándome en la guarida… o en mitad del camino en una celada?*".

Martina se sentó en una silla baja que había junto a la cabecera, por el lado de Cleo.

—¿Y Tiridates? —preguntó Marcial por preguntar, conjurando la angustia.

—A Tiridates hace tiempo que no le vemos el pelo —respondió Martina con fingida despreocupación.

—¿Y eso por qué? —preguntó Marcial extrañado. Llevaba dos semanas tan absorto en su misión que había perdido la noción del tiempo y el hilo de los acontecimientos en palacio.

—Sempronio se lo ha llevado para instruirlo como aprendiz en su negocio —aunque Martina intentó disimularlo, en su tono había un poso de tristeza—. Parece ser que sus dotes teatrales le pueden ser útiles para engañar a los clientes.

—Para lo listo que es Sempronio, con este fichaje ha patinado —se burló Cleo—. No es que se haya llevado precisamente al mejor actor del mundo. ¡Ni al más espabilado!

"*Si tú supieras* —pensó Martina—. *A fe mía que no ha nacido tan gran actor como él. Toda su vida es fingimiento y tiene tal arte que hasta a ti, listilla, que te crees que lo sabes todo, te la ha metido doblada*".

—Si el bufón piensa que con el banquero le irá mejor, apañado está –farfulló con media sonrisa Cleo. Aunque no lo reconocía, estaba dolida con su marcha. En su mundo de rosas pensaba que sus esclavos no sólo estaban obligados a obedecerla sino también a amarla incondicionalmente—. Si se quejaba de los insultos que recibía aquí, no sabe lo que le espera. Porque aquí los insultos van mezclados con risas, pero allí lo irán con puñetazos. El muy idiota ha cambiado a un público de cortesanos con ganas de chanza por clientes iracundos. Sempronio lo usará de escudo para parar los golpes de los estafados.

"*Cortesanos con ganas de chanza…* —repitió para sí misma Martina, mordiéndose la lengua—. *Cortesanos con ganas de chanza que se burlaban de sus atributos, que le tiraban objetos, lo insultaban por los pasillos y lo trataban como al último perro del palacio*".

—Antes de irse debería haberle dado algunas lecciones a éste —añadió Cleo con falso humor—. No le vendría mal fingir que al menos siente algo por mí. ¿Te puedes creer que ya ni me desea? ¡Mira! —dijo levantando la sábana con que Marcial se había cubierto al entrar Martina en el dormitorio, señalándole con profunda decepción el pene flácido—. ¿Qué te parece? ¿Me merezco esto?

—¡Ya basta! —Marcial volvió a cubrirse con la sábana, molesto por el comportamiento pueril de Cleo.

—¿Acaso mi hermosura se ha echado a perder? —preguntó Cleo a Martina mientras se tocaba con lascivia su voluptuoso y hermoso cuerpo.

—No, mi señora. Cualquier hombre mataría por gozar contigo.

—¡Pues entonces explícame qué le pasa a éste! ¿Será que se ha cansado de mí y quiere algo nuevo? Mira, se me ocurre una idea. Me vas a servir para salir de dudas y saber si el problema es mío o sólo suyo.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Martina, intrigada.

—No sigas —protestó Marcial viéndola venir.

—Levántate —le ordenó Cleo a Martina—, y quítate la túnica.

Martina obedeció y se quedó en cueros. Estaba algo más rolliza que Cleo, pero firme y de buen ver.

Ven —le dijo Cleo cogiéndola de la muñeca y atrayéndola a la cama para meterla entre los dos. Después, una vez acostada, la obligó a coger el pene de Marcial con la mano, sin que ella protestara—. ¿Es que tienes las manos frías? —preguntó con retranca al ver que Marcial no reaccionaba a su masaje y aun la miraba con mala cara—. Habrá que poner toda la carne en el asador, a ver si el señorito reacciona —dijo agarrando a Martina de la cabeza y empujándola hacia abajo para

forzarla a hacerle una felación.

—Señora —dijo Martina mientras se recogía el pelo hacia atrás y se humedecía los labios—, no sé cómo tomarme este honor que me hace al compartir su manjar conmigo.

—¡¿Qué manjar, idiota, si son los restos?! —Cleo no pudo sino reírse de las majaderías de la bruta.

—Bueno, pues si son los *rectos* o los torcidos, ahora lo veremos. Pero a fe mía que nunca he ordeñado a un señor oficial y ya me parece que ha de saber a miel y canela.

Con esta nueva majadería ni siquiera Marcial pudo contener la risa. Y Martina, que no era de natural menos libidinosa que su dueña, no se hizo de rogar y se aplicó como si le fuera la vida en ello. Nunca se le había presentado una ocasión tan propicia para gozar con Marcial sin airar a su dueña y no pensaba desaprovecharla.

Al principio no hubo manera, así le hubiera mamado los dedos de los pies que hubiera sido lo mismo, pero poco a poco Marcial se fue relajando y aquello empezó a enderezarse para regocijo de Martina y cólera de Cleo.

—Señora, el soldado está más sano que una manzana —dijo Martina descansando un poco la mandíbula—. Creo que no tardará en darme su jugo. Si te parece bien, para no desaprovecharlo, puedo subirme encima.

—¡Déjalo ya, idiota!

Sin que se lo viera venir, a la pobre le llegó un empellón en la nuca con tal fuerza que casi la tira de la cama. Cleo estaba encolerizada. Muy a su pesar, la escena la había erotizado sobremanera. El primer arrebato que tuvo fue saltarle encima a Marcial y rematar ella misma la faena, pero estaba tan cabreada, víctima de un brutal ataque de celos, que la tomó con Martina—. No podemos desperdiciar tu talento con esa lengua asquerosa que tienes, capaz de resucitar a un muerto —exclamó mirando con rabiosa lascivia el miembro erecto y palpitante de su prometido. Entonces la agarró del pelo y la atrajo hacia ella, abriéndose de piernas y llevándole la cabeza hacia su sexo húmedo.

—No sé yo si después del nabo es digestiva la ostra —acertó a protestar Martina antes de aplicarse sin más demora a hacer gozar a su dueña. Era evidente que no era la primera vez que Cleo la utilizaba en esos menesteres y que tenía una técnica bastante depurada, pues Cleo no tardó mucho en empezar a gemir como una posesa. Martina no tenía la misma cara de satisfacción que cuando se entretenía con Marcial, pero tampoco le hacía ascos al amor lésbico.

Marcial sintió una profunda repugnancia por la frivolidad lacerante de Cleo. Su sensibilidad estaba a flor de piel. Le entraron ganas de gritarle que quizá aquella fuera la última vez que lo viera con vida, que esa misma noche lo enviaban tras un prisionero que era distinto a cuantos hombres había conocido en su vida, un ser extraordinario que irradiaba un aura divina; que ese prisionero era capaz de soportar la tortura más cruenta sin decir esta boca es mía, y que lo sabía porque él había sido testigo de esa tortura. Así pasaba las noches, no entre amantes ni jugando a los dados, sino sorbiendo la impía crueldad de su tiempo; quería decirle que el lugar elegido para sus veladas era el escondrijo donde Constantino escondía a su tía Minervina, la madre de su primo Crispo, y que le servía lo mismo para afrentar a su legítima, la pobre Fausta, que para hacérselas pasar canutas a sus enemigos; quería gritarle que estaba harto de tanta podredumbre moral y que después de todo quizá lo mejor fuera no regresar para no seguir cociéndose a fuego lento en aquella madriguera nauseabunda que todo lo mancillaba: el amor, la amistad y la dignidad; quería gritarle que le repugnaba la vida en que ella se consumía devorada por su frustración y que la hacía comportarse como una fiera acuciada por la propia impotencia de no ser quien le gustaría ser. Quería gritarle muchas cosas, sí, pero nunca se atrevería a hacerlo porque él también era un cobarde. En el fondo todos eran unos cobardes. Ya no le importaban sus gritos de placer ni sus desmayos ni el sonido impúdico de la lengua de Martina restregándole ríos de saliva a cada lametón. "*A lo mejor mañana a estas horas estaré muerto*", pensó con una brutal indiferencia. Nunca había pensado mucho en la muerte y ahora que pensaba en ella descubría que no se le daba un ardite. Eso le produjo alivio y desazón a un tiempo. ¿Tan poco amaba su vida? En el fondo sabía, sentía, que vivía una gran mentira. ¿Era eso, era esa angustia suicida? Las sempiternas justificaciones de siempre para seguir respirando. La venda en los ojos del burro. Pensó en su relación con Cleo. Era cierto que las circunstancias actuales lo tenían enajenado, pero en realidad hacía tiempo que había dejado de amarla. La había querido bien, y la había deseado mucho, y seguía queriéndola a su manera y deseándola, pero una relación como la suya, basada sólo en el deseo, le abría un gran boquete en el estómago. Si el amor era sublimación, como cantaban los poetas, entonces él seguía viviendo en la oscuridad de los tiempos, donde la alegría y el dolor se confundían en una grisura intrascendente. Si hubiera sido otra la habría despachado hacía tiempo, pero Cleo era la sobrina del augusto y estaba atado a ella de pies y manos. Al principio, cuando la deseaba con fervor, le disgustaban sus amantes y sus excentricidades amatorias. Después, fuese la madurez o la necesidad de un afecto verdadero, la aceptó, aprobó su lubricidad y

alcanzó la anhelada indiferencia. Y sin embargo ahora, cuando más lejos de ella se sentía, más despreciaba su actitud. ¡¿Qué lógica tenía eso?!

Al ver que se marchaba cariacontecido, Cleo, contra su costumbre y violentando uno de sus principios más inexpugnables, detuvo bruscamente a Martina antes de alcanzar el orgasmo y la echó de la habitación, suplicándole a Marcial que se quedase con ella.

—Anda, ven aquí que te quite esa cara de vinagre —le dijo conciliadora, acaramelándose junto a él después de haberlo convencido para que se tumbase de nuevo en la cama—. ¿Me puedes decir qué te ocurre? Cada día estás más raro.

—Por si no te has enterado estamos en vísperas de una guerra —el tono de Marcial sonó frío y distante. Quería mantener la distancia ante sus zalamerías. Lo último que le apetecía era arriesgarse a tener otro gatillazo—. ¿No te parece razón suficiente para que esté preocupado?

—¡A otro ratón con ese queso! —exclamó Cleo, dolida por el tono, aunque con ánimo apaciguador—. ¿Qué soldado no ansía una guerra en la que puede lograr los más altos honores?

—Un soldado que prefiere vivir tranquilo sin honores a morir por ellos.

—¡Qué blasfemia a tu profesión!

—Sin duda los dioses equivocaron tu destino.

—No lo sabes bien. Sería una digna sucesora de mi tío.

—Te recuerdo que aunque fueras hombre tu primo seguiría estando por delante de ti en la línea sucesoria.

—No me hables de mi primo, que saco las uñas. Tiene aptitudes de sobra para ser un digno sucesor de su padre, pero por Júpiter que se lo van a poner difícil.

—¿Por qué lo dices?

—Lo sabes muy bien. Su madrastra lo odia. Y luego está ese maldito cristiano, Lactancio, todo el día sorbiéndole los sesos con sus tonterías.

—Te lo he dicho mil veces, Lactancio no puede hacerle daño a tu primo en sus pretensiones. Cuando crezca verá las cosas por sí mismo.

—Tú no lo entiendes. El problema no es Lactancio. Él no manda. ¿Crees que los cristianos van a desperdiciar la oportunidad que se les está brindando de adoctrinar a un futuro emperador?

Marcial pensó en Osio y su rostro imperturbable mientras asistía a la tortura del prisionero y se le erizó el vello. “*Lleva razón, Lactancio*

sólo es un soldado como yo. ¿Qué rango tendrá Osio en esa organización a la que llaman Iglesia? ¿A qué equivaldrá ser obispo?".

—Crecerá y los pájaros que le metan en la cabeza volarán en cuanto tenga uso de razón —dijo por decir, porque no podía dejar de pensar en el obispo y en la trampa que le había tendido, comprometiéndolo en un asunto del que lo desconocía todo, salvo que su pellejo estaba en juego. Ni siquiera sabía si el obispo era consciente de la trampa que había diseñado el comandante.

—Qué poca psicología tienes —le reprochó Cleo, que no toleraba que lo concerniente a su primo se tomara a la ligera—. ¿Acaso tú no crees en los dioses con que te lavaron a ti el cerebro? ¿Nunca te ha dado por observar el curioso hecho de que la mitad de lo que uno cree el resto de sus días es lo que le han inculcado de niño? No es tan fácil desprenderse luego de los prejuicios y las supersticiones.

Marcial escuchó su voz como venida de lejos, rasgando una niebla densa y opaca. Todas sus intuiciones se iban concentrando en una masa oscura y voraz en forma de cruz. Palpó intuitivamente la que llevaba en la túnica y al rozarla sintió un escalofrío.

—En el peor de los casos, al menos será un emperador pacífico —dijo para no agraviarla y que no se diera cuenta de que en ese momento le importaba un pimiento el futuro de su primo.

—¡Qué ingenuo eres! —exclamó Cleo indignada por su cortedad de miras.

—¿Por qué? ¿No es lo que defienden los cristianos, la hermandad de todos los hombres?

—En todo caso la hermandad de todos los cristianos —respondió Cleo con disgusto.

Se hizo un silencio entre ambos. Y de repente el milagro. Una misma corriente de energía negativa, llevándolos por separados e inextricables vericuetos, los enredó en una intuición compartida.

—¿Preferirías que lo tutelara Osio? —preguntó Marcial como por caso.

Cleo vio el interés en sus ojos y tomó buena nota de ello.

—Pues sí, preferiría que a mi primo lo tutelara Osio en lugar del otro pazguato. Al menos tendría un primo guerrero.

Marcial la miró atentamente, intentando descifrar el mensaje que acababa de revelarle.

—Debes ser prudente con lo que dices —la advirtió—. El palacio está lleno de cristianos.

—Lo sé. Y si no hacemos nada será una plaga que nos devorará —

apostilló Cleo con una mirada ígnea, invitándolo a mostrar sus cartas.

Marcial vaciló. Le costaba reprimir por más tiempo ese tumor que comenzaba a castigarle el hígado. Por suerte, la cruz de plata que le había dejado el obispo en la mesita pesaba lo suficiente como para recordarle en todo momento a qué atenerse.

—¿Crees que queda alguno en quien se pueda confiar? –le preguntó Marcial fingiendo desinterés en el asunto.

—Sólo conozco a uno —le respondió Cleo sin vacilar—. Pero que vale por cientos, te lo aseguro, porque los conoce probablemente mejor de lo que ellos mismos se conocen.

—¿Y quién es tan intrigante personaje? ¿Lo conozco?

—Lo dudo —respondió Cleo con una sonrisa mordaz.

—¿Quién es?

—Alguien que conoce bien a quienes han fundado esa religión.

—¡Déjate de acertijos!

—El bibliotecario, tonto.

Marcial gruñó por la insinuación de que era hombre poco leído. A nadie le agrada que le afeen sus carencias.

—¿Y por qué sabes que es de fiar? —preguntó con retintín, aunque evidenciando que le interesaba saberlo más de lo que quería aparentar.

—Es un personaje singular —le respondió Cleo mascando su victoria—. No es un intrigante como el resto. Ni un adulador. Es un hombre honesto. Era el bibliotecario de Nicomedia y uno de los consejeros más importantes de Diocleciano. Uno de los que apoyó más fervientemente la persecución de los cristianos —dijo sonriendo—. Diocleciano lo nombró tutor de mi tío, y una de las primeras cosas que hizo mi tío cuando las tropas lo proclamaron augusto en York fue hacerlo venir de Nicomedia para volver a tenerlo a su lado.

—En todo el tiempo que llevo en palacio nunca he escuchado hablar de él. Ni como consejero ni como amigo íntimo de tu tío.

—Aquí está el quid de la cuestión, la razón por la que este hombre es al que buscas si quieres obtener respuestas.

—Explícate ya y ve al grano. Te lo tomas todo como un juego.

—Calla, tonto, y escucha. Cuando el bibliotecario llegó a York se encontró con que Osio era uno de los consejeros de mi tío y lógicamente lo previno contra él para apartarlo de su funesta influencia.

—Pero tu tío ya estaba demasiado influenciado…

Cleo soltó una carcajada.

—¡Nadie sabe lo que influencia o deja de influenciar a mi tío! Para él todos somos peones.

—Y el peón Osio se hizo caballo…

—Astuto mi soldado. Efectivamente, por alguna razón que sólo mi tío tiene en su linda cabecita, permitió que Osio se volviera… más que caballo diría torre —Cleo se rio de su propia ocurrencia. La comparación, habida cuenta de que el obispo era grandote y de apariencia robusta, era más acertada. A Marcial no le hizo tanta gracia. Había acertado más de lo que podía imaginar, porque él había conocido durante los interrogatorios el carácter granítico del obispo.

—Y tu tío degradó a su tutor –dedujo Marcial.

—Efectivamente. Para darle gusto a Osio. Al bibliotecario le gustaba refrendar su opinión apoyándose en reputados intelectuales con el fin de desmontar con más autoridad las sandeces del obispo, y siempre le andaba detrás de la oreja a mi tío con que si cuidado con éstos, que mira lo que dejó escrito éste o dijo aquél, que mucho ojito con ellos, fíjate en lo que ellos mismos escribieron y cómo se contradicen en sus propios textos según les interesa, mira que a la que te descuides se te van a subir a las barbas y que si patatín y que si patatán. En resumen, que como castigo mi tío lo degradó a simple bibliotecario. "*Así vivirás con tus únicos y verdaderos amigos y dejarás de buscarte y de buscarme enemigos*", le dijo mi tío, desterrándolo a la biblioteca para siempre. Aunque en realidad creo que le hizo un favor, porque es feliz entre libros. Es un tipo raro, te lo aseguro. El único amigo que le he conocido es aquel griego que estuvo una semana en palacio hace meses. No sé si te acordarás de haberlo visto. Posiblemente no, porque se pasaba el día en la biblioteca. Luego me enteré de que el comandante lo contrató para instruir a su hija. ¿Crees que será una coincidencia?

"¿Porque el comandante también se la tiene jurada a Osio?", caviló Marcial, aturdido, asimilando la información, aunque sin comprender la conexión entre los hechos.

—¿Qué clase de hija está criando el comandante en una aldea con una educación varonil? —preguntó Cleo con malicia femenina—. No sé qué clase de hombre querrá desposar a una mujer así. ¡Debe de ser una especie de monstruo! En fin, a lo que iba, te aseguro que el bibliotecario los conoce muy bien y no les tiene ningún aprecio.

Marcial tuvo una intuición, pero se la guardó para él. Con Cleo había aprendido el arte del disimulo. "*¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?*", se reprochó, lamentándose por el tiempo perdido. El prisionero tenía un pergamino con un extraño símbolo tatuado en la

planta del pie, ¿quién mejor que un bibliotecario podría saber qué significaba aquello?

—Por visitarlo no pierdes nada —dijo Cleo, leyéndole el pensamiento—. Conócelo y saca tus conclusiones.

En sus ojazos negros chisporroteaba la astucia. Marcial fingió una mueca de indiferencia, pero Cleo sabía que había mordido el anzuelo. Su anzuelo. Ahora sabría a qué venía tanto interés por los cristianos, qué tenían que ver con sus rarezas y sus desapariciones nocturnas, porque el bibliotecario era uno de sus amantes. Sí, ella tenía sus extravagancias amatorias. Así ganaba confidentes insospechados. Y el bibliotecario era uno de ellos. Uno de sus fieles. O eso creía ella.

Cleo comenzó a reírse mientras lo tumbaba a besos sin que él opusiera resistencia.

Mientras copulaban, Marcial se debatía en mil y una conjeturas: ¿sería el prisionero un bibliotecario y de ahí su palidez? ¿Existiría una hermandad secreta de bibliotecarios y el pergamino tatuado en el pie del prisionero era su símbolo secreto? Tenía sentido, un manuscrito como símbolo de una hermandad secreta de bibliotecarios… ¿Estarían coaligados para destruir el cristianismo y de ahí el interés del obispo en el prisionero? ¿O, al contrario, estarían coaligados para destruir el Imperio? ¿Conocerían libros que enseñaban técnicas para dominar el cuerpo con tal perfección que les permitiera soportar las más cruentas torturas sin rechistar? "*¡Por todos los dioses que en cuanto esta loba acabe conmigo iré a verlo!*", resolvió, embistiéndola con todas sus fuerzas para acabar cuanto antes. Entonces un sudor frío se mezcló con el sudor tórrido que le llegaba junto al semen. "*No, no puede ser, esta misma noche comienza mi misión y no tengo tiempo para hacerle una visita. Tengo que descansar un poco antes de que caiga la noche. Tendré que posponerlo para mi regreso. ¿Cómo no se me ocurrió a mí antes la idea? Habría estado bien comenzar la misión teniendo alguna pista sobre lo que me puedo encontrar. ¡Maldita sea, Cleo, termina de una vez, que tengo que descansar!*".

Bautismo

Roma

—¿Crees en Dios Padre Todopoderoso?

—Sí, creo.

—¿Crees en Cristo Jesús, el Hijo de Dios, que nació del Espíritu Santo y de María la virgen, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, y murió, y se levantó de nuevo al tercer día, vivo de entre los muertos, y ascendió al Cielo, y se sentó a la diestra del Padre, y vendrá a juzgar a los vivos y los muertos?

—Sí, creo.

—¿Crees en el Espíritu Santo, la santa Iglesia y la Resurrección de la carne?

—Sí, creo.

—Pues por el poder que me ha sido conferido, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Recibe en paz esta agua sagrada que limpia tus pecados y sé bienvenido al rebaño de los justos.

El rito del bautismo, con sus consabidas preguntas y respuestas, se repitió cinco veces seguidas aquel domingo.

La nave principal de la iglesia estaba en semipenumbra. Una muchedumbre devota se agolpaba expectante, codo con codo, fe con fe, bajo la neblina mística de las altas ventanas laterales. La zona del altar, donde se desarrollaba el espectáculo, acaparaba todas las miradas. Allí la luz, arrojada por las ventanas del fondo de la iglesia, más bajas y grandes que las de los laterales, era más intensa.

Marcela, de pie al fondo de la iglesia, no pasaba desapercibida entre los feligreses. Muchos de ellos la habían visto crecer al amparo de Silvestre y después abandonarlos al renegar de la fe recibida. Ésta era la versión divulgada por el propio Silvestre para justificar su marcha sin menoscabo de su reputación. Por esta razón algunos la miraban con malos ojos, considerándola una pecadora, aunque ello no

impedía que los hombres la mirasen a hurtadillas con ojos pecaminosos. Su melena de fuego, su elegancia natural, sus rasgos agraciados y sus insondables ojos miel la aureolaban con una belleza a la que era difícil sustraerse. Aunque Marcela rehusaba acicalarse y se subía la humilde túnica gris hasta la barbilla, le era imposible pasar desapercibida. Incluso las mujeres reparaban en ella con ojos envidiosos.

Marcela, acostumbrada a estas debilidades, fruto del deseo o de la envidia, o de ambas cosas a la vez, ignoraba a los parroquianos, totalmente absorta en lo que sucedía al pie del altar. Su hermano, vestido con una túnica blanca impoluta, muy aseado y tieso, cumplía a rajatabla el protocolo de lustración de las nuevas ovejas, necesario para entrar en el rebaño de Silvestre. Los catecúmenos, entregados en cuerpo y alma al ritual, bajaban la cerviz humildemente y recibían sus palabras como Verbo de Dios.

Aquel día eran cuatro mujeres y un hombre, todos ellos de edad madura y aspecto humilde, exultantes de júbilo y un tanto desmayados, pues desde el jueves por la noche estaban en ayunas cumpliendo la tradición. Tras tres años de catecumenado aprendiendo la doctrina y demostrando que llevaban una vida cristiana, sin flaquezas ni vicios reprensibles a los ojos del Señor, al fin les había llegado la hora de integrarse plenamente en la comunidad cristiana. Y allí estaban, emocionados, recibiendo el bautismo junto a sus orgullosos padrinos, sus guías, tutores y amigos.

Paulo, con mucha solemnidad, hundió un cáliz de plata en la espléndida pila bautismal de porfirio y después lo elevó rebosante sobre la cabeza de la primera de los elegidos, derramando sobre ella su bendición con tres chorros de agua sagrada "*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"*. La misma operación se repitió con el resto de los agraciados. A renglón seguido, los felices lustrados, de uno en uno, fueron entrando en la pequeña habitación contigua al altar para abandonar sus ropas andrajosas y ponerse unas túnicas nuevas, blancas e inmaculadas, como símbolo de su nueva vida en Cristo. Conforme iban saliendo vestidos de esta guisa eran recibidos por la congregación con un clamor jubiloso y ostensibles muestras de alegría.

Una vez cumplido el trámite, Paulo les dio de beber agua fresca de una pequeña jarra de cerámica para simbolizar que no sólo se purificaban por fuera sino también por dentro. Luego les dio a beber en otra jarra de parecida hechura leche y miel. Simbolizaba que habían entrado en la tierra prometida. Y para finalizar el proceso y dar por concluido el bautismo, Paulo los ungió entre aplausos y vítores.

Marcela se acordó de cuando Silvestre le explicó la ceremonia

haciendo una analogía del cambio de ropa con una transformación natural y verídica, explicándole que entraban capullos y salían mariposas. Aquello se le quedó grabado en su impresionable sensibilidad infantil. Le pareció poético y hermoso. Ahora, en cambio, lo veía con ojos adultos y le parecía más prosaico. Simplemente cambiaban una túnica vieja por una nueva que apenas salieran de la iglesia y volvieran a sus quehaceres se mancillaría en el lodazal del mundo. Apenas se les pasara la emoción del momento, sus inclinaciones naturales volverían a adueñarse de ellos y aquel día no imprimiría en sus almas más que un bonito recuerdo. Marcela sabía que las transmutaciones verdaderas no se obraban por milagro.

En la misa que se celebró a continuación no hubo nada reseñable, salvo la ansiedad con que la vivieron los bautizados, deseosos de comulgar. A partir de ahora ya no tendrían que marcharse al finalizar la misa y podrían comulgar con el resto.

Marcela observó impasible la escrupulosidad con que cumplían la liturgia. La frialdad, también. No había lugar para la improvisación. Hasta las emociones eran protocolarias. Tal como en su día la prescribió Justino el Mártir, en la misa tuvieron lugar lecturas de los apóstoles y el Antiguo Testamento por obra de los lectores, hombres con buena dicción y potente voz. Paulo, como sacerdote al cargo, dio un breve sermón sobre la fraternidad y se cantaron varios himnos de alabanza. El coro antifonal sí que le causó admiración y envidia sana. Marcela lo había intentado en su iglesia, pero eran muy pocos y no habían sido bendecidos con ninguna voz celestial. La única vez que probaron el resultado fue tan infame que decidieron por unanimidad no repetirlo. Todos estuvieron de acuerdo en que aquello, más que alabarlo, ofendería los oídos de Dios.

Cuando llegó la hora de darse el ósculo de la paz, Marcela negó con la cabeza en señal de desaprobación. Aquello era una farsa, puro teatro. La ortodoxia había prohibido que se mezclaran los sexos desde que un teólogo advirtiera que algunos aprovechaban el momento para desatar pasiones indecorosas. Incluso se recomendaba tener la boca cerrada y no repetirlo si gustaba. Para Marcela aquella discriminación por sexos era la puntilla a la igualdad pregonada por los primeros apóstoles, una nueva y vergonzante retorcedura de las escrituras para imponer un doctrinario patriarcal con que reforzaban su tesis del baldón pecaminoso que recaía sobre las mujeres. El beso de la paz había nacido para simbolizar el hermanamiento de todas las criaturas, sin distinción de razas, edad ni sexo, pero los patriarcas de la ortodoxia lo utilizaban justo para lo contrario, para discriminarlos por sexos como criaturas con derechos y deberes diferentes. Bastaba con ver que a las mujeres las relegaban a las últimas filas y eran las

últimas que podían levantarse para disipar todas las dudas sobre el sesgo machista que habían adoptado. Era ofensivo y lacerante. Ellos, los pudorosos, habían adulterado sin ningún pudor el mensaje original, desacreditando la intención última de a quien decían alabar.

Tras el hipócrita beso de la paz se repartió el pan bendito, cuerpo de Cristo, que tanto ansiaban los nuevos bautizados. Aunque los más pobres siguieron hambrientos, porque el pan que se repartía también había sucumbido a la tiranía del simbolismo y no daba trabajo ni a las muelas ni al estómago.

El presbítero, al reconocer a Marcela entre aquella multitud festiva que poco a poco iba saliendo de la iglesia, se dirigió hacia ella arrastrando su cojera y su intransigencia. El bautismo no parecía alegrarle el corazón, duro como el pedernal de las canteras que picó en su juventud y tan poco maleable como el hierro de los grilletes que le impidieron escapar de la tortura. Sin embargo, al llegar a Marcela sonrió, dejando al descubierto los pocos dientes que le quedaban, torcidos, astillados y medio podridos. Una sonrisa franca y espantosa.

El presbítero, a pesar de no compartir la *rebelión* de Marcela, le profesaba un sincero afecto. A fin de cuentas no podía reprochárselo: había sido consecuente con sus enseñanzas. "*Hasta las mejores semillas mueren en el desierto*", le repetía con frecuencia de niña, cuando todavía se esforzaba en inculcarle los verdaderos principios del cristianismo según él los entendía, muy a pesar de Silvestre. En opinión del presbítero, todo lo que quedaba fuera de la ortodoxia era terreno baldío, así que era mejor luchar desde dentro. En cualquier caso, a pesar de discrepar en el camino elegido por Marcela y en algún que otro tema puntilloso, pues no le agradaba el que siendo mujer diera misa e impartiera los sacramentos, no por ello dejaba de reconocer su valentía y admirarla. Además, todo el que le buscaba las cosquillas a los engreídos obispos le despertaba simpatías.

—¿Hoy no tocaba bautizar a ningún niño? —le preguntó Marcela con retranca.

El presbítero le recriminó el reproche con un gruñido. Era una de las cosas que más enconadas disputas había despertado desde siempre entre ambos, ya que a Marcela le parecía un disparate que a los niños se los bautizara por el capricho de sus padres. Pensaba que una decisión tan importante tenía que ser consentida y consciente. Así había sido en la iglesia primigenia, la que fundaron los apóstoles, y con la que ella comulgaba. No debía buscarse acrecentar el número sino robustecer la fe de los creyentes. Pero la ortodoxia hacía tiempo que había tomado otro rumbo. Era obvio que los propósitos eran distintos. Los argumentos que esgrimía Silvestre para justificarlo se los planchaba ella con una frase demoledora: "*A mí déjame de teologías,*

prefiero seguir respetando los principios que nos legó Cristo".

—¿Qué haces aquí, cómo es que no estás en tu iglesia un domingo? —le preguntó el presbítero esbozando algo parecido a una sonrisa. Tenía tanta falta de práctica que las comisuras de los labios se le fruncían de forma grotesca.

—En mi iglesia no hay bautismos todos los domingos. Y además no me necesitan para celebrar misa —añadió Marcela con doble intención.

Este comentario incisivo, que aludía a su repulsa de la jerarquización, no cayó en saco roto.

—Todos los barcos necesitan un patrón —gruñó el presbítero, aunque sin acritud. No sabía hablar de otra manera.

—Y ¿dónde está el patrón de éste? —le preguntó Marcela al viejo gruñón, sin ganas de entrar en polémicas tan trilladas que no conducían a ninguna parte.

—Se ha ido a descansar unos días. Por lo menos nos ha librado del bellaco de su bastardo —dijo el presbítero, suspirando con una falsa medio sonrisa—. ¿Cómo has visto a tu hermano? —le preguntó cambiando de tercio sin disimulo—. Es su primer bautismo. El pobre no ha dormido en toda la noche por los nervios.

Marcela sabía que lo decía con la boca pequeña, porque se lo llevaban los demonios que Silvestre no le confiara la iglesia a él. Posiblemente le hubiera alegrado un tropiezo de su hermano.

—Demasiado solemne para mi gusto —le respondió, también sonriendo. Aunque su sonrisa, a diferencia de la del presbítero, era luminosa. A pesar de ser un cascarrabias, Marcela lo apreciaba. Su vida había sido difícil, rodeada de dificultades, de burlas, de torturas, de sinsabores, de hambre, de frustraciones. En cierto modo, podía entender su carácter. Y aunque no comulgaba con sus ideas le reconocía su honestidad: jamás se callaba lo que opinaba ni le regalaba los oídos a nadie, aunque le costase enfrentarse a la comunidad entera.

—En algunos momentos me parecía estar asistiendo a un entierro más que a un bautismo —se sinceró Marcela bajando la voz, en tono de confidencia, dispuesta a chincharle un poco. Eran bromas sin maldad que se gastaban entre ellos, aunque tan serias que a veces terminaban en acaloradas disputas.

—Será mejor que no se lo digas a tu hermano –le aconsejó el presbítero.

—Sabes que no lo haré —le respondió Marcela sonriendo. Le agradecía estas muestras de sensibilidad que sólo mostraba con ella.

—Si esto te parece solemne deberías venir un día que oficie Silvestre —el tono del presbítero volvió a su sequedad y acritud habituales—. Entonces verías lo que es ser ceremonioso. Prolonga tanto los sermones que no queda tiempo para que intervenga nadie más. Si sigue así acabará siendo un simple lucimiento personal.

—O una obra de teatro —puso el dedo en la llaga Marcela—. Los obispos parecen empeñados en que cada vez sea todo más críptico y misterioso y que la liturgia sea más importante que la esencia misma del acto. Fíjate en la sinrazón de insistir en celebrar la misa en griego cuando saben que en Italia la mayoría de los feligreses no lo entienden. Si los romanos hablaran el lenguaje de los bárbaros seguro que oficiarían en latín. El caso es que nadie los entienda.

—Tu hermano al menos viste a la antigua usanza, con una simple túnica blanca —refunfuñó el presbítero sin entrar al trapo, volviendo al tema de la escenificación. Él estaba de acuerdo en que la interpretación de los textos sagrados fuera prerrogativa de los eclesiásticos y no se abriera a la imaginación de los profanos, en cuya razón no confiaba—. Silvestre ha inventado una estola que… ahora que lo dices, parece que vaya a interpretar un drama, sí.

Marcela sonrió. Conocía muy bien al presbítero. Protestaba porque nunca había tragado a Silvestre. Si por él fuera, aquello sería peor que un entierro.

—Eso sí, sigo envidiándoos la música —dijo arrancándole una sonrisa torcida al gruñón—. ¡Debería robaros el coro!

—No te lo impediría, te lo aseguro —refunfuñó de nuevo el viejo cascarrabias, sabiendo que lo decía con segundas. A pesar de la larga tradición de la música en la misa, él era de la opinión de Clemente de Alejandría y pensaba que la música, al igual que la pintura y la escultura, deberían prohibirse. Su función devocional no dejaba de ser un instrumento sensual para la vista y el oído.

En cuanto despidió al último feligrés, Paulo acudió a saludar calurosamente a su hermana. Estaba feliz. Los nervios no lo habían traicionado y había conseguido disfrutar el sacramento. Se sentía satisfecho de sí mismo.

—¿No celebráis un ágape para festejar el momento más importante en la vida de un cristiano? —le preguntó Marcela a bocajarro para bajarlo a la tierra.

—Cuidado con ella, que viene guerrera —le advirtió el presbítero.

—No empieces —le recriminó Paulo, sonriente—. Ya sabes que la eucaristía ha sustituido al ágape.

—Sí, para que no se ofendan los ricos, que lo de compartir mesa

con los pobres siempre les resultó desagradable.

El presbítero lanzó un bufido y se pasó instintivamente la mano por las cicatrices de la cara. Paulo negó con la cabeza varias veces. No quería disputar con su hermana sobre cuestiones litúrgicas o teológicas. Y menos delante del presbítero.

—¿He estado bien?

—Claro que sí, hermano, has estado muy bien. Estoy orgullosa de ti. Lo que no entiendo es por qué no vais al río y hacéis un bautismo por inmersión. ¿Os habéis olvidado de que hasta nuestro Señor fue bautizado así por el Bautista?

—Se aprobó en un concilio que si no hay agua en abundancia en el lugar en que se celebra el bautismo basta con derramar sobre la cabeza el agua consagrada.

—¿Te refieres a uno de esos concilios en que los obispos se encierran a escondidas y deciden lo que más les conviene a ellos?

El presbítero asintió con un nuevo gruñido, cabeceando como un toro a punto de embestir.

—Hermano, estamos en Roma, la ciudad de las fuentes. Y el Tíber anda desbordado. ¡Será por falta de agua! No sé si los obispos lo han decretado así por comodidad o por el miedo que todavía tienen algunos de profesar públicamente su fe.

El presbítero volvió a gruñir. Odiaba la flojedad y la cobardía. Sobre todo la cobardía.

—Silvestre piensa construir una piscina para inmersiones —lo defendió Paulo, quien sabía que el dardo iba dirigido hacia el diácono —. Dice que la hará entera de alabastro.

—¿El material importa? —preguntó Marcela con sarcasmo.

Paulo se sintió avergonzado por el arrebato candoroso que había tenido. A él le gustaba la glorificación por la belleza, pero su hermana, como un azote, le recordaba siempre que las muestras externas eran pura vanidad.

—A todo esto, ¿de dónde piensa sacar el dinero Silvestre? ¿Es que piensa hacerse rico en breve? Últimamente tiene muchas ideas ostentosas para enriquecer su iglesia.

El presbítero la miró con desconfianza. Al final siempre conseguía mosquearlo con sus insinuaciones.

—En cualquier caso, ¿qué más da? Para vosotros el bautismo ya no tiene tanta importancia. Clemente de Alejandría es el santo de vuestra causa.

El presbítero frunció el ceño y empezó a cabecear echando

espumarajos por la boca mientras farfullaba entre dientes. La puntada de Marcela fue certera y sangrante. El presbítero sabía por dónde iba el tiro y no le gustaba que lo picara con lo que más le dolía. Si para él había un tema peliagudo sobre todos los temas era éste. Transigía, con disgusto y muy a su pesar, con el sesgo jerárquico y autoritario que relegaba a los presbíteros a meros comparsas, pero con la remisión de los pecados tras el bautismo… ¡Ahí era más inflexible que Donato!

La puntada llevaba dos hilos y Paulo lo sabía. Su hermana era así, cuando repartía estopa contra la ortodoxia, Silvestre siempre recibía ración doble. Desde que le contó que Silvestre había tomado partido por el augusto Constantino sus suspicacias se estaban volviendo odiosas.

—¿Qué tiene que ver Clemente de Alejandría con el bautismo? —preguntó timorato, intentando desviar la diana para que la granizada de acusaciones no le estropeara la fiesta. Él conocía de oídas a los padres de la Iglesia, pero nunca había querido profundizar en teología. Su instinto le advertía de que cuanto más amanerado fuera su pensamiento menos robusta sería su fe.

—Clemente de Alejandría fue el adalid en la defensa del poder eclesial para la remisión de los pecados —le explicó Marcela, incisiva —. Éste fue el primer paso para endiosar a los obispos. Les confería el poder de absolver los pecados, ¿entiendes la trascendencia de esto? Nada menos que les entregaba las llaves del Cielo y los convertía en jueces del destino de las almas. Sólo un prurito de humildad de última hora los declinó de atribuirse también el poder de decidir cuándo llegará el día del Juicio final y concederle esta prerrogativa a Dios —remató con mordacidad.

Paulo la escuchaba con ojos asombrados. Sin poder evitarlo, su razón comenzaba a vislumbrar una lógica perversa en todo ese entramado teológico. Y Marcela, que lo conocía muy bien, comprendió que al fin el dique de la inocencia de su hermano se resquebrajaba por el empuje de la verdad, esa ráfaga fría y sanadora. Desde la noche en que ella conoció al hombre misterioso en el batán y le fueron revelados los secretos de su religión, consideró un deber ineludible guiar a su hermano hacia la fe verdadera. Era imperdonable que un corazón tan puro como el suyo se extraviara con falsas enseñanzas. Ahora, por fin, después de muchos años dosificándole la verdad para no lastimar su delicado espíritu y barrer con el disgusto del engaño toda fe futura, su hermano estaba preparado para el golpe de gracia, para la ráfaga transformadora.

—Como te puedes imaginar, esto cambió las reglas del juego —continuó Marcela, conteniendo la emoción que la embargaba para no asustar a su hermano.

—¿Qué cambió? —preguntó Paulo con miedo, intuyendo el precipicio.

—Lo cambió todo, Paulo. Esto abrió de par en par las puertas de la Iglesia a la corrupción.

—No lo entiendo…

—Pues es muy sencillo. Antes, tras el bautismo, los pecados ya no se borraban. Esta creencia obligaba a los cristianos a comportarse de forma ejemplar el resto de sus días. Por eso muchos juntaban el bautizo con la extremaunción, para expirar sin pecado. Pero al instituir la penitencia como instrumento para borrar los pecados, lo que hicieron los obispos fue institucionalizar el pecado mismo. Lo instrumentalizaron, ¿entiendes? Porque ¿quiénes deciden el grado y dureza de la penitencia? Los obispos. ¿Y qué significa esto en la práctica? Que si uno está bien relacionado con el episcopado se puede pecar hasta la saciedad sin miedo de ir al infierno o de la imposición de una terrible penitencia proporcional al pecado. En la práctica se traduce a que el oro terrestre paga el viaje al Cielo y evita las brasas. Esta nueva política no tuvo otro propósito que ahuyentar el miedo de los ricos a bautizarse temprano, pues hasta entonces pocos estaban dispuestos a renunciar a sus vicios antes de la vejez, así que se bautizaban tarde y mal para no jugarse la paz eterna y sucedía a menudo que, con el esfuerzo que requería celebrar a una el bautizo y la extremaunción, se les iban a un tiempo la fuerza y el aliento y morían sin darles tiempo a mentar a los obispos en el testamento. En cambio, con la ocurrencia de la remisión de los pecados los obispos podían sangrarlos en vida permitiéndoles ser a un tiempo perfectos cristianos y pecadores nefandos. Por cosas como éstas hasta el mismísimo Tertuliano, uno de los padres de la ortodoxia, la abandonó y se volvió herético.

El presbítero farfullaba sin comedimiento, librando su propia batalla de conciencia. Marcela, viéndolo, sintió una inmensa piedad por él. Nunca podría entender por qué, siendo tan firme en sus principios, no renegaba de la ortodoxia y se acogía a alguna herejía, donde, con tantas como todavía quedaban, no le sería difícil encontrar la que se adaptase mejor a sus ideas.

—Y respecto a lo que atañe a mi responsabilidad… —dijo Paulo agobiado, sintiendo cómo empezaban a cargársele las espaldas por el peso de una complicidad culpable—. Respecto al bautismo que he celebrado espero que no tengas nada que objetar. Ha sido un acto honesto.

—No abras el melón que hoy viene peleona —le aconsejó, aunque tarde, el presbítero—. Te estás metiendo en la boca del lobo.

—No dudo de tu honestidad —le respondió Marcela, sonriendo al comprobar lo bien que la conocía el avispado cascarrabias.

—Pero tienes algo que objetar… —masculló Paulo presintiendo la tormenta.

—La ejecución de la ceremonia ha sido impecable, si es eso lo que quieres saber. El problema son las palabras que pronuncias, Paulo. Esas palabras no son honestas, no son inocentes, no sirven al propósito para el que se concibió el bautismo. De hecho es todo lo contrario, pervierten el espíritu del mismo.

—¿Qué tienen de malo las palabras que he pronunciado? —preguntó Paulo, muy sorprendido por la funesta revelación.

—Todo.

—¿Todo?

—No son palabras dictadas por el corazón ni inspiradas por la fe sino que son obra del intelecto –le explicó Marcela, comenzando su argumentación—. Acuérdate: "*Vanidad, pura vanidad*". Todas las palabras que utilizas para administrar el sacramento, desde la primera hasta la última, han sido premeditadas por sesudos teólogos con fines doctrinales. No hay pureza espiritual en ellas.

Paulo la miró desconcertado. Nunca se había detenido a analizar el contenido de las mismas, se dejaba llevar por la trascendencia del momento, embargado por las emociones que despertaba en los catecúmenos. Le parecía un momento mágico, armonioso. No comprendía cómo algo que a él le parecía tan bello podía ser para su hermana tan reprobable.

—Te dije que no abrieras el melón —le reprochó el presbítero al pobre Paulo, apoyándose firmemente sobre el cayado para escuchar la explicación de Marcela, seguro de que arreciaría como una ventisca.

—Explícamelo —exigió Paulo con valentía—. Sigo sin ver nada malo en lo que dije. Es el símbolo de fe que nos legaron los apóstoles —se excusó con humildad.

—¡Oh, mi inocente y crédulo hermano! —exclamó Marcela, compasiva—. A menos que los apóstoles vivieran tanto como Matusalén, difícilmente pudieron legárnoslo ellos. Vuestro querido símbolo de fe se remonta lo más tarde a mediados del siglo pasado. No, hermano, los apóstoles no discutían sobre la Trinidad y la naturaleza de Cristo. Creían en Él y eso les bastaba. Ni eran teólogos, ni tenían necesidad de serlo. ¿Para qué? En su tiempo las herejías ni existían ni se las esperaba, así que es absurdo pensar que idearan un credo para combatirlas.

—¿Qué tienen que ver las herejías con el símbolo de fe? —preguntó

Paulo sin comprender nada, totalmente perdido—. Sólo se les pide a los bautizados que afirmen su fe.

—Su fe en la doctrina ortodoxa —matizó Marcela—. No su fe en Cristo, ni su fe en lo que representa la cristiandad, sino únicamente su fe en la doctrina ortodoxa. Es decir, se les exige una fe ciega en los obispos. ¿No ves la trampa?

—Para mí, hermana, que retuerces demasiado los argumentos —se defendió Paulo, estupefacto por la gravísima acusación de que estaba siendo testigo—. Siempre buscándole tres pies al gato.

—¡Y cinco si los tuviera! —lo amonestó el presbítero con dureza—. ¡Escucha a tu hermana y aprende!

Al presbítero nunca le gustó la sumisión que Paulo profesaba a Silvestre. Marcela, de pequeña, aunque discutiera mucho con él, siempre lo había escuchado con atención. Sin embargo Paulo siempre le había tenido miedo. Respeto y miedo, pero nunca devoción.

—Déjalo —dijo Marcela rebajando la tensión—, no he venido a amargarte un día tan importante para ti.

—No, ahora que has empezado termina —exigió Paulo, dispuesto a escucharla aunque le dolieran sus razones. Sabía que su hermana había leído y estudiado cuantos libros habían caído en sus manos y su honestidad jamás tenía ánimo de ofender, intransigente como era con la falsedad y el engaño. Ella propugnaba el retorno a los orígenes, a la sencillez de la fe y el culto. Para ella la ortodoxia había cometido dos grandes e imperdonables errores: por un lado la intelectualización de la teología había corrompido el mensaje de Cristo, y por el otro la secularización de la iglesia, emulando los poderes fácticos, había traicionado y destruido los principios de igualdad y fraternidad, que eran los pilares fundacionales del cristianismo. Pero nunca hasta entonces Marcela había ido tan lejos como lo estaba yendo ahora. Nunca había profundizado en sus argumentos. Paulo siempre intuyó que evitaba hacerlo para protegerlo. Siempre lo trató como a un niño pequeño, portándose más como una madre que como una hermana. Sin embargo esta vez era distinto, le estaba hablando como su hermana, y no una hermana sólo de sangre, sino también de fe.

—¿Estás seguro de que quieres escucharlo? —le preguntó, conmovida por su entereza—. La próxima vez que bautices a alguien no te sonarán tan bellas ni inocentes las palabras que pronuncias. Quizá ni siquiera vuelvas a pronunciarlas —vaticinó con ojos premonitorios que le pusieron a Paulo la carne de gallina.

—Quiero saber qué significa lo que digo —se reafirmó Paulo en su firme voluntad de conocer la verdad.

—Bien, pero luego no te chives a Silvestre de que te meto cosas

raras en la cabeza —le dijo cucándole un ojo para distender el ambiente, consciente de la importancia de la conversación. Sabía que marcaría un punto de inflexión en su vida y nada volvería a ser como antes, aunque él todavía no lo supiera.

—Bueno, yo aquí sobro —dijo el presbítero con una tenebrosa sonrisa. Tenía los pocos dientes que le quedaban tan podridos que Paulo sintió un escalofrío al verlos.

—Está bien, allá vamos —dijo Marcela viéndolo marcharse, agradeciendo el tacto que mostraba al dejarlos solos. El presbítero, pese a su rudeza, también había presentido la gravedad del momento y la necesidad que tenían de intimidad—. Primera pregunta —atacó Marcela—: *¿Crees en Dios Todopoderoso?* ¿No bastaría con preguntar si creen en Dios? ¿Por qué añaden *Todopoderoso*? Si todos los cristianos admitimos que sólo hay un dios no es necesario añadirle ningún atributo para identificarlo.

—Supongo que es para enfatizar su poder —arguyó Paulo con su característica inocencia. No entendía qué podía tener de malo glorificarlo de esa forma.

—No, hermano —lo desengañó Marcela—, lo de *Todopoderoso* no es para ensalzarlo, sino para meterle el dedo en el ojo a los gnósticos. Porque el problema de tu iglesia es que sus teólogos piensan más en sus enemigos terrenales que en Dios.

—No lo entiendo…

Marcela sonrió al ver su cara de asombro y desconcierto, pero con una sombra manifiesta de preocupación. Lo quería tanto… ¡Amaba su inocencia!

—Te lo explico —dijo con un tono dulce y didáctico—. Los gnósticos defienden que hay dos realidades: una espiritual, que domina Dios, y otra material, que es la antagónica y escapa a su dominio. Cuando a Dios lo adjetivas *Todopoderoso* le confieres también el poder y dominio sobre lo material. Es decir, también lo material es obra de Dios, producto suyo. Lo conviertes entonces en *Omnipotente*. Y con esto, Paulo, al genio que se le ocurrió introducir este atributo que puede parecer inocente a primera vista le estaba abriendo el camino a tu iglesia, como quien no quiere la cosa, para lo que vino a continuación, que fue justificar el paso del Reino del Cielo, que es el único que proclamó Cristo, al Reino de la Tierra, que es el sueño de los obispos. ¿Me sigues?

—Creo que sí… —respondió Paulo, algo turbado, comprendiendo vagamente las consecuencias, aunque intuyendo con lucidez el alcance y la gravedad del hecho.

—Cuando el lenguaje no sirve al efecto de expresar con sencillez

las ideas que uno propugna –continuó Marcela—, sino que se usa de forma torticera para confundir y enredar al intelecto, eso ha de hacernos, como mínimo, sospechar de las buenas intenciones de quienes así actúan. Pues bien, hermano, no hay lenguaje más enrevesado, confuso e impenetrable que el de vuestros teólogos. Y esto tiene una razón de ser: se empeñan en justificar entelequias que repugnan a la razón y cuyo objetivo es ponerlas al servicio de su doctrina, tan desviada y falsa que se atreve incluso a enmendarle la plana al mismísimo Señor. Paulo —dijo poniéndose muy seria—, vuestros teólogos traicionan el espíritu cristiano. ¡Traicionan a Cristo mismo!

Paulo vislumbraba la fuerza del razonamiento de su hermana, pero al mismo tiempo sentía un tormento interior insoportable. No obstante todas las pruebas y evidencias que testimoniaban contra su fe, consideraba un deber presentar batalla. Sentía que su incipiente duda era una traición a los principios que le había inculcado la iglesia que lo había acogido y le había permitido sobrevivir en un mundo tan hostil. La fuerza del prejuicio, adherida a su esencia, prendida a su alma como carne propia, no podía desprenderse sin un desgarramiento mortal.

—Jesús hablaba con parábolas… —se le ocurrió decir, balbuceando, en un intento de aliviar su dolor, aun sabiendo que era un placebo.

—¿Jesús o quienes hablaron después en su nombre?

Paulo se quedó boquiabierto al escucharla y carraspeó en señal de desaprobación. Aquello era excesivo. ¡Era una blasfemia!

—Bien, vayamos a la segunda pregunta, que ésta tiene más miga —prosiguió Marcela tras escudriñar el escándalo en sus ojos—. *¿Crees en Cristo Jesús, el Hijo de Dios, que nació del Espíritu Santo y de María la virgen, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, y murió, y se levantó de nuevo al tercer día, vivo de entre los muertos, y ascendió al Cielo, y se sentó a la diestra del Padre, y vendrá a juzgar a los vivos y los muertos?* ¡Oh, Paulo, es tan patético! Para empezar, ¿no te llama la atención que a Dios le atribuyan un solo atributo, poderoso, sí, poderosísimo, *TODOPODEROSO*, pero no se extiendan más en describirlo, y sin embargo con el Hijo gasten tantas palabras? Se repite el mismo patrón: ni antes pensaban en Dios ni ahora piensan en Cristo. Están rabiosos con los cristianos que no les bailan el agua y todos sus esfuerzos, en lugar de centrarse en glorificar al divino, se centran en derrotar a sus adversarios mortales. Y como las discrepancias en la concepción y naturaleza de Cristo son más prolíficas e insalvables que las que genera Dios, la respuesta de tu credo es esta parrafada proporcional a la magnitud, no de la grandeza del nombrado, sino de

la controversia que suscita su figura. Piensa que prácticamente cada iglesia tiene su opinión al respecto. Es lógico, a Dios es más difícil buscarle las cosquillas que a Cristo, que fue de carne y hueso.

Tras dejarle algunos segundos para que lo asimilara, Marcela prosiguió:

—Lo primero que manifiestan es que Cristo es Hijo de Dios. Con esto barren a todos los cristianos que lo consideran sólo un profeta. Y además establecen un orden jerárquico y cronológico. Un padre tiene autoridad sobre su hijo y, como es lógico, lo precede en el tiempo. Pero esta cronología *divina* es insuficiente para sus fines, necesitan enmarcarlo en un espacio temporal concreto para darle credibilidad histórica, y eso lo solucionan mentando a Poncio Pilato. Al convertirlo en un hecho histórico atacan de nuevo a los gnósticos, que lo consideran un mito. No se olvidan tampoco de resaltar que nació de *María la virgen*. Es decir, que aunque fuese obra milagrosa del Espíritu Santo, nació de una mujer mortal y nació niño y después creció, teoría que contradecía la opinión de muchos cristianos que afirmaban que cayó un día del Cielo ya hecho hombre, por lo que podía haber sido siempre así, sin necesidad de haber nacido, tan Dios como su padre. Así mismo, para anular el docetismo, no se les pasa por alto mencionar la crucifixión. Y como colofón, poniendo la guinda al pastel, añaden que *vendrá a juzgar*, con lo que le dan en las narices a los marcionitas y otros tantos cristianos que aseguran que tanto Cristo como Dios están henchidos de amor a la humanidad y son incapaces de juzgar y menos todavía de condenar a nadie. Por supuesto, a los obispos no les interesa que prevalezca esta interpretación humanitaria. Ellos no quieren ser pastores sino jueces. Aquí no les duelen prendas para aceptar sin cortapisas la visión justiciera de los judíos, porque los obispos necesitan un dios justiciero que autorice su poder condenatorio. Sí, Paulo, se han cocinado una religión a la carta. Es la subversión completa de las Enseñanzas. En lugar de un hombre hecho a imagen y semejanza de Dios nos topamos con un dios hecho a imagen y semejanza de los obispos.

Paulo estaba anonadado. ¿Tantos mensajes subliminales en una oración que él decía de corrida, inocentemente, sin sospechar siquiera una intención ladina en ella? Se sentía apesadumbrado por la ignorancia con que había actuado, sometiendo a gente sencilla y de buen ánimo a preguntas tan insidiosas, con tanto contenido doctrinario, obligándolos a confirmar, sin ser conscientes de ello, toda la doctrina ortodoxa y condenando a los demás cristianos que no comulgaban con estas ideas a la herejía. Las que hasta ahora le habían parecido bellísimas manifestaciones en loor de Dios le parecían ahora cínicas argucias de mentes retorcidas.

—¿Te atreves con la última pregunta? —Marcela vio tan abrumado a su hermano que sintió compasión por él.

—Más que nunca —respondió Paulo armándose de valor.

Marcela aprobó con la cabeza. Esto mostraba la rectitud de la fe de su hermano, que no se negaba a conocer la verdad, por dolorosa que fuese.

—Desde mi punto de vista es la más perversa de todas —lo advirtió Marcela—. *¿Crees en el Espíritu Santo, la santa Iglesia y la Resurrección de la carne?* Fíjate cómo mezclan tres cosas tan distintas, que no tienen nada que ver la una con la otra, en un todo indisoluble. O se cree en las tres o no se cree en ninguna. ¿No es demasiado evidente la trampa? Lo del Espíritu Santo lo pasamos por alto, pero lo de la santa Iglesia… ¿Qué santa Iglesia? ¿La suya, la de los gnósticos, la de los arrianos, la de los donatistas, la de los marcionistas, la de los docetistas, la mía propia…? ¿Cuál de las cientos de iglesias cristianas es la santa? ¿Por qué utilizan el singular para tanta pluralidad? Obviamente se refieren a la suya, a la que consideran tan indiscutible como al Espíritu Santo. La atribución de la santidad ni siquiera les saca los colores. Es santa porque ellos la dirigen, sin necesidad de intermediación divina. Sin más explicaciones la proclaman como la única depositaria de la fe verdadera. Y por deducción sus clérigos quedan legitimados como los únicos y verídicos mensajeros de Dios. O dicho en otras palabras: sus justicieros en la Tierra. Y siguiendo la misma perversa deducción las demás no son iglesias, sino herejías. ¿No te parece cuanto menos un poquito soberbio? Y lo de la Resurrección de la carne merece un capítulo aparte. La Resurrección de la carne es su punto capital, el pilar central de su doctrina, lo que da pie a justificar su desviación absoluta de la enseñanza original. La de Cristo. Aquí no sólo se quitan de un plumazo a los cristianos que dudan de tal milagro, sino principalmente a los que consideran que sólo hay que buscar la salvación del alma. Una vez consolidada esta creencia de la Resurrección como punto de fe indiscutible, el razonamiento que hacen es tan simple como efectivo: si Dios se molesta en resucitar los cuerpos es porque también los ama, y con este mensaje, subrepticiamente, se reivindica de nuevo el Reino de la Tierra, desplazando de una vez y para siempre el Reino del Cielo que promulgaba Cristo. Con esto ya tienen allanado el camino para legitimar el poder mundano, que es donde en última instancia tienen puesta la mira. Como ves, barren siempre para casa y sacan a escobazos a quien no comulga con ellos.

—¿Estás segura de todo lo que dices? —le preguntó Paulo enfrentando sus miedos, sintiendo que no había vuelta atrás, que su inocencia moría por momentos.

—Paulo —le dijo Marcela cogiéndole y apretándole ambas manos con fuerza—. Paulo, estoy muy segura. He conocido a Cristo.

Paulo se estremeció al escucharla. En los ojos de su hermana, por primera vez desde que le alcanzaban los recuerdos, vio lágrimas. La verdad brillaba en ellos con más intensidad que nunca.

El que algo quiere, algo le cuesta

Tréveris

Tiridates yacía en la cama desnudo, boca abajo, jadeante, con la mano en el sexo, masturbándose.

—No ensucies las sábanas —le advirtió Sempronio malhumorado mientras se vestía—, me han costado un ojo de la cara. Me sales caro, muchacho.

Tiridates gruñó y ladeó la cabeza, con un mohín de asco dibujado en los labios.

—¿Cuándo me vas a enseñar el negocio? –reclamó con disgusto—. Estoy harto de que siempre me des largas. No he venido para pasarme el día en la cama. No es eso lo que me prometiste.

—¿Te parece que te estoy enseñando poco? —respondió Sempronio, regalándole una sonrisa diabólica.

Tiridates le pagó con una mirada abismal, de infierno, de quilates de odio y explotación. Sentía náuseas cada vez que se le acercaba. Preferiría hacerle una felación a un caballo. Sólo se masturbaba para jorobarlo, para hacerle sentir su incapacidad de al menos darle gusto y dejarlo satisfecho alguna vez.

—Lo digo en serio. Me prometiste que me enseñarías hasta el último secreto de tu negocio.

—Y así lo haré si no me decepcionas antes, muchacho. —Sempronio, viéndolo masturbarse, sentía renacer el deseo, pero sabía que su miembro lo decepcionaría y esa frustración lo encolerizaba—. La ascensión comienza desde abajo, paso a paso. ¿O te crees que yo nací rico? Yo también me tuve que comer muchos sapos antes de medrar —le dijo con segundas, sintiendo el calor entre las piernas, la sangre bulléndole de nuevo, aunque ni un maldito estertor en su miembro—. El que algo quiere, algo le cuesta. Enseñarte todos mis secretos me puede costar muy caro si un día me traicionas, así que si me la voy a jugar contigo tendrás que hacer mucho más por mí.

Tiridates se giró y se incorporó sobre la cama, enfrentándolo, sin dejar de tocarse.

—No puedo hacer más por ti. No es culpa mía si…

Sempronio cerró el puño y lo amenazó con golpearle si se le ocurría hacer la menor alusión a su virilidad.

—¿Qué más quieres que haga? —le preguntó Tiridates, gozándose el momento. La crispación en la cara del usurero por la traición de su cuerpo era la única satisfacción que encontraba junto a aquel ogro. Sabía que lo deseaba de nuevo, que quería romperlo otra vez, sangrarlo, hacerle perrerías, pero no podría y él se le reiría en la cara.

—Putas como tú las tengo a puñados —le soltó Sempronio, rabioso, mirándole con lascivia el pene erecto, enardecido por su pequeño triunfo, su pequeña venganza—. ¡Y putas más agradecidas y mejor dotadas! —le escupió a punto de perder los estribos. Se lo llevaban los demonios que aquel mequetrefe ridiculizara su problema de eyaculación precoz.

—Pues yo no soy una puta cualquiera, te lo advierto.

—¿Me estás amenazando? —Sempronio adoptó un aire burlón para fingir que se reía de sus insolencias.

Tiridates sabía que era uno de los recursos de su impotencia, mostrar esa falsa seguridad, esa jactancia estúpida.

—¡Me lo prometiste! —exclamó mirándolo con descaro, corriéndose en sus barbas, sin contener la lluvia, dejando que su semen arruinara las sábanas. Observó con regocijo la ira creciente en el pecho del usurero, ese jadeo de fuelle cuando se cabreaba de verdad.

—Antes de volar tendrás que ganarte las alas —le respondió Sempronio conteniéndose, como sin dar importancia al desafío, observando sin ver el pene todavía palpitante y húmedo del histrión.

—¡Ganarme las alas! ¡Serás gilipollas! ¿Has escuchado la tontería que acabas de decir? ¿Acaso los pájaros no nacen ya con alas?

—Pues tú has nacido sin alas, sin huevos y sin sesera —le replicó el usurero, harto de sus chiquilladas—. Si no quieres ser sólo mi puta tendrás que ofrecerme algo más que tu culo.

—Recuerda que puedo rebanarte el cuello mientras duermes —le advirtió Tiridates en tono amenazante.

—¿Y acabar encadenado en un agujero lleno de ratas y cucarachas el resto de tu vida? Ambos sabemos que no eres tan idiota.

—Vuelve a llamarme tu puta y verás hasta qué punto el odio puede ser idiota.

Sempronio estalló en una carcajada, pero al ver el destello criminal en los ojos de Tiridates se puso serio.

—Me repugnas —le dijo Tiridates con una calma de ojo de tormenta, de vórtice asesino—. En palacio pareces alguien con tus túnicas extravagantes bordadas en oro, pero en la intimidad eres grosero y zafio como cualquier pordiosero de tres al cuarto. Tú entiendes de negocios, ¿verdad? Pues que te entre en la cabeza que esto es una transacción. Yo accedo a acostarme contigo a cambio de que me inicies en tu negocio. Si no cumples lo pactado tendrás que indemnizarme.

—¿Ves como eres idiota? ¡Acabas de reconocer que eres mi puta!

—Pues seré tu puta si quieres. Y haré lo que hacen las putas con los clientes que no pagan. Los cementerios están llenos de fulleros castrados.

Sempronio agarró el atizador de hierro que estaba apoyado en la chimenea y lo levantó con furia, amenazándolo con darle una buena tunda. Sus insinuaciones le estaban revolviendo el estómago.

—Tranquilo, tengo más clase que todo eso —se apresuró a calmarlo Tiridates, temiendo que lo descalabrara con el atizador—. Te aseguro que me sobra imaginación para encontrar una forma de vengarme mucho más cruel.

Sempronio midió en sus ojos su inteligencia mal disimulada y devolvió el atizador a su sitio. Si Tiridates le perdía el respeto la jugada podía salirle cara.

—Dime qué más quieres de mí —lo conminó con altanería Tiridates, conociendo su fuerza y el límite de la misma.

—Eres íntimo de la sobrina del augusto, esa furcia malcriada de Cleo –avanzó el usurero.

—Si esa furcia malcriada supiera cómo hablas de ella te convertiría a ti en la furcia de todo el ejército de su tío. Y no soy su íntimo. Sólo era un esclavo de su círculo íntimo.

—Eso también me vale —le dijo Sempronio ignorando la amenaza —. Al menos eres íntimo de su íntima, esa esclava judía tan graciosa. ¿Cómo se llama?

—Martina.

Pronunciar su nombre le provocó a Tiridates un escalofrío nostálgico, pero hizo todo lo posible para disimular la emoción.

—Bueno, pues eso. Ella sí que es íntima de Cleo, y además es avispada y se las sabe todas en palacio. Si quieres que confíe en ti debes mantener los ojos y los oídos bien abiertos e informarme de cualquier cosa que pueda interesarme. Su prometido, ese Marcial, es

capitán de la guardia imperial. Seguro que mientras se la folla se le escapa algún chisme. En estos tiempos que corren los pequeños detalles son más importantes que nunca.

Tiridates se levantó y cogió la túnica del suelo.

—No, no, no te vistas todavía —lo detuvo Sempronio—. Tú quieres que te enseñe bien el negocio para poder heredarme. Bien, pues tendrás que darme mucho más, ya te lo he dicho.

—No sé qué más puedo darte ahora mismo. Dudo que estés listo para otro asalto y ya ves que yo también me he venido abajo.

A Sempronio le bailaron los ojos como basiliscos. Una nueva alusión más a su virilidad y por sus muertos que haría trizas a aquel idiota.

—Y desde aquí poca información puedo recabar de palacio…

—También aquí puedes hacer más por mí —dijo Sempronio relamiéndose los labios vengativamente—. Tengo socios muy sibaritas y me conviene tenerlos contentos. Me gusta innovar en mis negocios, así que he pensado que puedo tener atenciones especiales con los mejores de ellos. Ya sabes, mimarlos para que no se bajen del barco antes de tiempo. Espera un segundo.

Sempronio salió y Tiridates se quedó parado en la cama. Por el tono del usurero se temió lo peor, pero no terminaba de creérselo. No sería capaz. Los socios de los que hablaba eran los de la sociedad bancaria que había fundado Sempronio con ocasión de la guerra venidera. A Sempronio no le gustaba asociarse con nadie, pero había optado por minimizar las pérdidas si Constantino sufría un revés en la guerra asociándose con otros banqueros para financiar con el fondo común la contienda. Lo que no sabían sus socios es que si ganaban no pensaba repartir el botín con ellos como les había prometido. Sólo tenía intención de compartir con ellos las pérdidas, de haberlas. Si Constantino derrotaba a Majencio disolvería de inmediato la asociación y le devolvería a cada uno lo aportado. Ni un céntimo más. No tenía la más mínima intención de compartir con ellos los beneficios. Las construcciones públicas las financiaría él solo desde su banca privada. Ésa era su política: compartía las pérdidas, nunca las ganancias. Cuando se lo explicó a Tiridates casi se atragantó por la risotada al imaginar la cara que se les quedaría a sus colegas.

—¿Y no te declararán la guerra? —le preguntó Tiridates.

—En este negocio siempre estamos en guerra —se rio el usurero—. Lo que pasa es que yo tengo una armadura que se llama Constantino mientras que ellos están desarmados.

Sempronio apareció al rato acompañado de dos de sus socios, dos viejos pervertidos.

—No, no, me largo —dijo Tiridates apresurándose a saltar de la cama, intentando escapar.

Sempronio se interpuso en su camino y le cerró los puños a la altura de la cara. Pese a su edad, conservaba los músculos que le abrieron camino cuando era esclavo. Podía matarlo de un solo golpe.

—Te vas a quedar y vas a hacer todo lo que ellos te pidan —le susurró al oído con tono perentorio, derramándole en el tímpano su perversidad, sin que sus socios sospecharan la manera en que lo estaba estimulando—. Y como después alguno de ellos quiera abandonarme porque le parece que la atención no ha sido la debida y se siente ofendido, te juro que te voy a meter el soplador por el culo y le voy a dar aire hasta que escupas todo tu orgullo, ¿entiendes? Quieres aprender los secretos del negocio, ¿verdad? Pues lo primero que tienes que aprender es a mamársela a los hombres que más detestas con una sonrisa de oreja a oreja.

Tiridates temblaba de miedo y de rabia, de frustración y de odio a sí mismo por haber caído tan bajo. Sempronio salió en silencio, sonriendo a sus socios e indicándoles con un gesto de la mano que el mancebo estaba listo. Cortesía de la casa. A Tiridates, mientras miraba ausente la puerta cerrada por donde acababa de salir el usurero, le escurrían lagrimones de impotencia por las mejillas.

Cuando bien entrada la noche se quedó al fin solo en su cuarto, Tiridates se juró a sí mismo que las de aquel día serían las últimas lágrimas que derramaría en su vida. Si en el mundo que le había tocado vivir sólo se podía ser víctima o verdugo, elegía ser verdugo. ¡Ya bastaba de tantos escrúpulos en un mundo inmoral!

El origen de la tragedia

Aldea cerca de Belgrado

—¡Qué bien huele! —exclamó Catón al entrar en la casa, abriendo con avidez las fosas nasales e inhalando profundamente. En cuanto perdía de vista a Claudia sus pies obedecían a su deseo con más firmeza de lo que le gustaría, a él, tan estoico, tan filósofo, tan escéptico… ¡Y tan enamorado hasta las trancas!

Helvia estaba preparando la cena: huevos escalfados, espárragos silvestres bañados en miel y cabrito con albahaca, tomillo y laurel.

—¿Qué tal la lección de hoy? —le preguntó girándose hacia él, sin ruborizarse al sostenerle la mirada ni mostrar ninguna inquietud. Se había acostumbrado a su presencia.

—Le cuesta concentrarse —le respondió Catón con cierto deje de resignación—. No deja de fantasear con Roma. Intento pintarle el cuadro tan sombrío como puedo para que el chasco sea menor, pero da igual lo que le diga, se muere de ganas por ir.

Minervina torció el morro. Desde que recibieron la carta del comandante estaba airada.

—¿Y por qué lo haces? –le reprochó—. Déjala que disfrute mientras pueda, aunque sea soñando. Total, no tiene elección, tendremos que ir a la fuerza —se quejó, mostrando a las claras su disconformidad con la orden.

A Catón no le convencía el argumento de dejarla soñar con una fantasía irrealizable. Él siempre defendía la verdad, aunque doliese. "*Las almas grandes son capaces de soñar hasta en el infierno*". Pero no pensaba discutirlo con ella. Bastante alicaída estaba como para andarle con filosofías. Y tampoco él estaba mucho más animado. La noticia también había sido un jarro de agua fría para él. O más bien helada, con chuzos en punta tan afilados que le traspasaban las entrañas y lo instigaban a raptarlas y llevárselas a tierras recónditas donde la zarpa de Roma no llegase. Era feliz allí, en aquella aldea, con aquellas dos criaturas maravillosas. Por primera vez en su vida sentía

que había encontrado un lugar donde no le importaría echar raíces y morir de viejo. No podía confesarlo, pero deseaba que Majencio no fuese tan torpe como decían y supiera defenderse. Era su clavo ardiendo.

—A ti en cambio parece que no te hace ninguna ilusión ir a Roma.

Catón necesitaba saber que ella también era feliz allí, en aquel rincón del mundo, con él; que le sobraban Roma, el comandante y el resto del orbe.

Helvia volvió al fuego, respondiendo con su silencio.

—¿Has estado alguna vez allí? —preguntó Catón con el corazón encabritado.

—Ni falta que me hace —respondió Helvia con desdén—. Lo que tenía que ver ya lo he visto. Cuando era joven me amargaba pensar que mi vida se marchitaría en el campo como la de mi madre; y cuando nació Claudia me negaba a verla crecer aquí entre palurdos. Casi todas las discusiones con el comandante eran por este motivo. Ahora, en cambio, doy gracias de no haber salido de la aldea. Claudia ha crecido feliz. Y yo encontré mi manera de hallar la paz. En cambio el comandante ha cumplido todas sus ambiciones y siempre ha sido un hombre infeliz.

A Catón se le aceleraron las pulsaciones al escuchar la sabiduría de sus palabras.

—Si algo he aprendido en mi vida nómada es que las personas son las mismas en todas partes —se apresuró a decir para fortalecer los pensamientos de Helvia—. Cambian las lenguas que hablan, las ropas que visten, las comidas que comen, los dioses que veneran, la música que bailan… pero las empujan los mismos instintos y las habitan los mismos demonios, así que cuanto más sencillas son sus vidas, más felices, y cuanto más alejadas viven de la fuente de los vicios más recios son sus espíritus. Si pudieras ver a las jóvenes de la edad de Claudia que crecen en las ciudades a lo largo del ancho mundo comprenderías de qué te hablo al compararlas con tu hija.

—El comandante hace diez años que se marchó —protestó Minervina con la voz quebrada por la indignación—. No debería tener ningún derecho sobre nosotras. Es injusto.

Catón se estremeció de gozo. Cada vez que la escuchaba nombrar al comandante por su rango en lugar de por su adhesión sentimental se sentía el hombre más dichoso del mundo. Quería creer que esa trasmutación era un logro suyo.

—En su día lo odié por abandonarnos —prosiguió Minervina, abiertas ya las compuertas de su intimidad—, pero he terminado por

comprender que fue lo mejor para nosotras. No puedo culparlo. Nada podía volver a ser como antes. Hubiera sido un infierno.

"¡¿Por qué?! —quiso preguntarle de una vez por todas Catón—. *¿Cuándo comenzó el infierno, qué lo desencadenó o quién diablos provocó la hecatombe?"*.

—Nos escribe una carta cada tres meses, nos manda dinero para que no nos falte de nada… Ni siquiera sé si es por nosotras o porque faltándonos a nosotras se deshonra a sí mismo. Lo único que sé es que eso no es ser un padre.

Catón advirtió con regocijo que había omitido intencionadamente "*y un marido*". Aunque un segundo después se avergonzó por su egoísmo. La mujer a la que amaba sufría y él… ¡¿Cómo podía ser feliz escuchando su desdicha?!

—Quizá esté arrepentido y haya decidido que es momento de enmendar los errores —dijo sin convicción, en un tímido intento por consolarla o lavar su conciencia, a saber. Era una situación complicada. Como amigo debería hacer todo lo posible por darle esperanzas de salvar su matrimonio, ¡pero qué narices, él la amaba! Sería idiota si pusiera de su parte para arrebatarse la posibilidad de ser feliz junto a ella.

Helvia tampoco pareció entender sus palabras. Parecía a cada momento más desconcertada. "*¿Tendrá las mismas dudas que yo?* —se preguntó Catón—. *¿Es posible que necesite una confirmación de mis sentimientos y la estoy despistando con esta insinuación de que no está todo perdido en su matrimonio? ¡Seré idiota!"*. Pese a que parecía imposible en un hombre como él, con tanto trote en sus pies y tanta instrucción en la sesera, estaba nervioso y flaqueaba como un principiante en amores.

—Quiero decir que quizá se arrepienta del tiempo perdido con Claudia —matizó, corrigiéndose para que no hubiera lugar a dudas—. En la guerra que se avecina, no sólo Constantino se jugará la cabeza… —"*Yo sí que tengo la cabeza hecha un lío. Oh, dioses, ¿cómo es posible que a mi edad se me desborde el corazón de esta manera y la sangre me bulla tan en cascada que la presa de mis sentimientos comience a hacer aguas?"*—. Si Constantino cae, toda su alta oficialidad caerá con él. Y hay hombres que necesitan oler la muerte de cerca para darse cuenta de las cosas importantes de la vida.

—El comandante lleva oliendo la muerte desde que se alistó en el ejército —contestó Helvia con frialdad.

—Los jóvenes no huelen la muerte —la corrigió con dulzura Catón —. La contemplan y se ríen de ella. La ven como a una vieja torpe incapaz de alcanzarlos. Es en la edad madura cuando la perspectiva

cambia y se la ve cada vez más grande y temible. Sólo entonces se empieza a respetarla.

"*Y otros, los más idiotas de todos, a la vejez nos rendimos a la fuerza del amor*", pensó para sí, riéndose por dentro.

—Conozco al comandante mejor que tú —le reprochó Helvia—. No fui yo quien decidió quedarse aquí.

Por un momento, la nostalgia pudo con ella y la emoción le afloró al rostro.

—El comandante detesta la parafernalia y la corrupción que anidan junto al poder.

—Es curioso que tanto lo deteste cuanto lo persigue –reflexionó Catón. "*Ahí va una puñalada a mi enemigo"*—. Sin duda hay que ser muy ciego para no querer estar al lado de una mujer como tú… —"*¿De verdad acabo de decir lo que he dicho?"*—. Al menos ha intentado proteger a Claudia a su manera —se apresuró a decir, avergonzado por su osadía—. Basta ver la educación que ha recibido. Pocas mujeres en el Imperio pueden presumir de haber recibido semejante instrucción. —"*Idiota, con lo bien que lo habías hecho y ahora estos escrúpulos para salir en su auxilio*".

A Helvia le brotó una lágrima y se la enjugó apenas nacida. Era demasiado orgullosa para mostrar sus flaquezas ante nadie. "*Ni siquiera delante de mí*", se lamentó Catón. Ello le encogió el pecho. Intuía que como aquella mujer se arrancase a llorar la fuente de la que brotarían sus lágrimas empequeñecería las del Nilo.

—Por eso no entiendo a qué viene esta carta —dijo al fin, sofocando el incendio que la devastaba por dentro—. ¿Nos ha mantenido aquí encerradas para protegernos y ahora quiere llevarnos a Roma si ganan la maldita guerra? El palacio será el lugar más infame del mundo, el centro de la barbarie. ¿Por qué nos quiere meter en la boca del lobo? ¿Acaso es para decirnos: mirad por lo que nunca os he querido traer conmigo. Mil veces mejor vivís en la aldea, con los animales siempre benditos, donde no os faltan techo y comida y estáis rodeadas de gente humilde que no os va a asaltar en mitad de la noche para robaros y violaros y mataros si les entra en gana?

Catón la dejó desahogarse. "*Necesita oídos que compartan su dolor, no una lengua impertinente que lo agrande*". Estaba seguro de que ni siquiera pensaba todo lo que decía. Pero en algo llevaba razón: era extraño que de repente el comandante las quisiera a su lado. "*Una madre tiene intuiciones que nadie puede comprender*". Aunque en realidad no hacía falta ser una madre para intuir la razón de su reclamo. Era obvio que Claudia era doncella y en las guerras se negociaba todo. *"¿Por cuánto y a quién se la habrá vendido?*". Catón

apretó los labios con rabia. "*Si de verdad fuera un sabio me las llevaría conmigo donde nadie pudiera encontrarnos jamás. A China, por ejemplo, que tanto le atrae a Claudia*".

—¿Por qué se marchó? —Catón al fin encontró el momento y el valor para preguntarle lo que tanto ansiaba conocer, el origen de la tragedia.

Helvia suspiró y perdió la mirada en el fuego. Después levantó la vista, miró a la pared desnuda, a la nada, al infinito, al centro de su dolor.

—Perdimos a nuestro hijo —silbó con un hilo de voz.

Fue como un aullido en mitad de la noche. La voz quebrada por la angustia le puso a Catón la carne de gallina. Era el llanto de la naturaleza, el grito del espanto, la denuncia desgarrada e inútil a la crueldad del destino humano. Catón había intuido una tragedia, porque Claudia siempre omitía parte de su vida y lo hacía con dolor en los ojos, pero nunca imaginó que sería algo así, tan dramático.

—Lo siento —se lamentó Catón, haciendo el ademán de levantarse al ver el dolor que había provocado su malsana curiosidad. Pensó que Helvia querría estar sola, que en ese momento él no era nadie para estar allí.

—Le gustaba escaparse por la noche para bajar al río a cazar ranas con las que luego competía con los otros chicos de la aldea —lo detuvo la voz rota de Minervina—. Era una afición que yo le consentía a espaldas del comandante. A él no le gustaba que se juntara con los demás críos. Por eso me culpó a mí… —un nudo en la garganta la detuvo. Respiró hondo, sollozó, se enjugó las lágrimas que, esta vez sí, le brotaron en libertad—. Era un crío lleno de vida —sollozó al cabo del tenso minuto que necesitó para recobrar la voz—. No paraba quieto un segundo y no le tenía miedo a nada. Era muy bueno. Travieso, pero noble, sin maldad. Un crío bueno de verdad… Esa noche no regresó… El comandante estaba de permiso, pasando unos días con nosotros. A la mañana siguiente organizó una batida con los mejores exploradores del ejército.

—¿Cuando sucedió no servía todavía a Constancio, el padre de Constantino?

—Sí, el comandante ya era un oficial de Constancio. Este territorio caía bajo la jurisdicción del augusto Diocleciano, pero los tetrarcas eran una piña y el duque que gobernaba esta comarca no dudó en cederle a sus mejores exploradores para hacer la batida.

—Perdona la interrupción —se disculpó Catón al notar la frialdad con que le había respondido. Realmente, su curiosidad había sido muy inoportuna.

—Se peinaron a fondo las riberas hasta su desembocadura —prosiguió Minervina, disculpándole la interrupción, aunque mirándolo con extrañados ojos grises. El griego no había mostrado mucho tacto al preguntar por un detalle tan nimio cuando ella le estaba abriendo el corazón—. Al sexto día regresó a casa con las manos vacías y menos carne en los huesos. Los soldados me dijeron que en esos días nadie lo vio comer ni dormir y que sólo descabalgaba para cambiar de montura… No pudimos ni enterrarlo… Al final tuvimos que aceptar la realidad: se habría caído al río y la corriente lo habría arrastrado al centro y sepultado en el cieno… El comandante estuvo cuatro días sin decir palabra, sentado junto a la puerta, con la mirada perdida, como si esperase que en cualquier momento nuestro niño fuese a aparecer dando brincos con una hermosa rana en la mano… Sólo entraba a la casa para comer y dormir unas horas… Al quinto día se levantó a media mañana de su silla, abrazó a Claudia, ensilló su caballo y se marchó. Ni siquiera recogió sus bártulos… Ni se despidió de mí… Y desde entonces no ha regresado. Y yo sé que no volverá, a menos que antes regrese mi niño. O regrese con él. Sí, no volverá sin él.

"*¿Tiene la baldía esperanza de una madre enloquecida por la pérdida o es una forma de decirme que ya no lo espera?*".

—¿El comandante piensa que puede seguir vivo? —preguntó Catón, incrédulo. No sabía qué decir. Él también tenía un nudo en la garganta.

—El comandante nunca perdió la esperanza –confirmó Helvia—. Y creo que la sigue conservando. Comenzó a dar crédito a una vieja leyenda que circula por la comarca y de la que muchas veces se había burlado.

—¿Qué leyenda? —preguntó Catón, cuya curiosidad por el caso iba en aumento.

—Una tontería. Dicen que cada década unos hombres pálidos como fantasmas recorren la comarca secuestrando niños. Bueno, en realidad dicen que sólo una vez, hace ya mucho tiempo, se llevaron a un crío de la comarca; que lo normal es que merodeen un par de días y sigan su camino sin llevarse a ninguno. Nadie sabe quiénes son ni por qué lo hacen. Tampoco el destino que tendrán los niños que se llevan. Se dice que hacen lo mismo en el resto de las comarcas y que deambulan eternamente por el mundo con este cometido, completando el periplo cada doce años.

Catón se quedó perplejo al escucharla. La leyenda no le era del todo desconocida. La había escuchado en un lugar muy distante. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. A veces las leyendas de los pueblos son parecidas porque se transmiten de oídas por medio de los

comerciantes, los soldados y los viajeros. Cada pueblo, conforme pasa el tiempo, las va adaptando a su cultura y costumbres, y aunque se pueda intuir un origen común, las diferencias pueden llegar a ser notables. Otras veces, por estar todos los humanos sometidos a los mismos miedos y ser víctimas de una ignorancia común, se inventan leyendas parecidas para explicarse las cosas que no entienden. Pero esta leyenda de los hombres pálidos que secuestran niños era demasiado parecida. Y Catón dudaba de que alguna vez hubiera llegado la influencia del pueblo donde la escuchó la otra vez al valle. El valle estaba aislado, casi incomunicado, todo el comercio era local, entre campesinos, granjeros y artesanos de la zona, muy arcaico, donde predominaba el trueque. Incluso los soldados habían sido reclutados en la zona. ¿Cómo era posible que hubiera llegado hasta allí la leyenda de los hombres pálidos?

—Ahora entenderás el porqué de la buena educación que ha recibido Claudia —sollozó Helvia, suspirando, tragando lágrimas y saliva—. Esa educación no estaba destinada para ella. Era para mi niño. El comandante proyectaba en él toda su ambición. Quería que aspirase a lo más alto y no fuese sólo un militar con coraje. Como él. Porque los emperadores que sólo saben de armas, decía, nunca han sido buenos emperadores. Ya ves si tenía grandes expectativas para nuestro niño… Y como los niños eran inseparables, salvo, maldita sea, esa afición suya por las ranas… Claudia atendía con suma devoción las clases, algo a lo que el comandante no se oponía, aunque se mostraba indiferente. La prioridad era el chico, pero si ella también aprendía tampoco se perdía nada y costaba lo mismo. Además, así entre los dos se motivaban más… Cuando el comandante se fue no se molestó en despedir al maestro. Seguramente ni se acordó de él. Y como a éste se le había pagado por adelantado no se atrevió a abandonarnos. Claudia se aplicó al estudio más que nunca. Era su forma de evadirse de la realidad… A los tres meses llegó una carta con una bolsa de dinero. Al principio, le escribíamos una carta a la semana. Como nunca llegaba respuesta, nos resignamos a la nueva situación, convirtiendo en hábito la comunicación trimestral y perdiendo toda esperanza de volver a verlo… Claudia descollaba en sus estudios. Su maestro no dejaba de elogiarla. Decía que nunca había visto nada igual. "*Tiene una curiosidad infinita y una inteligencia que lo caza todo al vuelo*", me dijo una vez. Cuando dio por concluido su cometido se despidió. Él poco más podía enseñarle a la niña. Fue honrado. Entonces Claudia, sin consultármelo, le escribió una carta al comandante manifestándole su deseo de seguir estudiando. Yo de esto me enteré luego. Pasado algo más de un mes desde que se fuera el maestro, apareció en la aldea un hombre de rostro severo preguntando por ella. Me llevé un susto de muerte al verlo. No entendía nada y

temí que el comandante hubiera enviado a por ella para llevársela consigo. ¡Te juro que le hubiera arrancado los ojos antes de permitir que la separasen de mí! Por suerte, no fue así. El comandante había atendido a sus súplicas y había contratado a un *grammaticus*. Al menos eso demostraba que leía nuestras cartas… Claudia volvió a sonreír. El maestro era un hombre seco y poco sociable. Yo creo que ni siquiera le caíamos bien, pero Claudia estaba encantada con todo lo que le enseñaba. Era huraño, aunque no tonto, y se dio cuenta de la inteligencia de la niña. Así que aunque se pasaba el día refunfuñando, porque para mí que no le hacía gracia enseñar a una niña cosas de hombres, le enseñó todo lo que tenía que enseñarle, supongo que por miedo al comandante. Y después, concluida su etapa, que duró cuatro años, tuvo la humildad de admitir su incapacidad para enseñarle nada más, por lo que decidió marcharse. Eso sí, Claudia lo obligó a jurarle que hablaría con el comandante y le recomendaría encarecidamente que contratase a un *rhetor*. Y un día apareció un griego estrafalario y medio loco con fama de sabio, aunque para mí que es un impostor, porque a veces se comporta con una falta de tacto más propia de un gañán que de un sabio.

"*Vaya, es rencorosa*", se dijo Catón con un rubor infantil. Estaba preciosa a la luz de las llamas.

—Dicen que la esperanza es lo último que se pierde —susurró a modo de consuelo, como si nada de lo último que acababa de contarle sobre la educación de Claudia tuviera importancia. Su cabeza estaba en otro lado—. ¿Y si fuera verdad que lo raptaron?

Helvia se quedó pálida. ¿A qué venía eso ahora? ¿Quién se iba a atrever a raptar al hijo del comandante? ¡Y en sus propias narices! Eran cuentos de viejas. ¿Él también se iba a creer ahora esas pamplinas de los hombres pálidos? ¡Pues vaya estafa de sabio! ¡Eso sí que era propio de gañanes!

—¿Qué edad tendría ahora? —preguntó Catón con mucha curiosidad.

—Veintitrés años.

Catón se levantó pensativo, le dirigió una afectuosa mirada de consuelo y se dirigió hacia la puerta, pero al abrirla Helvia volvió a detenerlo con su voz:

—Me alegro de haberte conocido.

Helvia se había levantado y se había acercado a él para despedirlo.

Catón se giró. Se miraron a los ojos, rojos de dolor y pasión, a la belleza desnuda de dos almas que se reconocen, y se fundieron en un caluroso abrazo. No hicieron falta más palabras. Antes de que se dieran cuenta de lo que hacían, sus labios se habían fundido en uno

solo.

Al separarse estaban ruborizados, sus miradas irradiaban un brillo nuevo, una reconciliación cósmica. Lástima que en aquel momento, arrebolados y torpes, no se atrevieran a levantar de nuevo los ojos para ver cuánta verdad y belleza había en ellos.

A propósito de Marcial

Tréveris

En la sala de audiencias privada, en teatral penumbra, el comandante y Cayo Publio acompañaban al augusto. El sepulcral silencio sólo se interrumpía a ratos por el repiqueteo psicológico de los ensortijados dedos de Constantino sobre los brazos de su trono.

Esperaban noticias sobre el éxito o fracaso de la misión encomendada a Marcial.

Allí sentado, con la tensión electrizando el cónclave, el comandante, por primera vez en muchos años, pensó en su familia viva, en su mujer y su hija, y sintió un nudo en el estómago. Sintió algo que, si no lo era, se parecía mucho a los remordimientos. Cuando les escribió la última carta estaba tan dominado por la ira que ni siquiera pensó en el impacto que tendría en ellas. Ahora, al hacerlo, las entrañas se le encogieron. ¿Qué iba a decirles cuando las viera, después de tantos años? ¿Podría perdonarlo su mujer? ¿Lo reconocería su hija? Si el tiempo había disipado sus sentimientos en una neblina insensible, ¿qué estragos no habría hecho en los de ellas? Comenzaba a sentir comezón, un ligero ardor nostálgico. El castigo que les había infligido había sido injusto y desproporcionado. La falta de su mujer al desobedecerlo había sido imperdonable, pero lo había hecho por el amor a su hijo, porque el amor maternal es una ley del corazón y las leyes naturales son mucho más fuertes que las leyes de los hombres. ¿Y su hija qué culpa había tenido? De un plumazo había perdido a su hermano, cómplice y amigo inseparable, y a su padre. Y ahora iba a recuperar a su padre después de tantos años para que la entregase a un viejo desalmado y cruel, a un vil usurero, a un ogro sin escrúpulos. "*Tendría todo el derecho a odiarme*", pensó con una desazón desconocida. El repiqueteo en los brazos del trono de Constantino le atronaba demoníacamente los sentimientos. Percibía su aliento y sus ojos en la nuca y el resentimiento comenzaba a latirle las arterias con violencia, resucitándole sus viejos ideales republicanos con una fuerza inusitada, como en su primera juventud, cuando todavía tenía ideales,

cuando todavía no se había revolcado en el fango de la realidad. Constantino era el culpable de esa boda, era el miserable alcahuete. Y tampoco la presencia de Cayo Publio, a quien culpaba de estar detrás de la ruina de su hija, ayudaba a calmarlo.

Los cascos de un caballo rompieron el silencio de la noche. El eco sonaba amortiguado por el influjo de la tenue luminaria del cielo, donde la luna creciente señoreaba custodiada por su ejército de estrellas, que tanto servía para guiar a ojos sabios cuanto para atemorizar a los ignorantes.

Unos minutos después de que cesara el ruido de los cascos contra el pavimento se abrieron las broncíneas puertas y entró un jinete custodiado por un oficial, un tipo antipático de mirada turbia. El oficial lo dejó frente a ellos y sin necesidad de más órdenes dio media vuelta y salió a toda prisa de la sala. Era tan eficiente como insensible.

A instancias de Constantino, el jinete hizo una prolija relación de lo acontecido. Todo había salido a pedir de boca. Había acompañado a Marcial hasta el bosque y después se habían escondido tras un risco al lado del camino, alejando a los caballos lo suficiente para impedir que un relincho o un corcoveo inoportunos los delatara. El prisionero pasó delante de ellos sin descubrir la celada y siguió adelante. Marcial, guardando una distancia prudencial, salió tras él con mucha resolución. Tan pronto como los perdió de vista, el jinete contó hasta trecientos, regresó a por los caballos y picó espuelas para comunicarle el éxito de la misión al augusto en persona, tal como le habían ordenado.

Constantino, con un ademán cortés, felicitó al jinete y le indicó con un gesto de la mano que podía retirarse. Después hizo sonar la campanilla tirando del cordón que colgaba del obelisco y las grandes puertas broncíneas volvieron a abrirse de par en par empujadas por sus mastodónticos eunucos. El oficial estaba esperándolo y el jinete lo consideró un honor. Se las prometió felices, presagiando albricias que lo compensarían por toda una vida de leales y fatigados servicios.

El comandante y Cayo Publio se miraron de soslayo. Los dos sabían qué albricias obtendría el desgraciado. Era el único que conocía la identidad de Marcial. A los demás soldados que participaron en la misión se les hizo creer que el prisionero era un emisario de Majencio y que Marcial, embozado y con capucha, era un sicario que enviaban tras él. Era una mentira creíble, porque una vez recibido el mensaje que les hubiera trasladado el supuesto emisario habría sido una imprudencia dejarlo marchar sin más, con toda la información que pudiera haber recabado sobre los preparativos de la guerra. Y tampoco hubiera sido prudente encarcelarlo o asesinarlo en palacio, porque se trataba de evitar un escándalo que afectara después, una vez

desembarazados de Majencio, a las negociaciones que se establecieran con Licinio. Debía parecer un accidente en el bosque.

Constantino se despidió de ellos felicitando con un gesto seco de cabeza al comandante como artífice de la estratagema. Después, sin decir palabra, se adentró en su dormitorio. Parecía satisfecho.

El comandante y Cayo Publio salieron de la sala de audiencias pensativos y prudentemente silenciosos.

Al entrar en el salón donde la vez anterior tuvo el parlamento entre ellos, y tras comprobar disimuladamente que no había nadie merodeando por allí, se acercaron por acuerdo tácito a la chimenea.

—Otra víctima del prisionero —suspiró Cayo Publio aludiendo al jinete.

—Los dos sabemos que el prisionero no es culpable de la muerte de nadie —le contestó el comandante con repugnancia, malhumorado.

Cayo Publio lo miró con incredulidad. ¿El comandante hablando por esa boquita suya sin necesidad de pincharle? ¡Esto sí que era una novedad! ¿Habría comprendido al fin que estaban en el mismo bando? Por si acaso, Cayo Publio se mostró cauteloso a la hora de expresar su opinión.

—Llevas razón, no sería justo achacarle sus muertes.

—¿Toda tu justicia es tan firme como ésta? —le reprochó con mordacidad el comandante, atravesándolo con la mirada—. ¿Hace apenas unos segundos lo has acusado y ahora, con la misma facilidad, lo absuelves?

El pretor sonrió. Pese a las apariencias, y a la pulla, era una buena señal. Al comandante le costaba hablar sin soltar coces para relajarse.

—Estoy seguro de que el augusto tiene buenas razones para hacer lo que hace —dijo Cayo Publio, sin dejar de observar taimadamente las reacciones de su compañero—. Lo que quiera que haga lo hace por el bien del Imperio.

—¡Hipócrita! —lo increpó el comandante—. Los dos sabemos que los augustos confunden los intereses del Imperio con los propios.

Cayo Publio volvió a sonreír. Desde que Constantino había comprometido la mano de la hija del comandante con Sempronio, la capacidad de disimulo de éste se había visto seriamente mermada.

—¿Crees que ha enviado a Marcial como emisario en lugar de como espía, engañándonos a todos? —le preguntó Cayo Publio como si se le acabara de ocurrir esa idea.

El comandante frunció el ceño. Sólo él sabía que la liberación del prisionero no era por una estratagema. La razón era otra.

Inconfesable. "*¿Me estaré volviendo loco?*". Sólo de pensar que cabía la remota posibilidad de que su presentimiento fuera cierto hacía que se le encogiera el corazón y se le achicaran las arterias.

—Te recuerdo que fui yo quien le insinuó el plan —le respondió con la frialdad y soberbia de un puñal desnudo.

—Sí, ¿pero no te extrañó que no opusiera ninguna resistencia? –deslizó el dardo el pretor.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Ve al grano!

—Quiero decir que quizá tú sólo te adelantaste a lo que él mismo pensaba proponer. ¿No te pareció extraño que no lo meditara con calma? ¡Vamos, los dos sabemos que no da un paso en falso! Y otra cosa te voy a decir… ¿Sabes lo que pienso? Pienso que de ser así, a Osio también se la ha jugado, porque fíjate qué cara se le quedó cuando Constantino aprobó tu plan. Yo creo que el obispo rezaba para que el prisionero no saliera vivo de la celda.

El comandante enarcó las cejas. Desde el principio, aunque no había dicho ni pío, se había olido alguna jugada de Constantino. El augusto jamás compartía todo con nadie y siempre le gustaba tener un as en la manga.

—Si fuera así nos estaría engañando a todos —añadió Cayo Publio, sin perder detalle de su reacción.

—¿Y por qué confiar a Marcial una misión tan delicada? ¡Constantino no se fía ni de su sombra! —negó el comandante, intentando encajar las nuevas piezas del rompecabezas—. Marcial no es idiota. Sabe de sobra lo que le ocurre a los que saben demasiado. Constantino ha mostrado un interés extraordinario por el prisionero y Marcial es consciente de ello. Si la información que pueda recabar es tan importante no volverá para contárselo.

—Sea como espía o como emisario, es obvio que el augusto confía en él –lo desmintió el pretor, inoculándole un amargo veneno.

El comandante se quedó callado. En este momento lamentó más que nunca haber roto las relaciones con Marcial. Quién sabía si no sería ésta una de esas circunstancias capaces de eclipsar una era, una extraña alineación de los astros para dar un golpe de mano, una oportunidad de ésas que ocurrían una vez al siglo para asaltar el Olimpo.

—Marcial no es uno cualquiera –añadió Cayo Publio, defendiendo su postura con falsa humildad—. Marcial es el prometido de su sobrina Cleo. Si logra regresar con la información que desea el augusto, o las pruebas de lo que quiera que sea eso que parece ser tan importante para Constantino, no me extrañaría que los casara de

inmediato para asociarlo al poder. Eso y la adopción como César irían de la mano.

El pretor sonrió al ver la cara que se le quedó al comandante. Era patente que no había contemplado esa opción.

El comandante tenía el rostro crispado. Ciertamente, no había pensado en la posibilidad que le acababa de plantear el pretor. Aunque lo de nombrar a Marcial César no lo veía. Constantino no había dinamitado la tetrarquía para reinstaurarla a su muerte. Su idea era fundar una monarquía hereditaria. Y su hijo Crispo se postulaba como un digno sucesor. Sólo si a Crispo le sucediera algo, Marcial estaría bien posicionado. Pero no, no quería creer en esa posibilidad. "*Además, Fausta es joven* –se dijo para descartar esa opción—. *Los nervios y la ansiedad le están arruinando la simiente, pero antes o después le dará hijos y ellos serán los césares. A menos que…".* El comandante dio tregua a sus pensamientos por un segundo. Aquello era Roma, todo era posible. Era manifiesto el odio que Cleo profesaba a Fausta, proporcional al amor que profesaba a su primo Crispo. Y su ambición estaba fuera de toda duda. *"¿Sería capaz de atentar contra ella?*" —se preguntó casi con ironía, conociendo de sobra la respuesta.

—Viendo la resistencia sobrehumana del prisionero –reflexionó Cayo Publio, como si intentara resolver sus propios y acuciantes enigmas—, al que ni el fuego ha hecho temblar, ¿crees que si pertenece a una organización de hombres como él permitirán que alguien se les acerque y los descubra? Y de conseguirlo —dijo con voz tenebrosa— ¿crees que lo dejarán escapar con vida para que propague el secreto que tan celosamente esconden? ¿Has oído hablar de ellos alguna vez? ¿Alguien puede darte información de quién era y a qué lugar pertenece? Ahí tienes la respuesta. No sé si alguien habrá sabido de ellos antes, pero está claro que nadie ha sobrevivido para contarlo.

El comandante cabeceó ligeramente, como si mascullara una interpretación veraz. La procesión iba por dentro.

—No —resolvió el pretor—, Marcial no tiene dotes de espía. En cambio podría ser un buen emisario…

—¿Por qué enviar a una misión tan peligrosa a quien dices que le reserva un futuro de César? —preguntó el comandante visiblemente alterado. Tenía un cabreo terrible por las nuevas conjeturas y por que fuera el pretor quien lo estuviera induciendo a planteárselas.

—Llevas razón —asintió Cayo Publio con un gesto de complicidad inaudito—, los tiempos están cambiando drásticamente y se avecina una tormenta. Quién sabe si las estrategias no han dado un giro inesperado para adaptarse a las nuevas circunstancias. Además, ahora que lo pienso, no estoy seguro de que Constantino quiera encumbrar

más a Marcial. Claro que tampoco quiere desairar a su querida sobrina. Sería una forma elegante de deshacerse de él sin agraviar a Cleo. O eso o estoy siendo un malpensado y realmente lo ha enviado como emisario. Si Marcial consiguiera esa información que a Osio le da tanto miedo que se sepa, a saber lo que Constantino podría conseguir con ello… ¿Por qué si no dejar escapar al prisionero? Ojalá y sea así, porque Marcial me cae bien —confesó con una sarcástica sonrisa que al comandante no le pudo parecer más odiosa—. Quién sabe. Como suele decir nuestro querido augusto: la salvaguarda del Imperio bien vale el sacrificio de sus mejores hombres.

"*Sí, sí, que caigan todos menos tú, ¿verdad?* —pensó el comandante, mordido por la ira creciente—. *Viejo idiota, que todavía te crees con oportunidades. ¡A la vejez, ciruelas! Ya verás tú las oportunidades que vas a tener en cuanto se me presente la primera ocasión de meterte un palmo de hierro por las orejas*".

¿Y si fuera amor?

Tréveris

Es propio de la juventud creer que los cimientos espirituales y las fuerzas morales son estables. Desconoce esa ilusa edad que un embate del infortunio puede derrumbar y hacer escombros lo que el día anterior los sustentaba, del mismo modo que un maremoto destruye los diques sobre los cuales, contemplando la apacible mar, se las prometían felices. Algo así le sucedió a Cleo cuando aquella mañana, al despertar, le comunicaron que Marcial se había marchado en misión diplomática, que en vísperas de una guerra podía significar para siempre.

Su primera reacción, visceral y tempestuosa como ella era, fue golpear al pobre heraldo que le llevó la mala noticia. Después, una vez sola, tardó más de una hora en calmarse, maldiciendo a Marcial en latín, en griego y en arameo por haber permitido que pasaran sus últimas horas juntos discutiendo por naderías y hablando de bagatelas. ¿Es que no sentía nada por ella? ¿Tan poco le importaba? ¿Cómo podía saber ella las cuitas que lo afligían si no se las contaba? El resultado de este ataque de rabia fue una estancia patas arriba y ella postrada en la cama con los nervios deshechos.

Cuando su tío se negó a darle explicaciones y le aconsejó que se quedara en su cuarto hasta calmarse supo que el asunto era grave y un presagio agorero le nubló la mente. Entonces fue Cleo consciente, por primera vez, y con una clarividencia enloquecedora, derrotada su orgullosa vanidad, que aquel hombre con el que tanto había jugado, al que restregaba de continuo su frivolidad y sus lascivas aficiones, era el único hombre al que había amado. Tuvo que verse en la tesitura de perderlo para comprender la fuerza de sus sentimientos. Y ahora que al fin lo comprendía quizá era tarde para recuperar el tiempo perdido.

Desconsolada, recordaba al joven oficial que antaño la requebraba con torpe gracia y buscaba, infatigable, su compañía desdeñosa por los rincones de palacio. ¡Sí, bebía los vientos por ella! Las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas al recordar el principio de sus

amores, cuando Marcial corría hacia ella en cuanto tenía un descanso y la tomaba en cualquier lugar que la encontrase con un ardor febril, como si el mundo fuera a acabarse en aquel instante. Con las lágrimas abrasándole los labios, recordó cómo poco a poco, por sus desdenes, sus insolencias, sus burlas, sus infidelidades y tantas malas e infantiles fechorías con que había correspondido a un amor tan verdadero, aquella relación se fue confinando primero a los estrechos márgenes de la pasión, y después hasta el ímpetu y el deseo que antaño los desmayaban fueron enervándose y enflaqueciendo hasta quedar entre ellos una relación desapasionada que aburría hasta a las moscas. A aquel joven pasional, lleno de buenas intenciones y noble corazón, ya ni siquiera le asomaban los celos cuando la sabía retozando con otro. La complicidad que con tanto fuego prendió en ellos al inicio del romance se extinguió apagada por sus frivolidades. Si ella no fuera la sobrina del augusto haría tiempo que la habría mandado a paseo. ¡Y con toda la razón del mundo! Este pensamiento le flagelaba la conciencia y hacía que se la llevasen los demonios, porque sentía que la había soportado por compromiso, por obligación, por ser ella quien era.

Se juró entonces, trastornada como estaba, olvidarse de maquinaciones, intrigas y absurdos celos y demostrarle, en cuanto regresara, lo que de verdad sentía; le hablaría con el corazón en la mano y lo rendiría otra vez a sus pies. Sí, lo miraría sin miedo con ojos de enamorada y con miedo de perderlo. Y, por supuesto, ya no querría saber nada más de amantes. En aquel momento la sola idea de estar con otro le repugnaba.

Desconsolada, Cleo se pasó el día entero en la cama, desganada y compungida. Martina la acompañó todo el tiempo y entre ambas hicieron de la cama un sudario de lágrimas. Martina lloraba, sin confesarlo, por Tiridates, a quien no amaba ni había amado nunca pero a quien quería con toda su alma, como al único amigo verdadero que había tenido en su vida. Y que además era un amante fabuloso. Su desdicha era peor que la de Cleo, pues no podía confesarlo ni esperar consuelo de nadie. Incluso si se atrevía a pensar con honestidad la cosa se agravaba porque debía reconocerse que tal vez sí lo amara un poco, pues a fin de cuentas el roce hace el cariño y ellos se habían rozado bastante.

—¡Qué tonta he sido! —se lamentaba Cleo—. ¿Para qué tantos amantes si al único al que quiero es a él? Qué loco y necio deseo de buscar en la variedad un placer que uno solo basta a procurarlo. Y por obtener lo mismo en todos puede que haya perdido al único al que quiero.

Martina asintió con la cabeza. Pero como no era persona de

escuchar sin dar su opinión, no tardó en mostrar su parecer en un tema que le afectaba tanto.

—Eso es como el glotón que se atiborra con tanta variedad de platos que acaba vomitándolo todo, no pudiéndole el estómago resistir tanta mezcla dispar, y muere de indigestión por el revuelto de sabores, cuya combinación es puro veneno para el cuerpo. Tanto más le valiera escoger un solo plato y comerlo con moderación, que bastaría para quitarle el hambre y darle salud, en lugar de tanto y tan variado, que sólo le sirve para embotarlo hasta enfermarlo y aun quitarle la vida.

—¡Qué burra y qué necia eres! –la recriminó Cleo—. ¡¿Qué comparación es ésa?! Te hablo de amor y tú me hablas de comida.

—No, señora, no te confundas. Tú no has hablado de amor, sino de apetitos. Y apetitos son ambos, el de la carne y el del estómago. Y aun te digo que en según qué circunstancias tanto se disfruta un buen estofado como un orgasmo.

—¡¿No has de parar de decir sandeces?!

—He de parar de hablar si tú me lo ordenas. Pero no he dicho ninguna sandez. Tú misma has reconocido que buscabas la variedad, no de amores, sino de placeres, cuando ese mismo placer te lo procuraba Marcial tan bien como otro cualquiera.

—Es verdad, perdona… ¡Qué idiota he sido, qué niñata, toda la culpa es mía! Con él me bastaba y me sobraba, ¿para qué tanto salto de cama cuya única ganancia ha sido perderlo? No he sabido apreciarlo, ni quererlo, ni darle lo que necesitaba.

—Y peor que eso, porque teniéndolo aquí encamado para ti sola me obligaste a mamarle el pajarillo.

—¡Vete de aquí, imbécil, insensible! —estalló Cleo en un ataque de cólera.

Los furiosos arrebatos venían seguidos de una impotencia que la hacía desfallecer. La pobre Martina, aunque blanco de sus golpes, no se atrevía a dejarla sola. Nunca la había visto en aquel estado, tan alterada y fuera de sí, y temía que hiciera alguna locura irreparable, algo por lo que tendría que responder ella en persona ante el augusto. Y como tan fuera de sí estaba Cleo que lo mismo arremetía a golpes contra ella que la abrazaba con todas sus fuerzas y lloraba en sus hombros como una magdalena, Martina hizo de tripas corazón y se negó a marcharse, a pesar de que algunas de las bofetadas que recibió fueron tan violentas que no la dejaron mellada de milagro.

—Que tampoco digo que la macedonia sea mala —dijo Martina en su enésimo intento de consolarla con su peculiar razonamiento—. Y que oye, está bien catar diferentes sabores para saber cuál te gusta

más.

—¿Te quieres callar y no hablar más de comida? Me estás revolviendo el estómago.

—Lo que tú ordenes…

—No saben lo mismo los besos del enamorado que los del hombre lúbrico y mujeriego —dijo Cleo adoptando un tono y una actitud de filósofa en amores—. Te voy a contar un secreto: el mayor instrumento de placer es el amor. Dos hombres igualmente hábiles no te procurarán el mismo placer si de una estás enamorada y del otro no. El amor hace que todo se sienta con mayor intensidad, acreciendo todos los placeres hasta el paroxismo.

—Pues será entonces que yo nunca he amado a ninguno —reflexionó Martina haciendo memoria de sus aventuras—, porque a fe mía que siempre he gozado más con una buena potranca que con algunos con los que me he topado, que tenían honestas intenciones, pero once dedos. A mí me da que por más enamorada que estuviera siempre me iba a dar más más gusto un pulgar que un meñique. Qué quieres que te diga, mientras se apliquen como es debido a darme gusto, tanto me da que sólo me quieran para ese rato como que me prometan amor eterno y me compongan versos.

—¡Vete de aquí y déjame sola, alma de cántaro, fría, puta!

—No te enfades conmigo. Si sé que llevas razón, que comemos con los ojos y no lo que parece más apetitoso es lo más nutritivo ni lo que mejor nos sienta.

—¡¿Quieres dejar de hablar de comida?!

Al final, tanto conmovieron las penas de su dueña a Martina, y tanto las interiorizó, que terminó por pensar en las suyas y en responderle pensando en su historia con Tiridates, haciendo examen de conciencia.

—El disimulo y el zaherirlo en público era más por egoísmo que por protegerlo…

Cleo la miró desconcertada por las razones que le daba. Parecían destinadas a ahondar su culpa en lugar de a reconfortarla.

—Cuando vuelva a verlo —juró Cleo, desconsolada—, sea con la guerra por comenzar o terminada, ganada o perdida, me venga entero o mutilado, juro que pienso compensarlo por todas mis faltas, que ha debido sufrir en silencio, algunas yendo en clara deshonra suya, y pienso volver a enamorarlo como una vez lo tuve enamorado y demostrarle que he cambiado.

—Como pretendas pagarle con amor extra cada infidelidad lo mismo lo embotas…

—¿Recuerdas la primeras veces, que era tan tímido que no se atrevía a comunicarme sus sentimientos en persona y me los escribía usando de correo a su buen amigo Máximo?

—Bonito idiota es su amigo, que mientras tú te hacías de rogar y le vendías tan caras tus prendas a Marcial, yo al Máximo ese le ofrecía las mías gratis y en bandeja y no había manera. Llegué a pensar, para entender por qué me rechazaba, que prefería a los hombres, hasta que entendí que eras tú quien le gustabas. Mira que tiene que ser duro hacer de alcahuete entre tu amigo y la mujer a quien amas en secreto.

—Cuando tienes el amor rendido a tus pies no sabes apreciarlo —se lamentó Cleo, sumida en su atormentado pensamiento e incapaz de escuchar más voz que la propia—. Das por hecho que siempre estará ahí, como si el amor fuera un ligamento que una vez que te ata a alguien es indisoluble.

—Como un contrato matrimonial, que aunque aborrezcas a tu marido no por eso estás menos casada con él…

—Nos confiamos en que quien nos ama nos ha de amar siempre, cuando no hay planta más delicada y que necesite más cuidados que el amor, que así como nos da la mejor razón para vivir, tanto nos exige. Igual que un pecho generoso exige correspondencia, el amante no acepta tibieza en su enamorado. Y de faltarnos cuando lo hemos conocido, faltarnos la vida o las ganas de vivirla todo es uno. En cambio la lujuria es el apetito más necio y esclavizador que se conoce, y tanta es su mala sombra que a veces se confunde y se toma a la una por el otro.

—Pero ambos dan mucho gustico…

—Así como el amor, cuando es correspondido, nos llena y satisface de tal modo que hace plena y dichosa una vida sin necesidad de nada más, hasta el punto de que el universo entero cabe en la tierna mirada de dos enamorados, la lujuria, en cambio, es un monstruo insaciable que cuanto más se alimenta más crece y reclama, dejándote siempre insatisfecha. Cuando se cae en sus redes, ¡ni mil amantes son suficientes para quedarse una contenta!

—Yo creo que con mil se queda una contenta y hasta muerta…

—Sí, el amor da paz y alegría y un contento con que pasar feliz el resto de tus días. Te llena de tal modo que en todo momento te sientes realizada y dichosa, tan colmada que no hay lugar de buscar fuera lo que llevas dentro y, además, si sabes cuidarlo, te dura toda la vida y no sólo un instante pasajero. Todo lo contrario que la lujuria, que da ansiedad y tormento porque siempre nos obliga a procurarnos un placer inagotable y meternos en mil líos, urdiendo engaños, tramando planes, obligándonos a mil complicaciones para obtener un placer

efímero que apenas obtenido te deja vacía como al inicio.

—Vacía quizá, pero bien satisfecha…

—Así que el amor es más seguro, placentero, dichoso y duradero. Y te evita arriesgarte a peligrosas aventuras y andar con secretos y mentiras.

—Eso también lo hace más aburrido…

—Y además es más intenso, porque el amado con el tiempo termina por conocer a la perfección tu cuerpo y aprende a tocar todas las teclas del alma, pues no afecta sólo a los sentidos.

—Lo del alma no sé, pero lo del cuerpo sí que es cierto —corroboró Martina pensando en las habilidades de Tiridates—. Y si son generosos te hacen ver las estrellas…

—Y es más dichoso porque lo tienes siempre contigo cuando lo necesitas sin depender de la fortuna o de tu industria y maña. Y además te permite vivir con el sosiego de tener la conciencia tranquila. ¡Oh, qué estúpida he sido, tenía al mejor de los hombres enamorado y lo he perdido!

"*Sí, sí, muy bonito el discurso, pero veremos cuánto te duran estos sentimientos tan píos y poéticos* —pensó para sí Martina, que no daba una higa por la reforma moral de su dueña—. *Ahora estás dolida y enajenada, pero en cuanto te enfríes me juego el pescuezo a que te volverá a picar la entrepierna y estos razonamientos sentimentales los barrerá tu libido como la lluvia las telarañas. ¡Como si no te conociera!*".

El duque

Campamento de Belgrado

—¡Habas como bellotas! —gritaba un agricultor espigado y nervudo junto a su maltrecho carromato, alzando a la vista de todos un puñado de hermosas habas.

—¡Espero que no estén igual de duras! —le replicó el duque mofándose de su entusiasmo.

El duque había insistido en que Catón lo acompañara al mercado. Se celebraba cada dos semanas y era el único evento en aquellos lares que lo arrancaba a uno de la monotonía diaria. Los agricultores y ganaderos de la comarca llevaban sus verduras y animales para venderlos o intercambiarlos y otro tanto hacían los artesanos con sus productos. Tampoco faltaban los herreros, quienes montaban sus chiringuitos para vender, reparar, intercambiar o recibir encargos, ávidos de dar salida a aperos de labranza que ante la creciente desbandada cada vez eran menos demandados.

El ambiente no era el festivo al que Catón estaba acostumbrado en otros mercados del Imperio, especialmente en Asia. Los rostros de los campesinos, serios y demacrados por las preocupaciones y sinsabores de la vida, cubrían con su grisalla el evento. Los tiempos estaban cambiando. Desde la caída de la tetrarquía se respiraba en el ambiente la tensión de la incertidumbre. Con Diocleciano al frente, el Imperio vivió un resurgir, un nuevo periodo de prosperidad, una nueva época de abundancia, donde los bárbaros que entraban en el Imperio lo hacían para comerciar y los mercados de las fronteras rebosaban vida y alegría. En aquella época los acuartelamientos eran mucho más que puestos de defensa. Dinamizaban de tal modo la actividad económica que alrededor de cada fortaleza no tardaban en nacer asentamientos civiles que pronto se convertían en pequeñas y prósperas ciudades. Ahora, con la tetrarquía dinamitada por los advenedizos que se disputaban el poder, el sueño de Diocleciano se desmoronaba y el Imperio amenazaba con desintegrarse a pedazos. Comenzaba a señorear el desánimo y los viejos rememoraban, agoreros, los tiempos

de las hambrunas y de cuando los bárbaros sólo entraban en hordas para saquear.

El duque, cincuentón, fatuo, de cara ancha y cínica, con una incipiente barriga que comenzaba a desdibujar su porte guerrero y a mimetizarlo con el estamento burocrático, parecía insensible al sufrimiento ajeno. Sonriente y con ganas de chanza se paseaba por el mercado probando los alimentos que le venían en gana sin pedir permiso ni pagar por ellos. Tampoco se ahorraba las ocurrencias que se le venían en mente cuando algo no le gustaba. No le importaba lo más mínimo el perjuicio que su mala publicidad causara a los agricultores. Ellos, resignados, no protestaban, a pesar de que esa mercancía era la mayor parte de la cosecha que con tanto esfuerzo habían conseguido, dejando en su casa lo peor de la misma, que tenía mala venta, y que era la reserva necesaria para pasar el invierno sin perder por inanición a ningún miembro de la familia.

El duque saludaba con cierta familiaridad a algunas campesinas y a sus chiquillos. Muchos de ellos eran hijos ilegítimos de sus soldados. Aunque el matrimonio les estaba prohibido por ley, se hacía la vista gorda. Era ley de vida. Si se hubiera intentado imponer férreamente la ley militar, la ley natural hubiera provocado sangrientas insubordinaciones.

El contacto entre los soldados y las lugareñas poblaba de bastardos las fronteras. Esto era una ventaja para el ejército, pues cuando estaban de permiso los soldados no necesitaban viajar muy lejos para estar con los suyos, así que siempre se podía contar con ellos en caso de emergencia. Muchos de estos soldados, al licenciarse, estaban ya tan arraigados en su destino que en lugar de dinero preferían que el Imperio les diese tierras en aquellos lugares donde habían pasado media vida y tenían descendencia. Nada se les había perdido en sus lugares de origen. Y si algo perdieron, ni se acordaban de ello. O preferían olvidarlo. Entonces dejaban las armas para emprender otra lucha, que era la de legitimar sus matrimonios y poder asegurar la herencia de su prole. En el caso de que las mujeres fueran bárbaras, que también se daban casos, la dificultad era mayor, pues primero tenían que conseguir que a su descendencia se la considerase ciudadana, lo que entrañaba mano abierta para los sobornos, a veces ruinosos y contraproducentes.

Catón observó que lo que más le gustaba al duque era la carne humana. El duque miraba con lascivia y lanzaba requiebros, sin ningún sonrojo, a todas las jóvenes que no pasaran de los veinte años ni tuvieran menos de catorce. Catón fingía no darle importancia a su deplorable comportamiento, pero tomaba buena nota de su actitud. Había dos temas sobre los que quería sonsacarle información y todavía

no sabía cómo se las gastaba.

Sobre el primero de ellos no necesitó tirarle de la lengua. En cuanto Catón se presentó en la fortaleza y le dijo quién era, el duque lo trató con la mayor deferencia. Sentía —le explicó efusivamente— el mayor afecto hacia Claudia y su madre. Todos sus soldados estaban aleccionados para protegerlas y asistirlas en todo lo que necesitaran. Él mismo en persona se encargaba de entregarles el correo que el comandante les enviaba puntualmente cada tres meses.

—Es una buena ocasión para saludarlas y asegurarme de que todo está en orden.

Esta revelación sorprendió al griego. Ni Claudia ni Helvia le habían dicho nada. Aunque viendo el comportamiento del duque no le extrañaba. Sentirían vergüenza ajena. Visto el gusto del pervertido dudaba que se hubiera fijado en Helvia, pero ¿se habría atrevido a coquetear con Claudia? Por suerte, esto también lo dudaba. El duque había sobrevivido a Diocleciano y ahora servía a Licinio, lo que significaba que por más defectos morales que tuviese no debía ser tan tonto. Se podían contar con los dedos de una mano los altos mandos que conservaban sus puestos una vez desparecidos quienes los habían encumbrado.

Las palabras del duque no lo engañaron. Las atenciones que les dispensaba y los desvelos por salvaguardarlas de todo peligro no era por el amor que les profesaba, sino por ser quienes eran: la hija y la mujer del comandante, quienes le inspiraban un respeto más que justificado. No se llegaba a duque sin habilidad política y mucha diplomacia. Amén de contactos, oportunas cartas de recomendación y mucho dinero para comprar adeptos a la causa. Por ello, aunque estaba subordinado a Licinio, al duque le interesaba tener contento al comandante, mano derecha de Constantino, por lo que pudiera suceder en el futuro. Se decía que ambos augustos tenían un pacto de no agresión y se sabía que la alianza se iba a sellar con un matrimonio entre Licinio y una de las hermanas de Constantino, pero eso, también lo sabían todos, no valía un óbolo. Los matrimonios se hacían y se deshacían al soplo de las circunstancias. El duque, que examinándose a sí mismo podía calibrar perfectamente el alcance de la ambición humana, bien podía imaginarse que si Constantino vencía a Majencio y se coronaba augusto absoluto de Occidente, y Licinio se quitaba de encima al moscardón de Daya, sólo sería cuestión de tiempo que Constantino y Licinio se enfrentaran para conseguir el poder absoluto sobre el Imperio.

El duque, aunque era un hombre ambicioso y soberbio, era de esos hombres lo suficientemente listos para saber que hay límites en toda ambición, por lo que no aspiraba a nada más que a conservar el

ducado que ya poseía, sin importarle quién fuera el jefe supremo. Aquél era su pequeño reino y como rey se comportaba. Estaba dispuesto a defenderlo con uñas y dientes. O mejor dicho, a bajar la cerviz ante quien quiera que fuese el que tuviera el poder de mantenerlo en su trono. Su única lealtad era para consigo mismo.

Al presentarse Catón con la excusa de ofrecerle sus respetos, el duque, adulado y ensoberbecido, lo acogió de buen grado y le mostró la fortaleza con mucho orgullo. Todo el recinto estaba amurallado por un sólido muro de piedra de cinco metros de altura, cuya cima recorría un angosto pasillo de un metro de ancho, suficiente para que los guardias hicieran sus rondas por ella con comodidad. Los barracones en que vivían los contubernios eran también de piedra, con tejados de teja a dos aguas. No eran especialmente grandes, pero no vivían tan hacinados como los campesinos, quienes convivían en sus rústicas y angostas cabañas de madera con toda su familia.

Muy diferente era el edificio que ocupaba el duque, una casa grande y espaciosa de piedra de dos alturas. Por supuesto, en la fortaleza no faltaban ni la casa de baños ni el hospital, y estos sí que eran lujos que no estaban al alcance del resto de la población de la zona.

Pero Catón no había ido allí para ver la ciudadela y el buen orden en que la mantenía el duque. Tampoco para comprar verduras.

—El otro día escuché una historia curiosa que me hizo mucha gracia —le dijo Catón como sacando un tema al azar para amenizar la conversación—. Una historia de campesinos. Dicen que cada doce años una pareja de extraños hombres pálidos merodean por la comarca y a veces secuestran niños.

—Sí, yo también la he escuchado —dijo el duque sin darle ninguna importancia—. Aquí, en el bosque, algunos pastores dicen que los han visto alguna vez. Y que son todos iguales, pálidos y delgados como hambrientos. Dicen que atraviesan las montañas en silencio y huyen de la gente. Suelen ir en parejas y nunca hablan entre ellos. Y sólo se los ve de noche. Dicen que no se detienen ni a comer ni a dormir, que nunca han entrado en ninguna fonda ni pedido un mendrugo de pan. ¡Ni siquiera se paran en las mancebías para dar un garbeo! —exclamó con tono desaprobatorio, como si este simple hecho bastase para desacreditar toda la historia—. Tampoco roban en los huertos ni en las granjas. Dicen que regresan cada doce años y algunas veces raptan niños pequeños. No se sabe si son los mismos que van y regresan o cada vez son distintos. Eso nadie lo sabe, porque los pocos que los han visto los han visto de lejos y no se han acercado a preguntarles quiénes son y qué quieren. ¡Dicen que son fantasmas! –exclamó burlándose de la credulidad e ignorancia del pueblo.

—¿Entonces son cuentos de viejas?

—Lo que yo pienso es que hay muchos padres que se deshacen de los recién nacidos en épocas de hambre y se inventan cualquier cuento para justificar sus desapariciones.

—¿No das ningún crédito a esas historias?

—¿A esas tonterías? ¡Por supuesto que no!

—Pues a mí me dio que pensar, porque no sé si sabes de la tragedia que vivió la familia del comandante. Y no creo que él quisiera deshacerse de su único hijo…

El duque dio un respingo y se puso muy serio.

—Le presté a mis mejores exploradores para ayudar a encontrar a su hijo —dijo con tono altanero—. Yo mismo participé en un par de batidas. El río es muy traicionero. Al crío debió tragárselo la corriente.

—Según he escuchado estuvieron buscándolo durante una semana, recorriendo a conciencia toda la ribera hasta lo lejanamente razonable y no encontraron el cuerpo.

—Ya te he dicho que el Danubio es muy traicionero —le replicó el duque con severidad—. Si lo arrastró la corriente hasta el centro y se hundió allí era imposible encontrarlo.

—¿Y no sería posible que quizá la historia de los hombres pálidos tenga algún viso de verdad y lo secuestraran?

El duque lo miró con disgusto. Todo aquel distrito caía bajo su jurisdicción desde el reinado de Diocleciano. La insinuación del griego podía tomarse incluso como un reproche.

—Jamás ningún hombre pálido ha pisado estas tierras desde que yo las gobierno —protestó enérgicamente—. Y menos en aquella época, bajo Diocleciano, cuando había orden en el Imperio. Como imagino que sabes —dijo con desdén— Diocleciano fortaleció las fronteras, creando nuevos fuertes, castillos y puestos de vigilancia mejor abastecidos y situados que los anteriores. Aquí no pasaba nadie sin mi consentimiento. Si fuera hoy en día, estando las cosas tan revueltas como están y empezando a descuidarse lo tan sabiamente dispuesto por Diocleciano… —Catón apreció cómo el duque se mordía la lengua para no criticar el desbarajuste que los nuevos usurpadores estaban haciendo—. No, te digo que ni al hijo del comandante ni a ningún chiquillo se lo llevó ningún pálido. Simplemente se caería al río y se ahogaría. Ni fue el primero ni será el último al que le pase.

—Pero ¿y si los hombres pálidos no vinieran desde el otro lado de la frontera sino desde el interior? —insinuó Catón.

Esta posibilidad descolocó al duque. Era obvio que no se le había ocurrido tal posibilidad. No pensando en los fantasmas, claro, sino en

bárbaros o traficantes de esclavos. En cualquier caso, no pensaba admitirla. La seguridad de todo aquel distrito, que abarcaba dos provincias, era su responsabilidad, vinieran de donde viniesen los malhechores.

—¡Ya te he dicho que son cuentos de campesinos! —contestó el duque malhumorado—. ¡Sandeces que se cuentan unos a otros y se las acaban creyendo!

—Imagino que entonces será casualidad que el hijo del comandante desapareciera justo el año en que tocaba que apareciesen de nuevo los pálidos. Porque he hecho mis cuentas y da la casualidad…

—¡Casualidad no! —exclamó el duque, interrumpiéndolo, visiblemente molesto por la impertinencia de aquel griego que ahora le parecía un pordiosero y un entrometido—. Precisamente por eso lo dicen. ¡Les hubieran achacado la desaparición hasta de una cabra que se hubiera perdido en ese año!

El duque se detuvo ante un carromato lleno de cestos de mimbre. Los propietarios eran un matrimonio joven de campesinos. Ella, rolliza y sonrosada, de no más de diecisiete años, llamó la atención del duque, quien no se cortó a la hora de comérsela con los ojos. Cuando se alejaron unos veinte pasos, el duque se detuvo y le dio órdenes a uno de sus soldados, quien regresó al puesto y le formuló su petición a la muchacha. La joven pareja de campesinos intercambió una mirada consternada e impotente. Sabían que no cumplir los deseos del duque significaba no poder volver al mercado a vender sus productos.

El duque, contemplando la escena desde la distancia, sonrió lúbricamente y Catón, asqueado, aprovechó para despedirse. Ya tenía lo que quería. Sin saberlo, el duque le había proporcionado todo lo que necesitaba. Era más que suficiente.

Jugando sucio

Tréveris

Los decadentes rayos de sol infligían a la neblina cortes limpios, quirúrgicos, trazaban surcos sin simiente, caminos que no conducían a ninguna parte. Hacía una mañana fresca y agradable que invitaba a pasear. Cleo, cuya principal virtud no era la paciencia, tan pronto como uno de sus espías la informó de que Máximo llevaba una semana confinado en el campamento de la legión palatina montó en su castrado blanco, un magnífico ejemplar de la bética, y picó espuelas.

Nada más salir de la ciudad pudo sentir en la cara el olor de la guerra. Las legiones, distribuidas alrededor de la ciudad, esparcían por doquier su olor característico: el de millares de hombres entrenándose hasta caer exhaustos, sin tiempo ni ganas para mimar la higiene diaria. Olía a sudor de cuerpos llevados a la extenuación física y a comida condimentada hasta el vómito para engañar al paladar; olía al desprecio de la muerte, un olor entre amargo y rancio de testosterona candente y pensamientos sombríos; olía a sexo sin amor y al perfume barato de las prostitutas que deambulaban por los campamentos polinizando los bajos instintos y la desesperación de los soldados. El olor cuartelero impregnaba el aire una legua a la redonda, penetrando hasta en las alcobas más decentes de la ciudad y asaltando los lechos con sueños de furiosas y atávicas profecías. Y a ese aire espeso de fango, sudor y sangre lo acompañaba un bullicio grumoso preñado de macabras y pecaminosas maldiciones que comenzaban mezclándose con el canto de los gallos y terminaban con el piar de los pajarillos. A lo que había que añadir el sonido del hierro contra la madera, la madera contra la madera, el hierro contra el hierro, el cobre y el bronce contra las piedras y la tierra, la carne contra la carne y los huesos y aquel clamor insoportable de fondo que era el grito ciego de la estúpida humanidad pronta para afrontar el destino irreparable que ella misma se ha inventado, el de matar y dejarse matar sin saber bien por qué ni para qué ni por culpa de quiénes.

Cleo no sabía si la llegada de Máximo tenía alguna relación con la

marcha de Marcial o era pura casualidad, pero estaban en la misma guerra, en el mismo bando, eran íntimos amigos y no descartaba ninguna posibilidad. Si por un casual existiera alguna conexión entre la venida y la marcha ella estaba resuelta a averiguarlo al precio que fuese necesario. La moralina servía para achicar a las almas pusilánimes, no a la suya que era rocosa e impermeable. Tenía sus debilidades, sí, mas eran pasajeras. La marcha de Marcial sólo la había desencajado un rato. Lo había llorado con la profundidad y el paroxismo de esa pasión extrema que constituía su ser y después se había enjugado las lágrimas con una daga.

No pasó desapercibida en el campamento montando a lo varonil un espléndido corcel, vestida como una cortesana de alta cuna. Allí las únicas mujeres que se veían eran prostitutas andrajosas y vulgares que iban a pie y cojeando. La mayoría de los bárbaros de aquella legión singular sólo conocían a Cleo de oídas, por lo que les fue imposible reconocerla, pero sabían distinguir un porte distinguido e imaginarse que si se atrevía a entrar en el campamento sin escolta debía de ser allegada de alguien importante. En otras palabras: intocable.

A su paso, los cuchicheos en lengua bárbara se hacían notar sin disimulo, aunque ninguno se atrevía a enfrentarla. Algunos incluso la saludaban con respeto, por si acaso. Los más, sin embargo, más asilvestrados e indómitos, pensaban que una vida guerreando les daba licencia para burlarse del peligro y la miraban con deseo. Clavando su mirada en ella y desnudándola con la vista parecían pensar que si todas las patricias que iban a encontrar en Roma eran como ella bien merecía la pena ir a destronar a Majencio para cobrarse su botín en placer sangriento.

Cleo, que conocía bien a los hombres, y especialmente a los soldados, no se dignaba a mirarlos para no darles pie a ninguna osadía. No quería estropear la fusta despellejando a ninguno. Cabalgaba con seguridad, altiva, sorteándolos con indiferencia. A una mujer de carácter como ella no la amedrentaba ningún hombre, por bárbaro que fuese.

Al acercarse a un grupo les preguntó por Máximo y ninguno se atrevió a contestar. Eran tan bravos en batalla como tímidos ante una mujer de armas tomar. Al final, el más orgulloso de ellos, con el torso desnudo y sudoroso, dio un paso al frente y cogió las riendas del caballo sin pedir permiso.

—¿Refieres oficial llegó pasada semana Lyon? —preguntó con rudeza, con su acento y su gramática salvajes.

—Sí, a ése me refiero —le confirmó Cleo con autoridad, impresionada por su melena salvaje y su barba rubia y espesa como

crin de caballo.

Sin decir nada más, el bárbaro, sin soltar las riendas, echó a andar arrastrando tras de sí al caballo y a su dueña. Cleo contemplaba maravillada su espalda, ancha y musculada como las ancas de su montura. Al llegar a una tienda de oficiales, el bárbaro se detuvo ante ella y le ofreció sus enormes brazos para ayudarla a descabalgar. Cleo reparó entonces en su rostro y le pareció hermoso, varonil, de frente despejada y mandíbula ancha. Rechazó su ayuda y saltó del caballo de un brinco, alegre, demostrándole que se las valía muy bien sola. Aquel gesto gallardo le hizo gracia al bárbaro, quien no pudo contener una sonrisa franca de asombro. No estaba acostumbrado a tratar con amazonas. En su pueblo las mujeres eran bravas y luchaban a brazo partido con los hombres, pero no montaban ni en pollinos.

Cleo no le dio instrucciones sobre su caballo y entró en la tienda sin mirar atrás, dejándolo con las riendas en la mano y sin saber qué hacer.

Máximo se quedó petrificado al verla, como si se le hubiera aparecido un fantasma. Creía que después de cuatro años ya lo tendría superado. Por desgracia para él se había engañado a sí mismo al creerlo. La última vez que la vio era una joven hermosísima, ahora era una mujer hecha y derecha de irresistible belleza mediterránea. Por enésima vez en su vida, toda su fuerza moral, argumentada en soledad, sucumbió al embate de la vista. La realidad era sensual y provocativa, no una entelequia vaporosa. Por unos segundos creyó perder el sentido.

Cuando lo recobró comprendió lo indecente de su actitud y se sonrojó como un mozalbete.

—¿Por qué no me mandaste aviso de que vendrías? —preguntó azorado.

—¿No te gusta la sorpresa? —le respondió Cleo con picardía.

Aurelio, que se hallaba en la tienda junto a Máximo y en cuestión de mujeres era perro viejo, la caló nada más verla y le sonrió con malicia.

—¡Márchate, insolente! —le recriminó Cleo conteniendo a duras penas la risa al ver el descaro con que el hispano le miraba el escote —. ¿No ves que quiero hablar con tu señor?

"*Lástima que sea tu señor, porque no me importaría averiguar contigo si es cierta la virilidad de que presumen los hispanos*", le interpretó en la mirada Aurelio, quien salió chasqueando la lengua. "*Hasta tú tienes secretos, bribón, tan honesto y tan digno como te pintas* —pensó—. *¡De ésta nunca me habías hablado!*".

—¿Desde cuándo te doy miedo? —le preguntó Cleo una vez que estuvieron a solas, satisfecha por el efecto causado.

Máximo se avergonzó por su timidez y le pidió disculpas. Ella le sonrió y, tras examinar con atención la sobriedad de la tienda, se quitó el broche de oro que le cerraba la capa y cerró con él la tela que hacía de puerta para tener algo de intimidad. Al girarse, la capa, sin el broche, se abrió. Debajo llevaba una túnica de seda morada muy fina, casi transparente, que le cubría el curvilíneo cuerpo sin mostrar nada pero insinuándolo todo.

Máximo, por unos segundos, perdió el dominio de sus ojos y Cleo esbozó una sonrisa triunfante. Dominaba la situación y se divertía con ello. Le encantaba poner nerviosos a los hombres. Sin pedir permiso, se sentó en una de las literas y se recostó sobre las pieles de vaca que hacían de colchón, indicándole que se sentara en la litera de enfrente para departir amigablemente.

Máximo estaba incómodo. Era una situación embarazosa. Aquella mujer era un demonio, lo sabía, y aun así no podía estar cerca de ella sin que su corazón se desbocase.

Obedeció como un niño pequeño, ansioso por saber las nuevas. No cejaba de preguntarse por qué no la había acompañado Marcial, pero no se atrevía a abordarla bruscamente por miedo a cometer una impertinencia. Llevaba cuatro años ausente y las cosas podían haber cambiado mucho. Cuando los vio por última vez eran una pareja de enamorados, pero cuatro años daban para muchas riñas.

—¿Has perdido tus exquisitos modales en Hispania? —le reprochó Cleo, haciéndose la ofendida—. Te creía un amigo y me has decepcionado. ¿Dónde ha quedado tu educación de caballero? ¿En serio no pensabas venir a saludarme?

—No se me ha dado permiso para abandonar el campamento —se excusó Máximo con torpeza, ruborizado.

Cleo sonrió al ver que seguía tan inocente e ingenuo como siempre, incapaz de tomarse nada a la ligera, con esa gravedad suya que llegaba a ser tan fastidiosa. Para provocarlo se estiró en la litera, dando más libertad de movimiento a sus hermosos pechos, ligeramente caídos por la gravidez de tan generosa anatomía, coronados por dos prominentes y oscuros pezones que parecían querer rasgar la delicada túnica y salir al mundo libres para enloquecer a los hombres. Máximo tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para que sus ojos, traviesos, no volvieran a avergonzarlo.

Cleo, consciente de que la provocación surtía efecto y el tonto era víctima de un arrebato concupiscente, no dejó de moverse hasta que el escote se descolgó ligeramente y casi medio pecho quedó al

descubierto. El prominente pezón era el anclaje último que impedía que la túnica se descolgara del todo y dejara su anatomía al desnudo. Máximo sintió que un fuego arrebatador lo consumía de deseo. Las primeras gotas de sudor perlaban su frente y le costaba guardar la compostura. Cleo, experta seductora como era, disfrutaba con el apuro del beato. Y con mucha malicia se rascaba la cabeza una y otra vez como si tuviera piojos para mover la túnica y darle intriga al asunto, dejando entrever ese oscuro pezón, ese último escollo que protegía, obstinado, las mieles de su lozanía.

Para Cleo sólo era un juego. La formalidad de Máximo, tan patricia, le aburría. Era demasiado correcto, demasiado serio, demasiado previsible. ¡Hasta Marcial, a su lado, parecía un juerguista! A ella le gustaba provocarlo para sacarle los colores, para que el fuego de la pasión lo quemara por dentro, contenido en el dique de sus incongruencias de clase. Lo sabía incapaz de traicionar a su mejor amigo. La lealtad era el temple heroico con que se había forjado esa amistad. Coqueteaba con él por diversión y costumbre. Lo último que deseaba Cleo era despertar en el pazguato el deseo de una tórrida aventura que finalizara en un drama novelesco. Aunque ella misma reconocía que alguna vez, entre bromas, se había excitado más de la cuenta y si el tonto hubiera tenido más sangre en las venas quién sabe si el juego no hubiera terminado sin bromas. En cambio, Máximo, aunque conocía bien el carácter díscolo de Cleo, no era capaz de penetrar en las honduras de su perversión y se tomaba muy a pecho sus provocaciones, lo que lo sumía en un irresoluble conflicto moral. Era la lucha cainita del instinto contra la virtud, una pesadilla poblada de tentaciones de la que era imposible escapar ileso. Sin quererlo, pero sin poder evitarlo, esa relación lo había convertido en el protagonista de una versión masoquista de Sísifo. Era, aunque nunca se lo confesó a nadie, una de las razones por las que aceptó de buen grado el cargo de decurión en Hispania. Necesitó alejarse de la corte del augusto Constantino para alejarse de su sobrina, de la prometida de su mejor amigo, de la frívola y ambiciosa Cleo.

Después de jugar durante años a ese perverso juego, por esas inexplicables sugestiones de la psique humana, con el tiempo había nacido entre ellos una subterránea y rudimentaria amistad. Por ello la alegría del reencuentro era sincera por ambas partes, aunque la de Máximo estaba disuelta en un dolor muy concreto.

La inquebrantable lealtad de Máximo hacia Marcial le inspiraba a Cleo confianza para desahogar con él, en ausencia de aquél, sus sentimientos. Es verdad que los mezclaba con picardía provocadora, mas no dejaban de ser honestos. Y Máximo, por picajosa que pudiera resultarle a veces, la apreciaba de verdad. Eso sí, la confianza no era

recíproca, pues él jamás le confesaría sus más íntimos anhelos. Conocía sobradamente la ambición de Cleo. La sabía una formidable intrigante que además partía desde una posición ventajosa. Así que la tenía por una amiga en quien más o menos podía confiar siempre y cuando no se tratase de asuntos políticos.

—¿Sabe tu tío que has venido? Quiero decir, el augusto —rectificó a tiempo la insolencia.

—Tú siempre tan correcto —se rio Cleo.

Aquella risa, que Máximo conocía tan bien, era una respuesta explícita. Y lejos de alegrarle, por mor de la amistad, acrecentó su desánimo.

—No, no me ha enviado mi tío —le aclaró Cleo por si acaso la distancia había opacado su intuición.

—¿Cómo has sabido entonces que estaba aquí? No sabía que mi presencia fuera un secreto a voces.

Cleo notó en el timbre de su voz el descontento mal disimulado, la queja muda por el tratamiento que estaba recibiendo, recluido en el campamento como un subalterno cualquiera.

—Manejo información privilegiada —le respondió Cleo con su viveza característica, llena de coquetería y astucia—. Que no me hayas escrito ni una mísera carta en estos cuatro años no significa que yo te haya olvidado. Siempre he sabido de ti.

Cleo estudió su semblante con ojos arúspices. Era parte de su estrategia dejarle claro que no había secretos para ella en ningún rincón del Imperio.

—Tú tampoco me has escrito a mí —se justificó Máximo.

Su defensa fue tan vaga e imprecisa que Cleo sonrió por su ingenuidad.

—Sé que mi tío te ha llamado para algo importante y quería saber cómo estabas. Ya sabes que mi tío me adora y puedo camelármelo fácilmente. Si necesitas que te eche una mano sólo tienes que pedírmelo —le sugirió con mucha sensualidad y doble sentido más que explícito, cruzando las piernas de manera obscena.

Esta vez fue Máximo quien sonrió. No era tan ingenuo como Cleo pensaba. La insinuación parecía ir en serio, pero sólo la carnal. La otra era un farol. Era el ojito derecho de su tío, sí, pero no tenía ninguna potestad sobre él en asuntos políticos. Ahí Constantino renegaba de amigos y parientes.

—Estoy bien, no te preocupes —respondió con modestia.

—No me pareces muy convincente –negó Cleo—. Bueno, así que te

ha llamado mi tío. ¡Qué gran honor! ¿Y para qué te concede audiencia si puede saberse? Debes de haberte convertido en un hombre importante.

Máximo se sonrojó. Sabía que lo estaba poniendo a prueba y no caería en la trampa.

—Todavía no sé por qué me ha llamado.

Cleo enarcó las cejas. Ahora le tocaba a ella hacerse la tonta. Si quería jugar, jugarían. ¡Como si ella no viera en sus ojos la ambición del ascenso! "*Pobre Máximo* —pensó—*, algunos no se enteran de que los méritos los decide mi tío, pero yo puedo darles un pequeño empujón*".

—Pensé que quizá Marcial lo sabría —deslizó Máximo, aprovechando el envite para sacarlo a colación.

—¿Y lo sabe? —le preguntó Cleo con mucho interés.

—De él tampoco sé nada —respondió Máximo con un indisimulado tono de queja.

—¡Ajá! —exclamó Cleo, algo sorprendida. Había dado por hecho que Marcial lo habría visitado a escondidas—. Veo entonces que no soy la única a la que elude.

Máximo no entendió a qué se refería. Hacía cuatro años que no sabía nada de Marcial y desconocía cómo andaban las cosas en palacio. Aun así no creía que a él lo estuviera eludiendo. ¡Ni podía imaginarse algo así! Dedujo entonces, por las palabras de Cleo, que al igual que a él, también a Marcial lo mantendrían retenido, sin libertad de movimientos. "*Las asignaciones honoríficas del augusto a veces son pasos previos a la esclavitud*", pensó con disgusto.

—¿Está bien? —inquirió, preocupado ahora por la suerte de su amigo—. Debo admitir que me extraña mucho que no haya venido a verme.

—Oh, sí, está estupendamente —le respondió Cleo volviendo a la jovialidad que tan bien atesoraba—. Imagino…

Aquel "imagino" surtió el efecto esperado en Máximo, dejándolo expectante y preocupado.

—Me gustaría verlo antes de que el augusto me llame. ¿No podrías concertarnos una cita?

Cleo negó con la cabeza, acompañando el gesto con una mueca de resignada derrota.

—Me temo que en eso no puedo complacerte –se lamentó—. Se fue hace un par de días. Y no me preguntes dónde porque nadie sabe decírmelo. O quiere decírmelo… —farfulló entre dientes—. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Mi tío cada vez le asigna misiones más

importantes y lo quiere a su lado incluso en las reuniones del Sagrado Consistorio. Esto me llena de orgullo y me alegro por él, pero me impide verlo con la frecuencia que me gustaría.

La pulla iba bien dirigida. Cleo sabía que el apellido de Máximo era una losa para su carrera y que por ello, pese a igualar en méritos a Marcial, su tío siempre lo había discriminado en favor del otro. Por esa razón a Marcial lo había nombrado capitán de su guardia personal y a Máximo lo había enviado de decurión a Hispania. Si conseguía despertarle una envidia malsana quizá también consiguiera despertar al hombre que llevaba dentro y entonces lo tendría comiendo de su mano.

—Seguramente lo habrá enviado a Nicomedia para refrendar la alianza con el augusto Licinio y asegurarse de que éste no se entrometa en la guerra —reflexionó Máximo con toda la flema del mundo.

"*O es más hábil de lo que aparenta o este imbécil no es capaz de sentir ni una punzada de envidia*", farfulló para sí Cleo, terriblemente decepcionada.

—De todos modos —se quejó Cleo—, aunque estuviera tampoco podría prometerte nada, porque en las últimas semanas estuvo muy raro. Apenas lo veía y cuando estábamos juntos tenía la cabeza en otro lado. Era imposible hablar con él. Supongo que es lo que tiene ser la prometida de uno de los hombres de confianza de mi tío —se lamentó con teatral disgusto—. Especialmente en vísperas de una guerra —matizó volviendo a clavarle el aguijón en lo que pensaba debía de ser su orgullo herido—. Pero cuéntame sobre ti, quiero saberlo todo —preguntó cambiando de tema. El aguijón ya estaba clavado. Ahora quedaba esperar si el veneno inoculado hacía su efecto.

A Máximo le hubiera gustado saber más sobre Marcial, pero conocía la testarudez de Cleo. Cuando decidía zanjar un tema era inflexible, así que optó por hacerle un breve resumen de sus años en Hispania.

Tras escuchar un rato sus cuitas, narradas *grosso modo,* sin mucho entusiasmo, Cleo no pudo soportar más su aburrida conversación y, dolida como estaba por su frialdad, decidió provocarlo un poco más.

—¿Las hispanas son tan fogosas como las pintan?

Máximo se ruborizó como un púber. No tenía ninguna intención de hablar de otras mujeres delante de ella. Sin embargo se sintió acorralado y le pareció descortés no responder, aunque fuese a la evasiva, por lo que decidió responder a su interrogatorio sobre las hispanas con una sarta de mentiras.

Aunque no consiguió arrancarle una confesión verdadera de

amoríos prohibidos, sí que consiguió Cleo, hablando de cosas triviales, crear un ambiente de confidencias. Y el inocente Máximo terminó por confesar, no sus hazañas sexuales con las hispanas, sino su profundo malestar por el trato que estaba recibiendo. Cleo, taimadamente, consiguió la confesión que quería y, una vez obtenida, defendió a su tío a capa y espada, justificándolo en todo y apuntalando su adhesión incondicional a él.

Su intención no era incomodar a Máximo por haberle revelado un germen de rebelión, sino hacerle entender que hiciera lo que hiciese siempre estaría subordinado a Marcial porque ella así lo quería, porque había sido su elección.

Fue un golpe bajo que Máximo encajó con dignidad, aunque le molestó bastante.

—No quiero ser descortés —dijo poniéndose en pie, contrariado—, pero tengo mucho que hacer y además no creo que sea oportuno que estés aquí.

Cleo se incorporó con parsimonia y se estiró la fina túnica con pericia. Era el momento de rematar la jugada. Tenía que arriesgarse un poco más si quería conseguir algo más sustancioso. Su orgullo le gritaba darle una bofetada a aquel arrogante don nadie, pero su inteligencia doblegaba a su orgullo y la retenía allí, junto a aquel sin sangre. Su intuición le decía que necesitaba tener a Máximo de su lado más férreamente sujeto que con un comprometedor enojo espontáneo. Quería que fuera sus ojos y oídos. Su aliado. Y, si fuese necesario, también su amante.

—¿Es que no entiendes nada o es que te haces el tonto conmigo? —le reprochó con amargura.

Máximo se quedó a cuadros.

—¿Por qué dices eso? No entiendo…

—Vamos, no puedes ser tan tonto.

—No sé de qué me hablas… —balbuceó Máximo.

—¿De verdad no te das cuenta o es que eres cruel y te estás burlando de mí? –se quejó Cleo con mucho sentimiento, dando un paso adelante y apoyando la cabeza sobre su pecho mientras sus brazos lo envolvían. Entonces alzó sus grandes y bellos ojos oscuros y los clavó en los suyos color miel—. ¡Niégame que tú también sientes algo por mí!

Máximo no daba crédito a sus oídos. Siempre la había amado y pensaba que ella lo despreciaba.

Cleo, leyéndole en los ojos el tormento, aprovechó para levantar la cabeza y buscar sus labios.

Máximo la apartó con suavidad.

—No podemos. Marcial…

—¡Marcial ha desaparecido! —exclamó Cleo haciéndose la ofendida —. Ni siquiera sé si sigue vivo. Se fue sin avisarme y no se ha dignado a enviarme un correo.

—Estará en alguna misión secreta y no podrá…

—¡Tonterías! Tú siempre defendiéndolo.

—Es mi amigo.

Cleo le cerró la boca con otro repentino beso y él volvió a rechazarla, esta vez con más energía, apartándose de ella y yéndose a una esquina de la tienda para evitar otro ataque.

—¿Me rechazas después de haberte expresado mis sentimientos? — lo increpó Cleo con amargura, sorprendida al descubrir en Máximo un valor moral del que no creía capaz a ningún hombre.

Máximo la miró con lástima, sin que pudiera saberse si era lástima por ella, por él o por ambos.

—Por favor, vete —le repitió haciendo acopio de valor y señalándole la puerta.

—¡Qué idiota he sido! —exclamó Cleo haciéndose la despechada—. Yo pensaba que si Marcial ya no me quería… quizá tú… nosotros podríamos… ¡Oh, qué idiota he sido al esperarte tanto tiempo pensando que tú sentías lo mismo que yo!

Cleo se puso la capa con mucho donaire. "*Imbécil*", pensó saliendo muy airada, fingiendo consternación y amargura mientras Máximo se quedaba parado sin saber reaccionar. "*Estúpido, no me has gozado pero todos han visto cómo me encerraba contigo en la tienda y la cerraba con el broche que ata mi capa*".

Fuera, el bárbaro, como una estatua hercúlea, seguía de pie sujetándole el caballo, rodeado de curiosos que apostaban entre risas hasta dónde habría llegado el encuentro entre ambos.

Esta vez Cleo sí que aceptó su ayuda, dejando que la agarrara por la cintura y la levantase en volandas como a una pluma. Se dejó ayudar para cabrear a Máximo. Aunque fue en balde, porque Máximo no se asomó para despedirla, lo que la acaloró de mala manera. "*¿Debería haberme rasgado las vestiduras o mesado los cabellos para que me creyera? ¡Qué difícil es medir con exactitud para no sobrepasarse ni quedarse corta!"*. Con un gesto soberbio de cabeza le señaló al bárbaro la salida del campamento, sin reclamarle las riendas. El bárbaro guio al caballo a través del campamento hasta la salida. Allí se detuvo y la miró. Ella, sin mirarlo, le quitó las riendas de un tirón y puso a trote lento al equino. El bárbaro se quedó plantado a las puertas del

campamento retorciéndose el bigote, preguntándose quién sería tan importante doncella.

Cuando estaba a unos veinte pasos, Cleo se detuvo, se giró y le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. El bárbaro giró la cabeza y el olor de la comida le impregnó las fosas nasales. Estaba hambriento y había sido un buen día de caza, algo que comenzaba a ser un lujo. Tantos bestiones juntos estaban despoblando de vida silvestre los alrededores. Volvió a mirar a Cleo, quien lo miraba con lujuria, sin poder imaginar que lo que lo hacía vacilar era el estómago, no el miedo al castigo. El bárbaro empezó a ponerse nervioso. Sabía que cuando comenzara la marcha hacia Roma comería mucho peor, a base de gachas de mijo o cebada con ajo y miel hervidos y sopas y brebajes improvisados con cualquier cosa que encontrasen por el camino que no fuese venenoso. Vaciló durante un largo minuto, girando la cabeza continuamente, ora hacia Cleo, ora hacia su tienda, donde humeaba la carne asada. El pobre no se había visto en semejante tesitura en la vida: comer carne o retozar con una cortesana. Casi lamentando su debilidad y poco juicio, se encaminó hacia ella vacilante, sin dejar de mirar continuamente hacia atrás.

Cuando se le acercó a unos cinco pasos, Cleo volvió a poner a trote a su castrado. Sonreía. En el fondo no había ido tan mal la reunión. Si algo conocía a Máximo, aquel encuentro lo ataría a ella como un perro asustado. Se le había ido la lengua al mostrar su descontento por el trato recibido por parte de su tío. Y luego estaba lo otro. Si Marcial supiera que se habían besado lo mataría sin darle tiempo a explicaciones. Y tenía testigos de que se habían quedado a solas. Aunque sabía que no sería necesario. La vergüenza y la zozobra harían que Máximo la temiera, sin necesidad de perjudicarlo más. Y la tentación de suceder a Marcial en su corazón si a aquél le sucedía algo, si bien no haría que dirigiese su mano para atentar contra él, al menos le removería por dentro algún sueño perverso. "*Por los sueños comienzan las grandes gestas y las peores perdiciones*", pensó Cleo, satisfecha de su maquiavélica astucia.

Divertida, picó espuelas y puso al castrado al trote. Se giró y vio que el soldado había disminuido el paso, mosqueado. Entonces volvió grupas de repente, hizo un giro completo mirándolo con lascivo descaro, se desvió del camino y se adentró por el bosque, al tiempo que se desprendía de la capa y la dejaba colgada de una rama. Aquello bastó para que una sonrisa estúpida iluminara la cara del bárbaro y echara a correr hacia ella, olvidándose de la comida y el castigo, víctima de su hombría.

Aurelio, que no la había perdido de vista un segundo y la había seguido disimuladamente hasta la salida, lo presenció todo sin ser

visto. "*Espero que Máximo no esté muy prendado de ella, porque esta mujer le va a hacer el nudo a la soga*", pensó chasqueando la lengua. Le sorprendía el descaro con que había actuado Cleo. "*Desde luego no han tenido tiempo para desfogarse como está mandado. Cruzaré los dedos para que el augusto lo llame pronto. Pero ¿por qué habrá actuado así, qué pretende? Sin duda ha sido una estratagema. Ésta a mí no me la pega*", pensó con la mosca detrás de la oreja.

¿Qué narices ha sucedido?

En un lugar indeterminado

Marcial se despertó aturdido en mitad del bosque. Estaba mareado, con el estómago revuelto y los síntomas propios de la resaca. La cabeza le bailaba como si se hubiera bebido medio tonel de vino barato. Sin embargo no recordaba haber bebido nada. Se palpó la cabeza y no encontró ninguna brecha. Al mirar sus manos observó que estaban ensangrentadas. Flexionó los dedos y comprobó que no tenía ningún hueso roto ni corte profundo. Ni siquiera sentía hormigueo o entumecimiento. Era sangre seca. Reparó entonces en que su tabardo gris había adquirido un sospechoso tono granate y se alarmó. Conocía muy bien el color de la sangre cuando empapa la ropa. Se abrió el tabardo para descubrir el tajo por el que habría brotado aquel manantial, preguntándose cómo podía seguir vivo después de perder tanta sangre, pero sólo vio magulladuras, algunos cortes sin importancia y cardenales. Nada mortal. Respiró hondo para tranquilizarse. Aunque le dolían la cabeza y los ojos y sentía un cansancio mortal, no parecía tener ninguna herida grave. Era como si despertase de una siesta de tres siglos. Intentaba recordar qué había sucedido pero era en vano, la conmoción le impedía abrirse paso en la madeja de su memoria. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Y por el hambre y el cansancio que sentía habría jurado que llevaba una semana durmiendo.

Tardó unos minutos en ponerse de pie. Al hacerlo se mareó un poco y se quedó inmóvil hasta que la cabeza dejó de darle vueltas. Entonces fue cuando se percató de que no estaba solo. Había dos cuerpos tendidos a escasos metros de él. Dos hombres muertos. La memoria comenzó a ofrecerle fogonazos inconexos que componían imágenes surrealistas, un cuadro inverosímil de extrañas formas y voces disonantes. Poco a poco, la sospecha de que él había matado a aquellos hombres acabó imponiéndose. Sí, él los había matado. Lo habían asaltado en mitad de la noche. Ahora lo recordaba, eso era lo que había sucedido. No recordaba que hubieran atacado también al

prisionero. Quizá al verlo desarmado no lo consideraron un peligro y decidieron eliminarlo a él primero antes de cobrarse su segunda víctima. Eso tenía sentido. Habían salido de la nada y se habían abalanzado sobre él como lobos. No, como lobos no… ¡como asnos! La remembranza de la visión lo paralizó. ¡Tenían cabezas de asno y cuerpos de hombre! "*¿Estoy delirando? ¿Seré yo quien está muerto?",* se preguntó, pellizcándose por si acaso. Recordaba ahora la sorpresa del ataque y su congoja por el espantoso aspecto de aquellos hombres. Por suerte estaba entrenado para no dejar que el miedo lo paralizase. "*Mente fría y corazón caliente*", ésa era la consigna del legionario que pretendía llegar a viejo. La pelea fue dura. A muerte. Se buscaron con experiencia los puntos débiles, las estocadas conocían la anatomía mortal del ser humano, no se lanzaron golpes al azar. No lucharon como bandidos, de eso estaba seguro. Eran diestros espadachines, habituados al hierro. Recordó también que la cruz que le dio el obispo le salvó la vida. Al menos ya podía descartar que fuera un salvoconducto para el infierno. Él había fallado el tajo y descubierto el flanco, y entonces, justo cuando el enemigo iba a soltar el brazo para decapitarlo, pues él había trastabillado con el impulso de su golpe al aire, se le salió la cruz de plata que le dio el obispo y que se había colgado al cuello por si acaso, y aquél, al verla, se quedó paralizado, confuso. Fue cuestión de segundos, tiempo suficiente para que él pudiera asentar los pies, rearmar el brazo y lanzarle una estocada mortal. ¿Fue asombro, deslumbramiento, o simplemente que le perdonó la vida al ver la cruz? Sucedió todo tan deprisa que era imposible adivinarlo. No sabía qué pensar. Desde luego fue extraño. Recordaba que después tuvo un reñido intercambio de golpes con el segundo asaltante, hasta que consiguió clavarlo en tierra al cortarle el tendón de la corva con un movimiento en arco, justo antes de hundirle el hierro en el pecho. Entonces presintió que alguien lo atacaba por la espalda y no tuvo tiempo de reaccionar. Después sobrevino la negrura, el mundo de las tinieblas, el sueño profundo. No, sólo el mundo de las tinieblas, porque no recordaba haber soñado nada y él solía acordarse de los sueños. Hasta eso era extraño.

Al caer en la cuenta de que había perdido al prisionero lo invadió una letal desazón. ¡No podía regresar con las manos vacías! En un arrebato de desesperación se lanzó a la carrera a lo loco, pero las piernas le flaquearon y tuvo que detenerse cuando no había recorrido ni cincuenta metros. Una arcada le hizo vomitar lo poco que le quedaba en el estómago. Tuvo que cerrar los ojos para no marearse. "*Estúpido* —se recriminó—, *¿dónde vas? Puede haberse ido en cualquier dirección, incluso retroceder y cambiar de rumbo. Lo he perdido*". Cuando se recompuso un poco y volvió a recuperar el equilibrio buscó ansioso algún rastro en el suelo, alguna rama rota en los árboles, algo que le

indicara una dirección, pero no había ningún rastro que seguir. De nuevo, en una imagen confusa, vio a los hombres con cabezas de asno, o a los asnos con cuerpos de hombre, ya no estaba seguro de nada. Para su consternación, pensó que desvariaba y su memoria le estaba haciendo un flaco favor. "*¡Eran hombres, hombres, soldados!*", se repitió para convencerse, presa de la neurosis. "*Llevaban máscaras, extrañas máscaras de asno, pero eran tan hombres como cualesquiera otros. Lucharon, sangraron, maldijeron y murieron*". Se enjugó el sudor del rostro con la manga ensangrentada del tabardo y miró de nuevo hacia los cadáveres. ¿Dónde estaban las máscaras? ¿Lo habría soñado? ¿Las habría robado el prisionero? Pero, ¿para qué iba a robarlas y cargar con algo tan llamativo cuando se trataba de pasar inadvertido? No, no tenía ningún sentido. Nada tenía sentido. ¿Quiénes eran, qué querían, quién era el prisionero, qué quería el augusto de él, por qué al ver la cruz uno de ellos le perdonó la vida, qué relación tenían con el obispo? ¿Habría sido una pesadilla? ¿Se habría comido alguna planta venenosa y estaba delirando? Miró de nuevo hacia los cadáveres. Eran reales. Y él tenía el tabardo empapado de sangre. Él los había matado. Sí, eso no era un sueño vívido, lo recordaba con suficiente lucidez.

Se calmó un poco y volvió sobre sus pasos. Era como un niño persiguiendo su sombra. Exhausto, se apoyó contra un árbol y se echó las manos a la cabeza para conjurar el mareo y tratar de recordar. Necesitaba detalles. Lo mejor era empezar desde el principio: Había seguido al prisionero durante cuatro días, habían caminado en zigzag, como si siguieran el meandro de un río imaginario y caprichoso que no seguía la lógica de ninguna corriente, cambiando de dirección hasta en ocho ocasiones. A tenor del conocimiento sobre los astros que demostró tener el prisionero, deteniéndose con frecuencia a estudiar el cielo con cara de hacer cálculos y trazar mapas mentales, Marcial dedujo que estuvo jugando con él, que fue una estrategia de despiste. Lo que ya no sabía es si lo hizo para despistarlo a él o para intentar despistar a los hombres con cabezas de asno que los atacaron. Mejor dicho, que lo atacaron a él. Y tantos giros dieron que ahora no tenía ni idea de dónde se encontraba, ni si se había alejado mucho de Tréveris o estaba a las afueras, porque habían estado dando vueltas en círculo.

Además de las cosas del cielo, el prisionero demostró un conocimiento extraordinario de las cosas de la tierra. Parecía conocer todas las hierbas del campo. Gracias a ello había podido sobrevivir él, alimentándose de las mismas hierbas que le veía comer, porque había echado en un zurrón comida para una semana —una hogaza de pan, miel, queso, frutos secos y manzanas—, pero el prisionero resultó ser infatigable y el hambre hizo que diera cuenta de las provisiones en tres días. "*Como es vegetariano él se está dando un festín de lo más lindo, mientras que yo paso más hambre que un perro callejero. Para llenar el*

estómago con estos hierbajos tendría que ponerme a pastar todo el día como un buey", recordaba haberse quejado viéndolo comer tan apaciblemente mientras él mascaba con asco la verdura, escondido tras algún árbol rocoso y frío. No pudo cazar para no llamar su atención, ni pudo desviarse en pos de alguna presa porque hubiera corrido el riesgo de perderlo de vista. Así que cada vez que divisaba en la espesura del bosque una liebre, una ardilla o algún bicho de cuatro patas maldecía al augusto, al comandante, al obispo y a las respectivas madres que los habían parido. Y entonces, de repente, al quinto día de marcha, mientras iba andando tan tranquilo, siguiéndolo a una distancia prudencial, lo atacaron aquellos hombres asno. Le cayeron encima salidos de la nada. El prisionero tuvo que verlo todo, porque era imposible que no escuchara los zarpazos fríos y estridentes del hierro, los quejidos de los golpes, los aullidos por las heridas, los gemidos de los moribundos. "*Sí, tuvo que ser él quien aprovechó la ocasión para atacarme por la espalda mientras remataba al segundo de los asaltantes*". Si no lo mató sería en agradecimiento por haberle llevado la comida cada noche, salvo los días de la tortura y los que Constantino decidió ponerlo a dieta.

Lo que más raro se le hacía era no hallar en su cuerpo una sola herida grave, habiendo quedado la cabeza salva de todo golpe. ¿Cómo era posible? ¿Cómo pudo el prisionero, de natural delgado y quebrantado por la tortura que le habían infligido, atreverse a atacarlo a él, aunque fuese por la espalda y a traición, pero armado y de considerable envergadura, soldado profesional, ducho en el cuerpo a cuerpo, acostumbrado a los más violentos golpes a que habitúa la disciplina militar? ¿De dónde sacó esa confianza en sí mismo para volver sobre sus pasos a derribarlo de un golpe certero en lugar de aprovechar la ocasión para huir? Debía de estar muy seguro de poder dejarlo inconsciente de un solo golpe, pues de lo contrario habría sido una temeridad. Una locura. Un suicidio, más bien. Y después estaba la cuestión de qué hubiera sucedido si los asaltantes lo hubieran matado a él. ¿También habría podido dejarlos a ellos inconscientes? ¿Por qué no aprovechó la coyuntura para escapar? ¿Por qué se esperó a ver el desenlace? A uno de ellos hubiera sido fácil cogerlo desprevenido, pero el segundo lo habría visto venir y lo habría ensartado como a un arenque. ¿O es que acaso eran de los suyos que acudieron a rescatarlo y por eso esa confianza de volver sobre sus pasos a contemplar la lucha? ¿Qué clase de hombre era aquél? ¿Era un hombre… o un fantasma? En aquel momento, Marcial no habría jurado ni lo uno ni lo otro. De nuevo le volvió el terror supersticioso que lo invadió la primera vez que lo vio. Ahora casi se alegraba de haberlo perdido de vista. Lo complicado sería explicárselo de forma convincente al augusto.

Se acercó a los cadáveres y los escudriñó con atención. Desde luego, no tenían trazas de bandidos. Tenían las caras descubiertas, sin las máscaras de asno, y Marcial volvió a pensar que quizá había sido una alucinación o una pesadilla. Lo habría soñado. "*Sí, sería eso*", trató de convencerse. "*A veces los sueños son tan lúcidos que al despertar creemos que han sido ciertos. Así han nacido muchas religiones. No son los dioses sino los sueños los que obran milagros*". Y si había dormido tanto tiempo, reflexionó, tanto más intensos habrían sido los sueños y tanto más reales le parecerían. Sí, sin duda sería eso. Es cierto que no recordaba haber soñado, pero eso no significaba que no lo hubiera hecho. "*Qué tontería, claro que ha sido un sueño* —se dijo a renglón seguido, riéndose de sí mismo—*, ¿por qué iban a llevar máscaras de asno, dónde se ha visto semejante necedad?*". Se concentró de nuevo en los cadáveres. Observó con curiosidad sus capas negras. Aunque estaban destrozadas por la pelea, se notaba a una legua que eran de buena calidad. Debajo de ellas, las túnicas, también negras, no desmerecían la buena factura de las capas. No vestían harapos andrajosos como los bandidos. Reparó en que no llevaban sandalias y sin embargo tenían los pies intactos. No los tenían callosos y curtidos, ni siquiera sucios, como quienes acostumbran a andar descalzos. ¿Se las habría robado el prisionero? Entonces cayó en la cuenta de que tampoco estaban las espadas. Marcial, instintivamente, desenvainó la suya y miró en derredor. Podía ser que el prisionero les hubiera robado las sandalias para afrontar con garantías el regreso a su guarida, pero era poco probable que también se llevase las espadas. No era hombre beligerante y sería estúpido cargar con ese peso muerto. Además, se trataba de pasar desapercibido, no de parecer un delincuente. Debían de haber sido bandidos. Si no se habían llevado las capas y las túnicas era porque estaban destrozadas y además con claras señales de haber recibido cortes, por lo que intentar venderlas sería exponerse a que alguien los denunciase por homicidio y los ahorcaran. Pero, ¿por qué a él no le habían robado su espada y sus sandalias? Los bandidos no tenían piedad con los moribundos. Entonces, ¿habría sido el prisionero? "*Podría venderlas para costearse el viaje de regreso*", pensó, encontrando en esta nueva conjetura una respuesta convincente, envainando de nuevo la espada. ¿Por qué no lo habría desarmado a él? ¿Quién deja armado, y vivo, a quien te persigue? Las sandalias se las habría dejado por compasión, ¿pero la espada?

Era inútil seguir especulando. Si seguía pensando en el prisionero como en un hombre ordinario jamás hallaría una respuesta. Y si no lo era, no sabiendo lo que era, no tenía sentido intentar entenderlo. Lo único que podía hacer era dar gracias de seguir vivo.

Volvió sobre los cadáveres y los examinó con la esperanza de

encontrar alguna pista que pudiera revelarle quiénes eran o de dónde venían. A bote pronto diría que eran latinos, probablemente sureños. Instintivamente les miró los pies en busca de un tatuaje similar al del prisionero. Nada. Al menos, pensó, eso descartaba que formaran parte de la organización del prisionero. Claro que ésa era una suposición precipitada, rectificó enseguida. "*Un funcionario y un legionario sirven al mismo augusto y examinados por separado parecería que sirven a amos distintos"*, se corrigió para no descartar tan pronto la hipótesis de la colaboración. Pero si pertenecieran a la misma organización, ¿quién les habría dado el chivatazo? Sólo podía haber sido el obispo. Y esa conjetura, que era la más plausible, descartaba la posibilidad de que el obispo y el prisionero estuvieran en el mismo bando, porque entonces él no hubiera necesitado ninguna cruz de salvoconducto. Y además Osio fue el más interesado en despellejar al prisionero para hacerle cantar salmos. Al venírsele a la mente el obispo sintió que la ira se adueñaba de él. "*¡Ese perro nos ha traicionado a todos! Los ha enviado para secuestrarlo a escondidas del augusto y terminar de interrogarlo hasta que cante o muera*".

De repente escuchó un ruido y todos los músculos se le tensaron. Se quedó inmóvil como un león al acecho, intentando aguzar su instinto para calibrar el peligro. Debía compensar con la experiencia el aturdimiento de sus sentidos, tan mermados que sería una temeridad confiar sólo en ellos. Desenvainó la espada lentamente y esperó para medir bien el riesgo antes de reaccionar. Los bosques estaban atestados de bandas de salteadores, colonos y esclavos que se habían fugado de sus tierras para huir de la opresión fiscal y la más oprobiosa servidumbre. Si caían sobre él, armados con palos y aperos de labranza, podía darse por muerto. Eso sí, no pensaba regalar el pellejo. Aunque no se hallase en las mejores condiciones haría que más de uno hincase las rodillas en tierra. Al menos moriría luchando y se evitaría el engorro de dar explicaciones al augusto, pensó resignado, incluso con cierto alivio, sin lamentar su suerte.

Entonces, a unos veinte metros de distancia, vio pergeñarse una figura infantil que salía con cautela de la protectora sombra de un roble. Su aspecto no era amenazante, pero no pensaba fiar la vida a las apariencias. Podía ser una trampa. Hizo un esfuerzo para conjurar el mareo y no mostrar ningún síntoma de debilidad. Al dar dos pasos al frente, Marcial vio que era un pilluelo andrajoso que vestía las costras de una túnica de arpillera deshilachada. No tendría más de doce años. Y por su expresión, insegura, y su forma de mostrarse, demasiado precavida, Marcial dedujo que sería un huérfano abandonado que se dedicaba a la rapiña, asaltando a los incautos viajeros que viajaban solos mientras sesteaban entre fonda y fonda. Las bandas de salteadores no los querían con ellos hasta que estaban

más crecidos, pues tan chicos les eran más un estorbo que una ayuda. Y raras veces se asociaban entre ellos, pues la inmadurez no les alcanzaba para comprender las ventajas de la cooperación y terminaban riñendo por el reparto del botín. Así que se hallaban completamente desamparados y hambrientos, lo que los volvía tan precavidos como temerarios, y tan cobardes como feroces si encontraban una víctima indefensa.

El pilluelo se acercó un poco más con cautela, hasta a unos diez pasos de distancia.

—¿Cuánto tiempo llevas espiándome? —le preguntó Marcial envainando la espada para que viera que no tenía intención de hacerle daño—. ¿Viste lo que me sucedió?

El crío asintió con la cabeza. Levantaba la vista y respiraba con cortas inhalaciones, al estilo de los conejos, como si olfateara el peligro. Las legañas y la falta de vitaminas le dificultaban atisbar las intenciones del soldado. Los modales de Marcial le parecían inofensivos, pero el instinto lo mantenía alerta.

—¿Qué sucedió, quién me golpeó? —lo interpeló Marcial.

—El hombre pálido —balbuceó el pilluelo, con miedo en los ojos.

—¿El hombre pálido?

—Sí, al que ibas siguiendo.

—¿El hombre al que seguía fue el que me dejó inconsciente?

"*Eso corrobora mis deducciones. El crío dice la verdad*".

—Sí. Cuando mataste a ése —dijo señalando con el dedo uno de los cadáveres—, él te cayó por detrás y te dejó inconsciente. Yo pensé que te había desnucado, porque caíste a plomo. Te saltó encima y te derrumbaste como un muerto.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días.

—¡¿Dos días?! —exclamó Marcial sobresaltado, echándose las manos a la cabeza. Hasta ese momento, no sabía por qué, había tenido la esperanza de que sólo hubieran sido un par de horas.

—¿Y después qué hizo? —preguntó, calmándose.

—Te registró.

—¿Me registró?

"*La cruz, el salvoconducto*", pensó con la mayor perplejidad, e intuitivamente se palpó el cuello y comprobó que ya no tenía la cadena de la que colgaba la cruz. Aquello le produjo una gran congoja. "*No puede ser… ¿Por qué iba a querer robármela? Si Osio anda*

buscándolo, por más cruces que se cuelgue al cuello no le servirán de nada. No es alguien que pase inadvertido y pueda engañar a nadie fingiendo ser otro".

—¿Te ha robado algo de valor? —le preguntó el pilluelo al verlo tan preocupado, lamentando que se le hubiera escapado al registrarlo.

—No, no… ¿Qué hizo después?

—Después vino hacia mí. No sé cómo me vio, porque ni respiré. No intenté huir porque pensé que pasaría de largo, pero vino directo hacia mí —respondió el pilluelo mostrando signos de aprensión en la mirada.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo que no tuviera miedo, que no me haría daño. Me dijo que te vigilara hasta que despertaras para protegerte de las alimañas y que te refrescara de vez en cuando los labios con agua.

Marcial se estremeció. ¿Qué clase de hombre era aquél que después de sufrir la más cruenta tortura se preocupaba por la salud de su carcelero, quien además lo estaba siguiendo con a saber qué aviesas intenciones? También lo sobrecogió la aprensión con que el pilluelo hablaba de él. "*Comprar la voluntad de estos truhanes no es fácil* —pensó, turbado por lo inexplicable del caso—. *Y el prisionero no llevaba ni una moneda encima. Además, aunque le hubiera pagado, éstos no cumplen lo prometido sin supervisión. No tienen más ley que la del instinto de supervivencia. Lo normal hubiera sido que el pilluelo huyese del lugar del crimen, por mil promesas que le hubiera hecho.* "*¿Por qué ha cumplido lo pactado? ¿Tanto miedo le inspiró?*".

Marcial tuvo un fogonazo, una intuición desesperada. Eso sí, debía mostrarse seguro si quería que el órdago diera sus frutos, porque no sería fácil que el pilluelo arriesgase su botín. Y eso en caso de tenerlo, de lo cual no estaba seguro.

—Déjame ver las espadas —le exigió con autoridad.

—¿Qué espadas? —vaciló el pilluelo.

—Vamos, chico, no me enfades —dijo llevando la diestra al pomo de la suya para hacerle entender que no se andaría con juegos—. Sólo quiero verlas. Ha sido mi batalla, pero te regalo los despojos por haberme ayudado. Para que veas que las buenas acciones tienen su recompensa.

—No me las tienes que regalar porque son mías —le replicó el pilluelo atropelladamente, delatándose—. Podía haberme quedado también con la tuya si hubiera querido —protestó mosqueado, temiendo perderlas.

Las espadas, como había imaginado Marcial por el porte de los

asaltantes, eran de hierro de primera calidad, templado con mimo y arte por una mano experta. Las examinó buscando alguna muesca que delatara su procedencia, pero parecían haber sido forjadas adrede para defender su anonimato.

Aunque en realidad no eran las espadas lo que quería ver. Fue sólo la excusa para meterle miedo al pilluelo y que no se atreviera a mentirle. Ahora ya podía pedirle lo que de verdad quería.

—Déjame ver las máscaras de asnos —le ordenó con tono perentorio e innegociable. Seguía sin estar seguro de que fueran reales y no producto de una pesadilla, pero no podía mostrar vacilación ante el pillastre. El más ligero titubeo y se las escamotearía por miedo a que se las quitara.

—¡Pero también son mías! —respondió el crío, cayendo en la trampa—. ¡Los titiriteros me darán un buen precio por ellas! —rezongó, defendiendo su propiedad y yendo a buscarlas a regañadientes. No le gustaba el cariz que estaban tomando los acontecimientos y empezaba a arrepentirse de no haberlo desvalijado y haber huido a tiempo.

"*Así que no estaba delirando. No se entremezclaron mis recuerdos con mis pesadillas. Realmente me atacaron hombres—asno, quiero decir, hombres con máscaras de asno*".

El pilluelo volvió con las dos máscaras y Marcial las examinó con mucho interés. Eran de cuero, forradas con un fieltro muy suave por la cara interior. El tacto era similar a la caricia de una mano delicada de mujer. Las examinó a conciencia durante un buen rato hasta descubrir un sorprendente hallazgo que lo dejó atónito: en la parte interior, en la zona que correspondía a la fontanela anterior del cráneo, habían grabado en miniatura el número LXX. El mismo número que estaba grabado en la cruz que le dejó el obispo en la mesita. Marcial no daba crédito a sus ojos. Las examinó una y otra vez para cerciorarse de que no era una alucinación ni producto de su visión borrosa. No, no había duda, en ambas estaba grabado el misterioso número. ¿Eso significaba que eran cristianos y estaban confabulados con el obispo? ¿Desde cuándo los cristianos luchaban con espadas y llevaban máscaras de asno? Y sobre todo… ¡¿qué narices pintaba el obispo en toda esta historia?! ¿Quién los había enviado, quién sabía que pasarían por allí? ¿Los estaban siguiendo o los estaban esperando? Sintió que le hervía la sangre. En aquel momento nada deseaba más que tener entre sus manos el pescuezo de Osio para estrujárselo hasta hacerle cantar como a un jilguero.

—¿Por qué no me has desvalijado a mí también? —le preguntó sin ironía.

—El pálido me dijo que te diera esto y que sabrías recompensarme —le respondió enseñándole la cruz que le diera el obispo a modo de salvoconducto.

"*Ajá, ha sido astuto. Era la única forma de engañar al chico para que no me desvalijara y se esperase a que despertara*", dedujo, alargando la mano con ansiedad para recuperarla.

El pillastre, que no pensaba acercarse mucho a él, se la lanzó por los aires con mucho tino, acostumbrado a tirar piedras. Por la ansiedad con que la recibió Marcial, el pillastre maldijo su inocencia. Esos dos palos cruzados de plata debían valer mucho más de lo que había calculado.

—¿Y el pálido —no era cuestión de discutir con el mocoso el apelativo que mejor le casaba—, hizo algo con los que me asaltaron? ¿Los registró, rezó por ellos, los tocó, los reconoció?

—No, a ellos ni se acercó. Como si no existieran.

Marcial se quedó atónito al escucharlo. "*¿Ni siquiera se acercó a ellos por curiosidad?*". Le parecía todo tan surrealista que ya no sabía qué pensar. ¿Quiénes demonios eran y qué querían?

—¿Les cogiste algo más? Te juro que sólo quiero la cruz.

—No. Sólo las espadas y las máscaras.

El tono del pillastre cargaba tanto recelo por haber perdido la cruz que Marcial supo que no le mostraría nada más.

—¿Por dónde se fue?

El pillastre le señaló vagamente una dirección al azar. Marcial comprendió que el prisionero le habría hecho jurar que no le indicaría la dirección correcta. Y aunque se hacía el valiente, estaba aterrorizado. "*Es imposible alcanzarlo. Dos días de ventaja, sin saber adónde se dirige, es una distancia insalvable*".

—No conseguirás alcanzarlo —le adivinó el pensamiento el pilluelo —. Era un fantasma.

A Marcial se le heló la sangre al escucharlo.

—¿Por qué dices eso?

El pilluelo se encogió de hombros, sin darle más explicaciones, como si fuera una verdad indiscutible.

Marcial sabía que no era un fantasma porque lo había visto derramar sangre a borbotones mientras lo torturaban. Aun así, el miedo supersticioso volvió a apoderarse de él.

—Vas a venir conmigo y le vas a contar al augusto Constantino todo lo que me has dicho.

—¡No! —exclamó el pilluelo, aterrorizado al oír el nombre de Constantino. Un horror parecido al que hubiera sentido si lo hubiera amenazado con llevarlo a la guarida de ése que creía fantasma.

El pilluelo salió corriendo despavorido y Marcial no pudo detenerlo. Tenía una debilidad tal que le flaqueaban las piernas. Le gritó que no tenía nada que temer, que se lo juraba por su vida, pero el pilluelo, que temía más a la justicia humana que a la divina, y teniendo seguramente muchos delitos en su haber de los que dar cuenta, no quiso escucharlo. Sólo se detuvo cuando estuvo a una distancia prudencial y al cerciorarse de que no lo perseguía.

—¡Espera, chico! —le gritó Marcial—. ¡Te dejas tu botín! ¡Y tu recompensa! —dijo sacando unas monedas del bolsillo oculto del tabardo y depositándolas sobre una de las espadas—. ¡Si sabes venderlas, conseguirás bastante por ellas! Dudo que las haya mejores por aquí.

El pilluelo miraba con codicia las monedas, pero era tal el miedo que le tenía a la justicia imperial que no se atrevió a protestar. Además estaba agradecido y hasta extrañado de que el soldado cumpliera su palabra y le dejase las espadas.

—¡¿Por dónde queda Tréveris?! —le gritó Marcial.

Esta vez sí, el pillastre no vaciló en indicarle la dirección correcta, acercándose a las espadas y el dinero a la misma velocidad con que veía alejarse a Marcial.

Con la cabeza revuelta por mil pensamientos disparatados, Marcial se puso en marcha, desandando el camino. Regresaría a Tréveris para dar cuenta de lo sucedido a Constantino. No tenía sentido perseguir a un fantasma. Muy a su pesar, esta absurda idea que lanzó el pillastre comenzó a parecerle la más verosímil. Al menos, de momento, era la única que explicaba todo lo que le había sucedido. Eso sí, intuyó que el secreto de las máscaras de asno era mejor callárselo hasta averiguar algo más sobre la naturaleza de las mismas, con ese misterioso pero ya familiar número grabado en ellas. Algo le decía que era un secreto valioso que podía descubrirle algo importante y que en cambio su confesión, o su revelación, le acarrearía problemas. Ni siquiera sabía quiénes estaban metidos en el ajo. De todos era sabido el indecoroso coqueteo de Constantino con los cristianos. Sí, de momento lo más prudente era que el augusto no supiera que había descubierto las máscaras que incriminaban a los cristianos. Con Osio tendría una conversación muy seria sobre fantasmas y cruces y hombres asno. Pero una conversación tan seria como privada.

Mientras caminaba de regreso, pensando en las palabras idóneas

para justificar su fracaso y no enfurecer al augusto, se acordó de lo que le dijo Cleo sobre el bibliotecario y tomó la decisión de visitarlo tan pronto como pudiera. Si les tenía tanta inquina a los cristianos posiblemente los habría estudiado lo suficientemente bien para comprender sus debilidades y sabría qué significaba el número LXX y si las máscaras de asno también tenían relación con ellos. Pero antes, claro, tenía que tantearlo para saber si podía confiar en él. El solo hecho de que Cleo se lo hubiera señalado lo hacía sospechoso.

Poco a poco, mientras avanzaba, se fue calmando y sus pensamientos fueron descendiendo hasta los hechos más concretos y prácticos. ¿Cómo le explicaría al augusto lo sucedido? ¿Cómo podría evitar que el baldón de su fracaso perjudicara su carrera? Al sentir la cruz recuperada en el pecho tuvo un estremecimiento. Se había olvidado de ella. "*Ya lo que me faltaba, tener que darle explicaciones al augusto de por qué llevo una cruz al cuello*", pensó mientras se la quitaba y la escondía en el bolsillo oculto de su túnica, junto a la *tessera* que daba fe de su amistad con Máximo. Entonces, inevitablemente, volvió a acordarse del obispo: "*Oh, maldito intrigante, me has enviado a un par de sicarios a darme matarife para que nunca pueda revelar que le pasaste un mensaje secreto al prisionero. Y antes de eso enviaste cinco correos a cinco destinarios distintos dispersos en el Imperio*". Aunque, si lo quería muerto… ¿por qué entonces le había dado una cruz que le había salvado la vida? ¿Quiénes estarían conchabados en este asunto? De alianzas perversas estaba hecha Roma. Al obispo lo sabía en la trama. Le hizo entregarle un mensaje al prisionero, le dio un salvoconducto y se marchó, lo que le habría permitido informar a los dos asaltantes de la fuga. "*Y el comandante* –se le vino extrañamente a la cabeza, en una conexión imposible—*, desde el primer momento ha tenido un comportamiento extraño con el prisionero. Su sola presencia lo ponía nervioso, como si le removiese algo por dentro. Fue piadoso y clemente con él, mostrando dos virtudes hasta entonces desconocidas en su persona. Y fue a él al que casualmente se le ocurrió este plan de dejarlo escapar y que yo lo siguiera. ¿Habrá contratado él a los sicarios para secuestrar al prisionero, aun sabiendo que yo iría tras él y daría la vida por impedirlo?"*. Esta conjetura le dolió profundamente. "*El número LXX en las máscaras de asno… ¿será sólo para despistar? En caso de que saliera mal, podría culpar al obispo…"*. Se volvió a palpar la cabeza. ¡Ni siquiera tenía un chichón!

Una nueva humillación

Tréveris

Al día siguiente de la embarazosa visita de Cleo mandaron llamar a Máximo.

Al llegar al palacio, un oficial de la guardia palatina lo estaba esperando al pie de la escalinata. Máximo lo reconoció. Había jugado con él a los dados en York, al poco de la proclamación de Constantino como augusto.

Máximo se dirigió hacia él como un viejo camarada, pero el oficial lo recibió con frialdad, como si no se acordara de él o se hiciera el despistado. Obviamente, era lo segundo. Máximo no era un apestado, pero todos sabían de quién era hijo y las reservas que Constantino mostraba hacia él. Esto era suficiente para que nadie se atreviera a mostrarle abiertamente simpatía. Y menos cuando se empezaban a ganar galones. Por si las moscas. La única excepción era Marcial. Él nunca ocultó la amistad que los unía ni le dio la espalda. Claro que Marcial se lo podía permitir. Marcial era hijo de uno de los generales que con mayor lealtad había servido a Constancio, el padre de Constantino, y el comandante en persona había tutelado a aquel hijo de un héroe muerto en batalla. Compañero y amigo suyo. Y además era el prometido de Cleo, la sobrina predilecta del augusto. Al acordarse de ella, Máximo sintió un profundo malestar.

En el palacio no había menos agitación que en el campamento. La seguridad personal de Constantino se había reforzado y había soldados de aspecto fiero apostados en cada rincón del mismo. Un enjambre de sirvientes y funcionarios trabajaban afanosos, yendo y viniendo sin descanso, arreglándolo todo para la inminente partida con eficiente diligencia, sin olvidar un detalle, por nimio que fuese. El traslado de un augusto no requería menos logística que el trasplante de una ciudad.

—Me alegra verte —saludó a Tiridates al cruzárselo de frente en uno de los pasillos.

Se detuvo apenas unos segundos para estrecharle la mano, porque el oficial que lo guiaba enseguida gruñó al detenerse. Tiridates le respondió con la misma cortesía y afecto, gratamente sorprendido de volver a verlo. Habían coincidido seis meses en York y sintieron desde el primer momento la natural simpatía que nace entre los perdedores.

Máximo lo notó más serio de lo que recordaba, más maduro, más sufrido. Hasta su aspecto era distinto, sin peluca ni maquillaje ni uno de esos disfraces extravagantes con que el histrión se granjeaba las burlas de todo el mundo. Ahora su aspecto era austero y formal, lo que hacía destacar a su compañero, al que sí recordaba igual, estrafalario y emplumado como un pavo real. Era el usurero Sempronio. Le sorprendió mucho verlos juntos. Parecían una pareja cómica, pero Máximo sabía que Sempronio había sido nombrado cuestor de finanzas y no se rebajaría a hacer de comparsa para el histrión, así que dedujo que más bien sería lo contrario, que Tiridates habría cambiado el escenario por la administración o el banco. "*Extraña pareja*", pensó de nuevo al verlos juntos.

Ese encuentro fortuito con Tiridates le trajo a la memoria a Martina, la joven judía amiga de Tiridates e íntima de Cleo, otra que le cayó bien desde el principio, aunque se puso muy pesada al intentar seducirlo. Al pensar en ella Máximo sonrió y deseó que Tiridates le pusiera al corriente de sus vidas. El apremio de la entrevista con el augusto lo disuadió de saciar su curiosidad, pero ya encontraría ocasión para departir con él en otro momento. Además tampoco le apetecía hablar de cosas íntimas delante de Sempronio, quien lo miraba con una sonrisa sarcástica. "*Maldito hijo de puta* —pensó Máximo al saludarlo fríamente—. *Por culpa de gente como tú siempre habrá guerras y miseria en el mundo*".

Antes de llegar a su destino, Máximo todavía tuvo que recorrer muchos pasillos, subir grandes escalinatas y atravesar cinco grandes salas atestadas de oficiales de alto rango, de poderosos magistrados, funcionarios varios, peticionarios y miembros de la familia imperial, antes de llegar al ala donde Constantino despachaba los asuntos oficiales.

Máximo estaba maravillado del lujo oriental que impregnaba cada rincón del palacio. El palacio de York era suntuoso y magnífico, pero nada comparado con éste. Aquél atesoraba una sobriedad clásica impecable mientras que éste era una mescolanza extraña de gustos y modas extranjeros. Ello lo ponía sobre aviso de lo que iba a encontrarse. Él había conocido al Constantino guerrero, al valiente y digno sucesor de su padre, arrogante y soberbio, pero franco y llano con sus colegas. Ahora sabía que se encontraría al Constantino regio, semidivinizado e intocable. Se lo habían advertido: un muro

infranqueable comenzaba a levantarse, piedra a piedra, entre el augusto y el resto de los mortales.

La puerta que daba a la sala de audiencias pública, de roble macizo con costuras de bronce, estaba cerrada. Dos enormes bárbaros la custodiaban.

Bajo una de las altas ventanas había un rústico banco de madera que contrastaba con el lujo circundante. Era la forma que tenía Constantino de darles una lección de humildad antes de recibirlos y predisponer así sus ánimos a la más completa sumisión en su presencia.

—Debes esperar —le dijo el soldado con el que había compartido veladas en York jugando a los dados y que ahora ni se dignaba a mirarlo a los ojos, señalándole el banco—. El augusto no podrá atenderte hasta dentro de una hora.

Máximo lo sintió como una nueva puñalada. "*¿Para esto tanta prisa?*". Aunque por otra parte le vendría bien relajarse un poco.

La espera se hizo eterna. Transcurrieron más de tres horas antes de que sonara la campana y los dos bárbaros agarraran los tiradores de plata de las puertas para abrirlas y dejarle entrar. A esas alturas Máximo tenía los nervios deshechos y el cuerpo agarrotado de permanecer tanto tiempo sentado en aquel incómodo banco.

Entró a una amplia sala de mármol travertino con las paredes tapizadas al estilo oriental más caprichoso. Tres grandes chimeneas encendidas arrojaban amenazadoras llamas capaces de arredrar a los más pusilánimes. En la pared del fondo, en una especie de trono de madera de Líbano ricamente taraceado con motivos bélicos, esperaba sentado un hombre grueso, calvo, ataviado con una túnica verde de seda damasquinada y los dedos ensortijados como los de una mujer. "*¡Que me aspen si ése no es Amelius, el eunuco, el superintendente del Sagrado Dormitorio!*". Máximo se quedó perplejo al verlo sentado en el trono. Durante la semana que había pasado en el campamento, Máximo había escuchado muchas veces a los oficiales con los que compartía tienda comentarios despectivos sobre el eunuco, así como profusas descripciones cáusticas, por lo que lo reconoció nada más verlo y le pareció una broma pesada. ¡Estaba sentado como un rey en su trono! A su lado, en una silla más baja y pobre, estaba sentado el comandante, malhumorado, con las manos entrelazadas y muy serio, con cara de pocos amigos. Aquella posición subalterna era una bofetada a su orgullo.

Al altanero comandante sí que lo conocía bien porque había sido su instructor en York.

Los guardias cerraron la puerta a su espalda y Máximo se acercó con suma dignidad, disimulando su decepción. Se olvidó del ascenso y un mal presagio comenzó a pellizcarle el estómago.

No había ninguna silla dispuesta para él. Cuando llegó a unos cinco pasos de ellos, Amelius levantó la mano para indicarle que se detuviera. Máximo saludó con una inclinación de cabeza al comandante y éste le devolvió el saludo. Era toda una cortesía viniendo de él. Máximo tenía buenos recuerdos del comandante. Era severo, pero justo. Y sabía que el aprecio era mutuo, pese a que no pudiera mostrarlo en público para no despertar suspicacias en Constantino.

—El augusto no puede recibirte en persona porque tiene que atender asuntos más graves y urgentes —proclamó con voz solemne y malvada el eunuco, regodeándose con el agravio.

"*Asuntos más graves y urgentes*". La frase traspasó a Máximo, se le licuó en las venas y sintió cómo su fuego humillante le recorría todo el cuerpo, quemándole las vísceras. Casi sonrió al lamentarse por su ingenuidad. Nuevamente. Sus sueños sucumbían en el vórtice de la tormenta más negra, cuyos relámpagos anunciaban desgracias. La sonrisa macabra del eunuco era como un volcán a punto de escupir lava suficiente para incinerar los sueños de la humanidad, y el semblante sombrío del comandante… Bueno, a eso ya estaba acostumbrado.

Con un gesto amanerado, Amelius lo invitó a acercarse un poco más, hasta situarse frente a él, a unos tres pasos, como si quisiera una intimidad proporcional al alcance emocional de sus palabras.

—Mi querido Máximo, tenía muchas ganas de conocerte en persona —dijo Amelius tras un largo y tenso silencio que dedicó a estudiar al ultrajado decurión de caballería, quien guardaba la compostura con una ridícula seriedad—. He oído hablar mucho de ti y me halaga tener el honor de recibirte. Todos los informes que nos han llegado son excelentes. Ninguna queja y todo alabanzas.

A continuación, con cierta mordacidad —o al menos así lo percibió Máximo—, Amelius le reconoció de corrida, en nombre del augusto Constantino, sus méritos. Pero sus ojos, cínicos como los de los sentenciados a muerte que saludan al César, desmentían cada una de sus palabras.

—Todos mis méritos se los debo al augusto —respondió Máximo con la formalidad que exigía el protocolo, con los labios tensos y sin parpadear. Sabía que a menudo las palabras más seductoras escondían el más letal veneno.

—Algo del mérito será tuyo –dijo el eunuco, aflojando una risa

estúpida ante la solemnidad de Máximo.

Máximo se mordió la lengua, desconcertado por la impertinencia del castrado. ¿Qué narices pintaba allí aquel esclavo? ¿Cómo era posible aquella insolencia, sentado en el trono, más alto que el comandante invicto? ¡Era un insulto a Roma! Pero no podía olvidar que aquel hombre hablaba por boca de Constantino y habría recibido instrucciones precisas para la entrevista. De cualquier otro modo el comandante ya lo habría usado de alfombra. Cualquier improvisación podía ser interpretada como traición. Ésa era la razón de que estuviera presente el comandante, para vigilarse mutuamente y que ninguno se fuera de la lengua. Constantino se las gastaba así, no se fiaba ni de su sombra. Máximo debía tenerlo muy presente para no caer en la trampa de las provocaciones y darle una excusa al augusto para acusarlo de desacato. Y todo ello sin descartar la posibilidad de que estuviera espiando la escena detrás de alguna de las paredes. Sabido era que disfrutaba con esos juegos.

—Sin duda fue un acierto del augusto confiar en ti —continuó Amelius, con su sonrisa sibilina—. Aunque me consta que tuvo sus dudas. No fueron pocos los que se lo desaconsejaron por ser tú quien eres. O mejor dicho, por ser hijo de quien eres. —Amelius hizo una ominosa pausa para estudiar su reacción—. No es justo que los hijos paguen por los pecados de sus padres, ¿verdad? —preguntó con retranca, girándose para mirar al comandante, quien permanecía impasible, mascullando sus propios pensamientos—. La gracia que te concedió el augusto al confiar en ti, a pesar de las voces críticas que trataban de indisponerte ante él, ha sido recompensada por tus leales servicios. Ahora el augusto, siempre magnánimo, quiere darte la oportunidad de ir más allá y demostrarle a tus detractores que no sólo no se equivocó contigo sino que acertó plenamente. Quiere darte la oportunidad de que le devuelvas el favor que te hizo al admitirte en su ejército y nombrarte oficial, como corresponde a tu buena crianza.

Las circunlocuciones del eunuco exasperaban a Máximo. Y a juzgar por la cara del comandante, también a él parecían darle ganas de romperle la crisma al bellaco por no hablar llano y decir las cosas claras. Lo que más mosqueó a Máximo fue la mención de su padre. No podía presagiar nada bueno. El eunuco era hábil zurciendo trampas con las palabras. Máximo no sabía en qué desembocaría aquello, pero algo le decía que en nada bueno. De momento era un insulto lo del nombramiento de decurión correspondiendo a su buena crianza. ¿Bromeaba? Sus ancestros comandaban ejércitos y engrandecían el Imperio cuando los ancestros de Constantino todavía eran bárbaros incivilizados. Si tuviera que corresponderle por los servicios prestados al Imperio por su familia debería ponerse a sus pies, en lugar de

pisotearlo.

—Supongo que estás al corriente de cómo andan las cosas, ¿verdad? —le preguntó Amelius, borrando la sonrisa de la cara.

—No entiendo exactamente a qué te refieres —titubeó Máximo.

—¿De qué crees que hablamos? —atajó el comandante, harto de tanta cháchara—. ¿A qué crees que has venido? ¡De la guerra inminente contra Majencio!

—Sí, claro, estoy al corriente —respondió Máximo tragando saliva. La autoridad del comandante era plomiza y mortífera.

—Bien, entonces no es necesario que te explique lo que va a ocurrir —el eunuco sonrió al ver que también estaba sacando de sus casillas al comandante—. Supongo que puedes imaginarte que en estas circunstancias el augusto quiere asegurarse de tener a su lado a lo mejor del ejército.

Esta vez el tono de Amelius fue entre cínico y adulador. Máximo no pudo evitar que aflorara a su rostro un esbozo de sonrisa. A pesar de las circunstancias, aquellas palabras avivaron su esperanza, conocedor del carácter caprichoso del augusto. Con él era imposible saber a qué atenerse. Tras un golpe bien podía esperarse un abrazo. Tenía el don de confundir hasta a los más duchos en psicología. "*Ahora es cuando me ascenderá* –pensó—, *confiándome el mando de la legión hispana"*. Ya ni siquiera le importaba que no fuera Constantino en persona quien lo hiciera.

—Bien —prosiguió Amelius, estudiando divertido la cara de Máximo, imaginando sus pensamientos—. Tú estás destinado a ser una pieza clave en esta guerra.

Máximo, por más que intentaba mostrar un estoicismo extremo, no podía contener una media sonrisa delatora.

—Haré cuanto me pida y siempre le serviré con la máxima lealtad —dijo muy serio—. Como siempre he hecho —añadió muy orgulloso de sí mismo.

—Así nos consta –corroboró el eunuco sonriendo maliciosamente —. Y así esperamos que siga siendo —sentenció, mudando su expresión divertida por la severa del que manda y exige obediencia ciega, aunque sea en nombre de una tercera persona.

El comandante miró a Máximo con una expresión extraña, defraudada, como a un idiota que se dejara engañar por un tahúr. Máximo se percató de ello y se le puso la carne de gallina. De nuevo los peores presagios nublaron su mente y sus esperanzas se desvanecieron. Sus emociones bailaban como las llamas en un granero incendiado. "*Maldita sea* —pensó—*, que me diga lo que me tiene que*

decir y que acabe de una vez este juego".

—¿Qué sabes de tu padre? —preguntó de sopetón el eunuco.

Este giro inesperado de la conversación cogió desprevenido a Máximo. La cara se le transfiguró. Todo el coraje y la impasibilidad mostradas hasta ese momento se derrumbaron. Un ligero y perceptible temblor se adueñó de él. Cada vez que mentaban a su padre sentía como si lo atravesaran con un hierro al rojo vivo.

—Hace cuatro años que no sé nada de él —respondió con un hilo de voz poblado por el miedo a recibir malas noticias. "*Tampoco de mi madre ni de mis hermanas y sobrinos*", masculló para sí con melancolía.

Amelius asintió, complacido por la respuesta. Sabían por los espías, que lo vigilaban de cerca, que Máximo no se había atrevido a desafiar las órdenes y se había abstenido de mantener correspondencia con su familia durante su estancia en Hispania.

—Tu padre está bien, no tienes de qué preocuparte —intervino el comandante, a quien quizá un buen recuerdo de su subordinado en los tiempos de York o un prurito paternal pareció impelerlo a apiadarse del anonadado soldado y no hacer carnaza con algo tan sensible. Además, después de Marcial había sido su candidato para casarlo con su hija. "*Maldito usurero, me lo vas a pagar muy caro*", pensó al acordarse de Sempronio.

Máximo inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

El eunuco enarcó las cejas y miró de soslayo al comandante, sorprendido por su reciente sensibilidad. Si le agradó o le desagradó era imposible de interpretarse, pues veló sus sentimientos con una sonrisa sarcástica.

—Nuestro querido comandante dice la verdad. No tienes de qué preocuparte. Tu padre sigue en Roma ocupando honorablemente su puesto en el Senado —dijo con hiriente mordacidad.

Máximo le sostuvo la mirada con altivez. Era bien conocido el desprecio que los augustos sentían por el Senado, una institución que desde Augusto no había dejado de perder poder hasta convertirse en un título honorífico vacío. Pero las formas eran importantes en Roma y no había emperador que no intentara tenerlo a su favor. Y su padre era el más influyente y respetado de los senadores. De los pocos que quedaban de rancio abolengo, poseedor de una inmensa fortuna y con capacidad para promover altercados entre las masas hambrientas y desencantadas.

—Supongo que te gustaría verlo, ¿verdad?

Máximo se estremeció. Sonaba a dardo envenenado. Al Senado, atrapado en Roma, no le había quedado otra que apoyar a Majencio, y

esto convertía a los senadores en enemigos naturales de Constantino. La política era la política, y las circunstancias determinaban posiciones que no se correspondían con la realidad.

—Mi único deseo es cumplir las órdenes del augusto —respondió Máximo en un intento evasivo para no caer en la trampa.

El eunuco sonrió ante el embarazo del joven oficial.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó al comandante.

—¿Qué hijo no quiere volver a ver a un padre para contarle sus batallas? —le respondió el comandante con desprecio, como si hablase con un animal desnaturalizado. Su tono fue frío y cortante como el hierro con que en ese momento le rebanaría con gusto el cuello al eunuco. Lo había visto sonreír ante su muestra de sensibilidad y además le parecía despreciable que un eunuco humillara de esa manera a un oficial de la legión.

—Me consta que vosotros estáis muy unidos. O estabais —dijo el eunuco con tono conciliador, ignorando la punzante mirada de su compañero.

Esta frase fue como un sablazo para Máximo. Ya no había duda: había juego sucio. Se le estaba preparando la horca.

Antes de que pudiera balbucear otra respuesta evasiva, Amelius se le adelantó:

—Constantino quiere que partas inmediatamente y te reúnas con tu padre. No debe verte nadie en Roma. Ve directamente a la villa familiar. Nos consta que cada vez pasa más tiempo en ella —anotó el eunuco, estudiando en la cara de Máximo el desconcierto ante un espionaje tan eficaz incluso en tiempos tan revueltos. Era toda una advertencia—. Y si acaso no estuviera allí, envíale un recado con un criado de confianza para que acuda lo más pronto posible a tu encuentro. Allí le entregarás este pergamino.

El eunuco le alargó un pergamino lacrado con el sello imperial. Máximo lo cogió y lo escondió bajo la túnica.

—Tienes que convencerlo para que acepte las condiciones.

Máximo titubeó. No se atrevía a preguntar cuáles eran esas condiciones, pero necesitaba saber los términos de la negociación, qué podía pactar y qué negar.

—¿De qué debo convencerlo? —preguntó al fin.

—Cuando tu padre lea la carta lo sabrás.

Máximo echaba fuego por los ojos. Necesitaba más instrucciones, pero el gesto cruel del eunuco no invitaba a preguntar nada más. Eso lo convertía en un simple mensajero, ni siquiera en un emisario.

—Quítate esas ropas y ponte las que tienes ahí —lo instruyó Amelius, señalándole un hato de ropa campesina arrimada junto a una pared, en el suelo.

—¿Puedo llevar de escolta a un hombre de mi confianza? —a pesar de la tensión y de que se mascaba la tragedia, Máximo se acordó de su fiel Valerio. El confinamiento le agriaba el carácter. La novedad lo entretuvo los primeros días, pero después empezó a sentirse como una fiera enjaulada. Él lo había obligado a acompañarlo hasta Tréveris. Si ahora lo dejaba tirado en el campamento no se lo perdonaría. Si no quería acompañarlo hasta Roma al menos le daría la opción de regresar a Lyon, donde tendría más libertad de movimientos.

Aquel atrevimiento cogió desprevenido a Amelius. Confiaba en haberlo dejado tan noqueado con sus sutilezas e insinuaciones que Máximo no se atreviera a rechistar. Esa salida de tono no le gustó un pelo: le recordaba su condición servil. Por más vuelos que se diese jamás tendría la soberbia de un patricio. Eso se llevaba en la sangre.

Amelius miró al comandante confiando en que aquél pusiera en su sitio al insolente, pero para su sorpresa el comandante aprobó la demanda de Máximo tirando de galones para marcarse una machada y dejarle claro quién mandaba. Además, salirse del guion era otra forma de rebatir a Constantino.

—Puedes —le respondió el comandante con firmeza—. Aunque será bajo tu entera responsabilidad. Cualquier indiscreción la pagarás con tu vida.

—Lo acepto. Y… —titubeó Máximo—, ¿cuándo debo partir?

—Ahora mismo —sentenció el eunuco con tono conminatorio, desquitándose de sus fallidas predicciones—. Ponte ya esas ropas —le ordenó con altanería, señalándole el hato harapiento que le habían preparado—. No hay tiempo que perder.

—¿Y si me detienen?

—Si te detienen interceptarán el pergamino, que a nada compromete a tu padre puesto que es una proposición que todavía no ha leído y ni siquiera espera —le respondió el comandante para tranquilizarlo.

—Y es absurdo no pensar que el augusto Constantino intente ganarse al Senado —añadió Amelius con una sonrisa espeluznante—. Y a ti… Bueno, quién sabe. O te matarán o te capturarán como rehén para asegurarse la lealtad de tu padre. Eso ¿qué importa?

—¿No se me concede al menos un día para planificar la ruta? —preguntó tragándose el orgullo. ¡A él sí que le importaba su pellejo!

—El augusto ordena que partas ahora mismo y así lo harás —le

respondió el comandante, enfadado. Si algo lo sacaba de sus casillas era que un subalterno cuestionara las órdenes de un superior.

Máximo se vistió allí mismo sin discutir nada más. Le habían dado un tabardo gris piojoso de tela basta y deshilachada que picaba como si estuviera infestado de pulgas.

—Dile al paje de las caballerizas que te dé su tabardo para tu escolta —le dijo el comandante.

—Sí, nadie sospechará de dos campesinos malolientes —apostilló Amelius, sonriendo, vengativo como era.

—En las caballerizas tienes un caballo esperándote —le explicó el comandante, al que no le gustó nada el comentario del eunuco—. Que te den otro parecido para tu escolta.

—Tengo mis dudas de que enviar a Máximo para asegurarnos la adhesión del Senado sea la mejor opción —murmuró Amelius cuando se quedaron a solas—. Sabe demasiado sobre nuestros planes y con lo mal que lo hemos tratado no me extrañaría que se pasara al otro bando.

El comandante se quedó perplejo ante la osadía del eunuco de cuestionar las resoluciones de Constantino. Y menos en su presencia. Empezaban a mosquearle tantas confidencias de sus enemigos íntimos, primero Cayo Publio y ahora Amelius. ¿Lo estaban tentando a la rebeldía acordados con el augusto o verdaderamente a Constantino empezaban a rebelársele sus más leales súbditos? Fuera lo que fuese debía andarse con pies de plomo.

—¿Y cuál sería la mejor opción en tu sabia opinión? —le preguntó con retranca, fiel a su estilo de no mojarse ni lo más mínimo.

—Sin duda, enviar a otro —le respondió Amelius sin vacilar—. Una carta la puede entregar cualquiera. Y dejar a Máximo con nosotros sería la opción más inteligente. Serviría de rehén para que el senador no nos traicionara y se viera obligado a aceptar las condiciones que se le proponen en la misiva. Si lo capturan, serán los enemigos los que jueguen esa baza.

—El senador hará lo que tenga que hacer —le contestó desairado el comandante, mirándolo como a una comadreja inmoral—. No sería el primero que sacrifica a un hijo por defender sus principios —añadió con una mueca imperceptible de dolor—. Así le demostramos que jugamos limpio. Y Máximo ha empeñado su palabra. Cumplirá.

—¡Oh, es imposible negociar con hombres de honor! —se rio el eunuco—. ¡Qué aburrida sería la política si el honor y los principios lo fuesen todo!

Máximo abandonó la sala soliviantado. Era más que un agravio: ¡era un ultraje! Una semana esperando en el campamento y tres horas sentado en un banco de presidio para después ser recibido por el insolente eunuco con el encargo de llevarle un recado a su padre como si fuera un niño pequeño y obediente. Era más de lo que podía soportar.

Vino a aumentar su desdicha un recuerdo tan amargo como la hiel, cuando siete años atrás salió de Roma, del palacio paterno, para enfilarse hacia York con el fin de alistarse en el ejército del recién autoproclamado augusto Constantino. Hizo un juramento tan solemne como honesto. Juró no desamparar jamás sus banderas, juró obediencia ciega y sobre todo juró sacrificar su vida al augusto y al Imperio. Llegó a creérselo. Ahora no podía arrepentirse más de su estupidez. No por haberse alistado, pues lo hizo por imposición paterna, sino por haberlo hecho creyendo en la causa, con la cabeza llena de pájaros. Siete años después seguía desconociendo qué significaban esas banderas que defendía, más allá de las proclamas hueras de la propaganda asumida. Nadie conocía las intenciones últimas de Constantino. De los cuatro augustos que se disputaban el Imperio y habían comenzado a matarse entre sí, sólo Licinio había respetado las reglas del juego impuestas por Diocleciano. Los demás eran usurpadores que habían traicionado y echado por tierra la idea fundamental de la tetrarquía, que era impedir que el Imperio se heredase como un bazar. Demasiadas monarquías hereditarias y sagas familiares de emperadores ejemplificaban el peligro de la herencia sin méritos, error histórico que el augusto Diocleciano quiso enmendar con su sistema. Máximo servía a uno de esos usurpadores. ¡A un heredero! Que fueran ilegítimos o no se la traía al pairo. A fin de cuentas todas las dinastías comienzan con usurpaciones, asesinatos y traiciones, pero participar en una guerra fratricida no le parecía la mejor forma de servir al Imperio. Y menos todavía hacerlo en honor de un augusto que se mostraba tan desagradecido por sus servicios. Sentía la amarga sensación de haberle entregado sus mejores años de vida a un bastardo cruel y despiadado.

A Máximo le costaba mucho ahondar en estas reflexiones, pues inevitablemente debía encarar la cuestión de su padre, algo que le partía el alma en mil pedazos. Fue su padre quien lo empujó a esta locura, en lugar de prevenirlo, como habría hecho cualquier padre juicioso. Esto era descorazonador. Máximo intentaba justificarlo en su conciencia y se decía que también su padre era hijo del destino, que estaba atado a un deber que trascendía el egoísmo. Pero, ¿era verdad que un apellido valía más que quienes lo llevaban? ¿Qué valía un

apellido sin las personas que lo lucían? ¿Era honorable anteponer el honor de la familia al bienestar de un hijo? ¿Era dignidad sacrificar a un hijo para salvaguardar la arrogante y soberbia historia de una gran mentira, como son todas las historias de las grandes familias? Su padre no lo había dudado. Cuando Constantino se autoproclamó augusto en York su padre ideó el plan, dando por sentado que ambos usurpadores llegarían un día a las manos. Atrapado en Roma, sin posibilidad de eludir sus obligaciones bajo la jurisdicción de Majencio, sabía que sería un blanco para Constantino. La única salida para proteger la familia era enviar a Máximo a servir a Constantino para no poner todos los huevos en la misma cesta. Así, si venciera Majencio, él conseguiría perdonar la vida de su hijo por su ascendencia en el Senado, alegando en su descargo su inconsciencia y pecado de juventud; y si venciera Constantino, aunque a él le costara la vida, al haber luchado Máximo a su lado le permitiría heredar y la hacienda quedaría en la familia, sin perderse ni el apellido ni las riquezas. Sólo Máximo sabía que si no le había escrito una sola carta en estos años a su padre no fue únicamente por imperativo del augusto. Ahora el propio Constantino lo obligaba a reunirse con él y a encararlo, cuando cada día que había transcurrido desde que se fuera de casa con la bendición paterna no había hecho sino aumentar la amargura de los reproches, la incomprensión y hasta a alimentar cierta forma difusa de odio que a veces confundía con el amor.

Mientras se dirigía hacia la salida observó en una de las salas un enjambre de arquitectos e ingenieros discutiendo acaloradamente sobre una infinidad de planos esparcidos sobre una enorme mesa de mármol. Máximo sintió curiosidad y se acercó para ver qué era aquello, ignorando las quejas del oficial que lo guiaba hacia la salida. Comprendió entonces que estaban proyectando un nuevo palacio con todo un complejo de edificios alrededor, un gigantesco hipódromo y un descomunal anfiteatro. "*Éste se le queda pequeño para sus aspiraciones* —pensó con terror—. *No sé si a los senadores les va a gustar la idea de cambiar a Majencio por un augusto que sólo tiene intención de pisar Roma para someterla a impuestos con que financiar su nuevo reino*".

El mozo de mulas, bien aleccionado, en cuanto lo vio fue a su encuentro con un caballo de aspecto rudo, viejo y tiñoso.

—¿En serio? —preguntó Máximo, cuyo malestar se acrecentó al ver al maltrecho equino. No pudo disimular un mohín de disgusto.

—¿Acaso eres terrateniente? —le contestó con irreverencia el mozo de cuadras, picado de viruelas y con pinta de pícaro redomado, divertido de verle el careto que se le quedó al ver el jamelgo—. ¿Dónde has visto a un campesino con un purasangre? Que no te

engañe la apariencia —lo calmó riéndose—. Lo he tiznado como si tuviera sarna y le he estropeado los dientes con una lima para que parezca más viejo y peor de lo que es, pero te aseguro que corre como un galgo y es infatigable. Si tienes que escapar te alegrarás de contar con él.

—Necesito otro —lo interpeló Máximo con autoridad.

El mozo se le quedó mirando incrédulo. Nadie le había ordenado que disfrazara a dos purasangre de carreras como mansos de tres al cuarto.

—Necesito un día para prepararte otro —titubeó el mozo de cuadras.

—No tengo ese tiempo.

—Pues entonces te tendrás que llevar un manso de verdad.

—Que así sea —dijo Máximo sin poder evitar sonreír al imaginarse la cara que pondría su fiel Aurelio al tener que cabalgar sobre un mulo.

Al pensar en el hispano sintió una profunda y sana envidia. Se arrancaría las venas para derramar hasta la última gota de su sangre patricia, cuya deuda lo encorsetaba en una diplomacia fría y estéril, en una vida circunscrita a deberes y obligaciones que él no había elegido, por disfrutar, aunque sólo fuera un día de su vida, de la libertad de un buscavidas. De parecerse, aunque sólo fuera un poquito, a Valerio.

De camino al infierno

Campiña romana

Antes de salir de Roma, Silvestre insistió en visitar la colina del Vaticano. Era una costumbre inveterada que el diácono siempre cumplía antes de salir de viaje. Decía que le daba energía para emprender la marcha y consuelo a su alma.

A Lucio no le gustó la idea de detenerse, pero sus protestas no sirvieron de nada. Llevaba la capucha calada hasta las cejas para que nadie pudiera reconocerlo. Aunque ninguno de sus conocidos de taberna lo asociaría nunca con un cristiano, aun así estaba inquieto. Hasta que no salieran de Roma no respiraría tranquilo.

Por suerte, no se cruzaron con ninguna patrulla de la cohorte urbana.

Silvestre se arrodilló ante el humilde monumento coronado por una cruz.

—Aquí fue ejecutado y enterrado el apóstol Pedro —dijo emocionado—. Deberías mostrar respeto y arrodillarte tú también. Pedro fue ejemplar hasta en su muerte, exigiendo a los soldados romanos que lo crucificaran boca abajo porque le parecía indigno morir como el Señor.

—¿Arrodillarme ante un muerto? –refunfuñó Lucio—. ¿Estamos locos? Yo sólo me arrodillo ante los vivos si me están acariciando con una espada y yo estoy desarmado. Y además, eso de que les exigió que lo colgaran boca abajo no te lo crees ni tú. Lo colgarían boca abajo porque les daría la gana.

Silvestre ignoró la blasfemia para no comenzar el viaje con el pie torcido y tras la oración pertinente continuaron el camino. ¡Lo que le quedaba por aguantar!

Fuera del núcleo urbano encontraron un establo y alquilaron un par de caballos de posta. Lucio no tardó en arrear al suyo para intentar ponerlo al galope, pero el animal protestó relinchando y dando coces

al aire, dejándole claro que no era un caballo de carreras.

Ante la tozudez de Lucio, que hasta con los animales discutía, Silvestre optó por sujetarle las bridas para marcarle el paso.

En la Via Appia, para desesperación de Lucio, Silvestre volvió a detenerse y arrodillarse ante otra cruz.

—Aquí —le explicó—, cada veintinueve de junio los cristianos de Roma nos juntamos para homenajear a los dos apóstoles caídos en esta santa ciudad: Pedro y Pablo.

—O sea, que todavía vas a hincar la rodilla otra vez, porque imagino que el tal Pablo también tendrá su monumento —rezongó Lucio, desesperado por salir de una vez por todas de Roma y escapar de la justicia.

Pronto salió de dudas. Apenas habían tomado el camino de Ostia cuando Silvestre se detuvo por tercera vez. Ahora tocaba rezar ante el monumento de Pablo.

Cuando por fin dejaron Roma atrás, Lucio respiró aliviado. Además Silvestre le había soltado la brida y cabalgaba más alegre.

Se habían alejado apenas un kilómetro de la ciudad cuando divisaron a un hombre sentado en el lujoso miliario de mármol que anunciaba el final del camino a Roma. O el principio hacia el resto del mundo. El hombre, alto y corpulento, sujetaba de las riendas a un magnífico semental e iba vestido con un recio tabardo negro de mangas largas. Llevaba la capucha echada y no se le veía el rostro. "*Otro que se esconde*", pensó Lucio, recelando instintivamente de él.

Silvestre adivinó quién era nada más verlo. Un caballo así sólo podía salir de las caballerizas imperiales.

El hombre se puso en pie cuando llegaron a su altura. Silvestre saltó del caballo y lo saludó efusivamente.

—Es un grandísimo placer volver a verte —le dijo, emocionado y admirado al mismo tiempo. Hacía cinco años desde que se habían conocido en persona. Fue la primera y única vez que se vieron las caras. Y había llovido mucho desde entonces.

—Para mí también es un placer —le correspondió con cortesía más fría y diplomática el otro, echándose hacia atrás la capucha y descubriendo el rostro. Era el obispo Osio. Tenía marcado en la cara el cansancio por el largo viaje desde Tréveris.

—¿Y el joven no saluda? —preguntó Osio dirigiendo una mirada interesada hacia Lucio, quien lo observaba con curiosidad desde lo alto de su montura. Nunca había visto a un cristiano con aquel porte áulico y un caballo purasangre.

—Oh, sí, es mi ayudante —respondió Silvestre mirando con

complicidad a Osio—. Bájate y saluda, ¿o es que no te han enseñado modales?

—¿Por qué no os dejáis de presentaciones y salimos pitando? —contestó Lucio malhumorado, haciendo caso omiso de la orden—. Se nos va a hacer de noche y la casa estará helada.

—Está claro de quién ha heredado el carácter —dijo Osio, estudiando al muchacho.

Silvestre se quedó blanco por la imprudencia. Por suerte, Lucio ya había espoleado a su caballo y no escuchó el comentario.

—Hay que tener cuidado con lo que decimos, tiene el oído fino —lo advirtió Silvestre, reconviniéndole con mucha mansedumbre la imprudencia.

—¡Me gusta este sitio! —exclamó Osio, girándose y alzando la vista hacia el promontorio que les quedaba a la espalda. Los ojos le bailaban haciendo planes.

—Es la villa de *Albanum Domitianim* —lo aleccionó Silvestre—, la residencia que el emperador Domiciano se hizo construir entre los años 81 y 96. Sin duda es espléndida. Y las vistas son increíbles. Desde allí arriba se contemplan el lago y el valle en toda su extensión.

—Sería un lugar ideal para contemplar también a Dios —reflexionó Osio con una enigmática y ambiciosa sonrisa.

—Bueno, yo creo que todavía no podemos soñar con algo así…

—¡Claro que podemos! —exclamó Osio, exultante de confianza—. Hay que aprender a soñar. ¡Cuanto más grandiosos sean los sueños, más grandiosas serán las conquistas! —sentenció subiéndose a su magnífico purasangre. A su lado, el caballo de Silvestre parecía un mulo de tres al cuarto.

Aprovechando que Lucio iba unos cien pasos por delante de ellos, hablaron en confianza.

—Bueno, ¿qué impresión te ha causado *mi nuevo ayudante*? —preguntó Silvestre con retranca.

—Lo reconocería a una legua de distancia –respondió Osio con satisfacción—. La misma complexión, los mismos gestos, el mismo carácter. ¡De tal palo, tal astilla! ¿Te da problemas? —Era una pregunta retórica. La sonrisa burlona de Osio se lo confirmó a Silvestre.

—La comunidad no deja de quejarse por su mal comportamiento —se lamentó el diácono—. Chincha a los demás críos, molesta a las feligresas con sus groserías, provoca al presbítero constantemente con sus blasfemias, bebe, va de putas y además tiene la mano larga. Así que sí, no es un angelito precisamente.

—¡Pues vaya fichaje! —exclamó Osio riéndose. La retahíla de defectos morales de Lucio le pareció divertida.

Silvestre se quedó pasmado ante su reacción. Esperaba que le diera algún consejo o que se responsabilizara de algún modo. A fin de cuentas, era él quien se lo había metido en la iglesia. Esperaba cualquier cosa menos que le pareciese divertido y le quitara hierro al asunto.

—Algunos feligreses me han amenazado con ir a quejarse a nuestro obispo Melquiades —probó de nuevo Silvestre para hacerle comprender la gravedad del asunto—. Si no lo metemos en vereda nos acarreará complicaciones.

—Está en una edad difícil –lo exculpó Osio, decidido a obviar esos *pequeños* defectos—. Se corregirá.

—Eso les digo yo —se lamentó Silvestre, suspirando—, pero empiezan a perder la paciencia. Y a señalarme a mí como responsable. Nadie entiende que lo proteja, en lugar de expulsarlo.

Silvestre pudo ver, ahora sí, una sombra de preocupación en el obispo hispano. Entendió que Osio no las tenía todas consigo y eso lo puso todavía más nervioso. Era improbable que el obispo Melquiades, aquejado por la vejez y la enfermedad, diera pábulo a las críticas y le retirara su confianza como su digno sucesor, mas era una posibilidad que había que contemplar si no conseguían controlar el carácter intempestivo de Lucio. En cualquier momento podía hacer una barrabasada que los salpicara y los pusiera en serios aprietos.

—Están hartos de él y no entienden que lo retenga con nosotros cuando no da ninguna muestra de corregirse —continuó Silvestre. Por primera vez tenía a alguien con quien desahogarse y descargar un poco sus remordimientos de conciencia. Osio sabía la verdad, estaba al corriente de todo. Él era, de hecho, el artífice del plan.

—¡Pues que se quejen! —lo interpeló Osio con autoridad. Se estaba hartando de sus quejas. Silvestre llevaba razón, pero él no tenía el poder absoluto que algunos imaginaban. ¡Ya le gustaría a él! El plan tenía sus riesgos y había que asumirlos. Silvestre no podía esperar que él lo solucionara todo con su varita mágica. Ahora, al nombrarle al obispo Melquiades, Osio pensó en las implicaciones que tendría si el obispo de Roma excomulgaba a Lucio y apeaba de la carrera episcopal a Silvestre. ¡Eso daría al traste con todo el plan! "*Es necesario que el buen Melquiades deje paso a su sucesor lo antes posible*", pensó con determinación implacable.

—Tenemos que mantenerlo con nosotros a toda costa —añadió en un tono que pretendió ser conciliador—. Es nuestro as en la manga. Tienes que conseguir que el muchacho se aficione a nosotros.

Silvestre carraspeó. Osio debería explicarle si existía una pedagogía para lograrlo, porque él ya había intentado todo lo humanamente posible.

—Tendrás que tener paciencia y aguantar lo que te caiga —exigió Osio con voz disciplinada, de soldado que cumple órdenes y las hace cumplir a los demás.

Silvestre asintió con fingida humildad. ¿De dónde procedía esa autoridad? Él estaba lleno de dudas y temores y no dejaba de rezar para pedir una señal que le indicara que estaba haciendo lo correcto. Osio lo había involucrado en esta locura y su vanidad había sucumbido a la tentación. ¿Por qué? Porque Osio le había jurado que la alianza con Constantino lo convertiría a él, Silvestre, en el obispo de obispos, y eso lo había ensoberbecido. Era cierta la necesidad impostergable de cohesionar a los cristianos de una vez por todas, pues llevaban siglos a la gresca y corrían el riesgo de disgregarse en infinidad de sectas. Lo que le roía los escrúpulos no era el fin, sino el método, que para Osio era indiscutible, y que consistía en asociarse al poder imperial. Ése era el camino a seguir para conseguir la anhelada cohesión, le había asegurado el hispano. Sobre este punto, por más que Silvestre se hiciera cruces intentando lavar su conciencia, no le costó mucho dejarse convencer. Silvestre era consciente de las muchas semejanzas entre las luchas de los obispos y las de los augustos por imponer sus preeminencias y expandir su área de dominio. La historia demostraba que ningún imperio estaba a salvo cuando existían varios postulantes legitimados para reclamar el trono. Y como en la Iglesia no existía la posibilidad de crear una línea dinástica, la disputa estaba en conseguir la supremacía de la diócesis que coronase al obispo de obispos, al Papa. Era ésta una guerra que llevaban librando desde hacía siglos y cuyo fin se antojaba cada día más apremiante para la supervivencia de la Iglesia. Casi todos los obispos estaban de acuerdo en que convenía una cabeza en un cuerpo tan jerarquizado, pero a nadie le gustaba ser los pies o las asaduras, así que nadie daba su brazo a torcer ni escatimaban en ardides que jugaban impúdicamente con el dolo y la falsedad. Habían llegado a un extremo en que los argumentos que esgrimían para coronarse papas estaban tan enquistados y eran tan fantasiosos que el conflicto, llevado al terreno de la absoluta irracionalidad, parecía irresoluble. El propio Silvestre dudaba del argumentario de la iglesia romana al proclamarse como legítima heredera de san Pedro. Muchas eran las voces que clamaban que aquello era una burda leyenda inventada y difundida por los obispos romanos en su propio interés, y Silvestre, viendo el encarnizamiento en el seno de la Iglesia y de lo que eran capaces algunos por consolidar su poder, no se atrevía a poner su alma en el fuego por aquella verdad. En realidad, por ninguna de las verdades

que cada iglesia proclamaba para legitimar su aspiración, creciendo santos hasta de los surcos de tomates. Se habían inventado tantas cosas, y tan disparatadas algunas de ellas, que era imposible creer ya en ninguna. Aunque la capitalidad simbólica de Roma, con el permiso de Jerusalén, sí era un hecho verídico, sin necesidad de santos e invenciones. Hacía falta, eso sí, contar con el beneplácito de un emperador para consolidar la tesis y convertir, por una razón práctica, la ambición en doctrina. A instancias de Osio, él había probado un acercamiento al augusto Majencio, pero había fracasado. Majencio le había advertido de que si lo importunaba con sus "mamonadas" —así mismo se lo había dicho— lo insertaría en una pica y haría con él un espeto. Así que, por descarte, sólo les quedaba Constantino. Y de Constantino se había encargado personalmente Osio. Toda la relación que habían mantenido Silvestre y Osio, exceptuando un encuentro en Roma hacía ya cinco años, aunque frecuente e intensa, había sido epistolar. Sería injusto decir que Osio le inspirase desconfianza, pero lo recordaba distinto. Muy distinto. Lo recordaba inteligente, pero no tan carismático. Ni tan ambicioso. Tan político. Ahora le asaltaba una terrible pregunta: ¿Osio era un emisario de Dios o de Constantino? Porque si fuera de Constantino, entonces la Iglesia se estaría instrumentalizando para servir a un fin mundano, no divino. Y él estaría sirviendo al demonio, no a Dios. Y si era un emisario de Dios… ¿por qué entonces a él, un hombre piadoso, no se le revelaba la verdad y sufría tales remordimientos?

—Ha llegado a mis oídos que la mala conducta del muchacho no es el único problema de disciplina que tienes.

Silvestre escuchó su voz como venida de lejos, de una realidad paralela.

—No sé a qué te refieres… —murmuró, arrancado de sus pensamientos como quien despierta de un sueño al escuchar un ruido entre ambos mundos.

—He oído que tu subdiácono anda en relaciones con una mujer diabólica que se hace pasar por cristiana y tiene la osadía de oficiar misa.

Silvestre se quedó petrificado. ¿Cómo podía saber eso, hasta dónde alcanzaban los tentáculos del astuto obispo?

—No es lo que parece —se defendió Silvestre—. Esa mujer es su hermana. Los recogí a los dos de la calle siendo niños. Supongo que sabes que la parte superior de mi iglesia la destino a hospicio. Roma está llena de huérfanos.

Silvestre notó que Osio hizo una mueca de disgusto. Debió tomárselo como un reproche. Aunque no fue su intención darle a

entender que él empleaba su tiempo ayudando a los más débiles en lugar de jugar a la política junto al augusto Constantino. Los caminos del Señor eran inescrutables y cada uno tenía su cometido. Él lo sabía mejor que nadie. No le competía juzgarlo.

—Paulo, mi subdiácono —añadió con voz temblorosa, de excusa y justificación—, es un cristiano ejemplar. Y su hermana Marcela siempre fue muy buena niña. Tiene un corazón de oro, aunque las ideas un poco confusas. En su iglesia son cuatro gatos y no hacen daño a nadie. No realizan labor de proselitismo y los pocos que saben de su existencia los toman por locos y los ignoran.

—Ajá —asintió Osio, satisfecho de que al menos no tratase de mentirle para exculpar su actitud.

—No tengo derecho a separarlos —continuó con su defensa Silvestre—. A Paulo le hace bien visitarla de vez en cuando. No sé cómo lo hace, pero siempre que vuelve de verla lo hace con energías redobladas y con más firmeza en sus convicciones.

—Esa mujer se hace pasar por sacerdotisa y eso la convierte en una hereje peligrosa —lo interrumpió Osio con brusquedad, afeándole que lo tolerase—. Y quien anda con herejes, ¿qué es?

—Hereje… —afirmó Silvestre en un susurro.

—El Señor lo dejó claro: "Abandonarás a tu padre y a tu madre, y a tus hermanos y hermanas".

—Así es…

—Porque a nosotros no nos gustan las sacerdotisas, ¿verdad?

—No… Pero él no la visita en condición de sacerdotisa… Quiero decir, como pecadora… La visita como a su hermana.

—Y todavía menos nos gustan las sacerdotisas que se hacen pasar por cristianas, ¿verdad? —continuó Osio, sordo a sus razones—. Eso las hace doblemente blasfemas y pecadoras, ¿cierto?

—Cierto…

—Bien, espero que cuando regreses tomes cartas en el asunto y lo resuelvas con la contundencia que merece el caso. No puede ser que un subdiácono esté de tratos con una hereje. Ni que tú permitas la herejía a las puertas de tu casa. ¿Es que no has comprendido lo que estamos haciendo? ¿Cómo pretendes ser obispo de Roma si no eres capaz ni de poner orden en tu iglesia?

"*Tierra, trágame*". Silvestre sintió el precipicio a sus pies. ¿Por qué le había sacado el tema? Si hacía tiempo que lo sabía y no le había dicho nada es porque ni siquiera él lo consideraba tan grave. ¿Por qué lo mentaba justo ahora? ¿Se lo había guardado como un arma arrojadiza por si le cuestionaba sus planes? ¿O era para hacerle ver

que todos escondían secretos y pecaban? ¿Era para coaccionarlo y que lo apoyara sin flaquear porque si no podría denunciarlo y acabar con su carrera? ¿Hasta ese punto de guerra sucia habían llegado?

—¿Estás seguro de que el augusto Constantino no se volverá atrás? —preguntó Silvestre, azorado, tras un largo e incómodo silencio, con ganas de cambiar un tema peliagudo por otro que también se las traía, pero que en aquel momento no le resultaba tan perturbador.

—Muy seguro —respondió Osio, sonriendo con malicia, consciente del apuro en que se encontraba el diácono—. Constantino es un hombre inteligente y sabe lo que le conviene. No nos fallará.

—Pero, ¿estás seguro de que no se echará atrás? —insistió Silvestre —. Porque si no cumple, con todo lo que hemos arriesgado, será el fin.

Osio respiró hondo y exhaló con fuerza el aire de sus pulmones. Todo el peso de la Iglesia recaía sobre sus hombros. Y era un peso abrumador.

—Hermano —le respondió con toda la flema de que fue capaz, transmitiéndole una paz que no tenía—, somos hombres de fe, ¿vamos a flaquear ahora? Se hará la voluntad del Señor.

—Y la de Constantino —suspiró Silvestre en un murmullo lastimero.

—Y la nuestra —replicó Osio enderezándose sobre su montura y forzando una sonrisa. Parecía un gigante al lado de Silvestre.

A las tres horas de marcha pararon en una fonda para comer y darle descanso a las monturas. Como se trataba de pasar desapercibidos, hablaron lo justo y necesario, concentrados en el yantar. Cuando reanudaron la marcha iban los tres en paralelo.

—¿Por qué no le cuentas al obispo Osio tu historia? —inquirió Silvestre a Lucio. Le había permitido tomar un vaso de vino y ahora parecía más sociable.

El muchacho hizo una mueca desdeñosa.

—¿Y a él qué le importa mi historia? —respondió Lucio con su acostumbrada rudeza, sin que el vino lijara su carácter. Lo último que le apetecía era contarle su vida a un carcamal cristiano.

—Te traje para que me amenizaras el viaje, no para que me lo amargaras —lo reprendió Silvestre.

Osio no intervino, pero el geniazo de Lucio parecía hacerle gracia.

—Te lo pido y basta —insistió Silvestre.

—Vale, no te pongas pesado. Nací en una aldea de Nicomedia, de madre soltera y alegre y padre desconocido —dijo de corrida, burlando las expectativas del diácono. Para hablar como él quería no habrían bastado ni dos jarras de vino—. Ésta es mi historia. ¿Algo más? —Se calló y miró con desdén a Osio. Después se giró hacia Silvestre—: Ya he pagado mi chato de vino, ¿contento?

Silvestre lo reprendió con la mirada y Osio aprovechó la ocasión para ganarse al chico:

—Déjalo. Lleva razón, no me conoce de nada y no soy quién para entrometerme en su vida. Si no quiere hablar, que no hable.

Lucio se lo agradeció con un gesto adusto de cabeza y espoleó a su caballo para adelantarse de nuevo a ellos, con una sonrisa burlona en los labios por haberse salido con la suya.

—No hay ninguna duda de quién es hijo —confirmó Osio moviendo la cabeza afirmativamente—. ¡Que me aspen si no es un calco de su padre! —dijo riéndose. Él se había tomado un par de chatos y su humor había mejorado considerablemente.

A Silvestre, sin embargo, no le había hecho ningún efecto el vino. Su preocupación iba en aumento. Que Osio afirmara que padre e hijo eran un calco no podía ser un buen presagio.

Durante un buen trecho fueron en silencio, contemplando el paisaje. El camino que conducía al puerto de Ostia estaba flanqueado por grandes latifundios de cultivo, salpicados por fabulosas villas. Las tierras fueron adquiridas primero por derecho de conquista y usurpación, después por vía hereditaria y finalmente ampliadas por una agresiva política económica que arruinó al pequeño campesinado en favor de los grandes propietarios. Sólo la llegada de un nuevo emperador, que debía pagar a quienes lo habían encumbrado y hundir al mismo tiempo a sus adversarios políticos, cambiaba de vez en cuando el nombre de los propietarios, sin disminuir la extensión de los latifundios.

Aunque el sino de los tiempos estaba poniendo patas arriba el Imperio y eran ya muchos los terratenientes que abandonaban la ciudad para instalarse definitivamente en sus villas, anticipándose al cambio de régimen que se vaticinaba, la mayoría seguía viviendo en la ciudad, requeridos por sus ruinosas obligaciones. No obstante, conservaban las villas en todo su esplendor todo el año, pues el mantenimiento de las mismas era una señal de prestigio que indicaba el poder de sus propietarios. Si una villa comenzaba a descuidarse saltaban las alarmas de los acreedores, que se abalanzaban a degüello sobre la víctima para cobrarle hasta el último denario antes de que la

ruina dejase las deudas sin saldarse. Era por esto que muchos terratenientes en apuros preferían renunciar al lujo antes que descuidar un dintel de su villa. Si pasaban hambre eso quedaba de puertas adentro y nadie lo veía, pero si un parterre se secaba por falta de cuidado o se llenaban de moho las cornisas, pronto esa visible muestra de debilidad azuzaba contra él la codicia de los acreedores, que lo devoraban como buitres en un quítame allá esas pajas.

—¿Qué se sabe de la guerra? —preguntó Silvestre, rompiendo el incómodo silencio.

—Constantino está reuniendo las tropas en Lyon —respondió Osio con toda naturalidad.

—¿En Lyon? —Silvestre sintió un escalofrío al escuchar el nombre de la ciudad—. ¿No podía haber elegido otro lugar? Mal empezamos la aventura…

—¡No seas como los tontos que ven en todas las coincidencias la mano del diablo! –lo reprendió Osio. Después se rio con ganas y a Silvestre se le puso la carne de gallina—. Es por estrategia militar —añadió al verlo tan alterado—. ¡Ya no tenemos nada que temer de Cibeles!

Silvestre no dijo nada más y continuó cabalgando en silencio. No entendía cómo Osio podía bromear con aquello. La persecución que sufrieron los cristianos en Lyon había sido muy llorada en toda la cristiandad. "*En ella murió Blandina de la forma más cruel, junto al pobre y santo Átalo. Y tantos buenos cristianos. ¡Y todo por culpa de la maldita Cibeles!*", recordó con pesar el afligido diácono, escandalizado por el comentario del obispo hispano. "*Hay cosas con las que no se puede bromear. No, no se debe y no se puede*". Silvestre, consternado, rememoró aquel trágico episodio, tan presente en el corazón de los buenos cristianos. El culto de Cibeles había sido adoptado por Roma tras la segunda guerra púnica. "*Roma adopta los dioses con la misma frivolidad con que adopta cualquier otra moda*", pensó con cierto prurito culpable. En aquella ocasión se adoptó a Cibeles por estrategia conciliadora, no por afección. *"¿Se estará repitiendo la misma historia con nosotros?*", se preguntó alarmado. "*No, no, nada que ver*", se dijo para calmar la mala conciencia que le estaba entrando. "*Los sacerdotes de Cibeles eran unos fanáticos. Sus ritos eran extravagantes, propios de hombres que deliraban bajo los efectos del vino. Practicaban un misticismo loco e inhumano que sólo perseguía aturdirles el alma y enflaquecerles los sentidos porque no soportaban la idea de haberse castrado a sí mismos en una hora de borrachera. ¡Estúpidos locos!"*. Silvestre se sorprendió haciéndose cruces. Por suerte Osio no se percató de ello, ensimismado con el paisaje. No le habría gustado tener que darle explicaciones. "*Durante la República* —continuó Silvestre haciendo memoria—*, el*

desenfreno de los cibelinos repugnaba a los romanos, que todavía no se habían degenerado como ahora, así que aceptaron a Cibeles, sí, pero la almacenaron en la trastienda de los dioses. Sin embargo, con la llegada del Imperio las cosas cambiaron, como cambiaron la moral y las costumbres, y tres ciudades rescataron a la diosa de las catacumbas: Roma, Vienne y Lyon. En Roma y Lyon, donde para el ciento setenta y siete las comunidades cristianas eran ya importantes, ambas religiones chocaron de frente". Silvestre estaba convencido de que fue una cuestión de envidia, aunque los paganos lo explicasen de otra manera. "*Según los pecadores, todas las religiones hunden sus raíces en las mismas supersticiones prehistóricas, y ésa dicen que es la razón de que muchas de las fechas conmemorativas de las diferentes religiones coincidan. Aquí el acontecimiento que marcó el inicio de la tragedia fue el mágico día en que el sol tiene más imperio que la luna, fecha que por pura casualidad coincide con nuestra Pascua y con las Hilaria de los cibelinos. ¡Pura casualidad!* –se repitió Silvestre como un mantra para no caer en la tentación de darle credibilidad—. *Como los cibelinos estaban por la labor de fastidiarnos aprovecharon el estatus oficial de su diosa para denunciar ante los magistrados una supuesta intransigencia de los cristianos, que por supuesto era falsa. Y los magistrados romanos, que presumían de que ambas "supersticiones" se las traían al pairo, fallaron a favor de los cibelinos para no complicarse la vida. A consecuencia de eso los cristianos sufrimos una de las persecuciones más terribles de nuestra historia. Durante un mes y medio, Lyon fue el escenario de una sangrienta carnicería donde no se ahorró ninguna de las maldades concebidas por los humanos para supliciar a sus semejantes*".

—Al final ¿quiénes van a venir? —preguntó Silvestre al cabo de otro buen trecho de camino y silencio.

—Vendrá Eusebio, el obispo de Bérito…

—Éste es arriano, ¿verdad? —lo interrumpió Silvestre, considerando oportuno aclarar la postura de cada uno de ellos.

—Lo es —afirmó Osio—. Y no lo esconde. Se siente muy orgulloso de haber sido discípulo de Luciano de Antioquía, quien como sabes fue el que le metió todas esas ideas a Arrio.

—¿Sólo viene él en defensa de esta herejía?

—No te adelantes tanto —lo corrigió Osio—. Todavía no se ha decidido que sea una herejía. Debes ser cauteloso y extremar la prudencia delante de él, porque está emparentado con Constantino. Y además mantiene una relación muy estrecha con Constancia, la hermanastra de Constantino y prometida del augusto Licinio. Así que cuidado con éste, no conviene cabrearlo.

—Creía que sólo eran rumores…

—Con rumores no se consigue un obispado a los treinta y dos años —sonrió Osio, perro viejo como era—. Y si sabe jugar bien sus cartas no tardará en conseguir el codiciado obispado de Nicomedia. Tiempo al tiempo. Y respondiendo a tu pregunta, no nos caerá esa breva de que la defensa del arrianismo quede sólo en sus manos. Eso sería pan comido para nosotros. Con él vendrá el otro Eusebio, que es el hueso duro de roer y al que más nos interesa tener de nuestro lado. O al menos que no se nos oponga abiertamente —suspiró, evidenciando la importancia de este hecho—. Lo hemos tentado con el obispado de Cesárea, que pronto quedará vacante, pero parece ser que nuestro hermano lleva una vida casi ascética entre libros y meditaciones y las promesas de obispados no le alteran la voluntad. Dicen que es un hombre íntegro de verdad. Y ojito con irte de la lengua, que conozco tus sarcasmos. Mucho cuidado con él, porque éste es amigo personal de Arrio.

—¿Éste es al que dicen que llamó primero Constantino para ser tutor de su hijo Crispo, pero que se negó y por eso recurrió a Lactancio?

—Éste es. Lo conoció en Palestina cuando Constantino acompañó al emperador Diocleciano a visitar aquella provincia. Quedó muy impresionado con su erudición y maneras.

—Lástima que no le ocurriera lo mismo a Diocleciano —se lamentó Silvestre, persignándose en memoria de los caídos durante la Gran Persecución—. ¿Y son ciertos los rumores que corren de que posee la correspondencia que mantuvieron el rey de Edesa, Abgaro, y nuestro señor Jesucristo? —se apresuró a preguntar, muerto de curiosidad.

—Yo también he escuchado esos rumores —afirmó Osio, sorprendido de lo bien informado que estaba el diácono—. Y no hay por qué dudar de ellos. Ante la duda, prevalece la palabra del cristiano. ¡Pero ni se te ocurra preguntárselo!

—Nunca me atrevería… —negó Silvestre con la boca pequeña. Era un tema que le fascinaba. Las palabras del Señor escritas de su puño y letra. O por un escriba al dictado si se hacía caso de las malas lenguas que aseguraban que Jesucristo era analfabeto. En cualquier caso daba igual, serían sus pensamientos escritos, el único testimonio fehaciente de su vida, con permiso de los evangelistas.

—Es muy importante que seamos conscientes de que el partido de los arrianos cuenta con poderosos aliados —lo aleccionó Osio, quien comprendía mejor que nadie la importancia de atar bien todos los cabos y no cometer errores—. No lo olvides. Uno, al que llamaremos en adelante Eusebio de Nicomedia, adelantándonos al título que si

todo sale bien ostentará en breve, es un pariente de Constantino, y el otro, al que por la misma razón llamaremos a partir de ahora Eusebio de Cesárea, alguien que se ganó su admiración. Espero que no lo olvides en ningún momento y no cometas alguna indiscreción que tenga que afearte delante de todos. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Lo entiendo.

En realidad Silvestre no entendía nada. Sólo sabía que al escucharlo sentía una extraña quemazón de conciencia. Osio hablaba de ordenar obispos como un emperador romano nombraba generales. Era la parte oscura del plan. Para conseguir que funcionara el plan tan milimétricamente trazado debían poner de acuerdo a muchas facciones contrarias, con muchas promesas de obispados y prebendas comprometedoras. Es decir, había que mentir, prometer, desmentir y adular a partes iguales. Cuando en su día se lo objetó a Osio, éste le dijo que eran mentiras piadosas y que los caminos del Señor eran inescrutables. El propio hecho de intentar comprenderlos era pecaminoso. ¡Cuánto más no lo sería pretender juzgarlo! Desde aquella vez no se había atrevido a volver a cuestionar sus métodos.

—Es crucial para nuestros intereses que tú y yo representemos la neutralidad y no nos decantemos abiertamente por ninguno de los bandos, ¿queda claro? —El tono de Osio fue autoritario y amenazador —. Debemos buscar el encuentro, no el desencuentro.

"*Pero es que el desencuentro existe y nos va a estallar en la cara. Y yo tengo mi posición muy clara*", pensó para sus adentros Silvestre, nada contento con las órdenes de Osio.

—¿Confías en él? —le preguntó—. Amigo íntimo de Arrio y discípulo de Pánfilo… —rumió en sordina Silvestre.

Osio sabía perfectamente por qué lo decía. Era un tema peliagudo. Eusebio estuvo durante muchos años colaborando con Pánfilo en la búsqueda de documentos cristianos originales y se decía que habían reunido más de un centenar de textos inéditos. La correspondencia entre Jesucristo y el rey de Edesa a la que Silvestre había aludido hacía un momento era sólo uno de ellos. Ninguno de esos documentos había visto la luz y los ortodoxos rezaban para que siguieran en la sombra, temerosos de que pudieran comprometer el futuro de la Iglesia. Por esta razón, Eusebio era una pieza clave en el plan de Osio. Era de vital importancia hacerse con esos documentos antes de que cayeran en las manos equivocadas.

—Tengo fe en todos nosotros —respondió Osio ocultando su verdadero y más que justificado temor—. Cada uno desarrollará a la perfección su cometido. Eusebio de Cesárea nos allanará el camino

con su erudición y buena prosa y proseguirá la labor pedagógica de Clemente de Alejandría —agregó con cierto tono irónico—. Y que, por cierto, completó un paisano tuyo.

Silvestre repasó mentalmente sus conocimientos para comprender la puntada del hispano. Clemente de Alejandría escribió que "*un hombre debe despedirse de las cosas perjudiciales que él tiene, no de las que puede aportar con beneficio propio si sabe usarlas bien*", y a esto se había agarrado la Iglesia para recibir de brazos abiertos a los ricos, reacios a renunciar a sus bienes, pero no a hacer generosas donaciones. A partir de entonces, por el nuevo ojo de la aguja no sólo pasaban camellos, sino camellos a lomos de elefantes cargados con cofres de oro. "*Sí* —pensó Silvestre— *seguro que se refiere a esto*". Aunque no se atrevió a preguntarle directamente por miedo a que ridiculizara su perspicacia. Así que, por si acaso, siguió rebuscando en su memoria. Fue también Clemente de Alejandría quien defendió el poder clerical de remitir los pecados, que no era sino la afirmación de la jerarquía eclesiástica y su relación con el poder temporal. "*Sí, seguro que se refiere a esto* —se corrigió—. *¡Como si no lo conociera!*". "*Y por mi paisano* —siguió devanándose los sesos— *se referirá a Calixto de Roma, quien decidió que la Iglesia podía remitir los pecados cometidos después del bautismo, incluso los pecados graves como el adulterio y la apostasía. ¡Cuánta controversia suscitó esta presunción!*". Y no era para menos, reconoció para sí, porque esto significó concederles a los obispos un poder divino: el de conceder a los mortales la gracia de entrar en el Cielo o, por el contrario, arrojarlos al Infierno.

—¿En qué piensas? —le preguntó Osio al verlo tan concentrado.

—Nada, pienso en mis cosas, en mi pequeña iglesia, si estará todo bien —disimuló Silvestre, azorado. No deseaba sembrar dudas en Osio sobre su lealtad.

Osio emitió un pequeño bufido de disgusto. ¡A él no lo engañaba! Se podía imaginar las sandeces que estaría elucubrando el diácono en su ignorancia de las cosas trascendentes.

—Créeme que si hay alguien que con su sola erudición sabría beatificar hasta al demonio, ése es él, nuestro querido Eusebio —dijo leyéndole el pensamiento.

—¿Y se plegará a las condiciones que imponga el augusto Constantino? Porque tengo entendido que es muy… —iba a decir religioso, pero Silvestre rectificó a tiempo—, muy severo con la disciplina.

—Hará lo que considere que es lo mejor para la Iglesia. Y para eso estamos nosotros, para convencerlo de qué es lo mejor –apuntilló Osio con una sonrisa torcida y pícara.

—No entiendo, la verdad, qué ves en él que te inspira esa confianza tan ciega en su destino —se atrevió a confesar Silvestre, quien pensaba que hombres tan rectos, cuya reputación sin tacha ponía en evidencia todas las faltas y debilidades del resto, no eran los más adecuados para la delicada negociación que debían emprender.

—Veo al próximo obispo de Cesárea –respondió Osio con seguridad —, que es lo mismo que decir Palestina, una diócesis que, no es necesario que te lo explique, tiene para nosotros una importancia capital por su simbolismo. Allí necesitamos a nuestro mejor teólogo, donde además podrá desarrollar su obra sin la presión que tendría aquí en Roma por parte del emperador. Y piensa que al que más le conviene que en Cesárea no haya un obispo ambicioso es a ti.

Silvestre asintió con la cabeza. El obispo de Cesárea, bajo cuya diócesis quedaba Jerusalén, era el único que podía disputarle el papado con posibilidades de victoria.

—Sí, pero siente simpatías por la causa arriana… —le recordó Silvestre tímidamente.

—Eso tiene solución. ¡Lo que no tendría solución es que le hubiera caído mal a Constantino! —exclamó Osio, estallando en una carcajada.

Una sombra oscura, siniestra, nubló la mente de Silvestre. Promover a Eusebio como el gran campeón de la teología y otorgarle al tiempo el obispado de Cesárea, evitando así que otro más ambicioso la ocupara, no podía ser gratuito. ¿Le entregaba el poder doctrinal a cambio de renunciar al poder temporal? La preeminencia de la diócesis romana, convertir Roma en la capital del cristianismo y a su obispo en el emperador de los cristianos, ¿no sería un caramelo que Osio le había puesto a él en los labios para engatusarlo? Pero, ¿con qué fin, cuál era el objetivo último, el verdadero, qué le estaba ocultando?

—¿Quién defenderá nuestra postura? —preguntó Silvestre, algo atorado.

Osio lo miró como a un imbécil.

—Perdón, quise decir la postura contraria a los arrianos —rectificó Silvestre, avergonzado y humillado.

—¡Cuidado con esos patinazos! —lo reprendió Osio con severidad —. Para combatir la postura arriana vendrá Alejandro, el diácono de Alejandría, quien pronto, si no se tuercen las cosas, también conseguirá su trono episcopal. Es el más combativo antiarriano que puedas imaginarte, porque tiene que disputarse con ellos las diócesis, así que no se anda con chiquitas. ¡Cuidado con éste, que muerde!

—Pues espero que no se líen a mordiscos entre ellos y se despedacen en mi casa.

—¡Qué bruto eres! —estalló Osio en una nueva carcajada, tan sonora que hizo girar la cabeza a Lucio a pesar de la distancia que los separaba.

—¿Y qué piensa Constantino de todo esto?

—Constantino nada sabe de teologías —respondió Osio con altanería y suficiencia—. Ni le interesa. Es mejor que se vaya informando de nuestras disensiones poco a poco, no vaya a ser que se le indigesten y nos vomite encima. Por suerte para nosotros estas disputas no han llegado a Occidente, donde la doctrina de Tertuliano de una sustancia y tres personas es irrebatible. Y que así continúe. Mira, esto es como el servicio doméstico: al señor ni le va ni le viene quién trabaja en sus cocinas y quién le limpia la casa o le siembra los campos. Lo único que le importa es que la comida esté a su hora y bien guisada, la casa limpia y las despensas y los graneros bien abastecidos. A Constantino nuestras cuitas no le quitan el sueño mientras no le demos disgustos. Nosotros, como buenos mayordomos, debemos limpiar la Iglesia haciendo el menor ruido posible y sin dar explicaciones a nadie, ¿entiendes?

Silvestre se quedó estupefacto con la comparación. Le pareció desafortunada e inquietante. Además, ya se quedaba con la duda: ¿Había querido decir que eran los mayordomos del Señor o los mayordomos de Constantino?

—Si te parece peligroso juntar a estos gallos en el mismo corral —dijo Osio riéndose, sin imaginar siquiera la elucubraciones que atormentaban la conciencia del diácono—, ¿qué vas a pensar cuando sepas quién es la otra pareja invitada? Porque no son precisamente un par de tortolitos enamorados.

"*Ese corral será mi casa, y de lo que ocurra seré yo el responsable último*", pensó Silvestre, al que cada vez le hacía menos gracia el cariz que tomaban los acontecimientos.

—¿Quiénes son? —preguntó, intrigado.

—Uno es Ceciliano…

—¿El ex obispo de Cartago?

—¿Qué parte de que a nosotros no nos concierne juzgar sino escuchar sin tomar partido no has entendido? —lo reprendió de nuevo Osio.

—Perdón —se disculpó Silvestre, que no terminaba de acostumbrarse a la facilidad pasmosa con que Osio pasaba de la risa a la crueldad.

—La Iglesia no ha excomulgado ni expulsado de su obispado a Ceciliano, así que para nosotros sigue siendo el obispo, y como tal hay que tratarlo –le advirtió Osio con severidad.

—Lo ha echado Donato por su cuenta y riesgo…

—Donato todavía no era obispo cuando echaron a Ceciliano —lo corrigió Osio con visible desesperación por su reiterada torpeza—. El año pasado, al morir Mesurino, el obispo de Cartago, lo sustituyó Ceciliano, que era el archidiácono y al que le correspondía el honor. Pero como la consagración de Ceciliano fue por parte de Félix de Aptunga, al que los donatistas consideran un traidor, decidieron que el nombramiento de Ceciliano no tenía legitimidad. Y Segundo de Tigisi, como primado de Numidia, impuso a Mayorino, que sólo era el lector del malogrado Mesurino. Pero Mayorino murió a los pocos meses y entonces lo sucedió Donato.

—¡Qué lío!

—¡Pues apréndetelo bien y quédate con la copla para no meter la pata! Porque aquí sí que tenemos un problema gordo y hay que andar con mucho tacto. Lo de los arrianos es una cuestión teológica; aquí, en cambio, es política. Si los donatistas se han hecho fuertes y se atreven a desafiarnos, insistiendo en su postura y negándole el obispado a Ceciliano, es porque saben que tienen una amplia masa social que los apoya. De hecho, todo el pueblo llano está con ellos, así que un traspiés en este asunto y perdemos media Asia.

—Entonces —Silvestre tenía miedo hasta de pronunciar su nombre —, ¿Donato va a venir a defender su postura?

—¿Crees que es idiota? –le respondió Osio con acritud, cansado de su cortedad de miras—. Bien puedes imaginar que no es tan insensato. Melquíades, tu obispo, se querelló contra él porque obligó a rebautizarse a los *traidores,* ¿recuerdas?

—Sí, pero ¿qué tiene que ver?

—¿Piensas que va a venir a tu casa sabiendo que eres el brazo derecho del obispo Melquiades y su heredero? No es tan tonto como para exponerse a que lo envenenes.

Silvestre se quedó de piedra al escuchar la insinuación. ¿De verdad pensaba que sería capaz de hacer algo así?

—En su lugar —continuó Osio, esta vez sin poder disimular su preocupación—, vendrá su lugarteniente, uno de sus consejeros más leales, un presbítero que sufrió la persecución añorando convertirse en mártir y que como te podrás imaginar es más donatista que el propio Donato. No perdona a quienes mostraron flaqueza y se rindieron mientras a él lo desollaban vivo.

"*Un primo hermano de mi presbítero*", pensó Silvestre, echándose a temblar. "*Que Dios nos coja confesados*".

Tras siete horas de marcha, Silvestre divisó a lo lejos la villa hacia la que se dirigían. Era el momento de encarar la cuestión más peliaguda. Desde que habían hablado de Eusebio y de los documentos originales que tenía en su poder, y desde el aviso de Osio de que debía acabar con la iglesia de Marcela, no había podido dejar de pensar en ello.

—Y… —Silvestre tragó saliva y carraspeó—, ¿qué ha pasado con…? Ya sabes a quién me refiero.

—¿Al espectro?

Silvestre se quedó pasmado.

—¿Así lo llamas ahora?

—Tú también lo llamarías así si hubieras visto lo que yo he visto.

—¿Dijo algo? —preguntó Silvestre con miedo.

—Ni una palabra.

Silvestre y Osio intercambiaron una mirada inquisitiva.

La primera y única vez que Silvestre había visto al espectro fue en la casa del obispo Melquiades hacía cinco años. También fue la primera vez que vio a Osio. El espectro, precedido por una misteriosa carta, se había citado allí con el obispo Melquiades para tratar de un asunto de máxima importancia. Hasta ese momento la Iglesia era consciente de su organización y del peligro que entrañaba para sus intereses, pero nunca habían conseguido un encuentro cara a cara con ellos. Melquiades llamó inmediatamente a Osio, quien por su cercanía a Constantino se había convertido *ipso facto* en la figura más relevante del cristianismo en Occidente. En la reunión sólo estuvieron presentes Melquiades, Osio y Silvestre como brazo derecho y futuro sucesor de Melquiades. La reunión fue tensa y hubo mucha crispación, sobre todo por parte de Osio, quien intentó negociar en balde con el espectro. Para su desgracia, aquél no había ido a negociar, sino a advertirles de que debían cambiar el rumbo o atenerse a las consecuencias. Osio, taimado como era, contrató a dos sicarios para que lo siguieran cuando terminara la reunión y dieran con su escondrijo. Tenía una idea muy distinta de la de Melquiades sobre la negociación, pero estaba bajo la jurisdicción del obispo de Roma y tenía que guardar las formas.

Al cabo de tres horas los sicarios regresaron con las manos vacías. Habían perdido al espectro al entrar en un batán. La muchacha que estaba trabajando les dijo que había escapado por detrás, saltando el

muro. Silvestre, por las señas que dieron, supo de inmediato que se trataba del batán donde trabajaba Marcela, y por la descripción de la muchacha supo que no podía ser sino ella. Por miedo a que Osio, si supiera que la muchacha vivía en su hospicio y era miembro de su iglesia, quisiera interrogarla, Silvestre no la delató. Prefería hacerlo a solas. Nunca estaba de más tener un comodín. Y así lo hizo en los días sucesivos. Marcela le negó la mayor, manteniendo la versión que había dado a los sicarios. Silvestre se olió la mentira, pero no insistió. La conocía bien, no le sonsacaría nada por las malas. A partir de entonces comenzó a notar un cambio significativo en Marcela. Su natural inquieto y rebelde se volvió cada vez más agudo e irreverente. Su fe parecía vacilar por momentos. O al menos la fe en la Iglesia y el dogma que Silvestre le había inculcado. Hasta que llegó el día en que Marcela decidió separarse de la comunidad. Para entonces Silvestre ya no tenía dudas de que Marcela había ayudado al espectro a esconderse de los sicarios y de que habían comenzado una relación, si no de maestro a discípula, al menos de dos almas gemelas que se reconocen en sus inquietudes espirituales. Y entonces concibió su plan a espaldas de Osio. Decidió hacerle un marcaje estrecho a Marcela. El espectro, por raro que fuera, no dejaba de ser joven, y Marcela una mujer de extraordinaria belleza. Confiaba en que por una cuestión de fe, de sintonía espiritual o de atracción carnal mantuvieran el contacto. Pensó que sólo necesitaba tenerla vigilada y armarse de paciencia. Antes o después lo atraparía. Hacía cinco años de ello y su plan no había dado frutos. Marcela había entrado en una iglesia marginal y se había convertido en sacerdotisa de la misma. Él había conseguido infiltrar en aquella iglesia a un hombre de confianza, pero lo único que había descubierto es que se ceñían a los principios evangélicos de las primeras comunidades cristianas y que algunos de los miembros de la comunidad poseían libros cristianos secretos. Nada importante ni peligroso. Ni una sola pista sobre el espectro. Ahora era tarde para poner al corriente de su plan a Osio. No se lo perdonaría. Además, estaba Paulo. Durante todos estos años le había hecho creer que no denunciaba a su hermana por el amor que les tenía a ambos, a pesar de la traición de Marcela. Si Osio metía sus narices, Paulo descubriría el verdadero motivo de su silencio, más oscuro que el amor, y tampoco se lo perdonaría.

—Constantino piensa liberarlo —soltó Osio de sopetón—. De hecho, a estas alturas supongo que ya lo habrá liberado. O estará a punto de hacerlo.

—¿Es que no es consciente del peligro que entraña? —preguntó Silvestre, estupefacto por la nueva. No podía creerse que el augusto lo dejase escapar sin haber confesado.

Osio lo fulminó con la mirada. No toleraba las insolencias de los que consideraba sus subordinados.

—Puede que Constantino sepa más de lo que nos gustaría que supiera —respondió Osio entre dientes, mascullando una maldición que sonaba a letanía. No pensaba detallarle a Silvestre la humillación que sufrió por parte del augusto cuando lo expulsó de la sala para quedarse a solas con el prisionero—. Es una estratagema bastante astuta —le explicó haciendo acopio de toda su flema—. Se fingirá un error para dejarle escapar y enviará tras él a Marcial, el capitán de la guardia imperial. Es un hombre de total confianza. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que la idea salió de los labios de su comandante, por lo que quedamos libres de toda sospecha —añadió con una sonrisa diabólica.

—¿No le has advertido que…? —Silvestre titubeó a la hora de exponer su pensamiento—. Si no hemos dado nosotros con ellos, ¿lo va a lograr un simple soldado? ¿Sabe Constantino que llevamos siglos detrás de ellos y nunca hemos conseguido nada? Y no es que los nuestros fueran precisamente santos inocentes… Antes de entrar en la Iglesia eran... Bueno, ya sabes lo que eran. No creo que este soldado sea mejor que ellos.

—¿Y quién piensa en el soldado? –le contestó Osio frunciendo los labios en una demoníaca sonrisa.

Silvestre supo al instante que el taimado obispo había jugado sus cartas.

—No olvides que es el augusto y no podemos impedirle que haga lo que le dé la gana —añadió Osio con genio, anticipándose a su pregunta.

—Y si el soldado lo consiguiera… ¿Crees que Constantino no nos traicionará? Con esa información estaríamos en sus manos…

—Aunque Marcial logre llegar a su guarida —contestó Osio, cada vez más preocupado por las repercusiones de un mal tropiezo—, dudo mucho que consiga sonsacarles nada.

"*Como a ti* —pensó Silvestre— *como a ti*". En la mirada del zorro hispano asomaba la sonrisa taimada de quien sabe mucho más de lo que dice.

—Estate tranquilo, Marcial tampoco lo conseguirá —le aseguró Osio con una sonrisa macabra que apuntaba a que había tomado medidas para evitarlo.

Silvestre recordó a los sicarios que envió Osio tras el espectro en Roma. Esta vez se habría asegurado de enviar a profesionales. Daba por hecho que Osio se callaba muchas cosas y le ocultaba los pormenores de la trama.

—Y aunque lo consiguiera de poco le serviría —añadió Osio, rebajando el tono al darse cuenta de la impresión que había causado su insinuación. "*Y eso que no sabe a qué sicarios me refiero* —pensó, riendo entre dientes—. *¡Éste no sabe de la misa la mitad!*".

—¿A qué te refieres? —preguntó Silvestre con ingenuidad.

—He visto hacerle cosas muy desagradables al espectro y ha resistido como el más valiente de nuestros mártires —farfulló Osio, enmudeciendo de repente. Al recordar la tortura a la que habían sometido al espectro, palideció como si una terrible sospecha le aguijara la conciencia. Una sospecha inconfesable que quería negar a toda costa, pero que en el fondo lo corroía hasta las entrañas—. Sin duda la fe obra milagros —dijo recomponiéndose, obligándose a apartar de su pensamiento la sospecha que, de ser cierta, lo condenaría irremisiblemente al infierno—. Aunque sea una fe equivocada —añadió en sordina—. Si son todos iguales que él, aunque Marcial diera con su escondrijo se volvería de vacío. Aunque Constantino les mandase todas las legiones, se volverían de vacío. Bueno, de vacío no. Al menos dejarían cenizas tras ellos. Y las cenizas ni hablan ni se leen. Él es el primero al que no le conviene que salga a la luz toda esa… información. Sí, sería un bonito aquelarre. Aunque francamente, preferiría alimentar yo las llamas.

Osio esbozó una siniestra sonrisa que aterrorizó a Silvestre. Él no era partidario de métodos tan expeditivos. "*Lo sé* –pensó—. *Querrías llegar tú el primero y saber más que nadie. Y luego decidir qué compartes con los demás y qué te quedas sólo para ti*".

—¿Informarás a nuestros invitados?

—¿Estás loco? —Osio volvió a mirarlo como a un idiota—. ¡Al enemigo ni agua! Vamos, que nos cae la noche encima y hay que calentar la casa —sentenció Osio, arreando al caballo.

Media hora más tarde enfilaron una vereda que bordeaba un arroyo de agua fresca, de discurrir tranquilo y abundante, que los condujo a una espléndida villa que sobresalía entre campos de trigo y cebada como un fruto raro de la tierra. No era la más espectacular de la zona, pero no dejaba de ser una lujosa vivienda al alcance de muy pocos. Construida cerca de un estanque, la vivienda, de dos plantas, disponía de todos los lujos a la moda: fachada de piedra labrada, suelos de mármol y paredes adornadas con floridos mosaicos de escenas bucólicas que serpenteaban por toda la casa como una historia interminable. La única excepción eran los dormitorios, donde los antiguos temas eróticos habían sido raspados a conciencia, dejando las paredes lisas. Silvestre se había encargado personalmente de destruir

todo arte pecaminoso.

Osio, tras finalizar la inspección de la villa, dio su visto bueno.

—En Roma salvar las almas de las viudas se recompensa mejor que en otros lugares —dijo cucándole un ojo a Silvestre—. ¡Los buenos ejemplos deben cundir por toda la cristiandad!

Silvestre se mordió la lengua y prefirió obviar el comentario para no discutir. Los frutos de su labor de proselitismo eran para él dones divinos y cualquier malinterpretación lo consideraba un insulto personal. Además tenía la cabeza en otra cosa. "*Si el espectro consiguiera burlar al capitán ese y a los sicarios que le ha enviado Osio, quizá si ve las cosas feas busque refugio en Roma. Tendré que vigilar bien de cerca a Marcela. Tal vez sea la oportunidad que llevo esperando tanto tiempo*".

Continuará…

Índice

El hombre misterioso

El maestro

El tatuaje

Cleo

Tiridates

El Sagrado Consistorio

El discípulo rebelde

Duda de fe

Un maestro atípico

¿Quién está al mando?

Los celos de Cleo

Un giro inesperado

Las comedias

El juego de Constantino

Aliados forzosos

Entre hermanos

Una moneda

La propuesta

Cambio de estrategia

Máximo

Otro método de confesión

Otros mundos son posibles

En el prostíbulo

Una rama de olivo

Enemigos irreconciliables

Rendición

El engaño

En el campamento

Despedida de Silvestre

Un matrimonio inesperado

Misión secreta

La carta

Un mal suegro

Un desterrado en palacio

Bautismo

El que algo quiere, algo le cuesta

El origen de la tragedia

A propósito de Marcial

¿Y si fuera amor?

El duque

Jugando sucio

¿Qué narices ha sucedido?

Una nueva humillación

De camino al infierno

EL SECRETO TURCO
Libro I

Gonzalo Alfaro Fernández

© Gonzalo Alfaro Fernández, 2022